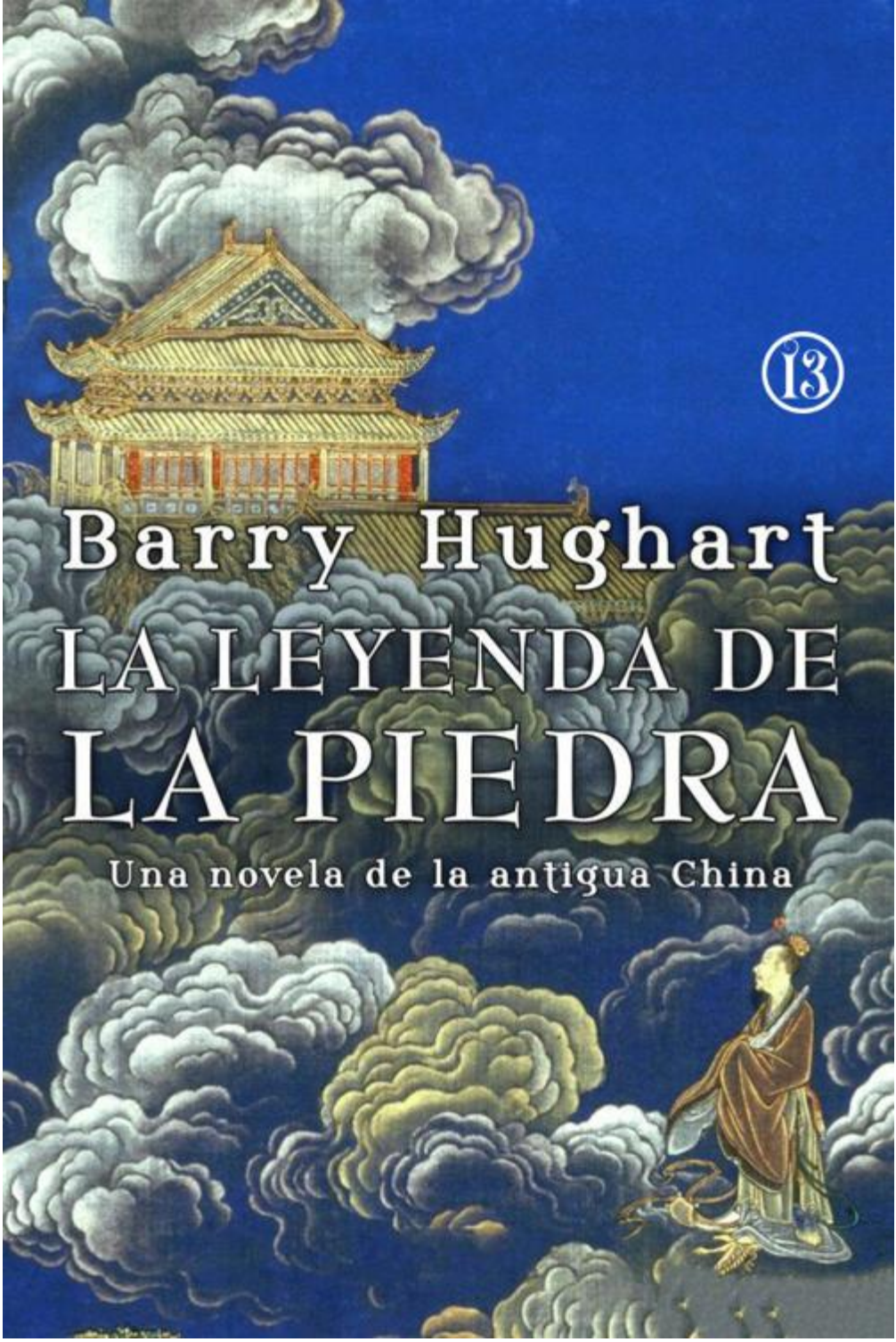
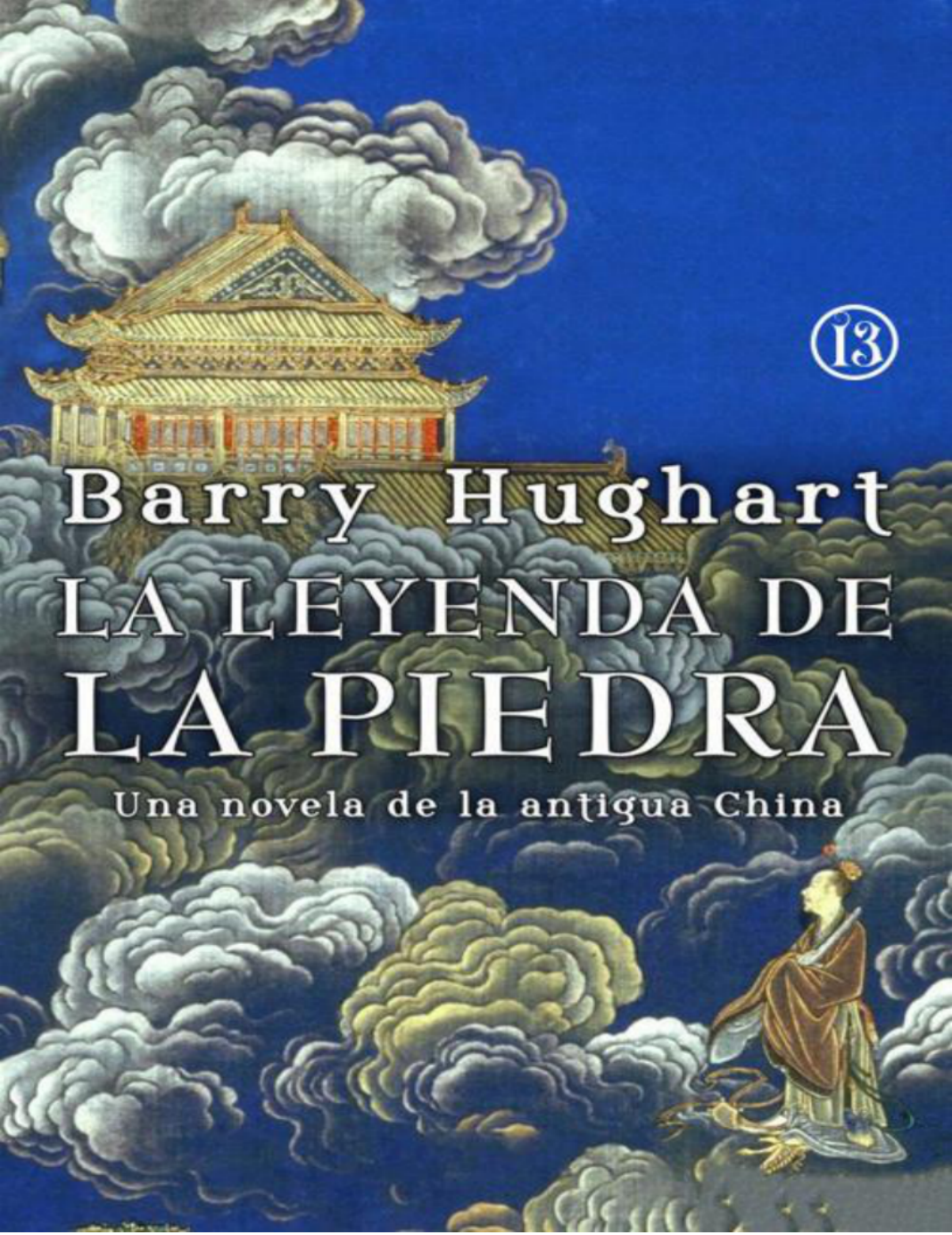

13
Barry Hughart
LA LEYENDA DE
LA PIEDRA
Una novela de la antigua China



13

Barry Hughart

LA LEYENDA DE LA PIEDRA

Una novela de la antigua China

El maestro Li, el mejor detective de toda China, y su ex cliente y actual ayudante Buey Número Diez se enfrentan a un nuevo caso. Buey es un campesino de corazón puro, y Li un viejo erudito… con un ligero defecto en su carácter. En el monasterio del Valle de las Penas, el bibliotecario ha aparecido asesinado mientras trabajaba en un antiguo pergamino que además ha sido robado. Las pruebas apuntan inconfundiblemente a que el culpable es el infame Príncipe Risueño, un noble despótico y torturador que desea ocultar el conocimiento de una fabulosa piedra para sus propios fines. Sólo hay un problema: el Príncipe Risueño lleva muerto más de siete siglos… y el rostro del bibliotecario asesinado refleja todos los horrores del Infierno.

Barry Hughart ha recreado una China que nunca fue, pero que debería haber sido, en un relato maravilloso, estremecedor e hilarante que continúa el éxito de Puente de pájaros, galardonado con el Premio Mundial de Fantasía (*ex aequo* con Bosque Mitago de Robert Holdstock).

Barry Hughart

La leyenda de la piedra

Maestro Li

2

Título original: *The Story of the Stone*
Barry Hughart, 1988
Traducción: Carlos Gardini, 2008

-

Revisión: 1.0
11/11/2020

Para la Sacra y Solemne Orden de los Sinólogos

Prólogo

Jen Wu es el día que el maestro Li consagra a mis proyectos literarios, y me complacía que fuera frío y lluvioso y sólo sirviera para andar salpicando tinta.

—Buey —dijo—, la redacción de tus memorias está obrando maravillas en tu caligrafía, pero debo cuestionar el contenido. ¿Por qué escoges los raros casos en que las situaciones se desquician?

«Siempre se desquician», me abstuve heroicamente de responder.

—La complacencia en el sensacionalismo elimina la necesidad de pensar. Además —añadió con petulancia—, das la impresión de que soy violento e inescrupuloso, y sólo soy así cuando es preciso ser así. ¿Por qué no relatar un caso que sea sosegado y sugestivo, y en que la filosofía predomine sobre el frenesí?

Me rasqué la nariz con mi pincel de bigotes de ratón y traté de imaginar semejante cosa. Sólo conseguí mancharme la nariz de tinta.

—*Shi tou chi* —dijo el maestro Li.

Lo miré con incredulidad.

—¿Pretendes que trate de explicar ese embrollo espantoso? —dije con voz estrangulada—. Venerable maestro, sabes muy bien que casi me rompió el corazón, y yo…

—*Shi tou chi* —repitió.

—¿Pero cómo puedo contar la Leyenda de la Piedra? —gemí—. En primer lugar no entiendo dónde empieza, y en segundo lugar no sé si termina, y en tercer lugar de nada me valdría entender el final porque en primer lugar no entiendo el principio.

Me estudió en silencio.

—Muchacho —dijo—, evita las oraciones de ese tipo. Suelen producir barrillos y tics faciales crónicos.

—Sí, maestro.

—Empieza por el principio tal como lo entendiste, continúa por el medio, sigue hasta el final y detente —dijo el maestro Li, y salió para embriagarse, abandonándome a mi desventura.

¿Qué puedo decir sobre el caso de la piedra? Sólo conozco con certeza la

fecha en que comenzó nuestra intervención: el día duodécimo de la séptima luna del Año de la Serpiente 3339 (650 de la era cristiana). Lo recuerdo porque tenía la premonición de que acontecería algo dramático y había revisado el calendario en busca de días auspiciosos, aunque era menos una intuición que un deseo, porque estaba preocupado por el maestro Li. Hacía un mes que andaba de pésimo humor. Durante días lo único que hizo fue acostarse en el catre y emborracharse como una cuba, y cuando estaba sobrio colgaba retratos de funcionarios del gobierno y acribillaba la pared de la chabola con los cuchillos que les arrojaba. Nunca me habló de ello, pero era viejo, increíblemente viejo, y creo que temía morirse antes de que surgiera algo interesante.

Eso no me agradaba, pero no podía pagar a un adivino aceptable y tuve que confiar en que el *Ta-shih* me dijera si mi premonición era favorable o desastrosa, y así sólo podía obtener seis respuestas posibles: «majestuosa paz y buena suerte», «un poco de paciencia», «pronta alegría», «decepción y riñas», «escasa suerte» y «pérdida y muerte». No osaba tentar la ira de los dioses probando más de una vez al día. Realicé la primera lectura el día octavo de la luna séptima, y se me cayó el alma a los pies cuando vi «pérdida y muerte». El día noveno probé de nuevo, y de nuevo obtuve «pérdida y muerte». El alma se me vino a los pies y rebotó en mis sandalias cuando «pérdida y muerte» apareció el día décimo, y el undécimo, antes del alba, fui al templo de Kuan-yin a rezar. Ni siquiera la diosa de la misericordia pudo ayudarme. De nuevo apareció «pérdida y muerte», y lo leí a la sombra de la estatua de la diosa mientras el sol se elevaba sobre las murallas de la ciudad, y entonces oí gemidos de dolor viniendo de la calleja del maestro Li, y luego el tañido de alarma del Gong de las Nubes.

Regresé como una tromba, cegado por las lágrimas, y tumbé a Ming Número Seis, casi aplastando las delicadas velas de incienso sacrificial Dedos del Buda que él acababa de comprar por una suma exorbitante. Nunca he visto a nadie tan feliz, y sólo entonces comprendí que las quejas del Gong de las Nubes venían de su casa, no de la chabola del maestro Li, porque el bisabuelo Ming (un tirano aborrecible como jamás hubo otro) al fin se había dignado exhalar su último aliento. El maestro Li todavía estaba conmigo, y se sentía tan bien que esa noche había invitado a varias personas.

Había sido una decisión espontánea. Reunió a los caballeros en una taberna, y las damas vinieron de uno de los lúbricos elencos *Yuan Pen* que yo prefería a la ópera *Tsa Chu*, y las cosas andaban muy bien excepto por el gato de los Ming. Habían atado la bestia al ataúd del bisabuelo, con la esperanza de ahuyentar a los espíritus malignos que pudieran ir esa noche en busca del alma *po* (sensible) del cadáver mientras su *hun* (personalidad) era juzgada en el Infierno. Me pareció pésima idea: un perro, vaya y pase, pero todos saben que si un gato brinca sobre un ataúd el cadáver se levanta, se escapa y causa un

revuelo, y el gato también pensaba que era una pésima idea y se puso a maullar hasta desgañitarse. Entonces uno de los invitados, un sujeto de cara pastosa que yo no conocía, inició una partida de dados llamada Arrojando Cielo y Nueve, y las damas se achisparon y decidieron tratar de silenciar al gato bramando canciones lascivas de la clásica farsa vulgar *La alegre danza de la señora Lu*, y en ese punto una tormenta comenzó a desplazarse hacia Pekín. Un viento salvaje aullaba en contrapunto con el gato, y de pronto un boquete de un pie de diámetro apareció en el techo. Saqué un puñado de paja caída de un cuenco de arroz, delegué las tareas culinarias en las damas, salí a la calle y trepé al techo para hacer reparaciones.

Llevaba paja, cordel, martillo y clavos, y comencé a deslizarme por la cumbrera hacia el boquete. Las damas recobraban el aliento antes de lanzarse a otro estribillo, pero el viento, el gato y la jerga de los apostadores aún se oían con fuerza.

—*¡Seis Martillo Rojo, y ya lo arrojo!* —aulló el jugador de cara pastosa, que tenía que sacar un uno y un cinco.

—*Oooooooooohhh* —gimió el viento.

—*Miiiiiiiiiiauuuuuuu* —maulló el gato.

—*¡Camino al Cielo con Siete en Vuelo! ¡Dinero, dinero, dinero!* —gritó el jugador, que acababa de arrojar uno y seis.

Me deslicé por la cumbrera y cautamente apoyé el peso en una viga de bambú. Resistió, y desenrollé un tramo de cordel y me puse a medir el boquete. Debajo de mí las damas iniciaron su segunda etapa, y recordé vagamente que se decía que más de un mandarín mojigato se había ido a la tumba por tener un contacto accidental con las canciones *Yuan Pen* de los grandes impuros.

Ahorra dinero cuando eres joven, querida, pues la belleza es fugaz,
y serás como esas mujeres que terminan en el muladar.
¡El vientre y los pechos fofos, la cara manchada y gris,
sola en la noche, alumbrando el camino con la nariiiiiiiiiiiiz!

Otro par de jarras de vino, pensé, y superarían todas sus inhibiciones. No quería perdérmelo.

—*Ooooooooooooooohh* —gimió el viento.

—*Miiiiiiiiiiiiauuuuuuuuu* —maulló el gato.

—*¡Buda me libre, la Cabeza de Tigre!* —gritó el jugador afortunado—. *¡Dinero, dinero, dinero!*

En medio del bullicio oí que el sereno anunciaba la doble hora de la rata. Un día nuevo había comenzado, y por algún motivo cogí automáticamente algunos clavos, los sumé, añadí los números correspondientes a la luna, el día y la hora, e inicié una última lectura del *Tashih*. Rápidamente conté sobre las

seis articulaciones superiores de los tres dedos medios de mi mano izquierda, y miré con incredulidad cuando el dedo con que contaba se detuvo en la mortífera articulación sexta.

—¿Pérdida y muerte? —susurré.

¿Qué podía significar? Sin duda la profecía había sido cumplida por el bisabuelo Ming, a menos que se hubiera levantado… Me apresuré a bajar para asomarme por la ventana de Ming para ver si ese maldito gato había brincado encima del ataúd. La tapa aún permanecía en su sitio. ¿Por qué se repetía esa lectura fatal? Algo andaba muy mal, y tardé un instante en registrar qué era.

Sólo el gato y el viento cantaban su serenata en la noche. La chabola estaba en silencio. Nadie decía ni mu. Me apresuré a subir para mirar por el boquete, y era evidente que la suerte fenomenal del jugador de cara pastosa —que acababa de vencer un doble cinco con un cinco y un seis— se había agotado. Un látigo se le había enroscado en el brazo derecho, alzando la manga para revelar un tubo de cuero amarrado al antebrazo. Los dados que él se había guardado al cambiarlos por dados cargados cayeron del tubo y rodaron por el suelo, y estúpidamente noté que habría ganado de todos modos: salió el «Cielo», un doble seis.

El muy necio decidió intentar algo mucho más peligroso que los dados cargados. El mango del látigo estaba en la mano izquierda del maestro Li, y sin duda el tramposo veía que los ojos del maestro Li parecían astillas de hielo, pero metió la mano izquierda en la túnica y torpemente extrajo un cuchillo. Nunca tuvo la menor oportunidad. Golpeé el techo entre dos vigas y lo atravesé como un búfalo de aguas pisando media pulgada de hielo de río. Mi puntería fue tan certera que aterricé en el hombro izquierdo de ese badulaque, pero era demasiado tarde. Al levantarme, goteaba una viscosidad roja.

—Lo lamento, Buey. El hijo de una marrana me atacó —dijo el maestro Li, mirando el cadáver con repulsión.

Quería decir que el sujeto tendría que haber permitido que lo asesinaran limpiamente, y no tendría que haberse girado para que el cuchillo arrojadizo del maestro Li le cortara la yugular. Asesinato era el único modo de definirlo. Por el modo en que el sujeto empuñaba el cuchillo, el maestro Li habría notado que era un torpe aficionado, y sin duda sabía que yo aterrizaría sobre ese papanatas antes de que diera dos pasos. El viejo me miró acongojado, extendió las manos, se encogió de hombros y me acompañó afuera para buscar más paja. Es asombroso cuánta sangre contiene el cuerpo humano, y necesitaríamos por lo menos cuatro gavillas para secar el lago que cubría el suelo.

Al menos los invitados no nos molestarían. Se habían desvanecido como criaturas de ensueño, y al cabo de media hora tendrían testigos dispuestos a jurar que habían pasado la noche sacrificando a Chu-Chuan Shen, Patrono de los Porqueros, en el Templo del Puente Occidental, al otro lado de Pekín.

El maestro Li se arrodilló junto al cuerpo.

—Ni idea de quién era —murmuró—. Lo vi en la taberna y me resultaba familiar, así que lo invité.

No había identificación. El cinturón de dinero contenía una cantidad extraordinaria de oro, y el maestro Li examinó las uñas descoloridas del sujeto y dijo que había trabajado con diversos ácidos metálicos, aunque no guardaba ninguna otra semejanza con un alquimista. En un bolsillo oculto había un tubo fabricado con una tripa de cerdo que escupía pequeñas bocanadas de sustancia grisácea, y el maestro Li silbó.

—He aquí una pequeña fortuna, Buey —dijo—. Paraguas del Diablo en polvo, y absolutamente puro, a ojo de buen cubero. No debe de ser óptima, pero es la más costosa y adictiva de las *ling-chih*, y hace cien años que esas setas no crecen naturalmente alrededor en Pekín.

No encontró nada más de interés. El gato de Ming y el viento me saludaron cuando salí con el cuerpo pálido y exangüe echado sobre el hombro. El aire frío olía a lluvia. Pequeñas nubes negras surcaban el cielo ventoso, y las estrellas parpadeaban como mil millones de luciérnagas, y la luna parecía el velamen amarillo y ondulante de una nave que bogara por un océano azul oscuro hacia inmensos peñascos nubosos en el oeste, donde centelleaba el rayo.

Nadie me vio entrar en el abandonado túnel de contrabandistas que llevaba del callejón al canal bajo el sumidero de la ciudad. Cuando salí del túnel, el cielo estaba muy encapotado, y apenas discernía el muelle y el agua oscura. Había grandes rocas junto al muelle. Sujeté el extremo de una cuerda embreada alrededor de las piernas del cadáver. Se hundió en silencio y fue a juntarse con los demás[1].

El incidente quedó cerrado. Por tácito acuerdo, el maestro Li y yo borramos el asunto del jugador tramposo, y no nos proponíamos volver a mencionarlo. El techo tendría que esperar hasta la mañana. Me arrastré fatigosamente a mi jergón mientras el maestro Li bebía otra jarra de vino, escuchando el repiqueteo del aguacero, que caía por las goteras como una lluvia de plata. Un charco se formó a sus pies, y lo último que vi antes de cerrar los ojos fue al anciano sabio mirando melancólicamente su imagen reflejada en el agua que relucía como un espejo a la luz de las velas.

Me desperté con la certeza de que había pasado algo raro. Durante la noche parecía haberme liberado de un peso, y aunque aún presentía que iba a suceder algo importante, esta vez los presagios eran buenos. Era como si el momento de furia y asesinato del maestro Li hubiera sido una purga necesaria, aunque no me imaginaba por qué. Él torcía la cara y gruñía bajo el peso de la luz de la mañana, como de costumbre, y yo alivié su resaca con una compresa de raíz de jengibre caliente en rodajas. Al parecer aún no había sentido el mismo efecto purgativo, porque estaba tenso como una ampolla.

La niebla y la llovizna enturbiaban la mañana. En la hora de la cabra el maestro Li se puso de pie, tomó el abrigo y el sombrero y se dirigió a la vinatería de Wong el Tuerto, lo cual era mala señal porque él sabe que el famoso buqué del vino de Wong proviene de cucarachas trituradas. Estaba más seguro que nunca de que algo de suma importancia iba al cruce del viejo, y lo acompañé felizmente a su mesa privada.

El maestro Li parecía un cargamento de Droga de Fuego a punto de estallar, y eso es todo lo que sé con certeza sobre el extraño caso de *Shi tou chi*. No entendí nada de lo que siguió. Sólo puedo limitarme a consignar los acontecimientos tal como los presencié, y confieso sin reservas que extrañé las sutilezas que me podrían haber indicado qué pasaba, y qué cosa era importante y qué no.

Empieza por el principio, me había dicho el maestro Li. Continúa por el medio, sigue hasta el final y detente. Eso es lo que haré, y quizá un amable lector me escriba para explicarme todo.

1

Wong el Tuerto y su amada esposa, Fu la Gorda, han trabajado con empeño para obtener la reputación de atender la peor vinatería de China. Esta notoriedad les brinda una clientela que es la envidia del imperio, y el surtido habitual estaba presente: bonzos y *Tao-shih* intercambiaban anécdotas obscenas con rateros y matones, y eminentes artistas y poetas coqueteaban con bonitas muchachas y mancebos mientras altos funcionarios del gobierno jugaban a los naipes con los chulos. De los eminentes eruditos sólo veía sus gorras de gasa laqueada, porque estaban de hinojos jugando a los dados con profanadores de tumbas. Contra una pared había una fila de reservados para aristócratas, y en ocasiones una mano manicurada entreabría las cortinas de abalorios para obtener una mejor vista de la mala vida. Las chocarrerías de la clientela podían ser cruentas, y Wong el Tuerto patrullaba el local blandiendo un calcetín relleno de arena mientras Fu la Gorda le enviaba mensajes con silbidos.

Ella conocía a todos los que eran importantes o peligrosos. Cuando entró el maestro Li, silbó algunas notas de una canción popular que él había inspirado: «Se congelará el fuego y arderá el claro de luna antes de que Li Kao se vuelque a la virtud».

Como decía, yo esperaba que el maestro Li estallara, y al mismo tiempo esperaba que mi premonición se demostrara, y en ese momento un par de cortinas se entreabrieron en el reservado de un aristócrata. Es esto, pensé. La muchacha que salió era una de las criaturas más bellas que había visto. Una princesa, sin duda, y se dirigía a nuestra mesa. Llevaba una chaqueta color miel de una tela exótica, y un chaleco forrado con piel de ardilla plateada. Su larga túnica hendida estaba hecha de la seda más costosa, Blanco Nieve, que pierde su lustre tras diez minutos de exposición directa al sol. Su gorra azul estaba orlada con perlas perfectas, y sus sandalias azules estaban bordadas con oro. Sus pies no hacían ruido mientras se deslizaba hacia nosotros como una nube adorable.

En cuanto se me acercó, noté que sus bellos ojos ardían de rabia. Salté a mi posición defensiva al lado izquierdo del maestro Li, dejándole libre la

mano del cuchillo, pero ella no nos prestó atención. Pasó flotando en una etérea niebla de perfume. El maestro Li reparó en las llamas diminutas que ardían en esos anchos ojos, y en las pupilas dilatadas.

—Hasta la médula de Bolas de Trueno —observó.

Se refería a unas setas alucinógenas tan peligrosas que su venta se ha prohibido. Fu la Gorda llegó a la misma conclusión y se puso a silbar «Cuchillos rojos», y Wong el Tuerto se movió deprisa. La princesa se acercaba a una mesa donde un burócrata tumefacto que lucía los nueve botones del rango en el sombrero explicaba la ley a admirados subalternos, y la sonrisa de ella era tan hermosa que me quitó el aliento. Una mano delicada se metió en la túnica. El calcetín relleno de arena de Wong le pegó en la nuca justo cuando la punta de la daga rozaba el gaznate del burócrata. Ella cayó al suelo tan grácilmente como una hoja otoñal, y un erudito dejó de mirar sus dados.

—La has pillado de nuevo, Wong —dijo.

—Un día de éstos erraré —dijo sombríamente Wong el Tuerto.

El burócrata miró el adorable cuerpo, vio quién era y se puso verde.

—¡Que Buda me proteja! —aulló, y salió por la puerta con tal premura que dejó su cartera en la mesa, y los subalternos la manotearon y se repartieron el contenido. Wong recogió a la princesa y la llevó a la puerta lateral, y luego vi que un par de criados con librea la recibían y se la llevaban en una litera de seda.

—Vaya con mis premoniciones —me dije.

El maestro Li se estaba poniendo púrpura.

—En qué mundo vivimos —dijo, resollando por la nariz—. Buey, esa muchacha exquisita es la dama Hou, uno de los tres mejores poetas del imperio. En cualquier época civilizada, sería honrada, condecorada y alabada, pero vivimos en los tiempos de los neoconfucianos.

Asestó un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que la jarra de vino brincó en el aire, y la atajé antes de que el contenido se le derramara en la túnica y la acribillara de agujeros.

—¡Fraude, Buey! —tronó—. Vivimos en una tierra tan degradada que sus formas de arte más valoradas son el fraude y la falsificación. Los neoconfucianos no pueden aceptar que una mujer sea tan talentosa, y ellos controlan a los censores imperiales, quienes controlan la publicación. Accedieron graciosamente a publicar los poemas de esa dama, y para su asombro ella vio la mención del autor: «Atribuidos a Yang Wan-li». Eso es muy astuto. La implicación era que alguien estaba imitando un masculino estilo clásico, y al clasificar oficialmente una obra genuina como fraudulenta, han privado a la dama Hou de su identidad. Desde entonces se destruye la mente con Bolas de Trueno y corta gargantas neoconfucianas, pero son demasiados. Terminarán por vencer. Con el tiempo ella se convencerá de que no existe, de que es una tetera o un objeto de ese precio, y ellos la encerrarán y

el jefe de los neoconfucianos se apropiará solapadamente de su poesía.

Empinó el vino de un trago, y le pidió más a Fu la Gorda.

—Muchacho —dijo lúgubremente—, vivimos en los últimos días de lo que fue una gran civilización. La podredumbre nos carcome, así que la pintamos con mentiras y la revestimos con oropel, y en cualquier momento un ventarrón hará volar esa utilería, y donde antaño floreció un gran imperio sólo quedará una bandada de murciélagos revoloteando en una pila de estiércol.

Él estaba deprimido, pero yo estaba de buen humor. Sabía con inexplicable certeza que mi premonición había sido atinada, y sólo me había enfocado en la persona errónea. Supongo que esto se relacionaba con la aterrada voz que oía: no veía quién era, pero alguien se abría paso en la muchedumbre, y entonaba las mismas palabras incomprensibles una y otra vez. Hasta el maestro Li apartó los ojos de la jarra de vino y reparó en él.

—Interesante —comentó de mejor humor—. No es frecuente oír el sánscrito antiguo. La Gran Oración del Sutra del Corazón, para ser preciso: *¡Gyate, gyate, harag yate, harosogyate, bochi, sowaka!* Es decir: «¡Llegué, llegué, llegué más allá, totalmente más allá, qué despertar, salve!». Nadie sabe explicar por qué, pero la oración surte un extraordinario efecto calmante cuando la repites una y otra vez.

Entonces lo vimos, y yo quedé defraudado. Había esperado a un bárbaro de ojos desencajados, pero sólo era un bonzo. Era menudo y pálido, parecía medio muerto de miedo y miraba desesperadamente en torno. Sus ojos se pegaron al maestro Li como un par de lapas, se acercó correteando, cayó de rodillas y se puso a hacer enérgicas reverencias.

—Bl-bl-blpp-blppt —dijo, o algo parecido.

—Si dejaras de tratar de abrir un agujero en el suelo con el mentón, te entenderíamos mejor —dijo el maestro Li, no sin amabilidad—. ¿Por qué no te pones de pie y lo intentas de nuevo?

El monje se levantó de un salto y se inclinó en una reverencia espasmódica, como un escarabajo.

—¿Tengo el honor de dirigirme al grande y poderoso maestro Li, primero entre los eruditos y buscadores de la verdad de toda China? —chilló.

El maestro Li desechó los cumplidos con un gesto de modestia.

—Mi apellido es Li y mi nombre personal es Kao, y hay un ligero defecto en mi carácter —dijo—. Éste es mi estimado ex cliente y actual asistente, Buey Número Diez. ¿Tienes un problema?

El monje buscó alguna semblanza de aplomo.

—Venerable señor, soy el humilde abad del insignificante monasterio del Valle de las Penas. ¿Has oído hablar de nuestro valle?

—¿Quién no? —dijo el maestro Li.

Yo, por ejemplo, pensé.

—Hemos vivido en paz durante siglos, pero acaban de asesinar a uno de

mis monjes de un modo espantoso e imposible —dijo el abad con un temblor—. Han irrumpido en nuestra biblioteca, y a los árboles y las plantas les ha sucedido algo que es preciso ver para creer.

Tuvo un ataque de tembleques, y tardó un rato en seguir hablando.

—Oh maestro Li, el Príncipe Risueño ha vuelto de ultratumba —susurró.

—Bien, él siempre dijo que regresaría, aunque parece que se tomó su tiempo para decidirse —dijo con calma el maestro Li—. ¿Cuánto hace que sepultaron a ese aristocrático hijo de una marrana?

—Setecientos cincuenta años —susurró el abad.

El maestro Li se sirvió otra copa de vino.

—La puntualidad no es una prioridad de los príncipes —observó—. ¿Qué te hace pensar que éste ha regresado a sus viejos juegos?

—Lo han visto. Yo mismo lo he visto bailando y riendo bajo el claro de luna con sus malévolos camaradas, y cuando encontramos el cuerpo del pobre hermano Ojos Bizcos, la expresión de su semblante atestiguaba la presencia del Príncipe Risueño. Aferraba esto con la mano, y una inspección de la biblioteca reveló que habían robado el manuscrito.

El abad ofreció tímidamente un fragmento de un antiguo pergamino. El maestro Li le echó una ojeada indolente, y luego se petrificó. No se le movía un músculo de la cara, pero mi corazón se saltó un latido. Sabía qué significaba cuando su cuerpo se ponía tieso como una roca y sus ojos quedaban casi ocultos por arrugas que podían haber formado un mapa en relieve de toda China.

—¿Algo más? —preguntó con calma el maestro Li.

El pequeño monje estaba a punto de desmayarse. Lo acuciaba un recuerdo que le hacía saltar los ojos de las órbitas y le estrangulaba la voz.

—Había un sonido —susurró—. No puedo describirlo. Transformó a la mitad de los monjes en gelatina, aunque la otra mitad no podía oírlo. Los que oían el sonido tenían que seguirlo. Carecíamos de voluntad propia. Nos condujo a una escena de destrucción que no se puede describir con palabras. Era un sonido que parecía venir del Cielo, pero surtía el efecto de los peores fuegos del Infierno, y supe de inmediato que debía acudir al mayor experto en enigmas de todo el imperio.

El maestro Li le dio la vuelta al manuscrito y examinó el dorso.

—¿Qué sabes sobre el manuscrito robado? —preguntó.

El abad se sonrojó.

—No soy un erudito. No pude leer una palabra —dijo humildemente—. El hermano Ojos Bizcos, el monje asesinado, era nuestro bibliotecario, y decía que era antiguo pero no valioso. Una curiosidad que quizá estuviera destinada a ser una nota al pie en una crónica histórica.

—¿Qué tamaño tenía?

El abad trazó la forma de un pergamino con las manos, un pie de altura y

un quinto de pulgada de grosor.

—¿Qué ha sucedido con el cuerpo del hermano Ojos Bizcos?

—Queda un poco de hielo en nuestra sala refrigeradora, así que ordené que pusieran el cuerpo allí —dijo el abad—. Venerable maestro, nuestra orden es pobre, pero habrás oído hablar del príncipe Liu Pao. Le he escrito, y él viene en camino, y te aseguro que te pagará lo que…

El maestro Li alzó una mano.

—Quizá no sea necesario —dijo—. Supongamos que te ofrezco mis servicios, con todos los gastos incluidos, a cambio de este fragmento del manuscrito.

—¡Hecho! —exclamó el abad.

La idea de que el maestro Li se encargara del asunto obraba milagros, y al instante el pequeño sujeto fue veinte años más joven. Todo se zanjó en cuestión de minutos. El abad debía regresar al monasterio de inmediato, y el maestro Li prometió dirigirse al Valle de las Penas al día siguiente. Al abad le sangraba la nariz de tanto golpear el mentón contra el suelo mientras se alejaba a rastras de la mesa, pero su rostro estaba alegre cuando se levantó de un brinco y echó a correr para llevar la buena nueva a sus monjes. El maestro Li lo siguió con la mirada como un abuelo afectuoso.

—Bien, Buey, ¿qué opinas de esto? —preguntó.

Se refería al manuscrito, y él sabía muy bien que yo no podía opinar nada. Sólo puedo leer la escritura más sencilla, y esto era la taquigrafía de un especialista, y para colmo una taquigrafía antigua. Por toda respuesta, me encogí de hombros.

—Es una falsificación —dijo felizmente el maestro Li, mirando el manuscrito casi con reverencia—. Más aún, falsificación es el eufemismo del milenio. Es una falsificación tan espléndida que habría que erigirle un templo y adorarla con plegarias, gongs e incienso, y el monje que la descubrió ha sido asesinado, que es precisamente lo que corresponde, artísticamente hablando. ¡Bendito sea ese hielo! —exclamó el maestro Li—. Si esto nos sirve de guía, el pulmón izquierdo del hermano Ojos Bizcos estará lleno de estiércol de yak, el pulmón derecho contendrá ceniza volcánica, las coletas cortadas de monjas novicias estarán enroscadas alrededor del intestino delgado, y los Siete Sacrilegios de Tsao Tsao estarán grabados en el hígado. Muchacho, realizaremos la autopsia más deliciosa de la historia.

Yo dudaba que una autopsia pudiera ser deliciosa, pero no me importaba. El viejo fuego volvía a arder en los ojos del maestro Li, y me sentí como un corcel que regresa a la batalla. Ansiaba relinchar y patear el suelo.

2

La lluvia casi había cesado y el cielo se despejaba rápidamente. Sería una bella tarde con suficientes nubes para un ocaso glorioso, y yo disfrutaba del aire fresco tras inhalar la pestilencia del alcohol en bruto de Wong. Las calles estaban resbalosas, así que llevaba al viejo a la espalda cuando regresamos por el Callejón de las Moscas, como hago siempre que la marcha es difícil. Sus pies diminutos encajan a la perfección en los bolsillos de mi túnica, y no pesa más que un niño.

Las calles estaban casi desiertas. Eso era muy conveniente porque nos hallábamos en aquella parte de la ciudad que llaman Puente del Cielo, en cuyas callejas abundan caballeros con la cara llena de cicatrices que conversan en el idioma silencioso de las sociedades secretas: agitando rápidamente los dedos dentro de la manga de la túnica. Puente del Cielo también es el lugar de las ejecuciones públicas, y se dice que en la tercera guardia se ven filas de fantasmas posados como buitres encima del Muro Gemebundo, detrás de los tajos de madera donde les han cortado la cabeza. (La decapitación no les ha mejorado el humor. Los forasteros bondadosos que oyen los sollozos de un niño o las súplicas de una mujer y se internan en las sombras no vuelven a aparecer). Puente del Cielo me pone nervioso, y me alegró que la única persona con quien nos cruzamos fuera un bonzo que golpeaba con diligencia su pez de madera, aunque no era día de suscripción.

—¡La doble hora de la cabra! —clamaba—. ¡Han cancelado el banquete del gobernador, pero aun así habrá un recital de campanas de piedra en el templo de Confucio! ¡El Puente Oeste está cerrado al tráfico, y se multará a los carreteros! ¡Se aproxima una nueva tormenta desde el este, pero el oeste está despejado!

Miré en torno.

—Está loco —dije—. El este está despejado, y las nubes están al oeste.

El maestro Li me pateó las costillas y señaló. Una patrulla de la guardia urbana se aproximaba desde el este. Señaló arriba, y vi a unos caballeros que estaban encaramados encima de la casa de cambio de Meng. Los rateros saludaron al monje y se perdieron de vista, encima de la cumbrera oeste.

—Puente del Cielo —suspiré.

El maestro miraba al bonzo cuando lo pasamos.

—Coartada Ah Sung, de Chao-ch'ing —dijo pensativamente—. Ésa es la Flor Purpúrea. ¿Y qué hacen…?

Dejó de hablar y rió entre dientes.

—Buey, ¿qué hueles en el aire? —preguntó.

—Tierra húmeda, agujas de pino, grasa de puerco, estiércol de asno y perfume de la casa de la alegría de Madre Ho —dije.

—Te equivocas. Hueles el destino —dijo felizmente el maestro Li—. Un destino que parece aproximare con el delicado andar de un elefante obeso. ¿Recuerdas de qué hablaba en el establecimiento de Wong antes de que nos interrumpieran?

—Fraude y falsificación, venerable maestro, y el viento que se llevaba nuestra civilización decadente.

—Y anoche fui instigado a asesinar a un sujeto y examinar el cuerpo, con lo cual descubrí que tenía una configuración peculiar de ácidos metálicos en los dedos y un tubo de Paraguas del Diablo en el bolsillo. Luego alguien le deslizó unas Bolas de Trueno a la princesa Hou, y la querida niña decidió degollar a un mandarín, y luego apareció un monje con una falsificación que pone fin a todas las falsificaciones, y ahora unos malandrines de Chao-ch'ing deciden asaltar la casa de cambio de Meng. Súmalo todo y el total equivale al destino —dijo confiada y enigmáticamente el maestro Li—. Hagamos un desvío.

Pekín no es hermosa como pueden serlo grandes ciudades como Ch'ang-an, Loyang o Hangchow, pero el Parque del Caballo de Fuego es muy bonito, sobre todo después de la lluvia, cuando el aire está impregnado con el aroma del pino, el álamo, el sauce y el algarrobo. El maestro Li me pidió que me dirigiera al Ojo de la Tranquilidad, que no es mi lugar favorito. Es un pequeño lago redondo dispuesto para viejos pecadores que buscan la salvación en el último momento, y la conversación no es precisamente alentadora. Por alguna razón los vejetes confunden santidad con senilidad, y el diálogo consiste en un *gugugú* acompañado por babeos y esquivas miradas al cielo. Creo que tratan de demostrar que son inofensivos. También siguen el ejemplo del santo Chiang Taikung y se sientan en las márgenes con cañas de pescar, manteniendo los anzuelos tres pies por encima del agua. (Chiang Taikung amaba la pesca pero se negaba a tomar una vida, y declaraba que si un pez quería brincar y suicidarse, era asunto del pez). Los vendedores hacen buen negocio con las lombrices. Los vejetes compran cubos enteros y arrojan más miradas esquivas al cielo mientras las liberan ostentosamente. Con toda franqueza, ese lugar me pone la carne de gallina.

El maestro Li me hizo rodear el lago hasta que halló lo que buscaba, y luego se bajó de mi espalda y se acercó a un aprendiz de santo que guardaba gran semejanza con un sapo. El sujeto tenía dos pequeñas tazas de cuero sobre las orejas, sujetas con una cinta, y el maestro Li quitó la cinta. Tomé una de las tazas, me la acerqué al oído y escuché el adorable tintineo de las campanas doradas, esos pequeños insectos de Suzhou que cantan tan dulcemente que las ancianas los guardan en jaulas junto a su almohada para que les ayuden a conciliar el sueño.

También se dice que las campanas doradas inducen pensamientos puros, y tuve la impresión de que el sapo necesitaba pensamientos puros a granel. Cortésmente levanté y desplacé a un par de vejetes para que el maestro Li y yo pudiéramos sentarnos junto al sapo.

—*¿Gugugú?* —dijeron los vejetes.

—*Gugugú* —respondí.

Los ojos claros y desencajados del sapo se movieron lentamente hacia el maestro Li.

—Yo no fui —dijo.

—Diez testigos —dijo el maestro Li.

—Embusteros. No pueden probar nada.

El sapo volvió a mirar su anzuelo colgante. Apretaba la boca con terquedad, y pensé que ni siquiera el maestro Li podría arrancarle otra palabra.

—Hsiang, te envidio —dijo el maestro Li con tristeza—. Tu seráfica visión de la vida en el más allá es tal que puedes dar la espalda a ésta, y prescindir de placeres mundanos tales como ver el florecimiento de tu familia. Tu sobrino, por ejemplo. ¿Cómo se llamaba? ¿Cheng? Chou Cheng de Chao-ch'ing, un joven prometedor. He oído que ha ascendido a la cima del tráfico de *ling chih* y prácticamente ha copado el mercado de Paraguas del Diablo y Bolas de Trueno.

El sapo clavaba los ojos en el anzuelo.

—También he oído que apartó una porción de las ganancias para comprar un puesto en el consejo de la Flor Purpúrea. ¡Qué precocidad! —exclamó con admiración el maestro Li—. Predigo que ese joven irá lejos, pues sabe administrar su patrimonio. Anoche, por ejemplo, conocí a un sujeto encantador que tenia un tubo lleno de Paraguas del Diablo, y se me ocurrió que las extrañas manchas que tenía en los dedos podían venir del oficio de acuñador, y recordé que lo había visto entrar y salir sigilosamente de la casa de cambio de Meng. Un sujeto como ése podría conocer muchos secretos valiosos. Qué hay en el sótano, por ejemplo. ¿Y sabes lo que vimos cuando veníamos hacia aquí? La banda de la Flor Purpúrea, abriendo la casa de cambio de Meng, y sospecho que no se proponen robar nada. Se proponen llamar la atención de los magistrados sobre cierta parafernalia muy particular.

La caña de pescar empezaba a temblar.

—Todos saben que la casa de cambio de Meng es sólo una tapadera para el negocio de la falsificación —dijo pensativamente el maestro Li—. Se dice que el cabecilla es el segundo viceministro de Finanzas, y adivina a quién vimos en el establecimiento de Wong el Tuerto. Un joven brillante que tenía acceso a toda clase de *ling chih* obsequió unas selectas Bolas de Trueno a la dama Hou, y luego le susurró algo a sus adorables oídos. En fin, ya conoces a la dama Hou. Adivina a quién se acercó con su pequeña daga. ¡Exacto! Nada menos que al segundo viceministro de Finanzas, y sospecho que su título de rey de los falsificadores es provisional. No me sorprendería que tu precoz sobrino y sus amigos lo reemplacen, a menos que alguien los decapite primero.

El sapo dejó caer la caña al agua.

—Li Kao, tú no harías eso, ¿verdad? —dijo con voz implorante—. Es sólo un niño.

—Un niño delicioso, me han dicho —dijo cálidamente el maestro Li.

—Un poco alocado, quizá, pero así son los jóvenes —dijo el sapo—. Es inevitable que la ambición juvenil sea algo excesiva.

—Debemos servir a los jóvenes —dijo sentenciosamente el maestro Li—. A veces, después de rellenarlos con trufas y rehogarlos en salsa de nata de guisantes —añadió.

—Li Kao, si estás trabajando para el Servicio Secreto, puedo darte algunas pistas —dijo esperanzadamente el sapo.

—No es menester —dijo el maestro Li—. Sólo requiero la opinión de un experto, sin evasivas. —Extrajo el fragmento del manuscrito y se lo alcanzó—. ¿Conoces a alguien que sea capaz de hacer esto?

El sapo miró el fragmento cinco segundos. Sus ojos se desencajaron aún más y se le aflojó la mandíbula.

—¡Gran Buda! —jadeó—. ¿Si conozco a alguien que pueda hacer esto? ¡Sólo los dioses pueden hacer esto!

Lo alzó a la luz, sin reparar en nada más, y el maestro Li aprovechó la oportunidad para continuar con mi educación.

—Buey, hay sólo diez grandes hombres en la historia cuya caligrafía era tan valorada que los reyes estaban dispuestos a guerrear por obtener una muestra —dijo—. Esa caligrafía es inconfundible, y ningún conocedor podría mirar ese fragmento sin exclamar «¡Ssu-ma Ch'ien!». Sin duda habrás estudiado algunos textos suyos en la escuela.

Claro que los había estudiado, y claro que no pensaba darle al maestro Li una opinión sincera. Adoraba la clase de historia. Todavía puedo citar pasajes enteros de memoria: «Cuando el emperador entró en el Salón de la Virtud Balsámica, un viento brusco sopló desde un rincón oscuro, y de allí se deslizó una serpiente gigante que se enroscó alrededor del trono. El emperador se desmayó, y esa noche los terremotos asolaron Loyang, y las olas barrieron las costas, y las grullas graznaron en los pantanos. En el día quinto de la luna

sexta un largo jirón de niebla negra entró en el Salón de las Concubinas, y el calor y el frío se confundieron, y una gallina se transformó en gallo, y una mujer se transformó en hombre, y cayó carne humana de los cielos». Ahora bien, éste es un relato sensacional, ideal para los niños en crecimiento, hasta que tuvimos edad suficiente para leer al más grande de todos los historiadores. Esto es lo que comentaba Ssu-ma Ch'ien sobre exactamente el mismo tema: «La dinastía Chou se aproximaba al colapso». Bah.

—Nada es más difícil de falsificar que la caligrafía, y falsificar una caligrafía tan excelsa es casi imposible —explicó el maestro Li—. La personalidad del autor se expresa en cada trazo del pincel, y el falsificador debe transformarse en el hombre cuya letra está imitando. Alguien ha logrado lo imposible al falsificar a Ssu-ma Ch'ien a la perfección, y lo desconcertante es que hizo una falsificación patéticamente obvia.

—¿Cómo, maestro? —pregunté.

—¿Consignarías el nombre de tu padre a menos que te refirieses directamente a él?

—¡Claro que no! —La idea era pasmosa—. Sería una grosera falta de respeto, e incluso podría exponer su espíritu al ataque de los demonios.

—Precisamente, pero en un fragmento supuestamente escrito por Ssu-ma Ch'ien, el autor se refiere a un funcionario menor llamado T'an no menos de tres veces. T'an era el nombre de su padre.

Quedé desconcertado. No atinaba a imaginar por qué un falsificador produciría una obra maestra que sería desenmascarada en un instante. El sapo tampoco.

—Esto es tan increíble como incomprensible —murmuró—. ¿Has visto todo el manuscrito?

—No —dijo el maestro Li—. Entiendo que es muy breve, y quizá estaba destinado a ser una nota al pie en una de las crónicas.

—El pergamino es genuino —dijo pensativamente—. Cuando pensamos en falsificaciones, pensamos en obras modernas, pero quizá el falsificador fuera contemporáneo. Li Kao, tenemos entendido que Ssu-ma fue castrado por el emperador Wu-ti, pero no lo sabemos con certeza. El motivo oficial nunca me ha parecido muy convincente, y esta falsificación es tan exquisita que a Ssu-ma le costaría mucho demostrar que él no la escribió. Sólo cabe imaginar a cortesanos intrigantes señalándole al emperador que el gran maestre astrónomo e historiador era tan impío que podía escribir el nombre de su padre, y si el texto también contenía referencias despectivas al trono…

En ese punto otra voz sofocó la suya. Uno de los réprobos miró las venerables arrugas del maestro Li y decidió que alguien lo retaba por el título de campeón de los santísimos, e inhaló tres o cuatro veces y alzó la boca hacia el Gran Río de Estrellas.

—¡Óyeme, oh Cielo, mientras les rezo a los seiscientos dioses con nombre!

—exclamó—. ¡Invoco a los dioses de los diez rumbos, y a los funcionarios secundarios de los diez rumbos, y a las estrellas de los cinco rumbos, y a las estrellas secundarias de los cinco rumbos, y a los guerreros y sabios feéricos, y a los diez reyes divinos extremos, y a los dioses del sol y la luna y las nueve astros principales!

Los vendedores ambulantes decidieron no ser menos.

—¡Se venden lombrices! —exclamaron.

—¡Los dioses que custodian las Puertas del Cielo! —rugió el campeón—. ¡Los treinta y seis dioses del trueno que custodian el Cielo, y las veintiocho estrellas principales del zodiaco, y los dioses para subyugar espíritus malignos, y el rey deífico del Cielo Volante, y el dios de la gran larga vida de Buda, y los dioses de Tien Kan y To Tze, y los grandes sabios de los trigramas, y los dioses de las puertas, y los divinos generales que comandan el mes y la semana y el día y la hora!

—¡Lombrices! —pregonaron los vendedores—. ¡Apiadaos de estas pobres lombrices inofensivas, injustamente condenadas a una muerte cruel en un anzuelo!

—¡Los dioses de los nueve ríos! —chilló el santo—. ¡Los dioses de las cinco montañas y las cuatro esquinas! ¡Invoco a los dioses a cargo de las fuentes y manantiales y zanjas y riachuelos y colinas y bosques y lagos y ríos y los doce fuentes fluviales! ¡Invoco a los dioses patronos locales! ¡Los *chuang-huangs* y sus subalternos! ¡Los dioses de los funcionarios locales menores! ¡Los dioses de los árboles y la leña! ¡Los oficiales y soldados espirituales bajo el mando de los sacerdotes! ¡Los espíritus encargados de proteger los tabúes, mandamientos, escrituras y rectas tradiciones de la religión!

—¡Pensad en vuestras pobres, viejas y canosas abuelas, que quizá hayan renacido como lombrices! —gritó un vendedor con iniciativa.

—¡Muchacho! —aulló el maestro Li, y para mi asombro compró un cubo de lombrices.

—¡Invoco a los dioses de las cuatro estaciones y los ocho festivales! —gritó Su Santidad—. ¡Invoco a…!

El maestro Li extendió los brazos, le abrió aún más las mandíbulas y le vertió el contenido del cubo. El silencio descendió sobre el Ojo de la Tranquilidad. El sapo sostenía la falsificación a una mera pulgada de sus ojos.

—Falsificación de una falsificación —murmuró—. Alguien hizo un calco de ésta, y recientemente. El torpe dejó marcas en los sitios donde presionó demasiado.

Le devolvió el manuscrito al maestro Li.

—El calco es un trabajo de aficionados —dijo con desdén—. Una falsificación extraordinaria que puede lograr que los eruditos duden de su cordura vale una fortuna, pero un calco no engañaría ni a un bebé analfabeto. Si el idiota intenta vendérselo a quien no debe, pronto estará contemplando

los bonitos peces que nadan alrededor de sus macizas sandalias de piedra.

Sentí un retortijón en la boca del estómago, pero si el maestro Li estaba pensando en un jugador tramposo en el fondo del canal, no dio señales de ello.

—Qué interesante —dijo sin inmutarse—. Hsiang, al parecer han robado el manuscrito. ¿Has oído algún rumor?

—¿Hablas en serio? Li Kao, si un coleccionista permitiera que se difundiera la existencia de algo de semejante calidad, en menos de un día recibiría la visita de los agentes del emperador. No puede existir otro fraude tan bueno como éste en todo el mundo —dijo el sapo—. Y no te molestes en buscar al falsificador. El Augusto Personaje de Jade lo ha elevado al Cielo, y ahora administra la correspondencia divina.

El maestro Li se rascó la frente y se atusó la barba.

—Una última pregunta. Puedo pensar en muchos hombres que matarían para echar mano del manuscrito, pero el homicidio que debo resolver ha sido demasiado llamativo. ¿Puedes pensar en un hombre que utilizaría métodos acordes con los peores excesos de la ópera china?

—Uno —dijo al instante el sapo.

—¿Quién?

—Tú —dijo el sapo. Se volvió hacia mí—. Muchacho, ¿sabes que hay cementerios enteros dedicados a este viejo asesino? ¿Cuántos cadáveres dejó durante ese extraño episodio de los pájaros[2]?

—Veinte o treinta —dije—. Pero fue sólo porque…

—¡Largo! —vociferó el sapo—. Largo, y dejad que un viejo muera con dignidad.

—¿Viejo? —dijo el maestro Li—. Si mi nieto mayor no hubiera comido un pez globo mal preparado, tendría tu edad.

—El problema contigo es que te niegas a morir de vejez —gruñó el sapo. Luego citó a Confucio—: «Un sujeto que envejece tanto como tú sin morir se transforma en un estorbo». —Se volvió hacia mí—. Yo, en cambio, feneceré con serenidad, seguro en la santidad de mi alma. ¡Muchacho, mira el alma que resplandece por mis ojos! ¡Es como una flor!

Es peligroso jugar a las citas con el maestro Li.

—«Cuando regreso de pisotear flores, los cascos de mi caballo están fragantes» —murmuró.

El sapo palideció.

—Oye, Li Kao, no quise ofenderte, en absoluto. Lo único que busco es la Senda Verdadera que me conducirá al Venturoso Reino de la Semblanza Purificada. —Al pensar en su nueva pureza se envalentonó—. ¡Largo! —exclamó—. Largo, cúmulo andante de huesos antiguos, y llévate contigo el hedor sulfuroso del pecado.

Se giró hacia mí para fulminarme con la mirada.

—También llévate a esta grúa ambulante —añadió.

El maestro Li se levantó con una reverencia, y yo seguí su ejemplo. Dimos media vuelta y echamos a andar por la hierba, y un suave y burbujeante coro de *gugugús* se desvaneció a nuestras espaldas.

3

El viaje no fue largo, y tres días después trepé a un risco que dominaba el Valle de las Penas. Era de madrugada, y sequé el rocío de una roca grande y chata y nos sentamos a esperar a que se despejara la niebla. En el ínterin noté que el Valle de las Penas era como un cuenco con una rajadura. La rajadura era una brecha del sur que a lo lejos se internaba en otros valles. Por los lados del cuenco descendía un sendero sinuoso y encantador con árboles y flores. Demasiado encantador, para mi gusto. Ningún labriego en su sano juicio derrocharía tanta tierra arable en flores cuando se podía plantar algo útil. El derroche conspicuo es propio de la riqueza y el poder, y me saca de quicio.

—A los labriegos les pagan para que no siembren —dijo el maestro Li, leyéndome la mente—. Se llama Senda de los Príncipes, y la causa de su existencia tiene una larga historia. —Señaló el valle—. ¿Rico o pobre? —preguntó.

Mentalmente hundí los pies en la tierra.

—Ni una cosa ni la otra —dije—. El suelo parece fértil, pero no hay demasiado. Demasiadas rocas y esquistos en las laderas, y el pantano del oeste es salado. El valle puede dar sustento a una población pequeña, pero no puede sobrar demasiado.

—Excelente —dijo el maestro Li—. El primer señor feudal del valle descubrió cuán difícil era obtener dinero del lugar y sentó un precedente admirable al morir por sus excesos con la bebida. Sus sucesores siguieron su apreciado ejemplo, y cada pocos años los campesinos podían aguardar el banquete que acompañaba a un noble funeral. ¿Cuál crees que fue su reacción cuando un tal príncipe Chou resultó tener un hígado de hierro forjado, y duró treinta años?

Los campesinos son iguales en todas partes, así que dije confiadamente:

—No se lo han perdonado hasta el día de hoy. Les cuentan a sus hijos historias truculentas sobre Chou el Cruel, el Príncipe Avaro, y los forasteros pueden discernir dónde lo sepultaron al observar la dirección en que los labriegos orinan en los campos.

—En efecto, aunque las anécdotas sobre Chou el Cruel son raras hoy en

día —dijo el maestro Li—. Vino alguien que lo reemplazó y monopolizó el mercado de las anécdotas. Buey, una de tus cualidades más entrañables es tu capacidad para mantener la boca cerrada cuando te mueres por hacer preguntas, y es hora de responder a una de ellas. ¿Quién era el Príncipe Risueño? ¿Por qué los campesinos, los monjes y el abad están aterrados por la idea de que pueda haber vuelto de ultratumba?

Me dispuse a escuchar, y éste es un breve resumen de lo que aprendí sobre un caballero cuyo espíritu jovial me ronda aún el día de hoy.

El emperador Wu-ti tenía un hermano menor, el príncipe Liu Sheng, que era un poco problemático. Era un lúcido estudiante de la ciencia taoísta, pero indisciplinado, y se decía que su afabilidad sólo era comparable a su pereza. En la corte sus alegres bromas hacían reír a la nobleza, pero era hora de que hiciera algo útil. Cuando el príncipe Chou sucumbió al fin, el emperador envió a su indolente hermano a gobernar como señor del Valle de la Cabeza del Dragón. (Entonces no se llamaba el Valle de las Penas). Los campesinos esperaban con ansias a ese sujeto tan divertido, y con el tiempo los capataces fueron convocados a la finca del príncipe.

—Queridos amigos —dijo el príncipe con una sonrisa encantadora—. Queridísimos amigos, os ruego que plantéis calabazas. Muchas, muchas, muchas calabazas.

Luego inició un irresistible paso de danza, mientras entonaba:

—¡Muchas, muchas, muchas… calabazas!

Bien, un príncipe tiene derecho a ciertas excentricidades. Los campesinos plantaron muchas, muchas, muchas calabazas, y todos se preguntaban dónde encontraría el príncipe Liu Sheng los puercos que se las comieran. Resultó ser que no quería las calabazas para alimentar ganado. Las semillas secas de la calabaza tienen la particularidad de arder largo tiempo y arrojar una luz blanca y brillante, y el príncipe había llevado a expertos que habían descubierto un vasto depósito de sal debajo del pantano del extremo oeste del valle. Al instalar semillas de calabaza en linternas de cuerno de rinoceronte, el príncipe Liu Sheng pudo crear la primera mina de sal donde se trabajaba veinticuatro horas diarias.

Los campesinos fueron encadenados a enormes ruedas horizontales. Los capataces los azotaban en círculos mientras impulsaban taladros que penetraban más de mil pies en el suelo blando. Colocaron revestimiento de bambú, y sogas y montacargas reemplazaron a los taladros. Los cubos elevaban la salmuera a una tubería que atravesaba el valle hasta una gran extensión de esquisto del lado este. Un gas inodoro subía por las fisuras, y era fácil de encender. La salmuera se vertía en planchas de hierro y se calentaba, y la sal se extraía y se llevaba al mercado. Día y noche los látigos azotaban a los campesinos en círculos, mientras el príncipe Liu Sheng recorría las obras en una litera de seda con una ocurrencia jocosa y un saludo amigable para todo el

mundo.

Con el tiempo la sal se agotó, pero el príncipe también había descubierto una angosta pero rica veta de mineral de hierro. Los campesinos varones fueron encadenados en cuadrillas de trabajo que cavaban túneles interminables, y las mujeres permanecieron encadenadas a las ruedas. Ahora impulsaban grandes fuelles en altos hornos, y en poco tiempo las minas de hierro del príncipe Liu Sheng eran la comidilla del imperio. Fue entonces cuando se lo conoció como el Príncipe Risueño. Su sentido del humor casi acabó con él, porque casi se moría de risa literalmente al observar las cómicas cabriolas de las mujeres de las ruedas. Ocurre que sus cadenas estaban al rojo vivo, y por un tiempo «La danza campesina del príncipe Liu» hizo furor en la corte.

El Príncipe Risueño recurrió a su genio científico para diseñar un tratamiento con ácidos y otros agentes que tomaban su hierro menos quebradizo que ningún otro. La planta de ácido estaba en la cima de las colinas del este, y los desechos goteaban en una senda humeante que rodeaba casi todo el cuenco del valle, y los sabios y estudiosos se reunían para observar el asombroso efecto de los desechos que llegaban al pantano. El agua cobraba un color amarillo brillante. De día humeaba y burbujeaba, y de noche irradiaba una siniestra luz violácea y los peces y las ranas flotaban boca arriba con los aterrados ojos muertos clavados en las ondulantes nubes negras de los hornos. Todos los árboles estaban secos, y ningún pájaro cantaba, y el Príncipe Risueño hacía bromas maravillosas sobre el olor. Algunos protestaron, pero las protestas cesaron cuando el príncipe abrió los libros. Las ganancias eran exorbitantes.

Luego sucedió algo que nadie ha logrado entender del todo. Súbitamente el príncipe Liu Sheng perdió interés en ganar dinero. Regresó a su primer amor, y ya había escogido su campo científico. Se proponía revolucionar la medicina.

—¡Descorreré los velos de la ignorancia del arte de la curación, y exhibiré los nervios y tejidos! —proclamó.

Los sabios y estudiosos reunidos se espantaron cuando el príncipe explicó algunos de los experimentos que proyectaba, pero las protestas cesaron abruptamente cuando él comentó que necesitaría muchos, muchos, muchos sujetos.

—Muchos, muchos, muchos —cantó, iniciando su paso de baile—. ¡Muchos, muchos, muchos… sujetos!

Y los estudiosos bailaron con él.

Cerca de su finca había una gruta. La transformó en su centro de investigación médica, y los sabios que iban a observar los experimentos aplaudían y alababan y luego salían tambaleándose para vomitar, o bien protestaban y pasaban a ser sujetos experimentales. Nadie cuestionaba la

pericia del príncipe. Sin duda era el mayor experto del mundo en los efectos del estiramiento, la compresión, la inmersión en ácido, la quemazón, la rotura y la torcedura. Rara vez el cuerpo humano se ha estudiado tan minuciosamente. La gente que disfruta de tales pasatiempos nunca está sola. El Príncipe Risueño reunió a personas de mentalidad similar. Los llamaba sus Monjes del Jolgorio, y los vestía con túnicas hechas de una tela variopinta como los trajes de payaso, y bailaban y reían bajo la luna mientras cabriolaban por el valle con una brigada de soldados, reuniendo campesinos para nuevos experimentos.

El Príncipe Risueño era un loco incurable y homicida. Algunos dicen que su imperial hermano al fin se hartó y envió la bufanda amarilla, que es la orden imperial de suicidarse. Otros lo niegan. En todo caso, el príncipe enfermó. Se revolvía en un delirio de fiebre, gritando y maldiciendo, y en sus momentos lúcidos miraba por la ventana las ruinas del valle y juraba volver de la muerte para terminar el trabajo.

Murió. Lo pusieron en su tumba.

—Setecientos cincuenta años después, se ha visto a monjes con ropa variopinta cabriolando en el Valle de las Penas —dijo el maestro Li—. El hermano Ojos Bizcos ha sido asesinado, y parece que esa parte del valle ha sido destruida de un modo que es digno del Príncipe Risueño.

—Cáspita —resoplé.

—Cáspita, en efecto, aunque en tales casos la promesa poética casi siempre resulta ser patéticamene prosaica —dijo el maestro Li con tristeza—. Vamos a ver qué puede decirnos el cuerpo del hermano Ojos Bizcos.

El monasterio era antiquísimo, y muy amplio por tratarse de un valle tan pequeño. El abad hizo alinear a sus monjes como una guardia de honor, y quedó defraudado cuando el maestro Li rehusó pasar revista. El maestro Li también rehusó comenzar por la escena del delito, declarando que era imprudente examinar un cadáver con la mente llena de prejuicios, y nos condujeron por una larga y sinuosa escalera hasta el sótano más bajo y la sala refrigeradora.

Había faroles por doquier. La sala estaba muy iluminada, así que las sombras eran muy oscuras, y el juego de luces y sombras sobre el cuerpo que yacía sobre el bloque de hielo realzaba la cabeza. Me paré en seco y contuve el aliento. Nunca en mi vida había visto tanto terror en un rostro humano. Los ojos saltones y la boca abierta estaban fijas para siempre en la expresión de alguien cuya última visión ha sido el pozo más horrendo del Infierno.

El maestro Li dijo que la expresión era interesante, ya que tres o cuatro drogas podían haberla causado, pero ninguna de ellas era común en China. Se arremangó y abrió su maletín, y las hojas relucieron como carámbanos en la

cámara fría y mohosa. El abad parecía estar a punto de desmayarse, como hicieron sus cuatro asistentes, que esperaban en la escalera. Por mi parte, nunca me acostumbraré a ello, y tuve que obligarme a mirar. El tiempo transcurría como melaza goteando en invierno. Al cabo de diez minutos el maestro Li se enderezó, y la expresión siniestra de su semblante no era sólo un truco de las sombras.

—Mierda de murciélago —dijo.

Volvió a inclinarse sobre el cadáver, y movió airadamente sus cuchillos.

—No hay estiércol de yak, ni ceniza volcánica, ni coletas de monjas ni Tsao Tsao —masculló—. Sólo otro cadáver.

De nuevo puso manos a la obra, y varios fragmentos del hermano Ojos Bizcos aterrizaron en el hielo junto al cuerpo.

—Nuestro difunto amigo estuvo recientemente en una ciudad grande —dijo el maestro Li con voz práctica—. Su muerte ocurrió no más de cuatro horas después de su retorno.

El abad retrocedió nerviosamente, como temiendo brujería.

—El hermano Ojos Bizcos fue a Ch'ang-an —susurró—. Murió pocas horas después de su retorno.

—También había descuidado bastante sus votos —comentó el maestro Li —. Me gustaría saber cómo pudo pagar huevos de mil años.

—Ningún monje puede pagar huevos de mil años —dijo el abad sin rodeos.

—Éste sí. Al menos tres de ellos.

—¿Los huevos pueden durar mil años? —pregunté con escepticismo.

—¡Fraude, Buey! ¡Fraude y falsificación! —rezongó el maestro Li—. ¡Pintura que encubre una realidad turbia con un brillo falso! Son simplemente huevos de pato que se han tratado con cal. La cal penetra en la cáscara y cocina lentamente el contenido, y al cabo de ocho o diez semanas clasifican el huevo tratado como de mil años y lo venden a un crédulo nuevo rico por un precio ridículo. Depositó un material repulsivo en un cubo que había en el suelo—. El estreñimiento es una bendición para un examinador médico. Abad, también debes tener en cuenta que el hermano Ojos Bizcos no sólo compró los huevos, sino que celebró un banquete en Ch'ang-an… Tenía que ser una ciudad grande para conseguir los huevos con sopa de carpa y almejas, langosta en salsa de nata de guisantes, patas de pato en salmuera aderezada con hongo de árbol negro, cochinillos al vapor con ajo, dulces, frutas acarameladas y pasteles de miel con especias. Estimo que el coste de su última comida rondaba las tres unidades de plata.

El abad se tambaleó.

—¡Revisad los libros! —les gritó a los monjes—. ¡Haced un inventario de los candelabros y los incensarios! ¡Mirad si hubo algún informe sobre asalto en el camino!

—De paso, que alguien averigüe si el hermano Ojos Bizcos pidió una cantidad inusitada de tinta para la biblioteca —dijo el maestro Li—. Del tipo llamado Pestañas de Buda. También pergamino del tipo llamado Emperador Amarillo.

Los monjes galoparon escalera arriba, y el abad alzó la túnica para enjugarse la frente. El maestro Li exhibió otro objeto viscoso.

—Buey, deberías aprender mucho más sobre las ciencias físicas —dijo—. Esta cosa es el bazo. No es un buen bazo: funcional pero frágil. Una lástima, ya que el bazo es la sede de la buena fe.

Desprendió otro objeto desagradable y lo mostró.

—Lo mismo se aplica al corazón, la sede del decoro; los pulmones, la sede de la rectitud; y los riñones, la sede de la sabiduría. El único órgano de primera que poseía el hermano Ojos Bizcos era el hígado, que es la sede del amor, y sospecho que el difunto bibliotecario llevaba una existencia un poco torturada. Es muy peligroso andar por ahí desbordando de amor cuando tienes escasa sabiduría, rectitud y decoro.

—Así era el hermano Ojos Bizcos —suspiró el abad—. Era una suerte de especialista en confesiones abyectas.

Cerré bien los ojos, mal que le pesara a mi educación. Los ruidos de la sierra reverberaban en las paredes de piedra. Cuando los abrí, el maestro Li había quitado la tapa de los sesos del cadáver y extraía el contenido.

—¿Sabes una cosa? —dijo con voz coloquial—. En mi juventud visité la corte del Muncha Khan, que acababa de destruir otro ejército enemigo y lo festejaba con un banquete. Se celebró en el campo de batalla, y los criados cubrieron los cadáveres con alfombras sin precio para que pudiéramos sentarnos sobre ellos. Sacaron el árbol de Muncha (nunca entendí su simbolismo) y un par de sujetos con bombas estaban escondidos en su interior. El árbol era de plata, con hojas enjoyadas, y en la base cuatro leones de plata extendían la mandíbula sobre cuatro fuentes de plata, y a una señal la boca de los leones comenzó a verter leche de yegua. Cuatro serpientes enjoyadas subieron a la copa del árbol, y dos de ellas comenzaron a escupir *cascasmos*, una leche fermentada que te puede volar la cabeza. Las otras dos escupían *bal*, miel fermentada, y estábamos absolutamente beodos cuando los chefs trajeron el plato principal. Eran los sesos de los soldados masacrados, y estaban deliciosos. Arrinconé a uno de los chefs, porque nunca se sabe cuándo una buena receta puede resultar útil, y me dijo que era la simplicidad misma. Rebanas la tapa de los sesos, extraes el cerebro y lo rehogas en agua salada. Luego lo frotas con ajo, lo fríes unos instantes, lo envuelves con hojas de repollo y lo cocinas al vapor dos minutos, con cebollas, jengibre y una pizca de salsa de nabos.

El maestro Li puso el cerebro a contraluz.

—No serviría para un banquete —dijo—. Tuberculosis, aunque en una

etapa inicial. Dudo que el hermano Ojos Bizcos haya notado algo más que una jaqueca ocasional. —Arrojó los sesos al hielo y se volvió hacia el abad—. No hay rastros de veneno, ni signos de violencia. Ninguna enfermedad exótica de un lugar que no pudo haber visitado. En síntesis, ninguna prueba de asesinato. El hermano Ojos Bizcos murió de un infarto.

El viejo miró pensativamente lo que quedaba del cadáver.

—Podría ser asesinato si lo hubieran matado de un susto, pero sería imposible probarlo. Abad, cuando pillemos a los hombres que robaron el manuscrito, quizá debas pensar en un pleito por daños y perjuicios más que en un juicio por asesinato. Podríamos demostrar el método exacto, y un acuerdo fuera de los tribunales tendría más sentido. ¿Por qué no te conformas con que te reparen el techo? Nunca hubo un monasterio que no vendiera suscripciones para un techo nuevo, y nunca lo habrá.

La idea pareció animar al abad. El maestro Li se lavó las manos pegajosas y comenzamos a subir la escalera mientras el abad explicaba que en el pasado el monasterio se había usado como fortaleza contra ejércitos de bandidos, y por eso los pisos inferiores estaban tallados en enormes bloques de piedra maciza, y por eso había barrotes de hierro en las ventanas.

—Fue después de la tercera guardia —dijo—. Yo estaba despierto, escuchando para ver si el hermano Pang había afinado bien las campanas, y oí un grito espantoso. Otros monjes se reunieron conmigo mientras corría hacia la biblioteca. Las puertas siempre están abiertas, pero esta vez estaban cerradas y trabadas por dentro. Envié a unos monjes a buscar un tronco.

Derribaron las puertas y dejaron el tronco en el corredor. Entramos en una habitación grande y cuadrada. Tres paredes estaban bordeadas por mesas, y la cuarta estaba cubierta por repisas con rollos. Los libros se guardaban en habitaciones laterales. En el centro del suelo había un gran escritorio circular para el bibliotecario, y el abad mostró cuidadosos trazos de tiza donde habían hallado el cuerpo, detrás del escritorio. Los rollos, explicó, eran muy antiguos pero carentes de valor, pues se trataba de registros feudales donde se consignaban los pagos hechos a los diversos señores del valle. Recordaba que en varias ocasiones los empleados imperiales habían investigado para ver si había algún tesoro mezclado con las trivialidades, pero no habían hallado ninguno.

—Hasta que el hermano Ojos Bizcos halló una curiosidad —murmuró el maestro Li.

—Su cuerpo yacía allí, y no había nadie más en la sala —dijo el abad—. Un vistazo nos indicó que habían entrado intrusos, pero el ingreso era imposible.

Una ventana lateral que casi llegaba al suelo daba a un pequeño jardín. Los barrotes eran de hierro tan grueso como mi muñeca, pero cuatro de ellos (dos a cada lado) estaban arqueados como velas de sebo para permitir el paso. El

maestro Li enarcó una ceja, y yo me acerqué y me escupí en las manos. Tensé todos los músculos del cuerpo tratando de enderezar los barrotes, pero era como tratar de enderezar pinos deformes. Retrocedí, resollando.

—Conque oíste un grito —dijo el maestro Li, cruzando los brazos y entornando los ojos—. Corriste a la biblioteca. Las puertas estaban cerradas por dentro. Conseguisteis un tronco y derribasteis la puerta. Entrasteis y no visteis a nadie. Detrás del escritorio estaba el cuerpo del bibliotecario, con una expresión de horror supremo en la cara. Una fuerza increíble había deformado los barrotes de la ventana, permitiendo el ingreso en la sala. ¿Qué sucedió luego?

El abad temblaba.

—Venerable maestro, fue entonces cuando oímos el sonido. O algunos lo oímos, pues otros no lo oyeron en absoluto. Era el sonido más bello del mundo, pero era desgarrador. Nos dolía, y lloramos, y luego lo seguimos a la carrera. Teníamos que hacerlo. Nos llamaba.

Nos llevó por la ventana hacia el jardín, y el maestro Li rezongó al ver la maraña de huellas de sandalias que estropeaban toda pista posible. Salimos por un portón, y comprendí que estábamos en la Senda de los Príncipes. Era muy bonita, y entre árboles y flores que había conocido toda la vida había ejemplares extraños que no pude identificar. El maestro Li señaló una flor y la describió como una begonia dorada, y dijo que no podía haber más de tres en toda China. La senda era en realidad un vasto jardín, y empecé a sentir su atmósfera cuando llegamos a una cresta y pude otear el valle y ver la línea verde que serpenteaba subiendo las colinas de enfrente. El maestro Li confirmó mis pensamientos.

—Los herederos del Príncipe Risueño quedaron pasmados al ver la destrucción —dijo—. Juraron enderezar las cosas aunque les llevara mil años, y plantaron la Senda de los Príncipes para ocultar las cicatrices del ácido. Más aún, si la familia Liu no malcría a los campesinos del Valle de las Penas, es porque es rica en tierras pero pobre en dinero, y la mayor parte del dinero se usa para mantener la Senda de los Príncipes y muchas obras de beneficencia.

El abad se detuvo en la cima de una colina baja.

—Corrimos hasta este punto —dijo—. ¿Mencioné que la luna estaba muy brillante? No podíamos equivocarnos en lo que veíamos. Allá abajo, de donde parecía venir el sonido, vimos monjes, pero sus túnicas eran variopintas, y reían y bailaban bajo las estrellas. Normalmente habríamos puesto los pies en polvorosa, pero el sonido nos llamaba y no teníamos más opción que obedecer. Seguimos corriendo, y nos acercamos tanto que vimos con claridad las túnicas variopintas, aunque las cogullas no nos permitían ver los rostros. Luego los monjes se metieron bailando en la espesura y desaparecieron. Poco después ese sonido maravilloso y terrible cesó, y cuando nos internamos en la espesura los monjes bailarines habían desaparecido. En lugar de ellos Había otra cosa.

Descendimos y nos internamos en la espesura, y nos paramos en seco a mirar con ojos desorbitados.

—¡Por el Mono de Piedra! —murmuró el maestro Li.

La muerte había pasado un dedo helado por la Senda de los Príncipes. En una superficie de treinta pies de anchura y ciento cincuenta pies de longitud, no se veía una sola criatura viviente. Los árboles, desnudos y muertos, no tenían una gota de savia, como descubrí al partir una rama. Las flores estaban marchitas. Los arbustos parecían rociados con ácido. Ni siquiera la hierba había sobrevivido, y tocones pardos se quebraban bajo nuestros pies. Parecía un cementerio de pesadilla, y la frontera entre la vida y la muerte era tan nítida que parecía trazada con un cuchillo. A una pulgada de una flor muerta había un capullo radiante, y un verdor exuberante rozaba esa desnudez parda, y cantaban pájaros a poca distancia de un sitio donde ni siquiera aleteaba un insecto.

El maestro Li echó la cabeza hacia atrás y rió, pero sin humor.

—Increíble —dijo—. Abad, Buey y yo tendremos que llevar muestras de la vegetación y el suelo a Ch'ang un para que las analicen, y dudo que valga la pena especular hasta que obtengamos un informe sobre la causa del daño. No te preocupes. Es un caso bastante claro y bastante sencillo, y espero resolverlo en un par de semanas.

Su aplomo alentó al abad, que señaló un tejado en lo alto de la colina opuesta.

—El príncipe Liu Pao ha regresado, y ansia verte —dijo—. ¿Podrías pasar primero por allá? Los campesinos…

No terminó la frase.

—¿Quieren que el príncipe y el visitante de la gran ciudad revisen la tumba del Príncipe Risueño para confirmar que ese cabrón aún está en su ataúd? —dijo el maestro Li.

El abad asintió.

—Nos honrará visitar al príncipe vivo y al príncipe muerto —dijo el maestro Li—. Supongo que tendrás muchas ocupaciones. Si nos indicas el camino, iremos allá arriba y luego seguiremos viaje a Ch'ang-an.

El abad sentía evidente alivio de que no le pidieran que entrara en la tumba del Príncipe Risueño, y dio instrucciones, hizo una reverencia y se alejó al trote, murmurando algo que sonaba como «cuarenta y dos cacerolas de pescado». Recogí muestras de la vegetación y del suelo, y luego fuimos a visitar a un aristócrata que necesitaría muchísimas agallas. Es fácil desechar la superstición a la luz del día, pero la perspectiva cambia cuando ululan los búhos. El viento suspira como un coro de fantasmas, y el claro de luna y las hojas forman siluetas de monjes locos bailando en la hierba, y la casa emite crujidos que evocan las pisadas de un príncipe lunático muerto tiempo atrás subiendo la escalera, y la alcoba del príncipe Liu Pao estaba construida

prácticamente encima de la tumba de ese maniaco.

4

La finca era tan grande como cabía esperar en la sede ancestral de los antiguos señores del valle, pero sólo se usaba una pequeña parte. La maleza cubría los jardines, y por doquier veía ruinas desmoronadas. Supongo que yo esperaba el ámbito clásico de una historia de terror, pero esa idea se disipó en cuanto traspusimos el portón que conducía al ala de la mansión que todavía funcionaba. El patio consistía en roca, gravilla y plantas naturales, y el muro de los espíritus era simplemente una bella losa de piedra roja sobre un pedestal de sándalo. Rodeamos el muro para ingresar en el patio interior, y al instante nos rodeó un estallido de colores alegres. Había flores brillantes por doquier, y pintorescos loros y cacatúas nos saludaron con una algarabía. Una larga veranda cubierta de enredaderas conducía a la casa, y una pila de sombreros campesinos de ala ancha estaba disponible para los visitantes que fueran alérgicos a los excrementos de pájaros.

Por la logística del lugar, deduje que los aposentos habían sido la cocina. Ningún criado obsequioso salió a saludarnos, pero la puerta estaba abierta. Entramos en un pasillo, y en vez de toparnos con suntuosas tablillas familiares que proclamaran el Salón de la Gloria y la Beatitud, vimos una sola placa en la pared. El maestro Li prácticamente ronroneaba de placer. Dijo que era un ensayo clásico de uno de los antiguos, Chen Chiju, y que era uno de los cuatro pilares sobre los que se había construido la civilización. Mi educación aún no había llegado a los pilares de la civilización, y como estaba en escritura moderna, la leí con gran interés.

El jardín

> Después del portón hay una senda, y la senda debe ser sinuosa. En el recodo de la senda hay un muro de los espíritus, y el muro debe ser pequeño. Detrás del muro hay una terraza, y la terraza debe ser pareja. En los macizos de la terraza hay flores, y las flores deben tener colores brillantes. Más allá de la terraza hay una pared, y la pared debe ser baja. Junto a la pared hay un pino, y el pino debe ser añoso. Al pie del

pino hay piedras, y las piedras deben ser pintorescas. Sobre las piedras hay un pabellón, y el pabellón debe ser sencillo. Más allá del pabellón hay bambúes, y los bambúes deben ser exiguos. Al final de los bambúes hay una casa, y la casa debe estar apartada. Al lado de la casa hay un camino, y el camino debe dividirse en ramales. En la convergencia de varios ramales hay un puente, y el puente debe invitar a cruzarlo. Al final del puente hay árboles, y los árboles deben ser altos. A la sombra de los árboles hay hierba, y la hierba debe ser verde. Encima del herbazal hay una zanja, y la zanja debe ser angosta. En el extremo de la zanja hay un manantial, y el manantial debe gorgotear. Encima del manantial hay una colina, y la colina debe ser ondulante. Al pie de la colina hay una sala, y la sala debe ser cuadrada. En la esquina de la sala hay un huerto, y el huerto debe ser grande. En el jardín hay una cigüeña, y la cigüeña debe bailar. La cigüeña anuncia que hay un invitado, y el invitado no debe ser vulgar. Cuando el invitado llega, le ofrecen vino, y el vino no se debe rechazar. El invitado debe embriagarse al beber, y el huésped ebrio no debe desear irse a casa.

—Creo que me agradaría ver los otros tres pilares —dije—. Éste me gusta.

—Llegaremos a ellos —prometió el maestro Li. Precedió la marcha por el pasillo que conducía a los aposentos, que estaban amueblados con acogedora sencillez, y nuestro anfitrión salió a grandes trancos de una habitación del fondo para saludarnos.

Aparte de mí, ¿alguien ha confundido a un príncipe con un plumero? Ésa fue exactamente mi impresión. Era menudo y enclenque, pero su cuello delgado se elevaba hasta una cabeza enorme, y su cabello desaliñado y exuberante podía haber llenado un par de colchones. Se comentaba que era un artista de renombre, y manchas de pintura le decoraban la nariz y la barbilla. Sobresalían pinceles de sus bolsillos, y su taza favorita para mojarlos colgaba de un cordel que le pendía del cuello.

—¡Mi apellido es Liu y mi nombre personal es Pao y me honra saludar al famoso maestro Li! —exclamó, con una reverencia espasmódica. Se desplazó en una serie de saltos y brincos inconexos, y volvió hacia mí su sonrisa jovial —. Brazos como leños, piernas como troncos, nada de cuello. Tú debes de ser Buey Número Diez. ¡Encantado!

Rara vez he conocido a alguien que me agradara tanto a primera vista. Me sentía a mis anchas con él, y al cabo de unos minutos me olvidé por completo de que era un príncipe y de que su tío bisabuelo (o algo así) había sido emperador de la China. Nos instalamos en una terraza que ofrecía una maravillosa vista del valle y escuchamos a las ardillas riñendo con los pericos mientras bebíamos té.

—Dicen que mi repulsivo ancestro estuvo bailando a la luz de la luna con

sus monjes locos —dijo el príncipe—. Esas historias no son nuevas, pero me dicen que esta vez se cometió un asesinato. Yo también vi la destrucción de Senda de los Príncipes. La vi, pero me niego a creerlo.

—Yo también me negaría a creerlo si no estuviera convencido de que existe una explicación razonable —dijo el maestro Li—. En cuanto al asesinato, sólo puedo decir que alguien irrumpió en la biblioteca y robó un manuscrito. El hermano Ojos Bizcos sufrió un infarto. Quizá lo hayan matado de un susto, pero tendríamos que probar deliberación y método. ¿Alguna vez visteis el manuscrito robado?

El príncipe negó con la cabeza.

—Ésta era una parte —dijo el maestro Li, y entregó al príncipe el fragmento de pergamino. El príncipe reaccionó como el sapo, y en cinco segundos sus ojos se ensancharon como platos soperos.

—Buda —susurró—. Quien hizo esto merece ser deificado, pero, ¿por qué haría tan obvia la falsificación?

—Quizá nunca conozcamos la respuesta a esa pregunta —dijo pensativamente el maestro Li—. El resto parece ser bastante sencillo. El hermano Ojos Bizcos encontró una falsificación de Ssu-ma Ch'ien en los antiguos rollos de la biblioteca. Quizá no importe si reconoció o no la falsificación. Si el manuscrito era auténtico, podía valer una pequeña fortuna para los historiadores, y si era falso podía valer lo mismo para los coleccionistas de fraudes.

El maestro Li sacudió la cabeza con tristeza.

—El hermano Ojos Bizcos sucumbió a la tentación, pero estaba pésimamente equipado para el delito. Trató de falsificar la falsificación mediante un calco, y luego llevó una página de muestra del original a Ch'ang-an y llegó a un trato con un coleccionista. Para evitar que las sospechas recayeran sobre el bibliotecario, el coleccionista convino en fingir un robo. El tonto monje recibió un pequeño anticipo con el que pagó un festín suculento, y luego regresó para llevar a cabo su plan. Sospecho que quería ganar por partida doble. Rescataría su conciencia al conservar el original para la biblioteca, y le entregaría el calco al coleccionista. Trató de estafar a quien no debía.

El maestro Li se volvió hacia mí.

—Buey, esos barrotes de hierro tuvieron que ser torcidos con grandes palancas, lo cual provocaría mucho ruido. El hermano Ojos Bizcos sólo tenía que abrir la tranca y correr al pasillo en busca de ayuda, pero se quedó donde estaba. Eso significa que era cómplice.

Se volvió hacia el príncipe.

—Me imagino que el coleccionista habrá desenvainado un cuchillo y habrá dicho que, ya que el buen monje se creía Ssu-ma Ch'ien, se podía completar la semejanza mediante la castración. Lo cierto es que el hermano Ojos Bizcos

gritó y se murió de miedo, literalmente. El coleccionista le había obligado a buscar el original. Lo arrebató de la mano del muerto y huyó, y luego él y sus cómplices montaron su farsa. A todos los que desean robar algo en el Valle de las Penas les aconsejan que se disfracen de monjes locos. Los testigos echan a correr hasta caer en el mar Amarillo.

El príncipe sirvió más té. El maestro Li añadió un poco de vino al suyo.

—Príncipe, vuestro antepasado abrió túneles en todo el valle buscando hierro y Buda sabrá qué más. También empapó el lugar con ácidos y sustancias misteriosas de su propia invención. Supongamos que uno de los túneles se derrumbara. No es imposible que los ecos subterráneos produjeran un sonido extraño e hipnótico, y que un bolsón de antiguo ácido, o lo que fuere, se derramara en esa zona de la Senda de los Príncipes. No sé de ninguna sustancia que conserve su potencia siete siglos, pero eso no significa que no exista, y lo averiguaremos en la academia de Ch'ang-an. También encontraremos a la persona responsable del robo —dijo confiadamente el maestro Li—. Lo difícil será probar que se cometió un asesinato. El abad está dispuesto a conformarse con un techo nuevo. ¿Tenéis alguna objeción?

El príncipe se señaló el pecho.

—¿Yo? Mi familia no ha reclamado este valle desde los aciagos días del feudalismo, tan amados por los neoconfucianos. Lo único que hacemos es ir a la bancarrota para mantener la Senda de los Príncipes, y algunas cosillas más. Mi opinión no tiene el menor peso.

El maestro Li lo miró inquisitivamente.

—Quién sabe si los campesinos lo ven así —dijo—. Vuestra familia actuó como dueña del valle durante casi cinco siglos, y sospecho que ellos no acudirán al emperador cuando les preocupe el bienestar del valle. Acudirán a vos, y no pedirán ayuda, sino que la exigirán. Es injusto, pues vos no recaudáis un céntimo de arrendamiento ni una parte de las cosechas, pero así son las cosas.

El príncipe Liu Pao lo miró pensativamente. Luego se volvió para examinar mis manos callosas, mi cuerpo fornido y rústico y mi tosco semblante, que proclamaba a gritos su origen campesino.

—¿Qué dices, Buey Número Diez?

Me sonrojé avergonzado.

—Alteza, el maestro Li tiene razón —dije—. Nada los convencerá de que el bienestar del Valle de las Penas no es responsabilidad de la familia Liu, y en cuanto a la justicia, es como la Senda de los Príncipes. Es un lujo que los campesinos no se pueden costear.

El príncipe rió y se levantó.

—Parece que no tendré más remedio que seguir con esta farsa —dijo—. Supongo que se espera que me cerciore de que mi abominable antepasado esté a buen recaudo, con el famoso maestro Li como testigo.

—Eso es todo por ahora —dijo el maestro Li.

El príncipe sacó una llave de un armario. Salimos, traspusimos un portón y bajamos por una senda sinuosa hacia la cara de un peñasco. Cuando nos acercamos, vi una puerta de hierro empotrada en la roca, casi cubierta por altas malezas y abrojos. La puerta era vieja, pero la cerradura era nueva, y el príncipe insertó la llave con dedos trémulos.

—Pesadillas de la infancia —dijo torvamente—. El sucesor del Príncipe Risueño decidió conservar la famosa gruta tal como la encontró, y depositar en su interior las tablillas de la familia. Cada príncipe sucesivo ha sido obligado a rezar y hacer sacrificios dentro de este monumento al abuso de poder. Nos disuade de arrancar las alas de las mariposas, en caso de que seamos propensos a esas cosas.

Esperaba negrura, pero la piedra tenía fisuras que permitían pasar una luz amarillenta. Creo que el famoso centro de investigación médica debería formar parte de la educación juvenil de los emperadores. Es difícil de olvidar.

Contra una pared, una larga hilera de estantes de hierro contenía los instrumentos esenciales para la investigación científica, tales como empulgueras, látigos de hierro, trituradores de testículos, pinzas y varios utensilios para tronchar y extirpar. Antiguas mesas de operaciones se erguían en el centro, y debajo de ellas unas canaletas bajaban hasta artesas de piedra destinadas a recoger la sangre. Máquinas de aspecto siniestro cuyo propósito no entendí bordeaban otra pared, y una tercera pared estaba bordeada por algo que sí entendí: jaulas de hierro donde se encerraba a los campesinos. Brindaban a los campesinos una buena vista de lo que les sucedía a sus familiares. Lo peor era la pared del fondo.

Era de piedra naturalmente lisa, como una enorme pizarra, y estaba cubierta de anotaciones sobre los experimentos, trazadas con puntillosa precisión. En esas anotaciones, misteriosas fórmulas matemáticas alternaban con caracteres antiguos, y el maestro Li quedó muy intrigado al traducir los caracteres para mí.

—Auténtico sendero de la piedra… Falso sendero de la piedra… Aquí la piedra es más fuerte… Fracaso total de la piedra… La piedra se ramifica en tres… Ninguna reacción de la piedra…

No tenía el menor sentido, y tampoco lo tenía la maraña de flechas que señalaban varios aspectos truculentos de los experimentos.

—¿A qué se refería con estas alusiones a una piedra? —preguntó el maestro Li.

—Nadie lo sabe, pero al parecer era una obsesión abrumadora —dijo el príncipe.

Cogió una antorcha de una ménsula y la encendió, y nos condujo hacia un rincón en sombras. Allí vi las tablillas familiares, y temblé al pensar en niños pequeños a quienes llevaban allí a rezar, con lúgubres sermones sobre la

maldición que pesaba sobre la familia. Las tablillas estaban alineadas frente a una antigua sacristía, que estaba vacía. En la pared habían cincelado una inscripción, y el maestro Li me la tradujo.

En la oscuridad languidece la preciosa piedra.
¿Cuándo encantará el mundo con su excelsitud?
Cuando se considera que la apariencia es existencia, la existencia deviene apariencia.
Cuando se considera que la nada es algo, algo deviene nada.
La piedra disipa la apariencia y la nada,
y asciende a las Puertas del Gran Vacío.

El príncipe sonrió al ver mi desconcierto.

—Coincido —dijo—: tiene ese aire de precisión que se diluye en vaguedad, típico de la mejor jerigonza taoista.

El maestro Li se rascó la cabeza.

—¿Lao Tzu? —preguntó—. Su tercer paso hacia el Cielo consistió en oír el ruido de la piedra creciendo en un peñasco, pero no subió a las Puertas del Gran Vacío impulsado por los alaridos de sus víctimas. —Me guiñó el ojo—. Iba montado en un buey.

En las sombras del nicho había una sombra más oscura que se transformó en un túnel angosto cuando el príncipe volvió a preceder la marcha con la antorcha. Al final había otra puerta de hierro, pero ésta no tenía cerrojo ni manija. En la pared había una gran placa de bronce donde estaba grabado un mapa del Valle de las Penas, y al lado un martillo de hierro pendía de una cadena de hierro. El príncipe hizo un mohín.

—Sentido del humor —dijo agriamente.

Alzó el martillo y golpeó la placa, y la puerta de hierro se abrió en silencio. Entramos en una sala circular que estaba asombrosamente desnuda. Por ninguna parte se veía el obsceno despliegue de riqueza que suele distinguir la tumba de un tirano. Sólo había dos ataúdes de piedra, dos cuencos para ofrendas y un pequeño altar con incensarios. El maestro Li se quedó tan atónito como yo, y el príncipe se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de resignación.

—Mi ancestro fue un misterio de cabo a rabo —dijo—. Amasó una enorme fortuna, pero no gastó ni un céntimo en su lugar de reposo definitivo. ¿Qué hizo con ella? Por supuesto, no legó su riqueza a su familia personal, y no hay pruebas de que su imperial hermano se adueñara de ella. Durante varios siglos, después de su muerte, la familia tuvo que consagrar mucho tiempo a ahuyentar a personas que cavaban agujeros en todo el valle, y los malandrines aún se dedican al próspero negocio de vender falsos mapas del tesoro. El sarcófago de la izquierda es el de su esposa principal, Tou Wan, que

lo precedió, y mi ancestro duerme a la derecha.

El maestro Li me hizo una señal. Yo me acerqué y palpé la tapa de piedra. Pesaba por lo menos una tonelada, pero reposaba sobre surcos lisos, y yo me acomodé e hice fuerza. Casi me rompió la espalda antes de que lograra moverla, pero luego empezó a deslizarse hacia el pie con un chirrido penetrante. Apareció una momia envuelta en lino embreado. Algunas vendas se habían desmigajado, pero habían impedido que se desmigajara el hueso, y se veía un fragmento de cráneo blanco. Una cuenca vacía nos miraba, y confieso que me alivió ver que el Príncipe Risueño no estaba en condiciones de reír y bailar bajo el claro de luna.

El maestro Li metió la mano en el ataúd y sacó un pequeño estuche esmaltado semejante a un pastillero. No había nada en su interior, salvo una diminuta pila de polvo gris, y cuando limpió la parte superior, vimos la imagen de un sapo sentado en un lirio.

—He oído que se esperaba que el Príncipe Risueño se recobrara de su fiebre final, y esto puede explicar por qué no se recobró —dijo pensativamente el maestro Li—. Ya en sus tiempos se sabía que las secreciones de ciertos sapos, semejantes a lágrimas, son estimulantes cardiacos aún más efectivos que la dedalera y habitualmente el Elixir de Sapo se recetaba sólo para trastornos cardiacos graves. Una sobredosis puede ser fatal, y quizá pusieron esto en el ataúd para indicar una causa natural de muerte, o el hecho de que el emperador en efecto le envió la bufanda amarilla y él decidió viajar al trasmundo a lomos de un sapo. Qué más da.

No había nada más en el ataúd. En la muerte el príncipe lunático era tan misterioso como en vida. Volví a poner la tapa en su sitio. Regresamos al túnel, y el príncipe cerró la puerta. La gruta era tan siniestra como antes, pero cuando salimos supe que estaba tan muerta y desaparecida como el Príncipe Risueño. Un ocaso encantador teñía el cielo, y los pájaros cantaban las últimas canciones del día, y a nuestros pies veíamos el Valle de las Penas en una bruma de sombras verdes, doradas y moradas. Tan bonito como el ámbito de un cuento de hadas, y mucho más vivo.

5

No tenía sentido viajar a Ch'ang-an con muestras de vegetación y de suelo hasta la mañana. Además, era el día décimo quinto de la luna séptima, y mis oídos no me habían engañado en lo concerniente a las palabras del abad. En efecto había murmurado «cuarenta y dos cacerolas de pescado», y el monasterio olía como el Muelle de la Carpa Amarilla. Un tufillo de arroz, puerco, repollo, huevo y tradicionales tartas de berenjena subía a la colina desde la aldea. La noticia de que el Príncipe Risueño seguía en su tumba se había propagado como reguero de pólvora, y el Valle de las Penas se preparaba para un festival.

—Recordad mis palabras —dijo sombríamente el hermano Shang—. Alguien se quebrará una pierna.

El maestro Li escuchó las tenues melodías que llegaban de la aldea.

—Los bailes de hoy puede ser bastante frenéticos —concedió.

—¡Oled esa salsa de pimientos! Cada niño del valle tendrá el estómago enfermo —dijo el hermano Shang.

—Por una semana, al menos —dijo el maestro Li.

—Docenas de monjes olvidarán sus votos. Tendré que limpiar el vómito y preparar remedios contra la resaca —dijo el hermano Shang, que justificaba plenamente su nombre completo, Wu Shang, porque siempre llevaba la peor parte cuando echaban suertes. (Wu Shang significa «nacimiento difícil»). Esta vez tenía que guardar una vigilia solitaria en el monasterio mientras los otros monjes disfrutaban de los festejos.

—Alguien arrojará una antorcha a un establo —predijo aciagamente el maestro Li.

—Tendrán suerte si una casa permanece en pie —dijo el hermano Shang, que empezaba a animarse—. ¡Estallarán reyertas familiares por doquier! ¡Será imposible contar las crismas rotas! Recordad mis palabras: esta fecha se marcará en negro en los anales del valle.

Dejamos al pobre hombre librado a su autocompasión, una emoción muy útil, y bajamos por la cuesta hacia la aldea. La Fiesta de los Fantasmas Hambrientos ha sido mi favorita desde que empecé a viajar con el maestro Li,

pues es muy probable que yo mismo me transforme en fantasma hambriento. (La celebración honra, entre otros, a los que han muerto en comarcas distantes y desoladas, o cuyos cuerpos han sido mutilados hasta quedar irreconocibles). Me sorprendió notar que el maestro Li se comportaba con el mayor decoro. Como dignatario visitante, se le pidió que pronunciara su juicio sobre los vinos del valle, y yo estaba preparado para lo peor cuando él se acercó a las marmitas hediondas y pronunció el formal *Ning szu che hou t'uen*, que significa «Estoy dispuesto a morir; lo probaré». Pero sólo ingirió un pequeño sorbo de cada vitriólico producto y los elogió a todos sin reservas, incluso al brebaje que se derramó en el suelo y mató a dos lagartos y una mata de hierba.

El abad fue misericordiosamente breve con las plegarias y ceremonias formales, y me deleité cuando el éxito de esa hora inicial resultó ser el hermano Shang. Él no podía asistir, pero se había pasado el invierno tallando y afinando diminutas flautas de bambú, y las sujetó a la cola de las palomas del monasterio y las envió volando sobre la aldea para arrullarnos con una canción obscena llamada «El bacín de Chu Chang». El abad afirmó que disciplinaría a ese tunante blasfemo, pero lo dijo sin convicción.

Comenzó el baile, lo cual significaba que pronto comenzarían las grescas, y quedé muy defraudado cuando el maestro Li decidió escabullirse y caminar por las colinas bajo el claro de luna. Sus pies lo llevaron a la zona destruida de la Senda de los Príncipes, y se quedó allí varios minutos, balanceándose sobre los talones con las manos entrelazadas a la espalda.

—Buey —dijo al fin—, ¿en qué es erróneo el análisis de la situación que presenté al príncipe Liu Pao?

—No entiendo, maestro.

—Yo trataba de tranquilizarlo. Ojalá pudiera tranquilizarme a mí mismo —dijo lúgubremente el anciano sabio—. Está claro que unos pillastres de túnica variopinta robaron un manuscrito y mataron a un monje del susto. Después de eso, todo se desmadra. Se oye un extraño sonido hipnótico precisamente cuando los pillastres emprenden la fuga; una sustancia misteriosa mata árboles y plantas precisamente donde ellos pisan con sus sandalias. Si fuera el casual colapso de un túnel y la liberación de viejos ácidos, como le sugerí al príncipe, es la clase de coincidencia que merece sacerdotes, plegarias y una compleja teología. Si no fue coincidencia, ¿por qué unos pillastres derrocharían semejantes efectos para el mero robo de un manuscrito? Podían largarse con el tesoro imperial si se les antojaba, o birlar la ropa interior del emperador mientras la llevaba puesta. Muchacho, este caso no tiene ni pies ni cabeza.

No dije nada, pero noté que el viejo disfrutaba cada momento de su confusión. Había temido que tendría que resolver un mero robo, y ahora rogaba por un enigma que desconcertara a los jueces del Infierno. Limpió una roca chata y se sentó bajo las estrellas. Debajo de nosotros, en la colina, vimos

diminutos destellos de luz desplazándose entre los árboles. Las niñas tienen un gran instinto maternal y se toman muy a pecho el Festival de los Fantasmas Hambrientos, y correteaban con pequeños faroles confeccionados con velas dentro de hojas enrolladas de loto y de salvia. Yo sentía la presencia de los fantasmas que buscaban la calidez de esas voces dulces y cantarínas. No estáis solos, cantaban las chiquillas, no estáis olvidados, os amamos y os comprendemos, nuestra vida está a sólo una llama de vela de la vuestra: *Hou tsu-teng, ho yeh-teng, chin-erh tien, ming-erh ko jeng*.

Farol de salvia,
hoja de loto,
hoy encendido,
mañana desechado.

Me enjugué los ojos. El claro de luna brillaba sobre el Cuerno Izquierdo del Dragón y la antigua finca de los Liu, y me pregunté cómo el Príncipe Risueño podía disfrutar torturando y asesinando a chiquillas como éstas. Al parecer el maestro Li pensaba lo mismo.

—Tengo una teoría sobre ese difunto príncipe lunático —dijo—. Buey, ¿qué ocupación es la más emparentada con la locura?

—Emperador —respondí al instante.

—Sin duda —rió el maestro Li—, pero me refería a una ocupación más común.

Me rasqué la nariz —¿Fabricar fieltro?— arriesgué.

—Precisamente. El fieltro se cura mediante la inmersión en mercurio. La gente de ciertos oficios, como los sombrereros, prácticamente nada en ese material, y es casi seguro que el Príncipe Risueño lo bebía.

—¿A qué te refieres?

—En su juventud había sido un científico prometedor —me explicó el maestro Li—. Tarde o temprano tenía que experimentar con el Elixir de la Vida. Las fórmulas son innumerables, pero el cinabrio es un ingrediente común a todas, y el cinabrio es simplemente sulfato de mercurio. Hace años que prevengo sobre los peligros del mercurio, pero nadie quiere escucharme. El motivo es que el efecto es acumulativo y gradual, y es preciso haber vivido tanto como yo para comprobarlo.

Se puso de pie y empezó a gesticular y contonearse.

—Ataca el sistema nervioso, y con el tiempo produce tics, muecas y movimientos espásticos de este tipo —dijo el maestro Li, y dio unos pasos espasmódicos que eran extrañamente seductores—. No puedo dejar de pensar en los irresistibles pasos de baile del Príncipe Risueño. A medida que avanza el envenenamiento, provoca estallidos de risa histérica y arranques de furor asesino, y el resultado final es la locura seguida por la muerte. Buey, es muy

posible que los delitos del Príncipe Risueño fueran causados por experimentos destinados a lograr la inmortalidad mediante la ingestión de cinabrio; nada dramático, quizá, pero más gente fue exterminada porque las sandalias de un emperador no calzaban bien que porque él recibiera una señal del Cielo, y cuando oigo que un sumo sacerdote exige una represalia divina sospecho indigestión de ácido.

Bailó en la hierba un poco más, y luego se detuvo y me miró de hito en hito.

—¿Indigestión de ácido? —me preguntó.

No era eso, pero yo no podía explicar qué me molestaba. La noche tenía algo raro. Dudo que la gente de ciudad lo hubiera notado, pero yo soy campesino de pura cepa y mis nervios tintineaban ante un diminuto titubeo en el canto de los grillos. Un búho interrumpió su canto de cazador. Había un titubeo en el susurro de las criaturillas de la noche. Algo extraño y antinatural había entrado en el Valle de las Penas, y noté que contenía la respiración.

Cuando llegó, era apenas una vibración. La vibración se intensificó, y vi que el maestro Li miraba bruscamente en torno. Entonces el sonido llegó. No sé describirlo. Nadie sabría. No se parecía a nada de este mundo, pero se parecía a todo, y mi cuerpo entero temblaba con una dolorosa sensación de quebranto, pero también con anhelo y esperanza, como si hubiera perdido algo muy precioso y el recuerdo regresara, y también la esperanza de volver a encontrarlo. ¿Puedo decir que ese sonido tenía notas? En tal caso, eran tan sencillas y directas como las tres primeras notas de la escala, con el tercer tono estirado: *Kung… shang… chueeeeeeeeeh…*

No sé expresarlo mejor, y me pegó tan fuerte que lloré, y me sostuve el corazón como si estuviera a punto de partirse en dos.

—Buey, ¿qué pasa contigo?

—¡El sonido! —sollocé—. ¡Maestro Li, sin duda oyes el sonido!

—¿Qué sonido?

Kung… shang… chueeeeeeeeeh…

Era bello y doloroso y me llamaba. Supe que tenía que alcanzarlo o morir, y no era el único. El festival se disolvía y la gente corría por el bosque, pero otros eran como el maestro Li y no podían oírlo, y gritaban «¡Regresad!» y «¿Habéis perdido el juicio?». Tres chiquillas pasaron corriendo, llorando, cubriendo instintivamente las llamas diminutas de sus faroles de hoja de loto.

El maestro Li maldijo, saltó a mi espalda y calzó los pies en mis bolsillos.

—Deja de temblar como un caballo atado y corre —gruñó.

Corrí. La luna era tan brillante que las sombras parecían cinceladas en el suelo con un instrumento afilado y pintadas de negro, y el Gran Río de Estrellas centelleaba en el firmamento. Por un instante me pregunte si el extraño sonido vendría del corazón de una estrella: sin duda era igualmente difícil de aprehender. Era como tratar de hallar un grillo de noche en un

enorme granero: frente a mí, luego a mis espaldas, luego a un lado, luego al otro. Al fin comprendí que estaba corriendo en círculos, y que el maestro Li tiraba de mi cuello como de las riendas de un caballo encabritado.

Me detuvo y separé las piernas y bajé la cabeza, jadeando. El maestro Li sacó su petaca de vino, y logré beber un sorbo. Me sofoqué y resollé, pero me sentía mejor, y él me palmeó el hombro para calmarme.

—Yo no logro oírlo, pero sé que lo sigues del modo equivocado —dijo con voz tranquilizadora—. Buey, a riesgo de parecer un personaje de los cuentos de la Abuela Shu, señalaré que un ruido que no oyen todas las personas no le habla al oído. Le habla al corazón, y tú tienes un agujero en el corazón, como todos los jóvenes. Existe para recibir las cosas maravillosas del mundo, y luego se llena de cosas rotas. Olvida tus oídos. Escucha con el corazón. Apunta ese agujero al sonido y sigue la dirección en que más duele.

La vibración regresaba, aún más fuerte que antes, y contuve el aliento.

Kung… shang… chueeeeeeeeeh…

Eché a correr, pero ahora más confiado. El maestro Li tenía razón. Correr hacia donde más duele, y olvidar las mentiras de los oídos. Yo trepaba sin cesar, y una neblina espesa enturbiaba la noche. Las luces distantes de la aldea desaparecieron, y luego la luna y las estrellas, y el maestro Li comenzó a maldecir con voz grave y monótona mientras ese manto húmedo y cegador nos cercaba. Apenas podía ver a un pie de distancia y me chocaba con árboles y rocas. Sólo sabía que debía seguir trepando.

Tengo el vago recuerdo de bajar patinando hacia un barranco y trepar por el otro lado. Ahora la neblina era tan espesa que no veía nada, y el maestro Li me gritó que parara. No podía. Ese sonido doloroso y maravilloso había cesado un rato atrás y yo tenía que alcanzarlo antes de que se extinguiera para siempre, y seguía patinando hacia abajo y subiendo a trompicones. Quiero explicar esto con claridad, dada la cosa extraordinaria que sucedió.

Estaba agotado. Sólo podía arrastrarme, pero percibía algo delante de mí. La niebla comenzaba a despejarse. Vi un par de sandalias, y piernas raquíticas, y un torso menudo, y luego una cabeza enorme con pelo desaliñado. El príncipe Liu Pao nos miraba como si fuéramos fantasmas.

—¿Buey? ¿Buey Número Diez? ¿Maestro Li? ¿Cómo diablos…?

Dejó de hablar y miró a sus espaldas con ojos desencajados.

—Oí ruidos y salí, y no me crucé con nadie en la senda —susurró el príncipe.

La niebla se despejaba rápidamente, y con una súbita conmoción comprendí por qué el príncipe no daba crédito a sus ojos.

No he descrito en detalle la configuración física de su finca. Cabeza de Dragón, que dio su nombre original al valle, era una montaña diminuta. Siglos atrás un cataclismo la había partido en dos: el Cuerno Izquierdo del Dragón y el Cuerno Derecho del Dragón. La finca estaba en la cima del Cuerno

Izquierdo del Dragón, y entre ese pico y su gemelo había un barranco abrupto de cuarenta pies de anchura y doscientos pies de profundidad. Yo había comenzado a trepar por la ladera del Cuerno Derecho, y de algún modo había logrado cruzar el barranco, ya que ahora estaba en la finca.

El príncipe aún nos miraba con ojos desorbitados. Retrocedí hasta el barranco y desde un peñasco empinado y vertical miré las dentadas rocas del fondo, y lentamente alcé los ojos por un peñasco vertical similar, hasta ver el sitio de donde había venido. Era imposible.

—Buey —susurró el maestro Li—, te espera una brillante carrera como mosca humana en una feria pero, por amor de Buda, no vuelvas a hacerlo mientras yo estoy montado en tu espalda.

Oímos gritos débiles en la lejana aldea. El sonido maravilloso había desaparecido, y el príncipe dijo que en eso se parecía al maestro Li, pues él tampoco lo había oído. Entonces estalló un sonido que oímos todos. Las campanas del monasterio comenzaron a tocar la alarma, y al instante estuve de pie y bajando a la carrera por el sendero, con el maestro Li sobre mi espalda, mientras el príncipe Liu Pao nos seguía jadeando.

Los aldeanos estaban a las puertas del monasterio, temerosos de entrar. Nos abrimos paso a empellones, y el abad nos salió al encuentro y gesticuló en silencio. Corrí a la biblioteca. La habían asolado.

Habían arrancado cada libro y pergamino de los estantes y los habían descabalado, y habían revisado y volcado los escritorios, y el escritorio del bibliotecario parecía una pila de leña. El maestro Li se bajó de mi espalda y escudriñó las ruinas, luego dio media vuelta y se internó al trote en un corredor.

La celda del difunto bibliotecario, el hermano Ojos Bizcos, era un caos. Los escasos muebles estaban destrozados. Habían descosido el forro de las túnicas. El jergón estaba rasgado, y charcos de sangre coagulada manchaban el suelo.

El maestro Li se inclinó, sumergió un dedo en la sangre y se la llevó a los labios.

—Es sólo tinta —dijo—. Con mayor precisión, es la tinta llamada Pestañas de Buda, y ese material pegado al jergón es lo que queda del pergamino Emperador Amarillo. Al terminar el calco de la falsificación de Ssu-ma, el hermano Ojos Bizcos ocultó el material restante dentro del jergón.

El maestro Li dio media vuelta y regresó al trote a la biblioteca. De nuevo sus ojos escudriñaron los restos, y se dirigió a una enorme pila de papeles junto a los barrotes torcidos de la ventana por donde habían entrado anteriormente los ladrones. Comenzó a arrojar rollos a un lado, y se enderezó con semblante colérico y ojos fríos.

—Bien, Buey, si me muero en las próximas semanas, no será de aburrimiento —dijo agriamente.

—Buda nos salve —susurró el príncipe, mientras el abad y los monjes gesticulaban para ahuyentar a los malos espíritus.

La vigilia del pobre hermano Shang no había sido tan solitaria como él habría deseado. El monje yacía de espaldas entre la pila de rollos, mirando al techo. Estaba tan muerto como el hermano Ojos Bizcos, y sus ojos desencajados y su boca abierta estaban fijos para siempre en una expresión de increíble horror y espanto.

6

Tengo un recuerdo confuso de las horas siguientes. El abad envió a grupos de aterrados monjes a entrevistar a aterrados campesinos, mientras el maestro Li se apresuraba a realizar una autopsia. El maestro Li temía que hubiera un veneno que se disipara al cabo de pocas horas, pero sólo descubrió que el hermano Shang estaba en excelente estado y había muerto de un infarto. Los monjes regresaron con la noticia de que al menos ocho campesinos habían visto a monjes misteriosos riendo y bailando bajo la luna con túnicas de colores chillones, y que habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra.

La otra noticia era que otro tramo de la Senda de los Príncipes estaba destruido.

El maestro Li dejó sus cuchillos junto al cadáver del hermano Shang y dijo que sería mejor que durmiéramos unas horas. Parecían haber transcurrido sólo unos minutos cuando me despertó y me dio una taza de té fuerte, y luego fuimos al encuentro del príncipe Liu Pao. Nos aguardaba consternado en la Senda de los Príncipes, y una vez más contemplamos lo imposible. No había ninguna criatura con vida en una extensión de cincuenta pies por ciento cincuenta. La muerte había hecho un corte limpio. Había flores rozagantes junto a flores marchitas, y la savia goteaba de árboles saludables a pocos pasos de árboles resecos. Una vez más pensé en un cementerio de pesadilla, pero la configuración de la escena me instó a fruncir el ceño y bosquejar formas en el aire. El maestro Li y el príncipe me miraban con ojos desorbitados, y me ruboricé.

—Vuelve a hacer eso —ordenó el maestro Li.

Repetí los trazos.

—Li Kao, ¿estoy perdiendo el juicio? —preguntó el príncipe—. Juraría que Buey Número Diez está trazando los caracteres taquigráficos que usan los eruditos para representar la antigua escritura del Gran Sello, que está en desuso desde hace mil años.

—Buey es capaz de cosas increíbles —murmuró el maestro Li—. En este momento puede trazar los antiguos caracteres que significan «amor», «fuerza»

y «Cielo», y sé muy bien que él no entiende un solo ideograma del Gran Sello. Bien, muchacho, ¿nos dejarás con la intriga?

Me puse rojo.

—Tuve un sueño —dije humildemente—. Poco antes de que me despertaras. Algo en esta escena me recordó al sueño, que tenía estructuras extrañas.

Había soñado que estaba sentado en la hierba cerca de una aldea muy parecida a la mía. Alguien había atado un poste de bambú y una bandera negra al mecanismo de la piedra molar del molino de agua, como hacíamos en mi aldea, porque el engranaje patinaba. Los granjeros podían ver desde el campo si la bandera subía y bajaba, y en caso contrario enviaban a un niño a buscar al herrero Hong el Grande, para que reparase el engranaje. Mientras la bandera negra se elevaba al ápice, flameaba un instante en el aire antes de iniciar el descenso.

Jugaban niños frente al molino de agua. Una chiquilla brincaba. Su largo pelo negro se alzaba en el aire y revoloteaba un instante antes de posársele en los hombros.

Frente a los niños había mariposas que aleteaban entre juncos. Una era negra, y se elevaba, se detenía, flotaba y bajaba.

La bandera negra, el pelo negro y la mariposa negra formaban una línea casi recta que apuntaba a mis pies. Miré abajo y vi un fragmento de arcilla pequeño y redondo, de color naranja. Extendí la mano para aferrarlo, y algo me decía que siguiera mirando esa estructura: arriba, pausa, abajo… arriba, pausa, abajo…

Me cosquilleaban los dedos. El fragmento de arcilla palpitaba con el ritmo de la estructura, y un dolor me llenó el corazón y las lágrimas me llenaron los ojos. Arriba, pausa, abajo: *kung, shang, chueh*. No oía ese sonido maravilloso sino que lo sentía en los latidos de un fragmento de arcilla, y luego estaba en mi vieja aula del monasterio y un grupo de niños me miraba con ojos de búho y yo trataba desesperadamente de explicar algo muy importante.

—¿No entendéis? —les decía—. La fuerza vital de un fragmento redondo de arcilla color naranja es como una bandera y una mariposa y el pelo de una chiquilla. Arriba, pausa, abajo; arriba, pausa, abajo. Lo importante es recordar la pausa. ¿Entendéis?

Los niños me miraban solemnemente.

—¡Es la pausa! —exclamaba yo—. ¡No es como el latido del corazón de una persona, y nunca oiréis ese sonido maravilloso a menos que entendáis la pausa!

El viejo abad se me acercaba arrastrando los pies. Al acercarse ya no era el abad sino el maestro Li, y me aferraba los hombros, me sacudía y gritaba furiosamente.

—¡Buey Número Diez, no podrías enseñarle a un plátano a ennegrecerse!

Entonces desperté.

—Maestro, es todo lo que puedo contarte sobre el sueño —dije—. Algo en esta escena me lo recordó, y su configuración. Ese alto árbol muerto, luego un espacio, luego árboles muertos más bajos, un espacio, luego arbustos…

Me encogí de hombros y dibujé en el aire.

—Y trazas los antiguos ideogramas de «amor», «fuerza» y «Cielo» —dijo pensativamente el maestro Li—. ¿Estás seguro de que el fragmento redondo de arcilla era de color naranja?

—Sí, maestro.

Se rascó la nariz y mascó cavilosamente la punta de su barba desaliñada.

—Quizá convenga examinarlo cuando tengamos tiempo —dijo—. El simbolismo es obvio, pero conduce a un pantano al que prefiero no acercarme.

El maestro Li se puso a buscar rastros de misteriosos monjes de túnica variopinta, y yo me puse a recoger más muestras de la vegetación y del suelo, y entonces empezaron los tambores. Cientos de tambores de piel de oveja redoblando suave pero metódicamente en todo el Valle de las Penas. El príncipe miró inquisitivamente al maestro Li, pero el maestro Li me señaló con la cabeza.

—Si se trata de costumbres campesinas, preguntadle al experto —dijo.

Me sonrojé de nuevo.

—Alteza, os someterán a una extorsión —dije con timidez.

—¿Qué?

—Extorsión no es la palabra exacta, pero no conozco el término adecuado. Iniciarán una canción de trabajo. Es más vieja que el tiempo, y los campesinos la usan cuando quieren que el señor del valle haga algo.

—¿Qué señor del valle? —dijo airadamente el príncipe.

El maestro Li intervino amablemente para ayudarme.

—Los campesinos creen que vuestro ancestro está detrás de esto, y en lo que a ellos concierne, vos sois señor del valle, os guste o no. Los capataces están preparando un canto que detalla los deberes de los campesinos hacia su señor, y así implica ciertos deberes del señor hacia los campesinos. Buey, ¿cuántas estrofas tiene?

—Más de cuatrocientas —dije—. Cuando lleguen al final, comenzarán de nuevo, y pueden seguir así durante un año, si es preciso.

No añadí que en su lugar yo habría hecho lo mismo. Confucio tenía la canción de la extorsión en tan alta estima que incluyó un pasaje en el Libro de Odas, y es realmente muy efectiva cuando redoblan los tambores.

Bum, bum, bum:

En la quinta luna recogemos ciruelas y cerezas silvestres, en la sexta luna hervimos malva y judías,

en la séptima luna secamos los dátiles,

en la octava luna acarreamos arroz
para preparar el vino de la primavera
y dar larga vida a nuestro señor.
En la sexta luna recogemos los melones,
en la séptima luna cortamos las calabazas,
en la octava luna llevamos el cáñamo germinal,
recogemos hierbas amargas, cortamos ailanto para leña, para que coma nuestro señor.

Es un canto sin emoción, salvo la última línea de cada tercera estrofa, y al cabo de varios meses el inicio de cada tercera estrofa provoca escalofríos. Es difícil para un señor justificar el corte de cabezas insolentes; es sólo una canción de trabajo.

Bum, bum, bum:

En la octava luna preparamos los henares,
en la novena luna llevamos la cosecha;
mijo para el vino, mijo para cocinar, el temprano y el tardío, arroz y cáñamo, judías y trigo.
Mi señor, la cosecha ha concluido.
Comenzamos a trabajar en las viviendas:
por la mañana recogemos juncos,
por la noche preparamos sogas,
deprisa reparamos los techos,
Pues pronto sembraremos los muchos granos de nuestro señor.

—¿Cómo pueden hacerme esto? —dijo plañideramente el príncipe—. Saben muy bien que mi familia no ha recaudado un cobre ni un grano de arroz en siglos.

Bum, bum, bum:

En los días de la primera cortamos hielo con golpes vibrantes; en los días de la segunda lo acarreamos al cobertizo.
En los días de la tercera, muy temprano,
ofrecemos cerdos y ajo, para que coma nuestro señor.
En la décima luna hay escarchas fulminantes;
despejamos los henares,
Con jarras gemelas celebramos la fiesta de la aldea, matando un cordero de primavera.
Subimos al salón de nuestro señor,
alzamos las copas de cuerno de búfalo:
¡Hurra por nuestro señor! ¡Qué viva por siempre jamás!

—¿Insistirán con eso durante un año? —preguntó el príncipe—. Creo que sé lo que quieren, pero preferiría que me lo explicaran.

—Sólo vos tenéis derecho a disponer de vuestro ancestro según la vieja costumbre —dijo amablemente el maestro Li—. Vieja, en este caso, significa preconfuciana.

—¡Y se castiga con un tormento en el Octavo Infierno! —protestó el príncipe.

—Eso afirman nuestros dignatarios neoconfucianos, que también imponen a los rivales el sagrado deber de retirarse de la vida pública durante tres años al morir un padre, y luego envenenan al padre —dijo el maestro Li con sarcasmo.

El príncipe Liu Pao era de buena madera. Dio media vuelta sin otra palabra y echó a andar hacia su finca de Cuerno Izquierdo del Dragón. Salió del sendero y enfiló hacia la gruta por un atajo. El centro de investigación médica parecía aún más tétrico con el sonido sofocado de los tambores y ese canto lejano. El príncipe abrió la puerta y se dirigió al sarcófago de su ancestro.

—Buey, ¿puedes bajar la tapa?

Me escupí en las manos. La tapa era tan pesada que no pude detenerla una vez que bajó hasta los pies de la momia, y se estrelló contra el suelo. El príncipe Liu Pao se quedó mirando los restos de su antepasado, y el maestro Li me indicó que abriera el otro sarcófago.

—Ya que estamos, quiero buscar algo —dijo.

La tapa era más fácil de mover, y la momia de Tou Wan, la esposa del Príncipe Risueño, estaba intacta. El maestro Li metió la mano y sacó algunas joyas que examinó atentamente.

—Buen material, pero no el mejor —dijo pensativamente—. Se decía que Tou Wan era una derrochona de proporciones épicas, y dudo que esto se conformara a sus exigencias. Me pregunto si sus altezas no fueron sepultadas por un mayordomo de dedos ágiles.

Se rascó la cabeza.

—Extraño —murmuró—. Al parecer el Príncipe Risueño adoraba a una piedra, y posiblemente su mujer también, pero la piedra no se encuentra en ninguno de los dos féretros. ¿De nuevo ese fiel mayordomo?

Un ruido nos llamó la atención. El príncipe forcejeaba para sacar la momia de su ancestro del ataúd. Las vendas embreadas la hacían pesada y difícil de manejar. Me acerqué para ayudar, pero el maestro Li me contuvo. El príncipe Liu Pao sudaba profusamente, pero no cejó: por la tumba, por la gruta, hasta el sendero. Se desvió del sendero y llevó la momia hasta una roca chata que asomaba sobre el Valle de las Penas. Todos los ojos debían de estar fijos en él.

Los tambores callaron. El príncipe buscó una piedra voluminosa, y yo cerré los ojos. Los mantuve cerrados mientras oía el crujido de antiguos

huesos, pero los abrí demasiado pronto y vi que la roca caía sobre el cráneo y lo hacía pedazos. Una blanca nube de huesos pulverizados bajó al valle, seguida por los jirones de lino de los vendajes, y luego por la piedra usada para el sacrificio. Rara vez he admirado a nadie tanto como admiré al príncipe Liu Pao. Se volvió hacia nosotros y logró hablar con voz firme.

—Según Tsao Tsao, mi próximo paso en el camino de la condenación es violar a mi hermana o no regresar para el funeral de mi madre, pero no recuerdo cuál viene primero —dijo.

—La madre tiene precedencia —dijo el maestro Li—, pero yo no estaría tan seguro de la condenación en vuestro lugar. Príncipe, esta vez los malhechores han cometido un error muy grave, y la momia de vuestro ancestro lo rubrica con su sello. Vos y yo tenemos algo interesante de que hablar.

Desde abajo llegó el último redoble de los tambores: ¡Hurra por nuestro señor! ¡Qué viva por siempre jamás!

7

Antes habíamos visto las salas de estar. Ahora el príncipe nos condujo a su estudio, y me quedé sin aliento al trasponer la puerta y entrar en cuarenta ocasos apresados. Estaba en presencia del genio.

Había pinturas y bocetos por doquier, y tenían vida. Podía jurar que fluía savia auténtica por los árboles pintados, y que rocío auténtico goteaba de las flores. Lo más extraordinario era la luz radiante que parecía surgir del interior de las pinturas, y el príncipe sonrió al ver mi semblante estupefacto.

—Es sólo un truco, Buey —dijo modestamente—. Se llama *p'o-mo*, y significa la técnica de aplicar tinta negra sobre tinta clara. El efecto apenas se nota al principio, pero cuando se seca, crea la impresión de un fulgor de luz interior, «como ojos concentrados», decía mi maestro.

—¡Ah! ¿Estudiasteis con Tres Incomparables? —preguntó el maestro Li.

—Li Kao, lo sabes todo —dijo el príncipe con admiración—. Sí, fui su alumno durante varios años, y sin duda era el hombre más desagradable que he conocido. —Graciosamente me incluyó en la conversación—. Su nombre es Ku K'ai-chih, pero lo llaman Tres Incomparables porque alardea de ser incomparable en pintura, en genio y en estupidez. Sin duda es el mayor maestro de *p'o-mo* del imperio.

—Lo era, pero vos lo habéis superado tiempo atrás —murmuró el maestro Li—. Príncipe, este trabajo es increíble, pero, ¿habéis pensado en la posibilidad de la humillación y el exilio?

—Ah, no me propongo mostrar mis pinturas —dijo el príncipe—. Esto es un ejercicio. Trato de aprender, y todavía me falta aprender mucho.

El regreso a su amado estudio había obrado maravillas en él. Era como si el olor de la pintura hubiera borrado las experiencias recientes, y sus ojos brillaban de felicidad.

—Buey, el maestro Li se refiere a que nuestros gobernantes han decretado que todo arte debe seguir técnicas presuntamente clásicas, que están establecidas en un manual llamado *Jardín de semillas de mostaza* —explicó—. Las rocas, por ejemplo, sólo se pueden pintar usando trazos *kou* para el contorno, trazos *p'o* para la parte superior y los lados, trazos *t'sun* para la

textura, y trazos *ts'a* para la expresión. Cualquier otra técnica puede conducir al juicio y al exilio.

El maestro Li se rió de mi expresión.

—Y no termina allí —dijo—. Los trazos *ts'un*, por ejemplo, se dividen en las líneas exactas adecuadas para cada roca: nube rizada, corte de hacha, cáñamo cortado, rostro de fantasma, semejante a un cráneo, pila de leña, semilla de sésamo, azul dorado, polvo de jade, agujero de lanza, guijarros y sin hueso. Un artista que usa el trazo rostro de fantasma para pintar granito, en vez de corte de hacha, aprobado oficialmente, se arriesga a seis años de destierro en el desierto mongol.

El príncipe señaló la habitación.

—Estás mirando un millón y medio de años de exilio —dijo con orgullo. Se estaba animando, y ávidamente arrojó a un lado pinturas de una pila del suelo y sacó el simple bosquejo de un árbol—. Las leyes mienten. Mira aquí. Cada ley de la pintura insiste en que el *shih* o fuerza motriz de un árbol como éste se debe concentrar en la rama principal, que se lanza orgullosamente hacia el cielo. Pero no es así. Probé el modo correcto ocho veces, y seguía tan despojado de vida como un *lohan*. Al fin me dije: «¡Deja de pensar, so idiota! ¡Pinta!». Dejé que la mano me guiara, y este adorable árbol cobró vida. ¿Entiendes por qué?

Cubrió la orgullosa rama principal, y gradualmente entendí a qué se refería. La energía del árbol no seguía ese rumbo. Se extendía hacia fuera y hacia arriba desde el tronco, llegaba al nudo de una rama, regresaba al tronco, y luego ascendía por el otro lado, y palpitaba de vida mientras buscaba el cielo desde un retoño diminuto e insignificante.

—Las leyes mienten, los ojos sólo ven aquello que los han condicionado para ver, y la mente es una pila de desechos de ideas ajenas. Sólo la mano dice la verdad. ¡La mano! —exclamó apasionadamente el príncipe—. Confía en la mano, y nunca te mentirá.

El maestro Li lo miró aprobadoramente.

—Príncipe, precisamente de eso quería hablaros —dijo—. Comienzo a sospechar que este caso consiste en una mentira sobre otra, pero por primera vez tenemos algo que nos permitirá continuar. Los malhechores nos han indicado dónde mirar.

El príncipe me mostró dónde estaban las cosas, y me dediqué a preparar té mientras ellos llevaban una mesa al jardín. Nos sentamos al aire libre.

—Sabemos que unos ladrones irrumpieron en la biblioteca para robar un manuscrito, lo cual provocó la muerte del hermano Ojos Bizcos —dijo el maestro Li después de beber té—. Pero, ¿por qué entraron de nuevo anoche y provocaron la muerte del hermano Shang? Parece haber una sola explicación razonable. —Extrajo el fragmento del Ssu-ma—. El hermano Ojos Bizcos había calcado esto. Cuando los malhechores lo examinaron, vieron las marcas

y regresaron en busca de la copia. De ahí los libros rasgados, las túnicas descosidas y demás. Pero, ¿para qué querían una copia burda que no posee ningún valor en el mercado? La respuesta es que no buscaban el manuscrito por el valor que pudiera tener para los vendedores, sino por su contenido, y hasta cabe pensar que se han ido con las manos vacías.

El maestro Li apoyó el fragmento en la mesa y lo tocó con una uña.

—Era un manuscrito muy breve —dijo—. Las probabilidades de que este fragmento no contuviera lo que ellos buscaban no son tan astronómicas como parecen. Quizá no más de veinte o treinta contra uno, y he apostado en peleas de grillos con probabilidades peores. Príncipe. ¿Ssu-ma Ch'ien visitó alguna vez a vuestro abominable ancestro?

El príncipe se sobresaltó.

—En verdad no lo sé —dijo. Y al cabo de un momento de reflexión añadió—: Me sorprendería que no lo hubiera visitado. Antes de su caída en desgracia, actuaba como confidente del emperador. ¿Qué persona sería más apropiada para enviar cuando un hermano menor da indicios de estar perdiendo el juicio?

—¿Y es posible que el hermano menor causara la caída de Ssu-ma, y su sentencia de castración? —preguntó el maestro Li—. El abad me ha contado que el monasterio cumplía también la función de prisión en los alegres días del Príncipe Risueño, y eso podría explicar por qué el manuscrito se encontró allí.

—¿Te refieres a la falsificación? —dijo el príncipe, rascándose la cabeza.

—Un conocido mío, un alma excepcionalmente piadosa del Ojo de la Tranquilidad, ha sugerido una hipótesis interesante —explicó el maestro Li—. La falsificación podía estar destinada a tender una trampa a Ssu-ma, para acusarlo de impiedad filial. Yo estaba casi convencido de ello, pero ahora, gracias a vos, estoy aún más convencido de algo totalmente distinto.

El maestro Li señaló el estudio donde estaban las gloriosas pinturas del príncipe.

—La mano. ¡Confía sólo en la mano! —exclamó—. Esa idea me ha sumido el seso durante días. Cuando miraba el fragmento y veía referencias al padre de Ssu-ma decía «¡Fraude!», pero cuando miraba sólo la caligrafía, decía «¡Ssu-ma!». Vos hicisteis lo mismo. La mano es inconfundible, y ahora llego a la conclusión de que ésta no es la falsificación más grande del mundo por la sencilla razón de que no es una falsificación. Ssu-ma Ch'ien incluyó el nombre de su padre para advertir a los eruditos que mirasen con atención, que algo estaba mal. Es decir, había escondido su auténtico mensaje en una especie de código, y vos y yo nos entretendremos viendo quién puede descifrarlo primero.

No Buey Número Diez, que no podía descifrar un solo carácter de la antigua taquigrafía de los eruditos. Me levanté y me burlé interiormente de los jirones de diálogo que llegaba a oír. Eran como niños juguetones, y teníamos que resolver asuntos serios.

—Nunca he visto tantos datos erróneos en tan pocos párrafos.

—¿Deliberados, quizá?

—¿Errores en los puntos de partida?

—Es interesante que haya tantos errores con números.

—En efecto. Aquí escribe «ciento cuarenta y seis escamas de dragón».

Hasta yo sabía que un dragón tiene treinta y seis escamas malignas y ciento diecisiete escamas benignas, que sumaban ciento cincuenta y tres cuando yo estaba en la escuela. Resoplé con desdén, y me dediqué a caminar y mirar las flores.

—Mejor dividirlo. Uno, cuatro y seis.

—Es probable que cada error tenga una relación directa con cada mención de Tan, el nombre del padre.

—Aquí forzaba las cosas, ¿verdad? Al comparar las marcas de una piedra con los «doscientos cincuenta y tres puntos de la acupuntura».

¿No comprendían que teníamos a dos monjes asesinados entre manos, y que un sonido extraño enloquecía a la gente mientras se destruía la Senda de los Príncipes? Decapité algunos dientes de león.

—Uno… dos… tres. ¡Lo tengo! —dijo felizmente el maestro Li—. Buey, deja de hacer pucheros y ven aquí.

¿Pucheros? ¿Yo? Regresé con dignidad y miré por encima del hombro del maestro Li. Su dedo bailó sobre el fragmento.

—Las secciones codificadas comienzan con menciones del nombre del padre de Ssu-ma y siguen hasta el siguiente dato erróneo. Los números dan los espacios entre palabras importantes, y he aquí lo que tenemos: «Escalera abajo… Sala refrigeradora… Túnel a obra en construcción… Piedra en la sacristía…».

Se reclinó felizmente. Lo miré sin entender.

—¿Eso es todo? —dije con incredulidad.

—Es todo lo que necesitamos, y todo lo que necesitarían los ladrones, llegado el caso —dijo el maestro Li con complacencia—. A menos que alguien tenga conocimiento de otro lugar donde se guardaba una piedra en una sacristía, Ssu-ma Ch'ien se refería a esta propiedad. O bien bajó la escalera para llegar a la sala refrigeradora, o bien aconsejaba a alguien que lo hiciera, y allí habría un túnel que conducía a una obra en construcción y la sacristía de la piedra. Una sala refrigeradora se instala a la mayor profundidad posible. ¿Cuál puede ser el propósito, pues, de una obra en construcción en las honduras de la tierra?

El maestro Li se metió la mano en la túnica y sacó un trozo de tela. Con un sobresalto, reconocí un fragmento del vendaje de la momia del Príncipe Risueño.

—Príncipe, la tela está desleída, pero aún podemos ver que el color era amarillo imperial, como corresponde al hermano de un emperador —dijo el

maestro Li—. Sin embargo, creo recordar que Tou Wan lo precedió en la muerte por unos meses. ¿Vuestro ancestro no debía estar de luto por su esposa?

El príncipe lo miró sorprendido, y se puso púrpura al captar las implicaciones. También yo las capté, pero tardé bastante más.

—Desde luego. Tendría que ser blanca. ¿Quieres decir que acabo de aplastar el esqueleto de un desconocido?

—Tsao Tsao construyó setenta y dos tumbas como señuelo —dijo tranquilamente el maestro Li.

—¡Ni por asomo pienso pasar por esa experiencia setenta y dos veces! —exclamó el príncipe.

—Dudo que sea necesario —dijo el maestro Li, y me miró—. Despabílate, Buey. El Príncipe Risueño amasó una fortuna increíble, que nunca se encontró, y desde entonces la gente ha estado comprando falsos mapas del tesoro y excavando agujeros en el Valle de las Penas. Ahora tenemos las palabras de Ssu-ma Ch'ien. Palabras que los ladrones harían cualquier cosa por obtener, pues, ¿qué podía construir el Príncipe Risueño en secreto en las entrañas de la tierra? Querido muchacho, quizá estemos sentados encima de una tumba que contiene suficiente botín para comprar medio imperio.

8

—Estas alas abandonadas eran el paraíso para un niño —dijo el príncipe nostálgicamente—. Pensad en los escondrijos. Una vez conté ciento seis habitaciones llenas de objetos que nadie consideraba valiosos. ¿Cómo no iban a ser valiosos para un chiquillo? Baúles llenos de antiguos disfraces para mascaradas, por ejemplo, y cartas de amor sujetas a retos a duelo, y retratos de bellas concubinas y siniestras primas lejanas.

Lo seguimos mientras evitaba confiadamente tramos podridos de suelos de madera y se agachaba bajo vigas arqueadas. Entró en un nicho y comenzó a arrancar tapias de una ventana. La luz del sol irrumpió y brilló sobre un retrato de la pared.

—Liu Sheng, más conocido como el Príncipe Risueño.

La seda aún estaba intacta, aunque desleída por el tiempo, y el color era excelente. El hombre que miraba desde el retrato era muy guapo. Calculé que tenía poco más de treinta años. La frente era alta, ancha y serena, la nariz delgada mostraba una curva orgullosa, y la boca era firme y bien formada. Los ojos eran raros, pues parecían penetrantes pero desenfocados. Era como si el Príncipe Risueño no mirase al espectador sino a algo que estaba frente al espectador: el fantasma, quizá, de una visión extraña que sólo él podía percibir. Sus manos eran menudas, casi femeninas de tan gráciles. No veía rastro de locura, aunque algo en su aplomo sugería una ilimitada arrogancia interior. Su vestido obviamente simbolizaba algo, aunque yo no sabía qué. El maestro Li sí lo sabía.

—Gran Buda, si su imperial hermano lo hubiera visto con esa indumentaria, la bufanda amarilla habría estado en camino en menos de una hora —dijo—. El hijo de una marrana creía ocupar un rango superior al emperador. Más aún, creía ocupar un rango superior a la mayoría de los dioses.

Me explicó los ornamentos.

—La prenda superior: sol, luna, estrellas, montaña, dragón y el ave florida. La prenda inferior: copa del templo, hierba acuática, llamas, arroz, hacha y símbolo de distinción. Sólo el emperador de la China puede usar los doce

ornamentos, y el Príncipe Risueño añadió un décimo tercero: el ojo de pavo real, que simboliza al Segundo Señor del Cielo. Tal parece que estaba preparándose para poner su trono junto al Augusto Personaje de Jade.

Ahora esos ojos raros y desenfocados cobraban otro aspecto, y decidí que estaba mirando a un hombre que no se hallaba a gusto en el mundo y lo había abandonado como Chou Cabeza de Guisante en mi aldea, que todas las mañanas se unía a los gallos y ordenaba al sol que despuntara.

Cuando el príncipe nos llevó hacia otro lado, noté que andaba de puntillas, y los ojos pintados parecían seguirme. El príncipe se dirigió a una puerta revestida de bronce y la abrió con una antigua llave que era grande como su antebrazo.

—Como decía, este lugar era el paraíso para un niño —comentó.

El paraíso, en efecto. Dentro estaba la vieja armería, y algunas hachas eran tan enormes que sólo podía haber tenido una función ceremonial. Un millar de armas colgaban en estantes a lo largo de las paredes, y encontramos algunas que eran mejores que cualquier equivalente moderno. Escogí un hacha pequeña y una espada corta, y el príncipe escogió una lanza y una daga, y el maestro Li se metió una ristra de cuchillos en el cinturón. La puerta siguiente nos llevó a un patio interior, y en un cobertizo encontré un par de herramientas modernas, una pica y una barra de acero. En el centro del patio había un edificio de piedra que albergaba un pozo abandonado, y una escalera que conducía a sótanos profundos.

—La vieja sala refrigeradora está en el fondo —dijo el príncipe—. Dudo que alguien haya estado ahí abajo desde que yo jugaba a ser un héroe encerrado en una sofocante mazmorra.

El maestro Li buscó indicios de una entrada reciente, y sus ojos centellearon cuando vio capas de polvo intacto. Yo había llevado algunas antorchas, y las encendimos. El príncipe inició la marcha, pero yo me adelanté de un salto.

—Mil perdones, alteza, pero para eso estoy aquí —dije cortésmente. Precedí el descenso por la escalera, empuñando el hacha. Decidí que el príncipe había sido un niño muy valiente, y no pude reprimir un escalofrío mientras apartaba gruesas telarañas que pendían como sábanas, y docenas de arañas correteaban por mis manos y mis brazos.

Luego me atacaron cien demonios —no, murciélagos; no, murciélagos blancos— y solté un aullido, me agaché en la escalera y me tapé la cabeza con las manos. Cuando me atreví a mirar, el maestro Li estaba plantado detrás de mí, mirándome con una mezcla de exasperación y diversión.

—Buey Número Diez, no hay una sola pizca de verdad en las leyendas campesinas sobre los murciélagos blancos —dijo torvamente—. Ni siquiera son albinos. Sufren una enfermedad parasitaria de la piel, como los elefantes blancos de la India, y no viven mil años, y su sangre negra no es un Elixir de la

Vida, y si los tocas no se te caerá el pelo.

El príncipe me tranquilizó con una sonrisa.

—Cuando era niño atrapé algunos y los conservé como mascotas —me dijo—. Algo poco limpio, pero sólo eso.

Se pasó una mano por la cabeza desaliñada, y yo descubrí dócilmente la mía. Me puse de pie, recobré el hacha y la antorcha y reanudé el descenso, sintiéndome como un papanatas. Había cuatro rellanos. El último tramo de escalera terminaba en la sala refrigeradora, que era enorme, y el maestro Li y el príncipe examinaron el macizo suelo de piedra y las paredes, buscando rastros de un túnel secreto. Yo recobré el ánimo mientras los observaba. Al fin el maestro Li retrocedió, se apoyó las manos en las caderas y me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué estás parado ahí como una estatua? —gruñó—. Debes de saber algo sobre la excavación de túneles. Encuentra esa maldita cosa.

Era pueril, pero tenía que hacer algo para compensar la humillación de los murciélagos. Examiné el suelo con muchos aspavientos.

—¡Ajá! —dije. Examiné las paredes—. ¡Ajá! —dije. Reflexioné, posando para un retrato de Joven Genio—. Ssu-ma Ch'ien escribió «sala refrigeradora», pero no «en la sala refrigeradora» —dije. Retrocedí hasta la escalera y la examiné—. ¡Ajá! —dije, y empecé a subir hasta el último rellano.

El maestro Li sonreía al seguirme, y no pude continuar la farsa.

—La vi cuando bajábamos —expliqué—. Estaba pensando en el trabajo que suponía trasladar enormes trozos de hielo por cinco tramos de escalera empinada, así que miré y encontré lo que buscaba.

Moví la antorcha a ambos lados para mostrar viejas argollas de bronce.

—Poleas, con sogas centrales que elevaban una especie de plataformas —dije—. Están parejamente espaciadas y pulcramente en línea, salvo aquí. —Alcé la antorcha a la pared derecha y mostré un arco en la hilera de argollas que llegaba casi hasta el techo—. Esto dificultaba obtener igual apalancamiento en ambos lados. El único motivo posible es que la pared no es maciza.

—Bravo —dijo el maestro Li, y me sentí mucho mejor.

Él cogió mi antorcha y yo me escupí en las manos y empuñé el pico.

No tardé demasiado. En cuanto abrí una fisura que me permitiera trabajar, arranqué una losa de piedra con la barra de acero, y las antorchas casi se apagaron cuando las llamas siguieron la bocanada de aire que se internó en ese espacio oscuro. Al cabo de unos minutos había abierto un boquete por el que podíamos pasar, y entramos en un túnel descendente cavado en la piedra.

—Ten mucho cuidado —advirtió el maestro Li—. Si esto conduce a una tumba, quizá hayan tendido trampas para los profanadores.

Avanzamos despacio, tanteando el suelo en busca de pozos y examinando nerviosamente el techo en busca de objetos que pudieran caernos encima. El

túnel se inclinaba cada vez más abruptamente hacia abajo, con muchos recodos. Descendimos durante tanto tiempo que yo estaba dispuesto a apostar a que habíamos llegado al nivel del valle, o aún más abajo, cuando el túnel al fin se niveló, y al cabo de un trecho comenzó a ascender. Trepamos tenazmente, en silencio total salvo por los ruidos que hacíamos nosotros. No había señales de trampas. Al fin la luz de nuestra antorcha se reflejó en la superficie de una pared de ladrillo que bloqueaba el túnel por completo. El maestro Li la examinó y no encontró nada peligroso. De nuevo me puse a trabajar con el pico y la barra de acero. Era una pared de doble grosor, pero nada podía contra el acero, y con un estrépito y una nube de polvo de ladrillo rojo, un gran tramo pronto se derrumbó. Tosimos, nos enjugamos los ojos y alzamos las antorchas. El polvo se despejó lentamente, y nos quedamos clavados donde estábamos, mirando horrorizados lo que había en el suelo más allá de la pared.

Con razón el túnel había permanecido en secreto. Los obreros nunca lo habían dejado. Frente a nosotros se apilaban centenares de esqueletos, hasta el techo. El príncipe miró atónito el recuerdo que nos había dejado su ancestro.

—Aquí están los campesinos, pues —dijo el maestro Li con voz fría y colérica—. Los soldados que los arrearon aquí y los encerraron quizá fueron recompensados con un banquete en el que nadie sobrevivió al segundo plato, y luego los envenenadores recibieron su propia recompensa, y así sucesivamente. Se estima que el emperador Shun mató a ochenta mil hombres para guardar el secreto de su tumba, y aun así fue descubierta y saqueada en menos de un siglo. Príncipe, esto debería disipar todas las dudas. Vuestro estimado ancestro duerme aquí dentro.

Se me adelantó y empezó a apartar esqueletos, y yo me obligué a moverme. Nos abrimos paso por el túnel entre pilas de huesos blancos que se elevaban como montículos de nieve a la vera de un camino. Al cabo de una hora habíamos llegado al final, una pared de ladrillo. Tres golpes del pico bastaron para aflojar los ladrillos, pero sentí una vibración que me entumeció las manos y los brazos. El pico había chocado contra hierro macizo. Golpeé varios lugares, arrancando ladrillos, y descubrí que una sólida pared de hierro iba de un lado del túnel al otro, y desde el tope hasta el fondo.

—Quizá haya otra pared de ladrillo detrás de ésta, y hayan rellenado el espacio intermedio con hierro fundido —dijo el maestro Li pensativamente—. ¿Qué te parece, Buey?

Me encogí de hombros.

—El hierro es resistente, pero se rompe, y mi barra es de acero —respondí —. Si logro abrirle cuatro agujeros, podría hacer un orificio que nos permita pasar.

Después de eso lo único que recuerdo del túnel es el ruido. La barra de acero emitía chasquidos ásperos que retumbaban entre las angostas paredes y

resonaban contra mi cabeza y mis oídos y me daban mareos. En ocasiones tenía que parar y sentarme con la cabeza entre las piernas, hasta que se me pasaban las náuseas. Tenía una jaqueca espantosa, pero adopté el ritmo lento y parejo de un leñador o un cavador de zanjas, y la punta de la barra abrió fisuras semejantes a telarañas. Luego unos trozos de hierro se desprendieron, y al fin la barra se hundió. Como sospechaba el maestro Li, había otra pared de ladrillo detrás, pero eso no era un problema. Abrí los otros agujeros más rápido, ahora que le había cogido el tranquillo, y en tres horas pude rajar el hierro entre dos de los agujeros. Otra hora bastó para terminar la tarea. Atravesamos la pequeña abertura, alzamos nuestras antorchas y encontramos un techo forrado con oro auténtico. El suelo era de mármol, y las paredes estaban profusamente adornadas con plata y bronce. Estábamos en un largo pasillo bordeado por salas laterales, y empuñamos nuestras armas nerviosamente y entramos en la primera.

Con razón los malhechores hacían cualquier cosa para encontrar el lugar. Había cofres tan repletos de oro y joyas que las tapas no se cerraban, y lingotes de oro y plata se amontonaban como leños contra las paredes. El príncipe Liu Pao estaba tan furioso que su antorcha temblaba como un farol meciéndose en un vendaval.

—Cuatro años antes de la muerte de mi ancestro hubo una hambruna en esta región del imperio —dijo con voz tensa y aguda—. Murieron doscientas mil personas, pero el Príncipe Risueño dijo que él no podía ayudar porque todo su dinero estaba comprometido en equipo de minería y deudas.

El príncipe pasó a la sala siguiente, que albergaba enormes vasijas que quizá hubieran contenido aceites, perfumes y especias exóticas.

Otras salas albergaban armas tan cubiertas de costosas gemas que eran inservibles para la guerra, y nos detuvimos a mirar una sala enorme que contenía los esqueletos de cuarenta caballos. Al parecer el Príncipe Risueño se proponía cabalgar a todo lujo en la próxima vida, y no sólo montaba caballos. El príncipe profirió palabrotas dignas del maestro Li cuando entramos en la Sala de las Concubinas y encontramos cuarenta pequeños esqueletos pulcramente dispuestos en cuarenta camas.

—No hay indicios de pánico ni desorden. Envenenadas —dijo sombríamente el maestro Li—. Sincronizado, sin duda, para que respirasen el último aliento junto con su amo.

Lo que encontramos después estaba dentro de lo previsible: esqueletos de cocineros, cortesanos, bailarines, actores, acróbatas, eunucos, escribas, contables. Ese lunático príncipe se había llevado consigo a toda su corte, o así parecía. El maestro Li tenía sus reservas.

—Hay un elemento que brilla por su ausencia. ¿Dónde están sus Monjes del Jolgorio? —preguntó.

No obtuvimos respuesta para eso. Entramos en salas de banquetes y salas

de juego y fastuosas alcobas, y hallamos armarios abarrotados con restos de costosas prendas y despensas repletas de pilas petrificadas de sabrosos manjares. Era menos una tumba que un vasto palacio subterráneo, y en el centro había una enorme sala del trono, que incluso tenía un tajo para que el verdugo ofreciera entretenimiento. Detrás del trono había una pequeña puerta, y entramos en una sala redonda con suelo de lapislázuli, y paredes y techo de oro macizo. Había dos sarcófagos lado a lado. El de la derecha mostraba los símbolos dragontinos de un emperador, y el de la izquierda mostraba el fénix de una consorte imperial.

El maestro Li caminó entre los ataúdes hasta la pared de atrás. En un nicho había una sacristía. Los dos paneles laterales del nicho mostraban los mismos diagramas y fórmulas misteriosas que habíamos visto en la gruta, y el panel del centro exhibía la misma inscripción.

En la oscuridad languidece la preciosa piedra.
¿Cuándo encantará el mundo con su excelsitud?
Cuando se piensa que la apariencia es existencia, la existencia deviene apariencia.
Cuando se piensa que la nada es algo, algo deviene nada.
La piedra disipa la apariencia y la nada,
y asciende a las Puertas del Gran Vacío.

La sacristía estaba vacía. El maestro Li lanzó un airado juramento, dio media vuelta y me pidió que abriera los ataúdes. Me dirigí al de la izquierda. Era difícil mover la tapa, pero al fin comenzó a deslizarse por los surcos, y cuanto más se deslizaba, más se dilataban nuestros ojos. Retrocedí jadeando y contemplamos en silencio el atuendo fúnebre de Tou Wan, la consorte del Príncipe Risueño.

Llevaba un vestido que podría haber alimentado a un millón de personas durante un año. Era jade inapreciable cortado en piezas rectangulares que estaban eslabonadas por un fino hilo de oro. Dos mil piezas de jade envolvían a la momia, pero al maestro Li no le interesaba el jade. Le interesaba una piedra, y soltó otra andanada de imprecaciones al no encontrar ninguna piedra en el ataúd.

Habían cincelado una inscripción en el frente del sarcófago de Tou Wan, y el príncipe Liu Pao me tradujo los antiguos caracteres. Al parecer el autor era el dolido esposo.

Ha cesado el susurro de su falda de seda.
En el suelo de mármol se amontona el polvo.
Fría y silenciosa está su habitación desierta.
Hojas caídas se apilan contra las puertas.

¿Cómo hallará reposo mi acongojado corazón?

Me pareció que había un sentimiento genuino en ello, y el príncipe sacudió la cabeza con desconcierto.

—Mi ancestro era todo un enigma —dijo—. Escribió esto, y luego salió con sus Monjes del Jolgorio para capturar y torturar a más niños.

El maestro Li señaló el otro sarcófago, y me incliné sobre la tapa. Mientras se deslizaba lentamente, los ojos casi nos saltaron de las órbitas, y cuando terminé de quitarla retrocedí y caí sentado. Sólo el siseo de las antorchas interrumpía el silencio.

El ataúd estaba vacío. El príncipe Liu Pao se sentó desconsolado junto a mí, y supuse que ambos veíamos una momia vestida de jade saliendo sigilosamente del ataúd para reunirse con alborozados monjes de túnica variopinta. El maestro Li nos fulminó con la mirada.

—Mierda de murciélago —rugió—. Dejad de papar moscas con la boca abierta y empezad a usar la cabeza.

Se sentó en el borde del ataúd y miró con el ceño fruncido la sala dorada. Estaba furioso.

—Buey, ¿qué pasó con tu antorcha cuando atravesaste el hierro y el ladrillo? —preguntó.

—Pues… nada —respondí.

—Precisamente. La llama no saltó hacia el agujero porque ya había aire fresco en la tumba. Eso significa que hay otra entrada en alguna parte, y que la han usado recientemente. Hemos llegado tarde. Los ladrones ya han estado aquí, y eso significa que tenemos que cambiar de parecer en lo que a ellos concierne.

Eso era demasiado engorroso para mí, pero el príncipe irguió la cabeza con súbito interés.

—No se llevaron el oro ni las joyas, ni siquiera el traje fúnebre de Tou Wan —dijo intrigado.

—¿Qué se llevaron entonces? —preguntó el maestro Li.

Guardamos silencio, así que él respondió a su propia pregunta.

—Se llevaron una piedra. Todas las inscripciones indican que el Príncipe Risueño adoraba a una piedra. Al morir habrá dispuesto que lo sepultaran con ella, así que la sacaron de la sacristía y quizá se la pusieron en las manos, y luego confeccionaron el traje de jade encima de él. El jade es un material muy duro. La piedra podía dañarse si alguien intentaba rajar el jade, así que el sujeto que nos ganó de mano se llevó a la momia entera. ¿Qué clase de gente pasaría por alto el oro y las joyas para echar mano de una piedra sagrada?

—¿Una orden religiosa? —aventuró el príncipe.

El maestro Li se encogió de hombros.

—Por el momento no se me ocurre otra cosa —dijo—. Recordemos que el

Príncipe Risueño creó una especie de orden religiosa que él llamó los Monjes del Jolgorio, y notemos que los Monjes del Jolgorio son los únicos miembros de la corte que no murieron con el príncipe… al menos no hemos visto sus esqueletos. Supongo que él dispuso que la orden se perpetuara por los siglos de los siglos.

—¿Por qué? —logré articular al fin.

El maestro Li extendió las manos con exasperación.

—¿Cómo he de saberlo? —dijo—. Podemos dar por sentado que él adoraba a una piedra, aunque no sabemos por qué. El uso de la risa y el baile en lugar de la plegaria no es desconocido en antiguas religiones anteriores al chamanismo, pero no deja de intrigarme la constante repetición del número cinco en sus peculiares fórmulas. El cinco es el número sagrado de muchas sectas exóticas, tanto antiguas como modernas. Por ejemplo, los primitivos Yu-ch'ao, que presuntamente viven en casas arbóreas de cinco lados y hacer sacrificios a demonios de cinco cabezas en templos de cinco celdas.

El maestro Li sacó su petaca de vino y nos ofreció un trago, pero rehusamos. Él bebió un par de sorbos y se secó los labios con la barba.

—Príncipe, por el momento estoy atado de manos —confesó—. La idea de que no estemos tratando con malhechores comunes lo trastorna todo. Mi única certeza es que tenemos que llegar al fondo del extraño e hipnótico sonido y la destrucción de la Senda de los Príncipes, y eso significa que Buey y yo tendremos que ir a Ch'ang-an con muestras de suelo y vegetación, y luego hallar al mayor maestro de sonidos del imperio. En el ínterin, tenéis un problema.

Señaló las cámaras del tesoro con la petaca de vino.

—Técnicamente todo aquello os pertenece. ¿Lo queréis?

El príncipe tembló.

—Las pesadillas acabarían conmigo en un mes si cogiera una sola moneda —dijo.

—No obstante, si se difunde la noticia del descubrimiento, seréis visitado por cada forajido, caudillo y ministro codicioso del imperio —señaló el maestro Li.

—Supongamos que hago una donación al trono —sugirió esperanzadamente el príncipe.

—La gente suele atribuir sus propios defectos a los demás —dijo el maestro Li—. Los avaros nunca creerán que no conservasteis las gemas más selectas, y la ausencia del traje de jade de vuestro ancestro se considerará prueba absoluta. ¿Os apetece la tortura?

El príncipe se puso tan blanco como los esqueletos.

—Pero, ¿qué puedo hacer con esta tumba? —susurró.

El maestro Li se volvió hacia mí.

—Buey, ¿puedes solucionarlo? —preguntó.

Me erguí con orgullo.

—Venerable maestro, hablas con un ex aprendiz del herrero Hong el Grande —dije.

El maestro Li se dirigió al príncipe.

—¿Qué tumba? —dijo.

—¿Qué tumba? —dije yo.

El príncipe recobró parte de su color.

—¿Qué tumba? —dijo.

En verdad no fue tan complicado. Fue fácil volver a poner las piedras y ladrillos en su lugar, y por doquier había viejos objetos de hierro. Me sentí muy orgulloso de mi improvisado horno con su fuelle, y cuando hube concluido, era imposible reparar en el remiendo de la pared de hierro a menos que uno lo buscara.

Lo más difícil fue volver a poner en su sitio los esqueletos del túnel, y eso fue porque seguía oyendo a una momia loca con traje de jade a mis espaldas. Una vez que añadí artísticas capas de polvo y telarañas, ningún burócrata codicioso del imperio habría creído que el príncipe Liu Pao o alguien más había entrado en la tumba del Príncipe Risueño. Luego partimos hacia Ch'ang-an.

9

Nunca había estado en la capital, pero pensaba que conocía la gran ciudad por mis experiencias en Pekín. Esa ilusión se desvaneció en cuanto traspusimos la Puerta de la Virtud Luminosa. Me quedé boquiabierto como cualquier palurdo ante ese vocinglero colmenar donde dos millones de personas zumbaban dentro de murallas que encerraban treinta millas cuadradas. Había veinticinco avenidas norte-sur, y cada una de ellas tenía cuatrocientos ochenta pies de anchura y estaba bordeada por olmos, árboles frutales y árboles pagoda. Las avenidas subían a una alta colina llamada Llano de la Cabeza del Dragón, y convergían en una carretera de piedra azulada que trepaba en espiral, como una cola de dragón, hasta las vastas basílicas de la élite que gobernaba el imperio.

Estaba pasmado y atónito cuando enfilamos hacia el Llano de la Cabeza del Dragón por la Calle del Gorrión Bermejo. Atravesamos la Puerta del Pájaro Rojo mientras mil tambores tocaban los trescientos redobles que anunciaban la apertura de los mercados, y me sentí embriagado por esa atmósfera de mil años de grandeza mientras nos aproximábamos a la legendaria Academia del Bosque de Pinceles, donde se cultiva el genio chino. El maestro Li había sido uno de los genios, y su reacción fue menos reverente.

—¡Fraude, muchacho! ¡Fraude y falsificación! —dijo, señalando con repulsión ciertos hitos sacrosantos—. ¡Podredumbre tapada con pintura y revestida con el oropel de la mentira! Algunas mentiras son bastante bonitas, sin embargo, y mi favorita se relaciona con el muchacho campesino que cava una zanja detrás de una escuela de aldea.

El maestro Li sacó su petaca y bebió un buen trago, provocando comentarios desdeñosos entre peatones de aire distinguido. Él no les prestó atención.

—Los agudos oídos del mozalbete pillan fragmentos de lecciones que le llegan desde la ventana —dijo el maestro Li entre un trago y otro—. Un día el despistado maestro se cae en la zanja y descubre con asombro que el niño ha cubierto las paredes con dibujos magistrales, fórmulas matemáticas impecables y cultas citas de los antiguos.

»—Muchacho, ¿no eres el escrofuloso, analfabeto y pulguiento sabandija llamado Hong Wong? —jadea el maestro.

»—¡El nombre insignificante de este niño indigno no debería macular los estimados labios de vuestra magnificencia! —gime el mozalbete.

»—¿Y tu padre no es el ulceroso, flatulento y gusanoso sujeto llamado Hong el Incorregible, que se enorgullece de haber suspendido el examen para idiota de la aldea dieciséis años consecutivos?

»El niño cae de rodillas y se golpea la cabeza contra el suelo.

»—¡Diecisiete! —solloza.

»Bien, el maestro coge al niño de la oreja, lo lleva al aula y lo somete a todas las pruebas que se le ocurren, y se propaga la noticia de que el último genio chino ha sido descubierto en una zanja de una aldea insignificante a ocho millas de ninguna parte. Ya conoces el resto. Triunfo tras triunfo, los premios y títulos más altos, el ascenso a un puesto importante, asesor de emperadores y salvador de campesinos, y con el tiempo la deificación para transformarse en Patrón Celestial de sabandijas escrofulosos, analfabetos y pulguientos que cavan zanjas detrás de las escuelas.

El maestro Li escupió con deplorable precisión en una estatua de K'ueihsing, Dios de los Exámenes.

—Ahora echemos un vistazo a la realidad —dijo—. El pequeño Hong Wong es llevado al establecimiento educativo y obligado a devorar idiomas, caligrafía, poesía, pintura, danza, música, ajedrez, etiqueta, ritos cortesanos, filosofía, religión, historia y los clásicos, después de lo cual está preparado para empezar a aprender algo… matemáticas, por ejemplo. Agricultura, ingeniería, economía, medicina, gobierno y el arte de la guerra. Aprueba los exámenes con honores y recibe su primera designación oficial. ¿Qué ocurre entonces?

Parecía pedirme una respuesta, así que me encogí de hombros y dije:

—Un superior que heredó el puesto de un tío le mete una pértiga en el trasero.

—En efecto —dijo aprobadoramente el maestro Li—. Hong Wong acaba de entrar en el mundo de los neoconfuncianos, para quienes toda innovación es anatema. Su brillante plan para un sistema sanitario es rechazado de plano porque no tiene un paralelo directo en los tiempos antiguos. Sus observaciones astronómicas se usan como prueba en su juicio de herejía, porque no se pueden confirmar en los textos arcaicos. Sus pinturas no imitan servilmente a los antiguos, y su poesía no es plagio, y sus ensayos no versan sobre los trescientos treinta y tres asuntos aprobados, así que todos son incinerados. Hong Wong tendrá mucha suerte si tan sólo lo despojan de su rango y sus posesiones y lo echan a patadas, y si es un auténtico genio no tendrá esa suerte. Lin Tseh-shu fue desterrado a un rincón del Turquestán tan distante que dicen que el sol todavía no ha llegado allí. Su Tung-po fue exiliado a Hainan, cuyas principales exportaciones son la malaria, la epidermofitosis y la lepra.

Chu Suilang fue visto por última vez cuando se hundía en un pantano de Vietnam, y cuando Han Yu salió del buque prisión de Swatow casi fue devorado por cocodrilos.

Wen Ch'ang, Dios de la Literatura, recibió el siguiente escupitajo.

—Buey, a temprana edad un genio chino observa el sendero que debe recorrer y se aferra a una jarra de vino —dijo el maestro Li—. ¿Es de extrañar que nuestros hombres más grandes hayan recorrido el paisaje a trompicones, mientras hipaban al entrar en la historia?

—¡Maestro, ésa es la mejor autobiografía que oí jamás! —dije con entusiasmo.

El maestro Li aún gozaba de una considerable reputación, aunque manchada con un aroma cuestionable, y nuestras muestras de suelo y vegetación recibieron prioridad en la Academia de Adivinación e Investigación Alquímica. Luego él echó a andar hacia la Ciudad Imperial y los grandes palacios de los burócratas. De nuevo quedé pasmado al mirar la cima de la colina y la Ciudad Palaciega, donde vivía la familia imperial, y la Puerta del Fénix de Cinabrio, que conducía al Gran Palacio Luminoso del emperador T'ang T'ai-tung. Pero el maestro Li no se proponía llegar a tanta altura. Viró hacia un edificio que me heló la sangre: la Puerta de la Vista Deleitable, que es la sede del Servicio Secreto y está rodeada por maniquíes de paja cubiertos con la piel desollada de funcionarios corruptos. (El emperador se ha dedicado a hacer limpieza desde que subió al trono, y el maestro Li aprobaba las decisiones de T'ang). Afortunadamente el maestro Li se dirigía a un palacio vecino más pequeño, y sentí ansias de conocer a una dama legendaria.

La Capitana de las Prostitutas es la mujer más poderosa de China, salvo cuando una emperatriz ocupa el trono. Su gremio es el alma y el corazón del espionaje, y casi totalmente responsable de explorar la misteriosa mente de los bárbaros. Constantemente los mensajeros galopan desde su palacio con mensajes en código para la Pérgola de Compañeros Brillantes de Hangchow, o la Residencia del Sol Radiante de Loyang, o el Pabellón de la Perfección Creciente de Pekín, y muchos funcionarios poderosos han compartido el lecho y sus secretos con una joven dama y al despertar no encontraron a la dama sino un zurrón oficial que contenía la bufanda amarilla.

Temía una larga espera para nuestra audiencia, pero el maestro Li presentó su tarjeta y en cuestión de minutos nos condujeron a la presencia de la gran dama. Era alta, madura y bellísima, y su voz era un exquisito instrumento musical.

—Oh, el más excelso y venerable de los sabios —dijo, inclinándose hasta el suelo.

—Oh, la más adorable de las diosas atadas a la tierra —ronroneó el maestro Li, imitando la reverencia.

Esos saludos duraron varios minutos, y luego nos sirvieron té, y yo me

senté como una boñiga en una tienda de trufas mientras ellos jugaban al juego del tenis social. Nunca he podido entender por qué la gente sensata pierde tiempo en ser ingeniosamente abstrusa en vez de limitarse a decir lo que quiere y seguir con sus ocupaciones. La Capitana de las Prostitutas abrió la partida esparciendo pétalos sobre la superficie dorada del té.

—Querido amigo, estas flores se morirán de soledad, pues me he quedado sin mariposas —dijo con aflicción.

El maestro Li atajó la pelota en el aire.

—¡Ah! Ninguna flor puede estar completa si no está acompañada por mariposas. Así como las colinas deben tener manantiales, y las rocas deben tener musgo —dijo.

—¿Qué es un arroyo sin mastuerzo? ¿Qué son los árboles altos sin trepadoras? ¿Qué son los hombres sin la mente de Li Kao? —dijo ella musicalmente.

El maestro Li aceptó el cumplido con una postración.

—Las mujeres —declaró, rozándole la muñeca con la punta del dedo— no pueden estar completas sin la expresión de una flor, la voz de un ave, la postura del sauce, los huesos del jade, la tez de la nieve, el encanto de un lago otoñal, el corazón de la poesía y el alma de mi adorable anfitriona.

—Seductor invencible —suspiró ella. Bajó los ojos hacia el dedo viejo y arrugado que se posaba en su delicada muñeca—. La pasión, querido amigo, muestra sólo las posaderas del universo —lo regañó.

—¡Pues es labor del poeta darle un nuevo ropaje! —exclamó el maestro Li —. ¿He de cantar sobre montañas arrebujadas en nubes, pinos vestidos de viento, sauces adornados con lluvia, o terrazas ataviadas con rayos de luna?

La capitana sirvió más té y más pétalos.

—Hay que ser puntillosos con la indumentaria —dijo—. A veces se quita con demasiada facilidad, y a veces no se puede quitar. Las verdes colinas se reflejan en aguas que toman su color de las colinas. El buen vino produce poesía que toma su belleza del vino.

—Y una mujer bella —ronroneó el maestro Li— es como un poema, pues cobra su mejor aspecto cuando uno está levemente achispado. Si un mero hombre puede apropiarse del modo de pensar de una dama adorable, las nubes pálidas se tornan multicolores cuando reflejan el sol, y las corrientes plácidas se tornan cascadas cuando atraviesan un peñasco. Las cosas adquieren las características de lo que está cerca de ellas, y por eso la amistad es tan valorada, y por eso debemos escoger a nuestros amigos con cuidado.

Ella le acarició la mano arrugada.

—Entonces escogeré como amigo a una roca antigua e inquebrantable —dijo ella.

—¿Y si la roca es sólo un sueño?

—Pues seré una sombra en el sueño —murmuró ella.

El maestro Li sorbió el té, se reclinó e hizo una suma mental.

—¿Diez puntos cada uno?

La Capitana de las Prostitutas se castigó con una bofetada en la mejilla.

—No, me equivoqué en una cita. Chang Chou escribió que la pasión «sostiene» las posaderas del universo, y yo dije «muestra». Ocho puntos a lo sumo.

—Eso significa que sólo te debo sesenta y seis —dijo el maestro Li.

—Sesenta y siete —replicó ella con firmeza—. Bien, Kao, ¿en qué puedo servirte?

—Recomiéndame a un maestro del sonido. Me han dicho que recibes al mejor cuando él visita la ciudad.

—Niño Luna —dijo ella, asintiendo—. ¿Alguna vez le oíste?

—No, pero me han dicho que es un fenómeno como sólo se ve una vez cada milenio —dijo el maestro Li.

—Con franqueza, dudo que haya existido un maestro del sonido comparable con Niño Luna. ¿Cuánto lo necesitas?

—Muchísimo. Me he topado con algo que me tiene a mal traer.

Ella se reclinó y lo miró con ojos entornados.

—Niño Luna no está aquí de momento —dijo—. Nadie en su sano juicio aceptaría una invitación de tocar para el rey de Chao, pero Niño Luna se marchó con una canción en los labios.

El maestro Li silbó.

—El rey no es el problema —declaró la Capitana con voz práctica—. Tú puedes manejar a ese prodigio de doce papadas, pero manejar a Niño Luna es otra cuestión.

—He oído que es un poco difícil de controlar —murmuró el maestro Li.

—Multiplica por cien lo que oíste. Sin embargo, puedo prestarte a la única persona del mundo que puede arrearlo como a un corderito.

Agitó una campanilla y le susurró algo al criado que apareció, y el criado se marchó al trote.

—¿Qué querrías a cambio? —preguntó el maestro Li.

—Tu influencia y tu pincel de escribir —dijo ella.

Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro como un hombre, dándose un puñetazo en una palma.

—Li Kao, la impaciencia no place al Cielo, pero hace casi dos mil años que nuestro gremio recibió señales celestiales que indicaban que nuestra deidad patrona había sido reemplazada, y nos estamos impacientando. Perdimos la protección de Loto Dorado, la mayor ramera que el mundo ha conocido, y ninguna de las deidades sustituías que nos han endilgado podría alzarse con la cartera de un cliente aunque estuviera ebrio como una cuba y sumergido de cabeza en un tonel de melaza —dijo airadamente la Capitana—. ¡Ahora nada anda bien! La corte nos mantiene empantanadas con tareas para

el Servicio Secreto que son muy poco lucrativas, y en los últimos cinco meses hubo ocho epidemias de viruela, y ahora los eunucos de palacio intentan distraer al emperador de sus actividades al iniciar otra campaña de moralidad. ¡Loto Dorado no lo habría soportado! —exclamó apasionadamente—. ¡Habría marchado de una estrella a otra por el Gran Río y habría exigido una audiencia con el Augusto Personaje de Jade! Necesitamos una patrona con esas agallas, no una servil burbuja de sebo.

Dio media vuelta, arrojó una delicada taza de porcelana de la mesa y miró cómo se hacía añicos contra el suelo.

—Li Kao, te prestaré a la muchacha que puede controlar a Niño Luna durante el tiempo que la necesites, y a cambio sólo pido que solicites a la corte imperial que eleve un requerimiento formal al Cielo para una nueva Patrona de las Prostitutas.

—Sobreestimas mi influencia en la corte —dijo torvamente el maestro Li.

—Y tú subestimas mi habilidad para el chantaje —replicó ella—. El emperador no puede pasar por alto una petición del maestro Li, y me encargaré de que un ejército de sacerdotes y burócratas te respalde. Además, nuestra candidata será una predecesora del emperador, y él no querrá irritar al fantasma de esa dama entrañable.

El maestro Li se irguió.

—¿No te referirás a la emperatriz Wu? —dijo con incredulidad.

—¿Quién tendría mejores calificaciones? —preguntó la Capitana—. Brincó de cama en cama hasta llegar al trono. ¿Por qué se freiría en el Infierno cuando puede hacer algo útil en el Cielo?

—Querida dama, pedirías al Emperador del Cielo que acepte como ministra a una tirana que envenenó a su hermana, su sobrina y uno de sus hijos —exclamó el maestro Li—. Obligó a otro hijo a colgarse, ordenó matar a tres nietos y una nieta a latigazos, ejecutó a dos hijastros e hizo decapitar a sus dieciséis hijos varones, estranguló a treinta y seis ministros y exterminó a tres mil familias enteras. Además, resultó ser una de las monarcas más inteligentes y capaces que tuvo China, y obtuvo el trono con tal discreción que sus rivales no supieron qué había ocurrido. El Augusto Personaje de Jade aceptará peticiones oficiales sobre la emperatriz Wu cuando acepte mi candidatura a Patrono de los Abstemios.

La capitana lo miró un instante en silencio y extendió las manos en el gesto encantador de quien ofrece un regalo.

—El gremio me ha autorizado a tomar las medidas que sean necesarias, y te delego esa autorización —dijo—. Li Kao, en ocasiones te has hecho escuchar por el Cielo. Si se presenta la oportunidad, puedes encarar la situación como te parezca más conveniente, teniendo en cuenta que nuestra patrona debe ser recia, lista, rápida, implacable, y estar bendecida con los principios morales de una lombriz en celo. Es una lástima que tú no

pertenezcas al sexo indicado.

El maestro Li se levantó y se inclinó.

—Nunca he recibido mayor cumplido —dijo con sinceridad.

Miré el destello de sus ojos y gruñí para mis adentros. Iban a iniciar otro partido de tenis, pero entonces el criado regresó acompañado por una joven. Era menuda, esbelta y bonita, pero no tan bonita como para hacerme sentir como un cerdo en una convención de pavos reales, y la Capitana la miró con afecto.

—Ella es Cuita del Alba, que nunca será una buena ramera —dijo—. Tiene un corazón demasiado tierno, pero afortunadamente es el único lugar tierno que posee. Es recia y capaz y demasiado experimentada para su edad, y no será un incordio durante el viaje. —Se volvió hacia la muchacha—. Éste es el notorio maestro Li y su asistente, Buey Número Diez. Necesitan a Niño Luna. Él se encargará de arrebatárselo al rey de Chao, y tú te encargarás de mantener a Niño Luna en cintura hasta que haga lo que debe hacer.

Cuita del Alba se inclinó. Se desabrochó el prendedor del pelo y se lo entregó al maestro Li.

—Niño Luna y yo somos como uno —dijo simplemente—. Conmigo se queda, pero con cualquier otro echa a volar con la primera brisa.

El maestro Li examinó el prendedor y asintió aprobadoramente. Cuita del Alba me lo entregó gentilmente a mí, y vi el motivo yin-yang del fénix y el dragón entrelazados. Le dio la vuelta para mostrar los nombres entrelazados de Cuita del Alba y Niño Luna, y su mano rozó la mía. No sé si mi reacción fue visible en Hangchow, pero la Capitana enarcó tanto las cejas que casi las pierde.

—¿Siempre es tan susceptible? —preguntó.

—Bien, nunca he visto que sus orejas lanzaran bocanadas de humo —dijo juiciosamente el maestro Li.

—Trae un cubo de agua —le dijo la Capitana al criado.

—No es necesario —gemí con voz estrangulada—. Sólo me atraganté con un pétalo del té.

Había sorpresa y cautela en los ojos de Cuita del Alba, pero también la insinuación de una sonrisa. Discretamente se desplazó al otro lado de la habitación. La excusa del pétalo no engañó a nadie, y creo que aquí debería insertar una invectiva que le he oído muchas veces al maestro Li. Es el único modo de explicar mi reacción ante Cuita del Alba.

El gran sueño de los burócratas y la mayoría de los aristócratas es regresar al mejor de los mundos posibles: el rígido feudalismo tan ensalzado por Confucio. La clave es el sometimiento total de los campesinos, y algunos métodos son muy ingeniosos. Uno de los mejores ha sido el establecimiento de un sistema de dotes que requiere que una prometida sea acompañada a su nuevo hogar con una sustancial dádiva de dinero o tierras.

En la práctica esto significa que los campesinos que sufren la maldición de una sobrecarga de hijas deben escoger entre el hambre o el infanticidio. Las niñas no pueden ganarse el sustento en los campos. Los padres no pueden mantenerlas ni entregarlas en matrimonio: la única opción es ahogarlas en cuanto nacen, lo cual permite que los aristócratas rezonguen: «¡Qué crueldad inhumana! ¿Quién puede alegar que los puercos puedan poseer sus propias porquerizas?». Las niñas campesinas que sobreviven pronto aprenden que están matando de hambre a sus padres y que el matrimonio es imposible; si son bonitas, a menudo huyen y se dedican a la prostitución para enviar un poco de dinero a casa. Esto permite que los burócratas bramen: «¡Mirad a esas mujerzuelas inmorales! ¿Quién puede alegar que semejantes marranas puedan tener derechos legales?». Es un sistema maravilloso, impecable, y los que declaran que algunas mujerzuelas podrían enseñar a los burócratas un par de cosas sobre moralidad reciben un anzuelo, un cuchillo, una vela y tiempo ilimitado para enmendar sus modales en un pantano de Siam.

Cuando mi mano rozó la de Cuita del Alba, sentí callos. Esas líneas duras tardarían años en suavizarse por completo, y para mí eran más bonitas que perlas. Ello no lo explica del todo, pero una cosa era segura. Yo estaba enamorado.

El maestro Li me sonreía.

—Ojalá pudiera volver a tener noventa años —dijo con nostalgia—. Buey, trata de mantener tus zarpas lejos de la joven mientras viajamos. Cuita del Alba, pégale en la cabeza con un tronco alguna que otra vez. Él agradecerá esa atención.

—¿Tenemos un acuerdo? —dijo la Capitana de las Prostitutas.

—Tenemos un acuerdo —dijo el maestro Li—. No prometo nada, pero intercederé por la emperatriz Wu y, si eso fallara, haré todo lo posible por conseguirte una patrona competente. ¿Puedes chantajear a alguien en el servicio postal? Llevamos cierta prisa.

—Así se hará —dijo la Capitana de las Prostitutas.

El sol se elevaba sobre el Parque Serpentino cuando el maestro Li y yo llegamos a los establos del servicio postal. Cuita del Alba nos aguardaba. Había escogido ropas que indicaban experiencia en viajes prolongados: resistentes pantalones de varón, botas de caña alta, una túnica confeccionada para soportar espinas y gotas de lluvia, y un sombrero impermeable. El resto de sus prendas y pertenencias estaba pulcramente empaquetado en una mochila que llevaba a la espalda. El maestro Li lo aprobó, y su aprobación subió diez puntos cuando ella caminó hasta su caballo, sacó el arco de la funda y evaluó la tensión de la cuerda. Probó media docena de arcos antes de encontrar uno que le valiera, y cuando se subió a la silla, supe que era mucho

mejor jinete que yo. Sólo me siento cómodo en un búfalo de agua. Aun así, me daba aires como un pavo real.

Sólo alguien con la influencia de la Capitana de las Prostitutas pudo haberlo logrado. Yo tenía una gorra oficial y una túnica blasonada con dragones imperiales, y un talego sellado con el emblema del estado. El maestro Li me mostró cómo encajar el extremo del mástil en la taza que había junto al estribo. Las puertas se abrieron, yo lancé un respetable trompetazo con mi corneta plateada y partimos al galope en una nube de polvo, desperdigando satisfactoriamente a los peatones. Incluso logré virar sin caerme.

El maestro Li me dejó fijar el ritmo para que me calmara, supongo, y yo disfrutaba de esa velocidad que sólo es posible para quienes cabalgan bajo la enseña del gerifalte. Las postas estaban situadas cada pocas millas, y yo alzaba la corneta y tocaba «alerta» y luego «tres caballos», y nos acercábamos a caballerizos que traían monturas frescas y saltábamos de una a otra sin tocar el suelo, y de nuevo partíamos como si el destino del imperio dependiera de ello. Eso duró un día. Después viajamos bastante más despacio porque mis posaderas estaban tan ampolladas como el interior de mis muslos. El maestro Li aún podía cabalgar entre los mejores, y Cuita del Alba parecía haber nacido sobre un caballo, y esa noche les agradecí que no se rieran de mis tambaleos en el campamento.

Cuando el trayecto nos llevaba río abajo, subíamos los caballos a una barcaza del servicio postal y dejábamos que la corriente hiciera el trabajo. Eran los mejores momentos. Tenía una oportunidad de hablar con Cuita del Alba. Era campesina pura, tal como había pensado, y nos enteramos de que no tenía recuerdos de su vida hasta los dieciocho años. La había encontrado una anciana que ella llamaba Tai-tai (bisabuela), inconsciente y cubierta de sangre, y la anciana la había acogido y la había tratado como una hija. Tai-tai la había hallado de madrugada, así que la bautizó Cuita del Alba. El maestro Li examinó una profunda muesca redonda que tenía en el cráneo y dijo que alguien había intentado matarla, y que era un prodigio que sólo hubiera perdido la memoria.

Él no se opuso a que yo le describiera el caso en que trabajábamos, mientras no mencionara la tumba, y le fascinó oír hablar de la dama Hou, la princesa de las Bolas de Trueno en la vinatería de Wong el Tuerto, porque conocía y amaba algunos de sus poemas. Los barqueros siempre tenían instrumentos musicales. Por la noche tocábamos y Cuita del Alba cantaba canciones campesinas tan viejas que ni siquiera el maestro Li las conocía, y una noche adaptó un poema de la dama Hou a nuestras circunstancias y lo cantó para nosotros. Lo incluiré aquí como tema de interés para quienes desconozcan el arte engañosamente simple de la princesa.

Esta noche no sopla viento en el río.
El agua está quieta y oscura,
sin olas ni ondas.
Alrededor de la barca
el claro de luna flota en el aire,
extensiones de Jade liso y lustroso.
El maestro Li rompe el silencio.
Ebrio de vino alza la flauta,
tocando en la niebla.
Una música extraña sube a las estrellas;
en los montes, los simios
le aúllan a la luna,
un arroyo atraviesa un barranco.
Buey acompaña con su tambor de piel de oveja,
irguiendo la cabeza como una cumbre,
batiendo los dedos como gotas de lluvia.
Un pez rompe la superficie del agua
y brinca diez pies en el aire[3].

Al bajar a tierra galopamos por aldeas donde niños de ojos inmensos y soñadores se juntaban para vernos pasar (¿quién no se ha imaginado como un héroe legendario del servicio postal?) y por angostos pasos de montaña donde bandidos con rostros de hiena gruñían al ver la enseña del gerifalte y se replegaban atemorizados. Eso puede dar la impresión de que el control imperial era total, pero no era así.

—Hijos míos, hay rincones del imperio donde el emperador es apenas una figura decorativa, y nos acercamos a uno de ellos —dijo el maestro Li—. En el reino de Chao hay un solo monarca, y se llama Shih Hu.

El maestro Li extendió las manos en un gesto de admiración tan ancho que casi se cayó del caballo.

—¡Qué hombre! Ha permanecido en el trono veintiocho años sin cometer ningún error importante, lo cual raya en lo sobrenatural. Mide seis pies siete y pesa más de cuatrocientas libras, y los enemigos que suponen que esa mole es pura grasa pronto decoran las picas de sus paredes con sus cabezas tronchadas. Su pueblo lo ama, sus rivales le temen, sus mujeres lo adoran, y Cuita del Alba tendrá algo en qué pensar cuando vea a su guardia personal.

Le guiñó el ojo.

—Son mujeres bellas y jóvenes que usan uniformes de marta y portan arcos dorados —explicó—. Yo preferiría enfrentarme a una manada de panteras antes que a las Doncellas Doradas. Adoran a su rey, y quizá él lo merezca. Chao es el estado mejor gobernado del mundo civilizado, pero no olvidemos que el rey no es civilizado. Shih Hu nació bárbaro y conserva su

alma bárbara. Su violencia puede ser súbita y extrema, y es difícil entrar en su palacio, y aún más difícil salir.

Cabalgó en silencio varios minutos.

—Por lo que sé, el rey tiene una sola debilidad —dijo pensativamente—. Reúne ávidamente a personas de talento inusitado, y creo que quizá abra sus puertas a una leyenda viviente. Alguien como el maestro supremo del laúd Wen Wu.

Cuita del Alba y yo nos miramos. El Wen Wu es el instrumento más difícil del mundo, y nos encogimos de hombros.

—Venerable maestro, ¿sabes tocar ese instrumento? —inquirí.

Nos miró sorprendido.

—No hace falta tocarlo para ser el maestro supremo —declaró.

10

La gran sala de banquetes del rey Shih Hu guardaba un silencio expectante. Pasaron minutos. Luego se abrieron las puertas y lacayos con suntuoso atuendo entraron marchando y dieron fuertes trompetazos. Los siguió una procesión de sacerdotes entonando himnos en alabanza de un maestro cuyo genio había sido otorgado por la mano del Cielo. Luego un ejército de acólitos entró cabriolando por las puertas, esparciendo pétalos de rosa. Luego llegaron dos aprendices: un joven fabulosamente rico que había abandonado todos los bienes mundanos para sentarse a los pies del maestro, y una princesa de linaje regio que había renunciado a un trono. La princesa llevaba un pequeño taburete de marfil y el joven llevaba un laúd sencillo y austero en un cojín de seda.

Los sacerdotes y acólitos continuaron con sus himnos. Los minutos pasaron lentamente. Cuando la expectativa ya era insoportable, se oyó un susurro de sandalias, y varios huéspedes distinguidos se desmayaron cuando el maestro supremo del laúd Wen Wu traspuso las puertas.

Tenía por lo menos mil años y era semidivino. Una tupida barba más blanca que la nieve le caía hasta los tobillos, y sus enormes cejas blancas se elevaban como los hirsutos mechones de un búho con cuernos. Su tosca túnica de campesino estaba tejida con la tela más barata, y sus sandalias habían sufrido por lo menos cincuenta remiendos. Aún brotaban hojas verdes de su cayado de roble recién cortado. El desdén por los asuntos mundanos era evidente en su semblante, y estaba cubierto con el lodo de una ladera donde había dormido bajo las estrellas.

El gran hombre avanzó despacio hasta el taburete de marfil, y la reverente princesa lo ayudó a sentarse. El joven se arrodilló y puso el laúd en el regazo del maestro. Por lo que pareció una eternidad el santo bajó la mirada, comulgando en silencio con el instrumento, y luego irguió la cabeza. Horadó al público con sus penetrantes ojos negros. Alzó un dedo rugoso, y la rugosa voz que surgió de la barba era como el zumbido de una abeja pedagógica, pero vibrante de autoridad.

—El laúd Wen Wu —dijo el gran hombre— fue inventado por Fu-hsi,

que vio caer un meteoro en un árbol *tung*. Poco después un fénix se posó junto al meteoro, y cuando el meteoro lanzó un siseo melódico y el fénix echó a volar con un graznido contrapuntístico, Fu-hsi comprendió que el Cielo le había enviado una señal. Taló el árbol, que tenía exactamente treinta y tres pies de longitud, y lo cortó en tres fragmentos de once pies. Rehogó estas piezas en un torrente durante setenta y tres días, un quinto de un año. Tocó la pieza superior, pero el tono era muy agudo. Tocó la pieza inferior, pero el tono era muy grave. Tocó la pieza del medio, y el tono era preciso.

Uno de los comensales estornudó, y el maestro alzó una ceja blanca. Lacayos, sacerdotes, acólitos y aprendices se lanzaron sobre ese miserable y lo arrojaron por la puerta. Al cabo de dos minutos de silencio fulminante, el maestro se dignó continuar.

—Fu-hsi encargó a Liu Tzu-ch'i, el mayor artesano de China, que transformara la pieza del medio en un instrumento musical. Tenía exactamente treinta y seis pulgadas de longitud, en correspondencia con los trescientos sesenta grados de un círculo, cuatro pulgadas de anchura en el extremo trasero, en correspondencia con las cuatro estaciones, ocho pulgadas de anchura en el extremo delantero, en correspondencia con los ocho festivales, y una altura uniforme de dos pulgadas, en correspondencia con el yin y el yang, las fuerzas generativas del universo. Los doce registros se correspondían con las doce lunas del año, pero luego Fu-hsi añadió un décimo tercero para tener en cuenta los años bisiestos.

Uno de los comensales tosió, y el maestro alzó la otra ceja. Lacayos, sacerdotes, acólitos y aprendices se lanzaron sobre ese miserable y lo arrojaron por una ventana. El antiguo semidiós tardó tres minutos en dignarse continuar.

—Las cinco cuerdas originales —jadeó, incinerando a los intimidados comensales con ojos fulminantes— se correspondían con los cinco elementos: metal, madera, agua, tierra y fuego; los cinco temperamentos: serenidad, nerviosismo, fuerza, dureza y sabiduría; y los cinco tonos musicales: *kung, shang, chueh, cheng* y *yu*. Cuando el rey Wen de Chou fue encarcelado en Chiangli, su hijo, el príncipe Pai-yi-k'ao, estaba tan acongojado que añadió una sexta cuerda para expresar su aflicción. Ésta es la cuerda Wen, y produce un sonido grave y melancólico. Cuando el rey Wu lanzó una campaña militar contra el rey Cheo, estaba tan complacido de ir a la guerra que añadió una séptima cuerda para expresar su alegría. Ésta es la cuerda Wu, y produce un sonido agudo y heroico. Así, el laúd de siete cuerdas se llama laúd Wen Wu, y en manos de un músico talentoso puede domar a la bestia más feroz. En manos de un músico de genio puede desencadenar o detener una guerra. En manos de un músico como yo puede levantar a los muertos.

El gran hombre hizo una pausa. Lacayos, sacerdotes, acólitos y aprendices otearon en torno en busca de gente que estornudara o tosiera. Nadie respiraba.

El gran hombre continuó.

—El tono apropiado posee ocho cualidades: claridad, asombro, distancia, tristeza, elocuencia, virilidad, blandura y extensibilidad, pero el tono se resiente en una de estas seis condiciones: frío crudo, calor extremo, viento fuerte, tormenta intensa, trueno estentóreo o nieve arremolinada; y el laúd Wen Wu nunca debe tocarse en ninguna de estas circunstancias: luto por los muertos, acompañamiento orquestal, preocupación por asuntos mundanos, falta de higiene corporal, vestimenta desordenada, no haber encendido incienso de antemano y falta de un público sensible.

El público contuvo su aliento colectivo mientras el semidiós alzaba lentamente el laúd de su regazo. Tiró de una cuerda: *¡plinc!* Tiró de una segunda cuerda: *¡plonc!* Regresó el laúd a su regazo.

—Actualmente —anunció— lloro a mi esposa, mis esposas secundarias, mi concubina, mis hijos, nietos, bisnietos y mi periquito, pues todos perecieron en un tifón. El ronquido de esos gaznápiros del rincón constituye acompañamiento orquestal. El imbécil libidinoso de la túnica azul tiene más interés en las bailarinas que en el arte. La mitad de vosotros no os habéis lavado en un mes, y la otra mitad ha derramado sopa en su túnica. No huelo el menor rastro de incienso, y llamar «público sensible» a esta aglomeración de patanes sería inducir a los dioses a lanzar aullidos de risa histérica.

El maestro supremo del laúd Wen Wu se puso de pie. Alzó el índice izquierdo.

—Sin embargo… —Un nimbo divino pareció aureolar esa silueta imponente. Otras seis hojas verdes parecieron brotar del cayado cuando sus dedos lo empuñaron—. Mi periodo de luto finaliza dentro de dos días, y si los demás factores se rectifican, quizá pueda ofreceros un concierto. En el ínterin, podéis conducirme a mi *suite*. Procurad que nadie me moleste, pues deseo meditar sobre el fenómeno de la falibilidad humana.

El gran hombre salió lentamente de la sala, acompañado por una serie de estampidos secos: distinguidos huéspedes que se desmayaban y caían al suelo.

—¡Fraude, hijos míos! Fraude y falsificación. ¡Podredumbre tapada con pintura y revestida con el oropel de la mentira! —declamó el maestro Li. Arrojó el laúd Wen Wu a un gancho de la pared: *¡plunc!*—. Un necio puede estudiar veinte o treinta años y aprender a hacer algo, pero el sabio estudia veinte o treinta minutos y se transforma en experto. En este mundo no cuenta la destreza, sino la autoridad.

—Maestro, estás haciendo maravillas por mi educación —dije.

—Y la mía —añadió con admiración Cuita del Alba.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Esperar a que nos arresten —dijo impasiblemente el maestro Li—. No engañé al rey ni por un instante, pero espero haberle entretenido. ¿Qué os parecieron las Doncellas Doradas?

Del rey sólo había visto un vasto contorno agazapado en las sombras, pero sus guardias habían sido muy visibles.

—Son hermosas —dijo Cuita del Alba—. Hermosas y peligrosas. ¿Viste a la capitana? Adora al rey y no ve el momento de matar a alguien para demostrarlo.

El maestro Li asintió.

—Sed muy cautos cuando nos llamen a la presencia de su majestad. ¿Niño Luna estaba ahí?

—No, maestro —dijo Cuita del Alba.

La *suite* era enorme, con varias alcobas privadas conectadas a baños que me dejaron los ojos casi tan abiertos como los de Cuita del Alba. Había tinas con mosaicos de jade donde uno podía sentarse mientras brotaba agua caliente de las bocas de nueve dragones de cabeza de bronce. Había jabón hecho de guisantes perfumados de Fenglai y gruesas toallas de terciopelo, y el agua manaba por las bocas de nueve tortugas de cabeza de bronce. En la *suite* central había estantes que contenían bellas pinturas en suntuosos estuches de brocado que se desenrollaban tirando de una punta de jade, y una pared entera estaba cubierta de libros. El tintero del escritorio tenía las marcas moradas más perfectas que yo había visto, y el maestro Li dijo que era una genuina piedra Tuan del barranco de Ling-lang. Su nariz lo condujo a un armario que contenía vinos de todos los confines del imperio, y escogió una jarra y se dirigió a las ventanas.

Estaba estudiando la configuración del castillo. Un foso profundo corría entre dos altas murallas de piedra, y los que cruzaban el puente levadizo eran detenidos en tres garitas. La salida no sería fácil, y las ideas sobre decoración del rey Shih Hu no eran alentadoras. Las paredes estaban erizadas de picas que sostenían cabezas tronchadas, y bajo una fila de picas desnudas había placas con nombres: jefes de bandidos, me enteré, que tarde o temprano se sumarian a la ornamentación.

—Aquí están —susurró Cuita del Alba.

Yo no había oído abrir la puerta, pero al volverme vi a seis Doncellas Doradas y la capitana. La capitana tenía ojos de águila, feroces y despiadados, y sus gestos trasuntaban autoridad. El maestro Li alzó una mano.

—¿Te molestaría que primero me quite esta cosa atroz? Me estrangulará o tropezaré con ella.

Se quitó la barba postiza blanca, luego las enormes cejas. Las Doncellas Doradas nos escoltaron hasta el exterior y por un laberinto de corredores de mármol. Nos aproximamos a un par de bonitas puertas laqueadas de catorce pies de altura, y se abrieron para revelar la habitación más bella que había visto jamás.

Tenía tamaño suficiente para cinco bailes aldeanos y un disturbio. Varios sectores estaban divididos por trémulos biombos de agua que caían en piscinas

donde nadaban peces multicolores. Los rayos de sol que entraban por las claraboyas jugaban sobre magníficas piedras que se habían dejado tal como las había puesto la naturaleza, y el aire estaba impregnado con el aroma de capullos en flor. En el centro de la habitación había una roca de piedra verde azulada que sólo necesitaba un cojín para transformarse en trono, y en ella estaba sentado Shih Hu, rey de Chao.

Cuanto más nos acercábamos, más enorme parecía. Sus ojos eran puntitos brillantes en la vasta extensión de su rostro, y me alivió ver en ellos el atisbo de un destello. Nos arrodillamos y realizamos las tres genuflexiones y las nueve reverencias, y nos indicó que nos levantáramos. La voz era suave, con un rumor de trueno debajo.

—Te preferimos sin la barba —le dijo al maestro Li—. Era un poco exagerada, aunque no podemos culparte por permitir que el sentido artístico se impusiera sobre el verismo. Fue una estupenda actuación.

El maestro Li se inclinó.

—¿Quién eres y qué deseas?

—Majestad, mi apellido es Li y mi nombre personal es Kao, y hay un ligero defecto en mi carácter —dijo cortésmente el maestro Li—. Éste es mi estimado ex cliente y actual asistente, Buey Número Diez, y la encantadora joven es Cuita del Alba. Con vuestro permiso, ella quisiera mostrar a vuestra majestad el prendedor con que se sujeta el cabello.

Cuita del Alba se quitó el prendedor y se lo entregó a la capitana de la guardia, que lo examinó en busca de puntas afiladas y veneno antes de dárselo al rey. Él examinó el fénix y el dragón entrelazados, le dio la vuelta y leyó los nombres. Le susurró algo a una de las Doncellas Doradas, que hizo una reverencia y abandonó la sala.

—Cuita del Alba desea ver de nuevo a Niño Luna, y no hallé motivos para no ayudarla a entrar en el palacio —dijo orondamente el maestro Li—. En cuanto a mi interés personal, estoy buscando un manuscrito. Sólo deseo leerlo, no apropiarme de él, y he oído decir que vuestra majestad es un gran coleccionista de rarezas. Me tomé la libertad de un engaño inofensivo para obtener la entrada, y tengo un pequeño fragmento del manuscrito en cuestión.

Le entregó el fragmento del Ssu-ma a la capitana, que lo revisó y se lo dio al rey. El fornido monarca empezó a caerme simpático cuando vi la obvia incomprensión en su rostro. Era tan incapaz como yo de leer la antigua taquigrafía de los eruditos. Se encogió de hombros y se lo devolvió a la capitana, que se lo pasó al maestro Li.

—No significa nada para nosotros —dijo—. Tu información es levemente imprecisa. Coleccionamos rarezas, en efecto, pero no nos interesan las cosas, sino las personas. He aquí a la joya de nuestra colección.

La Doncella Dorada salió de atrás de uno de los biombos de agua acompañada por un joven, y Cuita del Alba se olvidó del protocolo y soltó un

chillido de euforia y corrió hacia él. El joven dio un hurra de alegría y la encontró a medio camino, y ambos se fundieron en un abrazo tan estrecho que pensé en un solo cuerpo con dos cabezas. Supongo que mi tez era verde brillante, y el castañeteo de mis dientes quizá se oyera en Soochow.

Nadie tenía derecho a tener la apariencia de Niño Luna, que era el hombre más guapo de todo el mundo. Además, habría avergonzado a un pavo real. Llevaba una gorra purpúrea bordada de oro y orlada con gemas. Le ceñía la frente una banda de plata con el motivo del fénix y el dragón, similar al del prendedor de Cuita del Alba, y probablemente los mismos nombres estuvieran entrelazados en el dorso. Del cuello pendía una cadena de oro que representaba a dos serpientes que se apareaban, y su túnica roja estaba bordada con flores brillantes y mariposas. La túnica estaba sujeta por un cinturón con una guarda de tallos de flores y espigas, y encima de la túnica llevaba una capa de satén azul orlado de oro. Sus zapatos bordados de oro también eran de satén azul, y lo enloquecedor era que ninguna de esas exquisiteces era exagerada. Niño Luna era todo de una pieza, y lo único que faltaba era el aplauso. Esa maldita criatura estaba destinada a recorrer el mundo en una lluvia de pétalos de rosa mientras Buey Número Diez paleaba estiércol en un establo.

Al fin se separaron. El rey gesticuló. Niño Luna condujo a Cuita del Alba hasta el trono, y con gran gentileza el rey de Chao extendió los brazos y recogió a Niño Luna y a Cuita del Alba y los puso sobre su vasto regazo.

—Qué niños encantadores sois —dijo. Besó la mejilla de Niño Luna—. Ésta es la más especial de mis personas especiales, y sin duda comparte su alma con Cuita del Alba. ¿Por qué será eso? —Inclinó suavemente la barbilla de Cuita del Alba y la miró profundamente a los ojos—. ¿Tú también eres especial, niña? —La estudió largo tiempo, y luego dijo, casi en un susurro—: Sí. En ti hay algo muy similar al extraño núcleo interior de Niño Luna, aunque él no tiene un nombre apropiado. Se parece más al sol, y tú te pareces más a la luna. Uno no puede mirar directamente al sol sin cegarse, y por eso los sabios miran a la luna para estudiar el sol.

El rey sonrió súbitamente, y era sobrecogedor. Su sonrisa era tan abierta y espontánea como la de un niño, pero había una extraña sombra de añoranza y melancolía en ella, y delicadamente alzó el cabello de Cuita del Alba y le abrochó el prendedor.

—¿Te gustaría llevar un uniforme de marta y portar un arco dorado? —murmuró. Luego rió entre dientes—. No es una pregunta justa, desde luego, y no estás obligada a responder. Ninguna de nuestras doncellas ha sido obligada. Cuita del Alba, queremos tenerte aquí, pero te cortejaremos como hemos cortejado a las demás, y la decisión será únicamente tuya.

Sin esfuerzo los alzó a ambos y los depositó en el suelo. Volvió la mirada hacia el maestro Li.

—Aun este humilde huérfano ha oído hablar del asombroso Li Kao, cuyos logros, según se dice, no tienen límite —dijo graciosamente el rey—. Hay muchas cosas que nos gustaría comentar contigo, y esperamos con ansias la luz de tu sabiduría. Incluso es posible que un día nos confíes el auténtico propósito de tu visita, pero no hay prisa. Nos has traído a Cuita del Alba, por lo cual estamos profundamente agradecidos. Ella será nuestra huésped de honor, y ojalá tu visita sea larga.

El movimiento de un dedo regio nos despidió. Nos alejamos del trono de espaldas y de hinojos. El chambelán nos condujo de vuelta a nuestra *suite*, donde nos aguardaba un espléndido refrigerio.

—Maestro Li, ¿quiso decir lo que me pareció que quiso decir? —pregunté.

—¿Que Cuita del Alba y yo acabamos de sumarnos a su colección de gente especial? Eso espero —dijo jovialmente el maestro Li—. Bien, amada niña, ¿estás preparada para el oro y la marta?

Cuita del Alba se sonrojó y bajó los ojos.

—Qué hombre extraordinario —susurró.

Sólo esa noche comprendí cuán extraordinario era el rey. Me desperté después de la tercera guardia. En alguna parte sonaban instrumentos musicales. Me puse la túnica y salí a trompicones a la sala central, bostezando y frotándome los ojos, y descubrí que Cuita del Alba también lo había oído y estaba ante la ventana que daba a un jardín.

Eran las Doncellas Doradas. En vez de arcos portaban laúdes y caramillos, y tocaban muy bien. Una gran silueta oscura se desprendió de las sombras, y el rey de Chao salió al radiante claro de luna. Era un monarca absoluto. Podía tomar lo que quisiera, pero no era su estilo. Aun desde lejos noté que disfrutaba inmensamente, y se inclinó profundamente hacia la alcoba de Cuita del Alba y luego se volvió hacia la luna. El rey apoyó el dedo gordo de su pie derecho en el dedo gordo de su pie izquierdo y se puso a cantar un sortilegio de amor del país bárbaro de su nacimiento.

No sé explicarlo, pero fue una de las cosas más impresionantes que he visto y oído en mi vida.

Pierdo mi flecha y la luna se nubla,
la pierdo y el sol se extingue,
la pierdo y las estrellas se apagan,
mas no disparo hacia la luna, el sol ni las estrellas.
Disparo hacia el corazón de Cuita del Alba.

Su majestad agitó los brazos, imitando a una especie de pájaro, y se puso a bailar con una gracia que era acentuada por su enorme mole. No había nada cómico en ello. Era como una vasta fuerza de la naturaleza, totalmente incapaz de ponerse en ridículo.

¡Cloc, cloc! Cuita del Alba, ven a caminar conmigo,
ven a sentarte conmigo,
ven a dormir y comparte mi almohada.
¡Cloc, Cloc! Cuita del Alba,
cuando ruede el trueno, recuérdame,
cuando silbe el viento, recuérdame,
cuando cante él Pájaro Rojo, recuérdame,
cuando veas la luna, recuérdame,
cuando veas el sol, recuérdame,
cuando veas las estrellas, recuérdame.
¡Cloc, cloc! Cuita del Alba,
ven a mí,
deja que tu corazón venga al mío

Tres veces repitió el sortilegio, y luego se inclinó de nuevo hacia la alcoba de Cuita del Alba. Las Doncellas Doradas también se inclinaron. Luego el rey y las muchachas se fueron, fusionándose con las sombras, y supongo que mi semblante era bastante expresivo. ¿Cuántas jóvenes son cortejadas por un monarca robusto, poderoso, infinitamente cortés y gentil, pero infinitamente bárbaro? La marta y el oro esperaban a Cuita del Alba, por no mencionar a un joven imposiblemente guapo llamado Niño Luna.

—Oh, Buey. Pobre Buey —murmuró Cuita del Alba.

Metió la mano en la mía.

—Ven a caminar conmigo, ven a sentarte conmigo, ven a dormir y comparte mi almohada —susurró.

—¡Cloc, cloc! —dije yo.

Hay mañanas que uno preferiría olvidar.

Ésta comenzó bellamente, con el sol entrando por la ventana y moteando el adorable hombro de Cuita del Alba. Le hociqueé la mejilla y escuché el zumbido letárgico de moscas perezosas, y un soñoliento zumbido de abejas, y las cortinas susurrando en una brisa murmurante, y una voz alegre que bramaba:

—¡Ven aquí, gusarapo!

Me erguí de pronto.

—Maldición —suspiró Cuita del Alba plañideramente.

Un chico desnudo, de trece o catorce años, pasó corriendo frente a la ventana de la veranda.

—Oye, gusarapo, ¿no quieres mi esparadrapo? —aulló la voz alegre.

—Diez millones de maldiciones —gruñó Cuita del Alba, ahogando un bostezo.

Un joven desnudo pasó al galope ante la ventana, persiguiendo al chico, se detuvo, volvió al trote, metió la cabeza dentro de la habitación.

—¡Buenos días, mi amor! —dijo alegremente Niño Luna.

—¿Por qué desperdicias esa cosa con varones?

Él se miró la entrepierna con complacencia.

—¿Desperdiciar? En absoluto. Sabes muy bien que algunos de esos primores no pueden sentarse durante un mes. —Niño Luna se encaramó a la ventana y se acercó a la cama—. Cielos, qué espécimen fenomenal has escogido esta vez. ¡Enhorabuena!

Me apresuré a subirme las mantas hasta los hombros.

—Tú eres Buey Número Diez, ¿verdad? ¿Dónde conseguiste esa nariz divina? Parece que la hubiera pisado una vaca —dijo Niño Luna.

—Eh… Un leve desacuerdo con el herrero Hong el Grande —murmuré.

—Confío en que haya recibido un funeral decente —dijo Niño Luna, y se sentó en el borde de la cama y se puso a acariciar el muslo derecho de Cuita del Alba—. Hablando de funerales, una vez vi al maestro Li durante uno de sus periodos negros. No me recordaba. Yo estaba en la fila trasera de la corte, esperando para dar mi primer concierto imperial, y ese viejo malvado le hizo una reverencia al emperador, se puso de pie, sacó un cuchillo de la manga y degolló al ministro de Comercio. Sangre por todas partes.

—Niño Luna, ¿eso es verdad? —preguntó escépticamente Cuita del Alba.

—Al pie de la letra. Cuando el emperador se enteró del motivo de esa batahola, no sabía si hervir al maestro Li en aceite o nombrarlo duque, pero la pregunta era meramente teórica, pues el viejo ya había huido al Turquestán. Poco después el sumo sacerdote de Samarcanda fue hallado con la nariz apoyada en la planta del pie izquierdo, lo cual nos dice algo sobre el estado de su columna vertebral, y cuando los alguaciles visitaron al maestro Li, descubrieron que súbitamente lo habían llamado al lecho de muerte de una bisnieta en Serendip.

Yo estaba acostumbrado a las anécdotas del maestro Li, de las cuales sólo una mínima fracción llega a ser verosímil, pero no estaba acostumbrado a oírlas de labios de un joven obscenamente guapo que entraba en cueros por la ventana del dormitorio y empezaba a acariciar la pierna desnuda de mi chica. Ahora le acariciaba el seno izquierdo, y la tomaba en sus brazos.

—Te he extrañado —murmuró.

—Cuánto te amo —susurró ella.

El rey se equivocaba sobre el nombre de Niño Luna. El nombre era perfecto, decidí, porque la luna está habitada por un gran conejo blanco, y todos saben que los conejos son notorios por su perversión.

—¿Por qué no dejas a los chicos por una semana y pruebas conmigo? —susurró Cuita del Alba.

Además, decidí, se movía como un gato, y el maestro Li me contó que

ciertos egipcios dicen que en la luna vive un gato, y todos saben que el alma de un gato está formada por las almas combinadas de nueve monjas disolutas que no cumplieron sus votos.

—Ven conmigo —susurró Cuita del Alba.

—Querida, nada me gustaría más, pero su majestad es un poquitín posesivo.

—El maestro Li se encargará de eso. Tiene un trabajo para ti, y ese chico que estabas persiguiendo se parece a una holoturia de Swatow.

—Dile a ese viejo malvado que acepto. Empaquetaré algunas ropas y joyas esenciales (¡debes ver la esmeralda que me regaló el rey!) y daré a los chicos un beso de despedida.

El chico del balcón había notado que ya no lo perseguían, y tosía frente a la ventana para llamar la atención. Niño Luna se levantó con un ágil movimiento felino.

—Trabajo, trabajo, trabajo —se quejó—. ¿Por qué las responsabilidades siempre interfieren con los placeres? Aun así, el deber me llama.

Con un salto gatuno llegó a la ventana, y con otro salió.

—¡Ven aquí, gusarapo! —aulló, y desapareció.

Cuita del Alba sonrió y se arrebujó de nuevo en mis brazos.

—Bien, has conocido a Niño Luna —dijo—. Un personaje memorable, ¿verdad?

—¿Vendrá a visitarnos cuando estemos casados? —pregunté con aprensión.

Ella me miró gravemente.

—Buey, no puedo casarme —dijo—. Niño Luna y yo pensamos que formábamos parte de la misma alma, y de algún modo se escindió en la Gran Rueda de las Encarnaciones, y todavía falta una parte. Separados no somos nada, y ni siquiera estamos completos cuando estamos juntos. Erramos por el mundo, Buey, buscando la parte faltante, y no puedo sentar cabeza hasta que la encuentre.

Quería discutir sobre eso, pero Cuita del Alba tuvo una idea mejor. Estábamos volviendo adonde estábamos antes de la interrupción, y el ambiente se caldeó agradablemente, y parecía que esa mañana se salvaría a pesar de todo.

—¡Buenos días, niños! —dijo felizmente el maestro Li mientras entraba al trote en la habitación—. ¿Por qué será que la más deleitable de las posiciones físicas para los participantes es una abominación estética para los espectadores?

Atinamos a separarnos, y el maestro Li reemplazó a Niño Luna en el borde de la cama.

—Tu absurdamente guapo joven acaba de pasar frente a mi ventana en un lascivo galope —le dijo a Cuita del Alba—. Nunca he sido partidario de compartir la cama con muchachos, pero si pudiera volver a tener noventa años,

me encantaría hacer una excepción con él. ¡Buda, qué criatura! ¿Ha aceptado?

—Sí, maestro —dijo ella.

—Bien. Quiero largarme de aquí cuanto antes. Buey, Cuita del Alba, buscad el punto más alto del castillo al que podáis llegar, con la mejor vista de los patios y las murallas.

—Sí, maestro —dije.

—Esta velada tocará Niño Luna, y después las Doncellas Doradas darán un espectáculo. Nadie prestará atención a jóvenes amantes que caminen a orillas de los lagos de los jardines. ¿Cuánto tardarías en conseguir un saco de sapos y dos sacos de luciérnagas?

—No mucho. Un par de horas.

—Espléndido. Procura juntar todo justo después de la actuación de Niño Luna, y con suerte saldremos de aquí antes de medianoche. En el ínterin, pasadlo bien.

Cuita del Alba y yo volvimos a acostarnos. Ladraban perros y maullaban gatos y cacareaban gallos y maldecían lacayos y gritaban cocineros. Nos levantamos, nos vestimos y fuimos a buscar el punto más alto del castillo.

11

Una hora después pudimos informar al maestro Li de que había dos torres accesibles con buenas vistas del castillo y las murallas, y él nos explicó que bandas de forajidos atravesaban Chao en esta época del año para llegar a sus escondrijos de montaña antes de que la temporada de las lluvias tornara intransitables las carreteras, y el deporte favorito de Shih Hu era exterminar bandas de forajidos.

—Conduce a sus tropas personalmente, y es famoso por salir de su castillo en cuestión de minutos para lanzarse al ataque —explicó el maestro Li—. Los puentes levadizos son lentos y torpes. Quiero saber si los usa o no, y apuesto a que tiene otra salida.

No teníamos nada que hacer hasta la velada, salvo codearnos con los distinguidos huéspedes. El maestro Li deliberó con Cuita del Alba y la envió fuera con sus polvorientas ropas de viaje, con una temible daga en el cinturón, el arco sobre el hombro y el pelo sujeto por un cordel de cuero, al parecer arrancado de una brida rota. Su prendedor estaba bruñido como el adorno de un emperador y sujeto al frente de su túnica manchada de sudor, y si alguna vez hubo una princesa guerrera y salvaje, era Cuita del Alba. La asediaban los admiradores. Me acerqué lo suficiente para oírle explicar (al parecer, una sugerencia del maestro Li) que buscaba a su hermano, que había sufrido el embrujo de un chamán maligno y merodeaba por el bosque con forma de tigre, con un prendedor gemelo en el pescuezo velludo. Después de eso no logré acercarme a ella, así que me de una vuelta.

Las personas especiales del rey Shih Hu estaban por doquier, y el maestro Li se enzarzó en una airada discusión con el mayor astrónomo del mundo acerca de la dirección de las corrientes del Gran Río de Estrellas durante la temporada de las lluvias: «epiciclos neochanghengianos», «asterismos de Falguni», «concentraciones inversas de *ch'ú*.» Yo no entendía ni jota. Busqué la compañía de la mujer más bella del mundo y entablé una conversación interesante.

Ella tenía pelo rubio y ojos verdes y decía que era una griega de Bactria. También decía que estaba harta de ser secuestrada por un rey tras otro desde

que tenía diez años, y ansiaba que la sepultaran de pie porque no quería ver otra cama en toda la eternidad. Me agradó mucho, aunque había cierta crispación en las comisuras de los ojos y la boca que desmentía la posibilidad de una relación íntima.

Me alejé de nuevo y hablé con un anciano que me contó una historia interesante. Una vez había orinado sobre la estatua de un dios local cuando estaba ebrio, y al parecer el Dios de los Muros y las Zanjas pasaba por ahí, porque de pronto se encontró en una funda de bronce, de pie en un pedestal como T'u-ti, y había una terrible sequía y los campesinos exigían que llevara lluvia a los campos, y como la lluvia no llegaba, sacaron los martillos ceremoniales y lo molieron a golpes. Aún le quedaban unos cardenales impresionantes para mostrar. Le estaba pidiendo más detalles cuando oí que bajaban el puente levadizo, y entonces un mensajero lo cruzó al galope, saltó del caballo y entró como una tromba en el palacio para informar al rey.

El maestro Li me hizo una señal. Cuita del Alba estaba rodeada de admiradores y no podía escabullirse, así que presenté mis apresuradas excusas al ex T'u-ti y corrí hacia la escalera. Llegué a mi puesto de vigía justo cuando el rey y sus Doncellas Doradas salían por una puerta lateral a un patio y entraban en los establos. Supe que el maestro Li estaba en lo cierto cuando oí que el puente levadizo se elevaba y se cerraba, y minutos después parpadeé al ver a Shih Hu fuera de las murallas. Montaba un diván giratorio sobre un gran carro de guerra. Tenía pilas de arcos y montañas de flechas al alcance de la mano, y el maestro Li me había dicho que era uno de los grandes arqueros del mundo y podía girar sin descanso en su diván, disparando flechas con tal celeridad que parecían una cascada. Las Doncellas Doradas montaban a caballo, e iban seguidas por infantes que trotaban en filas disciplinadas.

Regresé para informar de que el rey tenía una salida a través de los establos. El maestro Li quedó muy complacido.

Las festividades vespertinas continuaron con el chambelán como anfitrión. Había actores, acróbatas y bailarinas sogdianas que llevaban pantalones carmesíes y actuaban encima de enormes pelotas rodantes. Sacaron grandes montículos de comida. Era mitad civilizada y mitad bárbara. Un tradicional plato de patas de pato con jamón, cocido con dátiles de Pekín y hongo arbóreo negro, fue seguido por un exótico guiso mongol: venado, conejo, pollo, pescado, higos, manzanas, duraznos, nata, mantequilla, especias y hierbas, todo hervido con montes de caramelo. Me pareció muy sabroso, pero noté que el maestro Li y Cuita del Alba escupían el caramelo.

El rey, su guardia y sus soldados regresaron cuando se ponía el sol. Estaban de buen ánimo, y los soldados traían una nueva colección de cabezas tronchadas en picas. Cuando el rey y las Doncellas Doradas se hubieron bañado y cambiado, llegó la hora del punto culminante de las festividades: Niño Luna.

Admito que yo era escéptico. Una persona tan bien parecida como Niño Luna podía anunciar «La canción de la alondra» y luego hacer «cuac cuac» y recibir una gran ovación.

Entramos en un gran salón de piedra. El chambelán golpeó ostentosamente paredes y suelos para demostrar que no había ningún truco, y luego algunos sirvientes instalaron una sencilla mesa de madera en un rincón. Más sirvientes trajeron dos abanicos de papel, una jarra de agua y cuatro tazas, que pusieron sobre la mesa. Luego apareció Niño Luna. Traía una sencilla tabla de resonancia como las que usaban las niñas de mi aldea, y sus ojos escrutaron el público hasta que encontró a Cuita del Alba. Le hizo un guiño, y supuse que tocaría algo especialmente para ella. Los sirvientes desplegaron un gran biombo, tapando la mesa, y los faroles se apagaron hasta que la sala quedó casi a oscuras. Se oyeron murmullos mientras Niño Luna se preparaba, y tres golpes enérgicos detrás del biombo, y la sala quedó en silencio.

Lo único que sé de los maestros del sonido es que los más grandes producen sonidos que no existen. De algún modo logran sugerir un sonido al oído del público, y la mente de los espectadores completa el resto. El maestro Li, que había oído a los grandes durante casi un siglo, luego declaró que Niño Luna se transformaría en una leyenda que viviría diez mil años, y yo no tenía ánimo de contradecirlo.

Recuerdo haber oído una pequeña brisa y mirar en torno para ver quién había abierto una ventana, y luego me sonrojé porque noté que era Niño Luna detrás del biombo, agitando los abanicos de papel. Después de eso escuché con creciente maravilla y pasmo mientras Niño Luna tocaba una canción campesina para Cuita del Alba. No puedo describir algo que es preciso oír, pero tomé rápidas notas después, y vale la pena incluirlas.

Suave brisa que lleva sonidos nocturnos, sonidos aldeanos… Ladridos estentóreos, un ruido que parece venir de una ventana… Un hombre gruñe junto a mí, se gira en la cama… Los ladridos se disipan, dos pares de sandalias pasan junto a la ventana, una risa y un hipo… A lo lejos un vinatero da las buenas noches y cierra sus puertas… El viento cambia, sopla desde un río… Sonidos de agua, el chapoteo de las pértigas de una barcaza… Risas tenues, un hombre inicia una canción procaz, la brisa cambiante se lleva las palabras… El perro ladra de nuevo, en los oídos, ensordecedor… El hombre maldice, se levanta de la cama, camina hacia la ventana… Un grito agudo y ruido de madera raspando el suelo cuando él se golpea la rodilla contra una mesa… Ladridos aún más fuertes… El hombre busca algo a tientas, gruñe al arrojar el objeto, los ladridos se transforman en aullidos y gemidos que retumban en las paredes de la casa mientras el perro se aleja a la carrera, el sonido se apaga… El hombre grita al chocar de nuevo contra la mesa, regresa a la cama.

Una mujer suspira y se gira, le susurra al hombre… El hombre y la mujer ríen traviesamente… Me ruborizo al oír los sonidos de la pareja haciendo el amor… Cada vez más fuertes y rítmicos… El bebé se despierta y rompe a llorar, el hombre maldice, la mujer gruñe… La mujer se levanta y comienza a amamantar al bebé, el hombre se levanta y orina en un bacín… El niño se despierta y dice palabras soñolientas, el hombre maldice y le dice al niño que se levante y orine si lo necesita… Mezcla de sonidos: hombre y niño orinando, mujer arrullando al bebé, el bebé succionando y ronroneando, grillos, el ulular de un búho, la brisa entre las hojas… El niño vuelve a la cama, el bebé vuelve a dormirse, el hombre y la mujer vuelven a la cama, la mujer susurra, el hombre empieza a roncar.

¡Fuego! Una voz grita fuera de la ventana, y se suman otras voces, todos se levantan, el bebé llora… El hombre rezonga al chocar contra la mesa, grita por la ventana… las voces dicen algo sobre un establo… Pisadas en el exterior, puertas que se abren y se cierran, cubos que tintinean, crujido de molinete… El hombre rezonga al chocar de nuevo contra la mesa… Se pone las sandalias, sale a la carrera… Tintineos y chapoteos de gente con cubos, siseo y rugido de las llamas… Increíble confusión de sonidos: gritos de personas, relinchos de caballos, rebuznos de asnos, mugidos de vacas y bueyes, cacareo de gallinas… Se abren puertas y trepidan cascos mientras los animales salen al galope… Viejo gritando: «¡Mi heno! ¡Mi grano!». Una mujer exclama que hay chispas en su techo.

Algo muy extraño. Todos los ruidos de la aldea parecen elevarse en el aire… Giran, viran… Como si el Augusto Personaje de Jade hubiera bajado a China y escogido la aldea y la moviera de aquí para allá con la mano… Una lenta y silenciosa bocanada de aire apaga el fuego… Los sonidos de animales mueren, los sonidos del agua y del fuego mueren, los gritos y alaridos mueren… La aldea vuelve a la tierra, mientras los sonidos se apagan uno a uno… Los sonidos del niño se apagan, los sonidos de la mujer se apagan, los sonidos del hombre se apagan… El bebé arrulla feliz… El bebé se desvanece gradualmente… Silencio.

Tres golpes enérgicos. Se encienden los faroles, retiran el biombo. No hay nada salvo una mesa y una tabla de resonancia, dos abanicos, una jarra de agua y cuatro tazas, y Niño Luna, que entrelaza las manos y saluda con una inclinación.

Cuita del Alba y yo nos escabullimos fácilmente mientras el público asediaba a Niño Luna. Yo tenía preparados los sacos, los palos y los faroles, y mientras atrapábamos sapos y luciérnagas ella me dijo que era bueno que sacáramos a Niño Luna de allí porque la molicie le estaba haciendo perder la voz, sobre todo en los registros más altos, y a menos que pudiera encontrar a

algunos chicos bonitos que le hicieran correr de veras por las colinas se limitaría a ser el mejor, en vez de ser sobrenatural.

—Bien, tiene cierta habilidad —musité.

Ella rió y me pateó los tobillos, y regresamos con nuestros abultados sacos. El maestro Li nos esperaba en el establo, y era una lástima que no pudiéramos quedarnos a mirar a las Doncellas Doradas, pues les tocaba actuar a ellas. El gran parque estaba brillante como el día con miles de faroles, y entretenían a los huéspedes con un espeluznante juego de polo, que yo nunca había visto. (Había hecho furor en la corte desde que lo habían importado de la India, pero yo no era exactamente un habitual de la corte). La capitana de la guardia era espectacular, porque no vacilaba en estrellar su caballo contra otro a todo galope, y mientras Cuita del Alba las miraba noté que ansiaba un uniforme de marta y una maza de polo. Me la llevé a rastras.

Tuvimos tiempo de decorar la cara de los sapos con un poco de pintura blanca mientras esperábamos a Niño Luna. Al fin él logró zafarse de la multitud de admiradores y se escabulló por los arbustos llevando una gran mochila de ropa y joyas.

El sapo, como todos saben, es uno de los cinco animales ponzoñosos, y es la bestia de la luna y la noche, y escupe un polvo bermellón que causa malaria, y es confidente de la tortuga, el más perverso e inescrutable de todos los seres vivientes. Cuando los sapos se han dado un atracón de luciérnagas chinas, sus vientres se inflan grotescamente; como las luciérnagas se tragan enteras, continúan irradiando relampagueos verdosos a veintiséis pulsaciones por minuto. El efecto es bastante asombroso, máxime cuando los vientres palpitantes y verdes iluminan caras de demonio blancas pintadas en caras de sapo. Si uno añade macabros chirridos espectrales de Niño Luna, el resultado puede ser una experiencia memorable.

Cien de esas horrendas criaturas salieron brincando por la puerta del establo, y los alaridos de los soldados y caballerizos fueron ahogados por los aullidos de los espectadores del partido de polo. Salimos para que no nos pisotearan, y al cabo de un minuto el establo sólo contenía sapos y caballos. Entramos a la carrera.

Fue fácil encontrar la salida, pues estaba frente al carro de guerra del rey. Era un ancho túnel descendente, y cogimos antorchas. El maestro Li saltó a mi espalda y corrimos por el oscuro pasadizo. El rey no dejaría un camino abierto para sus enemigos, así que el problema sería trasponer las puertas. El túnel se niveló al pasar por debajo del foso. Delante había una enorme puerta de hierro, y el maestro Li me dijo que me detuviera. Estudié lentamente las paredes.

Allí colgaban filas de escudos de hierro. El centro de los escudos exhibía extraños emblemas que sobresalían de la superficie lisa. Los emblemas parecían aludir a todos los temas, desde la agricultura hasta el zodiaco, y el

maestro Li se masticó pensativamente la barba.

—Sospecho que se trata de una secuencia —dijo—. El rey atraviesa el pasadizo en su diván del carro y presiona escudos que forman el código que abre la puerta. Es casi seguro que está configurado de tal modo que un error en el código produzca un resultado desafortunado, lo cual significa que el rey puede recordarlo aunque esté ebrio o medio dormido. Quizá un horóscopo personal, o su buena estrella. ¿Alguien sabe cuándo nació?

Nadie lo sabía, pero Cuita del Alba dijo:

—Cuando me recogió para sentarme en su regazo, reparé en el amuleto que le colgaba del cuello. Tenía el símbolo planetario de Mercurio.

—¡Estupendo! —El maestro Li se frotó las manos con felicidad—. Si el amuleto significa tanto para él que lo usa siempre, quizá el código consista en las características de su planeta rector. Veamos si están aquí.

Me ordenó que caminara a lo largo de la línea mientras él tarareaba nasalmente y estudiaba símbolos exóticos. Luego me ordenó que regresara al principio.

—Esperemos que haya usado el sistema chino. Si ha usado un sistema bárbaro, podemos esperar que una plancha de hierro de veinte toneladas, erizada de pinchos, nos caiga sobre la cabeza —dijo impasiblemente el maestro Li—. El órgano asociado con Mercurio es el bazo.

Cerré los ojos. El maestro Li estiró la mano y presionó el símbolo del bazo. No pasó nada, así que tímidamente caminé a lo largo de la fila de escudos mientras el maestro Li presionaba símbolos.

—El sabor asociado con Mercurio es la sal…

»El color es el negro…

»El elemento es el agua…

»El elemento padre es el metal…

»El elemento hijo es la madera…

»El elemento amigo es el fuego…

»El enemigo es la tierra…

»El análogo terrestre es un arroyo…

»El análogo celestial es un oso…

Cuando presionó el noveno símbolo, la puerta de hierro se abrió. Traspusimos la abertura y pasamos al otro lado, y el maestro Li tocó otro escudo.

—Y la nota musical de Mercurio es sexta en la escala —dijo con deleite, y la puerta de hierro se cerró a nuestras espaldas.

—La educación es algo maravilloso —dijo con admiración Niño Luna—. Debí haber prestado más atención en la escuela.

—El maestro Li lo sabe todo —dije con orgullo.

Hasta el maestro Li estaba desconcertado cuando llegamos a la siguiente fila de escudos. El túnel ascendía hasta una salida que estaba extramuros, y

otra puerta de hierro nos aguardaba. Yo no veía ninguna configuración especial en los símbolos, y el maestro Li estaba obviamente intrigado.

—Extraño —murmuró—. Todos los emblemas menos tres simbolizan la naturaleza, y esos tres no forman ninguna configuración: una sandalia, un abanico de plumas y un incensario.

No podíamos ayudarle en nada. Él me hizo caminar a lo largo de los escudos.

—Este pasadizo es su ruta de guerra —murmuró el viejo—. Lógicamente usaría símbolos que concentraran su mente en el combate, pero ¿qué hay de marcial en símbolos de lluvia y sol y diversos animales? —Murmuró para sí durante un rato—. Debo visualizarlo: Shih Hu, rey de Chao, viajando en su carro de guerra en un diván giratorio, seguido por sus Doncellas Doradas.

De pronto soltó un hurra.

—Buey, de vuelta al principio —dijo felizmente. Regresé al trote hasta el primer escudo—. Tendría que haberlo entendido de inmediato. Shih Hu es notable porque su tamaño le exige luchar sentado en un diván. ¿Hubo alguna vez un poderoso guerrero que hiciera lo mismo? Sí, uno. El ídolo de Shih Hu es el gran Chuko Liang, el legendario Dragón Durmiente de las guerras de los Tres Reinos, que acometía contra el enemigo reposando en un diván en un carro. ¿Y cómo disponía a sus hombres? En la formación de batalla de los Ocho Trigramas, que él indicaba mediante una lánguida agitación de su abanico de plumas blancas.

El maestro Li presionó el símbolo del abanico. Ningún pozo se abrió bajo nuestros pies, así que eché a andar a lo largo de la fila de escudos.

—El primer trigrama es el cielo…

»El segundo trigrama es la tierra…

»El tercer trigrama es el viento…

»El cuarto trigrama es la nube…

»El quinto trigrama es el dragón…

»El sexto trigrama es el tigre…

»El séptimo trigrama es el ave…

Cuando presionó el séptimo escudo, la puerta se abrió. La traspusimos y el maestro Li tocó otro escudo.

—Y el octavo trigrama es la serpiente —dijo, y la puerta se cerró a nuestras espaldas.

El claro de luna nos saludó, y al cabo de un trecho estábamos en una ladera bajo las estrellas. El maestro Li miró las enormes murallas del castillo.

—Los caballerizos y los guardias regresarán al establo y sólo encontrarán sapos enfadados —dijo—. Si toman alguna medida, será azotarle el trasero a los niños que estén a mano, pero por supuesto no interrumpirán un banquete para decirle al rey que abandonaron su puesto porque fueron atacados por espantosos anfibios. Por la mañana, Shih Hu tendrá una regia resaca. Dudo

que nos echen de menos hasta la tarde, y entonces revisarán el palacio y los jardines. Caerá la noche, y sólo a la mañana siguiente comprenderán que nos hemos ido. Tendremos dos días de ventaja, y necesitaremos cada minuto.

Eché a andar con rapidez. No podíamos usar las postas del servicio postal hasta que llegáramos a Loshan, y ese terreno escabroso era familiar para el rey, pero no para nosotros. Recordé la exhibición de cabezas tronchadas y alargué mis trancos.

Era un avance lento, porque ningún esfuerzo te permite acelerar en un terreno montañoso si no conoces los atajos. Los hitos lejanos que el maestro Li usaba como referencia no parecían acercarse, y a la mañana del tercer día reparamos en unos monjes que nos observaban desde una ladera. Los monjes se giraron y desaparecieron. Horas después llegamos a un sitio donde vimos el tejado distante del monasterio. Creí ver algo que se elevaba del techo y atravesaba el cielo con rumbo a Chao, pero no estaba seguro. Los ojos de Cuita del Alba eran casi tan agudos como los oídos de Niño Luna, y ella no tuvo dudas.

—Palomas —murmuró—. Tal vez el rey haya enviado mensajes a todos los monasterios que gozan de su protección, y creo que está recibiendo una respuesta.

Creí oír trepidar de cascos y el estruendo de las ruedas de un carro, y me apresuré aún más, pero aún faltaba mucho para Loshan. A la mañana siguiente estábamos en la cima de una colina y mirábamos un río muy peculiar. La mitad del agua era azul, y la otra mitad era amarilla.

—El Min —dijo el maestro Li—. Se desprende arcilla amarilla de las riberas, y más abajo será totalmente amarillo. Allí se une al Yangtzé, encima de los rápidos de las Cinco Desgracias. Más allá de los rápidos está Loshan, y las postas del servicio postal.

Con expresión adusta me ordenó enfilar hacia la aldea más cercana. Allí compramos un bote y mucho vino, y noté que el campesino que nos vendía el bote tenía una conducta rara cuando lo abordamos y nos alejamos. Al principio sonreía y hacía reverencias, pero la sonrisa se esfumó a medida que nos internábamos en la fuerte corriente del centro del río. Empezó a gritar y agitar los brazos, y trató de correr detrás de nosotros cuando llegamos a la corriente y el torrente nos arrastró con rapidez. La última vez que lo vi, estaba de rodillas haciendo gestos chamanísticos para liberarse de la culpa.

—Los rápidos de las Cinco Desgracias no son tan peligrosos como cuentan por ahí —dijo con calma el maestro Li—. Al menos si los comparamos con la peligrosidad de un colérico Shi Hu y sus Doncellas Doradas. Aun así, tomaremos algunas precauciones, y ésta es la primera.

Así diciendo, arrojó los remos por la borda. Solté un grito de consternación, y él arrojó la pértiga por la borda.

—La tentación —dijo el maestro Li—. Si tuviéramos pértigas o remos,

sentiríamos la tentación de usarlos, lo cual sería suicida. La segunda precaución es embriagarse como cubas, y eso, niños, es una orden.

El maestro Li abrió vasijas de vino. Niño Luna alzó la suya con entusiasmo, y Cuita del Alba y yo las alzamos con resignación. El agua ayudaba. El azul y el amarillo se fusionaban formando dibujos vertiginosos, y en poco tiempo yo estaba mareado. El maestro Li y Niño Luna estaban muy achispados cuando oímos el ruido, y Cuita del Alba y yo estábamos mareados. El ruido era el rugido del Yangtzé. Nuestra pequeña embarcación salió disparada hacia el gran río, aterrizó en una corriente semejante a una pared de ladrillo, giró y empezó a correr corriente abajo. Brincaba como un potro encabritado, y yo estaba tan borracho que al principio me reía. Luego vi lo que se aproximaba, dejé de reírme y abrí la boca con horror.

El agua se estrella contra las rocas de Yenyu con tal fuerza que la espuma se eleva a gran altura como una cabellera de mujer. Descubrí que mis manos vacías movían frenéticamente remos imaginarios, y Cuita del Alba hacía palanca con una pértiga inexistente. Vi un tronco que flotaba hacia las aguas calmas a las que procurábamos llegar. La corriente apresó el tronco con todo su ímpetu y lo impulsó contra las rocas afiladas que estaban bajo la superficie, y dos trozos astillados salieron disparados al aire y se hicieron trizas en un abrupto acantilado de las orillas. Nuestra pequeña embarcación, entre tanto, se lanzó hacia Yenyu, montó la corriente, patinó eludiendo las afiladas piedras, y atravesó la cabellera de espuma sin sufrir un rasguño.

Cuita del Alba y yo cogimos más vasijas de vino.

La velocidad era increíble mientras pasábamos frente al pico de la Niña Encantada, donde las rocas tienen la forma de una ninfa desnuda, y la Rana Toro, donde un penacho de cuarenta pies de agua sale disparado desde la boca de una rana de piedra. Atravesamos los barrancos de Shiling y Chutang sin novedad. El maestro Li y Niño Luna se abrazaban y vociferaban una canción obscena, y yo cometí la tontería de pensar que había pasado lo peor. Entonces vi lo que se acercaba y casi me desmayé. La garganta de Wu se erguía en medio de la espuma.

El día se volvió noche. Nos internábamos en una garganta tan angosta que sólo al mediodía se podía ver el sol en una cintilla de cielo encima de peñascos imponentes. Cuanto más se angostaba el Yangtzé, más rápido corría. El estruendo era increíble. Una niebla ardiente bloqueaba piadosamente las rocas que se elevaban como colmillos para triturarnos. Si nuestros cuerpos hubieran estado rígidos y sobrios, no habría quedado un hueso sin romper, pero estábamos tan flojos como sacos de comida. Yo habría preferido estar inconsciente, porque los rápidos de las Cinco Desgracias se aproximaban a cien millas por hora.

El maestro Li agitó alegremente su vasija de vino.

—¡Uno! —bramó, y de pronto estuvimos en el aire. La pequeña

embarcación dio una vuelta completa dos veces mientras brincábamos sobre la catarata, y de nuevo chocamos contra la superficie con un chapaleo que envió un enorme chorro de espuma sobre los flancos de los peñascos.

—¡Dos! —gritó el maestro Li cuando mi estómago volvía a su lugar. Subimos nuevamente al cielo, rozando una de las paredes mientras surcábamos el aire. Hubo un largo descenso hasta el nivel que estaba bajo la segunda catarata, y Cuita del Alba y yo nos abrazamos aterrados. No bien habíamos aterrizado y nos habíamos levantado de la cubierta, nuestros estómagos volvieron a despedirse.

—¡Tres! —aulló el maestro Li, y salimos disparados. Ni siquiera recuerdo el aterrizaje.

—¡Cuatro! —clamó el maestro Li, y al abrir los ojos descubrí que nos dirigíamos hacia un punto cercano a Venus. La embarcación rodó mientras bajábamos, y aterrizamos de popa, lo cual me permitió notar que le habíamos errado por un pelo a una roca similar a una sierra gigante. La embarcación giró, y vi que nos abalanzábamos hacia la parte más angosta de la garganta, y un penacho de agua envuelto en un arco iris se elevaba cien pies en la nada. Nos unimos al penacho.

—¡Cinco! —vociferó el maestro Li. Echamos a volar desde la garganta de Wu, navegando por una vasta extensión de cielo azul y radiante, y luego la espuma se asentó alrededor y descendimos a ciegas. Abajo, abajo, abajo, mientras yo rogaba que aún estuviéramos con la parte superior hacia arriba. El impacto fue tan fuerte que casi atravieso la quilla de la embarcación.

Creo que estaba aturdido, porque tardé un rato en recobrar mis descalabrados sentidos, y luego me pregunté qué había de raro. El ruido había cesado. El bote flotaba plácidamente en aguas tranquilas. Tuve la sensación de que una boca enorme estaba a punto de devorarme, y me erguí y vi la serena sonrisa del gran Buda de piedra de Loshan: trescientos sesenta pies de altura, tallado en el flanco de la montaña Búfalo Amarillo en el extremo apacible de la garganta de Wu. Habíamos dejado atrás los rápidos de las Cinco Desgracias, y también al rey de Chao, y los únicos problemas eran el maestro Li y Niño Luna.

Querían repetir la experiencia, pero Cuita del Alba y yo nos sentamos sobre ellos hasta que recobraron el juicio.

12

Los días siguientes fueron bastante interesantes, aunque agotadores. Hice algunas anotaciones, y quizá debería incluir un par de ellas.

Me despierto, me froto los ojos, examino el insecto que invade mi fosa nasal izquierda. Cuita del Alba duerme, el maestro Li ronca, Niño Luna no está. Me levanto para buscar leña. Ladridos de perros, gritos de furia a lo lejos. Preparo té, consigo más agua para el arroz. Gritos de furia más cerca, bella voz cantando canción obscena:

¡En la otra ribera hay un zagal
con un pandero igual a un melocotón!

El resto, impublicable. Oigo a cinco mariposas halcón lanzándose hacia mi té, busco a las mariposas halcón, veo que Niño Luna hace algo con la garganta. Gritos de furia muy cerca, muchedumbre airada corriendo por la colina. Cabecilla empuña bieldo, arrastra a niño que llora. Niño Luna acepta té. Cabecilla grita acusaciones, Niño Luna sorbe té. Cabecilla ataca con bieldo. Niño Luna sonríe, el aire se torna sulfuroso. Sonríe más, olas de calor barren las colinas. Niño Luna le hace cosquillas al cabecilla bajo el mentón, ronronea como gato: «Ven aquí, dulzura». Acompaña al cabecilla detrás de roca grande, niño deja de llorar y se echa a reír. Ofrezco té a muchedumbre airada. Sonidos lujuriosos detrás de la roca, niño no para de reír. Ofrezco arroz a muchedumbre airada. Aparece cabecilla, ajustándose la ropa. Rechaza té y arroz y se lleva al niño de la oreja. Niño Luna sale de atrás de la roca, silbando. El maestro Li despierta, mira a Niño Luna y la muchedumbre airada que se marcha, murmura «Ojalá pudiera volver a tener noventa años» y sigue durmiendo.

Nuestra ruta de regreso a Ch'ang-an nos llevó por la aldea donde había

nacido Niño Luna, en cuyo punto comencé a sospechar que la absoluta inmoralidad de Niño Luna se parecía a su arte: casi sobrenatural.

Carretera frente a pequeño templo, sale sacerdote. Mira a Niño Luna, se alza la túnica, corre a la aldea: «¡Encerrad a los niños! ¡Encerrad a los hombres! ¡Encerrad a las cabras y los asnos!». Niño Luna sonríe con orgullo. Entramos en la aldea, sale mujer de una casa: «¡Hijo mío!». Se desmaya. El padre sale empuñando un látigo: «¡Vergüenza! ¡Escándalo! ¡Infamia! ¡Ignominia! ¡Aborrecimiento! ¡Oblicuidad!». Al parecer, un padre culto. El sacerdote se acerca y rocía a Niño Luna con agua bendita, comienza a pegarle con una vara. Niño Luna le hace cosquillas bajo el mentón. «Cuchi cuchi». El sacerdote se desmaya. La madre revive: «¡Atestigua, oh Cielo, que fui inocente!». Vuelve a desplomarse, Niño Luna sonríe con orgullo. Se reúnen vecinos, Niño Luna sopla besos. El padre nos sigue desde la aldea blandiendo el látigo: «¡Dolor! ¡Vileza! ¡Depravación! ¡Degradación!». Niño Luna sopla besos. Caballos, cabras, toros, asnos: relinchos, balidos, bramidos, rebuznos. Niño Luna sopla besos.

—Una infancia bastante activa —murmura el maestro Li.

Compramos bote, zarpamos. Ruido extraño, bajo y ronco, Niño Luna haciendo algo con la garganta. Se acercan cisnes. Grandes y relucientes nubes de cisnes, un dosel de alas elevándose sobre Niño Luna, plumas brillando a la luz del sol. Hermoso. Irreal.

Si alguna vez me invitan a viajar en uno de esos tubos de Droga de Fuego que surcan el cielo, estallan y arrojan cometas chispeantes, responderé con una reverencia: «Mil perdones, pero este humilde servidor ya ha realizado el viaje».

Uno de los atributos más notables de Niño Luna era que desconocía los celos por completo. Cuando Cuita del Alba sentía ganas de meterse en mi saco de dormir, como ocurría en ocasiones, Niño Luna sólo alzaba la bella cabeza al cielo nocturno y le cantaba al conejo de la luna, pidiendo una blanda manta plateada de rayos de luna para Cuita del Alba y Buey Número Diez.

—¡Ah, ojalá pudiera volver a tener noventa años! —exclamaba el maestro Li con paródica nostalgia (en realidad, creo que le alegraba estar libre de la tiranía del deseo sexual) y era claro que, por sus propios motivos, empezaba a sentir fascinación por esa doncella sin memoria.

Cuita del Alba era una colección ambulante de contradicciones. Era una sencilla campesina que hablaba el *pai hua* del pueblo, como yo, pero a veces intercalaba frases *wen li* que habrían sido dignas de un cortesano. Se pintaba la frente de amarillo, pero se negaba a depilarse y pintarse las cejas: medio patricia, medio campesina. Tenía la desvergüenza de andar por ahí con el cabello descubierto, pero se enfurecía al ver a un hombre que estaba de luto por la madre y llevaba un cayado de roble y no de mora, como correspondía.

Era una prostituta que rechazaba airadamente un abanico que compró Niño Luna porque se plegaba: el simbolismo era indecente, y las damas siempre debían usar abanicos fijos.

Los ojos del maestro Li se iluminaron…

—¡No oigo el tabú del abanico desde que era un renacuajo de seis o siete años! —exclamó.

—La señorita Sandalias Inmaculadas —bromeé.

—Todos deberán limpiar sus sandalias en ocasiones —dijo ella tímidamente, y luego se me acercó por detrás y se ensució las suyas con dos rápidas patadas en mis posaderas—. ¡Huevo de tortuga! —gritó.

El maestro Li se cayó de risa. Cuando se recobró, explicó que antes la gente creía que las tortugas podían concebir sólo con el pensamiento, con lo cual era imposible determinar quién era el padre, así que «huevo de tortuga» se transformó en eufemismo para bastardo. El maestro Li juraba que ese insulto se había pronunciado por última vez durante la Usurpación de Wang Mang, y estaba dispuesto a aceptar que en algún punto de sus vagabundeos Cuita del Alba había encontrado trabajo en uno de los mohosos prioratos donde matronas anticuadas preservan antiguos dichos y costumbres que aprendieron de sus bisabuelas. En otra ocasión Cuita del Alba se enfureció con Niño Luna y lo llamó «¡Corruptor de las ocho!», y aun el maestro Li tuvo que reflexionar antes de asociarlo con los cortesanos corruptos que según Mencio habían dado la espalda a la piedad filial, la cortesía, el decoro, la integridad, la fidelidad, el deber fraternal, la lealtad y el pudor: las ocho reglas de la civilización.

Cuita del Alba había reparado en el creciente interés del maestro Li. Comenzaba a mirarlo con una expresión entre especulativa y alegre, y me pregunté si Niño Luna podía leerle el pensamiento, porque adoptó una expresión idéntica. Una tórrida tarde llegamos a un arroyo y en un instante Niño Luna se había desnudado y se deslizaba por el agua fresca como uno de sus cisnes. Había muchos rincones apartados para Cuita del Alba, así que el maestro Li y yo nos desvestimos y seguimos a Niño Luna. Hubo otro chapoteo. Cuita del Alba nadaba como una foca, y no era exactamente tímida para exhibir su esbelto cuerpo de atleta. Se irguió en un lugar donde el agua era baja, al parecer para ofrecer al maestro Li una buena visión de sus senos firmes y adorables.

—Venerable maestro, ¿cuántas esposas has tenido? —preguntó con inocencia.

—Buda, empecé a perder la cuenta allá por los comienzos de la dinastía Sui.

—¿Y cuántas esposas tienes ahora?

—Ninguna —dijo el viejo con complacencia—. Insistían en envejecer y morirse, así que cuando llegué al punto en que ya no podía disfrutar del Juego de la Nubes y la Lluvia, decidí conformarme con mi egoísmo y mi cómodo

desaliño, y no he tenido esposa desde entonces.

—¿Pero eso es sabio? —Cuita del Alba parpadeó como si la brillante luz del sol le molestara (tenía hermosas pestañas)—. Las esposas son útiles para muchas cosas, y hay pociones y encantamientos que pueden obrar milagros con el Juego de las Nubes y la Lluvia…

Dejé de escuchar y traté de lograr que mi torpe mente se conciliara con el punto de vista de Cuita del Alba. Cuanto más pensaba en ello, más sensato parecía. Las prostitutas se denominan «flores de humo» y los burdeles son «campos de humo y capullos» porque los placeres mundanos son transitorios, y nada es más transitorio que la belleza. Las esperanzas de una prostituta se pueden medir con la distancia entre dos arrugas, ¿y qué podía esperar Cuita del Alba? Si se casaba conmigo, significaría una granja, hijos y una pena cuando tuviera que correr tras Niño Luna y reanudar sus inquietos vagabundeos. ¿Y si se casaba con un anciano sabio? El maestro Li sólo se echaría a reír si ella se marchaba, y aprovecharía la oportunidad para asolar su casucha con una anticuada borrachera, y reiría un poco más cuando ella regresara, y cuando él muriese ella sería una viuda respetable con un techo sobre la cabeza.

—… luego lavas los huesos de dragón y los trituras hasta formar un polvo fino, y guardas el polvo en diminutos sacos de seda y los sacos en las cavidades corporales de golondrinas muertas y limpias y los dejas toda la noche…

El maestro Li sonreía vagamente mientras le describían ese inocente remedio popular. Se puso a silbar suavemente. Me ruboricé, y a Niño Luna le costó reprimir la risa, y Cuita del Alba se sonrojó y comenzó a tropezar con las palabras. La melodía era «Cenizas calientes» y por algún motivo la frase «raspar cenizas calientes» se refiere al incesto entre parientes políticos (una esposa joven y su hijastro, por ejemplo), y se podía decir que yo era una especie de hijo putativo del maestro Li. El plan que Cuita del Alba tenía en mente podía resultar bastante complicado, y el maestro Li alzó la mano y la interrumpió.

—Olvídate de resucitar erecciones —dijo con sequedad—. A mi edad, lo último que quiere un hombre es otra parte petrificada. En cuanto a lo demás, lo pensaré, y en tu lugar yo me dedicaría a un joven que usa su decoro campesino como una armadura.

Cuita del Alba se sumergió y apareció frente a mí como un delfín. Agitaba la mano abarcando al maestro Li y Niño Luna y el agua y el sol y la hierba y las flores y todo lo que compartíamos.

—Oh, Buey, cuánto podríamos divertirnos y qué felices podríamos ser —dijo con voz implorante.

Había un anhelo genuino en su voz, y por dentro me tocó una cuerda compasiva. Mis padres habían fallecido cuando yo tenía nueve años. Ésa habría sido la edad de Niño Luna cuando lo expulsaron, y el maestro Li no

había experimentado la vida familiar durante años, y Cuita del Alba ni siquiera recordaba si había tenido familia, y me encontré pensando en la casucha del callejón en el próximo invierno, caliente en medio del viento y la nieve, y podía oler la buena comida, y la limpieza inmaculada que traería una esposa joven, y oía las bromas despreocupadas y la risa, y podía ver a Niño Luna apareciendo de pronto como una exótica ave tropical. Si al maestro Li no le importaba quién dormía dónde, ¿por qué preocuparme yo?

Cuita del Alba inició una riña acuática. No hablamos más de sus esperanzas. La decisión correspondía al maestro Li, y se la daría a conocer oportunamente.

No queríamos dejarnos demorar por varios años en la cárcel. Cuita del Alba le hizo prometer a Niño Luna que observaría su mejor comportamiento cuando llegáramos a Ch'ang-an, y el maestro Li estaba de excelente ánimo cuando entramos en la Academia de Adivinación e Investigación Alquímica para obtener el informe sobre las muestras de suelo y vegetación. Al salir, estaba rojo de rabia.

—Según las mejores mentes de China, no hay rastros de ácido, veneno ni ninguna otra sustancia malsana —rugió—. El único problema de la Senda de los Príncipes es que algunas partes están muertas, y un mequetrefe ha escrito al pie: «Extinción por decadencia natural».

El maestro Li maldijo sin repetir una sola palabrota en todo el trayecto hasta el Parque Serpentina, donde se proponía intentar algo.

—No me queda más remedio que investigar ciertos detalles —dijo agriamente—. Uno de esos detalles se relaciona con la última comida del difunto bibliotecario, el hermano Ojos Bizcos. Yo suponía que la había abonado con el pago inicial del manuscrito de Ssu-ma Ch'ien, y que su copia fue robada durante la segunda visita de los malhechores al monasterio, pero podría haber otra explicación. Vayamos a ver la exhibición.

Maestros aburridos guiaban a sus alumnos. El maestro Li encontró a uno con ojos débiles y acuosos y una nariz cubierta de venas rojas. El dinero cambió de manos, y el encantado maestro se zambulló en la vinatería más cercana. El maestro Li se hizo cargo de la clase y después de deliberar con los mocosos se dirigió al Pabellón del Jabalí. Vi con sorpresa que los niños seguían al viejo con la precisión de la Guardia Imperial. Era impresionante: un anciano caballero de la vieja escuela y sus alumnos maravillosamente disciplinados, y una multitud empezó a seguir a Confucio e hijos.

—¡La esperanza del imperio! —exclamó una matrona sentimental.

El maestro Li alineó a los niños y marcó el compás, y honraron la exhibición de glorias pasadas con la más perfecta versión de «Escenas lacustres nocturnas» que oí jamás. El aplauso fue ensordecedor. Los niños se

aglomeraron alrededor de los vendedores ambulantes y desaparecieron detrás de montículos de golosinas pegajosas. El maestro Li los alineó de nuevo y se dirigió a la Galería de la Beatitud, y allí los niños entonaron una impecable «Sombras en la ventana oriental». Incluso hicieron genuflexiones y reverencias.

—¡La esperanza del imperio! —clamó la matrona, y un anciano enérgico de bigote fláccido le contó a todo el mundo que planeaba devolver sus medallas al Alto Mando en protesta contra la decadencia de las costumbres, pero ahora ya no estaba seguro de tal decadencia.

A continuación fuimos al Templo de la Iluminación Inmaculada, y los niños cantaron «Las pagodas gemelas del arroyo de las orquídeas» con tal perfección que todos los vendedores que había a la vista fueron despojados de sus mercancías, y carretadas de golosinas, frutas cristalizadas y pasteles de miel desaparecieron en las voraces mandíbulas de los chiquillos.

—¡La esperanza del imperio! —exclamaron Niño Luna y Cuita del Alba, adelantándose a la matrona, y el enérgico anciano de las medallas juró que movería cielo y tierra para conseguir que sus nietos estudiaran con el maestro Li.

Las Piedras Confucianas (una hilera de piedras donde están tallados los doscientos mil caracteres de las obras del maestro) constituyen la muestra más sagrada. Las rodea una baranda, y la regla es que se mira pero no se toca. El maestro Li alineó a los angelitos para un tributo digno del Supremo, y la interpretación de «La torre de flotante verdor azulado» arrancó lágrimas a todos, yo incluido.

—¡La esperanza del imperio! —exclamé, junto con Niño Luna, Cuita del Alba, la matrona y el caballero de las medallas.

Los vendedores quedaron limpios en minutos. Noté que los niños empezaban a ponerse verdes. Se giraron al unísono, buscaron apoyo en una baranda baja y empezaron a vaciar sus angelicales entrañas. Encima de las sagradas Piedras Confucianas.

—¡Un millón de desventuras! —aulló el maestro Li.

No obstante, un caballero de la vieja escuela está preparado para cualquier emergencia, y el maestro Li pronto unió fuerzas con el pertinaz sujeto de las medallas para formar una brigada que arrojara cubos de agua sobre las piedras. La puntillosidad también es marca de la vieja escuela, y el maestro Li no descansó hasta sacar algunos papeles de su túnica y presionarlos con firmeza sobre cada talladura del texto sagrado. Afortunadamente también llevaba una enorme esponja azul, y la frotó sobre la superficie tan vigorosamente que la parte externa del papel se puso azul. Cuando alzó las hojas, las piedras estaban casi secas, y parecían nuevas.

Los adultos, entre tanto, explicaban a los furiosos guardias que era culpa de ellos por haber llenado a esos angelitos de dulces, y la matrona y el caballero de las medallas realizaron una colecta para pagar la multa. No había

un ojo seco cuando el maestro Li se marchó con los niños.

—¡La esperanza del imperio! —exclamó un coro a nuestras espaldas.

El maestro Li condujo a los niños a un claro apartado.

—Bien, niños, desquitaos —dijo.

Los niños se desplomaron en la hierba, rodando, golpeándose y desternillándose de risa.

—Por favor, maestro, ¿podemos ver? —preguntó uno de ellos al recobrar el aliento.

El maestro Li sacó las hojas de papel. La tinta y la esponja se habían asentado, y las impresiones eran perfectas. Es difícil obtener copias genuinas de las Piedras Confucianas. Los niños rogaron permanecer con el maestro Li y continuar su vida delictiva, pero él les aconsejó que se quedaran en la escuela y estudiaran con empeño, así podrían dominar a las turbas cuando cayeran en la depravación. Luego se los devolvió al maestro, a quien reemplazó en su puesto de la vinatería.

Pidió la bebida a la cual debía su nombre, *kao liang*, un vino horripilante que es ideal para quitar pintura, y lo usó para eliminar los picos de cada carácter que estuviera acompañado por otro carácter determinado en las copias y reemplazarlos por líneas chatas. Luego dejó la vinatería y nos dirigimos al Llano de la Cabeza del Dragón por la Calle del Gorrión Bermejo.

—La falsificación del hermano Ojos Bizcos era un tosco calco de un manuscrito codificado que contenía el nombre del padre de Ssu-ma, y para un coleccionista la copia del monje habría parecido el fraude más obvio y burdo de la historia —explicó—. Si ese tonto monje lo llevó a Ch'ang-an e intentó venderlo, es un milagro que no lo decapitaran en el acto. Existe, sin embargo, un sitio que pudo haber comprado esa cosa, y quizá alguna persona compasiva le indicó adonde ir.

El Pabellón de las Bendiciones del Cielo es la mayor biblioteca del mundo, y además de su colección de manuscritos originales contiene una colección de falsificaciones. Ambas pueden ser instructivas para los estudiosos, y algunas falsificaciones absolutamente ineptas se conservan por puro entretenimiento. El maestro Li se dirigió a la oficina de Liu Hsiang, el director de la biblioteca.

—Salve, Hsiang —dijo jovialmente.

—¡Guardad los manuscritos bajo llave! ¡Guardad la plata y los incensarios bajo llave! ¡Guardad a vuestras esposas bajo llave y vigilad vuestros anillos y carteras! —exclamó el bibliotecario—. Hola, Kao. ¿Qué te trae de vuelta a la civilización? —continuó con voz normal.

—Estoy de compras. A mi estudio le falta algo, y he decidido colgar una falsificación en la pared.

—Sabes muy bien que nuestra colección no está en venta —dijo el bibliotecario con arrogancia.

—¿Quién habló de vender? Estoy hablando de canjear —dijo el maestro

Li, y sacó la copia y la arrojó en el escritorio. Rió entre dientes—. Piensa en el trabajo que llevó hacer eso.

—¿Quién se molesta en falsificar copias? —dijo el bibliotecario con escepticismo. Las miró y luego las miró más atentamente, y al cabo de unos instantes comenzó a emitir gemidos ahogados. Comprendí que se reía. El bibliotecario se puso de pie y abrazó al maestro Li, y ambos ancianos se estrecharon lanzando jadeantes carcajadas. Niño Luna y Cuita del Alba y yo les pegamos en la espalda hasta que se calmaron.

—Hilarante, ¿verdad? —dijo el maestro Li, enjugándose los ojos—. Piensa en los meses que ese idiota tardó en hacer esto.

—¿Meses? Digamos que hizo diez caracteres al día… ¡Son siete años! —rió el bibliotecario.

El maestro Li nos llamó al escritorio.

—Niños, ¿veis la broma? —preguntó.

Nos rascamos la cabeza.

—A mí me parecen calcos genuinos de las Piedras Confucianas —dije.

—Mira este carácter, aquí y aquí y aquí. ¿Sabes qué significa?

—Sí, maestro —dijo Niño Luna.

—Ah —intervino el bibliotecario—, pero en tiempos de Confucio no se escribía así —exclamó dichosamente—. ¿Veis las líneas chatas de arriba? Antaño no era una línea chata sino un pico, como un tejado. —Bosquejó rápidamente un carácter—. Así que el tonto falsificador estaba diciendo que Confucio…

El rostro de Niño Luna se iluminó.

—Confucio no sabía…

El rostro de Cuita del Alba se iluminó.

—Confucio ni siquiera sabía…

—¡Confucio ni siquiera sabía escribir «ancestro»! —exclamé.

Los tres nos abrazamos, riendo y gritando, y el bibliotecario y el maestro Li amablemente nos pegaron en la espalda hasta que recobramos la compostura.

—Kao, éste es un auténtico tesoro de incompetencia, y si tienes en mente algo razonable, podríamos llegar a un trato —dijo el bibliotecario.

El maestro Li se rascó la punta de la nariz.

—Bien, estoy de ánimo para una mutilación de la historia. ¿Algo nuevo?

—No de este nivel. No todos los días… ¡Aguarda! ¿Qué te parece un Ssu-ma Ch'ien realmente patético?

—Suena prometedor —dijo el maestro Li sin mayor entusiasmo.

El bibliotecario llamó al asistente con su campanilla.

—Hace poco tiempo un monje idiota me trajo el Ssu-ma más inepto que he visto en años, y para colmo un calco.

—Cuéntame, por favor —dijo el maestro Li.

Fue así de simple. Minutos después salimos del Pabellón de las Bendiciones del Cielo, y el maestro Li llevaba en la mano el calco del hermano Ojos Bizcos.

13

Encontramos un agradable parque, compramos pasteles de saltamontes y zumo de ciruela con vinagre a un vendedor ambulante y nos sentamos en la hierba bajo un árbol pagoda. El maestro Li ya había revisado la falsificación del hermano Ojos Bizcos. También había hecho un desvío por un depósito de la biblioteca, y metió la mano en la túnica y sacó un antiguo pergamino que tenía el sello: «Anaqueles restringidos: sólo personal autorizado». Apoyó en la hierba el pergamino, el manuscrito falso y el informe sobre suelo y vegetación, y se concentró en su pastel de saltamontes. Luego nos incluyó a todos en una ondulación del dedo.

—Contadme la historia del emperador y las mandarinas —ordenó.

Lo miramos desconcertados.

—¿Cómo, maestro? —pregunté débilmente.

—Ya me oísteis.

Nos miramos uno al otro, y al fin Niño Luna se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo había un emperador llamado Li Ling-chi —dijo—. Era bueno. Era muy bueno. Era tan bueno que las aves revoloteaban alrededor de su cabeza entonando canciones de alabanza, y las mariposas bailaban delante de él.

—Era tan bueno que los peces y las ranas saltaban de los estanques para recibir su bendición —dijo Cuita del Alba—. Era tan bueno que en los festivos algunos dioses descendían del cielo para tomar el té con él. Té y mandarinas, porque su única debilidad era su predilección por las mandarinas. Su pueblo estaba encantado de que no tuviera las predilecciones que suelen entretener a los emperadores, como las guerras y las matanzas.

—Li Ling-chi era cada vez mejor —dije yo—. Llegó a ser tan bueno que no toleraba la visión del mal, así que sus artesanos confeccionaron una toca con un velo de doscientas ochenta y ocho joyas, y no toleraba oír el mal, así que le añadieron orejeras enjoyadas. De ese modo sólo veía cosas bonitas y brillantes y sólo oía un tintineo, salvo los festivos, cuando se quitaba la toca para tomar el té con los dioses.

—Té y mandarinas, pero un día no hubo mandarinas —dijo Niño Luna

—. El emperador se enfadó. «¿Cómo puedo tomar el té sin mandarinas?», exclamó. «Oh Hijo del Cielo», dijo el chambelán, «es invierno, y en invierno las mandarinas no crecen en tus jardines». El emperador no se dejó engatusar. «¡El invierno pasado comí mandarinas!», chilló. «Oh Hijo del Cielo», dijo el chambelán, «el invierno pasado las carreteras estaban despejadas, pero este invierno hubo fuertes neviscas. Los productos del sur, donde aún crecen las mandarinas, no pueden llegar a la capital». El emperador se puso púrpura. «¿Conque mis súbditos del sur se dan un atracón de mandarinas cuando su emperador no puede comer ninguna? Ya veremos», gritó.

—El emperador Li Ling-chi saltó sobre su trono —dijo Cuita del Alba—. Había llegado a ser tan bueno que cuando agitó las manos hacia el sur, todas las cosas verdes y fecundas se desprendieron de la tierra y volaron al norte para que las bendijeran, y al instante crecieron mandarinas en la capital en pleno invierno. Los dioses que iban a tomar el té gritaron horrorizados: «¡Alto! ¡Alto!». Pero el emperador tenía puesta la toca y sólo oía un tintineo. Ellos enviaron cometas y apariciones y presagios, pero él sólo veía joyas bonitas y brillantes. Entre tanto no había comida en el sur, y los campesinos empezaron a morirse de hambre, y los cadáveres se apilaban en las zanjas tal como si hubiera guerras y matanzas.

—El Augusto Personaje de Jade miró desde su trono —dije yo—. Su rugido de rabia sacudió todas las mandarinas de los árboles del emperador, y él descendió del cielo y obligó a Li Ling a comer cada fruta caída, y el emperador se hinchó como el Cerdo Trascendente. Entonces el Augusto Personaje de Jade agitó la mano y todas las cosas verdes y fecundas volaron de vuelta al sur, donde debían estar, y él cogió al emperador y lo lanzó al cielo. Pero con tantas mandarinas el emperador había perdido el equilibrio, así que trazó una curva, y por eso aún lo vemos el día de hoy.

—Cada setenta y cinco años —dijo Niño Luna—, los campesinos pueden mirar el cielo y ver un cometa brillante que traza una curva al descender hacia la tierra. El color naranja es por las mandarinas que comió el emperador, y la cola chispeante es su velo enjoyado y sus orejeras, y si uno escucha atentamente, oye el sonido de un emperador con dolor de barriga.

—¡Bua, bua, bua! —cantamos a coro—. ¡Ling-chi llora, la vela muere, los chiquillos cierran los ojos!

Nos quedamos sentados sintiéndonos como tontos. El maestro Li engulló algunos saltamontes más y bebió un trago de vino de su petaca.

—Esa historia tradicional ha fascinado a los estudiosos durante siglos —dijo—. En parte está basada en un emperador real, Huang Ti, que en efecto intentó bloquear la realidad con un velo enjoyado y orejeras. Pero, ¿qué hay del resto? ¿Se refiere a una antigua invasión del sur por parte del norte? ¿Una peste olvidada? Algunos estudiosos sostienen que es un recuerdo racial de un fenómeno muy raro: un cambio súbito en el *ch'i*, la fuerza vital, en varias zonas

climáticas. En lo concerniente a lo súbito del fenómeno, teóricamente no hay motivo para que la aparición de una abrumadora concentración de *ch'i* no pudiera atraer fuerzas vitales menos potentes, destruyendo todo a su paso, sin importar si el propósito era tan bueno como Li Ling-chi pensaba que él era o tan malo como el Príncipe Risueño sabía que él era.

Arrojó los últimos saltamontes a los peces de un estanque y cogió el pergamino robado.

—Créase o no, todo esto tiene un sentido, pero sed pacientes —dijo—. ¿Tengo razón al suponer que todos abandonasteis el *Sueño de la Cámara Roja* después de los dos primeros párrafos?

Cuita del Alba, Niño Luna y yo nos sonrojamos. El problema con la «joya de la corona de la literatura china» es que tiene dos mil páginas e igual número de personajes, y el héroe es un imbécil afeminado que tendría que haber recibido azotes o ser decapitado, pues ambos extremos eran igualmente objetables.

—No importa —dijo el maestro Li—. El libro ha sido revisado un sinfín de veces, por Kao Ngoh y talentos menores, y las últimas versiones guardan poca semejanza con el original. Éste es el original, y contiene una historia bastante peculiar. Escuchad atentamente.

Abrió el pergamino, buscó el lugar y se puso a leer uno de los cuentos de hadas más extraños y más insatisfactoriamente inconclusos que he oído.

—De las 36.501 piedras escogidas por la diosa Nu Kua para el Muro del Cielo, había una que tuvo que rechazar a causa de un grave defecto. El defecto era maligno. El contacto con la diosa había permitido que la piedra adquiriese un alma, pero ese alma era maligna. La piedra también había aprendido a desplazarse a voluntad, y merodeaba por el Cielo causando pérfidos daños, y al fin el emperador tuvo que intervenir.

»Los métodos del Augusto Personaje de Jade son en verdad sutiles. En el Cielo también había una flor llamada Perla Purpúrea, y Perla Purpúrea era aún más defectuosa y maligna que la piedra. El emperador plantó la flor en un lugar yermo junto al Río de los Espíritus, y allí fue descubierta por la piedra errante. El mal atrae el mal, y la piedra comenzó a traer humedad para nutrir a la flor. Perla Purpúrea floreció y se tornó hermosa, y su mal fue exorcizado por el rocío y las gotas de lluvia del Cielo, y se enamoró de la piedra. Juró que si alguna vez renacía en la tierra rehuiría la Esfera de los Sufrimientos Esfumados y buscaría la Fuente de Aflicción Goteante, y crecerían lágrimas dentro de ella y, si se presentaba la oportunidad, pagaría su deuda a la piedra derramando cada lágrima de su cuerpo.

»El extraño voto de una flor es de suma importancia. La piedra ha sido devuelta a la tierra, donde pasó a las manos de Lao Tzu, quien exclamó "¡El mal!" y se deshizo de ella. Pasó a Chuang Tzu, que también gritó "¡El mal!" y se deshizo de ella. Ahora la piedra acecha en la oscuridad, esperando la mano

que no se deshaga de ella, y quien posea la piedra también será poseído. La piedra es la Piedra del Mal, y su malicia se propagará sin freno a menos que sea ahogada en las lágrimas de Perla Purpúrea.

»Que ningún hombre interfiera con el destino de la flor, pues tanto la diosa Nu Kua como el Augusto Personaje de Jade aguardan el desenlace.

El maestro Li arrojó el pergamino a la hierba. Yo me atraganté con un saltamontes.

—¿Eso es todo? —pregunté con incredulidad.

—No según Ssu-ma Ch'ien —dijo el maestro Li. Cogió la copia del hermano Ojos Bizcos y empezó a decodificar rápidamente el texto oculto completo.

—El relato de *Cámara Roja* dice la verdad sobre la piedra, tablilla de la caverna de Yu… Confirmación de reacciones de Lao Tzu y Chuang Tzu… La piedra ha caído en manos del príncipe Liu Sheng… Consumido por el mal, se ha transformado en el Príncipe Risueño… Escondrijo secreto… Escalera… Sala refrigeradora… Túnel hasta la construcción… Piedra en sacristía… Apariencia llana… Zona chata y lisa elevándose hasta formar un cuenco cóncavo y redondo… Encontré un hacha… un hachazo separó la zona chata de la zona cóncava… El segundo hachazo desprendió una esquirla… Me capturaron soldados, no pude destruir… Encarcelado… Terrible sentencia… ¡Eruditos, hallad la Piedra del Mal…! ¡Destruidla…! El mal que consume a los hombres consume el mundo.

El maestro Li dejó la copia junto al pergamino.

—Ssu-ma Ch'ien era un hombre muy valiente —dijo—. La cuestión es si tenía razón o no acerca de la piedra misteriosa, y él sugiere que Tsao Hsueh Chin, el autor de la *Cámara Roja*, debe de haber tomado la historia de la piedra de una tablilla de la caverna de Yu. ¿Sabéis qué significa eso?

Negamos con la cabeza.

—Se dice que el legendario emperador Yu recibió ciertas tablillas del Cielo, que él ocultó en una caverna —explicó el maestro Li—. Las llaman Anales del Cielo y de la Tierra, porque supuestamente versan sobre asuntos que afectan por igual a los hombres y los dioses. En ocasiones alguien presenta una vieja tablilla de arcilla procedente de la caverna de Yu. Habitualmente el mensaje implica un negocio lucrativo para el descubridor, pero un par de las tablillas contenían profecías que resultaron ser asombrosamente correctas.

Tomó el informe sobre suelo y vegetación y lo agitó hacia mí. Su expresión me puso muy nervioso.

—Buey Número Diez, según esto, no hay nada malo en la Senda de los Príncipes, así como no había nada de malo en las cosas verdes y fecundas del sur hasta que el emperador Li Ling-chi agitó la mano —gruñó el maestro Li —. Si uno pasa por alto ciertos adornos narrativos, no hay nada imposible en la historia de las mandarinas. Una tremenda concentración de *ch'i* atraería

fuerzas vitales menores como un imán atrae filamentos de hierro. —El viejo me taladró el cerebro con los ojos—. Después de la destrucción de un tramo de la Senda de los Príncipes, tuviste un sueño. En él intuiste un *ch'i* extraordinario, una fuerza vital palpitante, procedente de un fragmento redondo de arcilla que era de color naranja. ¿Acaso tu mente dormida te guiaba al cuento del emperador y las mandarinas?

Mi mente estaba oscura y turbia como un charco de fango. Automáticamente tragué mi zumo de ciruelas con vinagre.

—¿Una piedra tocada por el Cielo? —preguntó el maestro Li—. ¿Una piedra adorada por el Príncipe Risueño? Lo único que sabemos con certeza es que algo destruyó tramos de la Senda de los Príncipes, y un sonido extraño se asocia con ello.

Niño Luna tragó saliva. Abrió ojos grandes y asombrados.

—Creo que puedo decirte qué es ese sonido —dijo con un hilo de voz.

Los templos confucianos no tienen sacerdotes ni culto formal, pero tienen una congregación regular de fabricantes de campanas. Eso se debe al *pien-chung*, una fila de dieciséis campanas de piedra que cuelgan de un soporte de madera. Las campanas no tienen badajo y se golpean con vigas de madera que oscilan sobre sogas, y para la mayoría de la gente el sonido es sordo e insulso, pero los fabricantes de campanas lo ven de otra manera. «Cuando la campana habla, la piedra responde», reza una inscripción en el marco de madera, pues una campana de metal bien afinada produce un eco similar en una campana de piedra similar, y es el dispositivo de afinación más preciso que se conoce.

Había un templo confuciano a poca distancia. Niño Luna acarició afectuosamente las campanas de piedra. Estaba en su elemento, y se tomaba a pecho su tarea.

—Los antiguos separaban los instrumentos musicales en categorías correspondientes a los trigramas de Fu Hsi —dijo, y por un momento de locura pensé que oiría otra conferencia sobre el laúd Wen Wu—. Cada instrumento se define por cuatro cualidades: el material con que está hecho, el punto cardinal de su fuerza más grande, la estación que sugiere y el fenómeno sónico relacionado.

Comenzó a confeccionar un bastidor con piezas de bambú.

—La armónica está clasificada como calabaza, noreste, invierno/primavera y el ruido del trueno. La cítara es seda, sur, verano y el crepitar del fuego. Todos los instrumentos eran fáciles de clasificar hasta que llegaron a la piedra sonora, y los antiguos se enzarzaron en una discusión que duró casi seis siglos. Era fácil mencionar piedra, noroeste y otoño/invierno. El problema era el fenómeno sónico relacionado, y su decisión definitiva aún es muy controvertida. No será fácil, pero trataré de mostraros por qué hicieron esa

elección.

Alzó dos de las campanas de piedra hasta el bastidor de bambú y las dispuso de tal modo que las bocas casi se tocaban. Cogió dos vigas y las meció hasta que los extremos rozaron el lado de las campanas.

—Buey ha tratado de describirme el extraño sonido de Senda de los Príncipes —dijo—. El maestro Li ha hablado de una piedra que podría haber sido tocada por el Cielo, y que podría estar poseída por un *ch'i* abrumador. Sólo sé que la piedra produce dos sonidos diferentes, y la mayoría de la gente sólo oye el sonido de la superficie. El otro sonido procede del alma.

Comenzó a chocar las vigas contra las campanas con suavidad y rapidez. Un sordo ruido de piedra llenó el templo. Sus manos se movían con creciente celeridad. Una vibración me causó un revoltijo en el estómago. Las manos de Niño Luna eran borrones y la vibración se convirtió en un zumbido que sacudía el templo. Agachó la cabeza y su boca casi tocó la angosta brecha entre las dos campanas. La garganta de Niño Luna comenzó a vibrar como la de una alondra. Noté que de algún modo vertía su voz en las dos campanas simultáneamente, pero lo único que oía era el zumbido. Brotaba sudor de la cara de Niño Luna. Su garganta vibraba cada vez más rápido. «Cuando la campana habla, la piedra responde», y las piedras empezaban a responder. Era un eco casi inaudible debajo del zumbido vibrante, cada vez más fuerte. Luego el eco irrumpió, y mi corazón casi se zafó de sus amarras.

Kung… shang… chueeeeeeh…

El maestro Li no había podido oír el sonido en Senda de los Príncipes, pero ahora parecía que le hubieran pegado con una pértiga. Cuita del Alba lloraba.

—¡Eso es! —exclamé—. ¡El sonido que oí era mil veces más puro y más fuerte, pero es ése!

Kung… shang… chueeeeeh…

Niño Luna retrocedió, empapado de transpiración.

—Los antiguos —jadeó— decidieron que el fenómeno sónico relacionado con el alma de la piedra era nada menos que la Voz del Cielo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el maestro Li.

Y así siguió durante todo el trayecto hasta el Valle de las Penas.

—Vaya, vaya, vaya… Vaya, vaya, vaya… Vaya, vaya, vaya…

Hacía meses que no lo veía tan feliz.

El príncipe Liu Pao estaba encantado de vernos. Al principio yo también estaba encantado, pero entonces el maestro Li presentó a Cuita del Alba. El príncipe dio un brinco en el aire y su tez pasó del rosado al blanco mientras él y Cuita del Alba entablaban una conversación de este tenor:

—¿Quieres té?

—No, gracias, alteza.

—¿Vino, quizá?

—No, gracias, alteza.

—¿Pasteles? ¿Fruta?

—No, gracias, alteza.

—¿Qué tal unos cisnes? —preguntó esperanzadamente el príncipe—. ¿Dinero? ¿Corderos? ¿Seda?

Como ésos eran los clásicos regalos nupciales, comprendí que yo estaba en apuros. La reacción del príncipe ante Niño Luna fue igualmente entusiasta, y al rato los tres se entendían tan bien que empecé a tener pensamientos profundos sobre la creencia de Cuita del Alba de que parte del alma que compartía con Niño Luna se había perdido en la Gran Rueda de las Transmigraciones. ¿El alma errante se había instalado en el príncipe Liu Pao? Le pregunté al maestro Li qué pensaba, pero él sólo gruñó con indiferencia.

Estaba pensando en otra cosa. Toda su atención se concentraba en la piedra misteriosa del Príncipe Risueño, y se instaló en la biblioteca del monasterio y se puso a revisar antiguos documentos en busca de cualquier mención de una piedra insólita. Le pidió al príncipe que hiciera lo mismo con los documentos de su familia, y a mí me mandaron a ver qué podía hallar en cuentos y leyendas campesinos.

Esa tarea me distrajo, alejando mis pensamientos del príncipe y Cuita del Alba. Las leyendas sobre piedras que contaban las comadronas de la aldea eran las mismas que había oído toda la vida, así que probé con otra clase de historia tradicional. Los herreros están rodeados por chiquillos como las flores por abejas, así que decidí echarle una mano al herrero de la aldea. Después de levantar el yunque varias veces y de haber curvado algunas barras de hierro con las manos, tenía a todos los chiquillos que necesitaba, y al cabo de dos días pude irrumpir a la carrera en la biblioteca del monasterio.

—¡Una piedra! ¡Una piedra mágica! —exclamé. El maestro Li apartó la vista de los pergaminos y parpadeó—. Es un cuento para niños, y muy antiguo —añadí alborotadamente—. Hasta ahora sólo he oído una descripción vaga, pero sé que trata sobre un héroe que se interna en una caverna secreta y encuentra una piedra mágica. ¿Y sabes que trata de hacer con ella? —pregunté retóricamente—. ¡Trata de matar al Príncipe Risueño!

El maestro Li se reclinó y unió las puntas de los dedos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo.

14

Rara vez se permite que los adultos asistan a las reuniones de la Sacra y Solemne Orden del Lobo, pero el príncipe Liu Pao no era un visitante común. La luna estaba muy brillante. Al escuchar una atiplada ululación de búho, respondí con dos maullidos de gato, y un niño salió de las sombras y nos condujo por un laberinto de tupidos arbustos hasta el flanco de un peñasco bajo. El príncipe, el maestro Li, Niño Luna, Cuita del Alba y yo nos arrodillamos y nos arrastramos por una abertura, y cuando nos incorporamos estábamos dentro de una pequeña caverna. Trece niños de once a catorce años nos saludaron formalmente. Celebraban el ingreso del décimo tercero, Cabeza Rapada, en la pandilla de varones del Valle de las Penas, y nos permitirían quedarnos hasta que llegaran a los códigos y las consignas secretas.

Una antorcha ardía en el fondo de la caverna. Junto a ella yacía el esqueleto de un niño que había tenido la misma edad que los miembros de la pandilla. Era un esqueleto muy antiguo, y la muerte del niño había sido violenta. Tenía las costillas aplastadas, y dentro estaba la punta de hierro de una vieja lanza. Seguimos el ejemplo de la pandilla y nos inclinamos ante los huesos.

El cabecilla se llamaba Orejas de Ciervo.

—Nos inclinamos ante Lobo, como lo hicieron nuestros padres y abuelos —anunció formalmente Orejas de Ciervo—. Nos reunimos en su honor, y nuestros distinguidos visitantes podrán añadir un detalle a su historia.

Los niños se sentaron en semicírculo frente al esqueleto. Nos sentamos detrás de ellos, y Orejas de Ciervo tomó un antiguo anillo del dedo deshecho del esqueleto. Se lo entregó cortésmente al príncipe, que lo examinó y lo pasó a los demás. El anillo era de hierro negro, y tenía grabada una cabeza de lobo. El maestro Li estudió el interior del anillo con interés. Había rayas tenues y marcas que para mí no tenían sentido. Le devolvimos el anillo a Orejas de Ciervo, que lo puso en su lugar con pleitesía.

Hubo una breve ceremonia para la purificación del niño que ingresaba, Cabeza Rapada, pero los ritos sagrados se reservarían para cuando nos hubiéramos ido nosotros. Cuando Orejas de Ciervo comenzó el cuento de

Lobo yo quedé defraudado. Era como mil historias semejantes, y casi podía predecir lo que sucedería a continuación.

Un leñador encuentra a un bebé en un cesto en su umbral. Del cuello del bebé cuelga un cordel con un anillo y una tablilla de arcilla. Ni el leñador ni su esposa saben leer, así que llevan la tablilla a un sacerdote, que les lee: «Cuando el anillo encaje en el dedo, llevad al niño al Templo de la Fuente». Ellos no tienen hijos, así que deciden criarlo como propio, y lo llaman Lobo porque el anillo tiene una cabeza de lobo.

Cuando el niño cumple doce años el anillo le encaja en el dedo, así que el leñador lo lleva al Templo de la Fuente del Maestro, que es célebre por resolver asuntos extraños. Un sacerdote busca los registros y dice que, según instrucciones dejadas hace doce años, Lobo cuenta con edad suficiente para enterarse de que tiene un primo que vive en el valle Ling-chou, un sujeto muy inteligente conocido como Ah el Artífice. Lobo debe visitar a su primo, pero no le han dejado ninguna información para guiarlo. El sacerdote entrega a Lobo un arco de madera, que parece ser su única herencia salvo el anillo, y con muchas lágrimas Lobo se despide de sus padres adoptivos y parte en busca de su destino.

Ah el Artífice es un truhán clásico. Este sujeto codicioso y mezquino acepta al niño como esclavo y lo mata trabajando, pero Lobo al menos descubre que su madre murió durante el parto, y que su padre se llamaba Li Tan y era quizá el mayor artífice de todos. Luego el padre de Lobo cayó bajo el hechizo de una concubina del señor del valle vecino, el Valle de las Penas. La concubina era una bruja. Era una mujer bárbara llamada Corona de Fuego, a causa de su brillante cabello rojo, y tenía una hija llamada Niña de Fuego, de la edad de Lobo. La bruja y el padre de Lobo habían intentado matar al señor, el Príncipe Risueño, y habían sido ajusticiados, pero sus hijos habían desaparecido y así salvaron la vida.

—Un día —dijo Orejas de Ciervo— un misterioso forastero apareció a la puerta de Ah el Artífice. Hablaron en voz baja durante horas, y luego llamaron a Lobo. Cuando vio la cara del forastero, Lobo sintió un escalofrío de temor, porque…

—¡Lobo no tenía miedo de nada! —dijo airadamente Cabeza Rapada. Tenía el ánimo adecuado para un recluta.

—Lobo sintió un escalofrío de temor porque la cara del forastero era blanca como la muerte —gruñó Orejas de Ciervo—. Era de un blanco morboso y pegajoso como el vientre de un pez, y el corazón del forastero era frío y sus ojos se habían puesto azules, y una barba roja le cubría la cara como una araña peluda, y estaba…

—Estaba ebrio —dijo Cabeza Rapada—. Mi padre me llevó a Soochow, donde hay muchos bárbaros, y los bárbaros siempre están borrachos.

—¡Aún no había tocado el vino, y no interrumpas! —aulló Orejas de

Ciervo—. Le dijo a Lobo que era un mercader y su caravana iba camino a Samarcanda con un cargamento de…

Orejas de Ciervo hizo una pausa y miró pensativamente a los invitados. Podíamos añadir un detalle intrascendente a la historia, y aún nadie se había preocupado por el cargamento. Se inclinó ante el príncipe, quien delegó la tarea en el maestro Li.

—Ardillas eslavas —dijo el maestro Li, entonando las palabras como una salmodia sacerdotal—. Petigrises desnudos y vientres y lomos de petigrís. Vencejos y pinzones, pieles de cabra y pieles de carnero, dátiles, avellanas, castañas, colas de esturión saladas, pimienta redonda, jengibre, azafrán, clavo de olor, nuez moscada, nardo, cardamomo, escamonia, maná, laca, cedoaria, incienso, mercurio, cobre, ámbar, perlas, bórax, goma arábiga, golosinas, alambre de oro, vinos, rubíes sangre de dragón, dados cargados y bellas bailarinas.

Sólo el maestro Li pudo haber incluido dados cargados y bellas bailarinas, y los niños guardaron un reverente silencio mientras lo asimilaban: durante diez o doce siglos el cargamento del maestro Li formaría parte de la historia de Lobo.

La voz de Orejas de Ciervo se redujo a un gemido repulsivo y rastrero.

—«Qué bonito muchacho», dijo el forastero. «Qué muchacho astuto y viril. Tengo una tarea ideal para un muchacho así, y quien la realizara recibiría seis brillantes monedas de cobre». Lobo lo miró en silencio. El rostro del forastero se contrajo con un terrible dolor. «¡Vale, siete!», gritó. «Verás, tengo una sobrina, una niña díscola e ingrata que ha robado una gema y se la tragó para ocultar el robo, y se ha escondido en una cueva en el extremo del valle. La entrada es demasiado pequeña para un hombre, pero un chico astuto podría meterse dentro y traer de vuelta a mi sobrina».

Lobo no quiere saber nada, pero Ah el Artífice insiste, así que coge su anillo, su arco y una antorcha y se mete por una pequeña abertura en una cueva oscura.

Entonces la historia se puso muy interesante, al menos para mí, y como resultó útil para el maestro Li, consignaré las partes importantes que recuerdo.

Lobo y Niña de Fuego

Lobo encendió la antorcha y miró en torno. No había nadie en la cueva, pero había un rincón oscuro y al acercarse descubrió con asombro una lisa escalera de piedra que descendía. Los ojos de Lobo centellearon y pensó en tesoros enterrados, y tensó el arco, se aseguró de tener el cuchillo a mano y echó a andar por la escalera. Los

escalones bajaban en una cerrada espiral, y Lobo empezó a oír ruido de agua. Al fin algo chispeó a la luz de la antorcha, y comprendió que era un río subterráneo en el centro de una caverna inmensa. El agua era negra como la pez, el color del cauce por donde corría. A la derecha había un fulgor, y se acercó cautamente y llegó a la primera antorcha de una larga hilera puesta en soportes sobre las paredes de piedra.

Daban buena luz, así que Lobo apagó su antorcha. Había un pequeño bote carmesí atado a un poste. Al lado había otro poste, y estaba manchado con gotas de agua. La mancha estaba húmeda, y Lobo desató el bote, lo abordó y se internó en la corriente.

Enormes estatuas talladas en piedra bordeaban las orillas. Lobo miró maravillado esas imágenes con cuerpo humano pero con cabeza de bestias o pájaros. ¿Qué podían significar? La caverna estaba en silencio salvo por el siseo de las antorchas y el murmullo del agua. Nada se movía. El bote continuó la marcha. Todo era negro, blanco o gris, salvo el fulgor anaranjado de las antorchas, pero entonces Lobo vio un destello carmesí. Dirigió el bote hacia un saliente de roca que colgaba sobre el lado del río, y debajo había un bote carmesí igual al suyo. Sujetó su bote al lado, nadó hasta la orilla y salió, y vio huellas de sandalias, todavía húmedas, que subían por un montículo de rocas desmoronadas. Lobo trepó, siguiendo ese rastro, y llegó a una pequeña zona lisa.

Algo aterrizó sobre su espalda y lo tumbó, un cuchillo centelleó frente a su rostro y un brazo pequeño trató de echarle la cabeza hacia atrás. Lobo pateó y rodó, apoyándose sobre el cuchillo, y logró ponerse encima de su atacante. Era una niña de su edad, medio china y medio bárbara, y su pelo era del color del fuego. Siseaba como un gato y luchaba con furia, pero Lobo era más fuerte y logró sujetarle ambos brazos, y los dos dejaron de luchar.

Se acercaban hombres por la ribera. Oyeron risas ásperas y un tintineo de armas, y algo en las voces indujo a Lobo y la niña a separarse y arrastrarse hasta el borde de las rocas para observar. Los soldados tenían rostros crueles y brutales y llevaban el uniforme del Príncipe Risueño, y Lobo comprendió que la caverna debía de llegar hasta el Valle de las Penas. Los soldados se alejaron y desaparecieron en la oscuridad, y Lobo y la niña se sentaron.

Había algo muy extraño. En vez de estar a oscuras, se perfilaban a contraluz, y comprendieron que ambos tenían algo reluciente en la espalda. Era el arco de Lobo y una de las flechas de la aljaba de la niña, y se asombraron al examinarlos. Había aparecido una frase sobre el arco y la flecha: una frase de fuego. Lobo miró a la niña y se sonrojó.

—No sé leer —susurró.

—Yo sé, un poco. —La niña tomó el arco de Lobo, se rascó la cabeza, frunció la nariz y leyó, con lentitud y vacilación:

En la oscuridad languidece la preciosa piedra.
¿Cuándo encantará el mundo con su excelsitud?

Tomó la flecha, se rascó la cabeza un poco más, arrugó la nariz un poco más y leyó:

La preciosa piedra, oculta,
ansia cumplir su destino.

Se miraron.

—Yo me llamo Lobo —dijo Lobo—, y mi padre era Li Tan el artífice. No lo conocí, y él me dejó este arco y un anillo.

—Yo me llamo Niña de Fuego, y mi madre era Corona de Fuego la bruja —dijo la niña—. No la conocí, y me dejó esta flecha.

—Dicen que mi padre y tu madre intentaron matar al Príncipe Risueño —dijo Lobo—. ¿Ese mercader bárbaro es realmente tu tío? Dijo que le robaste algo, pero no le creo.

—¿Qué le robé algo? —La niña escupió con furia—. Se llama Barbabroza el Bárbaro, y me llevaba para venderme como concubina al Príncipe Risueño, tal como vendió a mi madre, y cuando tenga la oportunidad lo mataré.

Mientras hablaban, las letras fulgurantes del arco y la flecha se desvanecieron, pero ahora había aparecido una tercera luz reluciente. Brotaba del anillo que Lobo tenía en el dedo, y se lo quitó. No había ninguna frase, pero las extrañas líneas y marcas del interior brillaban intensamente. Lobo examinó las marcas con atención, y vio que no todas las líneas relucían. Las líneas brillantes giraban sinuosamente entre filas paralelas de líneas oscuras.

—¿Podría ser el mapa de un laberinto? —susurró Niña de Fuego.

Lobo hizo girar el anillo para examinar más líneas ásperas en el exterior.

—Mira, estas líneas comienzan en la cabeza del lobo y siguen hasta el borde, y luego rodean el anillo y penetran en él, como si entraran en un agujero o túnel, y las líneas brillantes caracolean entre estas pequeñas aberturas hasta llegar a una marca circular, y allí se detienen.

La niña le cogió el brazo.

—¡Más adelante hay una estatua que tiene una cabeza de lobo similar a ésta! —exclamó.

Sin otra palabra regresaron a la orilla y corrieron hasta llegar a la

enorme estatua de piedra. Buscaron una marca o señal, pero no hallaron nada. Los ojos del lobo estaban clavados en una sección sombría de la pared de piedra, y cuando siguieron esa mirada encontraron un diminuto túnel lateral que era casi invisible. Lobo y Niña de Fuego lograron entrar por la abertura.

El anillo brillaba aún más, y los ojos del lobo eran como pequeños faroles. Había muchos pasajes laterales, pero Lobo siguió la configuración de las líneas del interior del anillo, y por si las dudas usaron los cuchillos para tallar marcas cuando entraban en otro pasaje. Viraron y giraron por un laberinto, y delante había una luz, y al fin entraron en una pequeña cueva redonda. La luz venía de una chimenea natural que subía por la piedra hasta un retazo de cielo azul y un pozo de rayos de sol.

La cueva tenía una mesa y dos bancos. En el suelo había una pila de antorchas, y frente a ellos había dos jergones. Entre los jergones había un estante de piedra natural. En el estante había tres cofres de bronce, y la misma leyenda estaba tallada en la piedra encima de los dos cofres de los flancos. Los cofres tenían tapas deslizables con forma de pez, y Niña de Fuego estudió las inscripciones y leyó:

No tires de las escamas
hasta que falle todo lo demás.

El cofre del centro tenía dos tapas que se plegaban con el símbolo del yin a la izquierda y el símbolo del yang a la derecha, y en la pared había cuatro ideogramas: *tung ling pao yu*.

—Piedra de penetrante poder espiritual —leyó Niña de Fuego.

Lobo abrió el cofre del centro. Dentro había un trozo de piedra. Era pequeño, delgado y afilado como una navaja, y tenía la forma de una punta de flecha. Niña de Fuego lo recogió. En cada lado había dos líneas escritas, y después de rascarse la cabeza y fruncir la nariz, leyó las cuatro líneas:

Cuando se piensa que el mal es sabiduría, la sabiduría se torna maligna.
Cuando se piensa que la crueldad es virtud, la virtud se toma crueldad.
La piedra derrota la crueldad y el mal
y vuela al corazón de Liu Sheng.

—Niña de Fuego, Liu Sheng es el nombre del Príncipe Risueño —dijo Lobo.

Cuando Niña de Fuego alzó la flecha que le había legado la madre, notó que no tenía punta. Había un surco para insertarla. Calzó la

piedra en el surco, y se quedó pegada como si estuviera sujeta con cuero. Alzó la flecha y se apoyó el centro del asta en el dedo. El equilibrio era perfecto.

—¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó en voz baja.

Lobo miró en torno. La chimenea que llegaba a la superficie estaba contra una pared, y él se acercó y encontró huecos para apoyar los pies y las manos. Se encaramó, se aferró, empezó a trepar. Era un largo ascenso, pero podía agarrarse bien, y al fin asomó la cabeza por el agujero y vio que había llegado al fondo de un profundo barranco. Frente al agujero vio una buena referencia: extrañas rocas de color rojo y esmeralda en el flanco del peñasco. Bajó.

—Puedes trepar por aquí —dijo, jadeando—. Si es necesario, podemos largarnos rápidamente. Niña de Fuego, creo que mi padre y tu madre querían que intentáramos matar al Príncipe Risueño si ellos fracasaban, pero no sé nada sobre él. ¿Por qué habría que matarlo?

Ella meneó la cabeza.

—No lo sé, pero será mejor que lo averigüemos.

Se cogieron de la mano y desandaron camino por el laberinto para ver qué encontraban.

(Aquí daré una síntesis, pues los detalles no eran importantes para el maestro Li. Descubren la terrible destrucción del Valle de las Penas y la espantosa cámara de torturas de la gruta. También descubren que los instrumentos de tortura son obra de Ah el Artífice, y que Barbabroza el Bárbaro vende a las muchachas que complacen al Príncipe Risueño antes de ser enviadas a la gruta. Son perseguidos por soldados, y un grillo les enseña a robar comida. La estatua con cabeza de lobo puede decir algunas palabras y les advierte sobre un géiser de vapor venenoso. También trata de prevenirlos sobre unos murciélagos, pero «murciélagos» puede significar cuarenta cosas más, a menos que se pronuncie con la inflexión adecuada, y como la estatua no puede mover los labios, no entienden la advertencia. Cada uno es capturado y salvado por el otro y descubren la sala del trono que el Príncipe Risueño ha construido en la caverna. Preparan trampas, dejando estacas afiladas en pozos que cubren con esteras que parecen piedra, y cavando debajo de pedruscos en las cuestas de pilas de rocas. Coinciden en que es preciso matar al Príncipe Risueño, y sólo es posible cuando la corte se traslada a la caverna. Suben por un túnel que tiene una vista de la sala del trono, y descubren que Ah el Artífice y Barbabroza el Bárbaro están entre los dignatarios. El Príncipe Risueño aparece y se sienta en el trono).

—¿Puedes acertarle? —susurró Lobo.

Niña de Fuego meneó la cabeza y le entregó el arco y la flecha a

Lobo. El Príncipe Risueño llevaba una túnica de monje, como los Monjes del Jolgorio que flanqueaban el trono, pero la de él no era variopinta. Su rostro estaba en las sombras de la cogulla, pero ojos relucientes y malignos atravesaban las sombras como agujas de fuego frío. Estiró la mano y arrojó lo que parecía un hígado humano a los siete murciélagos negros que se posaban en el respaldo del trono, y rió con un ruido de carámbanos quebradizos.

Lobo calzó la flecha y la estiró lentamente hacia atrás. Tensó los músculos para sostener bien las plumas junto a su oreja derecha. Cuidadosamente alzó el arco a la altura óptima para un tiro largo. La afilada punta de piedra centelleó a la luz de las antorchas, y los siete murciélagos aletearon en el aire con chillidos agudos que retumbaron en la caverna.

¡Amo, oh amo, una flecha anda cerca!
¡En la punta brilla la piedra que tú temes!

Los ojos relucientes del Príncipe Risueño barrieron la caverna. El túnel pareció llenarse de carámbanos. Lobo trató de lanzar la flecha, pero tenía los dedos congelados. También el brazo. El hielo entraba en su cuerpo y reptaba hacia su corazón.

Niña de Fuego aferró el arco y la flecha y tiró con todas sus fuerzas. Los ojos de carámbano se movieron y ella quedó congelada. Siete murciélagos negros volaban hacia ellos.

¡Amo, oh amo, un joven y una niña,
con un lobo en un anillo y fuego en cada rizo!

—¡Mi sobrina ladrona! ¡Cuatro piezas de oro al hombre que me la traiga! ¡Vale, cinco! —gritó Barbabroza el Bárbaro, conduciendo a un pelotón de soldados por la caverna.

—¡Traedme a mi ingrato primo, vivo o muerto! —aulló Ah el Artífice, conduciendo otro pelotón de soldados.

El Príncipe Risueño miró a sus Monjes del Jolgorio, y Lobo y Niña de Fuego cayeron hacia atrás como si se hubieran partido unas cadenas de hielo. Ahora era imposible un tiro limpio, así que se giraron y echaron a correr por el túnel. Cuando llegaron a la caverna central, los soldados les pisaban los talones. Unas flechas les silbaron junto a los oídos mientras se zambullían en el río, y unas lanzas atravesaron el agua mientras nadaban bajo la negra superficie hasta el otro lado. Emergieron, corrieron hacia un túnel lateral, pero Barbabroza el Bárbaro y sus hombres estaban detrás de ellos, gritando triunfalmente.

Lobo y Niña de Fuego comenzaron a contar en silencio: diez yaks y uno, diez yaks y dos, diez yaks y tres… Saltaron tan lejos como pudieron. Diez yaks y uno, diez yaks y dos, diez yaks y tres.

Saltaron de nuevo, y detrás venían terribles alaridos, y siete murciélagos negros volaban chillando por la caverna.

¡Amo, oh amo, tus valientes perecen
en fosas erizadas de estacas afiladas!

¿Dónde estaba Niña de Fuego? Lobo se detuvo, se volvió y la vio plantada con calma en el centro del túnel. La flecha sagrada estaba de vuelta en la aljaba. Había puesto una flecha común en el arco, y las plumas permanecían firmes junto a su oreja. Una silueta corpulenta avanzaba, aferrándose a la pared y sollozando de terror.

—Querido tío, un regalo de mi madre —murmuró Niña de Fuego.

La flecha chilló como una avispa y Barbabroza el Bárbaro se aferró la garganta y trató de extraer el asta. Saltó sangre, y él se desplomó, contorsionándose y gorgoteando. Niña de Fuego dio media vuelta y corrió hacia Lobo, y ambos siguieron huyendo. La salida del túnel estaba en lo alto de la pared de la caverna, encima de montículos de roca, y los soldados que estaban a orillas del río los vieron, los señalaron y gritaron triunfalmente. Lobo y Niña de Fuego esquivaron flechas mientras corrían por una senda angosta, sacando trabas de madera de abajo de las trampas que habían tendido. Siete murciélagos negros gritaron hacia el techo.

¡Amo, oh amo, en qué trampa hemos caído!
¡Tus soldados mueren bajo un alud de rocas!

¿Dónde estaba Lobo? Niña de Fuego se detuvo, miró en tomo y vio que bajaba por la cuesta de roca con el cuchillo entre los dientes. Ah el Artífice gritó de miedo y blandió su espada. Lobo eludió el mandoble. Ah el Artífice gritó y cayó, tratando de extraer la empuñadura del cuchillo de su estómago. Le brotaba sangre de la boca, y tembló en el suelo. Lobo dio media vuelta y regresó por las rocas a Niña de Fuego, y siguieron huyendo. No había más pasajes laterales hasta llegar al túnel secreto. Estaban al descubierto, y siete murciélagos negros aleteaban sobre sus cabezas.

¡Amo, oh amo, aquí corre la presa!
¡Sin escape por detrás ni por delante!

Un viento frío silbaba en la caverna. Lobo y Niña de Fuego dieron media vuelta y miraron horrorizados al espectro del mal encarnado. Un gran murciélago negro volaba hacia ellos. Las alas tenían cuarenta pies de envergadura, y los colmillos relucían como enormes lanzas, y llevaba una corona real en la cabeza, y los ojos eran los ojos del Príncipe Risueño.

Casi habían llegado a la estatua del lobo y quedaba una última trampa. Estaba destinada a soldados que los persiguieran en una barca, y Lobo buscó una soga y tiró. Una gran roca se liberó y rodó como trueno por la cuesta y saltó al aire, y al estrellarse contra el río levantó una cegadora cortina de espuma. Ocultos por el agua, se dirigieron a la pared y se escabulleron por la diminuta entrada y luego siguieron por el laberinto hasta su cueva. Detrás de ellos oían apenas los chillidos de siete murciélagos negros.

¡Amo, oh amo, la presa se ha escapado!
¡Miraremos cada rendija hasta matarlos!

La agotada Niña de Fuego se sentó en el suelo. Tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, vio a Lobo de pie en la chimenea, mirando el pozo de luz solar. Ruidos de soldados bajaban por la chimenea mientras el ejército del Príncipe Risueño buscaba fuera de la caverna, no sólo dentro.

—Echaré un vistazo —dijo Lobo. La miró con ojos grandes y graves—. Espérame, Niña de Fuego.

Trepó por la chimenea y se detuvo en lo alto. Luego desapareció. Niña de Fuego volvió a cerrar los ojos. Luego los abrió bien.

—¡Allí está el chico! —gritó un soldado desde arriba.

—¡Pelo rojo! ¡Allá está también la chica! ¡Ambos están fuera! —gritó otro soldado.

Niña de Fuego se levantó de un brinco. ¿Pelo rojo? ¿Una niña arriba con Lobo? Miró el estante de piedra que separaba los jergones, y los ensanchó aún más al ver que el cofre de la izquierda estaba abierto. Se acercó y miró solemnemente la leyenda: «No tires de las escamas hasta que falle todo lo demás». El cofre estaba vacío, excepto por una diminuta estría roja. En el fondo del cofre había una frase, y Niña de Fuego se rascó la cabeza y arrugo la nariz.

El joven muere mas no muere en vano;
la Rueda girará y él volverá.

Lobo se había llevado algo rojo para fingir que tenía pelo rojo, y

alejaba a los soldados de Niña de Fuego. Lo atraparían, por supuesto, pero ella podía escapar.

Niña de Fuego caminó hasta el último cofre de la derecha. La tapa con escamas de pescado se deslizó. Ella metió la mano y sacó una redoma de líquido claro. En el fondo del cofre había una frase.

La joven doliente que esto beba
será despertada con un beso.

Niña de Fuego fue a acostarse en su jergón. Se acomodó el pelo con los dedos y se alisó la túnica. Puso el arco y la flecha con la piedra en el suelo, y abrió la redoma. El líquido tenía un olor fresco y limpio, como hierbas del bosque después de la lluvia.

—Sí, Lobo, esperaré —murmuró, y alzó la redoma y bebió. Cerró los ojos y se durmió.

Gira la Gran Rueda,
un niño crece
y su cueva le espera.
El anillo de Lobo volverá a brillar,
mostrando el pasaje secreto.
Un roce de los labios abrirá los ojos
de la niña de fuego.
Luego volará la flecha sagrada
y morirá el corazón del mal.

—Los poemas son atroces, pero hay cierto mérito en algunas partes de la historia —dijo el maestro Li mientras regresábamos colina abajo a la luz de la luna.

—¡Ya lo creo! —exclamó el príncipe con entusiasmo—. Siempre supe que mi ancestro tenía ojos de carámbano y el alma de un murciélago negro.

—Creo que es una historia gloriosa —dijo Cuita del Alba.

—Incluso me gustaron los poemas —confesó Niño Luna.

—¡Es puro genio! —exclamé—. Cualquiera de esos niños podría ser Lobo renacido, así que deben pasar horas interminables buscando presagios. Aunque no sean Lobo, serán oficiales de su ejército, así que tienen que probarse a sí mismos en ordalías, pasando la noche a solas en el bosque de los Fantasmas Llorones, por ejemplo, o juntando Droga de Fuego en un agujero bajo la jarra de mala suerte de Wu el Malhumorado, así que cuando Wu la haga estallar durante el festival de primavera, él regresará a la tierra en alguna parte del Tíbet. ¡Y los murciélagos! Tienen que averiguar cómo lidiar con esos murciélagos, y eso significa lugares oscuros y secretos. Muchas telarañas y

arañas. Tenderán trampas ingeniosas para practicar. Y aprenderán hechizos para desviar el mal de ojo. Yo pensaba que mi vieja pandilla era especial, pero los Siete Bandidos Sanguinarios de la Caverna de los Huesos de Dragón ni siquiera merecen inclinarse ante la Sacra y Solemne Orden de Lobo.

El maestro Li me miraba con ojos severos.

—Quizá valga la pena hacer una breve mención de las extraordinarias referencias a una piedra —dijo agriamente.

El ejemplo de Lobo y Niña de Fuego me envalentonó.

—Maldición, es puro genio. Hace siglos los niños que encontraron la cueva comprendieron que si escogían como héroe a un esqueleto con las costillas aplastadas y atravesadas por una lanza, sería un héroe que había fallado en algo. Así que compilaron trozos y fragmentos de viejas historias heroicas y…

—Produjeron un relato que yo admiro salvo por los poemas. Los poemas son abominables. Lo más notable de ese relato es su naturaleza épica tradicional, en el sentido de que las palabras cobran un sentido casi religioso. ¿Alguien reparó en la actuación de Orejas de Ciervo?

Yo no había reparado en ella, pero Cuita del Alba sí.

—Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados —dijo—. Una vez dijo «el cual» y se apresuró a cambiarlo por «que». Era como mi querida Tai-tai, que preserva las palabras exactas de un antiguo cuento tal como las preservaron sus padres y abuelos.

El maestro Li la miró con afecto.

—Hazme saber si necesitas alguna adoración adicional entre las visitas de estos tres caballeros —dijo—. Eso es lo interesante de las referencias a la piedra. Orejas de Ciervo se aproximó mucho a la inscripción que está encima de las sacristías, y dos líneas eran exactas: «En la oscuridad languidece la preciosa piedra. ¿Cuándo encantará el mundo con su excelsitud?».

El príncipe Liu Pao extendió las manos.

—Sí, ¿pero qué es la piedra? —gimió—. Según el relato de los niños, es un objeto mágico que mata el mal. Pero mi antepasado la guardaba y la adoraba, lo cual no tiene sentido, a menos que estuviera enamorado de la idea del suicidio. Según Ssu-ma y el autor de la *Cámara Roja*, es la encarnación de todo mal. Según el sueño de Buey, es una abrumadora fuerza vital. ¿Es buena? ¿Es maligna? ¿Es algo más que una leyenda? Odio decir esto, pero aunque disfruté de la historia de Lobo, no nos lleva a ninguna parte.

—Príncipe, debo disentir respetuosamente —dijo el maestro Li. Parecía un mago que se disponía a meter la mano en un pastillero diminuto para sacar una pértiga enorme—. ¿Recordáis a esos misteriosos sujetos de túnica variopinta que aparecen y desaparecen por arte de birlibirloque? Bien, tengo la fuerte sospecha de que la caverna del cuento es la tumba del Príncipe Risueño, lo cual significa que la tumba es mucho más grande de lo que habíamos

imaginado. Por la mañana pondremos a prueba esta teoría.

15

El sol acababa de elevarse sobre el Cuerno Derecho del Dragón cuando el maestro Li nos condujo colina abajo hasta el fondo del barranco que estaba entre los dos picos. Yo llevaba una carretada de herramientas, y los demás empuñaban antorchas.

—Miles de campesinos trajinaron en la tumba del Príncipe Risueño —dijo el maestro Li—. ¿Pudo haberlos asesinado a todos? Algunos detalles de la tumba sin duda serían preservados en la memoria colectiva del Valle de las Penas, y una forma de preservación sería la antojadiza historia de Lobo, que llega a una cueva con Niña de Fuego y trepa por una chimenea de piedra natural. Asoma la cabeza y descubre que está en el fondo de un profundo barranco. Orejas de Ciervo, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, canta las mismas palabras preservadas a través de los siglos: «Frente al agujero vio una buena referencia: extrañas rocas de color rojo y esmeralda en el flanco del peñasco».

El viejo caminó hacia uno de los abruptos peñascos.

—Bajé aquí para tratar de averiguar cómo Buey pudo bajar por un lado y subir por el otro —dijo—. No encontré un sendero para subir, pero sí encontré esto.

Torció algunos abrojos gruesos, y vimos extrañas piedras de color rojo y esmeralda, casi como piedras preciosas, en medio del llano de granito.

—Príncipe, ¿hay algo parecido a esta formación en otra parte del valle? —preguntó.

Sin una palabra, el príncipe se puso a buscar el agujero de una chimenea natural y los demás nos desplegamos y seguimos su ejemplo. Pasó una hora hasta que Niño Luna gritó. Había subido al flanco de un peñasco, en el único sitio donde la cuesta permitía trepar con facilidad, y señalaba un tupido matorral de aulaga. Corrimos hacia él. Me abrí paso por la aulaga, y apareció un agujero negro. Yo había llevado una larga pértiga de bambú, y la inserté en el hoyo, pero no pude llegar al fondo. Dejé la pértiga con las demás herramientas, y el príncipe me ayudó a sujetar una escalerilla de cuerda. El maestro Li me alcanzó una antorcha, y comencé a bajar con el cuchillo entre

los dientes, sintiéndome como un pirata.

La escalerilla tenía la longitud justa. Bajé a una pequeña cueva redonda de la que salía un pasaje angosto. La luz de la antorcha reveló una antigua mesa de madera y dos bancos. En la pared había un estante de piedra natural. Cerré los ojos con fuerza y recé, y luego empecé a alumbrar toda la sala con la antorcha.

Confieso que había rezado para encontrar a una niña de trece años con pelo de fuego, que hubiera dormido durante siete siglos y medio. Me sentí muy defraudado al no verla.

—¡Bajad! —grité.

El maestro Li, el príncipe, Cuita del Alba y Niño Luna se reunieron conmigo. Encendieron sus antorchas, y ahora el resplandor nos permitía verificar que nadie había tocado el polvo del suelo durante años. Avanzamos con cautela por el pasaje y nos encontramos en una caverna mucho más grande. Ésta se había usado para tirar al blanco, y estaba dispuesto a apostar que el arquero había sido un niño… o una niña. Había flechas clavadas por doquier, incluido el techo, donde un antiguo andamiaje sostenía vigas. Había un viejo escritorio. A la izquierda del escritorio había una larga mesa de madera, y a la derecha había una fila de baúles forrados de bronce. Los baúles eran sencillos. Frente al escritorio había una plancha de metal incrustada en el suelo de piedra, y el maestro Li se rascó la nariz pensativamente mientras la examinaba.

—Esto parece la oficina de un pagador —dijo—. Los ingenieros y capataces se plantarían frente al escritorio para recibir el sueldo, y el Príncipe Risueño era famoso por sus travesuras.

Fue detrás del escritorio, buscó algo y tiró de una especie de palanca. Salté hacia atrás. Se oyó un rechinar metálico, y la plancha se dividió en dos mitades que bajaban sobre goznes. En el sitio donde debía situarse un capataz sólo había un agujero negro, y me arrodillé cautamente al lado y arrojé mi antorcha. La luz no llegó a tocar el fondo. Encontré un trozo astillado del viejo andamiaje, lo encendí con la antorcha y lo arrojé al pozo. Casi se apagó, pero luego volvió a encenderse y contuvimos el aliento.

Había aterrizado sobre rocas afiladas, entre dos cuerpos rotos. Tardé un instante en comprender que no eran antiguos esqueletos como los que estaban apilados en el túnel. Todavía tenían cabello, y trozos de carne seca, y la ropa estaba casi intacta.

—No más de veinte o treinta años —murmuró el maestro Li.

—Treinta y tres —susurró el príncipe. Tenía el rostro blanco y tenso—. Yo jugaba con ellos. Ah Cheng y Wu Yi, jardineros de la finca. Me dejaban montar el búfalo de aguas y palear estiércol y hacer muchas cosas interesantes que no debía hacer, y un día desaparecieron y no volvimos a encontrarlos.

El maestro Li tanteó un banco y se sentó en una nube de polvo. Miró

melancólicamente el pozo.

—Un manuscrito robado —murmuró, quizá para sí mismo—. Dos monjes muertos, un sonido exótico, árboles y plantas destruidos… ¿El asesinato de dos jardineros hace treinta y tres años también está relacionado? ¿Hallaron la entrada en el barranco y bajaron aquí? En tal caso, ¿qué vieron u oyeron que los llevó a la muerte? Si esos antipáticos personajes de túnica variopinta ya estaban liados, se fortalece la teoría de que puede haber una secta religiosa detrás de esto, adorando la piedra del Príncipe Risueño y quizá continuando un linaje que se remonta a los Monjes del Jolgorio originales.

El maestro Li se levantó de un salto.

—Éste es sólo un vistazo preliminar —dijo—. La próxima vez que bajemos aquí nos convendrá estar bien armados. Por suerte, el polvo nos indicará si alguien ha usado un pasaje. Exploremos un poco.

Había pasajes laterales que salían de tres paredes de la cueva. Todos ellos estaban apuntalados para prevenir aludes. Había andamios, postes y vigas por doquier, tan viejos que un estornudo fuerte podía quebrar la madera, así que avanzamos con mucho cuidado. El primer pasaje terminaba en un derrumbe que lo había bloqueado por completo, y también el segundo. El tercer pasaje era tan peligroso que nadie en su sano juicio se animaría a entrar en él. Era un milagro que el techo no se hubiera desmoronado años atrás. El cuarto nos llevó a otro montículo de rocas caídas, y así sucedía con todos los pasajes. Adondequiera fuesen, no se podía llegar desde la cueva, y si íbamos a explorar una caverna que formara parte de la tumba del Príncipe Risueño, tendríamos que encontrar otra entrada.

Era una decepción tremenda. El maestro Li maldecía sin pausa después del sexto pasaje, y todavía maldecía cuando subimos con desánimo la escalerilla y parpadeamos al sol. Regresamos al centro del barranco, y de pronto Niño Luna se detuvo y alzó una mano en señal de advertencia. Sus oídos eran increíblemente agudos.

—Caballos —dijo—. Muchos, y ruido de ruedas. También tintineo de armas. Vienen directamente hacia aquí, y si son esos monjes vestidos de payasos, no están bromeando.

No teníamos adonde ir ni tiempo para lograrlo. Caballos al galope y un enorme carro irrumpieron en el angosto barranco, y los misteriosos monjes de túnica variopinta habrían sido muy preferibles a la gente de rostro adusto que veíamos. El rey Shih Hu de Chao frenó sus caballos y nos miró desde su gran carro de guerra, y sus Doncellas Doradas se relamieron los adorables labios.

—Lamentamos tener que prescindir de la iluminación de tu sabiduría, Li Kao —murmuró el rey—. Un hombre que puede secuestrar a personas especiales en nuestro castillo merece escucharse, pero en nuestro carro sólo hay lugar para Niño Luna y Cuita del Alba.

Nos matará, pensé. ¿Por qué no? Desde su punto de vista éramos meros

ladrones que habían robado objetos valiosos de sus arcas. Decidí que sería mejor caer de hinojos y practicar unas abyectas postraciones, y más valía hacerlo pronto.

—¡Vuestra majestad no pretenderá ser propietario de personas! —dijo el maestro Li, con el tono de un caballero que inicia una conversación interesante—. Niño Luna y Cuita del Alba ni siquiera son vuestros súbditos, y quizá prefieran tomar sus propias decisiones.

Yo estaba de rodillas, golpeando el mentón contra la pértiga de bambú, cuyo extremo se deslizaba gradualmente hacia un rastrillo que había llevado con las demás herramientas. Sólo dos pies más, pensé, y probé con seis postraciones más.

—Los neoconfucianos alegarían que Cuita del Alba y Niño Luna, siendo de origen campesino, no deberían tener el menor derecho legal —dijo reflexivamente el maestro Li—. Vuestra majestad es demasiado inteligente para ser «neo» de nada, y demasiado justo para decidir arbitrariamente los destinos sin oír primero los deseos de la gente afectada.

—Li Kao, la capacidad de un monarca para ser arbitrario es lo que determina su duración en el trono —dijo Shih Hu, con una sonrisa difusa y tristona.

Movió los ojos hacia las Doncellas Doradas, que estaban calzando flechas en los arcos. Golpeé el mentón una vez más. La pértiga avanzó, y el mango del rastrillo entró en la punta hueca. El rastrillo estaba frente a los caballos que guiaban el carro. Cogí la pértiga, me lancé hacia delante y la elevé. El rastrillo se hundió en el blando vientre de un caballo, que corcoveó y relinchó y pateó el aire. Le acerté al siguiente caballo. Los caballos encabritados estaban en la línea de tiro de las Doncellas Doradas, y sentí que la mano del maestro Li me aferraba el cinturón, y me abalancé y repté entre los cascos hasta que estuve debajo del carro. El maestro Li se apartó del camino. Traté de apoyar el peso en los hombros y las piernas mientras empujaba hacia arriba. Mi columna vertebral emitía crujidos desagradables, pero yo intentaba alzar el carro de lado, y la gran mole del rey ayudaba a desequilibrarlo.

Se volcó con estrépito, los caballos cayeron en una maraña de pataleos, y yo me arrastré entre ellos mientras las Doncellas Doradas maniobraban para dispararme. Tenía que pillar a un rehén regio antes de que las muchachas me pillaran a mí, y Shih Hu me esperaba. Incluso logró mantener su dignidad natural mientras se sentaba en el suelo como un gran Buda, empuñando su daga y sonriendo.

Oí un chasquido en la manga del maestro Li cuando el resorte de ratón extrajo el puñal arrojadizo de la vaina y se lo puso en la mano, y un gemido casi simultáneo cuando la hoja me rozó el oído. El rey maldijo cuando el puñal le perforó la mano, y soltó la daga. Me abalancé sobre él, rodeándole la garganta con el brazo y apoyándole la daga en la nuca.

Las Doncellas Doradas gruñeron como panteras. Movieron los caballos con perfecta disciplina, rodeándome por todas partes. El rey no me prestaba más atención que a un mosquito fastidioso. Sin inmutarse se arrancó el puñal de la palma y lo arrojó lejos, y luego, con un movimiento de un brazo enorme, me envió volando hacia atrás. Ni siquiera se dignó mirarme. Las flechas retrocedieron, me apuntaron al corazón.

—Alto —dijo el rey. La autoridad tronaba bajo la voz serena, y ellas bajaron las flechas. Él se puso de pie y fue a arrodillarse junto a Niño Luna, que sostenía a Cuita del Alba en los brazos. El asta de una flecha le sobresalía del pecho.

El asta dorada le había apuntado al corazón, y me quedé sin aliento al comprender que Cuita del Alba había muerto.

—¿Quién pudo hacer esto? —susurró el rey—. Ninguna de mis niñas dispara porque sí. —Alzó la enorme cabeza. Las Doncellas Doradas se inclinaron ante su mirada, todas menos la capitana. Sus ojos de águila eran desafiantes, pero era como afrontar la mirada del sol. Bajó los ojos con un temblor en los labios. Una lágrima le humedeció la mejilla.

—Meng Chang, ¿tanto era tu dolor? —murmuró el rey—. Tendrías que haber venido a nos, niña mía. Los celos son una emoción espantosa. Transforman pinchaduras de alfiler en heridas sangrantes, pero no era preciso tener celos. Nuestro amor por Cuita del Alba no disminuía nuestro amor por ti.

El maestro Li se había arrodillado junto a Cuita del Alba. Alzó la cabeza con asombro.

—No lo creo, pero todavía respira —dijo.

Mi corazón saltó como una trucha moteada.

—Si sobrevive a esto, durará hasta que el monte Yun-tai caiga sobre ella —murmuró el maestro Li.

Tendió la mano hacia el asta como para extraerla.

—No —ordenó el rey. Por primera vez me miraba, y por primera vez noté que una flecha de las doncellas me había atravesado la parte carnosa del muslo izquierdo. La punta sobresalía en el aire. Era ancha, y volver a pasar semejante punta de flecha por el cuerpo era matar a la persona herida.

Yo partí la punta de mi flecha, extraje el asta y la arrojé, y luego corrí hacia Cuita del Alba y partí el extremo emplumado de la flecha que le atravesaba el pecho. Contuve el aliento mientras el maestro Li bajaba lentamente el asta. Mi mano estaba debajo de la espalda de Cuita del Alba, y al fin sentí la punta contra la carne. La cabeza salió, y arranqué la flecha por completo.

Cuita del Alba aún respiraba. El maestro Li vendó pulcramente la herida. Me pareció que Cuita del Alba sollozaba sofocadamente, pero luego comprendí que era Meng Chang, la capitana de la guardia. Cuita del Alba trató de abrir los ojos, pero no pudo.

—Tai-tai, ¿estás enferma? —susurró—. ¿Quieres que te cante, Tai-tai? A veces el dolor se calma si te canto.

Lo que sucedió a continuación nos dejó apabullados. Muchas veces habíamos oído cantar a Cuita del Alba, pero nunca como entonces. Cantaba para aplacar el dolor de la anciana que la había adoptado y le había dado un hogar y un nombre, y lo que brotaba de sus labios y su corazón era un milagro.

No sé describirlo, salvo para decir que era como la magia sonora de Niño Luna mezclada con las gloriosas y relucientes pinturas del príncipe Liu Pao. Era inefable.

Oí notas puras que subían el cielo, apartando las nubes, yendo más allá de la luna, sumándose al fulgor de las estrellas del Gran Río, y luego elevándose al Cielo para danzar entre los dioses. La última nota se demoró, cambiando sutilmente de tono y color, y luego comenzó a descender. La voz pura aleteó entre las maravillas que hallamos en las gotas de lluvia y los ondeantes arroyos de primavera, y los sonidos suaves y soñolientos del verano, y los ruidos limpios y crepitantes del otoño. El viento aullaba y caía la nieve, pero Cuita del Alba cantaba sobre una marmita humeante y una cacerola hirviente en una casa acogedora donde una anciana yacía abrigada en su cama. Las notas bajaron con mayor suavidad, disolviéndose en un arrullo susurrante, hasta que la última nota se hundió en el silencio.

—Lo lamento, Tai-tai —murmuró Cuita del Alba—. No puedo cantar más. Duele cantar así. Es hermoso pero está mal, como robar.

Su cabeza cayó hacia atrás. Su corazón aún latía, pero ella estaba inconsciente.

Nos miramos en silencio. El rey de Chao se puso de pie y regresó a su carro. Sus manazas separaron a los inquietos caballos y los levantaron, y los calmó con palmadas y palabras suaves. Las Doncellas Doradas se separaron para dejar que se acercara a la capitana.

Meng Chang estaba muerta. Estaba tendida de bruces con las manos debajo, y la punta de la espada sobresalía por la espalda. El rey extrajo la espada y detuvo la sangre con su capa. La alzó y la subió a su carro y se quedó sentado en su diván con el cuerpo de la capitana en el regazo. Las Doncellas Doradas abrieron un pequeño cofre y sacaron un paño blanco de luto y lo echaron sobre la cabeza del rey, y una de ellas empuñó las riendas. El rey Shih Hu y sus Doncellas Doradas se marcharon sin mirar atrás, y nunca más volví a verlos.

Cuita del Alba era más resistente que el acero Kehsi de Hsinchou. El maestro Li pudo evitar la infección con emplastos de un moho arbóreo de feo aspecto, y ella se aferró tenazmente a la vida, pero la fiebre le provocaba alucinaciones, y decidí que estaba mezclando la historia de Lobo con algún

episodio de su propia vida. En su mundo íntimo estaba corriendo con alguien y era una carrera desesperada.

—Más deprisa… debemos correr más deprisa —jadeaba—. ¿Dónde está el recodo…? Más allá de la estatua de la cabra… Allá están el cuervo y el río… Más deprisa… más deprisa… Por aquí. Pronto… Soldados… Ocúltate hasta que pasen… ¡Ahora corre! ¡Corre!

En sus alucinaciones no siempre corría para salvar la vida, y recuerdo la asombrada expresión del maestro Li cuando ella se revolvió en la cama y dijo:

—Ama, ¿debo ir a la tienda de Chien? —Arrugó la nariz con repulsión—. Huele tan mal, y los barqueros hacen bromas groseras sobre las damas, y ese viejo cojo siempre trata de pellizcarme.

—¿Qué? —dijo el maestro Li. Se acercó y empezó a enjugarle la transpiración de la frente—. Querida, ¿por qué tu ama quiere que vayas a la tienda de Chien? —preguntó suavemente.

Ella volvió a arrugar la nariz.

—A comprar pieles de rinoceronte.

—¿Y dónde queda la tienda de Chien?

—A medio camino entre el canal y el lago pequeño de Ch'ing-hu.

El maestro Li silbó y se paseó por la habitación, y luego regresó junto a ella.

—Querida, ¿alguna vez tu ama te envió a la tienda de Kang Número Ocho? —preguntó.

Cuita del Alba sonrió.

—Me gusta la tienda de Kang Número Ocho —dijo.

—¿Dónde queda?

—En la Calle de la Moneda Gastada.

—¿Qué compras allí?

—Sombreros.

—Sombreros. Ya, por supuesto. ¿Y dónde compras los abanicos pintados de tu ama?

—En el Puente del Carbón.

—Supongo que ella también te manda a comprar el famoso puerco hervido de… ¿cómo se llamaba ese lugar?

—Wei el Gran Cuchillo —dijo ella.

—Claro. ¿Recuerdas dónde queda?

—Junto al Puente del Gato.

El maestro Li dio otras seis vueltas por la habitación. Cuando regresó a la cama, tenía las manos a la espalda y cruzaba los dedos.

—Querida, cuando tu ama juega a los naipes, ¿qué clase de baraja usa? —preguntó.

—Color melocotón —dijo Cuita del Alba con voz soñolienta.

—¿Y dónde consigue los dados?

—En el callejón Chuanchu.

—¿Y qué compras en Yao-chih?

—Cosméticos.

—¿Y dónde consigues hierbas raras?

—En Fenglai.

—¿Qué recibe tu ama de Chingsham?

—Pinceles para escribir.

—Desde luego. ¿Y ese hombre se encarga de mezclar su tinta?

—Ah, sí. Li Tinghuei.

—¿Y esa encantadora cortesana le confecciona papel rosado?

—Shieh Tao. Sí, es encantadora —dijo Cuita del Alba.

La fiebre regresaba. Cuita del Alba se revolvió mientras Niño Luna y el príncipe intentaban calmarla.

—Más deprisa… más deprisa… ¿Dónde está el pasaje? ¡Deprisa! Más soldados… Más deprisa… más deprisa… Vamos… Allá está la estatua del ibis…

El maestro Li se acercó al escritorio, se sentó, sacó su petaca y bebió un buen trago.

—Papel rosado de Shieh Tao —gruñó cuando interrumpió para respirar—. Abanicos pintados del Puente del Carbón y sombreros de Kang Número Ocho, en la Calle de la Moneda Gastada. Li Tinghue se encarga personalmente de mezclar la tinta. ¡Niño Luna! ¿Cuita del Alba sabe leer?

—Tanto como yo, es decir que no mucho —dijo él sin rodeos—. Buey Número Diez lee diez veces mejor que cualquiera de los dos.

El maestro Li empinó otro trago.

—Ya ni siquiera sé lo que digo —murmuró—. Ella tendría que leer la taquigrafía Blanco Volante.

Se levantó y encaró al príncipe.

—Alteza, esa maldita fiebre la matará si no logramos aplacarla, y el único medicamento eficaz que conozco requiere semillas de estramonio de Bombay. Niño Luna, Buey y yo saldremos a encontrarlas, y mientras las buscamos es probable que nos maten.

Niño Luna me miró a mí, miró al maestro Li.

—¿Qué debemos llevar? —preguntó.

16

No tiene sentido demorarme en mis emociones sobre Cuita del Alba, pero cuando me quedaba en vela por las noches pasaba las horas haciendo planes para el día en que ella se repusiera y el maestro Li la desposara. Los Ming tenían un vasto cobertizo en el fondo de la casa. ¿Lo necesitarían ahora que había muerto el bisabuelo? Podíamos comprarlo, y yo sabía cómo alzarlo con palancas y trasladarlo a la chabola, y podría prepararlo como aposento para mí y los huéspedes. Era reconfortante afinar hasta el último detalle de ese asunto, y al rato me dormía y soñaba con eso.

Paramos una vez antes de llegar al destino del maestro Li. Era el Pabellón del Unicornio, que es un triste comentario sobre la gloria terrenal. Los orgullosos dignatarios de la dinastía Han habían posado para retratos que estaban destinados a ser adorados por toda la eternidad, pero el Pabellón del Unicornio está en ruinas. Hay malezas por doquier. Nadie se ha molestado en reparar el techo desde hace un siglo, y hay goteras. La gente ha arrancado las puertas y el suelo de madera, y los retratos sólo han quedado porque nadie sabe para qué usarlos.

El retrato del emperador Wu-ti todavía está intacto, y ni siquiera un artista lisonjero podía ocultar que se parecía más a un toro que a un hombre. El retrato del Príncipe Risueño era semejante al que había en la finca, con esos ojos extrañamente desenfocados. Pero el maestro Li no estaba interesado en el príncipe. Había ido para echar un atento vistazo a la esposa del príncipe, Tou Wan.

—Un amigo mío que murió hace por lo menos sesenta años me contó algo interesante sobre Tou Wan —dijo el maestro Li—. Dijo que quizá fuera la única aristócrata cuyo alfiler para el cabello tenía una punta tallada en sencilla piedra, al estilo de los campesinos pobres, aunque en todo lo demás había sido una derrochona de proporciones clásicas.

La joven dama que nos miraba desde el retrato era muy hermosa, aunque yo no podía distinguir cuánto había de real y cuánto de adulación. Su cabello estaba sostenido por un alfiler largo, y la punta era apenas visible. El maestro Li lo estudió con la nariz a una pulgada de la superficie.

—Se refería a esto —murmuró—. Es piedra, en efecto, y el artista no se habría atrevido a añadir un toque sarcástico.

Dio media vuelta y echó a andar por el sendero.

—¿Recuerdas las palabras de Ssu-ma Ch'ien? El segundo hachazo rompió una pequeña astilla de la piedra del Príncipe Risueño, y parece que una pequeña astilla de piedra decoraba el alfiler de su esposa. Tendré que acordarme de preguntarle a ella al respecto.

Lo miramos intrigados, pero él no habló más del asunto.

Tratándose de Cuita del Alba, Niño Luna se tomaba sus deberes a pecho. Ni una vez se escabulló en busca de chicos bonitos, y viajamos con celeridad. En pocos días nos detuvimos en la cima de una colina frente al techo de un pequeño templo, y el maestro Li dijo que era nuestro destino.

—El Templo de Liu Ling —dijo—. ¿Sabéis algo de él?

Ambos respondimos que no.

—Éramos un grupo sensacional, pero Ling nos ganaba a todos —dijo el maestro Li, evocando viejos recuerdos con una sonrisa—. Puedo verlo en su carro tirado por dos ciervos, seguido por un par de sirvientes. Uno llevaba vino suficiente para matar a Liu Ling, y el otro llevaba una pala para sepultarlo en el acto, sin mayor consideración por el ceremonial confuciano. Cuando iba a visitarlo, me recibía en cueros, y todavía le oigo gritar: «El universo es mi morada y mi casa es mi única ropa! ¿Por qué estás entrando en mis pantalones?».

El maestro Li señaló el templo.

—Ling decidió que los hombres sólo escuchan mentiras, así que fundó el Templo de la Ilusión y dispuso que la orden continuara existiendo después de su muerte. Niño Luna, ¿puede la ilusión matar a un hombre por sí misma?

Niño Luna se encogió de hombros.

—Mi maestro, Lin Tsening, una vez ensordeció a un forajido persuadiéndolo de que oía a dos dragones monstruosos en la habitación contigua. No había dragones. El sonido real apenas bastaba para asustar a unos gorriones, pero el forajido quedó sordo.

—¿Buey?

—Una vez la abuela Ho se enfureció con su yerno —dije—. Lo puso en una especie de trance, y le dijo que se había caído por la escalera y se había lesionado la pierna izquierda. Cuando despertó, él se rió de ella, y un día después su pierna izquierda se puso negra y azul y empezó a hincharse, y estaba tan cojo que no pudo trabajar en una semana.

—Excelente —dijo el maestro Li—. Mis jóvenes amigos, necesito recordar algo. Hace muchos años, en una excursión, vi un estramonio de Bombay, pero hace tiempo que he olvidado dónde estaba. Por lo demás, necesito echar una mirada renovada a las cosas que he visto o deducido, pero que no he comprendido del todo. En pocas palabras, necesito viajar a los recovecos más

íntimos de mi mente, y quiero llevaros conmigo. No hay nada más peligroso que un viaje a la interioridad. Si la mente y los sentidos os dicen que una lanza os ha perforado el corazón, ¿importa si la lanza es real o imaginaria?

Pensé en ello.

—Me parece que de un modo u otro uno moriría —dije, y Niño Luna asintió aprobadoramente.

—Tenedlo en cuenta —dijo adustamente el maestro Li—. El Templo de la Ilusión es la obra maestra de Liu Ling, y muchas personas que han llegado hasta él en carruajes se han marchado en ataúdes.

Con esas palabras alentadoras echó a andar cuesta abajo. El templo era pequeño y despojado, y un pequeño patio conducía a una habitación austera donde un sacerdote leía un pergamino sentado ante un escritorio. No se molestó en alzar la vista cuando entramos. El maestro Li deslizó mucho dinero por el escritorio.

—Uno —dijo. Añadió otra pila—. Dos. —Añadió una tercera pila—. Tres.

El sacerdote siguió sin alzar la vista, pero agitó una campanilla, y otro sacerdote entró y nos condujo a una pequeña habitación que contenía sólo una fila de jergones en el suelo y una placa en la pared.

Quedé sorprendido. Había esperado música misteriosa, nubes de incienso y toda la utilería de la magia, pero al parecer las ilusiones de Liu Ling no necesitaban esa parafernalia. La placa estaba en una escritura sencilla que yo podía leer, y la estudié con interés.

Sueños de mariposa

> Chuang Tzu dijo: Una vez soñé que era una mariposa, flotando como pétalos en el aire, feliz de actuar a mi antojo, sin consciencia de mí. Pero pronto desperté, y entonces, aferrándome frenéticamente a mí mismo, fui Chuang Tzu. Me pregunto: ¿Chuang Tzu soñaba que era la mariposa, o la mariposa soñaba que era Chuang Tzu? Desde luego, si ponemos a Chuang Tzu y la mariposa lado a lado, vemos una diferencia entre ellos, pero, ¿acaso esa diferencia no es sólo la ilusión de la forma material?

El silencioso sacerdote reapareció con tres tazas de vino y tres pequeños cuencos, e indicó que debíamos comer y beber. El maestro Li comió el contenido del cuenco con aire de conocedor.

—No sé qué ponen en el vino, pero esto es Orejas del Diablo, el más potente de los hongos alucinógenos —dijo con indolencia. Señaló la placa—. Una vez Chuang Tzu preparó una comida con Orejas del Diablo. Luego tuvo una visión que explicaba todos los problemas desconcertantes de la

humanidad, y la escribió. Cuando volvió en sí, cogió ávidamente el papel, y he aquí lo que leyó: «Novio de Oveja se aparea con un bambú que no ha brotado por largo tiempo y produce plantas Paz Verde. Las plantas Paz Verde producen leopardos, y los leopardos producen caballos, y los caballos producen hombres. Con el tiempo los hombres regresan a Novio de Oveja». Lo resume bastante bien, ¿no os parece?

Me atraganté con mi hongo. Niño Luna logró comer el suyo, así que lo imité y luego me apoyé una mano en la coronilla y la otra en los dedos de los pies y esperé que mis manos se separasen o se unieran. No pasó nada, y empecé a respirar con más soltura. El sacerdote silencioso regresó y nos indicó que lo siguiéramos, y traspusimos una puerta que daba a un jardín. Miré las sombras con ojos incrédulos.

El ángulo del sol me indicaba que era por lo menos la doble hora del caballo. Habíamos entrado a primera hora de la mañana. De algún modo se habían disipado cuatro horas. ¿Qué había pasado con ellas? El maestro Li no parecía perturbado. Trotaba hacia una pequeña piscina redonda en el centro del jardín, y tenía una sonrisa feliz. Al acercarme vi algo blanco en el fondo y noté que un cráneo humano nos saludaba con una sonrisa.

—¡Ling, querido amigo! Vaya, hoy tienes un aspecto espléndido —dijo el maestro Li.

Niño Luna y yo casi nos caímos. No había una pizca de viento, pero los altos juncos que estaban detrás de la piscina se movieron: curvas, arcos, trazos punzantes. Era caligrafía; los juncos escribían en el aire.

—*¡Li Kao, naciste para tu colgajo!*

—Querrás decir «para tu colgamiento» —dijo dulcemente el maestro Li.

—*¡Quiero decir para la horca!*

Los juncos se empezaron a mover tan rápidamente que me costaba seguirlos, pero deduje que el difunto Liu Ling decía que el defecto del carácter del maestro Li no se podía explicar sólo por un porcentaje detestable, y en una encarnación anterior el maestro Li debía de haber sido hiena o escorpión, o incluso el Idiota Monarca Oriental de Tsi del Sur. Los juncos se agitaron mientras reseñaban la carrera de ese caballero.

—¡… *y les cortaba las manos y los pies*!

—No, yo no pude haber sido el Idiota Monarca Oriental de Tsi del Sur —dijo pensativamente el maestro Li—. También les habría cortado la nariz.

—¡… *no dejaba nada en pie*!

—Si haces algo, que no quede inconcluso —dijo el maestro Li.

—¡… *cada hombre, mujer y niño*!

—Un desperdicio. Algunas de las niñas debían de ser bonitas. Ling, viejo amigo, odio ser criticón, pero, ¿fue sabio rodearte sólo de agua?

Extrajo su petaca y vertió vino en la piscina, y Niño Luna y yo nos abrazamos para sostenernos. La oscura mancha de vino había formado un

remolino giratorio, y la punta descendía por el agua hasta la boca sonriente de la calavera. Los juncos estaban quietos. Entonces uno se movió.

Un eructo de Ling.

—Este vino es de tu época —dijo el maestro Li—. Se llama Rocío de Montaña de Haining… ¿Qué opinas?

Los juncos volvieron a moverse.

—¿Haining? ¿Esos patanes hacen este vino excelente? Supongo que hasta los escarabajos estercoleros tienen sus talentos. Hablando de escarabajos estercoleros. ¿Viento del Vientre ha terminado de matarse con la bebida?

—Todavía trabaja en ello —dijo el maestro Li—. Yo les digo a los dueños de su casa que su hígado está construido con una especie de carbón cristalizado, pero insisten en echarlo por el peligro de la combustión espontánea.

Vertió más vino en la piscina y bebió un trago. Los juncos se movieron de nuevo.

—¿Quiénes son la beldad encantadora y el luchador de feria?

—Éste es mi estimado ex cliente y actual asistente, Buey Número Diez —dijo el maestro Li—. Éste es Niño Luna, la principal autoridad del mundo en sonidos y en panderos iguales a melocotones.

Avanzamos y saludamos a la calavera con una reverencia. Los juncos se movieron.

—Niño Luna me hace desear que aún tuviera un pandero, pero, ¿por qué traes a jóvenes héroes ante un viejo charlatán que yace en el fondo de una piscina?

El maestro Li bebió otro trago de vino.

—Ante todo, quiero que Niño Luna se mire en un espejo —dijo con indolencia.

¿Era mi imaginación o los juncos se movían con cautela?

—¿Qué espejo tienes en mente?

—El único que importa.

—¡Cuidado, Li Kao!

—Otros han realizado el viaje. Incluso he oído que el emperador vino a ti en busca de un pasaporte, y todavía está entero.

Los juncos se agitaron.

—¡T'ang necesitó la intervención divina y un cuantioso soborno para salir! ¿Puedes contar con esa clase de ayuda? Yo puedo abrir la puerta, pero una vez dentro estáis por vuestra cuenta. ¿Los jóvenes han aceptado realizar ese viaje?

El maestro Li nos miró de soslayo. Yo me incliné ante la calavera.

—Ilustre señor, voy adondequiera vaya el maestro Li —dije.

—Nobilísimo sabio, la vida de una joven llamada Cuita del Alba corre peligro, y yo iré adonde sea menester —dijo Niño Luna.

Los juncos se quedaron quietos, y luego se movieron con desgana.

—Así sea. Li Kao, envía mi amor a la reina Feiyen si la ves. ¡Dioses, su hálito

era como una orquídea! Y da gracias a Li Po por dejarme sus dados cargados.

El agua de la piscina empezó a girar. Se arremolinaba cada vez más, desplazándose hacia el centro en círculos concéntricos, y mis ojos fueron atraídos por la calavera. Una luz extraña brillaba en las cuencas oculares vacías, llamándome, y la calavera parecía crecer a ojos vista. Huesos blancos llenaron el cielo, y la luz me absorbió, y me encontré caminando por una enorme cuenca ocular. El maestro Li y Niño Luna entraron por la otra, y estábamos de pie en un saliente de roca en lo alto de una montaña. Un viento frío me silbaba en los oídos, y a lo lejos chillaba un águila.

—Maravillosos efectos —dijo el maestro Li.

Frente a nosotros había una puerta de bronce incrustada en la roca. El maestro Li la abrió y entramos en un rellano y apoyamos los pies en el primer escalón de la escalera larga y sinuosa que nos llevaría al Infierno.

17

Los lectores bárbaros, por muy distinguidos que sean, tienen un concepto rudimentario del Infierno. No es culpa suya, sino de esos sacerdotes y letrados ignorantes que se aterran a dos falacias increíbles: que el Infierno está reservado para los condenados, y que el mundo es plano.

El mundo es un cubo que mide 233.575 pasos de lado. El centro del cubo está ocupado por el Reino del Infierno, y es el sitio donde se juzga a todos los mortales, santos y pecadores por igual. Por eso ningún habitante del cubo se cae, sin importar en qué lado viva. Todos somos atraídos hacia nuestro destino final, así que el Infierno siempre está «abajo» y el Cielo siempre está «arriba», dondequiera nos encontremos. Es así de sencillo.

El Reino es enorme. Hay ciento treinta y cinco Infiernos menores y diez Infiernos principales: hay uno para el juicio del Dios de los Muros y las Zanjas, uno para la Gran Rueda de las Transmigraciones, y ocho para el castigo de los pecadores. Los Infiernos menores albergan a personas que esperan el juicio, a personas que aguardan el traslado a la Tierra de Deleite Extremo del Oeste, donde se sentarán a los pies de Buda, a personas muy bienaventuradas que aguardan el traslado a la montaña K'un-lun, donde se sentarán a los pies del Augusto Personaje de Jade, y a muchos más que no intentaré enumerar.

Es ilegal que los vivientes entren en el Infierno, con raras excepciones que incluyen delegaciones oficiales del emperador de China. Aparte del emperador T'ang, sólo supe de otros dos que entraron ilegalmente en el Infierno y lograron regresar. Uno era Chou el Renegado, un malhechor tan audaz que una vez chantajeó al sol, y el otro era Ch'i el Loco, que se ha transformado en un semidiós al que han dedicado muchos templos. Considero que el maestro Li los supera a ambos, y por eso no estaba totalmente paralizado de miedo cuando descendíamos a la tierra de las sombras. El maestro Li, sin embargo, tenía sus dudas.

—Nuestra primera tarea será evaluar el nuevo régimen —comentó con preocupación—. Según cuentan, parece que el ex Primer Señor del Infierno, Yen-wang-yeh, pecaba de exceso de misericordia y lo han degradado, pero no

hay señales que indiquen quién está a cargo en la actualidad. Si han triunfado los legalistas, podríamos estar en apuros.

Descendíamos flotando en vez de caminar. Una bendición, pues bajar 116.787 escalones y medio es una tarea agotadora. Un pequeño círculo de luz fría apareció ante nosotros. Nos detuvimos ante un portal y miramos cautelosamente. Más allá de una llanura chata y gris se erguían las murallas de la ciudad principal, Feng-tu. No había sol, sólo un fulgor perlado en el cielo gris. Hasta los árboles y las flores eran grises, y los sonidos eran tenues.

Los demonios no eran grises. Algunos tenían rostro azul y feroces ojos rojos y largos colmillos amarillos, y otros tenían colmillos verdes, narices carmesíes y orejas negras. Eran tan horrendos como los demonios que vemos en sueños y arreaban a los muertos en largas filas que avanzaban lentamente hacia las puertas de la ciudad. La jerarquía social era absoluta. Los aristócratas formaban una fila, los comerciantes otra, los eruditos otra. Los burócratas, soldados y granjeros tenían sendas líneas y prioridades de entrada, con la nobleza cobrando precedencia y los actores al final. El ceremonial era formal y puntilloso. Los demonios obedecían a los trolls, que obedecían a los ogros, que obedecían a los diablos, y el maestro Li echó la cabeza hacia atrás y escupió con repulsión.

—Mierda de murciélago —gruñó—. Los neoconfucianos han tomado el poder. —Pensó en ello y recobró el ánimo—. En realidad, esto nos facilita la tarea. Niño Luna, ponte tus mejores joyas y tu ropa más costosa. Buey, tú debes tener el aplomo y la expresión facial de un campesino ideal, y yo me tomaré algunas libertades con la realidad actual.

Abrimos nuestras mochilas. Yo me puse un par de sandalias zarrapastrosas y un sombrero que parecía un nido de ratas, y rasgué la espalda de una vieja túnica para simular vergajazos. Una vez que adopté una expresión resignada de animal dócil con mi cara tosca, era un campesino que despertaría el afecto del mandarín más exigente. Niño Luna deslumbraba. Se necesitarían cuatro páginas para hacer justicia a su atuendo, y sus joyas habrían provocado la bancarrota de algunos reinos.

El maestro Li estaba increíble. Nunca lo había visto con todos sus atributos académicos, y estaba magnífico. Él había concluido sus exámenes como *chuang yuan*, el erudito número uno de toda China, y usaba con orgullo el emblema de la rosa. Además, tenia en el pecho un emblema de hachas y dragones imperiales: *chien kuan*, el temido censor que tiene poder para promover o decapitar en el acto. (Años atrás había tenido derecho a usarlo). Su gorra laqueada tenía los nueve botones del alto rango, y me entregó su parasol de funcionario. Lo armé y lo alcé por encima de la cabeza del erudito y del apuesto pavo real.

—¡Arrogancia, niños! —dijo el maestro Li—. Nunca olvidéis que las llamas del Infierno existen por el privilegio de preparar té para nobles

neoconfucianos como nosotros.

Aspiramos hondamente y nos internamos en el frío y gris paisaje del Infierno. Los demonios fruncieron la nariz con repulsión ante el aroma de la carne viviente, y ojos feroces se volvieron hacia nosotros.

—¡Toma nota de ese sujeto gordo de ojos rojos con colgajos de carne en los colmillos! Diez azotes por dejadez —dijo el maestro Li, y Niño Luna garabateó en un libro—. ¡Mira esas filas! ¡Sumamente lentas, y ni siquiera rectas! ¿Aquél no es el cadáver de ese tipo que se hacía llamar duque de Chou? ¿Desde cuándo un chulo ocupa un lugar en una fila de aristócratas? Este lugar necesita una buena limpieza, junto con unos centenares de decapitaciones.

El enérgico anciano parecía ser el tipo de persona que uno hace atender por sus superiores, y los colmillos y garras revolotearon pero no atacaron. Marchamos rápidamente hacia las puertas. Niño Luna tenía el aplomo natural de la gente bella. Inclinaba la cabeza graciosamente como si agradeciera los aplausos, y un leve ceño fruncido indicaba que cuando menos los ogros debían alfombrarle el camino con incienso y pétalos de flores. Entre tanto, yo estaba descubriendo por qué muchos integrantes de mi humilde clase se enorgullecen de su servilismo y sus azotes.

Yo sostenía un parasol en alto, lo cual significaba que yo también marchaba bajo la cubierta de gasa negra amarillenta, los forros de seda cruda roja, los tres niveles y las puntas plateadas que identificaban a un funcionario de altísimo rango. Era el lugar indicado para mí. ¿Qué es un gran funcionario sin un campesino a quien azotar? Una sensación de poder pasaba del mango a mi mano, y descubrí que la expresión más natural del mundo era una sonrisa socarrona y altanera. La esclavitud es un maravilloso refugio contra la incertidumbre.

Los diablos que custodiaban las puertas alzaron las zarpas para detenernos.

—¡Mira esas uñas mugrientas! ¡Veinte azotes! —protestó el maestro Li, y marchó entre ellos. Yo aferré el parasol con todas mis fuerzas, y pronto traspusimos las puertas y entramos en la ciudad. El maestro Li dejó atrás la vasta basílica del Dios de los Muros y las Zanjas, dirigiéndose al palacio del Primer Rey Yama, y cuando nos aproximamos a las puertas supe que estábamos en un aprieto. Nadie podía pasar sin la autorización de un diablo de alto rango que tenía rostro negro, ojos carmesíes, colmillos de acero, alas de hierro y una cabeza cubierta de víboras movedizas en vez de pelo. Bocanadas de humo salían de sus orejas y fosas nasales. Me pregunté si el castañeteo venía de mis rodillas o las de Niño Luna, y decidí que estábamos ejecutando un dueto.

El maestro Li tocó su emblema de censor imperial y miró a la espantosa criatura con el distanciamiento científico de un carnicero que examina una chuleta.

—¡Señor Li de Kao, emisario del Hijo del Cielo, para ver al Registrador

de Existencias Pasadas! ¡De inmediato! —rugió.

El demonio lo miró con el ceño fruncido. Brotaron llamas de su boca.

—¿Acaso detecto insolencia? —preguntó fríamente el maestro Li. Arrancó un broche de esmeralda de la túnica de Niño Luna y la arrojó al río de hierro fundido que corría dentro de los muros del palacio—. Sería lamentable que tuviera que denunciar que un portero insolente robó un valioso broche e intentó tragarlo para ocultar el delito. —Volvió los ojos fríos hacia el vientre de la criatura—. Aunque sería divertido observar cómo tus superiores recobran la prueba —añadió.

Sin otra palabra se volvió y marchó hacia las grandes puertas de acero. Me apresuré a alcanzarlo, y estaba tan cegado por el sudor y el terror que no noté que las puertas se habían abierto hasta que mis sandalias comenzaron a hacer ruido contra el suelo de mármol.

Hasta el maestro Li tenía una línea de transpiración en la frente. Sólo Niño Luna parecía impasible. Seguía agradeciendo aplausos imaginarios, aunque parecía un poco molesto por la falta de trompetas de bienvenida, y yo erguí la espalda y alcé el parasol un poco más. Por un largo pasillo llegamos a una vasta habitación donde un ejército de escribientes ordenaba papeles.

El personal del Infierno está compuesto no sólo por demonios sino por espíritus comunes. (Aclaremos que los demonios no son malignos. El renacer como servidor del Infierno constituye uno de los tantos ciclos de la Gran Rueda, y la sed de sangre sólo forma parte del proceso, como cuando alguien se encarna en un tigre). El jefe de los escribientes debía de haber sido banquero en su última encarnación. Tenía pelo fino y recto, cejas finas y rectas, ojos finos y rectos, nariz fina y recta, labios finos y rectos, hombros finos y rectos, manos finas y rectas apoyadas en el escritorio como paralelas, rodillas finas y rectas decorosamente apretadas, y pies finos y rectos plantados con firmeza en el suelo. Niño Luna lo miró pensativamente.

—Mío —dijo.

—Adelante —dijo el maestro Li—. Tenemos que llegar a la oficina del Registrador.

Fue como una de esas danzas de la ópera que dicen más de lo que pueden las palabras. Me ardían las mejillas mientras Niño Luna ondulaba grácilmente hacia el escritorio. Nunca le había visto hacer eso, y los ojos del escribiente se cristalizaron. Niño Luna sonrió. Al escribiente se le desencajaron los ojos, y perlas de sudor motearon su frente. Niño Luna murmuró palabras suaves. Las rodillas finas temblaron bajo el escritorio. Niño Luna murmuró un poco más. Las manos finas se retorcieron y los pies finos golpearon el suelo. El pobre sujeto llegó a decir algo, y la mano que Niño Luna tenía detrás de la espalda señaló una puerta lateral. El maestro Li y yo nos desplazamos sigilosamente hacia ella. Niño Luna gesticuló y accidentalmente rozó la mano del escribiente, y el escribiente se puso de pie y se desplazó temblorosamente hacia

la puerta, golpeó respetuosamente y la abrió.

Entramos antes de que el escribiente se enterase de lo que ocurría, y Niño Luna lo recompensó con una palmada en la mejilla antes de cerrarle la puerta en la cara.

Yo esperaba otro ejército de escribientes, pero el Registrador de Existencias Pasadas estaba sentado a solas ante un enorme escritorio, casi sepultado bajo libros contables. El rostro que elevó hacia nosotros me evocó pinturas de Heng-chiang, el General Husmeador. Sus cejas eran verticales y sus ojos saltones como los de una rana, y su nariz estaba arrugada como si constantemente olfateara algo desagradable. El maestro Li lo saludó como a un igual, y la reverencia de Niño Luna combinaba perfectamente la pleitesía y la condescendencia.

—¿Qué? —dijo el Registrador.

—Señor Li de Kao, emisario del Hijo del Cielo, y el Hijo del Cielo está furioso —dijo el maestro Li.

—¿Qué? —dijo el Registrador.

—Una intrusión tan indecorosa sería intolerable si no se tratara de problemas graves, ¿y qué puede ser más grave que el uso deficiente del Caldo del Olvido? —tronó el maestro Li.

—¿Qué? —dijo el Registrador.

El maestro Li dio media vuelta y me señaló con los ojos.

—¡Mira a este obtuso y pulguiento representante de las clases bajas! —exclamó airadamente—. ¡Su conocimiento debería limitarse al agro, la fidelidad y la flatulencia, pero él sostiene que recuerda cada detalle de una existencia previa en que fue el bisabuelo de esta gema de la corte actual!

Niño Luna entendió la alusión y se inclinó grácilmente.

—¡No sólo eso, sino que este patán babeante que se rasca la entrepierna declara que fue tutor de los príncipes de la dinastía Sui! —aulló el maestro Li — ¡Cuenta anécdotas sobre el libertinaje del emperador Yang que te pondrían los pelos de punta, si los tuvieras, y cada vez que abre su necia boca, proclama que fue el señor Tsing!

(Eso me dio mi señal. Tsing era el nombre del estimado asistente del abad en el monasterio cercano a mi aldea, e instruía a los niños cuando terminaban de trabajar en el campo. Era un sujeto dulce y amable que sufría de pedantería terminal, y yo solía imitarlo para entretener al maestro Li).

—¡Acércate, palurdo! —Babeé, me rasqué la entrepierna y me acerqué. El maestro Li miró en torno y señaló un recargado cuenco de bronce—. ¿Qué motivo decorativo es ése? —rugió.

Procuré que se me nublaran los ojos, y mis mandíbulas crujieron como goznes sin aceitar mientras se abrían implacablemente.

—*T'sao t'ieh*, o «máscara de glotón», es un motivo distintivo de la dinastía Shang e inicios de la dinastía Chou —recité con voz monótona—. Es una cara

de animal vista de frente, a veces reconocible y a veces estilizada para asemejarse a un monstruo fabuloso. Está achatada sobre una superficie lateral o curvada sobre una esquina; en cualquiera de ambos casos, un reborde suele dividirlo en mitades simétricas, y cada uno tiene un ojo saltón. A cada lado de la cara, a veces en proporción adecuada y a veces no, se extiende un cuerpo en perfecta simetría con su contrario, como si hubieran cortado el cadáver a lo largo del espinazo y hubieran desplegado las dos mitades como aditamentos alados de la cabeza. Los cuerpos tienen cualidades serpentinas y dragontinas, y se enroscan en espirales o en bucles geométricos, y están cubiertos por diseños geométricos o espirales, a veces incluyendo *t'sao t'ieh* más pequeños. La misma máscara de glotón habitualmente aparece muchas veces en una vasija. Es un diseño llamativo, poderoso y singular, y lo que representa… —pausa, lenta cuenta hasta diez— no se sabe.

Los ojos de Niño Luna se habían cristalizado, y se tambaleaba. El Registrador de Existencias Pasadas estaba echado sobre el escritorio. Alzó la cabeza cuando su barbilla chocó contra el tintero. Me escarbé la nariz. Niño Luna se despabiló, cayó a mis pies y empezó a besarme las sandalias.

—¡Tatarabuelo! —exclamó.

Mis ojos turbios apuntaron a una maceta de flores grises. Mis implacables mandíbulas se abrieron con un crujido.

—Las siguientes plantas y flores —recité— crean estados de ánimo. La flor de la cereza acompaña a la poesía, la orquídea acompaña a la reclusión, el crisantemo acompaña al sabor rústico, el loto acompaña a la sencillez de corazón, el capullo de la cereza acompaña al donaire, la peonía acompaña al éxito, el bambú acompaña al encanto caballeresco, la begonia acompaña a la belleza seductora, el pino acompaña al alejamiento, el plátano acompaña a la ausencia de preocupaciones, el sauce acompaña al sentimentalismo, el…

—¡Por el amor de Buda, basta! —aulló el Registrador.

—Estremecedor, ¿verdad? —dijo el maestro Li—. ¿Cómo podemos dudar de que este gusano fue tutor de príncipes cuando puede dormir a un regimiento entero en dos minutos? ¡La persistencia del recuerdo de existencias previas es un asunto extremadamente grave!

—No lo entiendo —susurró el Registrador—. Centenares de estos casos se denunciaron en el pasado, pero en los últimos siglos hemos sido muy minuciosos.

—Podría ser un timo —señaló el maestro Li—. El Hijo del Cielo ha propuesto una prueba infalible, que es la razón de esta visita. Haremos que esta criatura repulsiva se plante ante Nieh-ching-tai, y la verdad será revelada.

—¡Es totalmente ilegal que los vivientes se sitúen ante el Espejo de Existencias Pasadas! —exclamó el Registrador.

—Los dioses hacen la vista gorda cuando la causa es justa y sabia —dijo orondamente el maestro Li—. Además, este pavo real aspaventoso sostiene

que es el tataranieto, y el timo a menudo es obra de una complicidad.

Niño Luna se puso pálido y tembló de forma convincente, y los ojos del Registrador relucieron. Los burócratas y los cortesanos no se profesan gran amor, y minutos después caminábamos por un laberinto de corredores. Se abrió una gran puerta negra que mostraba un túnel oscuro en cuyo extremo había un fulgor verdoso. Cuando nos acercamos, noté que era un espejo natural formado por un inmenso cristal incrustado en la pared de piedra.

Un aura de imponencia sagrada aureolaba el Espejo de Existencias Pasadas. De pronto me encontré haciendo genuflexiones, y los demás hacían genuflexiones frente a mí. Nos levantamos. Las marcas de dos sandalias estaban dibujadas en el suelo frente al espejo y el maestro Li me empujó hacia delante. Apoyé los pies en las marcas y alcé lentamente los ojos. La luz verde del espejo palpitaba como un corazón. Vi con claridad mi propio reflejo, pero los demás no se reflejaban. Una extraña sensación de paz había entrado en mi corazón. No me asusté cuando una voz suave me habló al oído.

—¿Por qué una persona viviente se coloca ante mí?

No sabía qué responder, así que dije lo primero que se me ocurrió.

—El maestro Li busca la verdad.

La luz verde palpitó en silencio.

—Así sea —dijo la voz—. Mírame, Buey Número Diez.

Dos columnas aparecieron en los lados del espejo. Una tenía el encabezamiento «Virtudes», y la otra el encabezamiento «Pecados». Luego mi imagen se disolvió y volvió a formarse, y comprendí que estaba mirando mi primera existencia sobre la tierra.

Yo era una mancha viscosa que no podía identificar, algo parecido a una medusa diminuta. La mancha se combinaba con otras para formar medusas más grandes. Luego me transformaba en una cosa con zarcillos, y luego en una cosa reptante, y al fin me deleitó reconocer una de mis existencias: un platelminto. Las columnas de virtudes y pecados seguían vacías.

Renací como pez. Luego me transformé en planta, en hongo y en insecto. Renací como mariposa halcón, cucaracha, vaca y gato color carey. Estaba muy orgulloso de mí mientras ascendía en la escala de las existencias.

Fruncí el ceño. Parecía estar en retroceso. Me transformé en un alga, un fragmento de espuma de estanque, seis clases de piedra, cuatro árboles y varias plantas. Luego empecé a ascender de nuevo por la escala: una planta, un gallo de bosque, un geco, un perro tuerto de patas zambas y orejas carcomidas cuyo cuerpo mostraba las cicatrices de mil batallas de callejón. Las columnas de pecados y virtudes permanecían tan vacías como las mentes del Estado Mayor. Aguardé con ansiedad mi primera existencia humana.

Ahí estaba. Cobré forma de ser humano. Miré boquiabierto el conocido y feo rostro de Buey Número Diez, y cuando palpé mi cuerpo, vi que el reflejo de mis manos se movía en el espejo. Las columnas de virtudes y pecados

desaparecieron.

—¡Diablos! —exclamó el maestro Li.

—Aquí abajo no decimos eso, pero entiendo a qué te refieres —dijo el Registrador—. ¡Extraordinario! Este joven es tan inocente como un albaricoque.

—No tanto —dijo torvamente el maestro Li—. Ahora sabemos que nunca fue tutor de príncipes, y me pregunto qué pasará con su cómplice. ¡Pavo real, adelántate!

Niño Luna ocupó mi lugar frente al espejo. Eso era lo que el maestro Li quería desde el principio, y admiré la astucia con que lo había logrado.

Aparecieron columnas de virtudes y pecados. La imagen de Niño Luna comenzó a disolverse, y también él se convirtió en una especie de borrón. De nuevo vi la procesión de manchas y cosas con zarcillos, pero luego todo cambió drásticamente. En rápida sucesión Niño Luna se transformó en hiedra venenosa, una mata de belladona y un racimo de bayas rojas al que no me habría acercado ni con una pértiga. Ascendía por la escala a gran velocidad, y cobró forma de tarántula, cobra y una criatura horrible que movía veinte tentáculos. La criatura se disolvió en la imagen de una dulce anciana de ojos relucientes.

La anciana trajinaba en la cocina, echando polvos verdes y morados en una cacerola humeante. Allí hervía un líquido negro, y la dulce anciana cloqueó de deleite cuando un minino lamió el líquido, se puso azul y cayó redondo. La columna de los pecados comenzó a mostrar actividad, y al parecer la Gran Rueda de las Encarnaciones decidió retroceder y probar de nuevo.

La anciana se disolvió en algo que no pude identificar, pero el maestro Li murmuró que parecía un caso de lepra. La lepra se disolvió en un gusano deforme, un buitre, un sapo venenoso, una cochinilla, un retazo de escolopendra y luego un niño risueño y feliz que torturaba a un geco. La columna de pecados volvió a mostrar actividad, y la siguiente encarnación de Niño Luna era materia de leyenda: Mu, el Monje Loco de Marisma de Medianoche.

El demoniaco monje se disolvió en arenas movedizas mientras la Gran Rueda de las Encamaciones probaba de nuevo. La arena movediza se disolvió en un febril vapor de pantano, una serie de arañas, un murciélago vampiro, una hiena y finalmente en Niño Luna, pero Niño Luna vestido de niña y jugando con un gato. Me alivió ver que no lo torturaba. Luego noté que Niño Luna entrenaba al gato para arrancar los ojos al bebé de su rival, y el espejo titiló como si juntara fuerzas para un esfuerzo final.

Una luz aureoló el hermoso rostro de Niño Luna. El nimbo adquirió cada vez más brillo, vibrando como lenguas de fuego. Niño Luna cambiaba sin cambiar, reordenándose de un modo que era familiar y extraño a la vez. Irguió la cara. Alzó los brazos como si buscara el sol. Colores brillantes lo rodeaban y

lo atravesaban. La columna de pecados estaba rebosante y se estiraba por la pared, y la de virtudes permanecía vacía.

De pronto las columnas desaparecieron. La imagen desapareció. Se formaron palabras en el espejo: «El juicio trasciende la jurisdicción de los tribunales menores, y está reservado para la Deidad Suprema». Las palabras desaparecieron y Niño Luna se quedó mirando su propia imagen.

—El Cielo nos guarde —susurró el Registrador.

—Increíble —dijo el maestro Li—. ¡Agradezcamos a los dioses que este sujeto no está bajo nuestra jurisdicción! El Hijo del Cielo escogerá un castigo provisional para él y su palurdo cómplice, pero será mejor que eche un vistazo al Registro de Almas, para asegurarme de que una sentencia terrenal no entre en conflicto con una sentencia divina.

Dudo que el Registrador de Experiencias Pasadas normalmente hubiera permitido semejante cosa, pero estaba conmocionado. Dócilmente permitió que el maestro Li pasara un minuto en la sala donde se guardaba el Registro, y luego se apresuró a escoltamos de regreso por el laberinto, abrió una puerta, nos sacó de un empellón al patio y dio un portazo.

El maestro Li se arqueaba de risa.

—¡Vaya par que sois! —rió—. Es un honor viajar con jóvenes caballeros tan distinguidos, así que viajaremos para visitar a un amigo mío, y luego a Tou Wan, la esposa del Príncipe Risueño.

Tuve que admirar a Niño Luna. Acababa de descubrir que sus existencias previas rompían el récord mundial de maldad, pero se acicaló como si nada hubiera pasado y mantuvo firme la voz.

—A riesgo de parecer estúpido, ¿por qué no vamos a ver al aristócrata homicida en persona? —preguntó razonablemente.

El maestro Li echó a andar en silencio.

—Sería un poco difícil —respondió al fin, aclarándose la garganta—. Verás, según el Registro de Almas, el Príncipe Risueño logró eludir a los alguaciles, y nunca llegó al Infierno.

18

Hoy creo que fue una suerte que Niño Luna y yo estuviéramos obsesionados con imágenes de una momia loca que salía de su tumba para ir a la habitación donde Cuita del Alba yacía indefensa. Nos impedía reparar en los detalles del Infierno, y algunos eran muy desagradables. Nos aproximábamos al río How Nai-ho, que es el límite entre el Primer y Segundo Infiernos. Lo cruzan tres puentes: uno es de oro y lo usan los dioses visitantes y sus emisarios; otro es de plata y lo usan los virtuosos; el tercero es un derruido puente de bambú sin barandas y lo usan los pecadores. Los pecadores gritan despavoridos mientras intentan cruzar el río. Inevitablemente se caen, y horribles perros y serpientes de bronce chapotean en el agua abriendo las mandíbulas. El agua burbujea con sangre, pero es sólo un anticipo de lo que vendrá, porque los cuerpos mutilados llegan a la ribera opuesta y sanan milagrosamente, y demonios risueños conducen a los pecadores a lugares donde el tormento comienza en serio.

El maestro Li marchaba hacia el puente de oro mientras Niño Luna clamaba:

—¡Abrid paso al señor Li de Kao, emisario del Hijo del Cielo!

Así dejamos atrás a demonios de mirada fulminante y cruzamos el puente de oro como si fuéramos los dueños. El Segundo Infierno castiga a los intermediarios deshonestos de ambos sexos, y a los médicos ignorantes o inescrupulosos. El tormento no es de los más terribles, pero el olor es nauseabundo, y Niño Luna y el maestro Li se apretaron pañuelos contra la nariz. Yo estaba acostumbrado a los establos, así que no me molestaba demasiado. Avanzamos por largas hileras de pozos, y al fin el maestro Li se detuvo ante un sujeto gordo cuya cara compungida y fofa estaba sepultada en blando estiércol hasta la barbilla. A pesar de la pestilencia podía oler la carne viviente, y alzó lentamente los ojos.

—Oye, Li Kao, si es por esas tierras que te vendí…

—En absoluto —dijo el maestro Li.

—¡No sabía que el suelo era alcalino! Que el Cielo juzgue si yo… Eh, que el Cielo juzgue… eh… Ay, mierda.

—Sin duda eres un experto en el tema —dijo jovialmente el maestro Li—. En realidad, los Reyes Yama fueron muy misericordiosos, teniendo en cuenta que vendiste parte de esas mismas tierras a tu propio padre.

El sujeto gordo rompió a llorar, y las lágrimas trazaron surcos pálidos en la viscosidad parda que le cubría la cara.

—No les llames la atención sobre eso, por favor —sollozó—. ¡No te imaginas lo que los neoconfucianos están haciendo con este lugar! Me enviarían al Octavo Infierno, y eso es un horror inimaginable.

—Tendrías que ver lo que esos mismos tipos están haciendo con China —dijo sombríamente el maestro Li—. La otra noche soñé que habías regresado como médico de la corte, y hacía años que no me sentía tan feliz.

Era difícil comportarse con dignidad en esas circunstancias, pero el sujeto gordo lo intentó.

—No todos mis pacientes murieron —dijo altivamente—. ¡Algunos volvieron a caminar, y un par de ellos ni siquiera necesitaban muletas!

—¿Los que trataste por su resfriado?

—Resfriado o granitos. No es culpa del médico si un paciente lo consulta porque tiene un pellejito junto a la uña —dijo razonablemente el hombre.

—Eras un médico entre un millón —dijo afectuosamente el maestro Li—. ¿Quién más hubiera recetado óxido de arsénico para el hipo?

—¡Funcionaba!

—Ningún paciente está en condiciones de negarlo —dijo ambiguamente el maestro Li—. Pero no he venido a verte por tu pericia médica. ¿Recuerdas ese paseo que hicimos en Tungan? Debió de ser hace ochenta o noventa años, y he llegado al punto en que mi cerebro se parece a la sustancia en que estás sepultado. Lo único que recuerdo es una muchacha en un sampán escarlata.

La transformación fue asombrosa. La grasa pareció derretirse en la cara del sujeto gordo, y comprendí que alguna vez había sido un joven guapo de talante alegre.

—¿Tú también la recuerdas? —murmuró—. Li Kao, no ha pasado un día sin que pensara en esa muchacha. Qué tiempos, ¿verdad? Ella cantaba «Noches de otoño», arrojaba tortas de arroz al agua y reía mientras nos zambullíamos a buscarlas como patos. Por todos los dioses, espero que haya ascendido al Cielo.

—¿No había un festival? —preguntó el maestro Li.

—Un alborotado festival de aldea. Máscaras, tambores, monos danzarines, y ese fornido granjero te ayudó a levantarte después de que le pusieras el ojo morado y te coronó Rey de las Pulgas. Estuvimos ebrios una semana, y cuando nos fuimos nos regalaron comida y flores.

Miró con tristeza su pozo de estiércol.

—Qué maravilloso era ser joven —susurró.

El maestro Li nos advirtió que nos mantuviéramos alerta a los demonios

mientras él se agachaba para darle un trago de vino al sujeto. Había pasado un largo tiempo desde la última libación, así que engulló un buen trago.

—Buda, este vino es maravilloso. ¿Rocío de la Montaña de Haining?

—El mejor —dijo el maestro Li—. En aquellos tiempos eras un ávido botanista, y creo recordar que después de despedirnos de la chica del sampán echamos a andar a campo traviesa. Pasamos un templo o convento, y cuando trepamos a las colinas, descubriste…

—¡El estramonio de Bombay! —exclamó el sujeto—. ¿Cómo podría olvidarlo? El hallazgo de una vida, y siempre planeé regresar, pero de algún modo el mundo me entretuvo y nunca fui.

—¿Podrías encontrarlo ahora? —preguntó el maestro Li.

El sujeto lo miró con un súbito destello en los ojos.

—Conque de eso se trata. Necesitas estramonio de Bombay, ¿verdad? Material peligroso, Li Kao. Siempre te liaste en los asuntos más endiablados, y tu supervivencia es uno de los grandes misterios del imperio.

El maestro Li le dio otro trago.

—Vaya par que éramos —dijo el sujeto cuando dejó de toser—. Yo estoy condenado y tú estás loco. Seré un pecador, pero al menos sé que no está bien privar a los niños y los lunáticos de sus juguetes, y si quisiera el único estramonio de Bombay que he visto en China yo iría dos millas más allá del Convento de la Nube Blanca, hasta el punto en que las colinas están más cerca de la carretera. Viraría al este y empezaría a trepar. Esquisto seguido por granito seguido por una especie de roca negra, y después de la roca negra llegaría a un claro frente a un peñasco. Atravesaría la broza, y justo contra el peñasco hay otro pequeño claro, y en el centro hay un estramonio de Bombay, a menos que alguien lo haya talado para obtener leña y así haya exterminado a su familia y sus vecinos.

Movió los ojos hacia Niño Luna y yo.

—Algo que ver con la Bella y la Bestia ¿eh? Cuídate, Li Kao. Esta es la zona blanda del Infierno. Más tarde necesitarás un pasaporte mejor que un parasol de funcionario.

El maestro Li se inclinó y se giró para irse.

—Los Reyes Yama son severos pero justos —dijo—. Las buenas intenciones pueden mitigar parcialmente los malos resultados, y la Gran Rueda aguarda pacientemente. Quién sabe. Al cabo de un par de encarnaciones en insectos y animales, quizá te encuentres navegando por el Yangtzé en un sampán carmesí.

El sujeto alzó la vista con frenética esperanza.

—No es posible que hayas echado un vistazo al Registro de Almas —susurró.

El maestro Li le guiñó el ojo. Echamos a andar por el sendero, y la última vez que lo vi el sujeto sollozaba de alegría ante la idea de renacer como una

muchacha que cantaba en un sampán, y lo último que oí fue que ensayaba «Noches de otoño».

Los tormentos de los Infiernos Tercero y Cuarto también son relativamente leves, y están destinados a pecadores tales como malos burócratas, calumniadores, adulteradores, falsificadores, avaros, comerciantes deshonestos y blasfemadores. Los tormentos serios comienzan en el Quinto Infierno, donde se castiga a los asesinos, los incrédulos y los lujuriosos. No intentaré describir los calderos de aceite hirviendo, los pozos de plomo derretido, las vigas de hierro hueco, la Colina de los Cuchillos y la Sierra. El maestro Li me dijo que tales cosas se utilizan en la mayoría de las culturas excepto la tibetana, y que los Reyes Yama no tenían intenciones de instituir las indescriptibles atrocidades del mundo tibetano de las tinieblas.

Según el Registro de Almas, Tou Wan no había sido condenada por asesinato y tortura sino por lujuria, y el Quinto Infierno ofrece a tales pecadores lechos en que enfriarse. Pasamos ante hileras de camas formadas con capas de hielo, a las que los pecadores estaban sujetos por cadenas de hierro escarchado. Los cuerpos desnudos tiritaban sin cesar y el ruido de articulaciones crujientes era continuo. Llegamos a la esposa del Príncipe Risueño en la quincuagésima fila.

Yo no estaba preparado para su juventud y belleza. Al igual que los demás, ella tiritaba y temblaba en sus cadenas, pero no gemía y tenía los ojos abiertos, en vez de cerrarlos con párpados cubiertos de lágrimas congeladas. El maestro Li se inclinó profundamente.

—Princesa, espero que perdonéis la intrusión —dijo—. Esperábamos entrevistar a vuestro noble esposo, pero al parecer no está disponible.

Ella entreabrió los labios con un ruido de hielo rajado.

—¿No está disponible?

—De algún modo logró eludir a los alguaciles. ¿Tenéis idea de cómo lo consiguió?

Ella soltó una risa irónica, y decidí que era la persona más recia que había conocido.

—Tendrían que haber buscado su alma dentro de la piedra —dijo.

—¡La piedra! —exclamó el maestro Li—. Dondequiera vamos, seguimos topándonos con referencias a esa piedra. ¿Tendríais la amabilidad de esclarecerme sobre ese tema?

La voz de Tou Wan era tan fría como el hielo en que estaba acostada.

—Arriesga una suposición, si quieres. Si aciertas, quizá te responda a un par de preguntas.

—Mi suposición es que la piedra fue partida en tres fragmentos, y el fragmento mayor se guardó en una sacristía, el segundo era usado por vuestro esposo como amuleto, y el último trozo se transformó en la punta de vuestro alfiler —dijo el maestro Li.

—Supones bien, anciano —dijo la princesa—. El necio entrometido de Ssu-ma Ch'ien la rompió, y hasta en eso estaba equivocado. La llamaba la Piedra del Mal, y su error le costó los cojones. ¿Qué nombre le darías a la piedra, anciano?

El maestro Li la miró pensativamente.

—No la llamaría maligna, ni la llamaría buena —dijo lentamente—. La consideraría una fuerza vital concentrada que en manos de un santo podría sanar todas las heridas, pero en manos de vuestro esposo podría herir todo lo que es sano, si disculpáis el razonamiento especioso.

—Cada vez mejor, anciano —dijo Tou Wan.

Cerró los ojos. Empezó a formarse hielo sobre sus labios. Pensé que había puesto fin a la entrevista, pero su cuerpo se sacudió espasmódicamente y el hielo de la boca se cuarteó.

—No era de él, nunca fue de él, era mía. Un amante me la regaló… Los amantes siempre me regalaban cosas… Tenía diez años cuando dejé que un niño creyera que me había seducido; me regaló los anillos de su madre… Un niño bonito fácil de entrenar, como un perro… ¡Acuéstate! ¡Siéntate! Su padre vino a buscar los anillos y también lo entrené… ¡Echa a rodar! ¡Ruega! Lo conducía con una trailla que sólo veían las mujeres; cuánto me odiaban, esas pelanduscas… Me hizo su esposa número siete, y los persuadí a él y su bonito hijo de ir a una guerra en que sin duda los matarían… Hsu era el abogado y Kung-sun era el magistrado… ¡Acuéstate! ¡Siéntate! ¡Echa a rodar! ¡Ruega! Arrojé a las otras esposas a la calle, y luego vinieron Yi Shou el mercader con sus joyas y carruajes, y el gobernador Kuo con sus casas y sus tierras, meneando la cola como buenos perritos que rogaban una caricia… No pude entrenar al príncipe Liu Sheng, pero me dio una corona… Fue su mayordomo quien me regaló la piedra… La piedra… Apretarla contra mi piel, sentir la pulsación… Mi esposo me la robó y la piedra lo volvió loco, más loco de lo que yo creía posible… La Pequeña Gira, la Gran Gira, mil segundos, la Perla Embrionaria… ¡Mata, mata, mata, mata, mata…! Ssu-ma rompió la piedra, y sólo me quedó esa astilla de mi alfiler… Esa criada, siempre mirándola, siempre codiciándola, tratando de robarla… La apuñalé, pero ella huyó con mi piedra… Mi criada y esa concubina con el anillo de Upuaut que le dio mi esposo… Los soldados las mataron, pero no hallaron la piedra… Era mía, toda mía… Mi esposo se negó a darme un segundo fragmento… Se rió y me mostró un tierno poema para mi féretro, y luego me hizo beber veneno… Monjes locos de túnica variopinta bailando y riendo alrededor de mi cama… Frío… más frío… Niebla, ruidos de agua, alguaciles arrastrándome a un mundo gris, Reyes Yama, hielo, hielo, hielo…

Tou Wan abrió los ojos. Me miró.

—Chico campesino, habrías sido un buen perrito. —Miró a Niño Luna con ojos profundos e intrigados—. A ti te habría adorado. —Miró al maestro

Li—. A ti no habría podido adorarte ni domarte ni entrenarte. Anciano, me das miedo. Lárgate.

El maestro Li se inclinó, y Niño Luna y yo seguimos su ejemplo. Tou Wan bajó los párpados y cerró la boca con un chasquido de cerradura. Alcé el parasol y seguimos la marcha por el sendero.

—Qué joven extraordinaria —dijo el maestro Li con admiración—. Es preciso acuñar la frase «más recia que Tou Wan», y debemos tratar de hacer algo por su lecho de hielo.

19

Atravesamos una llanura larga y gris que conducía a los grandes muros grises del Sexto Infierno. Una hierba gris se curvaba bajo una brisa gris y fría, y el cielo gris parecía desplomarse sobre nosotros.

—Maestro Li, no entiendo lo de la piedra —dije—. ¿No es maligna? Ssu-ma así lo creía, y escribió que el autor del *Sueño de la Cámara Roja* había citado los Anales del Cielo y la Tierra.

El maestro Li anduvo un rato en silencio.

—Buey —dijo luego—, no tenemos la certeza de que haya citado los legendarios anales, pero sabemos que tanto Ssu-ma como Tsao Hsueh Chin aceptaron como prueba la reacción de dos grandes hombres que poseyeron la piedra. Tanto Lao Tzu como Chuang Tzu exclamaron «¡El mal!» y se deshicieron de ella. ¿Querían decir que la piedra era maligna o habrán querido decir otra cosa? Existe por lo menos otra posibilidad, y se relaciona con la forma de la piedra.

¿La forma? Traté de recordar las palabras de Ssu-ma.

—Zona chata y lisa elevándose hasta formar un cuenco cóncavo y redondo. —¿Qué tenía que ver eso con el mal?

—Pero Tou Wan dijo que volvió loco a su esposo —señaló Niño Luna—. ¿Eso no implica que la piedra era maligna?

—No —declaró el maestro Li—. Las palabras de ella lo expresan con toda claridad. El poder interior de la piedra tentó al Príncipe Risueño a usarla en la disciplina ridículamente peligrosa llamada Respiración Ideal Taoista. El objetivo es la inmortalidad personal, que siempre es una invitación al desastre. Te acuestas de espaldas con la lengua apoyada en el techo del paladar para obtener rocío del cerebro, que así llaman los taoístas a la saliva. Normalmente presionas el dedo medio de cada mano contra la palma opuesta, pero sospecho que el Príncipe Risueño presionaba los dedos contra la pulsación *ch'i* de la piedra. Aspiras aire y lo retienes treinta segundos, y luego lo purificas soltando gotas de rocío cerebral y lo envías al pecho y el corazón. Ésa es la Pequeña Gira. Cada mes lunar incrementas el tiempo de retención del aliento en cinco segundos, y cuando puedes retenerlo ciento cincuenta segundos, estás

preparado para la Gran Gira.

—Retener el aliento dos minutos y medio puede ser peligroso —observó Niño Luna.

—Te mareas y te desorientas —dije—. Si lo prolongas, puedes dañar el cerebro.

—Claro que sí —dijo el maestro Li—. Ése es sólo el comienzo. La Gran Gira consiste en enviar aire purificado al pecho, el corazón, el abdomen, el hígado, los riñones y los órganos sexuales, y cada mes lunar continúas reteniendo el aliento cinco segundos más. Cuando llegas a los mil segundos, presuntamente producirás dentro del cuerpo algo llamado la Perla Embrionaria, que es un divino Elixir de la Vida.

—¿De la vida? ¡Estarías muerto! —exclamé.

—No necesariamente. El cuerpo es capaz de cosas asombrosas —dijo el maestro Li—. El problema es el cerebro. Necesita una provisión regular de aire fresco, y el Príncipe Risueño enloqueció.

Vi al Príncipe Risueño aferrando la piedra, reteniendo el aliento cada vez más, hasta que los médicos meneaban la cabeza y ordenaban que el Gong de las Nubes tocara el tañido fúnebre; vi a un príncipe loco envuelto en la oscuridad, aferrando la piedra y reteniendo el aliento mientras transcurrían los siglos; vi que sus ojos se abrían, y la tapa del ataúd se levantaba, y un lunático arropado en jade salía de su tumba; vi una sombra en el claro de luna, y a Cuita del Alba en su lecho de convaleciente…

—Buey, ésta es tu especialidad —dijo el maestro Li.

Volví bruscamente a la realidad. Había pensado que la llanura gris era lisa y continua, pero me equivocaba.

—¿Alguno de vosotros miró hacia atrás cuando entramos en el Infierno? —preguntó el maestro Li.

Ninguno de los dos había mirado.

—La puerta se cerró a nuestras espaldas y desapareció. Sólo quedó la pared lisa de un peñasco. Eso significa que tenemos un solo modo de salir del inframundo, la Gran Rueda, lo cual significa que debemos llegar al Décimo Infierno.

Estábamos ante el barranco Yin Yang, que está cruzado por una soga oscilante de sólo dos pulgadas de grosor. Nos paramos en el borde y miramos el abismo, que no parecía tener fondo.

—¿Qué os parece? —preguntó el maestro Li.

Miré en torno. Los demonios tienen criados de baja ralea llamados *raksha*. Algunos de ellos llevaban enormes cubos de agua en los extremos de largos yugos de madera.

—Maestro —dije—, creo que los dos aristócratas deberían aporrear al campesino insolente, y castigarlo con un yugo sobre sus estúpidos hombros.

Los demonios miraron aprobadoramente mientras el maestro Li y Niño

Luna me golpeaban, y no pusieron ninguna objeción cuando el enérgico y anciano dignatario detuvo a un *raksha* y le arrebató el yugo. Vacié el agua de los enormes cubos y les dije al maestro Li y Niño Luna que subieran. El maestro Li añadió piedras a su cubo hasta que el peso se equilibró, y me calcé el yugo sobre los hombros y me aproximé al puente de soga.

Quien haya visto a los acróbatas en los festivales sabe que mantienen el equilibrio con largas pértigas, y los campesinos pasan mucho tiempo llevando cosas-pesadas en los extremos de un yugo. Yo sabía que no sería difícil mientras no me venciera el pánico. Además, tenía un parasol mucho mejor que el de cualquier acróbata.

Apoyé la sandalia izquierda en la soga y avancé despacio, usando el parasol para reforzar el equilibrio. La soga oscilaba, pero eso no era un problema mientras yo no me resistiera. Pronto gané confianza. Era muy sencillo, y llegué al centro del barranco sin dificultad. Entonces surgió de las negras profundidades un sonido tan horripilante que supe que lo que acechaba allá abajo era mucho peor que todo lo que habíamos visto.

—¡Por Buda! Niño Luna, ¿qué fue eso? —preguntó el maestro Li desde su cubo.

El sonido se repitió, más fuerte y aún más horripilante, y el vello de mi nuca se erizó tanto que estiró la piel de mi rostro hacia atrás, y desnudé involuntariamente los dientes en una sonrisa ancha y nada alegre.

—¡El ministro maligno! —gritó Niño Luna aterrado—. ¡Son los labios de Ch'in Kuei, succionando a un pecador que se despeñó!

Casi me caí de la soga. Ch'in Kuei es el primer ministro que asesinó al gran Yueh Fei, y lo han castigado dándole un cuerpo que refleja su alma. Está compuesto sólo por enormes labios viscosos. Están erizados de pequeños dientes, y el ministro come sin cesar, sorbiendo la carne de los pecadores, empezando por los ojos, y ese sonido nauseabundo era como un gran viento que zamarreaba la soga, que se mecía frenéticamente sobre el barranco.

El sudor me cegaba. Me lo enjugué y traté de concentrarme en la soga, pero seguía imaginando unos labios gordos y babeantes que subían hasta mis pies. Me caería en cualquier momento. Sólo me restaba inclinarme hacia delante y echar a correr. El parasol era una ayuda, pues recibía el aire y tiraba hacia arriba, pero el problema era mantener los hombros erguidos para que los cubos no oscilaran, y tenía que andar con pasos cortos y rápidos porque la soga seguía vibrando. Tarde o temprano fallaría.

Desde el momento en que mi sandalia derecha fue hacia abajo supe que le erraría a la cuerda oscilante, y si me inclinaba a la izquierda para alcanzarla perdería el equilibrio por completo. Un chasquido de labios húmedos me alentó a empujar con el pie izquierdo y brincar hacia delante. Extendí las manos, y al caer mis dedos tocaron el borde del peñasco en el otro lado del barranco Yin Yang. Quedé colgado allí, pataleando rabiosamente mientras

buscaba apoyo, y mi pie derecho encontró una roca. En medio minuto me había encaramado al borde, y el maestro Li y Niño Luna cayeron de los cubos a la hierba gris. Me arrastré hacia delante mientras los repulsivos ruidos de Ch'in Kuei alimentándose de carne humana se desvanecían gradualmente.

—Buey, me preguntaba cuándo la situación se pondría emocionante —dijo Niño Luna, y se inclinó hacia delante para vomitar.

Ahora estábamos en el Sexto Infierno, donde se castiga el sacrilegio, y los tormentos que presenciamos no facilitaban el control del estómago. Al fin nos incorporamos, y yo recogí el parasol, que había caído frente a mí. Aspiramos profundamente y reanudamos la marcha, andando con arrogancia en nuestra armadura de superioridad neoconfuciana. El maestro Li evitaba las confrontaciones cuando cruzábamos zonas limítrofes. El Séptimo Infierno castiga a los que profanan tumbas y venden o comen carne humana, y el Octavo Infierno es para quienes carecen de piedad filial, y no tengo la menor intención de describir las cosas espantosas que vimos. (Eso sí, aconsejo no caer en el Octavo Infierno mientras los neoconfucianos estén a cargo). El maestro Li ya no pudo evitar confrontaciones en la frontera del Noveno Infierno. El único modo de llegar a la Gran Rueda consistía en atravesar el palacio del Noveno Rey Yama, y el maestro Li cavilaba mientras nos aproximábamos a las paredes donde largas filas de pecadores se dirigían a su destino, derramando lágrimas grises.

—*Gugugú*.

—Buey, ¿oíste eso?

—*Gugugú*.

—Sí, maestro.

—*Gugugú*.

—¡Gran Buda! Es toda la congregación del Ojo de la Tranquilidad —exclamó el maestro Li.

Así era, en efecto, y él recorrió la fila mirando rostros.

—¡Hola, Hsiang!

—Hola, Li Kao. ¿Qué haces aquí? —preguntó plañideramente el sapo.

—Lo mismo iba a preguntarte —dijo el maestro Li.

El sapo sacudió el puño hacia Pekín.

—¡Esos malditos vendedores ambulantes! —protestó—. Kao, a esos cabrones codiciosos se les ocurrió que los caballeros que buscaban la salvación debían mortificar sus carnes, así que empezaron a vender queso además de lombrices.

Me estremecí. Como la mayoría de los chinos, encuentro el queso repulsivo, y bien podía imaginarme que comer esa bazofia sería una mortificación de primer orden.

—¿El queso os mató a todos? —preguntó el maestro Li, escéptico.

—Pues no —dijo el sapo—. Los competidores empezaron a vender

holoturias crudas.

El maestro Li se encogió de hombros.

—Yo las prefiero picadas y cocidas al vapor con anguilas, pero a lo sumo te harían vomitar cuando se agitaran en tu estómago.

—Verás, Li Kao, procedían de la bahía donde los niños arrojan los excrementos —dijo el sapo con tristeza.

—¡No las habréis comido! —exclamó el maestro Li aterrorizado.

—Sobrevivimos a eso, pero luego los vendedores empezaron a rellenar las holoturias con el queso.

El maestro Li palideció, y Niño Luna y yo nos pusimos verdes.

—Lo recuerdo con precisión —gruñó el sapo—. Era la hora doble del gallo del tercer día de la octava luna cuando un vendedor homicida tuvo la idea de vender toda su mercancía al mismo tiempo, así que empezó a rellenar el queso de las holoturias con las lombrices.

—Emperador de Jade, guárdanos —oró el maestro Li—. Supongo que súbitamente te encontraste caminando hacia la basílica del Dios de los Muros y las Zanjas.

—El dios estaba furioso —gimió el sapo—. En el Registro de la Vida y la Muerte nada cubría la combinación de lombrices, queso y holoturias, y como habíamos partido prematuramente del rojo polvo de la tierra, fuimos sentenciados al Noveno Infierno.

—*Gugugú* —cantaban los vejetes, con la esperanza de que el Cielo aún los viera liberar lombrices de las jarras.

—Encáralo con optimismo —dijo el maestro Li con voz tranquilizadora —. Dentro de tres años podrás regresar con forma de fantasma, y podrás perseguir a los vendedores tanto como gustes.

El sapo se puso morado.

—¡No conoces a esos vendedores! —gritó—. ¡Usarían nuestros fantasmas para rellenar las lombrices con que rellenan el queso con que rellenan las holoturias, lo llamarían los Cuatro Sabores Fétidos de la Sufriente Serenidad y amasarían una fortuna!

El maestro Li echó una ojeada a la puerta. Los demonios eran los más feroces que habíamos visto, y los diablos tenían porte de dignatarios, y no iríamos muy lejos con un emblema de funcionario y un parasol oficial. Una puerta lateral conducía a un jardín de flores grises y el maestro Li se agachó y sacó su ganzúa del tacón falso de su sandalia izquierda.

—Hsiang, ¿piensas rendirte tan fácilmente? ¡No, por todos los dioses! —exclamó—. Os han tratado injustamente, y sin duda el Cielo oirá vuestra súplica si ponéis en ello vuestro corazón. ¿Dónde está Su Santidad? ¡Ahí estás! Vamos, caballeros. ¡Un último gran esfuerzo!

—*Gugugú* —cantaron tímidamente los vejetes, pero el más santo de ellos estaba hecho de mejor pasta.

—¡Invoco al Maestro Celestial del Primer Origen! —bramó—. ¡Invoco al Maestro Celestial del Alba de Jade de la Puerta Dorada! ¡Invoco a la Reina Madre Wang! ¡Invoco a Chang-o y la Liebre! ¡Invoco a Madre Relámpago y al Maestro de la Lluvia y Mi Señor Trueno y el Conde del Viento y el Niño de las Nubes!

—*Gugugugugú* —cantaron los vejetes con más brío.

El maestro Li se inclinó ante el cerrojo de la puerta lateral, oculto por la multitud. Su Santidad tuvo la bondad de tapar el ruido de la ganzúa.

—¡Invoco al Gran Emperador del Pico Oriental! ¡Invoco a la Princesa de las Nubes Estriadas! ¡Invoco a Kuan-yin y Kuan-ti y los Ocho Inmortales! ¡Invoco a la Dama Cabeza de Caballo y al Rey de los Bueyes y al Cerdo Trascendente y el Príncipe Mijo y Hun-po Tao, patrono de las axilas!

—*Gugugugugú*.

La cerradura se abrió. Nos escabullimos por la puerta y la cerramos. El ruido se disipó mientras la fila continuaba su marcha hacia el palacio. Vimos que había una serie de pequeños jardines, cada uno protegido por un portón con cerradura, y tendríamos que atravesar siete para llegar al lado del palacio. El maestro Li maldijo entre dientes mientras estudiaba la siguiente cerradura. Ninguna ganzúa tenía el tamaño apropiado, y tuvo que trabajar con infinito cuidado y paciencia. Al fin logró abrirla y corrimos al jardín siguiente. La cerradura del segundo portón era más fácil, pero la tercera era casi imposible. El maestro Li rompió dos ganzúas y trataba de insertar una tercera cuando oímos pisadas en la gravilla gris. Parecían pasos de elefante, y Niño Luna retrocedió entre los arbustos para echar un vistazo.

—Listo —susurró el maestro Li.

El portón se abrió. Lo dejamos entornado para Niño Luna y corrimos hasta el cuarto portón por el jardín siguiente. Las pisadas crujientes se habían detenido. Oí un ruido que me puso los pelos de punta.

Un airado demonio aspirada el olor de la carne viviente. El ruido sugería algo enorme y horrendo, y oímos un gruñido semejante a un trueno sordo. El maestro Li trabajaba tenazmente en la cerradura, pero ésta también era difícil y cuando las pisadas se dirigieron hacia nosotros supe que no llegaríamos a tiempo. Recogí una gran piedra gris como arma y retrocedí entre los arbustos, y cuando aparté algunas ramas para mirar tuve que sofocar un alarido de terror.

Este demonio era capaz de aterrar al gran Ehr-lang. Tenía por lo menos diez pies de altura. Sus músculos parecían una pila de rollos de acero, y sus zarpas podían desgarrar tigres, y sus colmillos recordaban a esas criaturas que se encuentran congeladas en los glaciares mongoles, y sus fosas nasales aleteaban furiosamente, y sus ojos rojos ardían de sed de sangre. Yo estaba petrificado. Mientras me quedaba allí como una estatua, noté que no estaba solo. Niño Luna estaba a poca distancia, oculto por hojas grises, y aspiró

profundamente e irguió los hombros. En diez pasos más el monstruo llegaría a un claro donde vería el portón y al maestro Li, pero Niño Luna se dirigía al sendero. El demonio le clavó los ojos. Los colmillos centellearon; las zarpas se dispusieron a atacar.

Niño Luna sonrió. El cielo gris se borroneó y produjo un retazo azul. Niño Luna sonrió más: dos flores grises procuraron producir capullos rosados. Niño Luna alzó la mano hacia la terrible criatura y le hizo cosquillas bajo el mentón.

—Ven aquí, dulzura —ronroneó, y condujo al demonio hacia los arbustos.

20

El maestro Li tuvo que dedicar mucho tiempo a las cerraduras cuarta y quinta. Estaba trabajando en la sexta cuando oímos un ruido a nuestras espaldas y un joven guapo se acercó cojeando por el sendero. Estaba pálido, débil y tembloroso, pero logró saludarnos con elegancia.

—El Infierno ha sido injustamente difamado —dijo—. Debo venir aquí más a menudo.

Lo honré con las tres reverencias y las nueve genuflexiones.

—¡Buda, la cosa de esa divina criatura me recordó al mástil imperial en el funeral del general Ching! —dijo felizmente Niño Luna—. Démonos prisa. En cualquier momento ese primor recobrará el aliento y vendrá en busca de un bis.

—Niño Luna, diseñar tu medalla será uno de los grandes desafíos del milenio —dijo el maestro Li—. Tendremos que adquirir los servicios de Deng el Licencioso, y hasta Deng tendrá problemas para hacerte justicia sin que todos terminemos entre rejas.

La cerradura se abrió y cruzamos el jardín para llegar al séptimo y último portón. Afortunadamente, tenía una cerradura fácil. Lo traspusimos justo cuando se aproximaban pisadas pesadas y crujientes, y llegamos al muro del palacio cuando un vozarrón ronco gorjeaba «¿Hola?». Encontré una ventana viable y poco después estábamos dentro.

Nos hallábamos en un corredor que conducía a una sala enorme donde interminables filas de escribientes garabateaban en enormes libros contables, y encima de la puerta una inscripción rezaba: «Tribunal del Noveno Reino de las Tinieblas». Nos acomodamos la ropa, nos quitamos las hojas grises y el polvo. Elevé el parasol oficial con orgullo, y el maestro Li ingresó en la antesala debajo de él. Los burócratas entraban y salían por una puerta, e incluso tuve un atisbo de un Rey Yama: una silueta oscura y coronada sentada en un trono, rodeada por escribientes y cortesanos. En las grandes burocracias los cortesanos están demasiado atareados y son demasiado importantes para prestar atención a los demás, así que el maestro Li marchó frente a filas de puertas hasta llegar a una cuya inscripción rezaba: «Tesorero de los Nueve

Reinos de las Tinieblas». Abrió la puerta y entramos. Pasando entre más escribientes atareados, llegamos a un gran escritorio donde un espíritu que parecía un tiburón manejaba frenéticamente dos ábacos al mismo tiempo, y los nueve botones de su gorra de gasa indicaban que habíamos llegado al tesorero en persona. Fríos ojos de tiburón escrutaron los emblemas y el parasol del maestro Li.

—No está programada ninguna inspección —rezongó.

—Claro que no —dijo el maestro Li con igual frialdad—. Alguien que irrumpe en un establecimiento ilegal de peleas de grillos no anuncia sus planes de antemano.

El tesorero se puso de pie.

—¿Osas comparar esta oficina con un establecimiento de peleas de grillos? —vociferó.

El maestro Li se encogió de hombros.

—En tales establecimientos las probabilidades sufren extrañas anomalías, y el Hijo del Cielo ha notado que las probabilidades han sufrido extrañas anomalías en esta oficina.

—¡Explícate, por favor!

—El emperador se ha enterado de que los honorarios que le permitieron comprar su liberación para salir del Infierno han aumentado inexplicablemente, lo cual impide salvar a quienes están encarcelados injustamente.

—¡Lina mentira! ¡Una calumnia pérfida e infundada! —aulló el tesorero —. ¡El emperador T'ang compró su liberación con trece cofres de plata y oro, y el precio sigue siendo de trece cofres!

—Eso espero, sinceramente. Estamos aquí para verificar que el sistema funciona equitativamente y sin trabas, y hay un solo modo de verificarlo. Como recordarás, el Hijo del Cielo no tenía fondos consigo pero pudo pedir un préstamo con la cuenta de crédito del santo Hsiang Liang.

El tesorero se sentó. Tenía una sonrisa en la cara y malicia en los ojos.

—Así fue, en efecto, pero sólo con la autoridad del ministro Ts'ui —murmuró—. Sucede que actualmente yo ocupo el puesto ministerial. ¿Acaso tienes mi autoridad para pedir un préstamo sobre la cuenta de Hsiang Liang?

El maestro Li arrugó la nariz.

—¿Quién habló de usar la misma cuenta? Como somos tres, necesitaremos tres veces ese monto, y dudo que ni siquiera las buenas obras de Hsiang Liang hayan depositado tanto.

—Menos de veinte mortales en toda la historia han acumulado treinta y nueve cofres de plata y oro en sus cuentas de crédito —dijo el tesorero con una risa socarrona—. Por vuestro bien, espero sinceramente que estéis en posición de pedir prestado a T'su T'sin, el sacerdote del Templo de los Leprosos.

—Nada tan imponente —dijo el maestro Li, inclinándose con pleitesía

ante ese nombre. Tenía una mano detrás de la espalda, y cruzaba los dedos—. Te solicitamos que revises el balance de…

Niño Luna y yo nos miramos. ¿Quién podía tener tanta virtud en depósito?

—… una vulgar cantora y prostituta llamada Cuita del Alba —dijo con serenidad el maestro Li.

Contuvimos un grito de asombro. El tesorero tomó libros contables y pasó el dedo por filas de nombres y números, y cuando el dedo se detuvo pensé que había sufrido una apoplejía.

—¿Tienes pruebas de tu autorización para tomar un préstamo de esta cuenta? —dijo con un susurro ahogado.

El maestro Li tomó la tintilla con el fénix y el dragón entrelazados de Niño Luna y la apoyó en el escritorio. El dedo del tesorero se desplazó hacia la letra pequeña, y su voz se afinó en un gimoteo.

—¿Por qué no dijiste que era una cuenta conjunta? Claro que puedes retirar el dinero. ¡Todo lo que quieras! Firma aquí, aquí y aquí.

Niño Luna firmó allí, allí y allí, y en menos tiempo del que tardo en contarlo yo estaba arrastrando un carro donde había apilados treinta y nueve cofres de plata y oro. El maestro Li y Niño Luna iban sentados en un par de cofres, y el parasol oficial se elevaba majestuosamente sobre ellos. El tesorero nos condujo hasta una puerta lateral y se apoyó un pañuelo perfumado en la nariz.

—Salid pronto —jadeó.

La puerta se abrió, yo empujé el carro y el tesorero se apresuró a cerrar de un portazo. Estábamos en el Noveno Infierno, y pido se me conceda una pausa para una breve diatriba.

El Noveno Infierno es el deleite de los teólogos y la desesperación de todos los demás. Técnicamente alberga a los *wang-ssu-ch'eng*, los que murieron en accidentes, pero también es el destino de los suicidas, los que murieron sin las plegarias y ceremonias adecuadas, y los que murieron antes de la fecha oficial fijada en el Registro de la Vida y la Muerte, como el sapo y sus amigos *gugugú*. En el Noveno Infierno no hay tormentos, que es el peor tormento de todos. Sin castigo no puede haber arrepentimiento, purificación ni renacimiento, y las pobres almas perdidas del Noveno Infierno deben cumplir la sentencia de encarcelamiento por toda la eternidad.

Tened en cuenta que no se ha cometido ninguna falta. Muchos condenados son niños inocentes. Al cabo de tres años los condenados pueden regresar en ocasiones a la tierra con forma de fantasma (lo cual es el motivo de la Fiesta de los Fantasmas Hambrientos) y es teóricamente posible que un fantasma se salve si encuentra a alguien que lo reemplace. Por eso es tan peligroso demorarse en el sitio donde se ha ahogado un niño o donde se ha ahorcado un hombre. El espíritu intenta capturarte y arrastrarte al Noveno

Infierno, y sólo así puede obtener un sitio en la Gran Rueda de la Transmigración. En la práctica, las probabilidades de llegar a la Rueda son casi inexistentes.

Los ciento treinta y cinco Infiernos menores y todos menos uno de los mayores están consagrados a la justicia. Sólo el Noveno Infierno es injusto, y sólo un teólogo podría amarlo. ¿Cómo olvidar a una chiquilla que vi llorando junto al camino, condenada por toda la eternidad porque se resbaló y cayó en un arroyo? Creo sinceramente que los sacerdotes podrían asestar un golpe mortal al ateísmo al destruir el Noveno Infierno, y se deberían presentar las peticiones pertinentes al Cielo de inmediato.

El tufo de los cuerpos mugrientos nos atacó en cuanto salimos. La venalidad es rampante en el Noveno Infierno, donde demonios de baja estofa venden comida y bebida a precios exorbitantes, y un ejército de almas perdidas nos asedió, pidiendo monedas. Habríamos sido aplastados si el maestro Li y Niño Luna no hubieran podido entregar puñados de oro y plata de los cofres y arrojarlos a la multitud. Las pobres almas luchaban por las monedas como animales, y los débiles y los pequeños no tenían la menor oportunidad.

Los cofres estaban calculados para llevarnos hasta la linde de la gran llanura gris. El maestro Li y Niño Luna arrojaron monedas hasta que se les cayeron los brazos, y yo podía avanzar a mayor velocidad a medida que el carro se aligeraba. Delante estaba la gran muralla gris del Décimo Infierno, en la cima de una colina. Yo resoplaba y jadeaba mientras arrastraba el carro por la empinada cuesta. Esos aullantes desdichados empezaron a ralear. Un grupo resuelto seguía la marcha, pero a Niño Luna le quedaba un solo cofre, y lo inclinó y una lluvia de plata se derramó cuesta abajo. Al fin nos liberamos de la turba y pudimos empezar a preocuparnos por llegar a la Gran Rueda.

Un ejército de demonios patrulla las murallas del Décimo Infierno. El maestro Li perdió poco tiempo. Rasgando el dosel del parasol pudo confeccionar una aceptable guirnalda ceremonial, y el mango pasó por varilla, y entre las joyas de Niño Luna había una perla que podía pasar por perla sagrada. Niño Luna y yo éramos naturalmente adecuados para ser los Discípulos de la Riqueza y la Pobreza, y las venerables arrugas del maestro Li formaban un pasaporte de por sí. Se dirigió a las murallas arrojando bendiciones a diestro y siniestro.

—*Ti-tsang Wang-p'u-sa* —pregonaba—. ¡El Dios de la Misericordia llega para su inspección anual!

La muralla no fue difícil. Había muchos huecos para apoyar las manos y los pies, y el maestro Li se encaramó a mi espalda y Niño Luna me aferró el cinturón. Yo estaba por la mitad del flanco cuando los soldados comenzaron a preguntarse por qué el Dios de la Misericordia no volaba sobre esa cosa, y sólo tocaron la alarma cuando llegábamos a lo alto. Las flechas volaban inofensivamente sobre nuestras cabezas mientras yo bajaba por el otro lado,

pero aun así estuve a punto de caerme. No estaba preparado para mi primera visión de la Gran Rueda de las Transmigraciones.

Su inmensidad es indescriptible. Algún fenómeno hacía que los rayos inferiores se movieran despacio mientras los superiores se elevaban con cegadora velocidad. La Rueda se elevaba a gran altura, y no se veía ni siquiera la mitad. Se perdía entre nubes grises, y comprendí que tenía que llegar a la superficie de la tierra y luego seguir elevándose hasta que pudiera depositar yaks recién nacidos en las montañas más altas del Tíbet.

Filas interminables de difuntos convergían en una casa humilde donde la dama Meng preparaba y servía el Caldo del Olvido. Cuando los difuntos regresaban a sus filas, sus mentes estaban tan vacías como los ojos de los políticos, y los demonios les echaban la utilería de sus existencias futuras sobre la cabeza: piel de animales, plumas de pájaro y demás. En poco tiempo los soldados del interior de la muralla se percataron de nuestra presencia, y para entonces andábamos en una fila con pieles de oveja sobre la cabeza. Los ágiles dedos del maestro Li las habían birlado tan rápidamente que el asistente ni se enteró de su ausencia, y los soldados nos dejaron pasar.

Estábamos muy cerca de la Gran Rueda. Los difuntos trepaban a plataformas oscilantes.

—Buey, si entramos no podremos salir —susurró el maestro Li. Asentí, y él se preparó para encaramarse a mi espalda, y Niño Luna se preparó para colgarse de mi cinturón.

—Ahora —susurré.

El maestro Li se encaramó, Niño Luna se colgó y yo salté y aferré un rayo de la rueda. Logré apoyar los pies en el canto del reborde justo cuando los soldados nos avistaban. Los demonios rugieron con furia, y volaron flechas y lanzas, pero nos elevábamos con gran celeridad. Una flecha pasó a media pulgada de la nariz de Niño Luna y una lanza me rozó el brazo, y luego estuvimos a demasiada altura para que nos alcanzaran los proyectiles, y un instante después nos sumergíamos en las nubes. Ascendíamos a una velocidad increíble que me hacía lagrimear los ojos, y el maestro Li se puso a maldecir con las palabrotas más obscenas.

Habíamos dejado abajo a los demonios, pero estábamos perdidos si no veíamos dónde apearnos, y las nubes lo oscurecían todo. Largos minutos pasaron mientras girábamos hacia el infinito, y las nubes seguían ondeando alrededor. Entonces vi puntos de luz semejantes a estrellas diminutas, y el maestro Li escudriñó el cielo.

—¡Allá! La que es perfectamente redonda. ¿La ves?

—Sí, maestro.

—No yerres.

—No, maestro.

El punto redondo de luz parecía acercarse a nosotros a vertiginosa

velocidad. Me agazapé, tratando de calcular la trayectoria.

—Preparados —dije. Mi corazón se detuvo cuando una gruesa nube me cegó, pero la atravesamos—. Ya —dije. La luz cruzaba mi blanco imaginario y salté con todas mis fuerzas. Surcamos el cielo como el proyectil de una catapulta, y la luz era cada vez más brillante, y entonces nos zambullimos en su centro y chocamos contra un muro de agua.

Me quedé sin aliento y casi me ahogué mientras subía flotando, y luego mi cabeza asomó por la superficie y jadeé y aspiré aire fresco. Arrastré al maestro Li y a Niño Luna hasta una orilla y los subí. Estábamos tendidos en una hierba verde, y brillaba un sol amarillo, y pájaros brillantes trinaban, y una calavera blanca nos sonreía desde el fondo de una piscina.

El maestro Li se arrastró hasta la piscina e inclinó la petaca de vino, y Niño Luna y yo miramos el remolino de vino que desaparecía en las quijadas sonrientes.

—Ling, viejo amigo, eres realmente un gran artista —dijo el maestro Li con admiración.

Los juncos se movieron. Un eructo. Se movieron de nuevo.

—*No, pero soy un charlatán aceptable*.

Niño Luna se palpaba zonas sensibles que quizá hubieran estado en contacto con un demonio descomunal. Miré un rasguño largo y sangrante en una parte de mi brazo que quizá hubiera sido rozada por una lanza. El maestro Li nos sonrió.

—Niño Luna, ¿has olvidado a tu maestro y el forajido que él ensordeció? Buey, ¿has olvidado a la abuela Ho y su yerno? Si Niño Luna no hubiera manipulado a ese demonio nos habrían matado, y si Buey le hubiera errado al blanco también habríamos muerto. Hemos tenido el honor de experimentar el arte del gran Liu Ling, que torna insustanciales, cuando no absurdas, las cuestiones de verdad literal. ¿Chuang Tzu imaginaba que era la mariposa, o la mariposa imaginaba que era Chuang Tzu?

Se volvió hacia la piscina y vertió más vino, y el viejo y la calavera bebieron en cómodo silencio como viejos amigos.

—Ling —dijo al fin el maestro Li—, tus sacerdotes hicieron una maravillosa tarea al sondearnos la mente mientras estábamos bajo el sopor provocado por los hongos, y no estaban tan cegados como yo por la experiencia subjetiva. ¿Puedo pedir una opinión?

Los juncos se quedaron quietos.

—Digámoslo así. Si quisieras entretener a alguien con la historia de Li Kao, Buey Número Diez, Cuita del Alba, Niño Luna, el príncipe Liu Pao y demás, ¿cómo la llamarías?

Los juncos se quedaron quietos, y luego se movieron lentamente.

—*Shi tou chi*.

—¿La Leyenda de la Piedra? —El maestro Li asintió—. Sí, creo entender

a qué te refieres. Es una cuestión de prioridades, naturalmente, y aún no las he resuelto. Pero creo que me falta poco.

Se puso de pie. Niño Luna y yo seguimos su ejemplo, y nos inclinamos ante la calavera.

—Ling —dijo el maestro Li—, insisto en que eres un gran artista.

Los juncos se movieron por última vez.

—*Kao, insisto en que naciste para tu colgajo*.

Un sacerdote nos abrió un portón. Salimos a una ladera verde, y lo último que vi del Templo de la Ilusión fue una ventana en una pequeña torre con persianas entornadas. El guiño de un ojo.

21

A pocas millas del Convento de la Nube Blanca nos desviamos del camino y trepamos por esquisto y granito y roca negra y atravesamos un claro. Nos internamos en la espesura hasta llegar a otro claro al lado de un peñasco, y el maestro Li miró dichosamente una planta extraña de aspecto humilde.

—La mente es avara —dijo—. Nada se desecha nunca, y es asombroso lo que hallamos si escarbamos con tenacidad. —Comenzó a arrancar unos objetos espinosos semejantes a semillas—. No juguéis con el estramonio si no sabéis lo que hacéis. Pertenece a la familia nocturna, como la mandrágora, el beleño y la belladona, y su producto principal es el veneno. Del estramonio de Bombay viene la legendaria poción de la India, *dhatura*, que puede dormir, paralizar o matar, según la dosis, pero que también puede producir un medicamento de efectos notables para las hemorragias internas y la fiebre. Con suerte, Cuita del Alba estará repuesta en un santiamén.

Nuestro viaje de regreso al Valle de las Penas fue rápido y monótono, aunque Niño Luna y yo sentíamos una creciente aprensión al acercarnos, y quedamos lánguidos de alivio cuando la cabeza de plumero del príncipe Liu Pao asomó por la ventana de un estudio y nos saludó jovialmente.

—¡Hurra! ¡Podemos dar a Cuita del Alba por curada! —gritó el príncipe con optimismo—. ¡No ha sufrido cambios! ¡No emitió ruidos raros durante vuestra ausencia, no hubo más monjes asesinados, y ninguna momia loca salió de la tumba!

Niño Luna y yo corrimos al interior. Cuita del Alba lucía adorable y vulnerable mientras se revolvía en su fiebre. Parecía intuir nuestra presencia, y trató de incorporarse, y no pudo, y el maestro Li se acercó para tomarle el pulso. Como usó la muñeca derecha, supuse que estaba revisando el estado de sus pulmones, estómago, intestino grueso, bazo y *parta ulta*. Gruñó de satisfacción.

—Puede tomar una buena dosis de la poción —dijo confiadamente, y de inmediato se puso a trabajar con el estramonio: hirvió, destiló, lo mezcló con hierbas e ingredientes misteriosos, y al final lo probó en un gato, que pareció disfrutarlo.

No sé si esa poción se puede llamar milagrosa, pero sé que el maestro Li añadió un ingrediente final que ningún galeno habría conseguido. Niño Luna y yo alzamos a Cuita del Alba, y el maestro Li logró hacerle tragar una buena dosis de la poción. Al cabo de un minuto se movía agitadamente, y luego abrió los ojos. Al principio no veía nada. Sus ojos se despejaron y se enfocaron y movió la cabeza hacia delante y rozó la mejilla de Niño Luna con los labios.

—Querido —susurró. Yo me incliné hacia ella—. Querido Buey —dijo, y también me besó, e incluso atinó a sonrojarse cuando el príncipe Liu Pao sonrió y le acercó la mejilla para que le diera un beso—. ¿Qué sucedió? —susurró—. Estaba oscuro y húmedo y yo corría sin cesar, y algo terrible me perseguía.

—Bien, ya se ha ido —dijo el maestro Li con voz tranquilizadora—. No tienes motivos para preocuparte, excepto cómo diablos hará Buey para añadir suficiente espacio a nuestra casucha.

La muchacha enferma se incorporó.

—Ya he calculado todo, e incluso habrá espacio para Niño Luna cuando aparezca —dije felizmente.

—¿Qué hay del príncipe? —dijo el maestro Li—. Incluyamos a toda la familia. Alteza, ¿objetáis que tres duerman en la misma cama cuando visitéis nuestro callejón de Pekín?

—¡En absoluto! —dijo jovialmente el príncipe.

Cuita del Alba miraba al maestro Li con ojos anchos y relucientes. El viejo sabio sacudió la cabeza melancólicamente.

—Un hombre de mi edad iniciando una nueva familia. ¡Qué idiotez! Al menos —añadió—, tendré la más fascinante esposa joven de todo Pekín, y me quedo corto.

No entendí del todo a qué se refería hasta que Cuita del Alba se recobró por completo. Ella y el príncipe nos hicieron narrar nuestras aventuras en el Infierno una y otra vez, y Cuita del Alba miró maravillada la cicatriz que le había dejado el flechazo en el pecho y dijo que lamentaba no recordar qué se sentía al estar muerta. El maestro Li se paseaba por el recinto, anhelando entrar en acción. Su entusiasmo era contagioso, y creo que contribuyó a acelerar la recuperación de Cuita del Alba, y cuando se recuperó del todo el maestro Li nos hizo madrugar. Dijo que era hora de hacer una prueba, y convenía que estuviéramos bien armados. Escogí un hacha y me metí una espada corta en el cinturón. Niño Luna y el príncipe escogieron lanzas y dagas. El maestro Li se llenó el cinturón de cuchillos arrojadizos. Cuita del Alba era sin duda la que mejor manejaba el arco entre nosotros, y escogió un arco de la pila y añadió una aljaba de flechas y se calzó un cuchillo en el cinturón. El maestro Li se encaramó a mi espalda.

—Echa a andar colina abajo y atraviesa el valle hasta llegar a la colina contigua al monasterio —dijo—. En el camino os entretendré con algunas

notas fascinantes que he tomado.

El maestro Li extrajo un fajo de notas y le dijo a Cuita del Alba que caminara junto a mí. Había llovido durante la noche, y la mañana era muy hermosa. En cada hoja relucían gotas semejantes a perlas diminutas, y la hierba húmeda chispeaba como diamantes al sol.

—Querida niña, según los recovecos de mi mente, en el Infierno tienes una cuenta de crédito que podría comprar un par de reinos menores. La razón estriba en una canción de cuna para Tai-tai que cantaste cuando delirabas, y eso fue sólo el comienzo de una actuación increíble. ¡Estás más llena de prodigios que el Libro de Enigmas de Lu Pan! —dijo con entusiasmo—. Empecemos con una de las conversaciones más asombrosas que he experimentado.

Hojeó las notas y empezó a leer en voz alta.

CUITA DEL ALBA: Ama, ¿debo ir a la tienda de Chien? Huele tan mal, y los barqueros hacen bromas groseras sobre las damas, y ese viejo cojo siempre trata de pellizcarme.

MAESTRO LI: Querida, ¿por qué tu ama quiere que vayas a la tienda de Chien?

CUITA DEL ALBA: A comprar pieles de rinoceronte.

MAESTRO LI: ¿Y dónde queda la tienda de Chien?

CUITA DEL ALBA: A medio camino entre el canal y el lago pequeño de Ch'ing-hu.

MAESTRO LI: Querida, ¿alguna vez tu ama te envió a la tienda de Kang Número Ocho?

CUITA DEL ALBA: Me gusta la tienda de Kang Número Ocho.

MAESTRO LI: ¿Dónde queda?

CUITA DEL ALBA: En la Calle de la Moneda Gastada.

MAESTRO LI: ¿Qué compras allí?

CUITA DEL ALBA: Sombreros.

MAESTRO LI: Sombreros. Ya, por supuesto. ¿Y dónde compras los abanicos pintados de tu ama?

CUITA DEL ALBA: En el Puente del Carbón.

MAESTRO LI: Supongo que ella también te manda a comprar el famoso puerco hervido de… ¿cómo se llamaba ese lugar?

CUITA DEL ALBA: Wei el Gran Cuchillo.

MAESTRO LI: Claro. ¿Recuerdas dónde queda?

CUITA DEL ALBA: Junto al Puente del Gato.

El maestro Li dejó las notas y miró a Cuita del Alba con el afecto de un experto que examina una orquídea rara.

—Mi niña —dijo—, estás describiendo las compras que hacía la criada personal de una aristócrata en Hangchow.

—¿Hangchow? —dijo el príncipe con asombro.

—En efecto, pero entiendo vuestra sorpresa. Hoy no existen esos establecimientos, y yo sólo sé de su existencia porque a menudo se mencionan en las memorias de los autores clásicos —dijo el maestro Li—. El cojo Ch'ien y sus famosas pieles de rinoceronte desaparecieron en un incendio que destruyó todo el vecindario a fines de la dinastía Han. El Puente de Carbón y Kang Número Ocho fueron derribados para construir un nuevo canal hace más de tres siglos. El local de Wei el Gran Cuchillo fue destruido durante las turbulencias de los Tres Reinos, y así sucede con cada referencia.

Los ojos de Cuita del Alba parecían platos de sopa.

—No recuerdo haber dicho nada de eso, y los nombres no significan nada para mí —protestó.

El maestro Li se encogió de hombros.

—Delirabas. Al principio pensé que estabas citando las mismas memorias que yo había leído, pero están escritas en una antigua caligrafía erudita que sólo los académicos pueden descifrar. Empecé a hacerte preguntas destinadas a localizar la fecha exacta de este maravilloso viaje de compras, y la encontré en dos referencias.

Volvió a sus notas.

MAESTRO LI: ¿Y ese hombre se encarga de mezclar su tinta?

CUITA DEL ALBA: Ah, sí. Li Tinghuei.

MAESTRO LI: ¿Y esa encantadora cortesana le confecciona papel rosado?

CUITA DEL ALBA: Shieh Tao. Sí, es encantadora.

—Li Tinghuei y Shieh Tao se mencionan una y otra vez en las memorias clásicas —dijo el maestro Li—. Como Tinghuei era mayor por más de cuarenta años, pudo existir sólo un período breve en que era posible ser cliente de ambos. Revisé las fechas, y ese asombroso paseo de compras ocurrió hace entre 763 y 771 años.

Niño Luna y yo mirábamos boquiabiertos a Cuita del Alba, quien miraba boquiabierta al maestro Li. El príncipe Liu Pao parecía estar contando

mentalmente con los dedos, y el maestro Li le leyó el pensamiento.

—¡Precisamente! En esa época el Príncipe Risueño y Tou Wan tenían un palacio en Hangchow, y la criada de Tou Wan la habría acompañado entre Hangchow y el Valle de las Penas.

En ocasiones una idea módicamente inteligente se desvía y entra por accidente en mi cabeza.

—Maestro —dije—, en el Infierno confirmaste, con el Registrador de Existencias Pasadas, que no siempre se administra bien el Caldo del Olvido, pero quizá ella ya había estado antes en el valle, pues cuando estaba herida y alucinaba…

—¡En efecto! —dijo el maestro Li—. Yo había empezado a sospechar que Cuita del Alba había sido la criada de Tou Wan en una encarnación anterior. La fiebre permitió que recuerdos profundamente sepultados aflorasen a la superficie, estimulados por el entorno familiar. No eran meras conjeturas, desde luego. Estaba empezando a surgir una estructura deliciosa, y llegaremos a ella en unos minutos.

De nuevo empezamos a subir. El maestro Li nos precedió por un sendero sinuoso, y luego nos pusimos de rodillas y entramos reptando en una cueva donde el ángulo del sol arrojó una aureola de luz cálida sobre una pequeña pila de huesos. Nos sentamos en semicírculo alrededor del esqueleto de Lobo, y el maestro Li palmeó la rodilla de Cuita del Alba para tranquilizarla.

—Un pensamiento volvía a mi mente una y otra vez —dijo—. ¿Era sólo el paisaje familiar del Valle de las Penas que liberaba recuerdos de una existencia olvidada, o se trataba de algo más dramático? La noche antes de ser herida, estuviste aquí y oíste la historia de Lobo y Niña de Fuego. Los relatos épicos tradicionales sobre una búsqueda heroica se basan casi siempre en datos históricos y luego se añaden tantos aderezos que resultan irreconocibles. ¿Hay un hecho histórico en la fuga de Lobo y Niña de Fuego? Corrían junto a un río subterráneo que estaba bordeado por estatuas con cabezas de bestias y pájaros. Durante la fiebre, reviviste momentos de una experiencia terrible. He aquí una parte.

Cogió sus notas y encontró el párrafo.

> CUITA DEL ALBA: Más deprisa… debemos correr más deprisa. ¿Dónde está el recodo…? Más allá de la estatua de la cabra… Allá están el cuervo y el río… Más deprisa… más deprisa… Por aquí. Pronto… Soldados… Ocúltate hasta que pasen… ¡Ahora corre! ¡Corre!

—Interesante —dijo pensativamente el maestro Li—. He aquí cómo reaccionó mi mente subconsciente en el Infierno.

TOU WAN: Sólo me quedó esa astilla de mi alfiler… Esa criada, siempre mirándola, siempre codiciándola, tratando de robarla… La apuñalé, pero ella huyó con mi piedra… Mi criada y esa concubina con el anillo de Upuaut que le dio mi esposo… Los soldados las mataron, pero no hallaron la piedra…

El maestro Li se encogió de hombros.

—No sé por qué incluí el pasaje en que la criada era apuñalada, pero las otras partes son bastante claras. ¿Alguien ha oído hablar de Asiut?

El súbito cambio de tema nos desconcertó. Negamos con la cabeza.

—Es una ciudad de Egipto, o era —explicó—. La deidad tutelar se llamaba Upuaut, y cuando los bárbaros griegos conquistaron el lugar, conservaron la deidad, pero dieron nuevo nombre a la ciudad. Licópolis. Príncipe, ¿podéis darme una traducción literal?

El príncipe estaba obviamente complacido de aportar algo.

—Ciudad del Lobo —se apresuró a decir.

—Exacto. La cabeza de Upuaut es de lobo, y los artesanos de la ciudad son célebres por sus amuletos, brazaletes y anillos con cabeza de lobo. —El maestro Li alzó el anillo de los dedos huesudos del esqueleto. Exhibió las marcas internas—. Jeroglíficos. Significa «El que gobierna el oeste», que es uno de los muchos títulos de Upuaut.

El maestro Li devolvió el anillo a su lugar.

—¿Sabéis que es casi imposible distinguir entre esqueletos de hombres y mujeres? La única referencia es el tamaño. Un chico corpulento y una joven menuda tendrían el mismo aspecto. Veréis, uno de los deberes de Upuaut era cuidar a las mujeres durante el embarazo, y por eso sus anillos eran estrictamente para mujeres. Nadie daría ese anillo a un hombre o un muchacho, pero sí a una concubina.

Volvió a sus notas.

CUITA DEL ALBA: Más deprisa… más deprisa… ¿Dónde está el pasaje? ¡Deprisa! Más soldados… Más deprisa… más deprisa… Vamos… Allá está la estatua del ibis…

El maestro Li guardó sus notas.

—Tengo la fuerte sospecha de que hace más de siete siglos y medio una criada y una concubina tuvieron que huir del lugar donde se construía la tumba del Príncipe Risueño, para salvar el pellejo —dijo—. Con los años los niños del valle las transformaron en Lobo y Niña de Fuego, pero muchos detalles del cuento aún son históricamente fidedignos. En esta cueva pillaron y mataron a la concubina. Sin duda también mataron a la criada. Si puedo tomar prestado un atroz estilo poético: *Gira la Gran Rueda y nada se salva, y la*

criada regresa como Cuita del Alba.

Ella estaba aturdida y conmovida, y el maestro Li le palmeó el hombro.

—Querida muchacha, necesitamos algo más que esta deliciosa hipótesis para continuar. ¿Tengo tu permiso para tratar de elevar a la superficie recuerdos sepultados de una encarnación anterior?

—Tienes mi permiso —susurró ella.

Yo le había visto hacerlo antes, pero siempre me fascinaba. El maestro Li sacó su tarjeta de presentación del bolsillo y la sujetó a una correa de cuero. (La tarjeta es una concha marina, y el ojo entornado que está pintado sobre ella parece decir: «La verdad revelada parcialmente. Veo algunas cosas, mas no otras»). Lentamente la concha osciló ante los ojos de Cuita del Alba, de un lado a otro, de un lado a otro, mientras él le murmuraba que tenía sueño. Ella cerró los ojos. Cuita del Alba dormía pero no dormía, y cuando despertó no era Cuita del Alba. Era Capullo de Jacinto, la criada personal de Tou Wan.

—Somos tus amigos, querida —dijo el maestro Li con voz tranquilizadora —. Vamos a ayudarte. ¿Recuerdas que corrías por esta cueva?

—Creo que sí —susurró ella.

—¿Te perseguían soldados?

—Sí.

—¿A ti y a tu amiga?

—Sí, Cinturón Dorado. Corríamos y corríamos, pero los soldados se acercaban, y entonces vimos un agujero en la ladera y nos ocultamos allí. —Miró en torno desconcertada y frunció el ceño—. No recuerdo un esqueleto.

—¿Recuerdas el camino que te trajo aquí?

—Creo que sí.

—Querida, es muy importante que nos muestres cómo llegaste a la superficie. Estabas bajo tierra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Nos llevarás a la salida que usaste?

Se movía como una sonámbula. El paisaje alterado la asustó, pero el maestro Li le dijo que se concentrara en los hitos intactos, como el viejo monasterio y Cabeza del Dragón, y ella empezó a caminar en línea recta hacia la zona de la Senda de los Príncipes que había sido destruida tras la muerte del hermano Ojos Bizcos. Tendía las manos, y se detuvo al apretar ambas contra una enorme piedra.

—¡La puerta está cerrada! ¡Está cerrada! —jadeó.

Estaba muy agitada. El maestro Li pensó que podía ser peligroso que siguiera reviviendo la experiencia, y la despertó del trance.

De nuevo era Cuita del Alba, y Niño Luna la abrazó y la serenó. Podríamos haber buscado una vida entera sin hallar la puerta secreta. Estaba construida con una maestría portentosa. Al fin encontré la palanca, pero sólo cuando la puerta de la piedra se abrió vi la forma de los intrincados contornos

de fisuras aparentemente naturales.

Se abrió en silencio, lo cual implicaba goznes recientemente aceitados. Dentro había una fila de antorchas nuevas, y una escalera que descendía hacia las entrañas de la tierra.

Ahora sabíamos cómo aparecían y desaparecían los pérfidos monjes variopintos, y allá abajo ciertamente estaba la misteriosa piedra que explicaba todo esto. Precedí la marcha con el hacha y una antorcha. El maestro Li me siguió con un cuchillo arrojadizo presto. El príncipe Liu Pao tenía su lanza en una mano y su daga en la otra. Niño Luna empuñaba una lanza y sostenía el cinturón de Cuita del Alba.

Cuita del Alba era una luchadora nata, y la tarea de un arquero en un ámbito estrecho es custodiar la retaguardia expuesta. Caminaba de espaldas, confiando totalmente en la guía de la mano de Niño Luna, y pisaba con el aplomo de una cabra de montaña. Apoyé el pie en el primer escalón e iniciamos el descenso.

22

En los escalones había cenizas recientes, y manchas de humo en el techo. Los escalones eran lisos, regulares y empinados, y pasamos cuatro rellanos. El aire era fresco pero húmedo, y Niño Luna dijo que podía oír agua. Al fin yo también lo oí, y cuando llegamos al último escalón la luz de las antorchas mostró un río subterráneo.

Recordé la historia de Lobo. El agua era negra como la pez por el cauce de roca donde corría, y del otro lado había algo enorme y oscuro. No se movía ni emitía sonidos. Me agaché y moví la antorcha hasta hallar el ángulo adecuado, y la luz rebotó en el agua hasta una enorme estatua de piedra. Era de un hombre, y los rasgos eran conocidos.

—Yen-wang-ye, ex Primer Señor del Infierno —dijo el maestro Li con voz normal—. No es necesario hablar en susurros. Nuestras antorchas ya habrán anunciado nuestra presencia.

Estudió reflexivamente la estatua.

—La representación de un guardián de los muertos sugiere que esta caverna es una extensión de la tumba del Príncipe Risueño, como habíamos supuesto. Teniendo en cuenta que ese cabrón cavó túneles en casi todo el valle, ha construido la mayor tumba de la historia.

La caverna era inmensa. La luz de las antorchas apenas llegaba al techo. El susurro de nuestras sandalias se perdía en la oscuridad y volvía en un eco distorsionado, como filtrándose por un laberinto de túneles laterales. El maestro Li echó a andar corriente arriba, mientras yo aferraba el hacha y escrutaba ferozmente las sombras. Cuita del Alba movía el arco de un lado a otro, con una flecha preparada.

A intervalos de doscientos pies había más estatuas de piedra. El maestro Li identificó una de extraño nombre, Emma-hoo, el Rey de los Muertos japonés, y murmuró que el Príncipe Risueño había reclutado deidades de todas las culturas que se le habían ocurrido. Había muchas imágenes que él no podía identificar, pero se inclinó profundamente ante un joven héroe que aferraba un león capturado, y al reanudar la marcha cantaba en voz baja. Llegué a oír una parte.

En la casa de polvo
viven el señor y profeta,
el brujo y el sacerdote,
y Gilgamesh, a quien los dioses
han ungido en la muerte.
Magna fue su gloria.
Magno fue su orgullo.
Se nutre de polvo
y se alimenta de fango.

—Eso no suena muy heroico —murmuré.

—Querido muchacho, la historia de Gilgamesh hace que nuestros relatos épicos sobre la búsqueda heroica parezcan garabatos de chicos retrasados —dijo severamente el maestro Li.

Yo no estaba en condiciones de discutir con él. Las siguientes estatuas eran deidades del trasmundo egipcio, y había una cantidad extraordinaria. Casi salté de mis sandalias cuando la luz destacó una momia enorme y amenazadora que abrazaba a una criatura espantosa, pero el maestro Li dijo que no representaba al Príncipe Risueño, sino a Osiris y el monstruo Amemait. Identificó a un dios con cabeza de chacal como Anubis y a una dama con una pluma como Ament, pero parecía estar buscando otra cosa. Al fin se detuvo y señaló.

—Toth —dijo—. Cuita del Alba, en tu delirio dijiste que allí estaba la estatua del ibis, y aquí está. Por cierto, lo que buscamos es una estatua con cabeza de cuervo.

Los únicos ruidos eran el chapoteo del agua, el susurro de las sandalias y el siseo de las antorchas. Esa oquedad sombría parecía infinita. Sentí la agobiante gelidez de la eternidad y aferré el hacha con más fuerza; una estatua tras otra, secretas, monstruosas, custodiando eternamente la momia de un loco risueño cuyo ataúd estaba vacío; no me habría sorprendido oír alaridos mortíferos y ver a siete murciélagos negros aleteando.

El maestro Li gruñó de satisfacción. La antorcha de Niño Luna había alumbrado otra estatua en la orilla opuesta. Era una mujer con cabeza de cuervo.

—No sé qué representa, pero Cuita del Alba dijo: «Allá están el cuervo y el río», y poco antes había dicho: «Más allá está la estatua de la cabra». Podemos suponer que acababa de ver el río, así que empecemos a buscar un pasaje lateral. Si no lo encontramos aquí, probaremos en la otra orilla.

Estábamos en el lado correcto. Un trecho más adelante encontramos un pasaje lateral con escalones ascendentes, y en el primer rellano había una estatua de una deidad con cabeza y cuernos de cabra. Llegamos a un sinfín de rellanos, y estaba dispuesto a apostar a que habíamos subido muy por encima

del nivel del valle y estábamos dentro de una colina. Al fin los escalones cesaron. Habíamos llegado a un piso semicircular de mármol, una especie de antesala. Había cuatro puertas de hierro en la pared de piedra, y junto a cada puerta una estatua de piedra con una vasija de porcelana en las manos.

—De vuelta a Egipto —dijo el maestro Li—. Éstas representan a los cuatro hijos de Homs, cuyas vasijas contienen órganos extraídos durante el embalsamamiento. Imstey, con cabeza humana, protege el hígado. Hapi, con cabeza de perro, protege los pulmones. Duamure, con cabeza de chacal, protege el estómago. Kebsnuf, con cabeza de halcón, protege los intestinos. —Se rascó la nariz pensativamente.— El estilo no es egipcio sino chino, y me pregunto si el Príncipe Risueño no tendría otro simbolismo en mente. La cabeza de Hapi se parece a la del Perro Celestial, y quizá el Príncipe Risueño pensaba que merecía una guardia similar a la del Emperador del Cielo.

No todo era pétreo y rígido, así que el maestro Li extendió el brazo y alzó la vasija que la estatua sostenía en sus manos. Los demás brincamos hacia atrás cuando se abrió la puerta que había junto a la estatua. El príncipe hundió la lanza en el marco para impedir que la puerta se cerrara por accidente. Alzamos las antorchas y entramos, y Cuita del Alba y Niño Luna soltaron una exclamación de asombro.

Ellos no la habían visto antes, pero nosotros sí. Habíamos regresado al núcleo de la tumba, y la puerta estaba tan bien oculta en la pared que nunca la habríamos descubierto. Ahora sabíamos cómo entraba el aire fresco y cómo se podía sacar una momia con traje de jade. No había señales de alborozados monjes de túnica variopinta.

No habían tomado nada desde que habíamos estado allí. Cuando miramos la habitación donde los esqueletos de concubinas envenenadas yacían en sus camas vi lágrimas en las mejillas de Cuita del Alba. Una vez ella había reído y llorado con esas muchachas, y un día espantoso había escapado con una de ellas. ¿Cómo habría sido la vida a la sombra de Tou Wan, y estar a las órdenes de un torturador y asesino lunático como el Príncipe Risueño? Sobre todos ellos se cernía el extraño poder de una piedra misteriosa, y el maestro Li pensaba en ella mientras nos conducía a la cámara funeraria y la momia expuesta de Tou Wan.

—Buey, fíjate si puedes sacar las placas de jade del cráneo —dijo.

Fue un procedimiento lento, pero al fin logré romper el alambre de oro en la esquina de una placa, y después de eso todo fue más rápido. Aparecieron huesos blancos, y luego solté un alarido de terror y brinqué hacia atrás. No sé nada sobre embalsamamiento, pero el cabello había sobrevivido. Al verlo asomar entre las fisuras, pensé que estaba ante una criatura viviente. Recobré la compostura y saqué las últimas placas. El maestro Li extrajo el alfiler, y un lustroso rizo negro que contrastaba con el hueso blanco y desnudo me rozó la mano como una serpiente. El maestro Li maldijo. Habían arrancado la punta

del alfiler.

—La astilla desapareció, el fragmento de piedra de la sacristía desapareció, y si el Príncipe Risueño usaba el tercer fragmento como amuleto… diablos, desapareció —rugió el maestro Li. Se rascó la cabeza y frunció el ceño—. Extraño. En el fondo de mi mente esperaba esto. En el Infierno le hice decir a Tou Wan que la piedra de su alfiler había sido robada, quizá por su criada. ¿Por qué sospechaba que la astilla había desaparecido?

No teníamos respuesta, así que el maestro Li se encogió de hombros y regresó hacia la salida.

—Al menos, sabemos con certeza que la piedra fue tomada antes de que la forraran en jade, lo cual nos lleva de vuelta a los Monjes del Jolgorio, que probablemente rezaron oraciones perversas en su lecho de muerte. Si la orden ha durado hasta hoy, oculta en esta caverna, ha tenido los tres fragmentos de la piedra durante más de setecientos cincuenta años. En nombre de Buda, ¿qué ha hecho con ella?

Era otra pregunta sin respuesta. Regresamos a la antesala circular, y el maestro Li devolvió la vasija a las manos de la estatua y la puerta se cerró. La siguiente estatua tenía cabeza de chacal. El maestro Li dijo que los chacales significaban muchas cosas para los antiguos egipcios, pero que aquí probablemente el simbolismo fuera chino, y que debíamos tener el estómago fuerte. Alzó la segunda vasija y la segunda puerta se abrió, y cuando entramos su advertencia no fue suficiente. Niño Luna y Cuita del Alba vomitaron, y el príncipe y yo apenas logramos contenernos.

Era otro centro de investigación médica, pero aún peor que la gruta. El aire seco había preservado mejor los experimentos gráficamente pintados en las paredes, y costaba más que nunca creer que un hombre pudiera hacer semejantes cosas a los seres humanos. El príncipe Liu Pao no podía apartar los ojos de las jaulas de hierro. Allí yacían esqueletos de campesinos que aguardaban pacientemente el tumo para entretener al Príncipe Risueño. El maestro Li se concentró en los diagramas y fórmulas que explicaban los experimentos.

—*Ch'i* y *shih*, las fuerzas vital y motriz que animan el universo —explicó—. Estaba usando una piedra extraordinaria para analizar las matrices energéticas de la vida que abandonaba lentamente del cuerpo de campesinos moribundos. El hombre que pudiera dominar el flujo de energía sería un dios, y si también había usado la Respiración Ideal para crear la Perla Embrionaria, sería inmortal. Mostradme una búsqueda de inmortalidad personal y os mostraré un camino de exterminio en que el incienso de la divinidad personal es el hedor de los cadáveres de otros. Buey, cuando decaiga al punto en que empiece a interesarme en pociones para la potencia y el Elixir de la Vida, llévame al Ojo de la Tranquilidad y dame una caña de pescar y un jarro de lombrices.

Nos condujo fuera y cerró la puerta. La tercera puerta estaba custodiada por Kebsnuf de cabeza de halcón, y el halcón es el cazador. Los Monjes del Jolgorio tendrían que salir a aprehender más campesinos, y el maestro Li aconsejó que buscáramos otras salidas, por si teníamos que huir deprisa. La puerta se abrió y entramos en un largo túnel bordeado por pasajes laterales.

El maestro Li no prestó atención a los pasajes laterales y continuó por el túnel hasta que llegamos a un callejón sin salida. Luego empezó a revisar los pasajes uno por uno. Cuando dimos la vuelta, el príncipe Liu Pao encabezó la marcha y entró confiadamente en la primera abertura oscura. Desapareció.

—¡Aaaahhhhh!

El alarido de terror descendía, retumbando con ecos cada vez más profundos en las honduras de la tierra, y luego se disipó. El silencio era más escalofriante que el alarido.

Me obligué a moverme. Al parecer el príncipe no había prestado atención a sus sandalias, porque un pozo negro se abría en el suelo junto a la entrada. Me arrodillé y bajé la antorcha. La caída no era vertical. Una lisa chimenea de piedra bajaba en declive por la roca maciza, lustrosa y pareja como nieve apisonada. Recordé que el príncipe había cuidado a Cuita del Alba, y vi ante mis ojos el fulgor de sus gloriosas pinturas. Me senté y pasé las piernas sobre el borde.

—¿Puedes verle? —preguntó el maestro Li.

—No, maestro, pero lo encontraré —dije resueltamente.

Me lancé antes de que nadie pudiera detenerme. Niño Luna aulló, y luego sólo oí el aire que silbaba en mis oídos mientras aceleraba. La piedra lustrosa era más rápida que el hielo de la colina Cabeza de Jabalí, detrás de mi aldea. La llama de mi antorcha flameaba a mis espaldas como las banderas de los botes de carrera durante el Festival de Botes Dragón, y viré en otra curva, subí por la pared lisa casi hasta el techo y regresé como una tromba al surco central. Aun en mi terror sentía el cosquilleo de la emoción. Doblé otra curva y subí por el flanco liso y de nuevo regresé al centro, y la euforia salvaje del viaje era acrecentada por el hecho de que me sumía en una negrura absoluta, y bien era posible que la chimenea se bifurcara en un par de cavidades de seis pulgadas con una roca afilada en el centro. La velocidad era increíble. Doblé tres curvas más como un cometa, y luego el declive cesó y se elevó, y estaba ascendiendo cuando la chimenea llegó a un abrupto final. De pronto volaba por los aires, y el agua corría debajo de mí, y tuve el buen tino de arrojar mi antorcha adelante antes de caer chapoteando en un río.

Subí a la superficie escupiendo agua, y nadé hacia la orilla. La brea es difícil de apagar, y mi antorcha aún ardía. Había regresado a la caverna central y al río negro, y alcé la antorcha, regresé al agua y nadé hasta la otra orilla. Caminé de un lado a otro mirando arriba, y al fin vi el orificio negro por donde había caído.

—¡Estoy bien! —grité—. ¡No veo al príncipe, pero lo encontraré!

Comencé a recorrer lentamente la orilla buscando huellas húmedas, el sitio donde el príncipe había salido o lo habían llevado. No quería pensar que hubiera aterrizado de nuca o hubiera golpeado una roca sumergida. Un ruido me hizo dar la vuelta, alzando el hacha.

Debí haberlo esperado. El maestro Li volaba por los aires. Se posó en el agua como un cormorán, y Cuita del Alba llegó volando detrás de él y descendió como un cisne. Niño Luna no podía hacer nada que no fuera grácil y me recordó a un gran bailarín de la ópera cuando hizo un salto acrobático, se tocó los dedos de los pies y hendió el agua como un cuchillo. Los ayudé a salir, junté sus antorchas y las volví a encender con la mía.

—¡Buda, qué juguete! —dijo el maestro Li, golpeándose la cabeza para sacarse agua de los oídos—. El hombre que pudiera reproducir ese paseo en los parques públicos sería mandarín en un mes.

—¿Mandarín? ¡Emperador! —exclamó Niño Luna.

—Sólo espero que el príncipe lo haya disfrutado tanto como yo —dijo sombríamente Cuita del Alba.

El maestro Li buscaba algo, y lo encontró. Había antiguos soportes de hierro incrustados en la pared que conducía al agujero de la chimenea.

—La naturaleza rara vez produce algo tan liso, y sospecho que la naturaleza tuvo cierta ayuda —dijo—. El río se usaba para transportar objetos pesados hasta este punto. Los subían al agujero, y unas cabrias los alzaban en trineos por la roca hasta los niveles más altos de la tumba. Tiene que haber una escalera a poca distancia.

Pronto la encontramos. El maestro Li quería cerciorarse de que había escalones, por si los necesitábamos, y luego fuimos en busca del príncipe Liu Pao. Caminamos de un lado a otro de la orilla, y estábamos a punto de cruzar a la otra margen cuando los agudos ojos de Cuita del Alba encontraron lo que habíamos pasado por alto. Era una borla escarlata.

—La túnica del príncipe tiene borlas escarlata en el borde —dijo alborotadamente.

Ampliamos la búsqueda, y corriente arriba encontramos otra borla.

—Lo han capturado —declaró el maestro Li—. Si estuviera libre, habría gritado como Buey, habría buscado un camino de regreso y habría hallado esa escalera. Tenemos que suponer que lo aprehendieron nuestros amigos de las túnicas pintorescas, pero tiene suficiente libertad de movimientos como para dejar un rastro.

A intervalos regulares seguimos hallando las borlas que el príncipe había arrancado subrepticiamente. Luego cesaron. Desandamos camino, y encontramos un pasaje lateral casi invisible detrás de un saliente de roca. Había otra borla a un paso de la entrada, pero el maestro Li ordenó un alto. Escrutó el túnel con ojos adustos. Por doquier había antiguos soportes y

andamios de madera, y el suelo estaba cubierto de piedras que habían caído del techo. Era una trampa mortal, y el príncipe no habría entrado allí a menos que lo obligaran. El maestro Li bajó la voz.

—Niño Luna, ésta es tu especialidad —susurró—. Unos caballeros desagradables pueden regresar aquí, y me gustaría que nos oigan entrar sin que entremos.

Niño Luna asintió. Se sentó en la entrada, se quitó las sandalias y apoyó la lanza de tal modo que pudiera rasparla contra la pared con el hombro.

—¡Silencio! —susurró el maestro Li, pero no era el maestro Li, sino Niño Luna lanzando su voz hacia el túnel. En sus manos las sandalias se movían con rapidez y liviandad, y cuatro pares de pies parecieron entrar en el túnel.

—No veo nada —dijo mi voz.

—Yo tampoco —susurró la voz de Cuita del Alba.

—Todo despejado por aquí —susurró Niño Luna con su propia voz.

Las sandalias se oían con creciente claridad, como si la gente que las llevaba se acercara. Niño Luna movió el hombro y produjo un chirrido metálico con la lanza, seguida por una maldición ahogada con la voz del maestro Li.

—¿Eso no es otra borla? —susurró mi voz, más alta.

En la profunda oscuridad del túnel se oyó un chasquido, seguido por un crujido de madera astillada. Oímos un gran estrépito. El suelo se zarandeó y unas ondas surcaron el río, y desde la boca del túnel llegaron oleadas de polvo y astillas. Un estrépito siguió al otro como si todo el techo se derrumbara, y pasó largo rato hasta que el ruido cesó y se desvanecieron los ecos.

—Bien —murmuró el maestro Li—. Oficialmente estamos muertos, pulverizados como grano bajo la piedra molar, y no estarán buscándonos cuando los visitemos. Afortunadamente, no serán difíciles de encontrar.

23

El maestro Li iba montado en mi espalda. La escalera era muy empinada, con muchos rellanos, y yo me disponía a detenerme para recobrar el aliento cuando llegamos a una gran cueva que daba a otros pasajes laterales. El maestro Li se apeó y recorrió la cueva mientras Niño Luna, Cuita del Alba y yo nos sentábamos a descansar. Lanzó una súbita exclamación, y nos levantamos y corrimos hacia él.

Accidentalmente se había apoyado en una parte móvil de la pared. Se había abierto una puerta que llevaba a otra habitación. Todos habíamos estado allí, y entramos y echamos una ojeada a la oficina del pagador y el foso donde yacían los dos jardineros. Las flechas aún estaban clavadas en cada trozo de madera, y Cuita del Alba se agachó para examinar una. Las alzó con ojos asombrados.

—Lo sé, lo vi antes —dijo el maestro Li—. No son flechas antiguas sino relativamente modernas, pero habría sido imposible que un lugareño hallara este sitio y jugara aquí sin que alguien lo descubriera. Ningún joven podría guardar semejante secreto, a menos que hubiera nacido con él. ¿Una feliz vida hogareña con los Monjes del Jolgorio?

Se acercó al pozo que había frente al escritorio y escrutó torvamente la oscuridad.

—Quién sabe —dijo, como hablando consigo mismo—. ¿Os pagaron para subir a un niño o una niña por una escalera empinada, tal como Buey me subió a mí? ¿Os detuvisteis en este nivel a descansar, y el niño o niña se puso a jugar con un arco y unas flechas? ¿Luego lo subisteis el resto del camino, y él hizo otro maravilloso paseo por ese tobogán que llega al río? ¿Y luego subió para seguir practicando arquería, y volvió a subir para otro paseo, y así sucesivamente? ¿Oísteis o visteis más de lo conveniente, y luego os colocasteis frente al escritorio para recibir vuestra paga?

El pozo callaba. El maestro Li se encogió de hombros y nos condujo de vuelta a la caverna. Se encaramó a mi espalda y yo empecé a subir de nuevo, y los últimos escalones después del cuarto rellano nos llevaron de vuelta al túnel donde habíamos empezado, junto al pasaje con el pozo y el maravilloso

tobogán de piedra. Tuve la súbita visión de un jardinero bajando a un niño risueño, que corría al tobogán y desaparecía en la oscuridad.

El maestro Li regresó rápidamente por el túnel hasta la pequeña antesala. Quedaba una puerta, y junto a ella estaba el último hijo de Homs.

—Imstey, el único con cabeza humana —dijo adustamente el maestro Li—. Estamos buscando a humanos, y muy desagradables, y esperemos que no hayan dejado al príncipe maniatado en ese túnel cuando activaron la trampa para aplastarnos.

Alzó la última vasija, y la puerta se abrió. Esta vez no necesitábamos antorchas porque una larga fila de ellas ardía en soportes a lo largo de la pared de un túnel. El aire era fresco y rancio al mismo tiempo, y Niño Luna hizo una mueca de asco y comentó que bañarse al menos cada siete años tenía sus méritos.

El túnel inició un brusco declive descendente. De nuevo precedí la marcha con el hacha, y el maestro Li me siguió con sus cuchillos arrojadizos, y Niño Luna aferraba una lanza con una mano y el cinturón de Cuita del Alba con la otra, y Cuita del Alba caminaba de espaldas cubriendo nuestra retaguardia con el arco. Tratábamos de hacer menos ruido que ratones. El túnel seguía bajando, y gradualmente el aire se volvió más húmedo, como si de nuevo nos aproximáramos al río, y vi dos piedras pequeñas que yacían en el suelo del túnel. Recordé el alud que presuntamente nos había matado, y miré nerviosamente al techo. No veía grandes grietas, pero a poca distancia había un indicio de que este pasaje se había sacudido cuando el otro se derrumbó. El polvo cubría el suelo, y el maestro Li gruñó de satisfacción. En el polvo había huellas recientes de sandalias.

Apuramos el paso. Tuve que ahogar un grito, y aferré el brazo del maestro Li y señalé. Había una borla carmesí en el suelo. Niño Luna le susurró a Cuita del Alba, y ella se volvió y la miró con un destello en los ojos.

—Está vivo —susurró el maestro Li—. El príncipe es mucho más tenaz de lo que parece, y cuando se quede sin borlas, encontrará un modo de abrirse un tajo para dejar un rastro de sangre.

Niño Luna parecía oír sonidos que no oíamos los demás. Susurró que había gente riendo a cierta distancia, y al fin también nosotros pudimos oír lo mismo: carcajadas groseras y alegres, con otros ruidos de celebración.

—Buena señal —susurró el maestro Li—. Están celebrando nuestro deceso, y si estuvieran a punto de sacrificar al príncipe ante la piedra, o cualquier otro ritual, oiríamos un sonido religioso y macabro.

Delante había luz y pasamos varios pasajes laterales vacíos. Llegamos a un pasaje que no estaba vacío, y la risa estaba justo frente a nosotros. Era un vestuario, con una fila de túnicas monacales variopintas colgadas de clavijas, y al final parecía haber un reborde que daba sobre la zona de donde venía la luz. Entramos, nos echamos de bruces, nos arrastramos hasta el reborde y nos

asomamos con cautela.

La caverna que estaba debajo me recordaba el patio de un gran monasterio. Estaba iluminada por mil antorchas apoyadas en soportes de las paredes. La escena era muy extraña: monjes de túnica variopinta reían a mandíbula batiente mientras bailaban con movimientos rígidos y torpes en círculos concéntricos. Cabriolaban alrededor de un trono en el que estaba sentado un monje que usaba una máscara sonriente de papel con una barba rizada. Había una gran urna junto al trono, y un monje que parecía ser un dignatario estaba a tres pasos de distancia. No había rastro del príncipe.

El maestro Li nos indicó que retrocediéramos.

—Es una antigua ceremonia llamada el Festival de la Risa —susurró—. El que está en el trono es el cabecilla, y usa la máscara de Fuhsing, Dios de la Felicidad. Los monjes se aproximan bailando al trono, abrazan al cabecilla, sacan un rollo de papel de la urna y se lo entregan al asistente, que lo abre y lee en voz alta un cómico deseo de felicidad. Cuando todos tienen su deseo, el asistente grita «*T'ien-kuan-ssu-fu*», inaugurando el festival, y sueltan bandadas de murciélagos, pues tanto murciélago como felicidad se pronuncian *fu*. Llevarán al cabecilla en su gira anual de inspección, y eso nos conducirá al príncipe, y luego se emborracharán totalmente en un banquete.

El maestro Li retrocedió y eligió una túnica de su tamaño. Nos ayudó a ocultar nuestras armas en la espalda, debajo de las túnicas, y las grandes cogullas nos cubrían el rostro.

—Estéticamente la ceremonia deja mucho que desear, pero es maravillosa para el asesinato —dijo torvamente el maestro Li—. No esperaré a la gira de inspección. Demasiado arriesgado. Ese sujeto y sus felices amigos trataron de matarnos, y es hora de devolver el favor. Si podemos meternos en el medio y de pronto se quedan sin cabecilla, no será difícil, pero acordaos de dejar a un par con vida para que nos digan el paradero del príncipe.

Se agachó sobre la sandalia que no contenía ganzúas y deslizó la punta redondeada de la suela falsa. Tenía un pequeño agujero cosido. Metió el dedo en la sandalia hueca y sacó una hoja cilíndrica y delgada, no más gruesa que una aguja grande, y atornilló la base al agujero. El trozo de suela le cabía perfectamente en la palma de la mano.

—Buey debería cubrir la retaguardia por si fallo —dijo—. Yo estaré delante de él. ¿Algún voluntario para ir primero?

—Yo —dijeron al unísono Cuita del Alba y Niño Luna.

El maestro Li escogió a Niño Luna para ir primero y a Cuita del Alba para que lo siguiera, y regresamos al reborde. La ceremonia se desarrollaba tal como él había anunciado, y los monjes risueños cercaban lentamente el trono. Cada uno abrazaba al cabecilla, sacaba un rollo de la urna y se aproximaba bailando al asistente, que abría el rollo y leía un deseo de felicidad con voz estentórea y ronca. Eran bromas groseras sin ingenio ni imaginación: ser

macerado eternamente en un barril de vino fuerte, por ejemplo, o renacer como almohada en un burdel. Cada broma estúpida era recibida con risotadas.

Todos los ojos se fijaban en el trono y el asistente. Nos deslizamos fácilmente por el flanco de una roca en declive y nos unimos al final de la procesión. El único problema era imitar los torpes pasos de baile de los monjes, que parecían penosamente descoyuntados. La fila avanzaba regularmente hacia el cabecilla.

—¡El hermano Pus de Grano, a quien se otorgará el deseo de ser fornicado por el Cerdo Trascendente! —bramó el asistente.

Hasta de eso se rieron. La última línea se aproximaba, y yo tenía el corazón en la boca mientras Niño Luna se acercaba bailando al trono. No había conocido a nadie más valiente, pero su tez se estaba poniendo mórbidamente verde. Logró abrazar al cabecilla sin inconvenientes, sin embargo, y le llevó el rollo al asistente, que leyó otro deseo idiota. Cuita del Alba fue la siguiente, y ella también se había puesto verde, pero logró pasar. Era el turno del maestro Li.

Podría jurar que también en su piel arrugada vi un tizne verdoso. Se acercó bailando y extendió las manos para el abrazo, y su mano derecha cubrió súbitamente el corazón del cabecilla. Un rápido giro de la muñeca desatornilló la suela de sandalia. Tomó su rollo y se acercó al asistente, y ahora era mi turno. Pronto descubrí la causa de ese color verdoso. El cabecilla no se había lavado en seis meses. Un paso más, y pensé en seis años, luego en sesenta.

El maestro Li no había errado. La cabeza cubierta por la máscara de papel yacía sin vida contra el respaldo del trono. La diminuta hoja apenas había extraído sangre, y era casi invisible sin la suela. Era un alivio no tener que estrangular a ese cabrón. Tomé mi rollo y seguí bailando, y por primera vez el asistente cambió el ritual. Al parecer el último de la fila cumplía una función ceremonial.

—¡Los últimos serán los primeros! —bramó el asistente—. ¡A nuestro retrasado hermano se le otorga el deseo de llevar a nuestro líder en la gira de inspección!

Busqué en vano un carruaje o litera, y comprendí que en el antiguo rito uno llevaba al líder sobre la espalda. El maestro Li, Niño Luna y Cuita del Alba estaban tan apretujados entre los monjes risueños que les sería difícil sacar las armas y el maestro Li se limitó a enarcar las cejas mientras dos monjes corpulentos se aproximaban al trono y recogían al líder.

La suerte nos acompañó. La fluctuante luz de la antorcha no permitía ver con claridad, y la máscara de papel se mantuvo en su sitio, y pensé que no les sorprendería que el líder se les hubiera adelantado y ya estuviera ebrio como una cuba. Pronto me encontré con un cadáver sobre mi espalda, la cabeza rodando sobre mi hombro, y los brazos colgados a ambos lados de mi cuello. No me quedaba más remedio que sostener esas piernas tiesas y esperar que la

gira de inspección cumpliera el cometido que había sospechado el maestro Li: llevarnos hasta el príncipe.

—*T'ien-kuan-ssu-fu* —gritó el asistente—. ¡El Agente del Cielo Trae Felicidad! ¡Tañed las campanas! ¡Golpead los gongs! ¡Liberad a los murciélagos! ¡Que haya baile y alegría, pues ha comenzado el Festival de la Risa!

—¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —rieron los monjes, y nos pusimos en marcha.

Las campanas y los gongs sonaban con tanto estrépito que me lastimaban los oídos, y abrieron jaulas y miles de murciélagos aterrados aletearon frenéticamente a la luz de las antorchas.

—¡Bailad! ¡Bailad! ¡Bailad! ¡Qué reine la alegría en el Festival de la Risa! —aulló el asistente.

Logré mirar hacia atrás y vi que el maestro Li, Niño Luna y Cuita del Alba estaban tan apretados entre monjes saltarines que lo único que podían hacer era bailar con ellos. La áspera cacofonía de campanas y gongs desorientaba a los murciélagos. Se estrellaban contra las paredes y el techo, y pequeños cuerpos velludos caían alrededor de nosotros.

—¡Más risa! ¡Más baile! ¡Más campanas y murciélagos! —chilló el asistente.

El cadáver que yo llevaba se estaba poniendo rígido con asombrosa celeridad. Los brazos colgantes me apretaban incómodamente los flancos del cuello, y me costaba respirar. Traté de desplazar el peso, pero nada es más difícil que mover apropiadamente un cadáver. Es como un saco de alimentos equipado con brazos y piernas desmañados.

—¡Alegría! —aulló el asistente—. ¡Alegría, alegría, alegría!

Los brazos me estrujaban cada vez más. No tuve más opción que soltar las piernas del cadáver, alzar las manos y tirar de los brazos, y avanzamos a trompicones con sus pies botando en el suelo. Era como tratar de separar barrotes de hierro…

Barrotes de hierro. Una visión de la biblioteca del monasterio me pasó por los ojos, y barrotes de hierro doblados como velas de sebo. Tiré con todas mis fuerzas. Los brazos me seguían estrujando.

—¡Que la alegría sea ilimitada, pues nuestro Señor de la Felicidad saluda a su huésped de honor! —gritó el asistente.

La cogulla del cadáver cayó hacia atrás. La máscara se estaba resbalando. La cabeza se irguió lentamente. Un ojo se abrió con un guiño, y su hálito de carroña me sofocó cuando se abrió la boca. Ahora sabía por qué dos monjes habían muerto con el horror estampado en el semblante.

—Qué amable de tu parte llevar a esta humilde criatura en la gira de inspección —dijo el Príncipe Risueño.

No había error posible. La mitad de la cara era la cara del retrato de la tumba. La otra mitad también era el Príncipe Risueño, pero como una efigie

modelada en cera y expuesta al fuego. La carne se había descompuesto parcialmente, y su voz también: gruesa, resbalosa, grumosa y maloliente. El otro ojo se abrió, también con un guiño. Ambos ojos estaban totalmente locos.

—Te divertirás en mi reino —se burló el Príncipe Risueño.

—¡Bailad! ¡Bailad! ¡Más alegría y jolgorio! —aulló el asistente.

—Mira cómo se divierten mis monjes —dijo el Príncipe Risueño—. Qué deliciosa adición a nuestro grupo seréis tus amigos y tú.

Las cogullas caían de los rostros de los monjes bailarines, y vi que eran cadáveres. Fragmentos de carne aún se adherían a los huesos blancos, y cuencas oculares vacías miraban con horror eterno.

—¡Más murciélagos y más campanas! ¡Tocad más gongs! —gritaba el asistente.

El Príncipe Risueño había querido ser un dios, y había hallado la eternidad como *chiang shih*, el cadáver que escapa de la tumba, estrangula a los viajeros y les roba el alma. Nunca en la historia nadie había escapado de este abrazo fatídico.

—Ah, sí, tus compañeros y tú lo pasaréis tan bien que no querréis partir nunca —me jadeó el Príncipe Risueño al oído—. Tanta alegría. Tantas risas sin fin. Y bailaréis para mí por siempre jamás.

—¡Loado sea nuestro Señor de la Felicidad! —aulló el asistente—. ¡Loada sea la Piedra!

—¡La Piedra! —gritaron los cadáveres—. ¡Loada sea la Piedra!

Miré frenéticamente hacia atrás y vi que el asistente azotaba al maestro Li, Cuita del Alba y Niño Luna con un látigo, mientras los cadáveres se apiñaban para estrujarlos con los brazos. Miré al lado.

Apenas podía respirar, y mi visión era borrosa, pero llegué a distinguir el destino al que nos aproximábamos. Un altar de sacrificios se erguía a un lado de la caverna. Junto a él había una enorme pila de piedra llena de aceite ceremonial, y detrás había una columna con ganchos de los que colgaban hachas para el sacrificio.

—¡Más murciélagos! —aulló el asistente—. ¡Más baile y risas!

Más vale ahora que después, pensé, y tumbé una fila de cadáveres mientras efectuaba un desvío. Cuerpos de murciélagos crujían bajo mis pies mientras me dirigía a tropezones al altar. Más murciélagos chillaron de miedo mientras chocaban con los cráneos de monjes bailarines, y entraban en bocas vacías y cuencas oculares buscando refugio. Se me estaba partiendo el cuello. Manchas negras y rojas bailaban frente a mis ojos. La pila de aceite ceremonial de pronto se irguió frente a mí, y con mis últimas fuerzas embestí, me encaramé al borde y me hundí en el aceite con el cadáver.

Salí a la superficie, jadeando, y cogí los brazos aceitosos y tiré hacia arriba. Lentamente resbalaron. Se detuvieron en mis orejas y yo bajé una mano y tomé más aceite, y al fin los brazos mortíferos chocaron sobre mi cabeza con

un palmoteo. Me lancé al borde de la pila y la tumbé al suelo, y el Príncipe Risueño se irguió en el aceite y extendió los brazos afectuosamente.

—Regresa, querido muchacho. Aún no hemos terminado de bailar —rió.

Me arrastré hasta la columna, me levanté y cogí un hacha sacrificial. El rígido cadáver había salido de la pila y caminaba hacia mí con los brazos extendidos. Guiñaba demencialmente ambos ojos. Dejé que se acercara y tronché las piernas a la altura de las rodillas. El Príncipe Risueño cayó hacia atrás.

—¡La Piedra y el Señor de la Dicha ansían más jolgorio! —aulló el asistente.

Separé las manos de los brazos, y los brazos del torso, y alcé el hacha y la descargué sobre esa cara putrefacta. La cabeza se partió, y guiñó un ojo tras otro.

—Totalmente —dijo la mitad izquierda de la boca.

—Inútil —dijo la mitad derecha.

Solté el hacha, retrocedí y me caí. Me quedé allí, resollando sin poder moverme.

—¡Cantad el gran Himno de Alegría, pues nuestro Señor de la Dicha prepara el sacrificio! —chilló el asistente.

Logré mover la cabeza. Las manos tronchadas del Príncipe Risueño se me acercaban como cangrejos. Treparon por mis piernas y por mi pecho, y me apretaron pérfidamente la garganta.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los cadáveres bailarines—. ¡Jo, jo, jo!

Me levanté penosamente, tirando en vano de las manos que me estrangulaban, y regresé dando tumbos hacia la pila. Sumergí la cabeza en el aceite y me arranqué esos dedos resbalosos, uno por uno. Volví a hundir los dedos en el aceite, fui hacia la columna y arrebaté una antorcha. La arrojé a ciegas. Casi erré, pero vaciló un instante en el borde y cayó en la pila. Me desplomé de bruces, incapaz de moverme.

Una columna de fuego salió disparada hacia el techo. Dos bolas de fuego treparon por el borde y cayeron al suelo, y sólo pude mirar con impotencia mientras las manos llameantes reptaban hacia mí. Siseaban y crujían. Los huesos se separaban. Los dedos escupieron humo grasiento y fuego, se desprendieron de las manos y cayeron. Nubes negras se arrastraron hacia mis piernas. Se detuvieron y yo temblé de dolor cuando una materia siseante me salpicó los tobillos. Luego las nubes se despejaron, y en vez de manos había dos pilas de carbón humeante.

Las campanas callaron. Los gongs callaron. Los cadáveres estaban petrificados en torpes pasos de baile. Sólo los murciélagos seguían bailando a la luz de las antorchas.

Algo se movió, y las lágrimas me humedecieron los ojos y gotearon por mi nariz cuando vi que el maestro Li reptaba hacia mí. Estaba vivo, al igual que

Cuita del Alba, Niño Luna y yo, y no despertábamos en la eternidad como alborozados monjes de túnica variopinta.

24

Niño Luna me alzó la cabeza, y el maestro Li sacó su petaca y me vertió vino en la garganta hasta que me ahogué, tosí, me erguí y escupí alcohol sobre mi túnica. Me ayudó a despejarme la cabeza, que el maestro Li palmeó como un abuelo.

—Cuando viajes, siempre lleva un buey contigo —dijo.

Niño Luna me plantó un beso en la mejilla izquierda, pero no era su beso el que quería, y aún estaba tan débil que mis ojos se llenaron de lágrimas. Cuita del Alba no se había molestado en acercárseme, y estaba a punto de ahogarme en autocompasión cuando comprendí que Cuita del Alba era la única que había conservado la cabeza. Había sacado su arco, pues ignorábamos qué otros horrores acechaban allí, y estaba agazapada detrás de la pila de aceite, apuntando a la caverna con una flecha tendida. Nada se movía salvo los murciélagos. Al fin aflojó la cuerda y retrocedió.

—Buey —dijo, dándome un beso—, los niños tendrán que incluirte en la historia de Lobo. Hasta ahora, nadie había roto el abrazo de un *chiang shih*.

El rígido cadáver estaba hecho trizas, pero, ¿podía levantarse de nuevo? Temblé, y también Niño Luna, y Cuita del Alba alzó las manos hasta los hombros y se abrazó el cuerpo.

—Maestro Li, odio y temo a esa criatura horrible, pero, ¿por qué me siento atraída por ella? —susurró—. Es casi igual que mi atracción por Niño Luna, o incluso por el príncipe.

Niño Luna la miró con ojos sombríos y se volvió hacia el maestro Li.

—Yo también siento la atracción —dijo—. Cuando bailaba detrás de esa criatura, no era sólo porque me obligaran. También quería hacerlo.

El viejo me miró.

—¿Buey?

Sacudí la cabeza.

—No, maestro. Yo sólo siento temor y odio.

—Lo mismo pasa conmigo. Supongo que nuestra sensibilidad es deficiente —dijo. Caminó hasta el torso tronchado y se agachó. Su cuchillo centelleó a la luz de las antorchas—. Hace más de siete siglos el Príncipe

Risueño murió, y durante los cuarenta y nueve días en que los alguaciles del Infierno aguardaron para asegurarse de que no hubiera errores en el Registro de la Vida y la Muerte, la sangre empezó a corromperse. El Príncipe Risueño usaba un amuleto de piedra en una cadena que le ceñía el cuello, y la piedra se hundió en su cuerpo. Antes de que llegaran los alguaciles, la piedra había entrado en su corazón y él se había levantado de entre los muertos; loco, descerebrado, totalmente maligno. ¿Eso significa que la piedra era maligna? Niños, la atracción que sentís tendría mucho más sentido si lo contrario fuera cierto.

La carne estaba tan putrefacta que apenas necesitaba el cuchillo, y lo usó como una cuchara para sacar una piedra lisa y chata. La lavó en el aceite y la secó en su túnica, y yo me asusté cuando regresó con la piedra en las manos. Temía que le crecieran las uñas y un vello tosco y negro le cubriera la carne, y cuando apartó los ojos de la piedra busqué el destello de la locura. En cambio vi una pátina de lágrimas, y su voz era blanda y suave.

—¿La piedra es maligna? Toma, Buey, juzga por ti mismo.

Me entregó la piedra. Sucedió tan rápidamente que la tomé sin pensar, pero luego lancé un aullido y la hubiera soltado si él no hubiera cerrado los dedos sobre los míos.

—No tengas miedo —murmuró.

La piedra estaba caliente. Estaba viva, y pude sentir un flujo de energía semejante a una palpitación. Un cosquilleo entró por mis dedos y se propagó por mi cuerpo. Bañó cada nervio como un tónico milagroso, y mi fatiga se disipó, y tuve la clara sensación de que en cualquier momento florecería como un capullo. El maestro Li me indicó que la pasara a los demás, y se la entregué a Cuita del Alba. Ella rompió a llorar, aun mientras sonreía, y cuando la recibió Niño Luna se puso blanco como un fantasma y se la apretó contra el pecho como si quisiera unirse a la piedra con el cuerpo.

El maestro Li la recobró y la alzó a contraluz.

—El autor del *Sueño de la Cámara Roja* nunca vio la piedra, pero apostaría a que sí vio uno de los Anales del Cielo y de la Tierra, y que éste sólo decía que la piedra era defectuosa. La flor sí era maligna, pero Tsao Hsueh Chin atribuyó el mal a la piedra a causa de la particular reacción de dos grandes hombres que una vez la poseyeron. Ssu-ma Ch'ien nunca tocó la piedra con las manos, y también él la juzgó maligna a causa de las reacciones de Lao Tzu y Chuang Tzu. Si Ssu-ma no hubiera sufrido tantas tensiones, habría prestado más atención a la forma de la piedra y habría llegado a otra conclusión.

El maestro Li sonrió y citó a Ssu-ma.

—Zona chata y lisa elevándose hasta formar un cuenco cóncavo y redondo. ¿Qué os sugiere?

No nos sugería nada a Niño Luna ni a mí, pero los ojos de Cuita del Alba se iluminaron.

—Un lugar para moler una varilla de tinta y un cuenco para sumergir el pincel. Era una piedra de tinta natural —dijo.

—¡En efecto! Las piedras de tinta naturales son muy valoradas, y ésta le fue obsequiada primero a Lao Tzu y luego a Chuang Tzu. Daría cualquier cosa por haber estado allí cuando los grandes hombres la usaron por primera vez. Sus pinceles se sumergieron en la parte cóncava y se movieron sobre la zona chata, entrando en contacto con una piedra que tenía el toque del Cielo, y quedaron boquiabiertos y abrieron tamaños ojos al ver que sus pinceles trazaban la caligrafía de los dioses. Habrían podido callarse y alegar que era su propio genio, y la tentación debió de ser tremenda, y ambos gritaron «¡El mal!» y se deshicieron de la piedra. Cualquiera que los oyera supondría que se referían a la piedra, no a la tentación que la acompañaba.

Se guardó la piedra en el zurrón y la aseguró con una correa de cuero.

—Ésta es sólo una pieza. Quedan otras dos —dijo adustamente—. Cuando el Príncipe Risueño se levantó de entre los muertos estaba descerebrado y loco de atar, y no pudo haber planeado actos racionales. Alguien ha pensado estos planes, y por aquí cerca anda el cabecilla que ha aprehendido al príncipe Liu Pao. A menos que…

Calló. Sabíamos qué pensaba, y nuestros rostros estaban blancos y tensos mientras nos movíamos metódicamente entre los Monjes del Jolgorio. Abrimos una cogulla tras otra. Sólo encontramos calaveras blancas, y algunas más recientes que aún tenían colgajos de piel y cabello. Niño Luna casi tuvo un infarto cuando vio el guiño de dos cuencas oculares vacías, pero luego un murciélago asustado echó a volar del cráneo hueco. Algo terrible le podía haber ocurrido al príncipe, pero al menos no era uno de los monjes.

Tomamos antorchas y buscamos en el suelo. Tardamos casi una hora en encontrarla, pero al fin Niño Luna lanzó un grito de alegría. Había una borla escarlata en la entrada de un pasaje lateral. De nuevo empuñamos las armas y nos pusimos en marcha, conmigo al frente y Cuita del Alba cubriendo la retaguardia.

Si el príncipe no hubiera dejado ese rastro, nos habríamos perdido irremediablemente en cuestión de minutos. Era un laberinto dentro de un laberinto dentro de otro laberinto, y los túneles se bifurcaban en todas las direcciones. Gruesos puntales de madera sostenían el techo. Teníamos que avanzar con cuidado para no tocar los andamiajes, y hablábamos en susurros, como si una palabra dicha en voz alta pudiera desmoronar la tumba sobre nuestra cabeza. Vaya tumba: una habitación tras otra, algunas terminadas y otras inconclusas, destinadas a toda función y placer concebibles. El Príncipe Risueño había decidido llevarse consigo todo su mundo, y yo incluso esperaba ver un campo de polo, hasta que recordé que en esos tiempos habíamos importado los maravillosos caballos de la India (dejados por ese loco invasor griego), pero no el juego que los acompañaba.

Las borlas escarlata seguían indicándonos el camino. Niño Luna susurró que oía ruido de agua, y minutos después entramos en una bonita cueva. Por lo que veíamos a la luz de las antorchas, la piedra era azul y verde y muy hermosa, y un suelo de mármol conducía a una piscina alimentada por un hilillo de agua que caía de un saliente que estaba a respetable altura. Escalones de mármol llevaban a rebordes de roca, y tuve la extraña visión de una procesión de esqueletos y momias trepando para zambullirse.

Niño Luna alzó una mano.

—Algo se mueve —susurró—. Viene hacia aquí. Por allá. —Señaló uno de los rebordes de roca. Todos quedamos petrificados, porque una voz aguda y chirriante empezó a gritar:

¡Amo, oh amo, la presa se acerca a tu arco!
¡Un viejo venado, dos cervatos y una bonita corza!

Los ecos rebotaron entre las paredes y resonaron en un sinfín de pasadizos. Algo se movía. Una figura menuda y grácil envuelta en una túnica variopinta nos miraba desde el reborde. Se me cortó la respiración cuando vi que se echaba la cogulla hacia atrás y vi la coronilla encima de las oscuras sombras. El cabello era del color del fuego. Oí una risa clara y cantarína, y luego la voz pura y adorable de una niña.

—Espero no haber asustado a nadie. ¿Quiénes sois?

El maestro Li entornó tanto los ojos que me pregunté cómo veía.

—Turistas —repuso con voz irónica—. ¿Quién eres tú?

La niña tironeó tímidamente de su túnica.

—Mi amigo me llama Niña de Fuego —dijo—. ¿Le habéis visto?

—Quizá —dijo el maestro Li—. ¿Tu amigo es ese sujeto alegre que retoza con monjes que usan túnicas como la tuya?

—Sí. Es mi amigo hasta que venga mi verdadero amigo, pero hace muchísimo tiempo que no lo veo. —Su voz pura manifestaba desconcierto—. Prometió regresar, sé que lo prometió, pero no recuerdo cuándo fue.

El maestro Li soltó un suspiro y cogió su petaca de vino.

—Se llama Lobo, sin duda.

—¡Sí! —exclamó la niña con deleite—. ¿Lo has visto? Espero desde hace tiempo y sé que debemos hacer algo importante, pero mi cabeza no está muy despejada y no recuerdo qué es.

Tenía la voz joven más bella que yo había oído, pero había en ella una extraña discordancia. Algo estaba descentrado, y no venía de las cuerdas vocales sino de la mente.

El maestro Li bebió un poco de vino, y esta vez no pareció disfrutar del sabor.

—También nosotros tenemos un amigo —dijo—. Tiene un pelo raro y

enmarañado, y manchas de tinta en la nariz. Quizá se haya ido con tu otro amigo, el que está con los monjes.

—Sí, lo vi. —La niña señaló vagamente hacia atrás—. Por allá. Debe de estar enfermo, porque lo llevaban a rastras.

—Entonces será mejor que le llevemos medicina —dijo razonablemente el maestro Li—. ¿Los monjes llaman a tu amigo el Señor de la Risa?

—Sí, pero no me gusta cuando se ríe —dijo ella gravemente—. Y tiene mal olor, pero cuando me desperté estaba sola, y estuve sola muchísimo tiempo, y me alegré al encontrarlo.

—Fue entonces cuando aprendiste a abrir las puertas y entrar en la cámara funeraria —declaró el maestro Li—. ¿Él estaba fuera del ataúd cuando lo encontraste?

Ella tironeó nerviosamente de la túnica y calló un largo rato.

—Sí —susurró—. Pero no estaba despierto de veras, y tardé mucho en aprender a despertarlo.

—¿Con la piedra de la sacristía?

—Sí, pero él no era divertido —dijo la niña con petulancia—. No sabía jugar a nada, y se ponía de mal humor a menos que yo hiciera cantar a la piedra para calmarlo, y cuando le pedí que encontrara más amigos, vino con esos monjes, que tampoco eran divertidos.

—¿No te olvidas de algo? —urgió el maestro Li—. Tenías otros dos amigos, ¿verdad? ¿Dos hombres que venían de fuera? Te subían por la escalera para que pudieras bajar por el tobogán, y luego disparabas algunas flechas, y luego volvías al tobogán, y un día averiguaste cómo entrar en la cámara funeraria.

Ella se tironeó de la túnica con más nerviosismo.

—Sí —susurró.

—Y entonces tu otro amigo no estaba fuera del ataúd, ¿recuerdas? —dijo dulcemente el maestro Li—. Ordenaste a los hombres que alzaran la tapa, ¿verdad? Y tú ya sabías que existía esa plancha de hierro frente al escritorio, y los hombres se situaron allí para que les pagaras. Debió de ser difícil tirar de la palanca.

Las lágrimas goteaban en su adorable voz, perlas deslizándose por néctar.

—No quería hacerlo, pero ellos le habrían hablado a todo el mundo de la sala de oro y del traje de jade, y yo sabía que debía guardar el secreto. Tengo que guardar el secreto de todo. No recuerdo por qué, pero sé que es importante, y un día Lobo regresará y me recordará el motivo.

—Puede ser muy difícil guardar secretos —dijo compasivamente el maestro Li—. Por la noche ibas al mundo de arriba y escuchabas ante las ventanas y oías cosas, y una noche regresaste a la caverna y le contaste a tu amigo maloliente que un monje del monasterio tenía un manuscrito de alguien llamado Ssu-ma Ch'ien, y tu amigo te dijo que Ssu-ma había

encontrado una entrada de la tumba. ¿No fue así como sucedió?

—Sí —susurró ella.

—Y después escuchaste frente a otra ventana y supiste que el monje había hecho una copia, y tu amigo maloliente también tuvo que lidiar con ese problema.

—Sí —susurró ella—. ¡Tú estabas ahí! Con tu amigo del pelo enmarañado y las manchas de tinta. —Echó la cabeza hacia atrás, y su risa sonó como un tañido de adorables campanas—. El pelo de tu amigo es realmente muy raro. ¿Quieres ver adónde lo llevaron?

El maestro Li tragó más vino y guardó la petaca.

—Sería una buena idea —dijo secamente—. Guíanos, Niña de Fuego.

Me dolía la cabeza, y las palabras se deslizaban como lagartos escurridizos por fisuras de mi macizo cerebro de granito, corriendo, deteniéndose, reptando cautamente hacia los significados: «Le contaste a tu amigo maloliente que un monje del monasterio tenía un manuscrito de alguien llamado Ssu-ma Ch'ien, y tu amigo te dijo…». La niña había dicho que sí y su amigo maloliente también había planeado el segundo robo y asesinato. ¿Cómo podía el Príncipe Risueño haber planeado nada? ¡No estaba cuerdo! De pronto comprendí que el maestro Li había inducido a la niña a confirmar que las dos únicas personas que podían ser responsables del asesinato de los monjes eran el Príncipe Risueño y la niña misma, y la niña sin duda había matado a los dos jardineros.

¿Y ella estaba cuerda? Mantenía distancia mientras trepábamos al reborde de roca, moviéndose como un cervatillo tímido mientras entraba en un túnel lateral. Su bella voz llegó por la oscuridad, cantando.

El joven muere mas no muere en vano;
la Rueda girará y él volverá.
La joven doliente que esto beba
será despertada con un beso.

El maestro Li gruñó y señaló el suelo, y vi por qué seguía a la niña. Había otra borla escarlata en el suelo del túnel. Quizá la niña estuviera loca, pero nos llevaba en la dirección correcta.

Un roce de los labios abrirá los ojos
de la niña de fuego.
Luego volará la flecha sagrada
y morirá el corazón del mal.

Las dulces notas se perdieron a lo lejos, y la niña habló desde la oscuridad.

—No recuerdo qué significa eso, pero Lobo me lo dirá cuando venga —

dijo confiadamente.

Dimos vueltas y más vueltas por aquellos túneles apuntalados con maderas viejas y precarias. Otras cuatro borlas escarlata nos confirmaron que íbamos en la dirección correcta, y al fin la silueta menuda y borrosa que nos precedía entró en un pasaje más.

—Lo llevaron allí —dijo la voz.

Cuando llegamos a la entrada y entramos en una pequeña cueva, la niña había desaparecido, pero vi otro pasadizo en la pared de enfrente. La cueva había sido un almacén, y viejas ménsulas con herramientas bordeaban una pared. Antiguos postes se elevaban a travesados que sostenían un techo precario. Uno de los postes estaba agrietado, y alguien había atado rollos de soga alrededor de la rajadura.

Algo estaba mal. Me lo decía el instinto, no la mente, y obligué a mis ojos a escrutar lentamente la cueva. Los bajé de golpe. ¿Una soga? ¿Una soga que había sobrevivido siete siglos y ni siquiera estaba deshilachada? Avancé para ver el otro lado del grueso poste. La soga se extendía hasta un agujero de la pared, y se estaba alzando y tensando. Maldije y blandí el hacha, pero era demasiado tarde. Justo antes de que la tocara la hoja, la soga se tensó y el frágil poste se partió en dos.

Otros postes protestaron. Se curvaron, y el techo bajó de pronto. Los torturados postes chillaron, y luego se partieron con crujidos ensordecedores. Astillas de madera volaron por la cueva como lanzas mortíferas, y cayeron piedras, y la estructura que sostenía el techo comenzó a abultarse en el centro. Avancé cuando el bulto se inclinó hacia el suelo y me puse bajo la viga central y aguanté con todas mis fuerzas. No podía alzarla, por supuesto, pero al menos la sostuve provisionalmente.

—¡Salid! —grité.

Miré hacia atrás. Mi mente se negó a creer lo que decían mis ojos. No podía ser. No podía ser. Sin duda una casucha de Pekín resonaría con risas felices, y un viejo sabio silbaría «Cenizas calientes» y abriría otra vasija de vino cuando su joven esposa entrara en la casucha para visitar a Buey Número Diez, y Niño Luna y el príncipe vendrían cada pocos meses y…

Y mi corazón creyó lo que decían mis ojos, y se congeló. Niño Luna acunaba a Cuita del Alba en los brazos, y esta vez ningún medicamento del mundo la ayudaría. Un asta de madera astillada de tres pulgadas de grosor se le había clavado en el pecho como el proyectil de una catapulta, y estaba tan muerta como Tou Wan. Niño Luna se negó a dejar el cuerpo para que fuera aplastado. La alzó y la llevó hacia el túnel, y no vi más porque las lágrimas me empañaron los ojos. Parecía que el techo gruñía de pesadumbre mientras me aplastaba. Si me movía, la obra entera se derrumbaría.

El maestro Li me apoyó la mano en el hombro.

—¿El peso está distribuido parejamente? —preguntó.

—No —resollé—. Está inclinado hacia delante.

El maestro Li buscó entre las viejas herramientas de hierro. Algunas eran gruesas y fuertes, y trajo una hacia mí. La puso bajo la viga, y luego forcejeó con otra. Cuando estuvieron colocadas a ambos lados de mí, curvé las rodillas, bajando la viga del centro con la mayor lentitud posible. Temblaba como una criatura viviente, y no permanecería en una pieza mucho tiempo. Tocó las ménsulas de hierro.

El maestro Li había regresado a la entrada. Solté la viga, me arrojé al suelo, retrocedí y salté de espaldas a la entrada. Llegué al túnel justo antes de que la viga se partiera en dos, y el maestro Li se encaramó a mi espalda y eché a correr. El estruendo del derrumbe era ensordecedor. Todo el túnel temblaba en un revuelo de polvo y piedras y astillas de madera. Yo corría a ciegas, pero luego vi un resplandor a través de la oscuridad y el polvo. Niño Luna llevaba el cuerpo de Cuita del Alba sobre el hombro, y agitaba su antorcha.

Una vez había visto al maestro Li usar su increíble memoria para hallar el camino de regreso por un laberinto, y ahora repitió la hazaña. Tomó la segunda abertura a la derecha, luego la tercera a la izquierda, luego la primera a la izquierda, y así siguió sin titubeos en medio de una lluvia de rocas y de piedras que aullaban como tigres al rasparse entre sí. Atravesamos otra abertura más y descubrimos que estábamos de vuelta en la piscina. En un minuto regresamos al túnel que habíamos seguido antes, y entonces nos detuvimos.

La vibración había zamarreado toda la caverna y algunos techos estaban más débiles que otros. Un derrumbe había bloqueado el túnel que nos habría llevado de regreso a los Monjes del Jolgorio.

—Maestro Li, oigo agua por allá —gritó Niño Luna—. ¡Suena como un río!

Niño Luna precedió la marcha, avanzando a tientas por un pasaje tras otro, acercándose cada vez más al sonido. Al fin el maestro Li y yo también lo oímos, y salimos por un boquete a la orilla del río negro de la enorme caverna central. La antorcha de Niño Luna brincaba sobre el agua, revelando los rasgos de la primera estatua que habíamos visto: Yen-wang-yeh, ex Primer Señor del Infierno. Estábamos a pocos pasos de la escalera que conducía a la Senda de los Príncipes y la salvación.

El maestro Li se apeó y trotó hacia el túnel por donde habíamos venido. Le dijo a Niño Luna que alzara la antorcha, y estudió el vasto andamiaje con ojos de ingeniero. Caminó hacia el puntal central, cerca de la pared izquierda. Tenía una fisura en el centro.

—Buey, ¿puedes romper esta cosa? —preguntó.

—Es vieja y frágil. Maestro, podría romperse, pero si un túnel se derrumbara aquí, después del colapso anterior, toda la estructura sufriría una tensión tremenda. Esa niña loca todavía está ahí dentro, y el príncipe puede

estar vivo.

—Hazlo —ordenó el maestro Li.

—Venerable maestro…

Cerré la boca. El maestro Li me fulminaba con la mirada, y no correspondía a Buey Numero Diez contradecir al gran hombre. Apoyé el hombro en el puntal, pero había subestimado su podredumbre. Se partió a la primera presión, y por poco me caigo y me empalo en el tocón. El maestro Li se encaramó a mi espalda, Niño Luna alzó el cuerpo de Cuita del Alba y echamos a correr. Sólo oíamos los alaridos de la madera astillada y el estruendo de las piedras que caían, pero vi que Niño Luna abría y cerraba la boca y señalaba frenéticamente con el dedo.

Frente a nosotros una enorme grieta surcaba el techo de la caverna. Con un rugido inmenso, cien toneladas de roca cayeron y bloquearon todos los caminos a la escalera. El río se hinchó, y una marejada se elevó contra la corriente. El maestro Li me golpeaba el hombro y señalaba, y comprendí que nuestra única esperanza era regresar a la escalera que subía al centro de la tumba. Niño Luna era muy fuerte, y habría muerto antes que dejar allí el cuerpo de Cuita del Alba, y la llevaba mientras yo llevaba al maestro Li y huíamos para salvar el pellejo. El rostro del techo de la caverna se distendía en una serie de anchas sonrisas. Las piedras caían como granizo y el río negro se puso blanco de espuma. Las paredes temblaron y el suelo se encabritó como un potro, y trozos de madera astillada y nubes de polvo estallaban en cada pasaje lateral.

Trepé a una enorme mano extendida, y luego pasé sobre el torso del caído Rey de los Muertos japonés. Dejamos atrás estatuas caídas. Gilgamesh aún se erguía con orgullo, abrazando al león, pero Anubis se había desplomado. Ruidos rechinantes nos lastimaban los oídos. Una fisura enorme se abrió en el suelo, y Toth y Ament cayeron en el pozo y desaparecieron. Acabábamos de pasar la enorme momia de Osiris cuando se derrumbó y se hizo trizas, y dentro de mi cabeza y mi corazón yo escuchaba una voz amada: «Más deprisa… allá están el cuervo y el río».

Allá estaba el cuervo. Lo dejamos atrás y entramos en el pasaje lateral. La escalera aún estaba intacta. Las paredes parecían estrecharse mientras subíamos a brincos, y no era mi imaginación. El ruido era indescriptible. Al fin llegamos al rellano de mármol y las puertas, y las estatuas aún estaban en pie, y el maestro Li estiró la mano y alzó la vasija de la deidad con cabeza de halcón. El marco empezaba a retorcerse y la puerta protestó con un chirrido, pero se abrió lo suficiente para permitirnos pasar. El túnel estaba lleno de polvo y piedras caídas, y tuve que andar a tientas hasta encontrar un pasaje lateral.

Los únicos pasajes que conocíamos eran el tobogán y la escalera que bajaba al río, que habría sido un suicidio, pero si el maestro Li tenía razón en cuanto

al simbolismo del halcón, varios pasajes laterales debían de conducir al valle donde los monjes variopintos podían cazar campesinos. La suerte nos acompañaba. Tropecé con una escalera y empecé a subir, pero me di un topetazo contra una pared de piedra que nos cerraba el paso.

El maestro Li se apeó y empezó a palpar la pared, y luego las paredes laterales, y tiró de algo y apareció una rendija de luz. Vi un retazo azul y un sol brillante y nubes blancas, y salimos a una hierba verde. El polvo ondeaba a nuestras espaldas y atiné a cerrar la puerta, que estaba perfectamente disfrazada en la superficie de un peñasco. El estruendo se disipó, pero el suelo seguía temblando bajo nuestros pies. Estábamos en el Cuerno Derecho del Dragón, frente al barranco profundo, el pico gemelo y la finca del príncipe Liu Pao.

Toda la estribación temblaba, y rugidos sofocados brotaban de las entrañas de la tierra. La tumba del Príncipe Risueño era un cáncer que carcomía las vísceras hasta llegar a las colinas. Millones de fisuras diminutas atravesaron el Valle de las Penas mientras la tierra presionaba hacia abajo uniendo los espacios vacíos. Cavernas, cuevas y tú neles fueron triturados, y grandes chorros de polvo surgieron silbando y se desperdigaron por el cielo. La tierra sufrió un último espasmo y se aquietó.

Niño Luna enderezó el cuerpo de Cuita del Alba sobre la hierba y suavemente la peinó con los dedos, y yo me senté junto a ella y lloré. El maestro Li alzó los ojos y observó las bocanadas de polvo que formaban un dibujo sobre el peñasco gemelo que estaba al otro lado del barranco, y entonces una puerta se abrió y una silueta pequeña salió dando tumbos. El polvo lo cubría todo. Cuando se despejó, vi una túnica variopinta y una cogulla que revelaba un atisbo de pelo rojo y brillante. La cabeza se volvió hacia nosotros.

—¡Oh!

—Sabía que lograrías salir —dijo el maestro Li.

La niña se irguió y se sacudió el polvo de la túnica.

—Me alegra que estéis a salvo —dijo con su bella voz descentrada—. Pero temo por mi amigo y sus monjes, aunque los monjes no me gustan mucho. ¿Encontrasteis a vuestro amigo del pelo raro?

El maestro Li resopló y cogió la petaca de vino. Había una furia glacial en su voz y en sus ojos.

—Lo encontraremos en cuanto os quitéis esa peluca de vuestra tonta cabeza y alejéis los labios de la piedra. Príncipe, basta de juegos. Vos y yo debemos conversar en serio.

25

Niño Luna y yo estábamos mudos de asombro. Creo que nuestras pupilas nadaban alrededor de los blancos como delfines ebrios cuando vimos que una peluca roja se alzaba para revelar un plumero de pelo negro. La cogulla cayó y el príncipe Liu Pao nos guiñó el ojo. En las manos tenía un fragmento de piedra, redondo y cóncavo como un cuenco.

—Yang —dijo con voz profunda y masculina. Movió los labios al otro lado de la piedra—. Yin —dijo con la voz dulce y femenina de una niña—. Huelga decir que el sonido del centro es extraordinario —dijo jovialmente con su propia voz—. No me atrevía a usarlo bajo tierra a causa de la vibración, lo cual demuestra que estaba muy mal equipado para enfrentarme al maestro Li. No vacilaste en derrumbar toda la obra, y casi me aplastaste como a un insecto.

El príncipe se inclinó profundamente. El maestro Li gruñó, vació el contenido del zurrón en la hierba. El forro era impermeable, y lo llenó de vino y lo cerró. Aún tenía mucha fuerza en el brazo derecho, y el zurrón voló encima del barranco hasta el príncipe. Ambos brindaron y bebieron.

—Como curiosidad menor, ¿qué edad teníais al descubrir la entrada en el barranco? —preguntó el maestro Li.

—Doce —respondió el príncipe—. Tenía trece cuando aprendí a abrir las puertas y entrar en la cámara funeraria, y tu reconstrucción del trágico asunto de los jardineros fue tan precisa que me heló la sangre. —Suspiró melancólicamente—. Odié matarlos. Eran mis amigos pero, como bien has señalado, afrontaba la posibilidad de que cada burócrata codicioso y cada forajido del imperio viniera a mis puertas. No podía confiar en que esos sujetos guardaran semejante secreto.

—Claro que no —dijo el maestro Li. No puedo hablar en nombre de Niño Luna, pero yo estaba convencido de que alucinaba. Más aún, me preguntaba dónde y cuándo había comido hongos raros.

—El manuscrito de Ssu-ma Ch'ien planteaba un problema similar —dijo el príncipe—. Pensaba que el secreto duraría tanto como yo, pero el hermano Ojos Bizcos fue a verme con una página de muestra. El idiota pensaba que era genuina. Yo sabía que era una falsificación, pero dos días después caí en la

cuenta de que el idiota tenía razón. Tenía que estar en código pero, ¿cómo saber si el hermano Ojos Bizcos no se hacía el estúpido? Hasta era posible que lo hubiera descifrado, aunque todavía no hubiera atado todos los cabos. Tenía que enviar a mi abominable ancestro a encargarse de él.

El príncipe se puso rojo de furia.

—Me vi obligado a realizar actos que me repugnaban —dijo—. Tú revelaste que podía haber una copia, y yo debía tratar de conseguirla, y ese otro monje idiota tuvo que meterse en la biblioteca y suicidarse.

Los dos bebieron vino y melancólicamente miraron las mariposas que bailaban a la luz del sol, que comenzaba a filtrarse por una bruma dorada. La brisa traía aroma de lluvia, y nubes negras se acumulaban a lo lejos. Allá abajo, el Valle de las Penas estaba envuelto en sombras moradas y profundas.

—En la tumba siempre usaba el sonido más suave de la piedra para controlar a mi antepasado —dijo el príncipe—. Cuando lo envié con sus alegres compañeros al monasterio, él quería quedarse para estrangular a más gente. Tuve que emitir un sonido estentóreo para traerlo de vuelta, y fue tal como el emperador y las mandarinas. El increíble *ch'i* de la piedra dominaba fuerzas más débiles en su camino, y cuando traje de vuelta a mi ancestro, también sorbí la fuerza vital de ciertas partes de la Senda de los Príncipes. ¡Quedé absolutamente pasmado! Me sentía como un personaje de fábula que blande una varita mágica para sanar el único defecto de su esposa, y cumple su propósito, pero lo que obtiene es un perfecto yak. Lo que había sido tan simple se estaba volviendo aterradoramente complejo, y el resultado inmediato fue que el abad se asustó tanto que corrió a Pekín a buscar al legendario Li Kao. Aun entonces cometí la idiotez de pensar que te cansarías de toparte con obstáculos y desistirías.

El maestro Li escupió con repulsión.

—Será mejor que el legendario Li Kao se compre un cubo de lombrices y empiece a practicar sus *gugugús* —dijo agriamente—. Lo que me desconcertaba era la mera simplicidad del asunto. Si no me hubiera embrujado la complejidad, me habría dado cuenta de lo que sucedía en cuanto vi vuestro estudio.

—¡Ah, pero estuviste magnífico! —replicó el príncipe—. Yo no podía creer que superases un impedimento tras otro, derribando paredes si era necesario, y nunca te desviabas. Te dirigías fatalmente hacia la verdad, y al fin no tuve más opción que tratar de matarte.

Echó la cabeza hacia atrás y rió con su vieja calidez y encanto.

—Debí saber que un hombre que se atreve a realizar un viaje mental al Infierno sería más difícil de matar que el Mono de Piedra. —Ladeó la cabeza hacia mí—. Tú también, Buey. Eras hombre muerto en cuanto te conduje hacia mi execrable ancestro, y en cambio eres candidato a ganar un sitio en los anales de P'u Sung-ling, el Registrador de Cosas Extrañas.

—Hablando del Príncipe Risueño, ¿cómo consiguió a sus felices compañeros? —preguntó el maestro Li.

—Mi culpa, totalmente. —El príncipe hizo una mueca y se propinó un bofetón en la mejilla—. Quizá fuera levemente precoz cuando encontré a mi ancestro, pero todavía era un niño. Un día me olvidé de encerrarlo bajo llave en la cámara funeraria, y para colmo me fui en un viaje largo. Al regresar descubrí que él había aprovechado la oportunidad para merodear bajo el claro de luna, estrangulando viajeros, y ahora tenía compañeros para compartir su jolgorio. Buey, te estoy profundamente agradecido por haberlo liquidado. Yo tenía que hacerlo, pero no sabía cómo.

Decidí que el príncipe Liu Pao había sido el niño más siniestramente precoz de la historia. Trece años, matando a dos jardineros amigos que abrieron un ataúd y hallaron un inapreciable traje de jade, sacando cuidadosamente placas de jade para mirar una momia, y hallando en cambio el rostro medio descompuesto de un monstruo que aún respiraba, aprendiendo a controlar a la criatura con sonidos de una piedra: trece a punto de cumplir noventa, con el corazón de un verdugo.

Los ojos del verdugo se ablandaron al dirigirse a Cuita del Alba. Extendió las manos con impotencia.

—Quiero que sepáis que la amaba de veras —murmuró el príncipe—. Estaba arrinconado, y tuve que tomar una decisión difícil.

—Fue una decisión que tomasteis largo tiempo atrás, cuando decidisteis vender el alma a cambio de los regalos de una piedra —dijo secamente el maestro Li—. Cuita del Alba tomó exactamente la decisión opuesta. De paso, Niño Luna, ¿puedes extraer el sonido del alma de este fragmento?

Cogió el fragmento de piedra que le había arrebatado al Príncipe Risueño y se lo arrojó a Niño Luna, que sacudió la cabeza.

—No, no de un fragmento chato. Necesito dos.

Por el tono de voz de Niño Luna, pensé que había decidido que todo esto era una pesadilla.

El maestro Li asintió. Se puso de pie, se acercó al cuerpo de Cuita del Alba y sacó su cuchillo. Ella había derramado su vida en la tumba, y sólo había un hilillo de sangre cuando él le extrajo el asta de madera del pecho. Sondeó la herida, lavó algo con vino y lo secó en su túnica. Cuando se lo arrojó a Niño Luna, vi que era una pequeña punta de piedra.

—Yo estaba equivocado en cuanto a Cuita del Alba —dijo el maestro Li —. Pensé que había sido la criada de Tou Wan en una encarnación anterior. Lo cierto es que nunca dejó esa encarnación. Tou Wan la apuñaló con el alfiler. La punta se partió dentro del corazón y la mantuvo con vida, y ella huyó y fue golpeada en la cabeza por soldados que la dieron por muerta. Una vez más la piedra le devolvió la vida, y la criada erró por el mundo sin memoria. Un mundo cruel y peligroso para una muchacha bonita, y estaba

sangrando e inconsciente cuando la vieja Tai-tai la acogió y le dio un hogar y un nuevo nombre.

El maestro Li apretó el hombro de Niño Luna, y luego apretó el mío y se sentó junto a su petaca de vino.

—No lloréis por Cuita del Alba —murmuró—. ¿Recordáis que en su delirio cantaba pensando que aliviaría el dolor de una anciana que amaba? Llevaba en el corazón un regalo del cielo que no le pertenecía legítimamente. Pudo haber sido la mujer más homenajeada y celebrada de la historia, pero no quería ser cómplice de un robo. No sé cómo habrá sido su extraña vida errabunda, ni cómo ni por qué pasó de una existencia a otra sin despertar su recuerdo, pero sé que durante siete siglos y medio se negó a robarle al Cielo, y es saludada con los más altos honores en el Infierno, donde su cuenta de crédito podría comprar medio reino, y sin duda se le permitirá ascender a K'un-lun y sentarse a los pies del Augusto Personaje de Jade. No podemos decir otro tanto del príncipe Liu Pao.

Con ojos fríos y desdeñosos, volvió a mirar al príncipe a través del barranco.

—Ya ha matado a cinco personas para sumergir su pincel en el pozo de la piedra y robar el toque del cielo, y luego pintar imágenes bonitas y hacerlas pasar por propias. —El maestro Li se enjuagó la boca con vino y lo escupió—. Fraude y falsificación —gruñó—. ¡Podredumbre tapada con pintura y revestida con el oropel de la mentira!

El príncipe se puso blanco.

—¿Eso crees, anciano? —susurró, y ahora se puso rojo—. ¿De veras lo crees? ¡Mis cuadros son privados! ¡No los muestro! ¿Qué clase de fraude es ése?

—Masturbación —dijo el maestro Li—. En tus circunstancias, también puede calificarse como violación.

—¡Mis pinturas cumplen el propósito de aprender los caminos de la energía universal! —gritó furiosamente el príncipe. Mi odioso ancestro buscó la verdad en ríos de sangre; yo la busco en la inofensiva pintura, y hasta el Príncipe Risueño podría sostener que éste era el objetivo adecuado de la filosofía. Tú, en cambio, pierdes el tiempo con enigmas intrascendentes, una ocupación pueril.

El maestro Li alzó la petaca, bebió un buen trago, se enjugó los labios con la barba.

—Yo no diría que el enigma de la piedra es intrascendente —dijo sin alterarse—. Confieso, sin embargo, que soy culpable de sostener una perspectiva un poco infantil del universo.

El color del príncipe volvía a la normalidad. Alzó el zurrón, bebió, se reclinó cómodamente.

—¿Infantil? No, pero muy anticuada —rió—. Más aún, todo lo que haces

es anticuado. ¿Quién, en estos tiempos, recorrería toda China, incluidos los pozos del Infierno, confiando en la inmediatez de la experiencia y no en la objetividad entrenada de un ejército de investigadores? Pareces tomar en serio los conceptos antropomórficos tradicionales de los dioses y las diosas, y tu interés en la piedra parece surgir de una aceptación literal de cuentos maravillosos de los espurios Anales del Cielo y de la Tierra. Li Kao, eres un gran hombre, pero, dicho con el mayor respeto, eres un antiguo monumento a conceptos, prácticas y valores muertos tiempo atrás.

El príncipe reía al alzar la piedra. Noté que estaba sujeta a un cordel que le rodeaba el cuello, y la taza de plata de su pincel, dentro de la cual estaba oculta, se deslizó hacia abajo. El maestro Li se inclinó y me habló en susurros, y yo le susurré subrepticiamente a Niño Luna.

—Dice que debes prepararte para sacar el sonido del alma de la piedra. Te avisará con un grito.

Niño Luna tenía los ojos vidriosos, y trató de enfocarlos. Le temblaban los dedos cuando alzó los dos fragmentos en las manos unidas.

—Aun así, hay ciertos placeres que se le niegan a una antigualla con un ligero defecto de carácter —dijo el príncipe—. Como el de oír el simple sonido de la inocencia total. Para ser justo, la mitad de los aldeanos y los monjes tampoco podían oír la piedra. Yo pensaría, sin embargo, que a esta distancia, y con el efecto acústico de los peñascos que tenemos detrás…

—¡Ahora! —gritó el maestro Li.

Niño Luna acercó los labios a las manos unidas. Su garganta vibró rápidamente, y mi corazón brincó mientras una belleza indescriptible (anhelo, esperanza, tristeza) rebotaba entre los peñascos.

Kung… shang… chueeeeeeeeeh…

El maestro Li se tambaleó, pero su reacción no fue nada en comparación con la piedra del príncipe Liu Pao. Se desprendió de las manos del príncipe y voló literalmente hacia Niño Luna, y el cordel se tensó alrededor del cuello del príncipe y lo arrastró.

Soy tan estúpido que sólo entonces comprendí lo que el príncipe planeaba hacernos. El barranco estaba a poca distancia, y daba a un precipicio erizado de rocas afiladas. El príncipe Liu Pao vaciló en el borde, agitando los brazos para conservar el equilibrio, y luego cayó. Cerré los ojos, y al abrirlos presencié un milagro.

El príncipe estaba de pie en el aire. Caminaba sobre la nada, concentrado sólo en recobrar la piedra y dominarla. Nos miró y sonrió.

—Vamos, Li Kao, ¿pensabas que no me esperaba eso? —dijo burlonamente—. ¿Y no creías que yo aprendería algo de la piedra y de los diagramas y fórmulas de mi ancestro? Detesto alardear, pero sospecho que sé más sobre las fuerzas energéticas del universo que cualquier hombre viviente.

Señaló sus sandalias, que descansaban sobre el vacío.

—Ésa, por ejemplo, es una senda energética tan fuerte como para aguantar diez elefantes, si los elefantes pudieran aprender a verla y adaptarse a ella. Yo lo he hecho, y sinceramente espero que tú tengas la misma capacidad.

—Uno de nosotros la tiene —dijo el maestro Li con calma.

—¿Te refieres a Buey Número Diez? Coincido en que ningún hombre viviente podría descender por un lado del barranco y subir por el otro sin el equipo adecuado, y cuando Buey te llevó de un pico al otro, cruzaba por una senda energética, como yo ahora.

El maestro Li se encaramó a mi espalda, y el príncipe sonrió aún más.

—Por eso en el Infierno imaginaste que el espejo mostraba que ésta era su primera existencia, pues sólo se puede caminar en el aire con absoluta consciencia o absoluta inocencia pero, ¿has pensado que Buey estaba cegado por la niebla? Ahora nada lo ciega, y la inocencia no puede tolerar demasiada consciencia.

Sus labios tocaron el borde de la piedra que tenía en la mano, y el sonido que surgió de la cavidad era tan puro y poderoso que no oí notas sugerentes sino las palabras del alma de una piedra.

—*¡Ven… a… mí…! ¡Ven… a… mí…!*

Niño Luna y yo fuimos arrastrados al borde. No vi ninguna senda energética. Sólo veía un abismo con piedras afiladas como dientes de tiburón, y el terror me sacudió como una muñeca de trapo. No tenía opción. Debía obedecer la llamada o morir, y mis pies se estiraron hacia la nada.

Niño Luna vacilaba en el borde. Su garganta vibraba con una celeridad imposible, y el sudor le empapaba la cara, y estaba sucediendo algo extraordinario. Él proyectaba el sonido de la piedra, pero al mismo tiempo lo mezclaba con otro sonido. Era viento y sol y lluvia y nieve y una casa acogedora: era la canción que Cuita del Alba había cantado para la vieja Tai-tai, pero ahora me la cantaba a mí. Cuita del Alba me llamaba, y yo no entendía cómo antes no había visto el sendero. Allí estaba, a dos trancos del espacio vacío que tenía frente a mi sandalia, y me giré y caminé hacia él. Avancé confiadamente en el aire, abriendo los brazos para estrechar a Cuita del Alba, y apenas reparé en la cara blanca y aterrada del príncipe, y en el chasquido del resorte de ratán dentro de la manga del maestro Li y el centelleo del cuchillo que salía disparado.

El sonido de Cuita del Alba cambió de posición. Ahora estaba a mis espaldas, pidiéndome que volviera, y di media vuelta como un sonámbulo y regresé por una senda de energía arremolinada que era mullida como una alfombra. El maestro Li iba montado en mi espalda, riendo, y lanzó una estentórea carcajada cuando mis sandalias pisaron piedra y hierba. Niño Luna se desplomó, jadeando y masajeándose la garganta, y el maestro Li se apeó.

Los sonidos habían cesado. Regresé a la realidad, me giré y mire al príncipe Liu Pao, que aún estaba de pie en el aire en medio del barranco. Ya

no llevaba la piedra, y la calidez y el encanto se habían disipado, y sólo vi a un hombrecillo artero y egoísta que parecía un mono aterrorizado.

—Príncipe, no hay necesidad de asustarse. ¿Acaso creíais que iba a cortar vuestro tonto gaznate? —El maestro Li desprendió la piedra del cordel que había arrancado del cuello del príncipe—. ¿Por qué la gente me toma por un vulgar asesino? —preguntó plañideramente—. No soy nada vulgar.

La antorcha que Niño Luna había traído de la tumba yacía en la hierba. Aún ardía. El maestro Li la señaló, y luego señaló el otro lado del barranco.

—Buey, ¿crees que puedes meter esta cosa en aquella ventana?

Yo tenía mucha emoción acumulada, y liberé una parte. La antorcha rodó en el aire sobrevolando el barranco y entró por la ventana del estudio del príncipe. Pensé que se había apagado, pero no era así. El aceite y la trementina son muy combustibles, y saltaron llamas.

—No hay por qué preocuparse, príncipe —dijo tranquilizadoramente el maestro Li—. Cortejar la perfección equivale al suicidio creativo, y todo artista auténtico sabe que una obra maestra es un accidente que se debe quemar. Además, vuestros bonitos cuadros no son para deleitar sino para aprender, y vos ya habéis aprendido.

Recobró su petaca y bebió otro trago.

—No es que yo apruebe del todo ese objetivo —dijo—. Uno de los poseedores de la piedra fue Chuang Tzu. Tenía un discípulo que se pasó siete años estudiando la energía universal y luego demostró su sabiduría caminando sobre la superficie de un río, y Chuang Tzu rompió a llorar. «¡Ay, muchacho!», lagrimeó. «Mi pobre, pobre muchacho. Pasaste siete años de tu vida aprendiendo a hacer eso, mientras que el viejo Meng conduce una barcaza a poca distancia, y sólo cobra dos monedas de cobre».

El maestro Li dejó la petaca.

—Además, la levitación puede ser realmente insalubre si uno está habituado al respaldo de una piedra —añadió.

El estudio ardía. El príncipe Liu Pao sollozaba, y viró y corrió hacia sus pinturas con los brazos tendidos. De pronto gritó de miedo y se detuvo. Vi que sus pies se separaban lentamente, como si el sendero se abriera en dos, y se giró con incertidumbre hacia uno y otro lado. Volvió hacia mí su rostro tenso y blanco.

—¡Buey! ¿Por dónde? ¿Cuál es la senda sólida?

—¡Príncipe, ya no puedo verla! —grité—. ¡Sólo veo aire!

Sus piernas se separaban cada vez más. En cualquier momento caería, y con un chillido saltó a la izquierda. Sus pies se posaron en una línea sólida de energía, y echó a correr. Logró dar dos pasos, pero no el tercero, y a veces en sueños aún veo un plumero que grita dando tumbos mientras el príncipe Liu Pao cae en el barranco, y oigo el eco burlón de las paredes de los peñascos y luego el ruido repulsivo de un cuerpo que se estrella contra las piedras.

El maestro Li se acercó al borde y miró abajo.

—Una pena —dijo—. Era realmente talentoso. El hombre ideal para decorar tarjetas de invitación.

26

El fondo del barranco saltaba hacia mí, y me senté con la cabeza entre las rodillas hasta que mi estómago dejó de revolverse. Niño Luna estaba sentado junto a Cuita del Alba, asiéndole la mano floja. El maestro Li se alejó del barranco sacudiendo la cabeza con irritación, pero no hacia el príncipe.

—Cuando alguien realice mi autopsia, abrirá el cráneo y sacará un nabo que ha fingido ser un cerebro —dijo agriamente—. Todavía no logro entender este extraño caso.

Le clavé los ojos. Niño Luna apartó la mirada de Cuita del Alba.

El maestro Li se encogió de hombros.

—Tendríamos que ser obtusos como milpiés para no entender que la participación humana ha sido accesoria. Lo que importa es una piedra.

Echó a andar de un lado a otro con las manos entrelazadas sobre la espalda. Se detuvo y miró al cielo.

—¿Cómo diablos esperas que los idiotas seres humanos comprendan? —gritó sacrilegamente, y siguió caminando—. Los antiguos desistieron de tratar de entender. Al cabo de dos mil años de observar que el fuego transformaba trozos de madera sólida en calor y luz insustancial, dedujeron la Primera Ley de la ciencia taoista: no existen los objetos sólidos. Cinco siglos más tarde formularon la Segunda Ley: toda materia consiste en manojos de energía pura llamada *ch'i*, la fuerza vital, y *shih*, la fuerza motriz. Pasaron otros cinco siglos, y con la Tercera Ley se dieron por vencidos.

Dejó de caminar y nos sonrió.

—Créase o no, estas palabras tienen sentido —dijo—. Buey y nuestro difunto amigo dieron una maravillosa demostración de la Primera y Segunda Ley al adaptar su *ch'i* y *shih* al aire aparentemente vacío y dar un paseíto, y el sueño de Buey sobre un fragmento de arcilla de color naranja era un eco inconsciente de la Tercera Ley: toda energía se controla mediante la adhesión a normas clásicas.

El maestro Li siguió caminando.

—Buey soñó que la arcilla tenía una pulsación que seguía un ritmo inusitado. La Tercera Ley sostiene que el más humilde fragmento de arcilla

debe adaptar su *ch'i* y su *shih* al del fragmento de arcilla perfecto, y la energía de las estrellas debe seguir el ritmo de la estrella perfecta. Cada planta, animal, insecto, gota de agua, mota de polvo, todo en el universo cuenta con un modelo clásico que lo guía, y esos arquetipos perfectos son los ladrillos de esa barrera contra la anarquía que se llama Muralla del Cielo. Por eso los antiguos decidieron mandar todo al cuerno y dejaron de hacer preguntas. El paso siguiente requería un entendimiento de la naturaleza de la energía universal como totalidad, y semejante cosa supera la capacidad de la mente humana.

El maestro Li se detuvo y sacudió un dedo enfáticamente.

—Al menos podemos afirmar esto. Nada en la existencia es más importante que mantener la Muralla del Cielo. ¡Nada! Las fuerzas son tan abrumadoras que si fallara esa barrera y la energía se desbocara, el universo no duraría un segundo. La tarea de mantener la Muralla corresponde a la diosa Nu Kua, y la diosa siempre obtiene lo que desea. Por razones insondables, necesitaba una piedra que tenía un defecto, y como no pudo reparar el defecto, nos la tiró a nosotros.

El maestro Li se sentó entre Niño Luna y yo y tomó los fragmentos que tenía Niño Luna. Los unió delicadamente con el fragmento del príncipe y sostuvo la piedra a contraluz.

—Ahí está el defecto. ¿Veis? Una diminuta veta de oro la atravesaba. El oro es bonito, pero espantoso en una piedra. Sobre todo si estás construyendo una muralla.

No había reparado en ello cuando los fragmentos estaban separados, pero ahora veía las tenues estrías amarillas en los bordes de las fisuras.

—Según uno de los Anales del Cielo y de la Tierra, suponiendo que existiera, la diosa tuvo que rechazar la piedra, pero no antes de que el contacto con su mano le hubiera dado un alma —murmuró el maestro Li—. Luego dos grandes filósofos la usaron como piedra de tinta, y el toque celestial generó caligrafía divina. El príncipe Liu Pao la usó para robar a los dioses con el objeto de pintar cuadros bonitos, y me pregunto…

Dejó que la frase muriese de muerte natural mientras se apresuraba a unir la piedra con el cordel que había cortado del cuello del príncipe. Abrió la petaca de vino y sumergió la piedra dentro. Al cabo de un minuto la sacó, le quitó el cordel y la depositó en la hierba. Se llevó la petaca a los labios, y vi que un temblor lento y sensual se extendía por su cuerpo, y cuando alzó la cabeza, sus ojos brillaban con reverencia.

—Emperador de Jade, si esto es lo que sirves en el Cielo, presérvame el tiempo suficiente para alcanzar la santidad —susurró.

Niño Luna y yo bebimos pequeños sorbos. No tengo palabras para expresarlo. El tosco alcohol del Rocío de Montaña de Haining se había transformado en Néctar de los Dioses, y para describirlo tendría que plagiar los relatos místicos de revelaciones divinas.

—¡Esto sí que es una tentación! —exclamó el maestro Li—. ¡Podría empezar a fabricar esta bebida a granel y sería deificado en el acto!

El sabor surtió un efecto potente en Niño Luna, que palideció como un cadáver y comenzó a mecerse de un lado a otro, embargado de emoción. Pensé que rompería a llorar hasta que recordé que nunca lo hacía. Niño Luna no lloraba, ni siquiera por la muerte de Cuita del Alba. El maestro Li lo miraba especulativamente.

—Es muy posible que esté repitiendo el mismo error —dijo pensativamente—. No vi lo obvio en el príncipe porque era demasiado simple, y ahora quizá me esfuerce por comprender algo que no requiere comprensión. Quizá sólo necesitamos saber que la diosa Nu Kua sopla los dados con desesperación para una última jugada, y lo único que podemos hacer es rogar para que salga un par de Reinas Ciegas. A fin de cuentas, debemos suponer que la piedra es uno de los objetos más importantes del universo. ¿Por qué otro motivo ella se tomaría tanto trabajo con Niño Luna?

Niño Luna lo miró asombrado. También yo, y el viejo echó la cabeza hacia atrás y rió hasta que le brotaron lágrimas.

—¡Qué creación es Niño Luna! —gorjeó—. Muchacho, por una parte eres la apoteosis de la belleza, la irresponsabilidad y la sexualidad desenfrenada, y por la otra no tienes ni una pizca de maldad o crueldad, ni siquiera de mezquindad. —El maestro Li sacudió la cabeza, intrigado—. Podemos tener la certeza de que el arte ha intervenido, pues semejante combinación de exceso e inocencia no es propia de la naturaleza. No podrías haber perfeccionado el pecado exento de culpa sin experimentar con el pecado común, y cuando Buey y yo te vimos frente al Espejo de las Existencias Pasadas, nuestras mentes subconscientes ejecutaron un dueto. ¡Buda, qué serie de encarnaciones! De la vileza y la depravación a la perfidia y la monstruosidad, culminando en una encarnación como la mujerzuela más disoluta e irresistible que jamás meneó el trasero en las páginas de la historia.

El maestro Li se enjugó los ojos y me hizo un guiño.

—Venga, Buey, sin duda la reconociste. Creí que todos los niños de China habían memorizado los pasajes menos delicados de su biografía.

Recordé que había visto a Niño Luna vestido de mujer, y entonces comprendí que había sido mujer, y me puse rojo brillante. De pronto su increíble belleza tenía sentido, y por supuesto que reconocí a la dama del espejo.

—Loto Dorado —dijo felizmente el maestro Li—. Niño Luna una vez recorrió el mundo como una seductora devoradora de hombres, tan espectacularmente inmoral que fue elevada al Cielo para convertirse en la más grande Patrona de Prostitutas de la historia, y sospecho que la diosa Nu Kua empezó a tener pensamientos profundos sobre ciertas combinaciones de *ch'i* y *shih* en cuanto Loto Dorado comenzó a recorrer las sendas perladas, causando

estragos entre los dioses jóvenes. Loto Dorado fue expulsada de su puesto y se le otorgó una nueva forma. ¿La recuerdas?

Recordé a Niño Luna en el espejo, cambiando sin cambiar, todavía bello pero fusionándose con colores brillantes, alzando la cara y los brazos hacia el sol, casi como…

—Una flor —murmuró el maestro Li—. Una bella y defectuosa flor llamada Perla Purpúrea, que fue puesta en el camino de una piedra defectuosa, y la piedra trajo rocío y gotas de lluvia para lavar el mal de la flor, y la flor se enamoró y juró saldar su deuda derramando cada lágrima de su cuerpo. Podría llevar siglos, incluso milenios, hasta que llegara el momento en que renaciera una flor, pero la mayor virtud de la piedra es la paciencia.

Niño Luna nos miraba con ojos dilatados de asombro. El maestro Li cogió la piedra, con los fragmentos todavía unidos, y la puso en manos de Niño Luna. Luego tomó su petaca de vino y se levantó.

—Esto parecerá muy tonto, pero qué más da —dijo—. Aferra la piedra con fuerza, Niño Luna. Cierra los ojos. Trata de imaginar un lugar sin agua cerca del Río de los Espíritus, la sequedad y el agostamiento, y luego una piedra fiel elevándose con el rocío matinal del Cielo.

Niño Luna cerró los ojos y aferró la piedra. El maestro Li aguardó, luego vertió algunas gotas de Néctar Celestial en la cabeza de Niño Luna. El efecto no fue nada tonto. Niño Luna tembló y apretó la piedra contra el corazón, y de sus labios brotó un canto increíblemente bello que gradualmente formó palabras.

—Amor… amor… pero no tengo lágrimas… Ni siquiera cuando niño podía llorar… ¿Cómo puedo llorar por una piedra…? Amor… amor… amor… pero no puedo llorar…

El maestro Li me indicó que lo siguiera.

—Te dejaremos un rato a solas —murmuró—. Una flor que jura derramar lágrimas establece un compromiso muy serio, y ni los dioses ni los hombres tienen derecho a influir sobre la decisión.

Se alejó. Rodeamos el pico para dirigirnos al otro lado del Cuerno Izquierdo del Dragón, y el maestro Li se sentó en una roca chata y contempló el valle. Los campesinos correteaban temerosamente, pero por lo que pude ver el daño producido por el terremoto se limitaba a techos caídos y algunos establos desmoronados. Suaves mantos de sombra se deslizaban por los campos, y las aves cantaban sus últimas canciones. El maestro Li bebió un trago y se enjuagó la boca con reverencia antes de tragar.

—Buey, creo que el príncipe Liu Pao debería ser un héroe —dijo pensativamente—. Es mejor así, aunque pueda causar problemas a largo plazo para sus herederos. Le diremos al abad que el príncipe cayó en la triunfal batalla definitiva contra las fuerzas del mal, y que su abominable ancestro jamás volverá a amenazar el Valle de las Penas.

—Sí, maestro.

—Los campesinos querrán que se le consagre un templo, pero bastará con un altar.

El maestro Li empezaba a entusiasmarse con el tema.

—Que sean dos altares —dijo eufóricamente—. Diremos que deseaba que lo partieran en dos, de arriba abajo, y cada mitad fuera sepultada en una de las zonas calcinadas de la Senda de los Príncipes para fertilizar nuevas plantas.

—Sí, maestro.

—Será el Santo Príncipe Demediado del Valle de las Penas, y cada mitad verá las buenas acciones de los campesinos y hará la vista gorda a los malos, y surgirá una interesante leyenda sobre lo que sucederá cuando ronde el peligro y las dos mitades se unan. Espero que la cueva de Lobo haya sobrevivido, porque los niños deberían ponerse a trabajar en ello de inmediato.

—Sí, maestro.

—Sus últimas palabras fueron que deseaba yacer en sus tumbas y escuchar la risa inocente de los niños y el balido feliz de los corderos y el…

—No, maestro.

—Supongo que tienes razón —admitió el maestro Li—. Los campesinos tienen sus límites. Será mejor que tú manejes esa parte.

—Sí, maestro. Sus últimas palabras consistieron en instrucciones para que sus herederos reparen los daños causados por el terremoto, y den al monasterio un techo nuevo.

—En efecto.

—Y reparen el dique de la intersección de los senderos del monasterio, la aldea y la finca. Bastará una lluvia torrencial para que los melones terminen en Soochow.

—¿Algo más? —No, maestro. Si añadimos algo más, los campesinos esperarán que los herederos del príncipe les remienden las sandalias y les limpien los bacines.

Guardamos silencio. Las arrugas del maestro Li parecían ser más viejas que las fisuras y grietas de las colinas, y su ánimo se estaba poniendo melancólico.

—El príncipe tenía razón —dijo—. Soy casi el último defensor del viejo modo de hacer las cosas. Quizá sea mejor así. Si uno excluye a los neoconfucianos, el estilo moderno tiene sus méritos. No obstante, espero que sigas llenando tus libretas como documentación de un enfoque arcaico de los problemas. Se puede hallar mucha diversión en el estilo tradicional, y mucha belleza, y sus practicantes rara vez murieron de aburrimiento.

—Sí, maestro.

Me miró gravemente y asintió. Nos levantamos y emprendimos el regreso. Traté de prepararme para ello, pero aun así fue como un puñetazo en la boca del estómago, y las lágrimas me empañaron los ojos.

—Oh, Niño Luna —lloriqueé.

Siempre hacía las cosas pulcramente. Había limpiado con cuidado el cuchillo del maestro Li, y había construido una pequeña represa de tierra para que la sangre de su muñeca cortada cubriera la piedra sin manchar la hierba innecesariamente. Niño Luna se había puesto la mano de Cuita del Alba encima de la suya, con la piedra debajo de ambas, y el maestro Li se acercó y alzó delicadamente las manos y recogió la piedra. La lavó con el vino que había producido la piedra, la secó en su túnica y la alzó a contraluz.

—Oh, Buey, qué trabajo exquisito —susurró.

Una piedra una vez había lavado el mal de una flor. Ahora la flor había derramado las lágrimas que había acumulado para lavar el defecto de la piedra, y no quedaba un rastro de fisura ni indicios de blando oro. Los tres fragmentos eran uno, y era tan sólida como puede ser una piedra.

El maestro Li alzó la cabeza al cielo y aspiró grandes bocanadas de aire. Me tapé los oídos, pero aun así los agudos y ásperos graznidos de águila que surgieron de la garganta del viejo me lastimaron los tímpanos. Los alaridos se elevaron uno tras otro, disparándose a las nubes carmesíes, y los ecos rebotaron entre los picos.

Se hincó de rodillas. Seguí su ejemplo.

—Soy Li Kao —dijo con sencillez—. Ruego que se me permita interpelar a la diosa Nu Kua.

Permanecimos de rodillas en silencio mientras las nubes cubrían el cielo. Supongo que era mi imaginación, pero empecé a intuir que algo más se extendía de un horizonte al otro: una vasta presencia maternal.

—Diosa —dijo cortésmente el maestro Li—, perdóname por empezar con un asunto menor, pero he dado mi palabra. La actual Patrona de las Prostitutas es vergonzosamente inepta, y las prostitutas de China desean que sea reemplazada. Como la gran Loto Dorado no está disponible, han propuesto a la emperatriz Wu.

El aire se puso sulfuroso. Rodaron truenos.

—Bien, quizá no sea buena idea dejar suelta a una mujer como ésa —se apresuró a conceder el maestro Li—. Me han autorizado para escoger a un reemplazo, y humildemente propongo a Tou Wan, consorte del difunto Príncipe Risueño. Es verdad que intentó asesinar a su criada, pero aún no conozco a ninguna dama de calidad que no haya sentido el mismo impulso en ocasiones. Por lo que sé, no participó en las matanzas y torturas de su esposo, y en cuanto a sus calificaciones, era inmoral, lujuriosa, seductora, avara, bendecida con un corazón del granito más puro, y la persona más recia que se pueda ser sin llegar a lo sobrenatural. Era inteligente y no toleraba atropellos, y sin duda sería una excelente administradora. No me imagino una representante más cabal para las prostitutas, y si causara problemas, sólo sería necesario enviarle un trago fresco con mucho hielo. ¿Puedo tener la audacia de

esperar que una petición formal reciba presagios favorables?

El olor a azufre se disipó y el trueno murió. El maestro Li hizo otra reverencia.

—Diosa, el mundo de los hombres es un mundo de incomprensión —murmuró—. Nuestros sentidos son espantosamente limitados. Nuestros cerebros son velas diminutas que fluctúan en una oscuridad infinita. Nuestra única sabiduría es confesar que no podemos comprender, y como no podemos comprender debemos hacer lo que podemos con la fe, que es nuestro único talento. El mayor acto de fe del que somos capaces es amar a otro más que a nosotros mismos, y en ocasiones lo hacemos bastante bien.

Estiró la mano y tocó la piedra que yacía en la hierba.

—Te damos gracias por abrigar la esperanza de que el único talento diminuto del hombre pudiera lograr lo que no lograron otras fuerzas —dijo—. Te damos gracias por enviarnos una piedra defectuosa que llamaría a una flor defectuosa a través de los siglos. Te damos gracias por enviarnos la flor que respondería a la llamada, y que nos trajera el mayor don de que es capaz el amor. Te damos gracias por unir las piezas, y rogamos que una piedra y una flor al fin obtengan la aceptación del Cielo.

Se agachó hasta el suelo. Me apresuré a imitarlo, pero alcé la vista subrepticiamente, y el maestro Li también.

Un oblicuo rayo de sol atravesó las nubes y se deslizó por la hierba hasta la piedra. Tuve la sensación de que andaba a tientas mientras se desplazaba por la superficie. Entonces todo se aquietó. Las aves dejaron de cantar y los insectos dejaron de zumbar y los animales dejaron de hacer ruido. Hasta la brisa dejó de soplar mientras la piedra se elevaba lentamente y se detenía en el aire.

Oí un zumbido. Una luz refulgía dentro de la piedra, y la vibración me provocaba mareo. La luz interior palpitaba con creciente velocidad y la piedra temblaba. El zumbido era ahora un rugido sordo de increíble potencia, y una aureola de luz comenzó a girar alrededor de la piedra. Otra aureola la cruzó, y otra, y otra. La piedra resplandecía con luz cegadora, y las aureolas formaban una vertiginosa estructura de anillos entrelazados, y supe con absoluta certeza que el *ch'i* y el *shih* plenos de una simple piedra tenían poder suficiente para reducir el Valle de las Penas a una diminuta pila de cenizas.

La vibración aún acompañaba el rugido, y la piedra aún temblaba. El rugido aumentó y la piedra amenazó con hacerse trizas.

Niño Luna se hacía transparente, temblando y derritiéndose y disipándose, y algo apareció sobre la superficie temblorosa de la piedra. Los colores se profundizaron, se elevaron y abrieron capullos, y vimos una flor adorable. El rugido cesó y la piedra dejó de temblar, pero luego la potencia volvió a elevarse —¡una fuerza increíble!— y volvieron las sacudidas y vibraciones.

Ahora Cuita del Alba se hacía transparente. Su cuerpo se deshizo como

niebla, y sólo la curvatura de la hierba testimoniaba que había estado allí, y algo más apareció sobre la piedra. Una trepadora delgada y verde orbitaba la circunferencia, envolviendo una piedra y una flor en un abrazo eterno, y el rugido cesó y la piedra dejó de temblar.

Una vez más el rugido volvió a cobrar fuerza. Las aureolas giratorias ahora estaban perfectamente fusionadas, y nada podía resistir el poder de ese nivel energético que se aproximaba al infinito, pero la piedra permaneció firme y resuelta, y perdí el temor de que estallara. Luego la luz cegadora se desvaneció, y el rugido se extinguió, y las aureolas giraron con más lentitud, y la piedra comenzó a ascender hacia las nubes, cobrando velocidad, lanzándose como un pequeño cometa hacia el Gran Río de Estrellas, la diosa Nu Kua y la Muralla del Cielo. El distante destello de luz se disipó y desapareció.

El maestro Li se levantó y se desperezó.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo, respondiendo a la expresión de mi rostro—. Soy tan incapaz de entender el universo como lo eran los antiguos, y aplaudo la sensatez que demostraron al dejar los asuntos celestiales en manos de los dioses. Sólo sé que ciertas cosas funcionan y otras no.

Echó una ojeada al barranco.

—Bien, príncipe, el fraude puede reinar en el mundo, pero el clasicismo aún tiene mucha garra cuando uno le quita el «neo» —les dijo a los rescoldos del estudio—. Las verdades clásicas aún son aplicables, y los valores clásicos aún definen los límites, y las pautas clásicas aún mantienen unido el universo.

Se volvió hacia mí.

—Vamos, Buey. Encontremos un lugar donde aún sepan cómo pillarse una borrachera clásica.

—Sí, maestro.

Me agaché y él se encaramó ágilmente a mi espalda. Di la vuelta y eché a andar por el sendero hacia el monasterio, y luego seguimos rumbo a Pekín, Puente del Cielo, el Callejón de las Moscas y la vinatería de Wong el Tuerto.

BARRY HUGHART (Peoria, Illinois, Estados Unidos, 13 de marzo de 1934).

Hughart fue educado en una academia militar privada. Después de graduarse de la escuela secundaria, sufrió de depresión no diagnosticada, que posteriormente fue clasificada como esquizofrenia, por lo que fue internado en un centro psiquiátrico. Tras ser dado de alta, asistió a la Universidad de Columbia, donde obtuvo una licenciatura en 1956. Tras su graduación de la Universidad, Hughart se unió a la Fuerza Aérea de su país donde sirvió desde 1956 hasta 1960 en la zona desmilitarizada de Corea. Durante el servicio militar, Hughart comenzó a desarrollar su interés permanente por China, que le llevó a crear una serie ambientada en «una China antigua que nunca fue». Después de su servicio militar, permaneció en Asia hasta 1965.

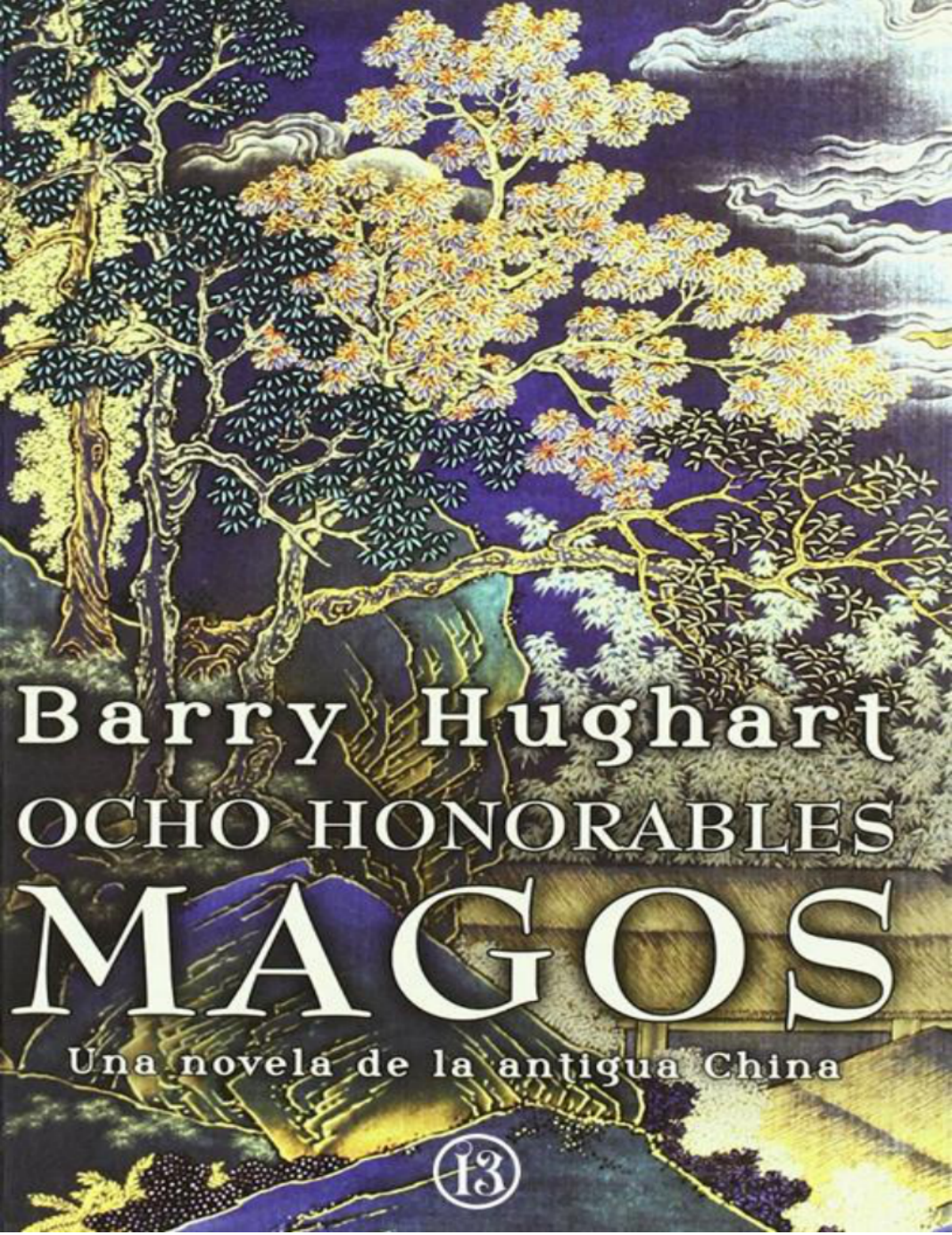
De vuelta en Estado Unidos, Trabajó como gerente de la librería Lenox Hill de Nueva York hasta 1970. Su carrera de escritor comenzó con el libro Puente de pájaros, publicado en 1984, por el que fue galardonado con el Premio Mundial de Fantasía a la mejor novela en 1985 y también, el Mythopoeic Fantasy Award en 1986; A esta novela le siguió La leyenda de la piedra en 1988 y Ocho honorables magos en 1990. Su intención inicial era escribir siete novelas sobre las aventuras de Li Kao y Buey Número Diez, pero su carrera de escritor se vio interrumpida debido a problemas con sus editores. Desde entonces, Hughart no ha escrito más.

Notas

[1] El sentido es oscuro, aunque la implicación es alarmante. Recuérdese que los volúmenes IV-VII de las memorias completas de Buey Número Diez fueron confiscados y quemados por los censores imperiales, y aunque se rumorea que existen copias, no se ha hallado ninguna. <<

[2] Véase *Puente de pájaros*. <<

[3] Oficialmente atribuido a Yang Wan-li. <<



Barry Hughart

OCHO HONORABLES MAGOS

Una novela de la antigua China

13

El maestro Li, el mejor detective de toda China, y su ex cliente y actual ayudante Buey Número Diez se enfrentan a un nuevo caso. Buey es un campesino de corazón puro, y Li un viejo erudito… con un ligero defecto en su carácter.

La ejecución de Tu el Hostelero de Sexta Categoría, a cuyas fechorías puso fin el maestro Li, se ve interrumpida por la increíble aparición de un gul comedor de cadáveres a plena luz del día. Pero lo realmente interesante es el cuerpo a medio devorar que traía consigo: un mandarín que, contra los usos de la corte, parece haber sido enterrado en secreto.

Intrigado, el maestro Li entra en la Ciudad Prohibida de Pekín y averigua que el único testigo de la muerte del mandarín es el mayor santo vivo de China… que ahora es sospechoso de asesinato.

Las pistas conducen hasta una misteriosa conspiración de mandarines, custodios de unos arcaicos artefactos que los ligan con los legendarios Ocho Honorables Magos, los sumos sacerdotes de la cultura aborigen de China.

Barry Hughart ha recreado una China que nunca fue, pero que debería haber sido, en un relato maravilloso, estremecedor e hilarante que continúa el éxito de *Puente de pájaros*, galardonado con el Premio Mundial de Fantasía (*ex aequo* con *Bosque Mitago* de Robert Holdstock) y *La leyenda de la piedra*.

Barry Hughart

Ocho honorables magos

Maestro Li

3

Título original: *Eight Skilled Gentlemen*
Barry Hughart, 1990
Traducción: Carlos Gardini, 1991

–

Revisión: 1.0
29/11/2020

Para Derk Bodde, Göran Aijmer,
y todos los demás pioneros
que estuvieron a punto de lograrlo

1

No tengo la menor intención de consignar los repulsivos detalles concernientes a Tu el Hostelero de Sexta Categoría. Sólo diré que yo estaba medio muerto cuando lo capturamos, y el maestro Li lo había pasado tan mal que se ofreció como testigo imperial voluntario de la ejecución. Esto era inaudito porque el viejo odia vestirse con el atuendo formal del Primer Rango (aunque aún tiene derecho a usarlo) y no tolera el ruido.

En Pekín las ejecuciones son ceremonias públicas que se realizan en el Mercado de Verduras que forma el límite occidental del Puente del Cielo, la zona criminal de la ciudad. Siempre asiste un público numeroso, y esa ejecución atraería una muchedumbre aún más numerosa y bullanguera porque Mano del Diablo intentaría establecer un nuevo récord. «Mano del Diablo» es el nombre genérico que el Gran Verdugo de Pekín lega a su sucesor, y hace varios siglos el verdugo logró 1.070 decapitaciones consecutivas sin necesitar un segundo mandoble de su espadón. Nuestro actual Mano del Diablo tenía 1.044 ejecuciones limpias consecutivas, y como se planeaba la ejecución de treinta reos era posible que batiera el viejo récord antes del final de la jornada.

Era el primer día de la cuarta luna del Año del Caballo 3338 (640 de la era cristiana) y todos los apostadores de la ciudad estaban hacinados en la plaza, cercando los puestos de los corredores de apuestas, y el maestro Li dijo que no había visto circular tanto dinero desde que el emperador Yang se jugó la ciudad de Soochow en una pelea de grillos. (Los corredores de apuestas afrontaban la ruina porque habían ofrecido cifras astronómicas contra la ruptura del récord. Yo había arriesgado un monto pequeño contra Mano del Diablo. El verdugo sufría una presión tremenda que se intensificaría con cada cabeza que cayera, y lo único que se requería para errar era la picadura de un insecto o un resbalón en un charco de sangre, y si alguien cree que es fácil acertarle a un blanco fijo una y otra vez con un instrumento pesado, le aconsejo que trate de talar un árbol). Eso significaba que cada carterista y estafador de Pekín estaba presente, y con un público de ánimo inusitadamente festivo muchos vendedores ambulantes intentaban colocar sus mercancías en la plaza, y el resultado era el destrozo de un sinfín de tímpanos.

—*¡Sha la Jen la!*

—*¡Hao, hao, hao!*

—*¡Hao tao!*

—*¡Boing boing boing boing!*

—*¡Mi cartera! ¿Dónde está mi collar de plata?*

Mano del Diablo rugió la frase ritual «¡Tengo a mi hombre!», la turba aulló «¡Bien, bien, bien!», los expertos reconocieron los méritos del verdugo chillando «¡Buen espadachín!» y un vendedor de artículos domésticos se me acercó sigilosamente por detrás, apuntó a mi oído izquierdo y soltó el sonido tradicional con que pregonaba sus mercancías: bolas de madera colgadas de cordeles que chocaban insidiosamente contra gongs de bronce. El último grito de alarma habla por sí mismo, y desde mi punto de observación era muy interesante ver cómo la víctima era despojada de sus pertenencias por Fu-po el Hurón.

Yo estaba sentado junto al maestro Li en la plataforma de los dignatarios, sudando en el incómodo uniforme de noble joven que él me obliga a usar en tales ocasiones y que un día de éstos me llevará derechito al aceite hirviente, pues no tengo derecho a ostentar ningún rango. El maestro Li dejaba que un subalterno presidiera la ceremonia hasta que llegara el momento de ejecutar a Tu el Hostelero de Sexta Categoría, y se entretenía poniéndose al corriente de su correspondencia. Se inclinó y me aulló al oído, tratando de hacerse entender a pesar de la espantosa algarabía.

—¡Algo para ti, Buey!

Agitaba una epístola que parecía consistir en huellas trazadas por un pollo que hubiera tragado una papilla fermentada.

—¡Un bárbaro alfabeto! —aulló el maestro Li—. Un sujeto llamado Quinto Flaco IV, que escribe desde un sitio llamado las Colinas Sabinas. ¡En alguna parte descubrió una de tus memorias! —Dio una rápida ojeada a las huellas de pollo—. ¡Los comentarios críticos habituales! —gritó—. ¡Construcción tumefacta, imágenes ineptas, metáforas truncadas y demás!

—¡Fue muy amable en escribirnos! —respondí a gritos.

—*¡Sha la Jen la!*

—*¡Hao, hao, hao!*

—*¿Quién ha birlado mi hebilla de bronce y mi cinturón de piel de pitón?*

—*¡Tuang tuang tuang tuang!*

Un picapedrero había apuntado a mi oído derecho y pregonaba golpeando un bastidor de metal con un martillo. Noté que la cabeza que Mano del Diablo acababa de cortar rodaba como una pelota sobre los adoquines hacia dos niñitas que estaban sentadas una frente a otra, jugando a chocarse las manos: manos opuestas, manos izquierdas, manos derechas, manos propias y así sucesivamente, mientras cantaban un antiguo poemita infantil. Observaron la aproximación de la cabeza tronchada con ojos dilatados, alzaron las piernas

rechonchas al unísono para dejarla pasar y siguieron batiendo palmas. Voces agudas y felices me llegaron a través de una pausa en la algarabía:

¡Kuang kuang ch'a
kuang kuang ch'a,
miao li he shang
mei yu t'ou fa!

¿Los niños bárbaros de las Sabinas cantaban algo similar mientras batían las palmas?

¡Un par de timbales,
un par de timbales,
el viejo monje
no tiene pelo!

El maestro Li se inclinó sobre mí y se puso a aullar de vuelta.

—¡Buey, este bárbaro es un crítico bastante agudo! Escucha esto: *Inceptis gravibus plerumque et magna professis purpureus, late qui splendeat, unus et alter adsuitur pannus, ut proicit ampullas! Parturient montes, nascetur ridiculus mus*. Un poco verborrágico, pero bellamente expresado, ¿verdad?

No sé por qué me hace esas preguntas. Yo seguí sentado con la boca levemente abierta en la posición de papar moscas mientras otro reo escuchaba las palabras finales del funcionario menor y era arrastrado hacia el tajo. El amo Li volvió a apoyarme los labios en la oreja.

—He aquí una traducción aproximada: «Con frecuencia un asunto grave se realza con un par de pinceladas rojas para que tenga color, mas líbrate del bote de pintura. De parto andarán los montes, y sólo nacerá un ridículo ratón».

—Muy bien expresado —concedí.

—Eso no es todo —dijo el maestro Li—. Luego mejora, salvo que usa más palabras de las necesarias, y como todos los autores incivilizados escribe en una prosa agarrotada por una puntuación innecesaria. Sientola tentación de enviarle al amigo Flaco un manual sobre caligrafía poética china. ¿Conoces la «Canción breve» de Li Po?

Tierra inmensa
cielo distante
cabalga en seis dragones
hacia la Estrella del Norte
dragones locos totalmente ebrios
¡Diversión!

»Piensa, muchacho, cuánto mejoraría el estilo del bárbaro si estudiara la técnica de Li Po y la aplicara a la revisión de su epístola.

Grave asunto
gran promesa
parirán los montes
al cabo nace
un ratoncillo de hocico rojo.
¡Líbrate de la pintura!

—Una gran mejora —dije.

Me olvidé de mencionar a los vendedores de refrescos. Estos sujetos son los únicos que pregonan su mercancía con su propia voz, pues cada uno de ellos está convencido de ser una estrella de la ópera de Pekín que aún no ha sido descubierta, y uno de esos cabrones se me había acercado sigilosamente por detrás y apuntaba sus fauces a mis dos oídos. Junto con lo demás, el resultado era algo parecido a esto:

—*¡Sha la Jen la!*

—*¡Hao, hao, hao!*

—*¡Hao tao!*

—*¡Refrescante jarabe con hielo! ¡Pruébalo una vez y lo probarás dos veces! Diez monedas por vaso para vencer el calor. ¡Con sabor a nieve, pero dulcísimo!*

—*¿Quién me ha quitado mis costosos pantalones de seda? ¡Mis calzones de terciopelo puro!*

—*¡Clang clang clang clang clang clang clang clang clang!*

El último era un afilador de tijeras. Hacen su pregón chocando filas de discos de metal cosidos al forro de sus largas y anchas mangas, y el sonido tiene la peculiaridad de triturarte la porcelana de los dientes. Otra cabeza cortada rodó hacia las niñas, que ni siquiera miraron mientras alzaban automáticamente las piernas, y el dulce canto infantil continuó mientras la cabeza se reunía con sus colegas sin cuerpo, y de pronto me incliné hacia delante y me puse a contar: «… veinticuatro, veinticinco, veintiséis». Veintiséis cabezas significaba que Mano del Diablo acababa de igualar el récord anterior, y con la siguiente batiría uno nuevo. Yo perdería mi apuesta a menos que ocurriera un milagro, pero no me importaba. Por primera vez en ese día sentía un cálido bienestar, porque conocía muy bien al siguiente reo de la fila. ¡Qué deleite que el récord fuera batido por Tu el Hostelero de Sexta Categoría!

—Buey, he aquí un interesantísimo comentario de Flaco IV —aulló el maestro Li—. Comienza por lamentar tu excesivo sensacionalismo, y luego escribe: *Ut turpiter atrum desinat in pescem mulier formosa superne…*

Le codeé el brazo y señalé, y el maestro Li se levantó y se acomodó la túnica. Se dirigió al frente de la plataforma mientras los alguaciles arrastraban

al prisionero, y vi que el viejo recobraba la compostura y formulaba comentarios confucianos dignos y apropiados para ayudar al hostelero a resignarse a su deceso inminente. Lamentablemente el maestro Li no daba con el tono pertinente de serena gravedad, porque tenía que lidiar con la muchedumbre, los vendedores, los apostadores y las dos niñitas que batían las palmas, y el resultado fue algo como esto:

—Tu el Hostelero de Sexta Categoría…

—*¡Seis contra cinco! ¡Ultima oportunidad a seis contra cinco! ¡Dinero, dinero, dinero!* —aulló Meng Diente de Oro.

—Tus delitos son increíblemente ruines…

—*¡Taong, tam-gong, tam-gong!*

Éste era un vendedor de peines y cepillos que anunciaba sus productos batiendo un tambor y un gong simultáneamente.

—Y si estuviera en mi poder…

—*¡Refrescante jarabe con hielo!*

—*¡Alto, ladrón! ¡Devuélveme la pelusa de mi ombligo!*

—Te sentenciaría a los Mil Cortes…

¡Kuang kuang ch'a
kuang kuang ch'a,
miao li he shang
mei yu t'ou fa!

—¡Empezando por tu polla de mofeta y tus cojones de babuino, boñiga repelente! —exclamó el maestro Li a todo pulmón.

Más palabras serian redundantes. Hizo una señal a los alguaciles, que arrastraron a Tu el Hostelero de Sexta Categoría hacia el tajo y lo tumbaron de una patada en las piernas. Mano del Diablo inició sus ejercicios respiratorios y se dispuso a al/.ni la espada para su intento de batir el récord, y entonces aconteció el primero de los extraordinarios sucesos que nos liarían en los asuntos de los Ocho Honorables Magos.

Yo no habría creído que nadie pudiera gritar con tal fuerza como para lograr que la muchedumbre del Mercado de Verduras se callara y prestara atención, o que el Gran Verdugo de Pekín se detuviera con la espada en alto, pero eso fue precisamente lo que ocurrió. Todos los ojos se volvieron hacia seis personajes que entraban corriendo en la plaza por la Puerta de la Rectitud Prolongada. Los cinco hombres que iban delante tenían los ojos desencajados, la cara blanca de terror y la boca abierta como un cajón mientras lanzaban un grito ensordecedor tras otro. El sexto personaje era la causa del tumulto, y una ojeada bastó para helarme la sangre. La dulce tía Hua me había contado historias de guls y vampiros desde que yo tenía cinco años, pero nunca había esperado ver uno, y este *ch'ih-mei*, como luego confirmó el maestro Li, era un

espécimen tan clásico que se podría haber usado para ilustrar el Registro de Cosas Extrañas, el famoso estudio científico del gran P'u Sung-ling.

Lo cubría una sucia maraña de pelo blanco verdoso jaspeado con la fungosidad putrefacta de la tumba. Sus grandes ojos rojos relucían como rescoldos, y de sus garras de buitre goteaba sangre, y sus enormes dientes de tigre centelleaban a la luz del sol. Esa espantosa criatura avanzaba a grandes trancos y habría pillado a los fugitivos en un santiamén si hubiera corrido en línea recta. En cambio zigzagueaba y se bamboleaba, arañando el aire con furia impotente, y cuando tropezó con el carro de un vendedor comprendí al fin lo que el maestro Li había captado al instante. El monstruo estaba ciego y moribundo. Era lo que siempre me había dicho la tía Hua: «Buey Número Diez, si alguna vez te persigue un *ch'ih-mei*, corre hacia la luz del día. ¡El sol es veneno para los muertos vivientes!».

La anciana tenía razón. El gul vampiro se tambaleaba en círculos, y enfilaba hacia el tajo. Mano del Diablo estuvo a punto de partirse en dos en una voltereta. Por instinto había dirigido el espadón hacia el tajo, pero trató de detenerse en medio del mandoble y apuntar la hoja hacia el monstruo, así que le erró por completo al cuello de Tu el Hostelero de Sexta Categoría y el espadón arrancó una lluvia de chispas al chocar contra los adoquines.

—¡Diez mil bendiciones! —gritó Meng Diente de Oro, y todos los corredores de apuestas de Pekín se unieron en un ensordecedor grito de «¡Dinero, dinero, dinero, dinero!», pues Mano del Diablo acababa de perder la oportunidad de batir el récord y los corredores se habían salvado de la bancarrota. De inmediato se lanzaron en persecución de apostadores ricos a quienes habían otorgado crédito, juntándose con la turba aullante que procuraba escapar de la plaza por la Puerta de la Paz y la Armonía. Vi que una joven madre recogía a las niñas que batían palmas, una bajo cada brazo, y mientras corría para salvarse apartaba las cabezas tronchadas a patadas, como si fueran calabazas. Los carros y puestos de los vendedores volaban hacia todas partes, y una lluvia de postes de bambú astillados y toldos de colores brillantes se sumó a las variopintas mercancías que cubrían la plaza. En un rato asombrosamente breve los únicos ocupantes del Mercado de Verduras fuimos Mano del Diablo, Tu el Hostelero de Sexta Categoría, alguaciles que no podían huir porque estaban encadenados al hostelero y habían perdido las llaves y no podían encontrarlas en medio de la basura, el maestro Li, un monstruo y yo. El maestro Li se bajó de la plataforma de los dignatarios y trotó hacia el monstruo, que acababa de darse un topetazo contra el Muro Gemebundo, detrás del tajo, y caía de espaldas. Seguí al maestro Li. Cuando llegué allí, el gul vampiro resolló horriblemente, arañó el aire por última vez, tembló y se quedó tieso. Lentamente el espantoso fuego de sus ojos ciegos se extinguió, y no necesité un examinador médico para enterarme de que estaba muerto.

—La luz del sol, que penetra por la carne pútrida hasta los órganos vitales, lo frió por dentro —declaró el impertérrito maestro Li.

Carne pútrida, ya lo creo. La fetidez era nauseabunda, y el cuerpo del gul vampiro era tan responsable de ese tufo como los trozos de carne y pelo de la persona que había devorado recientemente, y que se le adherían a las zarpas y los dientes.

—Absolutamente encantador —dijo el embelesado maestro Li—. Hace mil años que no se ve en Pekín un ejemplar tan perfecto, y me gustaría saber por qué abandonó el refugio de su tumba para suicidarse bajo la ardiente luz del sol.

La respuesta no tardó en llegar, pues siete personajes más atravesaban lenta y fatigosamente la Puerta de la Rectitud Prolongada. Reconocí al que encabezaba la marcha, el sargento Hsienpo de la guardia de la ciudad, con seis hombres a la zaga. Jadeaban como una jauría de sabuesos extenuados cuando llegaron a nosotros, chorreando transpiración. Era evidente que el sargento estaba encantado de encontrar al monstruo muerto, y casi igualmente encantado de encontrar a un funcionario de Primer Rango que se hiciera responsable. Se cuadró ante el maestro Li.

—Sargento Hsienpo, eminencia, de la guardia de Cerro del Carbón —dijo —. Recibí la denuncia de que había sospechosos en el cementerio de la familia Lin. Encontré a cinco profanadores de tumbas trabajando descaradamente a plena luz del día.

El sargento no intentó ocultar su admiración por los ladrones, que habían eludido a los perros guardianes que patrullaban de noche falsificando una orden de trabajo para una zanja de drenaje y marchando colina arriba con picos y palas sobre los hombros, silbando jovialmente. Podían abrir túneles como topos, y cuando el sargento y sus hombres fueron alertados por el jefe de jardineros (quien tuvo sospechas porque no había recibido el soborno que se estilaba para los contratos de Cerro del Carbón) ya habían abierto dos pasajes laterales desde la zanja central y habían extraído las joyas y el jade ceremoniales de dos féretros. Estaban iniciando un tercero cuando los soldados se les acercaron de puntillas.

—Uno de los ladrones alzó la tapa y se quedó congelado como un trozo de hielo, y esas espantosas zarpas salieron por el borde, y esa cosa horrible se sentó en el ataúd y soltó un rugido de rabia…

El sargento sabía dar sabor a su relato. Los profanadores de tumbas habían girado sobre los talones, seguidos por el *ch'ih-mei*, y el sargento había reagrupado a sus hombres para perseguirlos. El monstruo había arrojado algo a los ladrones, pero había rebotado inofensivamente en la espalda de uno de ellos, y luego había seguido una maratón que el gul vampiro habría podido ganar fácilmente por la noche, pero el sol abrasador había intervenido y permitió que los ladrones escaparan.

—¡Excelente trabajo, sargento! —exclamó el maestro Li con admiración—. Pocos hombres osarían perseguir a un *ch'ih-mei*, y yo sería el individuo más sorprendido de Pekín si no te dieran un ascenso.

Noté que el sabio luchaba contra la tentación, y por una vez la tentación perdió.

—A decir verdad, Cerro del Carbón no es mi distrito —dijo compungidamente—. Es responsabilidad del magistrado Han-shan (nunca encontrarás mejor público para tu anécdota que Han-shan, cuya abuela fue devorada por un hombre tigre), y un atajo a su *yamen* sería desandar tu marcha por el cementerio de la familia Lin.

Tenía algo en mente, desde luego. Los soldados prepararon una litera para el monstruo muerto con trozos de puestos de vendedores mientras el maestro Li afrontaba un hecho lamentable concerniente a un caballero afortunado. Ahora no se podía ejecutar a Tu el Hostelero de Sexta Categoría.

Mano del Diablo había enarbolado el espadón y había errado, así que los adivinos oficiales tendrían que aseverar que el fenómeno no había sido causado por la voluntad del Cielo, y el emperador tendría que firmar una nueva sentencia de muerte, pero el emperador se había marchado a Corea en otra expedición de cacería de bandidos. Así que Mano del Diablo y los alguaciles se llevaron al horrible hostelero de vuelta a la mazmorra de la Torre del Verdugo, y el maestro Li y yo acompañamos a los soldados y al monstruo muerto a Cerro del Carbón.

Trepamos el largo sendero que conducía a la cima donde se hallaba la finca de la familia Lin. La tumba que había ocupado el monstruo contenía gran cantidad de huesos roídos, y algunas manchas de sangre fresca que parecieron interesar al maestro Li.

—¿Dices que la criatura arrojó algo que golpeó a uno de los ladrones en la espalda? —preguntó.

—Así me pareció —respondió el sargento Hsienpo—. Por aquí.

Hurgaron en la hierba alta hasta que un soldado soltó un grito agudo, y el maestro Li se inclinó y sacó su gran pañuelo verde, y cuando se enderezó sostenía la cabeza medio devorada de un hombre.

—Con razón el monstruo estaba molesto. Los profanadores de tumbas le interrumpieron la cena —dijo el sabio sin inmutarse.

La cabeza había sido arrancada del cuerpo, y de ella colgaba una repugnante maraña de tendones y vértebras, dándole el aspecto de una obscena criatura marina. Nadie podría identificar a ese pobre diablo. El gul vampiro le había devorado la cara, y rara vez he visto un espectáculo más asqueroso. El maestro Li ordenó a los soldados que buscaran el cuerpo, por si se hallaba en las cercanías, y luego depositó la cabeza en la litera y envió a los soldados hacia el *yamen*, con una nota para el magistrado, alabando la labor del sargento.

Cerro del Carbón es propiedad de una de las familias más ricas de Pekín, y

al caminar hacia la linde del cementerio el maestro Li pudo disfrutar de una vista sumamente costosa. Toda la ciudad se extendía a nuestros pies, y pude ver los muros rosados, el follaje esmeralda y las tejas azules, amarillas y carmesíes de la Ciudad Prohibida. El viejo se balanceaba sobre los talones con las manos entrelazadas a la espalda, silbando sin ton ni son, y noté con sorpresa que estaba tan feliz como una pulga explorando las perreras imperiales.

—Buey —dijo—, los dioses han decidido recompensarnos por nuestro escalofriante encuentro con Tu el Hostelero de Sexta Categoría.

—¿Qué? —pregunté.

—Consigue gran cantidad de pinceles, tinta y cuadernos —continuó jovialmente—. Sería un bonito gesto enviarle a Flaco IV un relato de lo que está por acontecer.

—¿Qué? —pregunté.

Metió la mano en su elegante túnica, extrajo su olorosa petaca de piel de cabra y sacó la tapa, soltando una vaharada de alcohol que me sofocó.

—Buey, esa cabeza medio comida tiene algo tan inusitado como la criatura que la devoró —dijo el maestro Li—. La última crítica de nuestro amigo el bárbaro tenía que ver con historias sobre peces, y a menos que esté muy equivocado, se aproximo un caso que es como una gran ballena blanca.

—¿Qué? —pregunté.

Empinó un buen trago de ese brebaje, y me pregunté si un gul vampiro habría sobrevivido a ese trago.

—Un leviatán pálido —dijo—. Muchacho, el chorro llega a las estrellas, y la estela balancea las islas de la costa mientras la ballena nada hacia nosotros, circunnavegando mares sacrosantos con la implacable imponencia de un témpano.

—Ah —dije.

2

A primera hora de la mañana siguiente un palanquín palaciego envuelto en blancos paños de luto y los deshilachados penachos de humo de los incensarios sacrificiales subió por la Vía Imperial hacia la Puerta del Porte Correcto. Un bonzo y un *tao-shih* precedían la marcha, golpeando un gong y un pez de madera. Yo ignoraba por qué el maestro Li y yo viajábamos en ese vehículo, ambos ataviados para un funeral aristocrático. Mi experiencia con el viejo me ha enseñado a mantener la boca cerrada cuando las arrugas que le aureolan los ojos se amontonan en estrechos círculos concéntricos, así que esperé a que su mente se hubiera relajado junto con las arrugas, y luego se sacudió y se volvió hacia mí.

—Buey, ¿alguna vez has visitado la Ciudad Prohibida?

Claro que no la había visitado. Yo no era mandarían ni miembro de la plana mayor imperial, como él sabía muy bien.

—Allá nos dirigimos. Tengo motivos para creer que está sucediendo algo muy especial —dijo el maestro Li.

Se metió la mano en la túnica y extrajo una Perla de Fuego. (No sé cómo la llaman los bárbaros. Son trozos de vidrio o cristal convexo que se usan para concentrar los rayos del sol y encender fuego, y también pueden magnificar o reducir la imagen de las cosas. En mi aldea las llaman «Piedras de lo Grande y lo Pequeño»). Luego metió la mano en otro bolsillo y sacó su pañuelo, y cuando lo desplegó me encontré frente a una oreja izquierda.

¿Dónde había recogido una oreja? Estaba cortada limpiamente y no había rastros de sangre. Entonces recordé que la tarde anterior el maestro Li había recogido una cabeza medio devorada en el cementerio de la familia Lin, y también recordé que estaba solo cuando los demás nos pusimos a buscar el cuerpo.

—Sí, me tomé la libertad de adquirir una parte de la víctima del *ch'ih-mei* —dijo con calma—. Échale una ojeada y dime si ves algo anormal.

Con cierta aprensión, cogí el pañuelo y acerqué la Perla de Fuego a la oreja.

—La piel es tan tersa que parece irreal —dije al cabo de una pausa—. Hay

algo que llena los poros. Es una especie de mantequilla, y tiene un fulgor extraño. —Me animé a tocar esa cosa—. Es blanda y untuosa como saponita, y la cosa que rellena los poros es bastante grasienta.

Él recobró la Perla de Fuego y la oreja.

—Excelente —dijo—. Vi rastros de esa sustancia adheridos a las zarpas del monstruo cuando examinamos su cuerpo junto al tajo del verdugo, y el descubrimiento de la cabeza de la víctima confirmó mi sospecha. Esa sustancia lustrosa es un compuesto increíblemente costoso que se confecciona principalmente con grasa de ganso curada. Se llama Jabón Protocolar, y tiene la característica de infundir un fulgor tenue a la tez humana. Es usada casi exclusivamente por los eunucos y ministros que asisten diariamente al emperador, pues la idea es sugerir un reflejo del resplandor que emana del Hijo del Cielo.

Tardé un instante en asimilar estas palabras, y luego agrandé los ojos.

—Maestro, ¿quieres decir que un gul vampiro asesinó y devoró a un ministro de estado? —dije con voz pasmada.

—Así parece —dijo el inmutable maestro Li—. Lo más extraordinario es que de esos muros rosados no ha salido la menor insinuación de que se haya cometido una fechoría. No hay en la tierra lugar más adicto a los chismes y habladurías que la Ciudad Prohibida, pero anoche consulté a todas las fuentes que se me ocurrían y sólo pude saber que algo sucede y es secreto máximo. Muchacho, no es posible que un ministro de estado desaparezca sin causar una batahola, y ten en cuenta que no encontramos ningún rastro de los huesos ni el cuerpo de la víctima. ¿Lo tienen sus colegas? En tal caso, ¿qué induciría a los mandarines a encubrir el crimen del siglo?

¿Qué, en efecto? Al parecer nos hallábamos frente a un escándalo capaz de sacudir el imperio, y mientras entrábamos en la Ciudad Imperial y nos dirigíamos al Altar de la Tierra y el Grano una frase me cruzó reiteradamente la cabeza: «Monstruos, mandarines y muerte… monstruos, mandarines y muerte…». Los sacerdotes del altar hicieron una reverencia a los difuntos cuando pasó nuestro palanquín, al igual que sus colegas del Supremo Templo de los Ancestros («monstruos, mandarines y muerte… monstruos, mandarines y muerte…»), y decorosos amanuenses confucianos se tocaron la gorra en señal de respeto. La Ciudad Imperial es el enclave amurallado de basílicas burocráticas y residencias aristocráticas que rodean la Ciudad Prohibida del emperador, pero quienes supongan que nuestro avance funerario por esa atmósfera enrarecida fue solemne y sereno nunca han alquilado palanquines en Pekín. Creo que he dado una impresión errónea, así que la corregiré.

—¡Mierda! —gritó Rata Escurridiza desde su vara de porteador delantero izquierdo—. ¿Por qué el tío corpulento no se sienta en el medio con ese pajarraco escuálido sobre las rodillas? ¡Esta cosa está tan desequilibrada como una balsa en la que remaran una rata y un rinoceronte!

Víbora de la Hierba ocupaba la posición equivalente en la vara del porteador derecho.

—¡Deja de rezongar, cabeza de gong! ¡No tienes sesos para hablar y portear al mismo tiempo, y cuando abres la bocaza tus hombros se ponen a temblar como tetas en una convención de nodrizas!

Chong Bacinilla y Gusano, en las varas traseras, manifestaron su desacuerdo.

—¡Comed vinagre, bazofias! ¿Creéis que nos gusta que nos rocíen la cara con saliva de un par de mofetas con añosa?

—Buey, a partir de aquí deberíamos viajar dignamente —dijo el maestro Li.

Detuve el palanquín, bajé de un salto y cogí la vara delantera con los porteadores aún pegados a ella, y los bajé a tierra de un modo destinado a aflojar los dientes.

—¡Escuchadme, *ming t'e mao tsei*! —(Ésta es una frase muy útil para los que visitan Pekín. Significa: «¡So ladrones, larvas de orugas que residen en la mora y devoran el grano!»)—. Una queja más y alimentaré a un mosquito con vuestros restos combinados.

Volví a subir al palanquín y avanzamos en recatado silencio entre las Torres del Fénix, y cruzamos el foso. Hace años que el maestro Li cayó en desgracia con los altos funcionarios, pero aún posee el rango y las credenciales adecuadas y los guardias no tenían órdenes de detenerlo, así que atravesamos sin dificultad la Puerta Meridiana y la Ciudad Prohibida se abrió ante nosotros.

—Ahora necesito tus ojos jóvenes y agudos —me dijo el maestro Li—. Si estoy en lo cierto, uno de los grandes mandarines preparó una comida para un gul vampiro, y por algún motivo sus colegas hacen todo lo posible para encubrirlo. Pero tienen que ofrecerle a la víctima un funeral, y en estas circunstancias no pueden negarle un mástil.

Entendí a qué se refería, pero no sé si quedará claro para los lectores incivilizados, así que lo explicaré brevemente.

Las personas tienen dos almas. El alma superior, *hun*, reside en el hígado, y cuando alguien fallece se abre un orificio en el ataúd, a la altura del hígado, para permitir que el alma superior entre y salga a su antojo. El alma inferior, *po*, reside en los pulmones, y en ninguna circunstancia se debe permitir que salga. Es la sede de los instintos y conducta animal del hombre, y es fácil que se corrompa y recorra la tierra como un espíritu maligno. El alma *hun* debe viajar entre el hígado y el tribunal del Dios de los Muros y las Zanjas en el Infierno durante los cuarenta y nueve días en que es juzgada, pero cuando está lejos de su cuerpo puede desorientarse, y para un alma superior perderse es una gran tragedia. Puede ser presa del pánico e instalarse en otro cuerpo y pervertirse, y cuando un alma superior se arruina, se arruina de veras. Así se

forman las criaturas como los vampiros, y por eso se erige una señal para ayudar a las almas viajeras a encontrar su camino de regreso. Es un mástil alto con una brillante bandera roja en el tope, puesto frente a la casa donde se ha producido una muerte: a la izquierda de la puerta para un hombre, a la derecha para una mujer. El maestro Li quería decir que los mandarines no podían correr el riesgo de que el alma *hun* de su colega se perdiera y se transformara en un monstruo similar al que lo había matado, así que no tenían más opción que erigir el mástil.

Permanecí alerta a un mástil rojo, y en cierto modo fue una lástima. Era mi primera excursión en la Ciudad Prohibida y me habría gustado echar un vistazo y hacerle preguntas al maestro Li, pero ese día sólo aprendí que Jardín Prohibido sería un nombre más apropiado. Cuando salimos de la avenida central, nos hallamos en laberintos de árboles, arbustos y flores diseñados artísticamente para desembocar en paisajes deliciosos o sorprendentes, tales como dragones verdes y fénix y bajorrelieves de marfil sobre paredes de coral o aves exóticas que parecían posar para artistas mientras descendían junto a rocas pintorescas a orillas de estanques turquesa. Una de esas aves relucientes me distrajo en mi búsqueda del mástil, y tardé un instante en comprender que no es plumaje todo lo que reluce.

—¡Allá! —exclamé.

Una línea alta y delgada se elevaba detrás de una hilera de granados, y en el tope ondeaba una bandera carmesí. El maestro Li ordenó a los porteadores que girasen en el río Dorado y atravesaran la Puerta de la Armonía Unida, con rumbo al complejo donde había desperdiciado veinte años —al menos, él los consideraba desperdiciados— y pasamos frente al Salón de la Gloria Literaria, el Salón del Intelecto Proclamado, el Salón de la Reverencia por el Maestro (la segunda biblioteca del mundo en tamaño, pues la primera está en Ch'ang-an), y allí, en el gran patio del Salón de la Profundidad Literaria se erguía el mástil para el alma, a la izquierda de la entrada, y bajo la bandera roja ondeaba el pendón de un importante erudito que tenía derecho a exhibir los catorce símbolos de la distinción académica: perlas de deseos, piedra musical, nubes de buena suerte, rombo, taza de cuerno de rinoceronte, libros, imágenes, arce, milenrama, hoja de plátano, trípode, hierba de la inmortalidad, dinero y zapato de plata.

—Ese pendón reduce considerablemente la lista de víctimas posibles —dijo con agrado el maestro Li—. ¿Se ha difundido la noticia de que uno de los más eximios eruditos del imperio ha exhalado su último aliento? No, de ninguna manera, y mi sospecha de conspiración y encubrimiento empieza a transformarse en certidumbre.

Al atravesar las puertas externas vimos un patio atestado de literas, carruajes y palanquines como el nuestro, envueltos en paños fúnebres. Una muchedumbre de mandarines menores se inclinaron profundamente ante la

gorra y las insignias del maestro Li, pues usaba todo su atuendo ceremonial, incluidos los símbolos del poder imperial que no había ostentado en sesenta años, y el efecto era muy impresionante. Subió la escalinata como si fuera dueño del lugar, y entramos en una sala de recepción que era enorme al punto de ser grotesca. Habían exterminado a los animales salvajes de varios bosques para obtener pieles que cubrieran las paredes, junto a vastos tapices y diversas colgaduras. Una alfombra que parecía hecha de armiño blanco se extendía sobre un suelo inmenso hasta una tarima de mármol, y sobre la tarima reposaba un enorme ataúd.

Importantes mandarines cruzaban la alfombra con pomposa dignidad para presentar sus respetos a su colega. Alguien reparó en el maestro Li. Un respingo hizo volver las cabezas, y era fascinante ver los ojos que se dilataban en sucesión, y las elegantes túnicas que se plegaban una tras otra como evitando el contacto con la lepra, casi una danza, y el maestro Li cumplió su parte al saludar a cada amedrentado sujeto con una sonrisa que mostraba todos los dientes.

—¡Wang Chien, querido amigo! ¡Para estos ojos indignos es un deleite regodearse una vez más en tu divino resplandor!

Y así sucesivamente. Al principio nadie más dijo una palabra, pero luego alguien rompió el silencio.

—¡Kao! ¡Por todos los dioses, es Li Kao! ¿Por qué no pensé en llamarte para este engorro?

El hombre que se abría paso penosamente para llegar al maestro Li con la ayuda de dos bastones estaba agrietado, encogido y encorvado por la artritis, y era inimaginablemente viejo. Yo pensaba que el maestro Li había llegado al límite de la expectativa de vida humana, pero este caballero añadía una treintena de años a ese límite. Noté que su avance era acompañado por profundas reverencias, y que el maestro Li lo saludaba con genuino placer.

—¡Hola, Chang! ¿Cómo te encuentras? saludó cálidamente.

—¿Cómo me encuentro? Senil, desde luego —dijo esa marchita antigualla—. Hace unos días tuve una larga conversación con mi nieto mayor, y me preguntaba cómo había llegado a ser tan inteligente en tan poco tiempo cuando caí en la cuenta de que murió hace veinte años y yo hablaba con el loro. ¿Quién es este chico grandote y musculoso de nariz partida?

El maestro Li me indicó que me adelantara y saludara.

—Permíteme presentarte a mi ex cliente y actual asistente, Buey Número Diez. Buey, éste es el Tearca Resplandeciente, Señor Supremo de la Aurora Oriental y la Gran Sutileza, Portador del Cetro de Cinabrio del Misterio Supremo del Gran Misterio… o, si prefieres, el Maestro Celestial.

Creo no me puse a botar y rebotar en el suelo sólo porque mi cuerpo no sabía si inclinarse hacia delante o caer hacia atrás. Éste era nada menos que Chang Tao-ling, el máximo sacerdote del taoísmo, y el único hombre del

imperio a quien se reconocía universalmente como un santo viviente. En mi aldea era adorado tanto por el abad de nuestro monasterio como por mi tío Nung, que era ateo, y se decía que una lista de sus buenas acciones cubriría cuatro de las cinco montañas sagradas, y ahora yo estaba frente a él. Logré inclinarme en una convulsiva reverencia sin caerme de bruces.

—Kao, tú eres el hombre que necesitamos, y me alegra que alguien haya tenido el buen tino de pensar en ello —dijo el Maestro Celestial—. Fue una de las cosas más raras que he visto en la vida, de modo que parece diseñada para ti.

El Maestro Celestial era un poco sordo y no notaba que hablaba a gritos. El maestro Li tenía que elevar la voz para hacerse entender, y el efecto era muy extraño: cientos de personas petrificadas y silenciosas en una enorme cámara abovedada, escuchando dos voces que brincaban entre las paredes hasta que sus ecos empezaron a jugar al corre que te pillo sobre un féretro.

—¿Dices que lo viste? —preguntó el maestro Li.

—Sucedió ante mis propios ojos, y si ha de suceder algo tan horrendo, está bien que la víctima fuera alguien como Ma Tuan Lin. Un imbécil insufrible, y una vergüenza para los doctos —gritó el Maestro Celestial.

Un súbito destello en los ojos del maestro Li me sugirió que compartía la opinión del Maestro Celestial sobre el difunto Ma Tuan Lin, pero intentó ser diplomático.

—No exageremos. Ma tenía ciertos méritos como investigador. Sólo sus conclusiones eran idiotas.

—¡Kao, eres demasiado generoso! —gritó el Maestro Celestial—. Era un asno desde la coronilla hasta los dedos de los pies, y su autoestima estaba tan hinchada como su cuerpo. Deberías haberlos visto cuando intentaron encajar esa mole de grasa en el ataúd.

El santo se giró dolorosamente sobre sus bastones y dirigió una mirada fulminante a las filas de enmudecidos mandarines.

—Malditos tontos —gritó—. Si le hubierais hecho un enema al cadáver de Ma, podríais haber sepultado el resto en una cáscara de castaña.

Se volvió hacia el maestro Li.

—Vale, estos asuntos son tu especialidad, no la mía. Tú estás al mando, así que dime qué necesitas y trataré de ayudarte —dijo sin rodeos.

—Empecemos por lo que viste, pero salgamos de este mausoleo —dijo felizmente el maestro Li.

Sentí un fulgor de calidez cuando el Maestro Celestial se dirigió hacia una puerta lateral. ¡Qué maravilloso golpe de suerte! El maestro Li habría estado más muerto que Ma Tuan Lin si las miradas mataran, pero los mandarines sólo podían limitarse a poner cara larga. Cogimos por un corredor hasta una pequeña oficina que daba sobre un jardín pequeño y sencillo. Era una habitación derruida y desconchada, abarrotada pero cómoda, con recordatorios

de la época del bisabuelo de mi bisabuelo de mi bisabuelo, y el Maestro Celestial soltó un gruñido de alivio cuando se repantigó en un banco con cojines y aflojó su apretón sobre los bastones. Fue directamente al grano.

—Fue anteanoche, Kao… aunque en realidad era de madrugada, hacia la doble hora de la oveja. Yo no podía dormir, como de costumbre, y la luna brillaba, y ya sabes que ha hecho mucho calor. Me levanté, me puse una bata, cogí mis bastones y me dirigí hacia el muelle y mi bote. El remo es el único ejercicio que puedo hacer ahora. Y los bastones me permiten practicar —dijo, moviendo los bastones como si remara—. Remé hasta la isla Hortensia, donde tengo un muelle y un sendero especiales que me resultan cómodos. Estaba caminando por el bosque, admirando la luna y deseando que mi mente aún pudiera componer poemas, cuando oí un alarido escalofriante. Luego vi que Ma Tuan Lin corría hacia mí.

El santo ladeó la cabeza hasta mirar al maestro Li por el costado de la nariz, y una leve sonrisa le afinó los labios.

—Aquí viene la parte senil, quizá. No estoy seguro, Kao, no estoy seguro. Sólo puedo contarte lo que vi o creí ver. Ante todo, Ma era perseguido por un vejete arrugado mayor que tú, quizá hasta mayor que yo, pero que corría con la agilidad de un niño, soltando chillidos agudos que sonaban como *¡Pi-fang! ¡Pi-fang!*

—¿Qué? —preguntó el Maestro Li.

El Maestro Celestial se encogió de hombros.

—Ningún significado. Sólo sonido. *¡M J'ang!* Ma sostenía algo que parecía una jaula vacía, y soltó otro alarido de terror que hizo que un par de chorlas echaran a volar en la oscuridad aleteando ruidosamente, y pasaron ante mi cara y me hicieron caer en unos juncos altos, y eso quizá me salvó la vida. El vejete no me vio cuando pasó de largo. Agitó la mano derecha y algo empezó a brillar en ella, con un fulgor rojo, y luego arrojó una bola de fuego que le acertó a Ma Tuan Lin en plena espalda.

El maestro Li se sofocó y se pegó en el pecho.

—¿Una bola de fuego? —preguntó al recobrarse.

—Ya sé, ya sé. A nuestro amigo se le derritió el poco seso que le quedaba —dijo torvamente el Maestro Celestial—. Sólo te cuento lo que creí ver. Ma estaba muerto antes de tocar el suelo (no hacía falta una autopsia para confirmarlo) y el vejete pasó de largo, brincando como una hoja en el viento, y entonces estalló un fogonazo que me deslumbró. Cuando se me despejó la vista, no había ningún vejete. Ma estaba tendido con esa jaula en la hierba alta, y su espalda humeaba, y miré por todas partes. Ningún vejete. Entonces oí un agudo y lejano *Pi-fang*, alcé la mirada y vi una gran grulla blanca que se alejaba volando sobre la faz de la luna.

El santo inhaló profundamente y extendió las manos.

—¿Te pareció descabellado? Porque recién empiezo.

—Ansío escuchar el resto —dijo el maestro Li.

—Kao, junto al pabellón que usaba Ma en la isla Hortensia hay un gran montículo de tierra perteneciente a una especie de proyecto de construcción que fue cancelado, y sólo al ver el montículo comprendí que estaba en el pabellón. Lo que me hizo mirar hacia el montículo fue un sonido que venía de él, y supe que había perdido el juicio por completo cuando una garra espantosa asomó bajo el claro de luna. Luego le siguió otra garra, y la tierra se apartó y algo enorme salió al claro de luna, y cuando se le cayó la tierra me encontré frente al *ch'ih-mei* más bonito que haya aparecido en China en un siglo o más. Un clásico gul vampiro, Kao, y miraba esa grulla que surcaba el cielo. La grulla se redujo a un punto y desapareció, y el *ch'ih-mei* bajó los ojos y vio a Ma Tuan Lin. En dos zancadas se le acercó, y juro que le arrancó la cabeza de un zarpazo. Alzó el truculento trofeo y le dio un buen mordisco, pero ya no vi más. Me arrastraba hacia atrás, empujándome con los bastones, esperando que los ruidos de masticación de esa criatura taparan todo sonido que yo hiciera, y logré regresar a la arboleda. Abordé el bote, regresé y di la alarma, y eso es todo lo que puedo contarte.

El maestro Li asintió.

—¿A quién le diste la alarma? —preguntó.

—El emperador ha incluido a un oficial en mi servidumbre. Una especie de niñera, pero a veces es útil.

—¿Y le dijiste lo que había pasado?

—Tenía que decírselo. No me creyó una palabra, por cierto.

—Pues yo te creo. —El maestro Li sonrió y le guiñó el ojo—. No digo que crea todo, pero mantendré cierta amplitud de criterio. Quién sabe. En más de una ocasión llegué a aceptar cosas increíbles.

El Maestro Celestial sonrió a su vez, y luego arrugó el entrecejo y se tocó la cabeza.

—Cansado, Kao, cansado. Me queda poco tiempo y aún menos cerebro, y si hoy quieres algo más de mí será mejor que lo obtengas ahora —dijo fatigosamente.

El maestro Li se inclinó hacia él.

—Lo que quiero —dijo con voz lenta y clara— es una orden escrita para investigar este asunto y cualquier cosa que esté relacionada con él, con la plena autoridad del Maestro Celestial, y con su firma.

Poco después el maestro Li precedía la marcha por una serie de puertas laterales, y luego atravesamos los jardines, llegamos al patio y a nuestro palanquín. Estaba manifiestamente deprimido cuando tendría que haber estado eufórico, y lo miré inquisitivamente.

—Bien, Buey, podemos olvidarnos de tener un caso grande como una

ballena blanca —dijo.

—No entiendo, maestro.

—Debo una disculpa a los mandarines. Encubrían el asunto y esperaban meter el cadáver en una tumba antes de que llegaran entrometidos como yo, por la muy lógica razón de que el mayor santo viviente de China ha confesado el asesinato de Ma Tuan Lin —dijo con tristeza el maestro Li.

3

El maestro Li se estaba fatigando, y una vez que remé hasta la isla Hortensia y amarré el bote a un muelle me pidió que me inclinara para montarse en mi espalda. No pesa más que un niño, y sus pies menudos entran cómodamente en los bolsillos de mi túnica, y estoy tan habituado a cargar con el viejo que sin él me siento desnudo. Seguí sus indicaciones para llegar al pabellón donde Ma Tuan Lin había encontrado la muerte, según el Maestro Celestial.

La isla ha cambiado increíblemente en el breve tiempo transcurrido desde aquel día. Hay nuevas construcciones por doquier, y los bosques casi han desaparecido. Entonces estaba cubierta de árboles, arbustos y hierba, y aparte del Yu (sobre el cual hablaré más tarde) sólo existía la colección de instrumentos astronómicos creada por el gran Chang Heng y la veintena de pabellones apartados que mandarines eminentes usaban para recluirse. Era apacible y hermosa, y no vimos ni oímos a nadie mientras yo me internaba en los senderos que serpenteaban entre los árboles. Delante había un claro herboso y el maestro Li me pidió que me detuviera y lo depositara en el suelo. Hurgó en su túnica, sacó su petaca de vino y bebió melancólicamente, escupiendo el pulposo residuo sobre las flores. Pensé que se marchitarían y morirían bajo ese baño de alcohol puro, pero por alguna razón sobrevivieron.

—Buey, debo felicitarte por tu discreción. Ni una sola pregunta —dijo con un guiño. Sabe que me ha adiestrado bien—. Echemos un vistazo. Apuesto a que el Maestro Celestial vio que nuestro gul vampiro arrancaba la cabeza de Ma Tuan Lin, mejorando sobremanera la apariencia de Ma, y me sentiré defraudado si se prueba lo contrario.

Ya sabíamos que habían hallado el cuerpo allí y lo habían trasladado, y mientras avanzábamos vi el perfil del pabellón y una enorme pila de tierra fresca al lado, y al fin vi algo negro y movedizo que contrastaba con un fondo verde. Era una nube de moscas que zumbaba alrededor de estrías negras y viscosas que embadurnaban la hierba y recientemente habían sido rojas. Caminamos hacia el montículo de tierra y hallamos indicios de una perturbación muy reciente que podía haber sido causada por una criatura que saliera a rastras, y encontré huellas de sandalias en un tramo blando del

sendero cerca del montículo. Alguien había clavado los dedos de los pies y había arrojado tierra hacia atrás, como si echara a correr para salvar el pellejo, y pronto encontré otro tramo blando con una gran huella que bien podía pertenecer a un gul vampiro.

—El Maestro Celestial no tendría motivos para inventar un objeto semejante a una jaula. Encontrémosla —murmuró el maestro Li.

Encontramos la jaula en la hierba alta, cerca de las manchas de sangre. El sabio la recogió y la examinó con un silbido, y hasta yo noté que la artesanía era magnífica, y que era muy vieja. Pero no podía contener un ave. Las rejas tenían extrañas separaciones, y por lo menos había una brecha por donde un pajarillo habría escapado, y las atravesaba un extraño laberinto de alambres. Había una bola atada a los alambres y con cierta destreza se podía deslizar a un lado y otro, pero el maestro Li dijo que una sola bola no bastaba para cumplir las funciones de un ábaco primitivo. Las rejas estaban decoradas con una profusión de símbolos de todo tipo, desde animales y utensilios hasta astros, y el maestro Li sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No sé para qué se usaba, pero es increíblemente antigua —dijo—. Al margen de todo lo demás, Ma Tuan Lin tenía talento para descubrir artefactos valiosos. Era un gran coleccionista y afirmaba que era una autoridad, y quizá hallemos algo sobre esto en sus papeles.

Se ató la jaula a la cintura con su largo cinturón amarillo y se quedó observando un momento, con los brazos en jarras.

—Mi viejo amigo y maestro remó hasta aquí y echó a andar en el claro de luna —dijo con voz lenta y melancólica—. Quiso el destino que llegara a este sitio a tiempo para ver a un monstruo que perseguía a su cena, es decir Ma Tuan Lin, y en efecto vio que la criatura arrancaba la cabeza de Ma. Buey, has oído al Maestro Celestial. Sabes que no soportaba a Ma Tuan Lin. En el fondo se sentía culpable por no haber llorado un asesinato espantoso, y la culpa machacó en una mente cansada y proyectó imágenes, y el resultado fue que realmente cree su historia sobre «un vejete arrugado mayor que tú, quizá hasta mayor que yo, pero que corría con la agilidad de un niño». Una frase muy reveladora. Ahora bien, ¿qué clase de sombrero usa el Maestro Celestial?

Pensé en ello.

—Es un sombrero blanco, alto y cónico, que termina en punta —dije.

—Se llama Sombrero de Nueve Truenos Yang —dijo secamente el maestro Li—. Y semeja el pico de una grulla. ¿Reparaste en su túnica?

—Era una túnica taoísta, salvo por el emblema del Primer Rango.

—¿Es decir?

—La grulla.

—En efecto, ¿y reparaste en su anillo oficial? —preguntó el maestro Li.

—Una especie de gran piedra roja.

—Es un granate llamado Esfera del Rayo Vengador —dijo el maestro Li.

—Cáspita —dije.

—Cáspita, en efecto —dijo el maestro Li—. Buey, el Maestro Celestial se proyectó como un vejete arrugado que podía deshacerse de sus bastones y correr con la agilidad de un niño mientras exterminaba a cabrones como Ma Tuan Lin, los incineraba con su anillo oficial y se transformaba en la grulla que llevaba en la túnica y el sombrero para echar a volar frente a la luna, como en sueños. Los mandarines temían que gente indiscreta escuchara esa historia y causara un tremendo escándalo, pero tú y yo no seremos esa gente indiscreta.

—No, maestro.

—Fingiremos realizar una investigación —dijo el viejo—. En todo caso, tengo una orden genuina firmada por el Maestro Celestial, lo cual no es poco.

—Sí, maestro —dije, pero cerré la boca con una mueca elocuente. («Vaya modestia», añadí en silencio. «Cuando falsifica un documento de ese tipo puede presentar un pase que le permitirá entrar y salir de las arcas imperiales con cuarenta carros tirados por mulas, ochenta campesinos con palas y una cabria»). No había nada más en la escena del delito, así que el maestro Li se encaminó hacia el pabellón de Ma Tuan Lin. Me sorprendió descubrir que era un lugar sencillo y austero: una habitación amplia y una cámara de baño, que daba a un pequeño jardín amurallado y una vista del lago. El maestro Li explicó que los mandarines como Ma no estaban autorizados a construir palacios en la isla. Todos los pabellones eran idénticos, destinados a la contemplación apacible, y eran propiedad del emperador. Examinamos los papeles del mandarín y su colección de libros y pergaminos, y sólo encontramos notas en taquigrafía erudita que yo no sabía leer, y el maestro Li dijo que eran Ma Tuan Lin en estado puro: devaneos de un idiota. El único cometido de la búsqueda era hallar información sobre una antigua jaula, así que el maestro Li se dio prisa. Cuando íbamos a marcharnos, se detuvo en la puerta.

—Me olvidaba —dijo—. Hace cincuenta o sesenta años me alojé un par de semanas en uno de estos pabellones, y como todos son similares…

Dejó la oración suspendida en el aire mientras desandaba sus pasos para regresar al pequeño aliar de madera de la pared este.

—Me mostraron dónde guardar joyas u otros valores si no me fiaba de los jardineros —dijo, y extendió el brazo, empujó un panel de madera, lo deslizó y metió la mano en una cavidad diminuta—. Que me cuelguen —dijo, pues al sacar la mano sostenía una pequeña y gruesa libreta.

Nos sentamos a la mesa mientras la hojeaba. Ni siquiera el maestro Li lograba entender las anotaciones porque eran simples series de números y marcas que indicaban porcentajes, y no había ningún indicio de lo que representaban los números.

—El total sube cada vez más, drásticamente, y de pronto el porcentaje se duplica, y te diré que si es el dinero de Ma, se estaba enriqueciendo tanto

como para comprar una finca en Cerro del Carbón —dijo el maestro Li. Volvió la última página y sacó algo de la libreta—. ¡Buey, mira esto! —exclamó dichosamente.

Allí estaba la jaula que habíamos encontrado, calcada en tinta, y al parecer sobre una vieja superficie de piedra. Digo piedra, no metal, porque ciertos sitios borrosos y grumosos indicaban una superficie gastada y astillada, pero sin duda representaba la jaula. El maestro Li esperaba hallar algún texto explicativo en el dorso del calco, pero en cambio encontró la taquigrafía Blancura Volante, y me tradujo.

—«¡Ocho! ¡He hallado las ocho! ¡Ahora no podrán negarme una participación privilegiada, y mis huesos yacerán en el Pico del Dragón Blanco!».

—Maestro, ¿sabes qué significa eso?

—En absoluto, pero la última parte es interesante. El Pico del Dragón Blanco domina un valle amplio y fecundo cerca de Shensi, que según afirmaba Ma Tuan Lin (falsamente, siempre presumí) había sido la finca ancestral de su familia. Da la impresión de que él esperaba recobrarla, y para adquirirla se requeriría una increíble cantidad de dinero.

Pronto nos marchamos y regresamos a la ciudad sin inconvenientes. Nos detuvimos en la chabola del maestro Li el tiempo suficiente para ocultar la antigua jaula bajo la plataforma que mantiene secos nuestros jergones cuando las tormentas anegan el suelo, y luego me pidió que lo llevara a la vinería de Wong el Tuerto. (He descrito a Wong en crónicas anteriores y aquí no desempeña un papel importante, así que me limitaré a decir que posee un establecimiento en la zona criminal de Puente del Cielo donde el maestro Li puede encontrar individuos útiles, y esta vez encontró a varios). Logró que un par de falsificadores preparasen copias rápidas del calco de la jaula, y luego pidió a un grupo de chicos callejeros que llevaran las copias a una serie de ladrones distinguidos.

—Verás —dijo mientras cenábamos en su mesa privada—, existe la posibilidad de que Ma hablara de jaulas y no de otro centenar de cosas cuando escribió en el dorso del calco. En tal caso, había encontrado ocho. ¿Dónde están las otras siete?

Me encogí de hombros.

—Su oficina, su casa.

—Ten en cuenta, Buey, que la jaula que tenemos es antiquísima y de estupenda confección. Es un artefacto notable, y si Ma Tuan Lin tenía ocho de ellas sin duda habría transformado su extraordinaria colección en excusa para un banquete tras otro, en los cuales podía alardear del instinto infalible y del intelecto entrenado que le permitía encontrar tesoros donde fracasarían

hombres de menor valía. Por lo que sé, no logró semejante cosa, y recordemos la frase: «¡Ocho! ¡He hallado las ocho! ¡Ahora no podrán negarme una participación privilegiada, y mis huesos yacerán en el Pico del Dragón Blanco!».

—Parece que tenía socios en una empresa comercial —dije con un titubeo—. Parece que las jaulas eran valiosas para ellos, tanto que él obtendría una participación importante en dicho negocio.

—Eso parece, ni más ni menos, y así entregaría jaulas a los socios a cambio de cierto porcentaje del negocio. Quizá la existencia de las jaulas se mantenga en secreto, quizá no. Si suponemos que no, tendremos en cuenta una posibilidad interesante —dijo el sabio—. Ma Tuan Lin ni soñaría en asociarse con mortales del común. Sus socios tendrían que ser mandarines de su propio rango o superior, y dichos hombres suelen coleccionar objetos raros y exhibirlos en sus hogares para envidia de sus visitantes.

Por su silencio juzgué que quería ver en qué medida mi cerebro de colador podía retener esa idea.

—Si Ma Tuan Lin entregó jaulas a sus socios y sus socios las pusieron en exhibición —dije—, los ladrones de Pekín te pueden decir el paradero exacto de las jaulas.

—Enhorabuena —dijo el maestro Li—. Cada mansión de la ciudad ha sido explorada una y otra vez por ladrones que tienen algún cómplice en la servidumbre. Encontrar las siete sería mucho pedir, pero si podemos encontrar al menos una, satisfaré mi curiosidad interrogando al propietario. De lo contrario, creo que nos olvidaremos de las jaulas y nos preocuparemos por el tipo de informe que presentaremos al Maestro Celestial.

Al cabo de una hora recibimos la visita de un caballero de ojos esquivos, con una pintoresca combinación de cicatrices de puñaladas en vez de nariz, y una hora después abordamos nuevamente un palanquín palaciego para ir a Cerro del Carbón.

Era de noche, círculos anaranjados aureolaban una luna enorme y redonda, y Cerro del Carbón empezaba a despertar. Nunca deja de fascinarme el espectáculo de los ricos que procuran ser vistos cuando ven gente a la que han visto viendo gente digna de ser vista, si es que así puede decirse. Primero hay un fulgor que se aproxima, y luego un rítmico «*¡Hut-chu, hut-chu, hut-chu!*», y aparece un caporal al frente de un ejército de lacayos al trote con antorchas. Sigue otro fulgor, y otros criados que trotan vestidos como príncipes cantan otra salmodia («¡*Mi-chi, mi-chi, mi-chi*!») mientras escoltan palanquines y carruajes aristocráticos, llevando faroles de colores brillantes. «*¡Yi-cha, y i-cha, yi-cha!*», cantan eunucos de vestido amarillo que se amontonan junto al palanquín principal meciendo incensarios humeantes, y quizá uno tenga la suerte de ver un destello esmeralda y turquesa, gemas relucientes y jade fulgurante, seda con bordados de oro y satines bordados, el destello carmesí de

una uña larga y laqueada, la mirada líquida de un ojo lánguido, y luego trompetas que berrean un come tazo y heraldos hinchados de orgullo como pavos reales se adelantan de un brinco y cogen la calleja donde otras trompetas responden con estridencia y aparecen luces como por arte de magia, mil faroles de papel iluminando árboles que en invierno tienen hojas artificiales cosidas en ellos, y en un claro una orquesta toca un himno de bienvenida, y los bailarines brincan y cabriolan delante de los heraldos, y una bandada de gansos rosados resopla y grazna y cloquea, y esos atildados mayordomos del patio no están esparciendo arena amarilla para recibir la ilustre huella del eminente huésped, claro que no: eso es auténtico polvo de oro formando una senda hasta la puerta.

Tengo un primo que trabaja en Cerro del Carbón. Es un profesional y se enorgullece de dominar su oficio. Lo que hace es vestirse con ropa negra y tiznarse la cara y las manos con hollín para que no lo vean de noche. Luego coge un alfiler largo y afilado, mucho más lago que una aguja de tejer, y se mete en el corral donde guardan los gansos, y en el momento en que llegan los huéspedes clava el alfiler en el trasero de los gansos. El bufido y graznido de los gansos se considera de buen augurio, y el truco consiste en conseguir un coro de graznidos cuando la gente rica desciende al indigno y obsecuente suelo, y él es muy bueno en eso. Una vez le pregunté si había pensado en expandir su negocio para incluir el teñido de los gansos de rosa (también un buen augurio) y se enfureció. Es un maestro del pinchazo en el trasero de las aves, y los viles pintadores de piñones no pertenecen a su clase social. Además, tienen un gremio cerrado en el que sólo se ingresa por herencia.

La calleja en que entró nuestro palanquín no estaba alumbrada para invitados pero nuestro informador estaba seguro de que el dueño estaba en casa. El maestro Li adoptó su más pomposo aire de superioridad neoconfuciana y se deshizo desdeñosamente de los criados menores hasta que lo recibió el mayordomo, y bastó que le mostrara la orden del Maestro Celestial para que el sujeto se amedrentara, hiciera reverencias y subiera en busca del dueño de casa. Aguardamos en una sala muy elegante donde había antiguos artefactos en exhibición, pero el maestro Li no quedó impresionado.

—Nueve décimos son obvias falsificaciones —declaró rotundamente—, y el décimo restante es de escaso valor. La única excepción es este sapo cuentagotas, y nunca he visto un ejemplo tan antiguo del esmalte llamado Muchacha Bonita Despejando el Cielo.

Los sapos cuentagotas son pequeños sapos de cerámica con una cámara para contener el agua y un vertedor incorporado. Se los usa para humedecer un tintero con la cantidad de tinta necesaria para una pincelada perfecta, y el maestro Li tiene una bonita colección de ellos. Cuando se agachó y entreabrió el talón falso de su sandalia izquierda me puse pálido.

—Maestro… eh, venerable, maestro, ¿no crees que sería imprudente…

eh…?

Sacó su ganzúa, y un instante después el estuche contenía un sapo menos. Menciono esto para explicar por qué estaba nervioso cuando oímos los gritos. Eran gritos agudos y estrangulados, y venían del interior de la casa, y automáticamente me incliné para que el viejo se subiera a mi espalda.

—¡Pronto! ¡Pongamos pies en polvorosa! —exclamé.

En cuanto sentí su peso, galopé hacia la sala y salí por la puerta, y estaba en medio del patio cuando noté que el maestro Li me pegaba en la cabeza y los hombros.

—¡Alto, idiota! —gritaba. Me detuve y se retorció sobre mi espalda, y un dedo nudoso pasó junto a mi sien y señaló—: ¡Allá!

Caí en la cuenta de que debía correr hacia los gritos, no huir de ellos, pero fue afortunado que yo hubiera sido presa del pánico y hubiera salido. El maestro Li señalaba un piso alto donde detrás de una cortina de gasa se veía la silueta de alguien que parecía estar luchando, así que reparé en la ubicación, corrí hacia dentro y subí la escalera.

Los gritos eran del mayordomo, pero no creo que él fuera consciente del alboroto que hacía. Tenía los ojos vidriosos de espanto y abría y cerraba la boca automáticamente mientras permanecía petrificado ante una puerta abierta del segundo piso. Lo aparté de un empellón. El maestro Li se bajó de mi espalda y oí un chasquido agudo cuando el resorte que llevaba dentro de la manga derecha eyectó el puñal arrojadizo desde la vaina sujeta a su antebrazo y se lo puso en la mano.

Traspuse el umbral como una tromba, arrojándome al suelo, rodando a la izquierda y levantándome en posición defensiva, pero no hubo ataque. Me quedé allí igual que el mayordomo, petrificado y boquiabierto, y por la falta de movimiento a mis espaldas supuse que el maestro Li también clavaba los ojos. La escena era complicada, y era preciso descifrarla un poco.

En primer plano, en el centro de la elegante sala, había un hombre cuyo rostro estaba cubierto por la capucha de una capa grande y anticuada. Usaba metódicamente un percutor de piedra para batir el más antiguo de los instrumentos, un carillón de piedra. Se apoyaba en una sola pierna porque era la única que tenía: una sola pierna que nacía en el centro del cuerpo. Frente a él un hombre con elegante atuendo de mandarín bailaba al son de la música, pero era una danza de muerte.

Su túnica aleteaba en el aire mientras él brincaba y cabriolaba en el suelo, girando y saltando con frenética energía, entrechocando las piernas por encima de la cabeza, clavando los pies en el suelo como si quisiera perforarlo. Tenía los ojos desorbitados, desencajados de dolor, y habría estado aullando si hubiera tenido el aliento necesario. Jadeé y retrocedí instintivamente cuando vi las blancas astillas de hueso que sobresalían de los muslos cubiertos de seda, y la sangre que goteaba por las rodillas. El mandarín había bailado hasta que se

le habían quebrado ambos muslos, y aún bailaba, y ahora la sangre le burbujeaba en la boca y la nariz y comprendí que por dentro estaba hecho gelatina. Brincó aún más alto. Clavaba los pies en el suelo con creciente fuerza mientras los tubos del carillón de piedra se entrechocaban monótonamente, y las astillas de hueso caían cada vez más lejos, y luego un gran borbotón de sangre brotó de la boca y la luz de dolor desquiciado murió en los ojos.

La criatura de una sola pierna siguió golpeando el antiguo carillón de piedra, tocando una danza cadavérica. El mandarín estaba muerto. Yo lo sabía con la misma certeza con que sabía que yo estaba vivo, pero el cuerpo bailaba como un muñeco de paja por la habitación, moviendo la cabeza sin vida sobre los hombros, agitando los brazos y las manos sin ton ni son, curvando ambas piernas rotas en un arco imposible, entre la rodilla y la cadera, y la sangre de la boca abierta se esparcía formando una niebla rosada y fina.

Esto era sólo el primer plano. Simultáneamente mi cerebro también intentaba asimilar el fondo, pero era difícil porque en una sobredosis de imágenes grotescas una tiende a cancelar a la otra. Todo se ponía borroso, y sacudí la cabeza vigorosamente —el primer movimiento del que era capaz— y noté que me hallaba frente a otra criatura extravagante. Era un hombre, pero su rostro era el de un simio horrendo con frente gris plata, nariz escarlata, mejillas azules brillantes y mentón amarillo. No sé explicarlo, pero sabía en los huesos que no era maquillaje de actor. Era real, y el hombre simio desnudó dientes blancos y fuertes en una mueca risueña al mirarnos al maestro Li y a mí, y de un poderoso brinco trepó a la pared, y sin esfuerzo saltó por la ventana, cayó en el jardín y desapareció, se desvaneció en la noche, pero antes llegué a ver que llevaba algo.

La extravagante criatura llevaba una jaula exactamente igual a la que tenía el maestro Li.

El maestro Li había avanzado un paso junto a mí, y giró hacia el centro de la habitación justo cuando el carillón de piedra dejaba de tocar y el cadáver danzante se desmoronaba en el suelo, como si alguien hubiera cortado los cordeles de una marioneta. La figura encapuchada de una sola pierna se quedó inmóvil.

—Cuidado, Buey.

¡Como si necesitara esa advertencia! Avancé con cautela, blandiendo una pesada estatuilla de bronce como arma, y el maestro Li hizo un movimiento de flanco con el cuchillo a la altura de su oreja derecha. La criatura del carillón no se movía. Yo estaba en un ángulo que me permitía mirarla directamente, y en las oscuras sombras que había detrás de la abertura de la capucha vi el destello de un solo ojo en el centro de la frente.

Súbitamente un fogonazo me deslumbró. Retrocedí con un jadeo, cubriéndome los ojos, y gradualmente el resplandor naranja y las manchas negras se despejaron, y miré la habitación. Lo mismo hizo el maestro Li,

pestañeando y frotándose los ojos, y no había ninguna criatura de una sola pierna, ni en la habitación ni en el pasillo. El viento agitaba las cortinas de la ventana y en el cielo nocturno una gran grulla blanca se alejaba volando lentamente sobre la faz de la luna.

4

—Bien, Kao, ¿has encontrado algo interesante? —preguntó el Maestro Celestial.

—En cierto modo —respondió el maestro Li—. Ante todo, otro mandarín. Supongo que conoces, o conocías, a Mao Ou-Hsi.

—Un sujeto nauseabundo. Tercero en el imperio por su codicia —dijo el Maestro Celestial con repulsión.

—El codicioso número cuatro estará interesado, porque acaban de ascenderlo —dijo el maestro Li—. Mao se despidió del rojo polvo de la tierra anoche, de modo bastante espectacular. Buey y yo estábamos presentes en el momento, y la criatura que mató a Mao desapareció en un fogonazo cegador, y a continuación vimos una grulla que se alejaba volando sobre la faz de la luna.

El Maestro Celestial detuvo la taza que se llevaba a los labios. Por un breve instante sus ojos se agudizaron y endurecieron, y entreví el brillo y la compostura de tiempo atrás, cuando lo consideraban la mente más sutil del imperio.

—Cuán conveniente —dijo con sequedad—. ¿Llevaba un letrero en el pico, diciendo «Salvad al Maestro Celestial del Manicomio de Madre Meng»?

El maestro Li rió, echando la cabeza hacia atrás.

—Créase o no, esto sucedió de veras —dijo—. Tras echar un infructuoso vistazo, llamamos al magistrado para que se hiciera cargo, y en cuanto las puertas se abrieron al alba entramos en la Ciudad Prohibida y nos deshicimos de la guardia de honor que custodiaba los restos del difunto Ma Tuan Lin, y le pedí a Buey que abriera el ataúd. Cuéntaselo, Buey.

Tragué saliva nerviosamente cuando los brillantes ojos del santo se volvieron hacia mí.

—Reverendísimo maestro, el cadáver yacía de espaldas, por supuesto, pero logré alzarlo…

—Debe de haber sido un trabajo tremendo —dijo el Maestro Celestial, con auténtica preocupación en la voz.

—Sí, maestro. El cuerpo estaba cubierto con Seso de Dragón (alcanfor de

Borneo), que me provocó asfixia, y después de limpiarlo comencé a asfixiarme por el olor del cadáver, y no tenía cabeza y su aspecto era horrendo. —Comencé a asfixiarme de nuevo, tan sólo por recordarlo—. El cuerpo estaba tieso como un tronco y por poco me pillo una hernia tratando de levantarlo.

—Una horrenda montaña de grasa, ¿verdad? —dijo compasivamente el Maestro Celestial.

—Sin duda le gustaba el arroz —dije diplomáticamente—. El maestro Li me pidió que lo incorporase para que pudiéramos examinarle la espalda.

—¿Y?

—¡Reverendo maestro, era tal como nos dijiste! —exclamé alborotadamente—. El orificio de entrada de la bola de fuego era muy pequeño y los pliegues de las túnicas lo cubrían, pero el maestro Li hizo un tajo a través de la ropa y la piel, y debajo de la capa externa de carne había un boquete enorme. Por dentro todo estaba calcinado.

El santo bebió el té, dejó la taza, se reclinó y se frotó los ojos.

—Qué extraño —dijo—. Kao, acababa de descubrir lo que me hizo alucinar sobre ese viejo y su bola de fuego, y ahora me dices que no alucinaba. —Se inclinó hacia delante, y sus ojos eran claros y penetrantes—. Te mostraré lo que pudo haber estimulado una imaginación senil, pero antes estoy interesado en una cuestión de simetría. Dices que Mao Ou-Hsi murió espectacularmente. ¿Había un monstruo?

—Sí.

—Descríbelo.

El maestro Li le refirió lo que habíamos visto con sencillez y claridad, y mientras él hablaba vi asombro y especulación en los ojos del santo.

—Bien, Kao, dije desde el principio que éste era un caso apropiado para ti, pero no sabía hasta qué punto estaba acertado —dijo el Maestro Celestial—. Antes de decirte lo que sé, ¿hay algo que quieras añadir?

—Claro que sí. Empezando por esto —dijo el maestro Li, y sacó de la túnica la jaula que habíamos encontrado y la puso sobre la mesa.

—Bonita, y se parece a ese objeto que llevaba Ma. ¿Pero qué es? —preguntó el Maestro Celestial.

—Maldición. Esperaba que tú pudieras explicármelo una vez que la examinaras —dijo el maestro Li—. Es la jaula que tú viste y la hallamos donde dijiste que estaba. Lo interesante es que Ma Tuan Lin había hecho un calco valiéndose de un viejo relieve en piedra que representaba una jaula como ésta. En el dorso comentaba que quizá hubiera encontrado ocho de ellas. Una inferencia plausible es que entregó jaulas a ciertos socios comerciales, y averigüe que una estaba en manos de Mao Ou-Hsi, y por eso fuimos allí. Mientras se cometía el asesinato, alguien robaba la jaula, y el ladrón era otro monstruo. Era un hombre semejante a un simio como el que tanto enorgullece al emperador y se halla en el bestiario imperial: pelambre gris plata en la

frente, mejillas azules brillantes, nariz carmesí, mentón amarillo. Los ojos son profundos y sombríos, y la mirada es muy inteligente.

El Maestro Celestial asintió.

—Un mandril, si uno exceptúa la inteligencia. ¿Por qué dices hombre simio?

El maestro Li se encogió de hombros.

—Por lo que pude discernir, el cuerpo era el de un hombre de tamaño mediano pero muy vigoroso y ágil, y tanto el movimiento corporal como la mirada eran humanos.

—Esa criatura no significa nada para mí —dijo el santo, negando con la cabeza—. ¿Dices que se llevó la jaula de Mao? ¿Otra grulla?

—No, saltó por la ventana al jardín antes de que nosotros atináramos a movernos. Hablando de monstruos, el gul vampiro que decapitó a Ma Tan Lin ha muerto, por si no lo has oído, y no tengo la menor idea de cuál es su relación con este asunto. Estoy tratando de hallar a los dueños de las otras jaulas, y mientras no pueda averiguar por qué los monstruos las quieren, estoy en un callejón sin salida.

El maestro Li se inclinó hacia atrás, y el Maestro Celestial se inclinó hacia delante, sacando un fajo de papeles de una caja laqueada que había sobre la mesa.

—No sé por qué las jaulas eran valiosas, pero puedo darte algo para pensar en lo concerniente a los monstruos —dijo—. Cuando yo era un joven estudiante (mucho ante de que tú nacieras, créase o no) pasé por el periodo normal de fascinación con el antiguo chamanismo. Me refiero al chamanismo de los aborígenes que habitaban China, practicado por sacerdotes cuyas creencias y ritos evolucionaron hasta llegar en cierta medida a los nuestros, y encontré reiteradas pero vaguísimas referencias a un pequeño grupo de chamanes que parecían haber sido los más grandes de todos ellos: súper chamanes, si se quiere, distantes y misteriosos, a los que se apelaba sólo como último recurso. Nunca pude demostrarlo, Kao, pero llegué a convencerme de que son las misteriosas figuras encapuchadas que vemos en los muros del Yu.

—¿De veras? —El maestro Li parecía muy interesado—. ¿Por algún motivo específico?

—Uno es específico, el otro no. El motivo no especifico es que siempre se los mencionaba con reverencia, como personajes silenciosos que practicaban ritos misteriosos con objetos misteriosos incomprensibles para el hombre… la atmósfera general del Yu, en cierto modo, yel Yu y los chamanes parecen remontarse al mismo periodo. El motivo específico es que había ocho, como las ocho estatuillas Yu, y se los conocía como *Pa Neng Chih Shih*.

—Ocho Honorables Magos —dijo pensativamente el maestro Li—. Da la impresión de que practicaban la alquimia, la ingeniería o la astronomía además de ejercer sus funciones sacerdotales y mágicas.

El Maestro Celestial se encogió de hombros.

—Nunca encontré una referencia clara a su función exacta, y dudo que nadie lo hiciera. Había, sin embargo, un fragmento sumamente interesante sobre ellos, que en esa época desdeñé como un mito primitivo, aunque tan llamativo que tomé notas sobre él.

El santo recogió el fajo de papeles y meneó la cabeza intrigado mientras los examinaba.

—Hace tanto tiempo —murmuró—. Se me había ido totalmente de la cabeza, y de pronto, después de que fuiste a la isla Hortensia, recordé, y al menos conservo buenos archivos. Hace mucho, mucho tiempo, se decía que los Ocho Honorables Magos habían reclutado la ayuda de ocho deidades demoniacas menores, hermanas entre sí, aunque físicamente disímiles. Ya no se sabía para qué las necesitaban, pero se daba una breve descripción de cada una. Entenderás por qué yo pensaba mostrarte el origen de una alucinación.

Deslizó el papel por la mesa. Era viejo y desleído, pero aún era claro, y contuve el aliento. Años atrás, como joven estudioso, el Maestro Celestial había dibujado a un vejete que llevaba una reluciente bola de fuego, y debajo había escrito: «Tercera deidad demoniaca: *Pi-fang*, mata con algo parecido a un pequeño cometa».

El maestro Li soltó un silbido.

—Resérvate los silbidos —dijo el Maestro Celestial con una sonrisa, y deslizó otra hoja sobre la mesa. Esta vez yo lancé un aullido y me arrebolé cuando el Maestro Celestial me guiñó el ojo.

Estábamos mirando una criatura de una sola pierna que tocaba algo semejante a un carillón de piedra, y debajo estaba pulcramente escrito: «Quinta deidad demoniaca, *K'uei*, el Maestro Danzarín. Obliga a sus víctimas a bailar hasta morir».

Los ojos del maestro Li relucían. Cogió un palillo de tinta, una piedra, un pincel y unos papeles y se puso a trabajar, copiando rápidamente cada boceto y cada comentario descriptivo. Las ocho criaturas eran muy extrañas, pues en todos los casos su capacidad para matar se limitaba a una especialidad que no podía exterminar gran cantidad de personas, como nuestras modernas ballestas y las cargas explosivas de la Droga de Fuego, pero también había que conceder que esas limitaciones y características hacían que la muerte violenta fuera real y terrible, así como las manos que nos aprietan la garganta para estrangularnos son más reales que un proyectil fortuito que mata sin discriminación en el campo de batalla.

—Dije que había ocho y que eran hermanos, pero en una referencia fugaz, demasiado insignificante para conducir a ninguna parte, un comentarista anónimo decía que había un noveno, un niño —dijo el Maestro Celestial.

—¿Acaso tenía cara de simio pintado? —preguntó ávidamente el maestro Li.

El Maestro Celestial sonrió.

—Ni por asomo, Kao. Dije que era un niño, y lo dije en serio. Era humano, lo cual implica que uno de sus progenitores era mortal y el otro divino, y se decía que poseía una belleza extraordinaria. —El santo se encogió de hombros—. Por eso nunca seguí el rastro de una novena deidad. Apesta a un millar de cuentos de hadas.

—O un millón —murmuró el maestro Li.

Miré el bosquejo que él estaba dibujando. Era la cuarta deidad, una enorme serpiente, y era muy extraña. En parte era terrible: dos cabezas humanas con colmillos, un enorme cuerpo de constrictor, pero usaba dos sombreritos tontos y una chaqueta demasiado ceñida, y parecía perdida y solitaria, y debajo el Maestro Celestial había anotado: «La Serpiente Wei ha conocido la grandeza y la aflicción. No soporta el ruido, y cuando pasa un carruaje yergue las cabezas y silba con furia».

Al parecer el Maestro Celestial me leía la expresión, pues dijo:

—Lo sé, Buey, en estas criaturas no sólo hay algo espantoso, sino triste. A nosotros nos parecen antiguas, pero tenían que estar entre las últimas reconocidas por los aborígenes, y los dioses, aun los demonios menores como éstos, pertenecientes a una raza moribunda, suelen ser criaturas patéticas. Alguna vez pregúntale sobre ello al maestro Li.

El maestro Li había terminado. Plegó los papeles con pulcritud, se los guardó en el cinturón y reclamó la jaula.

—Te he dicho todo lo que sé. ¿Tienes algo más? —preguntó.

—En tal caso, lo he olvidado —dijo el Maestro Celestial—. ¿Qué harás a continuación?

—Buey y yo presentaremos nuestros respetos a los Ocho Honorables Magos. Es decir, regresaré a la isla Hortensia, y quiero mostrarle el Yu a Buey. Después de eso… bien, tengo una teoría que vale la pena poner a prueba. Te informaré en cuanto tenga algo digno de mención.

El esfuerzo de mantener la lucidez mental había sido agotador. El Maestro Celestial sólo atinó a guiñar el ojo y saludar con la mano mientras retrocedíamos con una reverencia y salíamos por la puerta, pero hacía tiempo que no veía al maestro Li tan pletórico de energía.

—¡Ja! —exclamó mientras caminábamos bajo el sol—. ¡Qué giro inesperado y delicioso! Retiro todo lo dicho sobre ballenas blancas transformándose en pececillos. ¿Qué clase de caso predije originalmente que sería?

Pensé en ello.

—El chorro llega a las estrellas, y la estela balancea las islas de la costa mientras la ballena nada hacia nosotros, circunnavegando mares sacrosantos con la implacable imponencia de un témpano.

—Demasiadas aliteraciones, pero no está mal —dijo el maestro Li.

5

Nos detuvimos en la chabola del maestro Li, nos pusimos ropa cómoda y ocultamos la antigua jaula bajo los jergones, y yo herví un poco de arroz y salí a buscar un vendedor de la fuerte salsa de pescado fermentado que tanto nos gusta. No habíamos dormido en treinta horas, pero el entusiasmo por el caso nos mantenía despabilados, y poco después yo volvía a empuñar los remos para navegar a la isla Hortensia.

Nunca había visto el Yu. La isla es territorio de los mandarines, y la visita que he narrado fue la primera para mí, pero antes de describir el Yu debo explicarlo.

La historia de China está jalonada por tantos Grandes Diluvios que los estudiosos no saben qué hacer con ellos, y uno de ellos, hace un par de miles de años, dejó la planicie de Pekín cubierta con treinta pies de cieno y sedimento. La ciudad que llegaría a ser Pekín se construyó en muchas etapas sobre la corteza endurecida, y los geomantes decidieron que en ese proceso se había prestado demasiada atención a la influencia masculina yang y demasiado poca a la influencia femenina yin, y era preciso corregir ese desequilibrio. El agua es el medio más rápido para fortalecer el yin, así que se crearon los lagos Septentrional, Central y Meridional cavando en la corteza y rellenando las cavidades con agua traída en canales desde los ríos Hun y Sha. (Estos lagos se denominan «mares», pero eso llama a confusión, así que serán lagos en estas páginas). La tierra del lecho de los lagos se acumuló y se apisonó para formar el Cerro del Carbón, creando así el amontonamiento de mugre más costoso del mundo, y mientras se excavaba el lecho del lago Septentrional, los obreros se toparon con una masa de roca casi sólida, y la dejaron tal como estaba. El agua se acumuló alrededor, y luego la cubrieron con una capa de tierra y plantaron bonitos arbustos de flores rosadas y azules importados de la Costa Caníbal (Japón) y así nació la isla Hortensia.

Un día, cuando el agua había alcanzado cierto nivel, aconteció algo extraordinario. Un gran borbotón de sonido se elevó desde el lago Septentrional: seductoramente hermoso, pero sin tema ni forma musical. Era como el sonido de un enorme cuerno, salvo que tenía un subtono sedoso y

hueco mientras oscilaba entre el *huang-chung* y el *ying-chung*, las notas bajas y altas de la escala cromática no temperada. El turbador sonido duró apenas un minuto. Luego se extinguió y no se volvió a oír hasta que transcurrieron seis meses, momento en que alborotados eruditos explicaron que el sonido parecía producirse en el momento preciso de los solsticios de invierno y de verano.

Se descubrió que el fenómeno se originaba en una caverna de la isla Hortensia, en un peñasco que sobresalía sobre la orilla en el lado sureste, frente a la ciudad. La caverna había sido notable sólo por sus antiguas tallas y estatuas, pero un brillante y joven especialista en música declaró que con sus excavaciones los obreros habían expuesto una cueva que en realidad era un instrumento musical diseñado por los aborígenes para anunciar los solsticios, aunque ignoraba por qué querían semejante cosa. Un agujero del suelo de la caverna parecía conducir por cien pies de roca maciza hasta una inaccesible cámara interior, y el especialista en música teorizaba que era una especie de fuelle. Cuando el agua llegaba a cierto nivel, y la temperatura y la humedad —quizá también la intensidad de la luz solar— eran adecuadas, se generaba una presión que hacía que el interior succionara gran cantidad de aire. El aire se elevaba por una red de túneles diminutos, que se habían considerado naturales pero revelaron marcas de hachas y cinceles, y salía por la raíz de la caverna.

—En síntesis, los túneles del lago son bocas para inhalar aire, la caverna inferior es un fuelle y los orificios superiores son tubos. Es un órgano, salvo que opera primordialmente al inhalar y no al exhalar —dijo el especialista en música, pero nadie le prestó atención, así que construyó un modelo en miniatura y ganó dinero suficiente para comprar un ducado.

(Su órgano era el *sheng*, que ha sido un instrumento orquestal típico desde entonces. Es perjudicial para los pulmones porque opera al inhalar, así que ha crecido una leyenda totalmente falsa que dice que ningún gran maestro de *sheng* ha vivido más de cuarenta años. Esto permite que el ejecutante gane desenfrenados aplausos y sea acribillado por ramilletes arrojados por damas encantadoras, que a menudo también se arrojan a sí mismas, con sólo hacer una pausa para toser durante un concierto y luego enjugarse los labios con un pañuelo manchado con carmín rojo como sangre, y cuando los demás integrantes de la orquesta no lo aguantan más, sueltan sus instrumentos y escarmientan a ese cabrón a puñetazos, patadas y tarascones). La caverna pasó a ser conocida como el Yu, tanto en la referencia popular como en los registros oficiales, pues Yu es un emperador legendario que presuntamente inventó todos los instrumentos musicales que no inventó Fu-hsi. Siguió anunciando los solsticios con increíble precisión, pero nadie conocía el porqué y el fenómeno se había integrado tiempo atrás a la pintoresca atmósfera de Pekín, como los pozos agridulces, el polvo de ladrillo rojo, las ráfagas de arena amarilla y el dialecto mandarín, y así estaban las cosas cuando yo amarré el bote a un muelle a la sombra del peñasco que albergaba la famosa caverna, que

se erguía sobre nosotros como una mano gigante saliendo del agua. El maestro Li precedió la marcha por un sendero que serpenteaba entre tupidos arbustos hacia el túnel de entrada. Se detuvo y apartó unos juncos, y yo salté hacia atrás con un aullido.

—Notable, ¿verdad? —dijo.

—Creo que la palabra es horrendo —dije cuando terminé de tragar saliva.

Era sólo una vieja estatua de piedra, pero me había parecido viva cuando le dio la luz. Representaba a una criatura que era mitad hombre y mitad lagarto, agazapada y sibilante, y la boca abierta mostraba un borde irregular allí donde se había quebrado una larga lengua de piedra. Una mueca de rabia le contorsionaba la cara, y el odio manaba de ella tan naturalmente como el aroma de la salsa de pescado fermentado manaba de mí. El viejo siguió descubriendo más estatuas grotescas mientras subíamos, diez en total, y aun la más humana de ellas era increíblemente fea.

—Extrañamente, Buey, hay amantes del arte que las consideran muy hermosas —dijo el maestro Li—. No podemos determinar si quienes las crearon las consideraban bellas o feas, pero estos términos son irrelevantes. Éstas son esculturas de dioses menores, deidades demoniacas, y a menos que nosotros y el Maestro Celestial hayamos sido presa de ilusiones extraordinarias, hemos visto criaturas que pueden ser de la misma raza.

Pensé en la criatura de una sola pierna, el ladrón de cara simiesca y el vejete que arrojaba fuego mencionado por el Maestro Celestial, amén de un monstruo ruin como un gul vampiro.

—Maestro, ¿tales criaturas pueden ser bellas? —pregunté.

—Bellas y terribles. Nuestros lejanos antepasados recorrieron estas tierras exterminando un pueblo y una cultura, adueñándose de todo lo que les interesaba, dándole nueva forma. Los teólogos te dirán que simultáneamente se producía una invasión en el Cielo, donde los viejos dioses eran implacablemente derrocados y dioses nuevos los reemplazaban, mientras las más peligrosas y poderosas de las viejas deidades eran aplacadas con títulos, puestos, honores y la asimilación al panteón.

Yo no tenía los conocimientos ni la experiencia necesarios para sentir el mismo entusiasmo que hacía que el maestro Li pareciera cuarenta años más joven, pero logró transmitir algo de su fervor.

—Buey, aquí en la isla Hortensia y en otros lugares desperdigados, los últimos grandes artistas de una raza en extinción cogieron sus cinceles una vez más. Cabe suponer que se morían de hambre, pues la hambruna era el arma principal de nuestros ancestros —dijo con tristeza el maestro Li—. Cabe suponer que estaban medio locos, y honraron a sus dioses esculpiendo deidades en sus estertores agónicos. Te encuentras frente al inigualable autorretrato psicológico de una raza agotada, al borde de la extinción, ¿pero no ves la maravilla de nuestras experiencias recientes? Algunos de los viejos dioses

tenían que sobrevivir. ¡Están despertando, muchacho! ¡Sí, están despertando de su largo sueño, bostezando y desperezándose, y tú y yo estamos en medio de todo eso! Maldición, Buey, me siento como un muchacho que lamentaba haber nacido demasiado tarde para la era de los gigantes, y un día oye un ronquido que sacude el cielo, acompañado por un terremoto que derriba su casa, y descubre que el valle donde se halla su aldea guarda una fuerte semejanza con un ombligo inmenso.

Había poder mezclado con el convulsivo dolor de estos ídolos de piedra, tenía que concederlo. Aun así, mi conservador gusto de campesino tiene límites definidos. Señalé una brecha entre los arbustos.

—Venerable maestro, mira eso —dije.

Una espantosa cabeza asomaba sobre las hojas. Era como si un escultor hubiera modelado un rostro de hombre en arcilla blanda, y luego le hubiera clavado los dedos con saña.

—¿No es posible que los artistas tallaran algunas criaturas malignas, además de dioses? —pregunté—. ¡Qué me zurzan si logro entender cómo alguien puede encontrar belleza en eso!

La cabeza espantosa me devolvía la mirada, y la boca se abrió.

—Debes saber, muchacho, que legiones de damas encantadoras han alabado estos rasgos —dijo una vibrante voz de barítono.

Barboté una exclamación, retrocediendo de un brinco hacia una maraña de rosales espinosos.

—Ja —dijo el maestro Li, que parecía disfrutar de esto.

A menos que yo estuviera enloqueciendo, había un destello de diversión en los ojos de esa cara grotesca, y los arbustos se entreabrieron y un hombre corpulento y maduro salió al sendero. Hizo un gesto magníficamente grácil que era como un exagerado encogimiento de hombros.

—Desde luego —añadió—, eso fue antes de que el Dios de la Belleza enloqueciera de celos, así que perdonaré tu impertinencia.

Por primera vez vi una sonrisa que vería a menudo, cálida y radiante como un amanecer, acompañada por una reverencia tan elegante que ninguna estrella de la ópera podría haberla igualado.

—Esta humilde persona se llama Yen Shih, y su insignificante ocupación consiste en manipular títeres en un tablado, y se siente honrada de reconocer y saludar al legendario maestro Li, el primero entre los buscadores de la verdad en China.

Se volvió hacia mí.

—Tú has de ser Buey Número Diez, y no deberías sentirte tan incómodo como pareces. —Ese hombre extraordinario me ofreció un guiño que me absolvió de toda culpa—. El otro día le decía a mi hija que cuando yo muera ella puede ahorrarse los gastos del funeral acomodando mi cadáver entre estas estatuas, pues nadie notará la diferencia.

El Dios de la Belleza se había puesto celoso de veras. Lo que yo había tomado por la representación artística de un tormento eran los estragos de la viruela, y rara vez he visto tamaña destrucción en un rostro humano. Era un milagro que conservara la vista, y en cuanto a su arte… ¿quién no había oído hablar de Yen Shih, el mayor de los titiriteros?

La reverencia del maestro Li no fue tan grácil, aunque fue bastante aceptable.

—El honor es mío, pues se dice que Yen Shih es el titiritero de los dioses, que ha bajado del Cielo para tomarse vacaciones, y la hija de Yen Shih también se ha granjeado la envidia de los meros mortales. —El maestro Li abandonó el aura y el acento artificiales del lenguaje formal y pasó a la lengua corriente—. Te he visto actuar tres o cuatro veces. Si fueras mejor, te acusarían de brujería, hablando de lo cual, he oído decir que tu hija es absolutamente la mejor.

El maestro Li se volvió hacia mí.

—No, no es una bruja —me explicó con una risotada—. Es un chamán femenino, una chamanka, que se especializa en los viejos ritos, y sobre ella sólo oigo alabanzas. —Se volvió hacia el titiritero—. Buey nunca ha visto el Yu, así que lo llevaré a echar una ojeada —dijo con displicencia.

Era un modo sutil de pedir información sin solicitarla. Yen Shih sería famoso y respetado, pero un titiritero ocupaba el peldaño más bajo de la escala social. No tenía el menor derecho a pisar un paraje aristocrático como la isla Hortensia (menos derecho del que yo habría tenido si no hubiera estado con el maestro Li), pero por otra parte nadie lo presionaba para explicar su presencia. Decidió hacerlo voluntariamente.

—A menudo vengo aquí antes de los sacrificios estacionales. Mi propósito es robar algo —dijo sin ambages—. Una y otra vez me he ofrecido para comprar ese material, pero siempre me rechazan, y sería un honor tener testigos de mi delito.

—El honor será nuestro —dijo grácilmente el maestro Li.

Así que fuimos tres los que reanudamos la marcha sendero arriba. El maestro Li no se opuso a que Yen Shih nos precediera, y el titiritero apartó juncos y se agachó y llegó a la boca de un túnel natural en la roca. A un paso de la entrada había un tonel que contenía una pila de antorchas. Yen Shih y yo encendimos una cada uno, y luego seguimos el túnel, subiendo hacia el corazón del famoso Yu.

No sé qué esperaba yo, pero sé que quedé defraudado. Prácticamente no había nada que ver. Era sólo una caverna de piedra alisada por la erosión del agua, con un pequeño orificio redondo en el centro del suelo y un laberinto de pequeños túneles que subían y salían por el techo. El antiguo altar era sólo una gran piedra ennegrecida por los fuegos de miles de años atrás, y debo confesar que los toques modernos me resultaron más interesantes que los antiguos. La

parte moderna era simplemente la pila de canastos que contenían material ceremonial para los ritos de la próxima luna, pues la caverna Yu se usaba tradicionalmente para ese propósito, y Yen Shih se dirigió a uno de los canastos, alzó la tapa y sonrió al ver el contenido.

—¿Qué ladrón podría resistirse? —preguntó.

Miré la sustancia.

—¿Arcilla? —dije.

—Una arcilla muy especial —dijo el titiritero—. Procede de la orilla de un río que está cerca de Cantón, y se fusiona con incienso para formar fragantes imágenes de animales sacrificiales. He tratado en vano de comprarla, porque es perfecta para modelar títeres a los que con el tiempo daré forma permanente.

Miré maravillado mientras sus dedos sobaban rápidamente una bola de arcilla. Apareció una cara risueña y graciosa, una mujer alegre, y luego un movimiento de los dedos la convirtió en la penosa imagen de un viejo acongojado.

—No necesito mucha, pero es una sustancia frágil y varias veces por año tengo que robar un poco más —dijo Yen Shih, encogiéndose de hombros, y luego envolvió pulcramente un poco de arcilla en un trozo de hule y se lo sujetó a la cintura bajo la túnica.

—Veré si puedo conseguirte una autorización —fue el único comentario del maestro Li. Luego cambió de tema—. Mostrémosle a Buey los relieves de los muros. Un amigo nuestro tiene una interesante teoría sobre quiénes son los representados, aunque ignora por completo qué están haciendo.

De nuevo Yen Shih nos precedió con su antorcha, y con franqueza debo declarar que una vez más quedé defraudado. El famoso friso estaba en un largo túnel lateral que se ahusaba hasta formar un agujero diminuto que miraba sobre el lago, y al principio no vi nada en absoluto. Sólo cuando él me hizo acercar la antorcha a la pared aparecieron las imágenes, y aun así apenas logré distinguirlas.

Ocho hombres embozados aparecían una y otra vez, al parecer celebrando distintas etapas de un ritual. La piedra gastada estaba casi lisa, y no se veían detalles. Cada uno de los chamanes —si eso eran— parecía empuñar algo, pero no quedaban rastros de los objetos. Por lo que yo podía ver, podían estar haciendo cualquier cosa, desde sembrar un campo hasta presidir una boda, y los pocos símbolos que sobrevivían encima de ellos, y que el maestro Li identificó como aves, tampoco significaban nada.

—Es una pena que no haya una representación más clara —dijo con pena el maestro Li—. Uno esperaría encontrar más representaciones de las ocho deidades, pero por lo que sé no han aparecido más.

Noté que Yen Shih, muy tieso, fijaba los ojos en el rostro del maestro Li. Noté que sopesaba varios factores y tomaba una decisión.

—No he sido totalmente sincero. Vengo a la isla para robar algo más, y quizá te interese mirarlo —le dijo.

Seguimos al titiritero de vuelta hacia la luz el sol. Giró a la izquierda y comenzó a escalar una trocha tortuosa que conducía a la cima del peñasco y la hilera de instrumentos astronómicos que se usaban para confirmar predicciones de eclipses en el calendario imperial anual.

—Un derroche increíble —dijo Yen Shih, señalando el inmenso pedestal de metal en que descansaban los instrumentos, con un lustre mate bajo el sol —. Eso es en parte bronce de alta gradación, y en parte Tendón de Dragón, una aleación que contiene una pizca de cobre, el doble de antimonio y gran cantidad de estaño. Cuesta una fortuna, relativamente hablando, y necesito una gran cantidad para fabricar alambres casi invisibles para mis títeres. Afortunadamente, podría seguir extrayendo esta sustancia por varios siglos.

Había una roca chata y larga junto a la plataforma. Yen Shih la levantó y vi un agujero profundo en el que cabía una persona. Él entró, llevando la antorcha, y al regresar dejó la antorcha abajo, iluminando una pequeña caverna.

—No hay espacio para dos, pero quizá mi mina de Tendón de Dragón os resulte interesante —dijo crípticamente.

El maestro Li bajó primero, y oí una exclamación brusca, y luego su voz se elevó felizmente.

—¡Yen Shih, todo lo que tengo es tuyo!

Minutos después me pidió que lo alzara, y yo bajé por el agujero. La antorcha estaba clavada en una grieta, y bajo su luz ardiente lo primero que vi fue la «mina» del titiritero. Los obreros habían vertido Tendón de Dragón con generoso abandono, dejando grandes charcos congelados de esa sustancia, y Yen Shih había astillado pulcramente los bordes. Mientras seguía la reluciente senda de metal vi que se internaba en una plataforma de roca maciza.

—¡Por el Mono de Piedra! —exclamé, y oí la risotada del maestro Li.

Yen Shih nos había conducido no sólo a su mina particular sino a su galería particular. «¡Ocho! ¡He hallado las ocho!», había escrito Ma Tuan Lin antes de que un monstruo le abriera un boquete llameante en la espalda, y aquí, labrados en piedra, estaban los ocho chamanes embozados de tres mil años atrás, y los detalles no se habían desgastado. Llevaban ocho jaulas exactamente iguales a la que estaba escondida bajo el jergón del maestro Li.

6

Un rato después bebíamos vino sentados en la plataforma de bronce junto a los instrumentos astronómicos. Es decir, Yen Shih y el maestro Li empinaban la petaca del segundo mientras yo bebía zumo de ciruela con vinagre de mi propia petaca. El titiritero parecía tener entrañas de cobre macizo. El alcohol no lo afectaba, y se llevaba espléndidamente con el maestro Li, que estaba de ánimo expansivo.

—Yen Shih, amigo mío, cuando vienes a esta isla no anuncias tu presencia —dijo el maestro Li—. Por casualidad, ¿estabas aquí hace dos noches, a la doble hora de la oveja?

—No, a esas horas estaba profundamente dormido en mi casa —dijo Yen Shih.

El maestro Li señaló en la dirección del pabellón de Ma Tuan Lin.

—Algo raro ha sucedido por allá —dijo—. ¿Has oído hablar del gul vampiro por cuya culpa Mano del Diablo perdió la oportunidad de batir el récord? Bien, unas horas antes, a la doble hora de la oveja, ese *ch'ih-mei* estaba incuestionablemente en aquel sitio, en uno de los pabellones.

El titiritero miró hacia donde señalaba el maestro Li, y alzó los ojos hacia las aguas del lago Septentrional, que lamían la orilla junto al pabellón, y siguió alzando los ojos hacia la ribera opuesta, Pekín y el Mercado de Verduras, donde el *ch'ih-mei* había caído y muerto. Los terribles cráteres de viruela privaban al titiritero de las expresiones faciales normales, pero su ceja derecha se alzó con elocuencia hacia la frente.

—¿Pero cómo…?

—Ah, me entiendes. Eso esperaba —dijo jovialmente el maestro Li. Se volvió hacia mí—. Buey, ése era el motivo más importante para regresar a la isla. Ahora estamos absolutamente seguros de que el gul vampiro estaba frente al pabellón de Ma Tuan unas horas antes de volver a su ataúd de Cerro del Carbón. Ahora bien, ¿cómo llegó desde el pabellón hasta el cementerio?

—Bien, supongo que…

Me interrumpí en medio de esa frase inconclusa. El lago Septentrional estaba entre el pabellón y Cerro del Carbón. ¿Un *ch'ih-mei* podía nadar? La

idea de que semejante monstruo remara serenamente en un bote con una cabeza tronchada entre los pies era ridícula, y me pareció oír un comentario de la tía Hua sobre el tema de los monstruos: «¡Buey, si no puedes llegar a la luz del sol, corre hacia el agua! Los muertos vivientes la temen, y sólo la afrontan como último recurso».

El maestro Li compartió el último trago de vino con el titiritero, y luego arrojó la petaca de piel de cabra al agua.

—Supongo que tendrás un pico y una pala guardados en alguna parte —le dijo al titiritero—. Nuestro encuentro ha sido tan afortunado que me agradaría prolongarlo, y si no debes atender ningún asunto urgente quizá quieras ayudarme a seguir el rastro de un gul vampiro.

Los ojos de Yen Shih también podían ser expresivos, y estaban chispeando.

—¡Encantado! Cuanto menos, esta anécdota me permitirá obtener invitaciones para cenar por un mes —dijo.

El maestro Li se montó en mi espalda y los tres llegamos rápidamente al pabellón, pues sólo nos detuvimos para recoger el pico y la pala que Yen Shih había escondido en una zanja, y pronto estábamos cerca del sitio donde las moscas aún formaban enjambres alrededor de la hierba manchada con sangre de mandarín. Creí que el maestro Li nos pediría que nos abriéramos en abanico para buscar huellas de zarpas, pero él tenía en mente algo más específico y señaló el montículo de tierra de donde había salido la criatura.

—Presuntamente, es tierra excavada para un proyecto de construcción que fue cancelado —dijo—. En Hortensia son infrecuentes las obras de construcción, y yo no tenía noticias de ningún proyecto. Veamos si podemos encontrar el agujero de donde salió esta sustancia.

Trabajamos alrededor del montículo, hachando malezas. Luego expandimos el círculo hasta llegar al límite en que la tierra se podía arrojar donde estaba, pero no encontramos ningún agujero. Quedaba la posibilidad de que los obreros hubieran sido aficionados ineptos que arrojaban la tierra de tal modo que la mitad les caía encima, y abrimos una serie de boquetes en el montículo, pero siempre la pala raspaba tierra sólida y hierba muerta y apisonada.

—Venerable maestro, la tierra no vino de aquí —dije al fin—. Tuvieron que traerla desde otro lugar.

—Eso es precisamente lo que esperaba —dijo el maestro Li, complacido —, y apuesto cien contra uno que ese otro lugar está en la otra margen del lago, cerca de Cerro del Carbón. Un gul vampiro nunca se aleja demasiado de su ataúd. Éste se cayó en un montículo de tierra cerca del cementerio, o se echaba un sueñito allí, y lo trajeron aquí por accidente, y su instinto le permitió encontrar el camino que había seguido la tierra. Si un *ch'i-mei* puede encontrar un camino, también nosotros.

No tardamos mucho en saber lo que buscábamos. Yen Shih atacó con la pica unos gruesos juncos, contra el borde de un peñasco bajo de las cercanías, y casi se perforó la pierna izquierda, pues el pico no encontró resistencia y pasó de largo. Apartamos cañas hasta hallar un gran agujero oscuro, y toda duda se disipó cuando encontramos terrones húmedos y marcas de grandes trineos que habían transportado pesadas cargas. Regresé corriendo al Yu y traje antorchas, y luego nos internamos en el túnel que se dirigía al este, hacia la Ciudad Imperial y Cerro del Carbón.

El camino descendía cada vez más, hasta que se niveló y alcé nerviosamente la antorcha para estudiar el techo de piedra. Este túnel no se había cavado recientemente. Era antiguo, quizá tanto como el Yu, y en el techo vi manchas negras que parecían moverse como arañas gigantescas, y un gorgoteo lento y amenazador anunciaba el goteo del agua. Ahora avanzábamos debajo del lago, y yo no quería pensar en cosas tales como derrumbes. No se oía ningún ruido salvo los que hacíamos nosotros.

—Alto —dijo el maestro Li.

Se había vuelto y agitaba la antorcha alrededor de un nicho que se abría en el lado norte. Tenía unos treinta pies de longitud y diez de profundidad, y el suelo estaba cubierto de escombros. Vi una enorme cicatriz en la pared de piedra, reciente, y en algunos escombros el maestro Li encontró rastros de antiguas marcas de cincel.

—Parece que alguien descubrió un viejo friso y lo hizo añicos antes de que otro pudiera verlo —dijo—. Buey, ¿recuerdas ese calco que hallamos en el pabellón de Ma? Me pregunto si vendría de aquí. A fin de cuentas, la tierra se transportó por este túnel y se arrojó detrás de su pabellón, y dudo que él no supiera nada sobre ello.

No había nada más que ver, así que continuamos la marcha. Yo estaba muy nervioso. Era muy posible que el *ch'ih-mei* tuviera aquí a toda su familia, y que la luz de nuestras antorchas anunciara que la cena estaba servida. Empuñé el pico como un hacha de guerra, pero nada sucedió. El camino comenzó a elevarse, y a lo lejos vimos un destello de luz. Al fin llegamos a un tramo de escaleras que conducía a un rellano de piedra, y encontramos un marco de madera y un par de grandes puertas, y una luz brumosa y amarilla entraba por la rendija que había entre las puertas, que estaban levemente entornadas. El maestro Li nos indicó que apagáramos las antorchas.

—Creo que hemos llegado al nivel del suelo —susurró—. También creo que estamos dentro del montículo artificial de Cerro del Carbón, y eso explica por qué trasladaron la tierra a la isla, donde no provocaría comentarios. Esta caverna es una obra reciente y clandestina, construida bajo los palacios de los mandarines más ricos.

Traspusimos las puertas en silencio y entramos en un amplio recinto que estaba abarrotado de cajas, apiladas una sobre otra casi hasta el techo. Frente a

nosotros había otro par de puertas y la luz de la habitación entraba por fisuras en las lindes, pero no era artificial. Era la luz del sol, y cuando acercamos los ojos a la fisura más grande vimos agua.

—¡Ja! —susurró el maestro Li—. Ahora está claro. Se trata de una operación de contrabando en la que deben estar liados varios mandarines de alto rango. Allá está el canal del pie de Cerro del Carbón. Sus chalanas pasan por la aduana en Ta Kao Tien, preferiblemente al anochecer, y se aproximan a Autorización de Exportaciones en Shou Huang Tien. A mitad de camino pasan por aquí, donde hay dotaciones bien entrenadas y preparadas: se abren puertas, se intercambian cargamentos, y casi sin pausa las chalanas siguen hasta Autorización de Exportaciones, y los sellos se aplican automáticamente, pues los cargamentos están recién inspeccionados y no se podrían alterar en medio de un canal.

Hizo una pausa.

—Tiene que haber un doble propósito —continuó—. Pagan derechos de importación mínimos por cargamentos de poco valor, y luego cambian esos cargamentos por bienes que son tan costosos como restringidos, es decir, cuya exportación está prohibida. Si los bienes son codiciados por bárbaros ricos, deben de estar obteniendo pingües ganancias.

Echó a andar y fuimos de puntillas hasta el fondo del recinto, donde había otra puerta grande. Al acercamos oímos voces, y el maestro Li entreabrió suavemente la puerta. Nos hallábamos ante un laboratorio de alquimia con gran cantidad de redomas y jarras apiladas en mesas de trabajo, junto con hornillos, morteros y muchos instrumentos arcanos. Se veían cinco hombres.

Uno dominaba la habitación, aunque era el de voz más suave. Estaba vestido con sedas costosas y satén orlado de oro, y sus anillos y otras joyas habrían pagado el rescate de un par de reyes. Era inmensamente gordo, y se movía con esa gracia danzarina que tienen algunas personas rechonchas, aunque quizá parte de ello obedezca a la imaginación del testigo, que espera movimientos desmañados. Los siguientes tres hombres obviamente eran subalternos del gordo. Rara vez he visto personas más desagradables que esos tres, que parecían más cerca del mundo de los animales que del mundo de los hombres. El cabecilla era un sujeto que parecía un cerdo salvaje, y Cerdo lo llamé a partir de entonces. El segundo y el tercero podrían haber sido hermanos. Hermanos escurridizos, furtivos, traicioneros, y los bauticé Hiena y Chacal.

El cuarto hombre no podía ocultar que era un escribiente. Estaba de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Le habían clavado un pincel en el tocado y manchas de tinta salpicaban su túnica harapienta, y tembló de terror cuando el gordo lo interpeló.

—Mis agentes me informan que en una vinería mencionaste que yo pronto partiría en una misión importante —murmuró el gordo, y noté que tenía una

leve ronquera que daba a su voz un ronroneo gatuno.

—¡No mencioné el propósito ni el destino! —protestó el escribiente—. Excelencia, juro que yo…

—Estimado amigo, no lo dudo ni por un instante —ronroneó el gordo—. ¿Por qué te molestarías en decir lo que podías mostrar?

—¿Mostrar? ¡Pero no he mostrado nada! —exclamó el escribiente.

El gordo sacó un pastillero del bolsillo y lo abrió. Extrajo algo que no pude distinguir a esa distancia y lo alzó para inspeccionarlo.

—¿No? Qué extraño que mis agentes pudieran recoger esto en tu mesa de la vinería, donde cometiste la tontería de dejarlo —dijo el gordo.

Cerdo, Hiena y Chacal se inclinaron hacia delante, relamiéndose los labios, y he visto espectáculos más bonitos a la hora de comer en la imperial fosa de los tigres.

—¡Excelencia, juro que olvidé que tenía esa cosa encima! —chilló el escribiente—. Fue sólo un accidente, y he sido leal e industrioso. ¡Sólo pido la oportunidad de redimir mi momento de estúpida distracción!

—Tendrás tu oportunidad, y tendrás mucho más que un momento —ronroneó el gordo con su voz gatuna—. Te concedo toda la eternidad para tu redención, a menos que el Infierno tenga otras tareas de mayor precedencia.

Arrojó lo que había sacado del pastillero a la cara del escribiente, dio media vuelta, se alejó grácilmente y salió por una última puerta que había en el fondo del laboratorio. En cuanto él se giró, los otros tres avanzaron, y los ruidos de la puerta que se cerraba a espaldas del gordo fueron ahogados por terribles alaridos. No quiero entrar en detalles. Los tres eran tan bestiales como parecían —con el añadido del ingenio humano— y se tomaron su tiempo para matar al escribiente. Fue horrible. Al final dejaron un guiñapo sanguinolento en el suelo y se echaron a reír mientras iban a una despensa a buscar trapos para limpiar.

Ni siquiera me di cuenta de que el maestro Li había atravesado la puerta. Avanzó de costado y de puntillas en medio de ese estropicio, como para no dejar huellas, y hurgó entre los truculentos restos del difunto escribiente hasta encontrar algo que le arrancó un gruñido de satisfacción. Se giró, regresó de puntillas y se reunió con nosotros, y cerramos sigilosamente la puerta y regresamos a la sala de embarque. El maestro Li nos susurró que debíamos encontrar una caja abierta, y nos dividimos y revisamos las filas de cajas apiladas. En lo que a mí tocaba, fue una tarea infructuosa. Todas las cajas que encontré estaban numeradas, cerradas con clavos y rubricadas con símbolos de cera que tenían sellos aduaneros que para mí parecían auténticos. Es decir, la cera se había derretido en un lado y se había vertido sobre la impresión en otro, y estaba astillada y cuarteada, y a veces se había estampado en el sitio más inapropiado: auténticos.

El maestro Li maldecía entre dientes, y cuando pasé junto al titiritero, éste

alzó los ojos al cielo y se encogió de hombros. No había ni una caja disponible, a menos que quisiéramos dejar nuestra tarjeta de visita (es decir, los sellos rotos) y al fin tuvimos que desistir.

Se aproximaban voces toscas y risueñas. La puerta se abrió. El maestro Li hizo una mueca y señaló, y Yen Shih y yo seguimos al sabio hacia la entrada del túnel y nos agachamos detrás de las cajas, moviéndonos como ratones. Cerdo, Hiena y Chacal estaban demasiado ocupados bromeando sobre los alaridos del escribiente para reparar en nosotros. Quizá habríamos podido salir caminando y llevarnos una caja, pero el maestro Li no quería que un empleado escrupuloso se alarmara al hacer el inventario y nos indicó que siguiéramos andando. Regresamos al túnel sin dificultad, y entonces intuí que Yen Shih iba a hacer preguntas, así que le apreté el brazo para indicarle que se callara. En la última luz, antes de que nos envolviera la oscuridad, había visto que las arrugas del viejo formaban círculos tensos en su rostro y sabía que necesitaba silencio para pensar.

Cuando estuvimos bien dentro del túnel y me cansé de andar a tientas, encendí una antorcha y el sabio no hizo ninguna objeción. Más aún, él mismo la empuñó cuando llegamos al sitio donde la pared de un nicho estaba astillada y examinó la pared y los fragmentos rajados, maldiciendo monótonamente. Luego despertó de su ensoñación y encaró al titiritero.

—Bien, Yen Shih, te he metido en un jaleo mayor del que esperabas —dijo—. Al menos no te localizaron.

Yen Shih nos ofreció esa sonrisa radiante y asombrosa.

—Lo disfruté —dijo sin rodeos—. ¿Puedes lograr que los arresten?

—Lo pongo en duda —dijo el maestro Li—. Ese sujeto gordo que ordenó el asesinato es el segundo eunuco más poderoso del imperio, comúnmente llamado Li el Gato. Tiene rango ministerial. Necesitaría una orden firmada por el Hijo del Cielo, y cuando la obtuviera el contrabando se habría esfumado y la caverna sería un hogar para huérfanos desventurados, y la anciana madre del escribiente juraría que su amado hijo murió de fiebre tifoidea a los cuatro años.

Buscó el vino y recordó que lo había terminado.

—Tengo que aprehenderlos por la operación de contrabando, no por asesinato, y eso no será fácil. A causa de esto. —El maestro Li extrajo un objeto diminuto y lo sostuvo a la luz de la antorcha.

—¿Una hoja de té? —preguntó Yen Shih.

—En efecto, y para colmo una pésima hoja de té —dijo el maestro Li—. El buen té está restringido, desde luego, así que muchos amasan fortunas contrabandeándolo a los bárbaros, pero esta bazofia se puede embarcar a granel. Es *ta-cha*, el té negro más barato, y para colmo está estropeado, quizá por una inundación. Este té no vale más de diez monedas por libra, pero es lo que Li el Gato arrojó al rostro del escribiente, y al parecer era tan importante

que el escribiente perdió la vida por salir del edificio llevando encima una hoja. Puedes figurarte de qué se trata.

—No, gracias —dijo Yan Shih—. En cambio, quiero pedirte un favor.

—Si puedo otorgarlo, es tuyo —dijo pomposamente el maestro Li.

—A partir de ahora considérame parte de este asunto, y solicita mis servicios, de día o de noche, cuando surja algo. —Puntitos de luz fluctuaban en los ojos de Yen Shih, bailando y titilando, y una vez más su sonrisa radiante alumbró su rostro arruinado—. Uno se aburre —dijo el titiritero.

Volvimos a la isla, donde dejamos a Yen Shih, que tenía que concluir un asunto, y volvimos en bote a la ciudad. El maestro Li aún tenía cosas que hacer y no quería perder tiempo. Me pidió que alquilara un palanquín, y luego fuimos a una oficina tras otra y hablamos con un burócrata tras otro, acopiando un poco de información aquí y el jirón de un rumor allá, y hacía rato que había anochecido cuando emprendimos el regreso. Yo me moría de hambre, pero al menos el maestro Li había saciado un hambre de otro tipo.

—Es oficial —declaró—. Li el Gato contará con la protección del Regimiento Lobo y viajará a Yen-men, en Shansi, para deliberar con el gran alcaide. Buey, daría mucho por ser una mosca en la pared cuando se reúnan. Ese pobre escribiente ya estaba condenado a muerte por sólo sugerir que Li el Gato podía salir de viaje, ¿y qué tiene de secreto una conferencia con el gran alcaide de Yen-men?

Yo no tenía respuestas, naturalmente. Me concentré en los rumores de mi vientre hasta que pagamos el palanquín y caminamos por el angosto y sinuoso callejón hacia la chabola del maestro Li, para cambiarnos de ropa antes de ir a cenar a la vinería de Wong el Tuerto. De nuevo había una luna muy brillante, y la vieja abuela Ming, nuestra vecina, nos aguardaba.

—¡Ningún mono grande! —gritó desde la ventana, inclinándose para agitar el puño.

—¿Qué? —preguntó el maestro Li.

—¡Habéis recibido a ladrones y carteristas! ¡Matones y rateros y atracadores os visitan día y noche! ¡Y también borrachos y opiómanos y rameras y piratas y pájaros de cuenta y desfalcadores! ¡Pero ningún mono grande!

El maestro Li estaba muy quieto.

—¿Acaso este mono grande tenía una cara multicolor? —preguntó.

—¡Ningún mono os visitaría a vosotros! —aulló la vieja dama—. ¡Y menos un mono grande de nariz roja y mejillas azules y mentón amarillo!

Me zambullí en la chabola, pero el daño ya estaba hecho. Habían asolado el lugar, y la misteriosa jaula antigua había desaparecido.

7

Antes habíamos visto al Maestro Celestial en su oficina. Al amanecer, el maestro Li me llevó a la casa del santo, diciendo que el anciano se despertaba con el lucero del alba. Una vieja criada nos hizo entrar. Conocía bien al maestro Li, y nos condujo sin preguntas por una casa sencilla y austera donde ciervos domesticados jugaban con perros con los que se habían criado, y los pericos picoteaban a los gatos, y un búho enorme y viejo abrió ojos soñolientos para ulular un saludo. Al llegar al fondo, entramos en el jardín más famoso del imperio. Vi el agua del lago Septentrional, que titilaba entre las brechas de los arbustos con los primeros rayos del sol, y el pequeño muelle y la rampa especial que permitía al Maestro Celestial bajar a su bote. Es imposible describir el jardín, aunque innumerables autores lo han intentado. El problema es su absoluta sencillez. Conté tres pequeños estanques con peces, una pila de piedras, diez árboles tan viejos que incluso las ramas pequeñas tenían barbas de musgo o hiedra, un pequeño retazo de césped donde se erguía una estatua de Lao-tsé, un sinfín de arbustos hirsutos, y una infinidad de flores. Eso era todo, y nada de ello explica la sensación de intemporalidad que envuelve al visitante como un manto, la sugerencia de continuidad sin principio ni fin. Quizá la descripción más fiel sea la que intentó Yuan Mei en su popular canción «El jardín del maestro», y hasta él confiesa su fracaso, salvo por los versos iniciales:

Canto de un viento ancestral,
fragancia de estíos y primaveras:
«¡Acércate, acércate!
Aquí se congregan diez mil ayeres».

Cuando nos aproximamos, el Maestro Celestial estaba terminando el té de la mañana a una mesa hecha con una pequeña piedra molar.

—¡Hola, Kao! —dijo de buen humor, pero sospeché que este aire jovial se abría paso forzadamente a través de un telón de inmensa fatiga—. Te deseo una mañana brillante, Buey Número Diez. ¿Más asesinatos grotescos?

—Uno, pero aunque fue sumamente cruento no puedo llamarlo grotesco —dijo el maestro Li, y pasó a explicar lo que habíamos visto, haciendo pausas para repetir ciertos aspectos cuando notaba que el viejo santo se distraía.

—Conque Li el Gato —dijo al cabo el Maestro Celestial—. Mala noticia, Kao. Es poderoso y esquivo, y dudo que puedas arrestarlo bajo la acusación de asesinato.

—Eso mismo le dije a nuestro amigo el titiritero —suspiró amargamente el maestro Li—. Creo que nuestra única esperanza es averiguar en qué consiste esta operación de contrabando, condenarlos por eso, y luego presionar a los subalternos para que impliquen a los mandarines en un asesinato, real o no, y presionar a los mandarines para que líen al poderoso eunuco. Engorroso, y probablemente ilegal, pero no sé qué otra cosa podemos hacer.

—No te apartes de la legalidad, Kao —sugirió dulcemente el Maestro Celestial.

—Sí, maestro —dijo el maestro Li como un niño, y como un niño cruzaba los dedos de la mano izquierda detrás de la espalda—. A decir verdad, no me preocupan los eunucos, los mandarines, ni sus chanchullos y asesinatos, porque apostaría cualquier cosa que su participación en los asuntos realmente importantes es periférica, si acaso existe. Viejo amigo y maestro, ¿qué opinas de la reaparición de antiguas jaulas que pudieron haber pertenecido a los Ocho Honorables Magos, y de la aparición simultánea de deidades menores de una religión destruida? ¿Y qué hay de esa maldita criatura con cara de simio, que quizá esté ayudando a asesinar mandarines, y sin duda está robando jaulas, la mía incluida?

El Maestro Celestial se rascó la nariz y se encogió de hombros.

—¿Cómo he de saberlo? Kao, ¿estás absolutamente seguro de que la colorida cara del hombre simio es real? ¿No es el astuto maquillaje de un actor?

—Es real —afirmó el maestro Li—. ¿Buey?

—Sí, maestro, es real —dije—. El claro de luna era muy brillante cuando lo vimos, y también las lámparas de la habitación, y yo casi podía verle los poros de la piel, y eso no era pintura ni tintura.

El Maestro Celestial guardó silencio un instante.

—Ya no puedo concentrarme —dijo fatigosamente—. Soy como un árbol viejo, que muere de arriba para abajo, y os diré algo: he tenido el mismo sueño seis noches consecutivas. Comienza con mi madre, que murió hace cincuenta años, y termina conmigo tratando de encontrar los zapatos de mi padre. No veré el cambio de las hojas este año, Kao, y carezco de la lucidez suficiente para ofrecer sugerencias sensatas. ¿Qué planeas hacer?

Vi que la tez del santo era casi transparente, y aun el esfuerzo por sentarse erguido lo fatigaba, y sentí que las lágrimas me quemaban los ojos. Soñar con muertos y con zapatos es un augurio irrefutable de que uno se reunirá con los

primeros, porque «zapatos» y «reunión» son homófonos: *hsien*.

—La clave del asunto parece estar en las jaulas —dijo el maestro Li—. Ambas jaulas pertenecían a mandarines asesinados, y cabe suponer que ellos pertenecían al círculo de contrabandistas. No puede ser coincidencia que la entrada del túnel estuviera prácticamente en la parte de atrás de la casa de Ma Tuan Lin, y su nota en el dorso del calco parece asociar las jaulas con una empresa comercial. Es razonable suponer que las jaulas restantes están en manos de los demás miembros, así que hallar las jaulas es hallar la conspiración y, espero, descubrir por qué demonios las jaulas son tan especiales. Li el Gato viajará a Yen-men para conferenciar con el gran alcaide, y creo que sería buena idea que Buey y yo asistiéramos a esa reunión.

El Maestro Celestial alzó la fatigada y vieja cabeza.

—¿Cómo? —preguntó, con una sombra de renovado vigor—. Para llegar a Yen-men debes atravesar tres territorios de bandidos. Está la ruta marítima, pero, ¿puedes costear un par de buques de guerra que te escolten para protegerte de los piratas? Y una vez que llegues allá, ¿cómo te sumarás a la reunión?

El maestro Li sonrió pícaramente.

—Li el Gato cogerá la larga y lenta ruta marítima, protegido por el Regimiento Lobo. Si todo sale bien, Buey y yo viajaremos cómodamente por tierra, disfrutando del paisaje y sin perder el sueño por los bandidos.

Esto era una novedad para mí, y miré inquisitivamente al maestro Li, que me guiñó el ojo.

—Ya oíste a Yen Shih, Buey. Se ha contagiado la fiebre y quiere trabajar en este caso, en la medida en que lo entiende. ¿Alguna vez oíste hablar de un bandido tan demente como para entrometerse con un titiritero ambulante?

Tenía razón, desde luego. Nadie se entrometía con los titiriteros. Llevaban risas y alegría a todo el mundo, tanto bandidos como soldados, y viajaban bajo la protección de más deidades de las que podían contar la mayoría de los sacerdotes. El maestro Li le guiñó el ojo al Maestro Celestial.

—Además, la hija de Yen Shih es una famosa chamanka, a pesar de su juventud. Con la protección de un titiritero y una chamanka, yo viajaría hasta la guarida del Cerdo Trascendente —dijo—. En cuanto a espiar la conferencia, esperaremos para ver qué se presenta. Desde luego, todo depende de la decisión de Yen Shih, y de que su hija acceda a acompañarnos.

El santo asintió.

—Tráelos para una bendición, si lo desean —dijo—. También a Buey —añadió, señalándome con la cabeza—. Tú no necesitarás ninguna bendición, Kao, porque decidí tiempo atrás que el Augusto Personaje de Jade querrá bendecirte personalmente, en cuanto pueda acumular suficientes rayos.

La mañana siguiente éramos cuatro a las puertas del Maestro Celestial, junto con el lucero del alba y los primeros rayos del sol. Cinco, si contamos el

regalo.

Yen Shih había escuchado atentamente las palabras del maestro Li, y cuando le hablé de las mascotas que remoloneaban en la casa del santo preguntó si una mascota más sería un obsequio apropiado, y después de verla el maestro Li tuvo la certeza de que sería bien recibida. Era un mico de ojos brillantes y pelambre sedosa y verduzca, y yo nunca había visto un animal tan prodigiosamente inteligente. Una vez que se le enseñaba, podía trasladar los objetos que uno designara, y estaba entrenado para rasguear tres melodías reconocibles en la *pi-pa* (aunque tendía a cambiar abruptamente de una a la otra) y era un maravilloso imitador de los gestos humanos. Yen Shih lo llevaba de la mano, vestido con una gorra y una túnica, y cuando se tocó la frente y le preguntó al mono dónde estaban sus modales, la criatura se inclinó donosamente ante el santo, que quedó encantado.

—Yen Shih, ¿eh? Te vi una vez, de incógnito, por cierto, porque estabas haciendo *Hong el Patán*. No me reí tanto desde que el abad Nu confundió una de las nuevas vasijas ceremoniales con un bacín sogdiano y ungió a sus acólitos con el contenido del segundo —dijo felizmente el Maestro Celestial—. ¡Y ésta es tu adorable hija! Querida mía, los *tao-shihs* y las chamankas tienen mucho en común, para desesperación de los teólogos. Si me siento un poco más fuerte cuando regreséis, debemos sentarnos a platicar largo y tendido.

Nos bendijo y rogó por nuestra seguridad y nuestro éxito, y la vieja criada ya había aprendido la lista de gestos de mando y logró que el mico nos dijera adiós con la mano al partir. No puedo describir nuestra despedida con más detalle porque mi mente estaba concentrada en un ingrediente abrumador, la hija del titiritero.

Se llamaba Yu Lan. Las chamankas aprenden sus artes de jóvenes, y ella había aprendido de su madre, y yo me sentí muy inmaduro e ignorante cuando noté que la hija del titiritero —que no era mayor que yo— ya era una sacerdotisa plenamente acreditada de los antiguos cultos de Wu, y practicaba misterios chamanísticos con los que yo ni osaba soñar. Vivía en un mundo más elevado que el mió aunque compartiéramos el mismo entorno y condiciones físicas, pero no había nada hostil en ella. Cuando se usa como nombre personal con mayúsculas iniciales, Yu Lan significa «Magnolia», pero sin mayúsculas y en otro contexto *Yu Lan* puede significar «sonriendo en secreto», y así fue como llegué a pensar en ella: silenciosa, grácil, distante como una nube, pero nunca altiva, nunca desdeñosa, siempre sonriendo en secreto.

Trabajaba con los demás para ayudar en los espectáculos de títeres de su padre, pero no podía compartir su propio trabajo. Recuerdo que llegamos a unos cerros donde gente extraña y feraz vivía en barrancos oscuros. Esa noche Yu Lan se puso de pie a la lumbre de nuestra fogata y caminó hasta la linde de

las sombras, donde un niño había aparecido como por arte de magia. Tenía tez parda, pómulos altos y afilados y rostro inexpresivo, y ofreció en silencio una rama deshojada con muescas talladas. Yu Lan estudió las muescas y le dijo al niño que aguardara, y poco después estaba vestida con una túnica de piel de oso y llevaba un estuche con varios objetos sagrados, y desapareció con el niño en la noche.

Su padre no dijo nada, y sólo habló cuando ella se había marchado.

—A veces su madre desaparecía varios días seguidos —comentó Yen Shih —, pero siempre me encontraba cuando estaba dispuesta.

Luego cambió de tema.

Pero ella no se había ido muy lejos. Cuando nos disponíamos a dormir oímos gemidos y cánticos en la cima de un cerro, y una voz alta y clara exclamó:

—*¡Hik!*

—El próximo sonido que oirás es *Phat* —murmuró el maestro Li con un bostezo.

—¿Cómo, maestro?

—*¡Phat!* —exclamó el cerro.

—Es tibetano. ¿No reparaste en los rasgos tibetanos del niño? Alguien falleció y le han pedido a Yu Lan que guíe el alma hacia el trasmundo —explicó—. Debe empezar por liberarla del cuerpo, lo cual se hace abriendo un orificio en la coronilla para que salga. Los chamanes practican en sí mismos con una pajilla.

—¿Cómo, maestro?

—Observa.

Arrancó una pajilla de su jergón y se la apoyó en la coronilla, achatada.

—*¡Hik!* —exclamó, y miré con ojos desorbitados mientras la pajilla se inclinaba y se movía, como si una punta entrara por un agujero.

—*¡Phat!* —exclamó, y la pajilla se irguió. Ostentosamente se sacó la pajilla del orificio de la cabeza y la tiró.

—Bonito truco, ¿verdad? —dijo—. Ahora Yu Lan tiene que guiar el alma por una comarca agreste poblada por demonios y bestias, fortaleciéndola con rezos y ensalmos, y le llevará toda la noche. Duérmete.

Me dio la espalda y pronto se puso a roncar, pero yo me quedé despierto durante horas, haciendo tonterías con una pajilla. No aprendí cómo se hace.

Pero me estoy adelantando. Ansiaba escribir sobre nuestra primera noche en el camino, aunque no sucedió nada en absoluto. Acampamos en un cerro cuando se ponía el sol. Una luz rosada bañaba el carromato de titiritero de Yen Shih, y él y yo nos preparamos para instalar el toldo que servía como protección contra el rocío sobre nuestros jergones. Clavábamos casquillos de metal en el suelo para insertar los postes de bambú que sostenían el toldo, mientras el maestro Li entonaba la cuenta de los martillazos y la voz clara y

pura de Yu Lan se elevaba a las nubes carmesíes, improvisando en escena al estilo de Liu Chu:

Cinco
cuervos posados
cuatro
nubes bajas
tres
gansos salvajes
dos
hileras de sauces
uno
la llamarada del poniente.

—¡El poste! —exclamó el maestro Li, y la mano de la hija del titiritero rozó la mía mientras ayudaba al sabio a insertar el poste en el casquillo.

—Venerable maestro —dije esa noche mientras yacíamos en nuestros jergones—, ¿es verdad que las chamankas no soportan a los varones presuntuosos?

Él farfulló o rezongó.

Busqué presagios en las estrellas.

—Maestro, ¿también es verdad que una chamanka colérica es tan peligrosa como una tigresa con cachorros?

Rodó hacia mí.

—Quizá tengas razón, muchacho —dijo con voz soñolienta—. En un tiempo conocí a un sujeto fornido y fogoso. Mitad semental encabritado, mitad toro enfurecido. Lo llamaban Tong el Túmido. Un día Tong apoyó las zarpas en una bonita y menuda chamanka, y ella le echó el mal de ojo y pronunció palabras en una lengua desconocida.

Eso fue todo. El maestro Li continuó con sus ronquidos, y luego oí un carraspeo.

—Ahora lo llaman Yang-wei —dijo el viejo entre bostezos.

Los ronquidos se reanudaron y tardé un instante en asociar «Tong el Túmido» con Yang-wei, que significa «Pene Flácido».

—Ah —dije.

8

Como Li el Gato había cogido la lenta ruta marítima, teníamos tiempo para permitir que Yen Shih ejerciera su oficio para reabastecer sus arcas. Creo que mencioné que todos ayudaban. Yu Lan tocaba varios instrumentos y cantaba hermosamente, y el maestro Li aportaba espectáculos de magia, adivinación o curación, según su estado de ánimo, y yo lucía una capucha negra y una sonrisa malvada y luchaba con los campeones lugareños, que tenían que pagar por el privilegio y podían reclamar un premio sustancial si ganaban. Yo había arrojado gente desde el cuadrilátero desde que tenía diez años, así que no temía perder, y nunca lastimaba a nadie. Tengo mucho que contar sobre cosas importantes para dedicar largo tiempo a la descripción de aquellos días, así que me conformaré con tres breves bosquejos. Para el primero, era una tarde cálida en la plaza del mercado de un villorrio, y el titiritero y su hija estaban dentro de la tienda preparándose para el espectáculo, y yo había terminado mi pelea y me vertía cucharones de agua en la cabeza, y era el tumo del maestro Li. Llevaba un sombrero chato que parecía una tabla, con objetos extraños colgados de borlas, y su túnica estaba cubierta con símbolos que representaban las 101 enfermedades y sus respectivos dioses, y él estaba en una plataforma examinando a un dignatario barrigón de nariz morada y mejillas rojas.

—No conviene jugar con los riñones, mi equivocado amigo —dijo amablemente el maestro Li, meneando un dedo reprobatorio ante la cara del sujeto—. La estación de los riñones es el invierno, y su orientación es el norte, y su elemento es el agua; su olor es pútrido, su sabor es salobre, y su color es negro; su animal es la tortuga, su montaña es Hang Shan, y su deidad es Hsuan-ming; su virtud es la sabiduría, su emoción es el miedo, y emiten el sonido *yu*, bajo y gemebundo; el emperador de los riñones es Chuan-su, y cobran la forma espiritual Hsuan Yen (el venado bicéfalo comúnmente llamado Tiniebla Negra) y entre todos los órganos del cuerpo son los más implacables. ¿Qué les has hecho a estos magníficos y peligrosos órganos? El viejo tiene nudillos afilados y huesudos semejantes a cinceles, y bastante vigor en el brazo derecho cuando se trata de dar puñetazos.

—¡Los has empapado en el vino Shaoshing de Chekiang!

—¡Ayyyy!
—¡El vino Cien Flores de Chen-chiang!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Arroyo de Orquídeas de Wusih!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Gorgoteo de Taming!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Olas Doradas de Ching!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Grano del Paraíso de Hunan!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Nieve Fragante de Mouchow!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Casco Viejo de Shanyang!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Pimiento Amarillo de Luancheng!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Doble Blanco de las islas Liuchiu!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Nieve de Diciembre de Kashing!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Primicias del Tonel de Kuangrung!
—¡Ayyyy!
—¡El vino Primavera en el Lago Tungting de Changsha!
—¡Ayyyy!
—¡Y el vino Pimienta Doble de Chingho!
—¡Ayyyy!

El sabio fue al frente de la plataforma e interpeló al público con voz solemne, mientras el paciente se aferraba las partes doloridas y gemía patéticamente.

—Amigos míos, tened en cuenta la naturaleza maravillosa de los riñones, y la benevolencia de las deidades que nos los han otorgado —salmodió el maestro Li—. Los riñones producen la médula de los huesos y dan nacimiento al bazo. Los riñones convierten el fluido corporal en orina, y generan el cabello, y lo nutren. Los riñones son los oficiales del vigor corporal, y así el par superior está unido al corazón. Los riñones son los oficiales del intelecto, y así el par inferior serpentea por la pelvis y trepa por la médula espinal hasta el cerebro. Los riñones almacenan el principio germinador que contiene la voluntad, y su canción es «Oscuridad umbría», y su danza es «Engendrando vida», y cuando los tratan mal se hinchan, se ponen sensibles y provocan mucho dolor.

—¡Ayyyy!

—Afortunadamente —dijo el maestro Li, abriendo un gran estuche para exhibir filas de pequeñas redomas—, la Academia de Facultativos Imperiales me permite distribuir una exigua cantidad del asombroso tónico para los riñones de Pao Puh Tsi, conocido como Elixir de las Nueve Hadas, y huelga recordaros que éste es el mismo elixir que salvó la vida del emperador Wen. Los ingredientes son cinabrio, flores de azufre, olíbano, mirra, alcanfor, Sangre de Dragón, sulfato de cobre, almizcle, alumbre quemado, bilis de oso, plomo amarillo, ciempiés, lombrices, gusanos de seda, capullos de ciruelo, cálculo biliar de vaca, saliva de sapo, polvo de jade blanco, bórax, tres larvas y caracoles. Algunos considerarán que el precio es un poco elevado, pero los sabios tendrán en cuenta la otra posibilidad.

—¡Uuuuyyyyyy!

Yen Shih estaba a cargo del espectáculo, no el maestro Li, y cortés pero firmemente impidió que el viejo esquilmara al público.

—A fin de cuentas —comentó—, debo regresar un año tras otro, y es difícil entretener a turbas ansiosas de lincharme.

Acabo de decir que Yen Shih estaba a cargo, y el siguiente bosquejo requiere que me explaye un poco sobre esto. Ante todo, desde nuestro primer encuentro yo había percibido dos elementos muy poderosos en el ser del titiritero. (La trágica viruela que lo desfiguró debió causarle una conmoción inimaginable, porque sus movimientos y gestos naturales eran los de un joven guapo que había llegado a ser un hombre apuesto). El primero era la luz que bailaba en el interior de sus ojos cuando el peligro lo amenazaba, y súbitamente recordé al niño de mi aldea que llamábamos Nutria, y sus ojos relucientes cuando se disponía a zambullirse como un pelícano en las aguas poco profundas de la cantera, al pie de la colina Árbol Desgajado, una hazaña que los demás no nos atrevíamos a soñar. A menudo pensé que quedarse demasiado cerca del titiritero sería como quedarse demasiado cerca de un fuego donde un grueso trozo de bambú arde lenta y parejamente, pues en cualquier momento las llamas pueden llegar a un bolsón de aire rodeado de savia blanda, y la explosión puede transformarte en una bola de fuego que atravesará volando la pared de la casa. Eso nos lleva al siguiente dato sobre el titiritero. Era un aristócrata, y no lo digo de forma figurada.

—¿De una familia noble? Sí, eso creo —dijo el maestro Li cuando le pregunté al respecto—. Apesta a una crianza enrarecida. El confucianismo impone la continuidad de la nobleza de una familia aunque haya perdido el favor del emperador, y el imperio está plagado de orgullosos jóvenes que trabajan de incógnito como pescadores o guardabosques. ¿Por qué no titiriteros? Quizá un día Yen Shih decida contarnos su historia, y hasta entonces debemos tener la cortesía de cerrar el pico.

La escena que quiero describir es la siguiente. Habíamos llegado a una taberna en las afueras de una ciudad y nos retenía una lluvia que había

anegado las carreteras. Yen Shih se había puesto a beber desde las primeras horas de la mañana en el vasto recinto, sentado a solas a una pequeña mesa del rincón. Al caer la tarde aún bebía sin prisa pero sin pausa, y el fuerte vino no surtía efectos desagradables, pero él se hundía cada vez más en su mundo personal. Yu Lan (¡gracias a Buda!) descansaba en el carromato. De pronto se abrió la puerta e irrumpió una partida de nobles. Llevaban ropa de cazadores y estaban calados hasta los huesos, y el cabecilla, que tenía un rostro arrebolado y pendenciero y ojos ardientes y esquivos, era seguido con servilismo por los demás. Pidió a gritos vino y un fuego más grande, ordenó que los campesinos nos marcháramos, y sin recobrar el aliento se volvió hacia el campesino más próximo y le ordenó que limpiara ese suelo hediondo para que pudiera ser hollado por pies insignes. Sucedió que el más próximo era Yen Shih, que se levantó pausadamente y cogió un cepillo que estaba apoyado en la pared. Escrutó al noble con ojos especulativos.

—Dios, la semejanza es notable —dijo arrastrando la voz—. Por casualidad, ¿su magnificencia estará emparentado con el radiante señor Yu Yen?

La mera audacia de un gusano que osaba interpelar a un tigre dejó atónito al noble. Además, Yu Yen significa «Ojos de Pescado».

—¿No? Qué raro. Habría jurado que erais hermanos —dijo Yen Shih—. Excelsos cazadores, leyendas en la guerra… El señor Yu Yen, por ejemplo, que había ganado heroicamente alto rango, medallas y un mando militar gracias a la primogenitura, recibió el honor de acompañar al Hijo del Cielo en una expedición de cacería de bandidos, y quiso el destino que se le otorgara una pronta oportunidad de demostrar su valía cuando sus hombres se toparon con una banda de merodeadores miao-chia.

El noble al fin había caído en la cuenta del increíble hecho de que esa criatura despreciable lo interpelaba en lenguaje familiar, y soltó un rugido de furia y desenvainó su espada. Yen Shih mecía el cepillo con indolencia en su índice derecho y no parecía reparar en el acero afilado y reluciente que destellaba fríamente en el sol de la tarde.

—Qué gran héroe fue —dijo con admiración el titiritero—. «¡Enviad a vuestro paladín!», exclamó el valeroso señor Yu Yen. «¡Él contra mí! ¡Hombre a hombre y mano a mano!». Atinadas palabras, pero lamento referir que la chusma a la que iban dirigidas estaba repulsivamente borracha.

—Así son los miao-chia —dijo el maestro Li.

El noble gritó de furia y se abalanzó con un mandoble que estaba destinado a cortar la cabeza del titiritero, pero Yen Shih movió con displicencia el mango del capillo y la espada voló inofensivamente a un lado, tronchando una vela por la mitad y tirando un cuenco de estaño de la mesa.

—En efecto —dijo con tristeza el titiritero—. Esos cerdos se apiñaban, riendo en ebrio desorden, señalando con dedos grasientos al señor Yen Yu.

Luego enviaron a su cocinera.

El noble gritó y atacó de nuevo, y el mango del bastón le pegó en la muñeca. Yen Shih no pareció ver al hombre que se zambullía en el suelo y buscaba su espada.

—La cocinera era una mujer corpulenta —dijo con voz compungida—. Brazos gordos y moteados y el mal de ojo. «¡No lucharé contra una mujer!», rugió el gallardo señor Yu Yen, y la zorra le cogió los lustrosos rizos, tironeó de la cabeza y le arrancó la noble nariz de una dentellada.

—Así son los miao-chia —dijo el maestro Li.

El noble trató de atravesarle el corazón. El quite lo hizo girar como un trompo, y un chorro de sangre saltó al aire cuando el mango del cepillo golpeó la nariz del noble.

—El señor Yu Yen —dijo Yen Shih— decidió desenvainar la espada (un poco tarde, dirían algunos) y la arpía infligió un trato cruel a sus dedos mientras se la arrebataba. Luego le cercenó los aristocráticos brazos a la altura de los codos.

—Así son los miao-chia —dijo el maestro Li.

La fiera embestida del noble terminó en una vuelta en redondo cuando Yen Shih se echó hacia atrás para esquivarlo. La hoja hendió el aire inofensivamente, el mango del cepillo brincó y el noble aulló y se aferró ambos codos, y su espada volvió a caer al suelo.

—¡El valeroso Yu Yen estaba levemente menguado, pero conservaba el brío! —exclamó orgullosamente el titiritero—. Avanzó y trató de atacar con una feroz patada, e incluso habría intentado dar otra si esa bruja no le hubiera cortado ambas piernas a la altura de las ilustres rodillas.

—Así son los miao-chia —dijo el maestro Li.

El noble se enderezó y trató de apartar el mango del cepillo con la espada, y luego brincó por el suelo aferrándose las rodillas doloridas.

—¡Qué paladín era Yu Yen! —exclamó el emocionado Yen Shih—. Épicamente se arrastró de bruces e infligió a la dama un punzante mordisco en el tobillo izquierdo, y sin duda habría herido también el derecho si esa bruja no hubiera tenido una desconsideración absoluta por las reglas de la guerra civilizada, tal como lo demuestra el procedimiento con el cual extirpó los dientes de su señoría.

—Así son los miao-chia —dijo el maestro Li.

El noble no era totalmente idiota. Cuando el mango del cepillo le apuntó a la cabeza, retrocedió de un salto, alzando el brazo izquierdo para protegerse la boca.

Yen Shih se enjugó una lágrima.

—Aunque privado de dientes, piernas, brazos y nariz, el gallardo Yu Yen era espléndido en la batalla. Continuó la ofensiva con un lenguaje realmente procaz, y hasta pensaba en escupir cuando la arpía hizo que ese acto fuera

prescindible. Lamento informar que los detalles de su conducta subsiguiente no son adecuados para circular en ningún país salvo el Tíbet.

—Así —dijo el maestro Li— son los miao-chia.

El noble volvió a alzar la espada, pero se detuvo para pensarlo.

—Recorrimos el campo de batalla en busca de un trozo de nuestro héroe que se pudiera depositar en una sacristía de la Academia Militar, para que el valeroso Yu Yen pudiera inspirar a las generaciones venideras. ¡Ay! Sólo quedaba una mancha grasienta en la hierba —dijo compungidamente Yen Shih. Luego sus ojos se iluminaron—. ¡Pero aguardad! ¡Quizá un mellizo bastaría, y sólo necesitamos un trozo!

Desnudó los dientes en una sonrisa tensa, y avanzó meneando el cepillo como una cabeza de cobra, y el noble soltó un chillido, salió a la carrera y desapareció, abandonando la espada.

Los nobles menores de la partida de caza habían guardado un absoluto silencio. El titiritero se dio la vuelta, les echó un vistazo y gruñó. Fue suficiente. Sólo el gruñido ronco de un oso a punto de montar en cólera, y en menos de cinco segundos no quedó ningún noble a la vista. Yo estaba paralizado, pero no el maestro Li.

—Buey, empaca. Nos marcharemos deprisa —dijo. Luego se volvió hacia el titiritero y le habló con severidad—. Bonito, pero autocomplaciente. Espero sinceramente que no hayas hecho eso ayer, y ojalá que estemos donde creo que estamos.

Los ojos de Yen Shih cambiaron lentamente mientras la luz danzarina y saltarina se extinguía. Aspiró profundamente y se inclinó en una disculpa que parecía medio en serio y medio en burla.

—Tienes razón, por cierto, y no soy tan idiota como para haber hecho eso ayer —dijo—. Estamos en la frontera del territorio de los bandidos, y dentro de dos horas ningún noble se atreverá a seguimos con su ejército privado.

El maestro Li refunfuñó, y el asunto no volvió a mencionarse, pero faltaría a la verdad si no confesara que cuando recogía leña me pasaba parte del tiempo meciendo un tronco con la mano, practicando esgrima con nobles imaginarios.

La tercera escena no es tan pulcra ni tan triunfal, y sólo la describo porque terminó por ser importante.

Tal como había predicho el maestro Li, no tuvimos ningún problema al atravesar el territorio de los bandidos. Todos aprecian a un titiritero, y además los renegados sienten un temor supersticioso por los que practican la magia, y eso incluye a las chamankas jóvenes y bonitas. Pronto aprendí a no preocuparme por Yu Lan, y ciertamente su padre nunca demostraba preocupación. En nuestro quinto día en el país de los bandidos (que oficialmente no existe) se produjo una de esas coincidencias que, según la gente que no sabe nada sobre la vida, sólo ocurren en los libros. El invitado de

honor en el campamento del jefe de bandidos donde montaríamos nuestro espectáculo era el hombre que nos interesaba ver, el gran alcaide de Puerta del Ganso (Yen-men).

Pronto supimos que tenía muy buenos motivos para estar allí, pues recientemente había desposado a la hija del jefe de los bandidos, lo cual revelaba inteligencia, según el maestro Li, y pronto también nos enteramos de que la recién casada, que se hallaba en Yen-men, sufría una misteriosa enfermedad que ningún médico había podido curar. Nos dividimos y entramos en el campamento como dos grupos que viajaban juntos en busca de compañía: Yen Shih y Buey Número Diez como titiritero y asistente, el maestro Li y Yu Lan como chamán y chamanka que se especializaban en curaciones. Nada les costó impresionar al gran alcaide, y se dispuso que ambos debían tratar de sanar a la joven esposa.

La escena que quiero describir es muy humillante. Tuve que preparar el ánimo del público sin la ayuda del maestro Li y de Yu Lan, así que fingí que estaba al borde de la derrota un par de veces, y luego fingí que perdía la paciencia y el tino cuando dupliqué la apuesta, y la muchedumbre se alborotó. El ruido atrajo a visitantes distinguidos. Vi que el gran alcaide de Yen-men, acompañado por una partida de nobles y un sujeto vestido de plebeyo, me miraba con socarronería.

—Conque luchador profesional, ¿eh? —dijo jovialmente el alcaide—. Te llamas Burrajo el Mulo, o algo parecido, ¿eh? ¡Por Buda, mirad esos bultos! Burrajo el Mulo Musculoso, ¿eh?

Su séquito festejó el comentario como el colmo del humor, pero noté que los ojos esquivos del alcaide no se reían cuando se reía su boca, y había un deje de cobardía y crueldad en su voz cuando ofreció a un amigo suyo como próximo oponente. El amigo resultó ser el plebeyo, y un minuto después llegué a dos conclusiones. Primero, que el trato confianzudo del plebeyo sugería una relación con el gran alcaide que no era de mera amistad. Segundo, que el plebeyo no era humano.

Era mucho más bajo que yo, pero sospeché que era más pesado. Parecía que habían omitido el cuello al encajarle la cabeza sobre los hombros. Me han dicho que también yo tengo ese aspecto, pero esta criatura parecía carecer de hombros, cintura, caderas y muslos. Ese cabrón era de una sola pieza, un sólido tubo de músculos sinuosos desde la mandíbula hasta las rodillas, y luego se ahusaba levemente de las rodillas a los pies. Mientras se quitaba la ropa para quedarse en taparrabos, una abeja se posó en su hombro izquierdo, y en vez de ahuyentarla con la mano él sacudió las carnes como un asno, y todo el pellejo tembló sin esfuerzo, bajo un control muscular total.

—Buey Número Diez —me dije en silencio—, estás en apuros.

La criatura me escrutó con ojos relucientes e inexpresivos, y con una tersa ondulación de los músculos se deslizó hasta el puesto del retador en el

cuadrilátero, así que lo bauticé Serpiente. Haciendo valer su rango, el alcaide había reclamado la banderilla de juez. La soltó de pronto, para sorprenderme desprevenido, pero eso era lo que yo esperaba que hiciera y estaba preparado. No tenía sentido buscar un punto débil en una serpiente, así que eché a volar en cuanto cayó la banderilla, torciéndome en el aire para dirigir una enérgica patada a los tobillos del reptil. No se lo esperaba. Simplemente bajó una mano y me palmeó el pie extendido con tal fuerza que giré como una cometa sin cordel y me estrellé en el suelo en una nube de polvo. Logré torcer la espalda y aterricé agazapado, en posición defensiva, pero él no se molestaba en atacarme. Esperaba que yo fuera a entretenerlo de nuevo, y esta vez fue tan despectivo que ni siquiera trató de detenerme cuando intenté ceñirle la cintura. Entonces descubrí que el lustre de sus carnes no era una ilusión óptica. Mis manos impotentes resbalaron sobre aceite, y con otro sacudón de asno me rechazó y salí girando.

¿Qué clase de criatura anda por ahí untada de aceite? No tuve la oportunidad de reflexionar sobre ello. Serpiente avanzó hacia mí y poco después volé raudamente hacia las nubes, quedé cabeza abajo, descendí y me estrellé en tierra con un impacto que me quitó el aliento. Él pudo haberme despachado allí y entonces, pero se deslizaba serpentinamente por el cuadrilátero mientras se inclinaba para recibir los aplausos del alcaide y su séquito. Aproveché la oportunidad para coger puñados de tierra, y embestí cuando me daba la espalda y logré espolvorearle la cintura. Ahora mis manos podían aferrarse al polvo, y antes de que se transformara en un lodo aceitoso, logré aferrarlo y lo alcé con todas mis fuerzas y logré obtener una extensión completa.

Serpiente estaba en el aire sobre mi cabeza mientras yo me pavoneaba por el cuadrilátero, y lo arrojé a los pies del alcaide con todo lo que tenía.

A veces me pregunto cómo he sobrevivido tanto tiempo con un par de huevos de chorlito por cerebro. Allí estaba, saludando a los bandidos, hinchado como un pez globo en mi engreimiento pero, ¿desde cuándo incapacitas a un reptil arrojándolo al suelo? Lo único que logras es irritarlo, y cuando pude pensar de nuevo tuve la vaga impresión de que me había embestido un ciclón. Volé hacia aquí y boté hacia allá y giré una y otra vez, y luego quedé tendido de espaldas y Serpiente estaba sentado cómodamente sobre mí. Había estirado mis brazos hacia atrás y los había trabado, y me ceñía el cuello con las piernas, y me estrujaba lentamente como una constrictor cuando tritura su cena con los anillos.

El gran alcaide de Puerta del Ganso se inclinó sobre mí para observarme. Sacó la lengua y se relamió los labios, y emitía sonidos burlones mientras esperaba mi canción: el tamborileo de mis talones contra el suelo mientras me quedaba sin aliento, primero muy deprisa y después muy despacio, y luego silencio. Yo no oía nada salvo la sofocada vibración de un gong en mis oídos,

pero de pronto la presión se alivió y pude respirar un poco, y noté que el alcaide había apartado la mirada, y entonces vi una silueta hermosa y temible erguida sobre mí. Era Yu Lan, y vestía el aura de su sacerdocio como una armadura reluciente, y sus ojos relampagueaban de furia.

—¿Quieres despertar a los demonios de la enfermedad que está atacando el cuerpo de tu esposa? —le dijo al alcaide, haciendo chasquear cada palabra como un látigo—. Has pedido la ayuda de los Misterios de Wu, y has tomado votos de pureza hasta que se logre una cura, ¿y te atreves a matar? —El cabello de Yu Lan se erizaba como la pelambre de un gato, y si yo no hubiera estado en esa posición me habría encogido como un perro apaleado—. ¿No sabes que corres el riesgo de encolerizar a los Tres Cadáveres y Nueve Gusanos de tu propio cuerpo, y de exponerte al mismo Espíritu de Muerte que incitas? Libéralo, y ruega que los dioses te perdonen.

Hizo un gesto terminante. Serpiente aguardó la decisión del alcaide, y el alcaide miró a Serpiente —una mirada de amante— y asintió. La presión se aflojó por completo y mis brazos quedaron libres. Atiné a incorporarme y hacerme masajes en el cuello, y el alcaide, Serpiente y el séquito se alejaron. Yu Lan también dio media vuelta y se internó entre filas de bandidos que brincaron nerviosamente a un lado para cederle el paso.

El maestro Li había llegado junto con Yu Lan, y por si la reverencia y la superioridad moral necesitaban algún respaldo, había cogido la ballesta de un bandido y apuntaba la muesca de la mira hacia Serpiente. Se agachó para examinar mis magulladuras.

—Nada roto —dijo de buen humor—. Lo único que se dañó fue tu orgullo, y yo no perdería el sueño por eso. Ese sujeto no es humano.

—Esetado —resollé, pues no logré articular «Eso he notado».

Así que la escena estaba preparada para nuestra llegada a Yen-men, con el maestro Li y Yu Lan invitados a ingresar en el palacio para tratar a la mujer enferma del gran alcaide, y Yen Shih automáticamente bien acogido como titiritero, conmigo como asistente, y también llegaría Li el Gato, y nos estaría esperando Serpiente, y yo tenía la aguda premonición de que la combinación sería interesante.

9

El palacio de Yen-men era un sitio vasto y lúgubre con puente levadizo y foso, construido para resistir asedios durante las Guerras de los Tres Reinos, muchos siglos atrás. Noté con interés que el maestro Li y Yu Lan examinaban el lugar, llegaban a una suerte de acuerdo tácito y decidían ver a la mujer enferma de inmediato. Cuando salieron de la alcoba, el maestro Li dijo «¿Parásitos?» y Yu Lan dijo «Casi seguro». Luego interrogaron a las criadas de la dama, y a continuación examinaron los estanques ornamentales de los jardines. Prepararon un líquido aromático y se cercioraron de que la paciente bebiera una redoma.

—Con eso bastará —dijo el maestro Li.

—¿Quieres decir que ya está? —pregunté.

Yu Lan me miró con una sonrisa lánguida en sus encantadores labios, y el maestro Li rió.

—Buey, en la perspectiva de la medicina convencional la respuesta sería sí —dijo—. En la perspectiva de la medicina chamanística apenas hemos empezado, y creo que los dos pasos siguientes de la curación te resultarán bastante interesantes.

Esta descripción resultó ser bastante circunspecta, aunque al principio me sentí frustrado porque me pareció que quedaba excluido. Se reunieron con el padre de Yu Lan. Yen Shih escribió rápidamente una especie de libreto, añadiendo sus propias sugerencias, y luego informaron que la esposa del alcaide era atacada por demonios excepcionalmente pérfidos que trataban de robar su alma superior, y avisaron que el amanecer del día siguiente seria la hora de la batalla decisiva con los Agentes de las Tinieblas. Me dijeron que juntara una bolsa de arroz y un saco de abejas (yo ignoraba para qué eran) y que fuera a las colinas a recoger gran cantidad de amapolas. Yen Shih me dejó ayudarle a preparar su equipo de titiritero en la cámara de audiencias del gran alcaide, pero después de eso sólo me permitió tocar los tambores, y tuve que admitir que tenían razón. Yo habría perdido la cabeza y habría cometido alguna tontería si hubiera estado en un puesto más responsable, y en mi defensa ofreceré la siguiente descripción.

ESCENA: *La cámara de audiencias del palacio al alba; cortinas, aire rancio, densas sombras. Las antorchas flanquean una mesa situada sobre una tarima en el extremo de la sala, con gruesas colgaduras en tres lados. Los incensarios despiden un humo espeso y fragante, y el olor de las amapolas es abrumador. Un murciélago aletea por los aires y choca con un incensario, vuela boca arriba por la habitación, aterriza en el suelo —creyendo que es el techo— y se aferra a la pata de una silla, riendo. Un tambor inicia un redoble lento y monótono, y entra un séquito de dignatarios encabezados por el gran alcaide de Puerta del Ganso. Silencio, salvo por el tambor. Toses y susurro de sandalias. Más silencio. Más toses y susurros. El tambor redobla con creciente lentitud: du-dum, du-dum, du-dum… dum… dum… dum… Silencio total, y luego el gran alcaide y los dignatarios dan un respingo.*

VOZ CAVERNOSA: Traedme… a… la… doliente…

Los dignatarios se apartan de un brinco para ceder el paso a la sedosa litera en que trasladan a la esposa del gran alcaide. Es una mujer joven, bastante agraciada, robusta, con una presencia imponente, pero obviamente enferma. Suben la litera por la escalinata de la tarima y la ponen en la mesa, frente al público. Los porteadores saludan con una reverencia y retroceden por la cortina lateral. Silencio.

VOZ CAVERNOSA: Los Demonios de la Enfermedad, en los tiempos en que vivían como hombres y mujeres de este mundo, cometieron las 9.999 Ofensas. Por sus pecados están enlazados con las Nueve Tinieblas. Sus almas corruptas padecen los sufrimientos de las Mil Edades, y para obtener calidez y luz buscan almas puras que sirvan como farol y lumbre en el Dominio de la Noche Eterna. Vosotros que deseáis robar el alma de esta mujer, os conmino a que os mostréis.

Silencio. Se oyen risas burlonas y maliciosas. Puntos de luz brillante fluctúan en las sombras a la derecha de la litera. Aparece la cara de un niño, pero un niño maligno con dientes de rata, y ojos horribles. Aparecen más niños, hasta que son siete. Se ríen al aproximarse a la litera, amenazadores.

VOZ CAVERNOSA: ¿La Bruja de las Nueve Colinas Huecas envía a sus nietos, pero teme mostrarse? Así sea.

Un relámpago cegador es seguido por un estruendo y una nube de humo, que se despeja para revelar al maestro Li a la izquierda de la litera. Lleva un alto sombrero con alas, cubierto con estrellas, indicando la senda que coge cuando consulta a los dioses, y en la mano derecha tiene el Corcel de la Noche que él monta para visitar el submundo. Cuando no está en uso, el Corcel cobra la forma de un bastón con una cabeza de caballo de hierro en la punta superior y un casco de hierro en la punta inferior. En la mano izquierda lleva el Pandero Mágico: la parte superior muestra el amanecer, dos mirlos, dos caballos, y el diente de oso; la parte inferior

muestra el abedul, dos ranas, siete nidos, siete doncellas y la Madre del Fuego. Su larga túnica blanca está cubierta de campanas, muñecas, huesos, iconos y los veintiocho discos de metal que simbolizan los Palacios de la Luna. Apunta el bastón a los demonios.

MAESTRO LI: ¡En nombre del Supremo Nacido del Caos, Señor del Tao de los Cinco Trascendentes y las Siete Luminarias, os conmino a partir!

Los niños malignos se ríen del chamán. Abren la boca cada vez más, vomitando enjambres de abejas ponzoñosas que atacan al maestro Li como una nube mortífera. Él abre la boca y transforma las abejas zumbonas en granos de arroz y las escupe. Más abejas atacan. Pilas de arroz cubren los pies del chamán, pero de pronto debe luchar en dos frentes al mismo tiempo porque hay otro relámpago cegador, otra nube de humo, y junto a los niños demoniacos se yergue la Bruja de las Nueve Colinas Huecas. Su rostro es azul, sus alas son negras, sus brazos terminan en zarpas, y arroja plumas que son flechas venenosas. El maestro Li ataja las flechas con el escudo de su pandero, pero no puede defender a la paciente que yace en la litera cuando los demonios se acercan más.

MAESTRO LI: ¡Oh Dama Inmortal del Misterio Supremo, Flor del Centro Originario, Portadora de la Espada y del Cinturón de la Pureza Máxima, oye el clamor de tu servidor y acude en tu cólera y tu gloria!

Un tercer relámpago, y un tercer estruendo, una tercera nube de humo, y Yu Len parece detrás de la litera. Es deslumbrante. Como una nube, su pelo envuelve el tricornio plateado Corona de la Luna Nocturna en la Aurora Primigenia, y luego lo suelta y se derrama en su espalda como una cascada de ébano. Su capa de plumas de martín pescador ostenta las Flores de los Siete Zafiros. Su caftán de seda bermejo exhibe la Gran Cinta del Fénix, y el Cinturón de Jade de Fuego de las Seis Montañas le ciñe el talle. De una franja de plata pende la Espada de Fluido Amarillo y Fósforo Pulsátil, y sus botas están bordadas con los corceles con que cabalga hacia las sombras o la luz del sol: Caballo Sangriento del Día, Caballo Perlado de la Noche.

YU LAN: ¡Vuelve a tu guarida, Bruja! ¡Ningún alma inocente alumbrará la negrura ni mitigará la gelidez del pozo al que fuiste enviada por el Venerable Celestial de la Gema Sacra y los Nueve Hálitos!

BRUJA DE LAS NUEVE COLINAS HUECAS: ¡Oh seres alados! ¡Seres con colmillos! ¡Seres con zarpas y con cuernos! ¡Volad a mí! ¡Volad! ¡Volad!

Una espantosa horda de demonios con alas afiladas como espadas y picos y cuernos como lanzas se abalanza berreando sobre el maestro Li y Yu Lan, que responden con estocadas y bastonazos, y el estrépito suena como seis convenciones de

herreros simultáneas. Las criaturas se elevan para eludir a sus adversarios y luego se zambullen en ataques arteros, y el maestro Li agita el bastón mientras grita palabras en una lengua desconocida, y de pronto aparece un gran caballo. Él lo monta mientras Yu Lan golpea con la bota izquierda y vocifera en un lenguaje arcano, y de pronto su pie está descalzo y el Caballo Sangriento del Día recibe su ágil brinco. El chamán y la chamanka cabalgan por el aire, y la batalla ruge en lo alto. El pandero del maestro Li libera los caballos carnívoros y el terrible oso, los mirlos que picotean los ojos y las ranas venenosas. Yu Lan combate a los demonios con las Flores de Zafiro, que se transforman en tigres azules, con la Gran Cinta, que se transforma en dragón, y con el Cinturón de Jade de Fuego, que estalla en llamaradas y burbujas de lava.

BRUJA DE LAS NUEVE COLINAS HUECAS: ¡Luchad, mis tesoros! ¡Luchad!

La Bruja no sigue su propia exhortación. Se aleja de la refriega y desciende hacia la litera de la paciente, y cuando echa a volar lleva algo cálido y brillante en las garras. El maestro Li pone en fuga a los demonios cuando invierte el pandero para liberar los árboles, los nidos, las doncellas y la Madre del Fuego, y Yu Lan vuelve grupas y ve ala Bruja. La chamanka libera su corona tricorne y la arroja, y la luna gloriosa en su plenitud gira hacia la bruja, quien gime aterrada. El pequeño disco brillante de un alma escapa de sus garras, se aleja aleteando y desaparece. El maestro Li y Yu Lan persiguen a la Bruja y los últimos demonios, y luego también desaparecen, y sus voces se oyen aquí, allá y en todas partes.

MAESTRO LI: ¡Oh, alma regresa!

En el este hay gigantes de mil brazas de altura y diez soles que derriten el metal y disuelven la piedra.

YU LAN: ¡Oh, alma, regresa!

En el sur la gente tiene rostros tatuados y dientes negros; serpientes enroscadas devoran hombres como entremés.

MAESTRO LI: ¡Oh alma, regresa!

En el oeste las arenas movedizas abarcan leguas.

Serás devorada por la Grieta del Trueno y despedazada, y más allá se extiende un desierto con hormigas rojas grandes como elefantes.

YU LAN: ¡Oh alma, regresa!

En el norte se yergue la Montaña Congelada del Dragón Quemante, de ojos rojos y relucientes, dientes trituradores y risa demencial, y el cielo blanco y radiante está tieso de frío.

MAESTRO LI: No puedes ascender al Cielo, oh alma, pues leopardos y

tigres custodian las puertas, y merodean lobos de ojos oblicuos.

YU LAN: No puedes descender a la Tierra de las Tinieblas, pues allí acecha el monstruo de nueve anillos; su cabeza de tigre tiene tres ojos, y su cuerpo es de toro.

Una humareda rodea la litera. Cuando se despeja, el maestro Li y Yu Lan flanquean a la paciente, elevando abalorios y cintas a las estrellas.

MAESTRO LI: Oh Alma, te invocamos, de pie junto a tu cuerpo para guiarte en el regreso.
Las esquinas del mundo están plagadas de amenazas,
pero aquí en tu morada hay salas altas y cámaras profundas,
terrazas escalonadas, pabellones de varios pisos.
Brisas cálidas curvan el meliloto, y mecen las altas orquídeas,
perfumando cámaras de piedra bruñida
de techo y suelo bermellón.

YU LAN: Objetos raros y preciosos aguardan en tu alcoba;
trenzas y cintas, brocados y satenes,
cobertores de plumas de martín pescador, recamados con perlas,
y los cubren doseles de damasco
alumbrados por brillantes velas de sebo perfumado con orquídeas.

MAESTRO LI: Oh alma, la comida está lista.
Arroz y mijo y trigo joven.
Costillas de buey engordado, tiernas y suculentas,
Tortuga guisada y cabrito asado, servido con salsa de ñames,
gansos cocidos en salsa agridulce, pato a la cacerola,
carne frita de la gran grulla,
pollo asado, tortuga rehogada en sopa de Wu,
bollos de miel fritos y bombones de azúcar malteada.
Y un vino semejante al jade, sazonado con miel, llena tu copa,
libre de impurezas, fresco y refrescante.

Una luz diminuta titila en las sombras más profundas del techo abovedado.

YU LAN: Oye cómo los músicos ocupan sus lugares, oh alma,
Instalan campanas, sujetan los tambores, cantan las últimas canciones populares:
«Cruzando el río», «Juntando abrojos» y «La orilla soleada».
Te aguardan bailarines, ataviados con pieles de leopardo manchado.
Las campanas tañen en sus soportes oscilantes, el citarista rasguea las

cuerdas,

pi-pas y laúdes entonan agrestes armonías, el vibrante tambor redobla sonoramente.

La luz crece y resplandece al descender hacia la tarima, y el maestro Li y Yu Lan la guían hacia el hígado de la esposa del gran alcaide, que ha mirado todo con ojos que parecen tazones de sopa.

MAESTRO LI y YU LAN: Tu familia te aguarda, oh alma.
Los amantes te aguardan, oh alma.
La vida te aguarda, oh alma.
¡Regresa, regresa, regresa!

La luz desaparece y el chamán y la chamanka introducen el alma en el hígado de la paciente. El maestro Li le cierra los párpados, la obliga a acostarse y la arrulla. Yu Lan avanza hacia el frente de la tarima e interpela al gran alcaide, aunque conservando la distancia de los Misterios.

YU LAN: La enfermedad se ha ido. La vida y el amor aguardan, pero no olvides el Tao. Ten gran cuidado en tus sacrificios y plegarias, pues las influencias malignas procuran regresar adonde otrora retozaron, y debes ofrecer nueve medidas de seda verde bordada a los Tres Venerables. Los servidores del Wu no piden nada, pues se contentan con la emoción de la batalla y el regocijo del triunfo. Ahora volvamos al polvo rojo del mundo.

Se abren puertas de par en par, y entra la luz el sol, y el público sale a trompicones. Trasladan la litera a la cámara de la dama, mientras el humo de las amapolas lleva su dulce y espesa fragancia hacia las nubes.

Me levanté del suelo (estaba tendido junto al murciélago risueño) y aspiré grandes bocanadas de aire fresco. Yu Lan y el maestro Li se arrojaban cucharones de agua en la cabeza, y Yen Shih bajó de las vigas, gruñendo, jadeando y enfocando los ojos mientras estiraba los brazos y las piernas.

—Salió bastante bien, teniendo en cuenta que no tuvimos tiempo para ensayar —dijo el maestro Li.

—He visto cosas peores —dijo Yen Shih.

Yu Lan, como de costumbre, se abstuvo de hacer comentarios. Al salir pasó junto a mí: silenciosa, grácil, distante como una nube, sonriendo en secreto.

—Verás, Buey —dijo el maestro Li un rato más tarde mientras caminábamos por los jardines del palacio—, para un chamán, la identificación de un problema médico y su tratamiento apropiado es sólo el comienzo. En este caso el problema fue fácil de identificar. Eran renacuajos.

—¿Renacuajos?

—Precisamente. Tú has tenido un encontronazo infortunado con el gran alcaide, así que quizá sepas comprender a su esposa. Ella es la hija del jefe de una banda de bandidos, muchacho. Prácticamente nació a caballo y era feliz en los cerros donde se crió, y hela aquí en un lúgubre túmulo de piedra donde debe pasar el tiempo cosiendo y chismorreando con las criadas. Para colmo, tiene el deber de dar hijos a su marido, y podemos figurarnos lo que pensará de esa criatura de ojos esquivos y cobardes como padre.

El maestro Li se detuvo ante uno de los estanques decorativos de un patio, cerca de un muro gris donde había un balcón bajo altas ventanas.

—Renacuajos —dijo, señalando el agua verde—. Un viejo cuento de comadres sostiene que una mujer que trague catorce renacuajos vivos en el tercer día después de la menstruación, y diez más en el cuarto, no concebirá por cinco años, así que la pobre joven ha estado tragando esas criaturas. Son inofensivas. Lo que no es inofensivo son las tenias parasitarias que se transfieren de los renacuajos al estómago de la persona y la dejan enferma como un mono amarillo. Yu Lan administramos a la dama un potente vermífugo y le prohibimos los renacuajos hasta nuevo aviso, y como es fuerte como un caballo ya se ha recobrado físicamente.

Miró reflexivamente los renacuajos, se metió la mano en un bolsillo y extrajo una pequeña redoma con tapa.

—Aquí es donde termina la medicina convencional y empieza el chamanismo —dijo—. ¿De qué sirve curar el cuerpo cuando el auténtico daño afecta el espíritu? ¡Piensa en la humillación que sufre la hija de un jefe de bandidos al tener que tragar renacuajos, la destrucción de su autoestima! Así que Yu Lan y yo, con la invalorable asistencia de Yen Shih, logramos que esa dama se sintiera como la persona más importante del mundo mientras las fuerzas del bien y del mal batallaban por su alma. La fase final de la cura consiste en eliminar la necesidad de renacuajos. Ella encontrará la obvia solución al problema de la progenitura adecuada en el momento oportuno, pero ningún chamán respetable correría el riesgo de una recaída mientras ella lo resuelve.

Con esas palabras sacó la tapa de la redoma y abrió la pechera de mi túnica y me metió un escorpión vivo. Mientras no se celebre un concurso oficial de desnudamiento en todas las grandes provincias, el récord me pertenece. Me quité la ropa y me arrojé al estanque en tres segundos.

—¿Qué, qué, qué…? —dije, o algo igualmente inteligente mientras chapoteaba para ahuyentar escorpiones.

—Lo lamento, Buey. Te aseguro que primero le había extraído el veneno, y pensé que sería gracioso. Debo estar más avanzado que el Maestro Celestial en el camino de la senilidad. Ay, ay, ay —dijo mientras se alejaba alegremente a brincos.

El estanque tenía muy poca profundidad, y yo no parecía un dechado de

pudor mientras intentaba ordenar mi ropa para ponérmela, y cuando trataba de encajar el pie izquierdo en la sandalia derecha apareció un lacayo muy elegante y me informó que se requería mi presencia en el interior. Me dejó en manos de una criada que no podía contener sus risitas mientras me llevaba arriba, y me condujo por puertas elegantes hacia una suntuosa alcoba con ventanas altas que se abrían a un angosto balcón que asomaba sobre un estanque poco profundo donde nadaban renacuajos, retozando entre las correas de mi faltante sandalia izquierda.

—¡Aló! —gorjeó la esposa del alcaide.

Pero ése no era su estilo, así que abandonó la timidez y arqueó un dedo autoritario.

—Ven aquí, chico —gruñó la hija del jefe de los bandidos.

Oportunamente me enteré de que nueve meses después dio a luz un hijo varón (trece libras once onzas) y escogió el diminutivo Liu Niu. Presuntamente pensaba en una deidad menor llamada Liu-hai, así que el nombre significaba «Becerro afortunado», pero si acaso pensaba en otra deidad menor llamada Liu-lang, el nombre significa «Buey Cachondo», y no daré más detalles.

10

Cuando esa noche volví a pasar por el estanque de los renacuajos, cargaba al maestro Li en mi espalda, y esta vez me escabullí en silencio detrás de los arbustos y me puse a escalar. Lejos de nosotros, en el puente levadizo, sonaban las trompetas y se cuadraban los soldados. El sabio había querido resolver el problema de la esposa del gran alcaide antes de encarar asuntos serios, y la sincronización no podía haber sido más perfecta, porque Li el Gato llegaba en un palanquín decorado con dragones imperiales, escoltado por las fuerzas selectas del Regimiento Lobo.

El ascenso fue ridículamente fácil. Las enormes piedras que formaban la pared estaban colocadas de modo irregular, dándome todos los asideros que necesitaba, y era posible balancearse de aquí para allá para llegar a la *suite* privada del gran alcaide sin abandonar nunca el refugio de los parapetos y balcones. Cuando me aupé sobre el borde del último balcón, pudimos ver el corredor y las oficinas por una ventana, y dónde estaban apostados los guardias, y otra ventana nos condujo al sancta sanctorum del alcaide.

—¿Por qué no cuelgan un letrero que diga «Asaltadme»? —susurró el maestro Li con desdén.

Las cosas mejoraban aún más. Había un biombo decorativo de cinco paneles en una zona en penumbra, lejos de las lámparas y los rayos de la luna, pero aún cerca de la mesa cubierta de jade y rodeada por cojines de seda, y un armario brindó al maestro Li una jarra de excelente vino y a mí un frasco de la mejor alga en escabeche que probé jamás. Nos pusimos a esperar, pero no tuvimos que esperar mucho. Al cabo de una hora el chasquido de las botas de los guardias y el estrépito de las armas anunció la llegada del gran alcaide, y sólo entraron el alcaide y Li el Gato, junto con dos sirvientes. Los sirvientes prepararon un brasero, dejaron un recipiente para hervir agua, se marcharon con reverencias de la sala y la puerta se cerró tras ellos.

—No veo el momento de que el paladar de un conocedor evalúe esta tanda —dijo servilmente Li el Gato—. Para mi gusto representa una mejora del cincuenta por ciento, pero no pretendo ser un experto.

—Tampoco yo. Sólo tengo facilidad para reproducir los clichés de los

expertos —dijo el gran alcaide con un remedo de reverencia, y ambos rieron de buena gana.

Li el Gato abrió su cinturón y extrajo un pequeño objeto redondo que parecía tener estampado el sello imperial. Era verde claro, con matices morados, y al parecer duro como un trozo de madera. El maestro Li me clavó los dedos en el hombro.

—Buey, eso es Té del Tributo —susurró—. ¿Cómo diablos consiguió ese viscoso eunuco Té del Tributo?

Era una pregunta retórica, así que no respondí. El eunuco arrancó filamentos de esa torta dura y pequeña con un cuchillo de plata, y el gran alcaide usó una mano de plata para moler los filamentos en un mortero de plata. Con gran ceremonia pasaron el polvo tres veces por un filtro de plata, y luego vertieron porciones similares en dos platillos *chien* anchos y planos. El agua del recipiente (en realidad, una «botella para sopa») estaba hirviendo, y el gran alcaide la vertió cuidadosamente en los platillos. Los revolvieron con batidores de bambú. Al principio el líquido era blanco, luego se tornó gris azulado y oro azulado, y el aroma que llegó a mis narices era el perfume delicioso y sutil del té de máxima calidad. Se saludaron con reverencias, se llevaron los platillos a los labios y bebieron, y el alcaide hizo una mueca y escupió el líquido al fuego.

—Todavía sabe a orina de camello —dijo de mal humor.

—Bien, no alardeé de perfección, y realmente sabe mejor —protestó el eunuco—. Prueba otro sorbo, y no esperes milagros.

El gran alcaide probó otro sorbo cautelosamente, y esta vez lo retuvo.

—Vale, es un poco mejor —concedió a regañadientes—. Aun así, no engañaría ni a un niño.

—No nos dedicamos a engañar a niños. Nos dedicamos a engañar a bárbaros —dijo el eunuco, riendo entre dientes—. ¡Mira las hojas sin comprimir y dime si hay algo malo en ellas!

Sacó unos objetos diminutos del cinturón, y el alcaide las estudió con admiración.

—Buda, eso es maravilloso. ¿Usaste la misma tanda?

—Exacto, incluso algunas de las peores. Ya dominamos la técnica, y ahora garantizo una tasa de éxito del noventa y cinco por ciento. ¿Cómo andan las cosas por tu lado? —preguntó Li el Gato.

—Otros cuatro reyes bárbaros han manifestado un gran interés, y dos de ellos son clientes seguros —dijo animadamente el gran alcaide—. El gran mercado sería Roma, desde luego, pero las rutas marítimas son muy arriesgadas y cada caravana corre peligro de ser capturada por príncipes ambiciosos que podrían enviar esta sustancia de vuelta a China, como tributo. ¿Te lo imaginas?

Li el Gato tembló.

—Ni siquiera pienses en esas cosas —dijo—. ¿Algún cambio en el argumento de venta?

El gran alcaide se encogió de hombros.

—¿Para qué cambiarlo? Tenemos que explicar cómo conseguimos la mercancía, y la historia de que unos bandidos capturaron caravanas y luego descubrieron que el cargamento estaba destinado al emperador es inmejorable. Mi reciente boda con la hija de un bandido brinda autenticidad, y es fácil explicar que mi ilustre suegro no puede deshacerse de su botín dentro de los límites de la civilización, y tiene que acudir a mí en busca de mercados externos. No pintemos de oro algo que ya reluce.

Fue entonces cuando la situación cambió drásticamente. El alcaide había sacado un gran mapa y estaban hablando de rutas y nuevos mercados cuando un sonido agudo y estridente, aunque bastante bonito, vibró en la habitación. Era como el rápido tintineo de una campanilla de plata, y al instante ambos se pusieron de pie. El alcaide corrió hacia la pared oeste y apartó un pergamino con caligrafía tendido sobre un marco de bambú, dejando al descubierto la puerta de una caja fuerte. Luego su espalda me tapó la vista y no pude distinguir cómo la abría, pero tuve que reprimir una fuerte exclamación cuando se giró. En sus manos había una antigua jaula, exactamente igual a las otras dos, y el sonido parecía venir de su interior. El alcaide regresó a la mesa al trote y bajó la jaula. Una luz diminuta fluctuaba en el centro, palpitando al son de la campanilla, pero el hombro del alcaide me impidió ver lo que hacía mientras estiraba la mano hacia el frente de la jaula. La vibración de la campanilla cesó. La luz se expandió hasta llenar la jaula, y entonces mis ojos casi saltaron de sus órbitas. Se estaban formando rasgos humanos dentro de las rejas y al fin plasmaron el rostro de un viejo mandarín que había visto en el funeral de Ma Tuan In. El maestro Li me clavaba los dedos en el hombro como cuchillos, y las arrugas habían formado círculos tan estrechos alrededor de sus ojos que me pregunté cómo veía. El mandarín abrió la boca, y oímos su voz tal como si estuviera en la habitación.

—¡Estimados colegas, ha sucedido algo increíble! ¡Increíble! —dijo con tanto entusiasmo que escupía saliva, e hizo un esfuerzo visible para calmarse —. ¡Es posible que todos nuestros sueños y ambiciones, los grandes objetivos a los que aspirábamos pero que desesperábamos de obtener, estén a nuestro alcance! Nadie me creería si yo mismo lo explicara, así que me siento halagado, pasmado y exaltado de traeros el mensaje desde su fuente. Una presentación sería una grosera impertinencia.

La imagen osciló y se disolvió como una nube al deshilacharse, y las piezas comenzaron a cobrar otra forma, y ahogué un aullido cuando un rostro inconfundible llenó la jaula. Era el Maestro Celestial.

—Conque sois los colegas de esta criatura, ¿eh? —murmuró el santo. Su rostro se sonrojó y su voz se elevó en un rugido—. ¡Asnos ineptos! ¡Tijeretas

emasculadas! ¡Simios idiotas cuyo único talento consiste en preparar comida con vuestra propia inmundicia! ¡Meteos esos dedos mierdosos en los oídos y sacad los escarabajos estercoleros, porque voy a revelaros cuán errados son vuestros obtusos hábitos!

El gran alcaide estaba petrificado, pero lamentablemente Li el Gato no. Arañaba el brazo del alcaide y señalaba la puerta con alarma, y el alcaide cayó en la cuenta de que los palacios crían fisgones como los graneros crían ratas, así que cogió la jaula y corrió con el eunuco hacia la pared sur. Abrieron una puerta y entraron, y los furiosos rugidos del Maestro Celestial cesaron cuando cerraron la puerta.

El maestro Li aportó palabras corrosivas de su propia cosecha mientras salía de detrás del biombo y corría hacia la puerta. No cedió, y cuando me agaché para mirar por una pequeña fisura vi que las ganzúas no servirían de nada. Un grueso aldabón la trababa del otro lado, y lo único que ayudaría sería un ariete.

—Tenemos que oír qué se propone el Maestro Celestial —dijo torvamente el maestro Li—. Hace largo tiempo que está alejado de los escabrosos asuntos mundanos, y no llega a comprender cuán peligroso es tratar de engañar a hombres que serán sometidos a los Mil Cortes si son capturados. Buey, salgamos por la ventana.

Saltó sobre mi espalda y yo brinqué sobre el balcón y bajé por la pared hasta que llegamos al nivel de la sala de recepción, que era como una sala del trono, con la alta silla dorada del gran alcaide elevada sobre una pequeña tarima que se extendía desde la torre central. No he mencionado que el castillo estaba construido en el estilo llamado Pino, con una torre de piedra en el centro que sostiene travesados que se arquean como ramas hacia las paredes externas.

—Buey, el pasaje que tomaron parecía conducir a la torre, y casi todos los palacios estilo Pino usan la torre como sala de conferencias secreta, así como fuente central de luz y aire —dijo el sabio.

Me ordenó que entrara, corriera hacia la tarima y apartara los tapices que cubrían la pared detrás de la silla del alcaide. Descubrí lo que él esperaba detrás del tercer tapiz: una portezuela laqueada que revelaba una escalera en espiral dentro de los muros circulares. Subí los peldaños de dos en dos, confiando en que los bramidos del Maestro Celestial taparan el sonido de mis sandalias en la piedra, pero cuando llegamos al nivel de la oficina del alcaide no encontramos una habitación secreta sino dos, y para llegar a la segunda teníamos que atravesar la primera. Intuí un desastre en cuanto el maestro Li se bajó de mi espalda y abrió una puerta con repujados de oro. Señaló una segunda puerta con repujados de oro frente a nosotros.

—Si mi orientación es correcta —susurró—, tendrían que estar allí.

Creí oír una voz tenue que quizá perteneciera al Maestro Celestial, pero

estaba más interesado en el territorio que tendríamos que cruzar para llegar a ella.

Pisábamos una gruesa alfombra de armiño. Las paredes de la habitación estaban revestidas de terciopelo, y la pieza central era una inmensa cama cubierta de satén, y por doquier había aduladores retratos de la misma criatura. Eran retratos de Serpiente, y yo no estaba de ánimo para felicitar al alcaide por su astucia al poner la sala de conferencias y la habitación de su amante a tiro de su oficina. Tragué saliva ruidosamente y procuré fingir que era invisible mientras caminaba de puntillas por la alfombra siguiendo al maestro Li, pero no me sirvió de nada.

Pasé frente a un biombo y de pronto me golpeó un tronco volador, o algo similar. Creo que yo todavía volaba por los aires cuando Serpiente recogió al maestro Li y lo metió sin esfuerzo en una inmensa urna de malaquita. El terciopelo de la pared amortiguó el golpe cuando me estrellé, y me levanté del armiño y arremetí contra un reptil que silbaba alegremente. Como yo tenía la amabilidad de embestir de cabeza, él pateó mi barbilla con la sandalia izquierda, y con la derecha, y de nuevo con la izquierda, como si jugara con una pelota, y cuando me desplomé en la alfombra vi un rictus extraño en su cara. Serpiente le sonreía al bueno de Buey Número Diez, que había ido a entretenerle con una muerte muy lenta. El mazazo que me asestó con el canto de la mano fue casi amigable, sin fuerza suficiente para partirme el cuello en dos. Logré rodar y patear débilmente, y cuando Serpiente dejó que me pusiera de pie fue más que evidente que estaba jugando conmigo.

A sus espaldas una mano vieja y arrugada había asomado por la boca de la urna, empuñando un cuchillo arrojadizo. El maestro Li apenas podía mover el brazo, así que le resultaba imposible lanzar el arma, pero podía tratar de dármela. El problema era sortear a Serpiente para llegar a ella. Lo único que podía hacer era acometer y rezar, y casi logré alzarlo y hacerlo girar. Lamentablemente lo estaba enfureciendo, y él siseó y dejó de jugar. Metió los brazos entre los míos y se zafó de mi apretón sin esfuerzo, y ahora era su turno. Me envolvió en su abrazo de constrictor, apretando con un vigor que transformaría mis huesos en gelatina.

—¡Arrójalo! ¡Arrójalo! —resollé mientras aún tenía aliento.

Esperaba lograr una distracción, y lo conseguí. El maestro Li arrojó desmañadamente el cuchillo, que trazó solo una lenta revolución en el aire antes de llegar a la espalda de Serpiente. Debía de ser como la picadura de una hormiga. Él miró hacia atrás, vio la mano extendida y no quedó complacido. Siseando con cierta fiereza, trató de equilibrarse para asestar una patada enérgica y ver qué se rompía en más pedazos, la urna o el viejo, y entre tanto aflojó su presión sobre mí. Me eché hacia atrás con ímpetu y me liberé, y luego le cogí la cintura y casi me rompí la espalda mientras lo alzaba. Sus pies dejaron de tocar la alfombra. Yo sólo tenía fuerzas para una maniobra

desesperada, y lo único que podía hacer era tratar de estrellarle la espalda contra el borde afilado de una gran mesa de mármol. Puse todo mi empeño, pero no fue suficiente. Supe que había errado en cuanto me deshice de él, y su espalda le erró al borde y aterrizó en la superficie lisa y plana. Me clavó sus fríos ojos de reptil, y no me quedaba fuerza en el brazo cuando intenté desnucarlo. Ni siquiera se molestó en pestañear. Yo tenía las piernas entumecidas, y me aferré desesperadamente a él mientras me deslizaba hacia atrás. Sus ojos me seguían, fríos, duros, sin la menor emoción, y me desplomé en el suelo y Serpiente cayó junto a mí.

Él estaba tendido de costado con sus inmóviles ojos de reptil clavados en los míos, y al fin comprendí que presenciaba un pequeño milagro. El cuchillo del maestro Li sólo había perforado un pliegue de tela y una delgada capa de carne, y oscilaba inocuamente de aquí para allá, pero se había desplazado a la posición atinada cuando él cayó sobre la mesa. Se le había clavado en la espalda hasta la empuñadura, atravesando el corazón, y Serpiente la había palmado.

11

El maestro Li me clavó ojos incrédulos cuando miré dentro de la urna.

—¿Estas vivo?

—Maestro —dije—, ¿alguna deidad nos debe un favor? De lo contrario, tendremos que ir a la quiebra comprando incienso para el panteón.

Lo saqué sin destruir la urna y él pudo apañárselas bastante bien una vez que le hice masajes en las piernas. Miró el cuerpo de Serpiente y sacudió la cabeza intrigado cuando le conté lo que había ocurrido, y luego destacó un aspecto desagradable en el que yo no había reparado.

—Es imposible que esta herida en la espalda pueda pasar por un accidente —dijo—. De un modo u otro, afrontamos complicaciones fastidiosas, pero el primer paso es imprescindible. El cadáver tiene que desaparecer.

Abrí la boca un par de veces para hacer sugerencias, pero volví a cerrarla. El gran alcaide desmantelaría el castillo piedra por piedra, si era necesario, excavaría cada pulgada de tierra, vaciaría el foso, enviaría buzos a los pozos. Cuando el maestro Li decía «desaparecer», lo decía literalmente.

—El primer paso consiste en sacarlo de este repulsivo nido de amor, y al menos esa parte es fácil —dijo resueltamente el viejo.

Hice dos viajes por la escalera y por la pared hasta el jardín, uno para bajar al maestro Li y el otro para bajar a Serpiente. El cadáver cabía en una carretilla grande (un invento que he explicado a los bárbaros en una crónica anterior) y lo cubrimos con la arpillera de unas bolsas para estiércol. Luego el maestro Li se sentó cómodamente encima y yo empujé la carretilla y dejé atrás a los guardias mientras él hipaba y agitaba su petaca y cantaba canciones obscenas, y el capitán de los guardias se limitó a saludar con reverencias. Después de una batalla como la que el viejo chamán había librado para salvar a la esposa del gran alcaide, era natural que se pillara una buena tranca, y nadie soñaba con entrometerse. Lo lleve hasta el carromato del titiritero y dejé la carretilla fuera, con el cadáver cubierto, seguro de que nadie se acercaría al vehículo del viejo. No hay nada más peligroso que un chamán ebrio. Yen Shih nos hizo entrar, y había muy poco espacio a pesar del tamaño del carromato porque sus trastos de titiritero ocupaban hasta el último recoveco.

—Tenemos un problema —dijo el maestro Li.

Yen Shih enarcó una ceja.

—Hay un cadáver en esa carretilla —dijo el maestro Li.

Yen Shih enarcó la otra ceja.

—Es el cadáver de esa criatura semejante a una serpiente que casi mató a Buey, y debemos suponer que el gran alcaide registrará cada gota de agua y mota de polvo hasta encontrar a ese hijo de víbora —dijo el maestro Li.

Yen Shih asintió.

—Por el momento tengo dos ideas —dijo el maestro Li—. La primera es disfrazar el cadáver para que parezca uno de tus títeres grandes.

Yen Shih señaló la luna e hizo movimientos giratorios, indicando el paso del tiempo, y luego alzó la nariz, indicando un mal olor.

—La segunda es encontrar un modo de explicar que un tigre logró cruzar el foso y las murallas y comerse a ese cabrón —dijo el maestro Li.

Yen Shih se encogió de hombros y extendió las manos: ¿cómo?

—Pensaremos —dijo el maestro Li, y contrajo las arrugas mientras Yen Shih miraba el techo de lona y tarareaba. Luego dejó de tararear.

—Mañana —dijo lentamente el titiritero— el gran alcaide de Puerta del Ganso celebrará un banquete para festejar la recuperación de su esposa.

—¿Y durante el banquete un tigre se comerá a Serpiente? —dijo el maestro Li.

—Durante el banquete el gran alcaide de Puerta del Ganso se comerá a Serpiente —dijo Yen Shih.

La humorada no me causó mucha gracia, pero al maestro Li le interesó. Más aún, observaba al titiritero con gran admiración.

—Amigo mío, eres un genio —exclamó.

—Pero no habla en serio —intervine. Entonces miré a Yen Shih, y de nuevo al maestro Li, y de nuevo a Yen Shih—. ¿O sí? —musité.

No quiero describir lo que sucedió a continuación, pero debo hacerlo si quiero narrar con fidelidad los casos del maestro Li, así que incluiré un detalle que me hará parecer aún más necio que de costumbre. Durante las horas espantosas que siguieron mi mente insistió en aferrarse a una imagen totalmente irrelevante. Había adquirido esta imagen en la escena con que inicié esta narración, e ignoro por qué afloró para adherirse como una lapa a mi cerebro, pero allí estaba. Yoveía a un bárbaro despreciable con rostro de piedra y ojos como carámbanos, acuclillado en un lugar sórdido y rascándose las pulgas en un sitio llamado las Colinas Sabinas, hundiendo el pincel en veneno de serpiente para enviar su imbécil crítica hasta la remota China.

—De acuerdo, Flaco —dije en silencio mientras empujaba una montaña de verduras frescas hacia las cocinas del castillo—, ¿qué quieres que haga? ¿Fingir que no hay un cadáver bajo los nabos, porque los cadáveres son melodramáticos en extremo? ¡Bah, amigo Flaco! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

Un gran castillo siempre tiene una cocina pequeña aparte para la preparación de platos ceremoniales que se ofrendan a los fantasmas o los dioses, y era de esperar que un chamán deseara hacer una ofrenda a los dioses que lo habían ayudado e invitara a su estimado anfitrión a compartir el festín. El maestro Li no tuvo dificultad en adueñarse del lugar, y en pocos minutos él y Yen Shih habían estirado el cadáver sobre la mesa de la cocina y le arrancaban la ropa. Para ser franco, yo aún no atinaba a creer que esto sucediera.

—Buey, ¿quieres ver si tienen gelatina de pies de cerdo? —preguntó el titiritero. Se volvió hacia el maestro Li—. Me parece que sería mejor marinar los muslos en un caldo de pies de cerdo mezclado con miel y borra de vino, y luego hornearlos dentro de una masa formada con la marinada engrosada con pasta de cacahuates.

—¡Un sibarita! —dijo el maestro Li.

—¡Puaj! —dije yo.

—Buey, de paso, fíjate si tienen pellejos de medusa en salmuera —dijo el maestro Li mientras yo huía hacia la alacena—. He descubierto que combinan maravillosamente con las zarpas de oso —le dijo a Yen Shih—. Para mí las zarpas de oso saben a pegamento, así que los pellejos de medusa podrían ser un buen acompañamiento para las partes glutinosas, como las plantas de los pies de este cabrón, y quizá los cordones espermáticos.

—¡Puaj! —dije yo.

Había pies de cerdo en un estante, y en un armario encontré un frasco de pellejos de medusa. Cuando regresé a la mesa, el maestro Li se disponía a serruchar la tapa de los sesos del cadáver, y Yen Shih medía una tibia y un peroné para trincharlos a hachazos.

—Como ves, Flaco, en este mundo hay más cosas de las que puede imaginar un hombre incivilizado —dije en silencio—. Por ejemplo…

¡Chac, chac, chac!

—¡Puaj!

—Yen Shih, ¿cocemos los sesos en una tradicional salsa de nabo, o prefieres caldo de ostras? —gritó el maestro Li por encima de los chasquidos del hacha del titiritero.

—A fuer de ser sincero, prefiero los sesos escalfados en leche de coco, si Buey puede encontrarla —dijo pensativamente Yen Shih.

—¡Brillante! —exclamó con admiración el maestro Li—. Buey, fíjate si tienen cocos. ¿Sabes por qué nuestro erudito amigo hizo esa sugerencia? Se cuenta que hace mucho tiempo el gran rey de Nam Viet fue apuñalado por asesinos, y él comprendió que agonizaba, así que se arrancó la cabeza y la clavó en un árbol como regalo final para su pueblo. La cabeza se transformó en el coco, y como el rey estaba ebrio en ese momento, el fluido que contiene es la sustancia más fermentable de la tierra.

—¡Puaj! —dije yo.

—Volveré a pedir tu invalorable consejo para no correr el riesgo de arruinar nada —dijo el maestro Li—. ¿Dejamos la lengua entera, quizá horneada dentro de una corteza de pasta de castañas, o la troceamos y la salteamos con mantequilla y ajo?

—Soy un enamorado de la mantequilla y el ajo —dijo el titiritero—. ¿Por qué no reservamos la pasta de castañas para cocer los cojones de este cabrón?

—Espléndido —dijo el maestro Li.

—¡Puaj! —dije yo.

¡Chac, chac, chac!

—Buey, ¿quieres extraer la médula de éstos?

—¡Puaj, puaj, puaj! —dije yo.

—No te molestes. Lo haré yo. ¿Qué tal un guisado de orejas y dedos de los pies?

—Quizá con una loncha de carne del pecho —dijo el maestro Li—. Cocida lentamente con natillas de habichuelas, naranjillas, pimientos rojos, añadiendo al final una buena porción de setas.

—Maravilloso —dijo Yen Shih—. Tenemos tiempo para preparar unas salchichas, ¿verdad?

—Ciertamente. Veamos qué aspecto tienen sus intestinos.

—¡Puaj! —dije yo.

—¡Buey, busca esa mostaza del sur que va tan bien con las salchichas! —pidió Yen Shih—. Una vez conocí a un tipo llamado Meng Kuan, que sostenía que compró mostaza de Tan, la llevó a casa y se olvidó de ella —le dijo al maestro Li—. La sustancia empezó a crecer, y desarrolló un torso, una cabeza, una cola y cuatro piernas, y Meng Kuan jura que lo mordió y salió al galope por la puerta y que él nunca volvió a verla.

—¿Qué estaba bebiendo?

—Quitapintura, supongo. Hablando del tema, ¿habrá un modo de disfrazar los rasgos, aunque dejándolos intactos, y servir al gran alcaide la crujiente cara frita de su amiguito?

—¡Puaj! —dije yo.

Regresé a tumbos con mostaza y un coco.

—Como ves, Flaco —dije en silencio—, hay momentos en que los caballeros deben abocarse a actividades que normalmente…

—¡Mira los riñones y el páncreas de este tío!

—¡Divinos! ¡Y el hígado!

—¡Berenjenas! Buey, necesitamos berenjenas, tomates, cebollas, pimientos verdes y por lo menos dos clases de calabaza.

Arrojé huesos en marmitas y los herví para hacer caldo, y luego los trituré hasta obtener un polvo áspero y gris que mezclé con cereal y melaza para hacer albóndigas pequeñas, y me asomé por la ventana y arrojé las albóndigas al foso

y vi cómo los peces les lanzaban dentelladas. La ropa de Serpiente ardió en las llamas. Sus pertenencias no combustibles fueron fundidas hasta tornarse irreconocibles antes de sumarse a las albóndigas de hueso, y se sumergieron en el agua al son de los eructos de los peces. No quedaba ni rastro de la criatura, salvo por la sucesión de espléndidos platos que se llevaron a la mesa del gran alcaide la noche siguiente en el banquete. Yo carecía de estatus social para asistir, y también Yen Shih, pero el maestro Li y Yu Lan fueron invitados de honor, y para mí fue un gran alivio enterarme de que Yu Lan nunca comía carne. El maestro Li podía comer cualquier cosa, incluido el «Unicornio de Doce Tesoros y Cinco Sabores Endulzado con Hierbas», que se le sirvió al gran alcaide como *piéce de résistance*. (Yen Shih y el maestro Li habían hervido las caderas de Serpiente en una infusión de pétalos de hibisco, y tuve que admitir que les daba un encantador matiz arrebolado). Como dije, yo no asistí, pero oí comentarios satisfechos de los invitados que se marchaban, incluida la evaluación de dos sacerdotes muy encumbrados.

—Un poco fuerte para mi gusto, pero muy bien preparado —dijo el sumo sacerdote de Yen-men.

—Unos comestibles singularmente suculentos —remató su colega confuciano.

—¡Puaj! —dije yo.

12

El maestro Li se excusó diciendo que estaba agotado, al igual que Yu Lan, y ambos se marcharon antes de que el banquete terminara entre discursos aburridos. Yu Lan se escabulló, se puso ropa de varón para moverse con rapidez y se ennegreció la cara con hollín. Se disponía a ayudar a su padre, y el maestro Li y yo estábamos encaramados en un pequeño parapeto del muro del castillo que daba sobre el patio y el trono del gran alcaide frente al carromato de Yen Shih. El gran alcaide no había podido prestar la debida atención a la comida, me dijo el maestro Li, porque continuamente recibía informes de partidas que exploraban el castillo en busca de Serpiente, y faltaba poco para que él mismo, en su ansiedad, encabezara una partida. Eso, dijo el sabio, nos daría nuestra oportunidad.

—Buey, debemos echar mano de la jaula del alcaide —urgió el maestro Li—. Esos objetos increíbles pueden proyectar imágenes y sonidos a través de media China, quizá más lejos, y si logramos deducir cómo funcionan quizá podamos contactar con el Maestro Celestial a tiempo para impedir que le corten la garganta.

—¿Por qué se atreverían a eso? —dije con voz pasmada.

—Por las alborotadas palabras del mandarín cuyo rostro apareció primero, es casi seguro que el Maestro Celestial les está tendiendo una trampa para que cometan una indiscreción, pero dudo que haya reparado en el peligro —dijo torvamente—. Los mandarines que están a punto de perder dinero son capaces de cualquier cosa, y en este caso también corren el riesgo de perder el pellejo.

Me imaginé al viejo santo cercado por ratas rabiosas como Li el Gato y sus sirvientes Cerdo, Hiena y Chacal, y temblé.

—Venerable maestro, ¿alguna vez oíste hablar de algo parecido a esas asombrosas jaulas? —pregunté.

Él se masticó pensativamente la barba ensortijada.

—No exactamente —dijo—. En su *Tu Yang Tsa Fien*, Su O describe el Espejo de los Inmortales que vio en la comarca de Lin. Dice que era un cristal utilizado por los médicos, y cuando un paciente se plantaba frente a él se

tornaba transparente, y el galeno podía examinar los órganos internos o encontrar fisuras en los huesos. Aunque Su O no es un testigo fiable, en este caso su observación fue confirmada por una fuente prestigiosa, el *Hsi Ching Tsa Chi*, que repite la descripción con la información adicional de que el cristal tiene cuatro pies de anchura y más de cinco pies de altura. Por lo demás, Su O afirma que hay versiones portátiles más pequeñas llamadas Perlas del Discernimiento, y es lo más parecido a las jaulas que conozco. Tengo la impresión de que el principio operativo de ambos objetos debe de ser similar, aunque podría estar totalmente equivocado.

Dije que veíamos el patio y el carromato de Yen Shih, frente al cual estaban reunidos los comensales, pero aún no he descrito el carromato en detalle. Era enorme, y se podía bajar un lado entero para formar un escenario, con extensiones deslizables para ampliarlo aún más. La cubierta de lona también se extendía, y había una galería desde un extremo del tablado hasta el otro. Allí Yen Shih practicaba un arte que se parecía a la magia. La galería era un laberinto de alambres, cordeles, engranajes, ruedas, poleas y péndulos, y el titiritero brincaba y saltaba entre vigas de bambú con la agilidad de un gato mientras una mano impulsaba esto y tironeaba aquello, y la otra mano manipulaba una maraña de cables tan delgados que eran casi invisibles, y en el escenario el títere principal se elevaba raudamente en los brincos y giros de la Danza del Dragón mientras un coro de títeres cabriolaba en el fondo. (Es literalmente cierto que un duque desquiciado hizo arrestar a Yen Shih por haber diseñado un títere tan verosímil que sedujo a la dama Wu, y sólo la intercesión de la madre del duque impidió un gran escándalo). Una batería de tubos de bambú conducía a varias partes del escenario, y a través de ellos el titiritero proyectaba la voz de los personajes. En las obras complicadas Yu Lan ayudaba desde abajo, oculta detrás de un biombo, aportando la voz de las mujeres y los niños y manipulando el escenario. Los trasfondos estaban pintados en paneles de lona giratorios que podían ofrecer cuatro paisajes diferentes, y Yu Lan podía hacer cosas maravillosas con los faroles.

El maestro Li me dijo seriamente que Yen Shih era el más grande titiritero que él había visto, y quizá el más grande que había existido. Menciono esto en un arrebato de autocompasión. Era el punto culminante de la velada, y Yen Shih iba a presentar su obra maestra, y yo me la perdería.

Un choque de timbales provocó una gran ovación del público, y los telones del iluminado escenario se entreabrieron para revelar un paisaje famoso: la casa y *yamen* del magistrado Po a la izquierda y el burdel de la ciudad, la Casa de la Alegría de Madre Hsien, a la derecha. Una ovación aún más estentórea saludó a los dos primeros títeres, Fu-mo (hombre serio) y Fu-ching (cómico), que prepararían al público antes de sumarse a la obra como personajes protagonistas. Tradicionalmente intercambian rápidas frases que satirizan a los dignatarios lugareños y parodian los escándalos actuales, lanzando aullidos de

enfado paródico ante cada comentario y pegándose en la cabeza con vejigas de cerdo. Gran parte del diálogo que llegaba a nosotros no significaba nada para mí, pero las carcajadas del público indicaban que Yen Shih se había informado bien. Luego Fu-mo y Fu-ching comenzaron a representar sus propios personajes, lamentando que los propietarios suspicaces recurrieran a cerrojos, puertas enrejadas y feroces perros guardianes, y los guardabosques hicieran de la caza furtiva una ocupación peligrosa, y que prácticamente no hubiera trabajo para los carteristas, y que hubiera pasado un mes desde que un palurdo crédulo fuera a la ciudad. Mientras sucedía todo esto, yo trataba de hechizar al gran alcaide.

—Quédate, quédate —le decía en silencio—. Mira toda la obra antes de empezar a buscar.

Yu Lan rasgueaba las cuerdas de la *pi-pa*, y las lágrimas me llenaron los ojos cuando oí los primeros versos de la más famosa canción del mundo civilizado, entonada en un acento campesino tan puro que prácticamente apestaba a fango y estiércol.

Soy un labriego, y a mucha honra,
no doy un bledo por los mañosos de la ciudad.
No quiero oír los berridos de ninguna estrella de la ópera
cuando puedo escuchar los sapos de mi charco.

El cantor salió a escena, y rompí a llorar cuando vi el títere. Era un rústico tan cercano al tosco suelo que estaba apenas un paso por encima de un búfalo de aguas. Cada inflexión, cada chasquido de las sandalias, cada rascadura de los piojos del pelo, cada gesto zafio era tan perfecto que por un momento habría jurado que estaba de vuelta en mi amada aldea, y la nostalgia me barrió como una ola. El campesino llevaba un cerdo al mercado, y Fu-mo y Fu-hing quedaban tan azorados por este regalo de los dioses que se caían de espaldas.

La trama increíblemente compleja de *Hong el Patán* trata sobre los esfuerzos del labriego para recobrar el cerdo que le han quitado los dos granujas, y para ello Yen Shih usaría todos los títeres que tenía. Yo me disponía dichosamente a mirar cuando el maestro Li me dio un codazo en las costillas.

—Vamos —dijo.

El maldito gran alcaide se había levantado, se había reunido con sus guardias y caminaba hacia nosotros, y lo único que pude hacer fue inclinarme para que el maestro Li trepara a mi espalda, y luego tuve que doblar la esquina del parapeto y perder de vista la más grandiosa obra de títeres realizada por el más grandioso titiritero. La vida puede ser muy injusta.

El gran alcaide y su partida atravesaron corredores, habitaciones y guardarropas mientras seguíamos su avance desde los balcones. Ese condenado

lugar tenía más cámaras que un hormiguero y la inspección era lenta, pero teníamos que cerciorarnos de que nadie nos molestaría cuando fuéramos en busca de la jaula. Desde mi punto de vista, lo más enloquecedor era que seguíamos cruzando balcones con vistas al carromato. Podía ver fragmentos de la acción, como cuando Fu-mo y Fu-ching compraban el excelente cerdo de Hong el Patán con un raro e invalorable diamante del helado norte (Hong el Patán, siendo del sur, nunca había visto un trozo de hielo) y luego tuve que desplazarme y cuando volví a atisbar el escenario el palurdo regresaba a su casa y decidía sacar el diamante para admirarlo.

—¡Mierda! El hijo de perra me orinó en el bolsillo y huyó.

Luego tuve que moverme de nuevo, perdiéndome la parte en que los pillos vierten un narcótico en el vino del labriego y se quedan con toda su ropa, y apenas llegué a ver a Hong el Patán cuando caía por una ventana en la alcoba de la esposa del magistrado Po.

—¡Socorro! ¡Me ataca un demonio desnudo!

En otra ventana, el magistrado Po admiraba la luna con dignidad neoconfuciana.

—¡Calla, mujer! El hombre superior no percibe sonidos lascivos ni espectáculos indecentes.

Luego volví a perderme las imágenes y el sonido, y rodeé otra torre, y luego volvió el fulgor de las luces del escenario.

—¡Me ataca un demonio desnudo que no está del todo mal!

—¡Mujer, necesito silencio! Los oídos del hombre superior no son mancillados por sonidos desagradables, así como sus riñones y su hígado están purgados de pereza y negligencia, falsía y depravación.

El gran alcaide había desaparecido, y tuve que arrastrarme por una ventana y cruzar pasillos de puntillas hasta que lo encontramos de nuevo. Luego tuve que retroceder y salir a otro balcón antes de que sus hombres nos vieran.

—¡Me ataca un demonio desnudo que no está del todo mal, y que está equipado como un caballo!

—¡Silencio, mujer! El hombre superior sólo escucha los cánticos atinados, acompañados por flauta y cítara, de modo que el esplendor de su plena virtud haga que las cuatro estaciones se sucedan armónicamente y establezcan el orden correcto de las cosas.

Fue entonces cuando sucedió uno de esos accidentes que instan ala gente a colgarse una piedra del cuello y arrojarse a un pozo. El gran alcaide había desaparecido de nuevo, y de nuevo entré por una ventana. Cuando lo localizamos, conducía a sus hombres a la sala de recepción, y el maestro Li jadeó de felicidad al ver que abría la puerta que estaba detrás del trono y llevaba a sus hombres escalera arriba. Ahora sólo teníamos que subir hasta sus aposentos y esperar que entrara por la puerta que venía de la torre central. Una vez que se marchara, sabríamos que había terminado de inspeccionar las zonas

que nos interesaban. El maestro Li tendría tiempo de abrir esa caja de seguridad, y si la jaula no estaba allí, era casi seguro que la encontraríamos en la sala de conferencias de la torre. Salí por una ventana lateral a un parapeto dividido por un gran desagüe de arcilla, y sorteé el desagüe y me dirigí a otra ventana, y logré ocultarme justo a tiempo en las negras sombras que había junto al desagüe cuando un soldado asomó la cabeza y apoyó los codos en el alféizar. No miraba hacia mí, pero mientras él estuviera allí yo no podría moverme un palmo.

—Condenada suerte —gruñó.

—¿Por qué quejarte? Es la suerte que tenemos siempre, maldita sea —rezongó una segunda voz, y otro soldado asomó la cabeza junto al primero.

—Cualquiera diría que una vez, al menos una vez, nos tocaría la guardia en el lado bueno —dijo el primero—. Figúrate. Aquí estamos, mirando la luna, ¿y qué miran los que montan guardia del otro lado? *Hong el Patán*, eso miran, y nosotros ni siquiera podemos oír.

—¿Y qué? Ya oiremos hablar de ello, ¿verdad? Una y otra vez, y todos dirán que fue el mejor espectáculo que vieron jamás. —El segundo soldado escupió con disgusto, y luego se metió la mano en la túnica—. Toma. Nos lo merecemos.

Gruñí para mis adentros. Tenía una petaca de piel de cabra en la mano, y era de buen tamaño, y si decidían seguir apoyados en ese alféizar a la luz de la luna…

Eso decidieron, y allí nos quedamos, y parecieron pasar horas. La luna se desplazaba hacia donde no debía, y la sombra del desagüe era cada vez más angosta, y al mirar hacia abajo descubrí que no podía sacar las sandalias de una franja de luz perlada. En pocos minutos el maestro Li tendría que afrontar una decisión muy dura, porque si los soldados nos veían el único modo seguro de lidiar con ellos sería matarlos. Por suerte no tuvo que tomar ninguna medida drástica. La voz le tembló de alivio cuando los soldados guardaron la petaca y regresaron por la sala hacia el corredor.

—Vamos —susurró—. Si la caja tiene una sola cerradura, quizá tengamos tiempo.

Me di la mayor prisa posible, y cuando regresé al lado sur una carcajada estuvo a punto de derribarme. Al mirar abajo, vi claramente el carromato y el escenario, y comprendí que habíamos llegado al final de la primera mitad de la obra. *Hong el Patán* es muy larga y un intervalo la divide en dos partes para permitir que el titiritero descanse. El final de la primera parte quizá sea la escena más famosa del teatro, y no hay una sola línea de diálogo, aunque abarca un tercio de la primera mitad.

La acción se ha trasladado a la Casa de la Alegría de Madre Hsien, donde Fu-mo y Fu-ching han llevado el cerdo robado. El magistrado Po, que ha agotado sus clichés confucianos el tiempo suficiente para caer en la cuenta de

que algo raro pasa con su esposa, ha llegado para buscarla. Ella persigue a Hong el Patán, quien persigue al cerdo, y la acción se desarrolla en un largo pasillo con puertas en ambos lados.

El magistrado Po se agacha y mira por el ojo de una cerradura. Retrocede horrorizado, apoyándose el antebrazo en la frente y extendiendo la otra mano, y otra puerta se abre a sus espaldas y Fu-mo y Fu-ching salen a la carrera llevando el cerdo. Corren por el pasillo y entran por la puerta de enfrente, y el magistrado Po se inclina ante otra cerradura. De la habitación que los pillos acaban de dejar sale Hong el Patán, seguido por la esposa del magistrado, seguida por un cliente que es un piadoso bonzo y va acompañado por una encantadora damisela conocida como Polluelo Perdido. Nadie tiene ropa encima, y los dos últimos se quedan boquiabiertos y con los ojos desorbitados mientras Hong y la dama atraviesan la puerta de enfrente. El magistrado Po se aparta del ojo de la cerradura, cubriéndose los azorados ojos con el antebrazo, y detrás de él se abre una puerta y salen los pillos, el cerdo, Hong y la esposa del magistrado, seguidos por un piadoso *tao-shih* y una damisela expeditivamente llamada P'o-shen («A Ser Desflorada»), que no tienen ropa encima y miran con ojos desorbitados. Los clientes y las damas se quedan en el pasillo mientras el magistrado se inclina ante las cerraduras, y las puertas se abren y se cierran, y la gente corre de aquí para allá, y gradualmente el pasillo de la Casa de la Alegría de Madre Hsien se llena de pomposos moralistas y mojigatos, y ninguno de ellos tiene ropa (salvo por las gorras o sombreros que sirven para identificarlos), y todos terminan por sumarse a la persecución del cerdo de Hong el Patán.

Describo la escena con cierto detalle para explicar el ruido que nos alcanzó en la pared, rebotando entre las torres, de tal modo que también oíamos ecos: las risotadas se mezclaban con aullidos de reconocimiento, befas y abucheos. Al llegar al nivel de los aposentos del gran alcaide oímos otro tipo de sonido, y tardamos un rato en comprender que los chillidos no eran carcajadas. El maestro Li me estrujó el hombro, y yo aferré un par de balaustres para elevarme de tal modo que pudiéramos mirar desde el balcón, a través de la alta ventana, la habitación donde habíamos fisgoneado a Li el Gato. El gran alcaide corría hacia nosotros, pero no nos veía. Tenía los ojos vidriosos de conmoción y terror, y se desgañitaba a gritos, y tragué saliva al ver aquello que lo seguía.

El segundo demonio que nos había mostrado el Maestro Celestial era *Chu-K'uang*, «perro rabioso», al que había dibujado como un perro sin cabeza, y aquí estaba. El gran alcaide se giró en el último momento y regresó a la habitación, y miré con atención a la bestia que se volvía para seguirlo. No le habían cortado la cabeza. Una pelambre pareja cubría un pescuezo fuerte y grueso que no terminaba en nada. Era como si hubiera nacido sin cabeza, pero aun así se oían ladridos. ¿Cómo podía ladrar sin cabeza?

Más aún, ¿cómo podía morder, masticar, desgarrar y lacerar sin cabeza? Cuando me levanté un poco más pude ver mejor la habitación, y me hallé frente a los restos de los guardias del gran alcaide, y daba la impresión de que un tigre los hubiera hecho trizas. Había sangre por doquier, lagos de sangre, y la mayoría de los muertos tenían la garganta desgarrada. Los ladridos eran más fuertes. De pronto comprendí que la criatura sin cabeza no perseguía al gran alcaide, sino que lo arreaba, y lo arrinconó contra unos cortinados largos y gruesos de otra ventana, y los cortinados se entreabrieron. Vi una cabeza de perro, enorme, boquiabierta, con dientes que goteaban sangre, y la cabeza se abalanzó y entrechocó los dientes y el gran alcaide de Puerta del Ganso abandonó el polvo rojo de la tierra de forma bastante truculenta.

Había alguien más en la habitación, una forma oscura en otra ventana. Se expuso a la luz de la luna al llegar al alféizar, y se giró y nos miró. Una vez más veíamos a la criatura que era mitad hombre y mitad simio, grotesca pero incuestionablemente real, con una frente gris plata y mejillas azules brillantes y nariz carmesí y mentón amarillo. Llevaba en la mano la jaula que tanto quería el maestro Li, y con un ágil movimiento saltó sobre el alféizar y desapareció.

Un fogonazo me deslumbró. Mis ojos se despejaron, y miré en torno y no había ningún cuerpo de perro y ninguna cabeza de perro, y las carcajadas se elevaban al cielo, donde una gran grulla blanca se alejaba volando sobre la faz de la luna.

13

El maestro Li me pidió que lo aupara sobre la balaustrada y luego se bajó de mi espalda y entró en la habitación, sorteando la sangre en la medida de lo posible.

—¡Maestro, la jaula ya no está! —exclamé. Era raro estar gritando cuando quería susurrar, pero las risas del patio sofocaban los susurros—. ¡No puedo aprehender a esa criatura! ¡Baja por las paredes con la misma rapidez con que yo corro por un terreno llano! ¿Y cómo puedo echar a volar para atrapar a la grulla?

—Buey, deja de gimotear —barbotó Li—. ¡Sé que la jaula ya no está, pero te aseguro que vamos a sacar algún partido de esto!

Miró aquí y allá, de pie en un tramo de suelo seco que parecía una isla angosta en un mar rojo, espeso y viscoso, y luego se volvió y señaló.

—Coge ésas cortinas. Tiéndelas sobre el suelo hasta la mesa de conferencias, así no dejaremos las huellas de nuestras sandalias.

—Sí, maestro.

Hice lo que él decía, y el viejo caminó por un sendero de dragones de damasco verde que lucía muy bonito con el trasfondo carmesí, los haces de luna plateados y la luz dorada de las velas. Al llegar a la mesa incrustada de jade, buscó debajo del extremo donde estaba el brasero para el té, examinando cada palmo de la gruesa alfombra de piel, y recogió unos objetos diminutos y gruñó con satisfacción.

—Cuando la campanilla anunció que llegaba un mensaje por la jaula, el gran alcaide y Li el Gato saltaron como gazapos —dijo—. Estaba casi seguro de que el alcaide había soltado algo, y así fue. Loados sean los dioses por las criadas que son negligentes con la limpieza.

Tenía algunas migajas de esa torta de té y una de las hojas sin comprimir, y las guardó en un compartimiento de su cinturón. Las arrugas que le aureolaban los ojos estaban tan fruncidas que evocaban la imagen que vemos al examinar el pulgar por la lente de una Perla de Fuego, y como de costumbre analizaba problemas que yo ni siquiera vería hasta que fuera demasiado tarde para hacer algo sobre ellos.

—El asesinato no se pasa por alto si la víctima es el gran alcaide de Puerta del Ganso —dijo, pensando en voz alta—. Li el Gato no será un problema. Los asesinatos son grotescos y la jaula no está. Él sabe muy bien que dos cómplices mandarines fueron asesinados de modos imposibles y les robaron la jaula, y el instinto le aconsejará largarse de aquí, volver a casa y cerciorarse de que nada raro haya ocurrido con su propia jaula, o con los demás cómplices. El problema serán los altos dignatarios del gran alcaide, que deben demostrar que son fieles y eficientes si quieren una futura designación. Emprenderán una investigación que nos retendrá aquí tres meses, y si escapamos antes de que encuentren los cuerpos nos acusarán de asesinato y enviarán a todo el ejército a perseguirnos.

Las arrugas se apretaron aún más, y se relajaron cuando él tomó una decisión.

—Tendrá que ser un tigre, a fin de cuentas —dijo, señalando—. Toma eso y no apoyes las sandalias en la sangre.

Las paredes estaban parcialmente cubiertas con pieles de animales. Uno de ellas era de un tigre grande, con cabeza y zarpas, y el viejo me ordenó que la bajara y le cortara pulcramente las zarpas y luego la volviera a colgar para que la mutilación fuera lo más discreta posible.

—Nadie mira atentamente esas cosas. Las clases superiores dicen «Ah, una piel de tigre» y se olvidan del asunto, y por cada sirviente que pregunte si esa cosa no tenía zarpas, habrá dos que le digan que está loco —dijo confiadamente el maestro Li.

Extendió cortinas para formar un sendero hasta la puerta que conducía a la torre central, y soltó un largo suspiro de alivio al encontrar que la puerta no estaba atrancada y se abría fácilmente con una ganzúa.

—Buey, sumerge esas zarpas en sangre y deja las huellas inconfundibles de un felino homicida —ordenó—. Crea la impresión de que el tigre rasgó las cortinas mientras perseguía hombres por la habitación, y mánchalas con huellas. No te olvides de dejar huellas sanguinolentas en los cadáveres, y luego retrocede hasta esta puerta. Regresaré cuanto antes.

Obedecí, preguntándome cómo diablos planeaba salirse con la suya. Los tigres no atraviesan fosos a nado y trepan por murallas empinadas y se abren camino por patios y palacios abarrotados, pero me pareció prudente no comentar que era imposible. Si el maestro Li pensaba que se podía hacer, se podía hacer. Me di ánimos con esta reflexión, pero entonces no habría creído que todo sería tan fácil y que nos acompañaría un extraordinario golpe de suerte.

Yo estaba admirando mi labor cuando la puerta de la torre central se abrió y apareció el maestro Li, tal como esperaba, y alguien más que ciertamente no esperaba. El viejo había traído a la hija del jefe de los bandidos. No la habían considerado tan repuesta como para asistir a una obra que podía durar más de

tres horas, y miró esa carnicería con ojos desencajados. Luego chistó, metió la mano en la túnica y sacó una daga de aspecto muy eficiente, y súbitamente noté que la punta estaba apoyada en mi gaznate.

—Los compañeros de juegos no deben extralimitarse —rugió—. ¡Te ofrecí unos minutos en la cama, no el derecho a reclamar la alcaidía de Yen-men!

—Señora, mi estimada señora, Buey es fuerte, pero no tanto —dijo el maestro Li para calmarla—. No fue Buey, sino un monstruo que por casualidad es amigo nuestro y perdió los estribos, y creímos que sería buena idea echarle la culpa a un tigre. Bonitas huellas de zarpas, ¿verdad?

La punta se alejó de mi garganta, pero no demasiado. La viuda miraba al maestro Li de hito en hito.

—Me pareció, señora mía, que un tigre sería útil de muchas maneras —continuó el maestro Li—. Mientras os trataba vi vuestro amuleto. Vos nacisteis en el Año del Tigre, y los dioses no son necesariamente sutiles cuando deciden comunicar su voluntad. Es muy posible que deseen que os caséis con otro y engendréis héroes.

Modulaba la voz como un chamán, y también como un consejero sabio, y por algún motivo el trasfondo de risas histéricas que llegaba desde fuera daba más peso a sus palabras.

—Ahora que os habéis quedado sin marido —dijo—, se os pedirá que escojáis una piadosa viudez confuciana, o una dispensa sacerdotal y una segunda boda semejante a la primera: una alianza comercial para favorecer la fortuna de vuestro padre. Eso no tiene nada de malo, si la prometida está en posición de escoger entre los posibles candidatos. Para que se produzca esa feliz circunstancia, será esencial que nosotros podamos largarnos sin obstáculos.

Supe que él había vencido cuando ella guardó la daga, pero las palabras de ella me sorprendieron.

—No esperaba estas muertes, pero admito que vi al monstruo. Cuando bajó por la pared pasó cerca de mi ventana. —Puede decirse que arrojó un haz de bambú al fuego, por acuñar una frase—. El claro de luna alumbraba su rostro gárrulo e inconfundible. Es peligroso que seáis amigos de Envidia, pero no creo que sea deshonroso.

Yo podría haber dicho alguna tontería, pero el maestro Li estaba cerca y me pateó el tobillo.

—¡Ah, le conocéis! —dijo con grata sorpresa—. Muy pocos le conocen. Salvo, desde luego, los dueños de las jaulas.

Ella meneó la cabeza, sin morder el anzuelo ni la carnada.

—No dije que le conociera. He visto la antigua pintura en el país de mi padre y me hice leer los versos, eso es todo. Ahora debo saber más sobre lo que tienes en mente —dijo con firmeza.

Así que el maestro Li se lo contó, y luego yo dejé viscosas huellas de tigre

en la escalera de la torre y otros sitios, incluido un pasaje conocido sólo por la joven viuda y algunos ministros, y supongo que ahora la historia se conoce en todas las aldeas desde aquí hasta las Colinas Sabinas: una bella princesa fue desposada contra su voluntad y llevada a una odiosa comarca, y un tigre mágico entró en el castillo del marido por un pasadizo secreto (luego las puertas se hallaron abiertas de par en par, con sangrientas huellas de zarpas yendo hacia el exterior) y masacró a ese personaje ruin y todos sus hombres, y al despertar la princesa encontró sobre su almohada la mitad de un contrato de matrimonio rasgada de una manera especial, con una ensangrentada zarpa de tigre encima, y un gran chamán leyó las hojas de milenrama y explicó que la princesa cuando niña había sido confiada al Espíritu del Tigre por el fantasma de su abuelo, y su breve viudez finalizó con la aparición de un príncipe (cuyo robusto pecho no podía verse a causa de todas las medallas) que había nacido aferrando un trozo de pergamino rasgado de una manera especial, y hete aquí que era la mitad de un contrato matrimonial manchado por una zarpa de tigre…

No importa que la dama aún no haya escogido a ese tipo afortunado (al menos todavía no me he enterado de ello), porque ni siquiera su padre se atreve a enfadar al Espíritu del Tigre. Ella tiene todo el tiempo que desee para examinar a los candidatos. Espero que se divierta, y aconsejaría a los narradores de aldea, que tienen la libertad de hacer modificaciones vedadas a los historiadores, que excluyan los renacuajos.

Nadie nos estorbó. La acongojada viuda se encargó de todo el asunto, ladrando órdenes a diestro y siniestro, y los neoconfucianos que se quejaban de las ínfulas de esa mujer de baja condición recibieron tarjetas de madera marcadas con rojas zarpas de tigre, y las quejas cesaron. El carromato de Yen Shih cruzó libremente el puente levadizo la tarde siguiente, conmigo en el pescante junto al titiritero. El maestro Li y Yu Lan nos seguían en mulas cargadas de regalos, y pronto estuvimos de vuelta en tierras del jefe de los bandidos, siguiendo las instrucciones de su hija.

Una boca semejante a un tajo parecía devorar la brillante luz del sol mientras descendíamos por un barranco angosto. Las cigarras demostraban por qué las llaman «trituradoras de tijeras» y lagartos con ojos de coral, ágata y turquesa practicaban flexiones mientras observaban a Yu Lan estudiar el *feng-shui* («viento y agua») de la zona. Era obvio que la perturbaba la disposición totémica de dos túmulos de roca.

—Por vuestra descripción, la criatura llamada Envidia es vigorosamente masculina, pero este lugar posee abrumadoras influencias yin, no yang —dijo con desconcierto—. En vez de ser fálicos y altivos, los tótems son humildes y encorvados, y parecen haber sido planeados así. ¿Por qué el altar consagrado a

un hombre simio sugeriría arrastrarse de rodillas en un ámbito femenino?

El maestro Li volvió a examinar el mapa que le había dado la esposa del gran alcaide.

—Éste es el lugar. Sin duda alguna —dijo—. ¿Yen Shih?

El titiritero sonrió y movió una mano en un elocuente gesto de abstención.

—La experta es mi hija, y yo sólo puedo ofrecer una reacción instintiva. —El gesto terminó con el índice alzado hacia los tótems—. No me dan la impresión de ser estrictamente simbólicos ni estrictamente representativos, sino algo intermedio. Como la escritura primitiva, por ejemplo.

El maestro Li sonrió.

—Amigo mío, empiezo a pensar que nuestras mentes marchan al unísono —dijo—. Yo apuesto a que es un pictograma; específicamente, el pictograma de un deudo con la cabeza inclinada, de rodillas ante un cadáver, representando una palabra en la escritura más antigua que se conoce de la dinastía Shang. La palabra es «muerte». ¿Yu Lan?

—Sí, podría ser —dijo ella—. Muchas diosas están ligadas a la Tierra de las Sombras, lo cual explicaría el énfasis femenino en la geomancia. Aun así, eso no dice nada sobre un hombre con cara de simio pintado.

Yo sólo quería saber si esa influencia mortífera estaba dirigida contra nosotros, pero me las apañé para mantener la boca cerrada. Nos desplegamos y comenzamos a buscar las marcas que nos habían indicado, teniendo en cuenta que hacía diez años que la viuda del gran alcaide no iba allí y que las inundaciones y aludes podían haber alterado mucho las cosas. Pero ella estaba segura de que existía una extensión de peñascos cruzados por una cicatriz blanca, y cuando corté altos cardos me encontré frente a ella. La estría pálida donde habían caído esquistos de la roca rojiza debía apuntar a la entrada, y llamé a los demás, conseguí un palo más grande y me puse a abrir un sendero en el cañaveral. A los diez minutos encontramos una abertura redonda en el flanco del barranco, tal como nos habían dicho, y Yen Shih y yo nos dispusimos a encender las antorchas que habíamos llevado. Luego descubrimos que no las necesitábamos.

A poca distancia de la entrada de la caverna había una chimenea natural que conducía a la luz del sol. El lugar estaba iluminado como el pasillo de una galería, con relieves en las paredes de ambos lados.

Un tercio de los relieves eran imágenes, pero los otros dos tercios eran pictogramas, y el maestro Li quedó encantado.

—¡Es una forma antigua del Libro de las Odas! —exclamó con deleite—. Muy cercana a las secciones chamanísticas llamadas Nueve Canciones, pero narra una historia con un énfasis muy diferente de todo lo que figura en las versiones posteriores.

Mientras el sabio traducía la antigua escritura, comenzó a desarrollarse una historia que por momentos era muy verosímil. Era la voz de una muchacha

seducida por un dios:

Su espíritu bajó como una densa nube,
iluminado por una voz radiante y cegadora:
«La belleza está destinada a encontrar su pareja,
y tu hermosura merece un amante».
Llegó con dulces palabras, y sin palabras se marchó,
volando raudamente, cabalgando en el vapor,
abandonando una falda sucia de pliegues ondeantes.
«¡Con gusto, señor, iré contigo!
¡Déjame segirte sobre la montaña K'ung-sang!
¡Déjame ver el pujante pueblo de las Nueve Tierras!».
Mas mi señor monta el remolino, enarbolando pendones de nubes.
«¡Lavaré tus brazos en la Piscina del Cielo!
¡Secaré tu cabello a orillas del sol!
¡Recogeré dulces flores para tejer guirnaldas para mi amada!».
Con furia grito mi canción al viento
y aquí me quedo, retorciendo una brizna de casia.

Los relieves pictóricos no estaban tan intactos como la nítida escritura antigua. El tiempo había causado sus estragos, pero quedaba lo suficiente para mostrar los niños que había tenido la triste cantora. Si se podían llamar niños, porque eran las deidades demoníacas descritas por el Maestro Celestial.

Contuve el aliento e instintivamente retrocedí al ver un vejete que arrojaba fuego, un maestro danzarín asesino y una cabeza de perro sin cuerpo. Pero el tema de los versos no eran los ocho hijos monstruosos sino el noveno, el niño humano, cuyo único atributo divino era su belleza. Los ojos del maestro Li centelleaban mientras los versos seguían el crecimiento y los triunfos del niño hasta que en su juventud fue compañero de un rey. Ningún héroe podía derrotar al valiente caballero, ninguna mujer se le resistía. Un día cabalgó hasta la montaña K'un-lun, donde se decía que moraba una gran diosa, y ésta es su voz:

El bambú perfuma este lugar solitario,
hierbas de larga cabellera vierten lágrimas de rocío,
altos árboles forman un túnel sinuoso
tapando el sol con rosas rojas
cuyas espinas arañan las nubes.
Juncos ebrios bailan en el espejo de la piscina,
jugando con las sombras del cielo;
huevos de dragón burbujean y se rompen sobre el agua…
¿O es un pez escupiendo perlas?
Y en las profundidades la Dama yace en su almohada verde mar.

«Dama, ponte tu casaca de hojas y tu cinturón de hierba mullida, sube a tu reino por los pliegues de picos rocosos,

ven con tus peines de arco iris y tus ojos alegres,
harta del ocio, buscando un sueño…
¡Oh Dama de los Lagos, Ama de los Montes, búscame!».

El caballero nunca ha sufrido un rechazo, y no lo sufre ahora. Una criatura ociosa y aburrida en busca de diversión, un ser que espantaría a los sabios, responde al presuntuoso mortal:

Carruaje de magnolia lirio, pendón de canela tejida,
capa de orquídeas, sayo de jengibre salvaje,
orlados con iris de tres capullos:
ella conduce leopardos morenos y grandes linces rayados.
¡El trueno rueda y ruge! ¡El relámpago raja el cielo!
«Construiré una blanda pérgola de montaña
para un bonito doncel, arrebolado de orgullo,
con paredes de iris, y cámara de piedra morada».
La sala será de pimiento en flor,
con maderos de canela, vigas de cerezo silvestre, dintel de lirio, una habitación de loto con techo de ácoro blanco,
y un biombo de meliloto.
Esparciré crisantemos para endulzar el suelo,
dulces aclisias, hierbas aromáticas,
orquídeas de otoño de hojas verdes y tallo morado,
y mil flores llenarán el patio.

El caballero se transforma en favorito, como es costumbre para él dondequiera vaya, y al fin la diosa le permite usar su carroza para llevar los Melocotones de la Inmortalidad para un banquete. Conduciendo una yunta de briosos dragones en el viaje de regreso, él pasa frente a Júpiter, alrededor del cual gira el incesante cinturón de calaveras que miden el Tiempo.

Perlas de luna adornan la toca del caballero,
su túnica irisada alumbra el firmamento;
la capa tejida con cometas, un cinturón de estrellas perdidas.
Un haz del sol brilla en la vaina de su espada.
«¡Sólo muere el timorato!», le grita a la estrella del tiempo, y su espada golpea un cráneo. «¡Sólo se pudre el cobarde!».
El caballero come el melocotón de la diosa,
y gana una vida tan eterna como el Cielo, o el Infierno.

El caballero está cegado por su envidia de la inmortalidad, y cuando la naturaleza tiembla de horror él ve una danza de regocijo. Está sordo, y cuando el ave *chiao-ming* grazna su advertencia él oye himnos de alegría. Está trastornado, y dispuesto a azotar con el látigo a cualquier astro que se interponga en su camino mientras azuza los dragones para que corran más

deprisa.

Sola en la cumbre de su reino
se halla la Dama de los Lagos y los Montes.
Nubes ondeantes se hincan ante ella,
grises y bajas,
sofocando plateados haces de luna
mientras la dama pide al trueno
que abra un camino rugiente a sus pies.
Clava ojos de tigre en la estría que surca el cielo;
muestra dientes de tigre, raspa con garras de tigre.
Bramidos de tigre espantan dragones de jade
que se encabritan, brincando y corcoveando.
Una risa de tigre saluda a la figura minúscula
que gira y gira bajo la luz de las estrellas y la luna, cayendo por el cielo al fango de la tierra.

El caballero aterriza ileso en un pantano y se abre paso por un camino que lo lleva a uno de los altares de la Dama. Allí encuentra los frutos de su vida con una diosa. En dos cajas hay dos bebés y dos amuletos con nombres. El varón es una criaturilla deforme, menuda, escuálida, y su amuleto dice *Husai-I*, «Malicia». La niña es hermosa pero sus ojos son temibles, y su amuleto dice *Feng-lo*, «Locura». En una tercera caja el caballero encuentra un espejo y un tercer amuleto que dice *Chi-tu*, «Envidia». Al mirarse en el espejo, ve que la diosa ha dado el rostro de la Envidia a un agraciado caballero. Aferra a Malicia y Locura y se interna a la carrera en el bosque, y su historia termina abruptamente con unos versos muy especiales.

Mapaches azules lloran sangre
mientras mueren zorros temblorosos.
Búhos milenarios
se ríen con desenfreno.
El perro blanco que le ladra a la luna
es el gallo de los cadáveres;
sobre su tumba un fantasma gris canta
la canción de un caballero.

Nos alejarnos de la última inscripción y nos miramos.

—Gran Buda, eso parecía una cancioncilla infantil demente —dijo Yen Shih.

—O bien eso, o bien Li Ho con una resaca espantosa —dijo el maestro Li.

Se había empecinado en traducir cada palabra antes de continuar hacia el

artefacto de que nos había hablado la hija del jefe de los bandidos. Nos internamos en una brecha angosta y viramos a la izquierda, hacia otra cámara iluminada por haces de luz solar, y la imperturbable Yu Lan jadeó, y yo grité.

Estábamos frente a nuestro ladrón, pintado en una pared muchos siglos atrás, y aún nítido en la mayoría de los detalles. El hombre simio tenía el amuleto «Envidia» colgado del cuello, y sostenía en brazos a sus terribles hijos Malicia y Locura. Ladeaba la cabeza, y al instante aprendí por qué este lugar era sagrado para el yin y no para el yang. El maestro Li cogió mi antorcha, la encendió y la acercó a la zona sombría que había frente al caballero transformado, y se me congeló el hígado. Nadie se movía ni hablaba. La pintura tenía el doble de tamaño de la de Envidia, y pocas veces en mi vida he visto cosas más estremecedoras.

—Envidia debía ser el caballero más temerario de la historia —dijo el maestro Li con voz reverencial—. Ésta es Hsi Wang Mu, la gran y terrible Reina del Oeste, tal como era en su gloria antes de que los chinos tratáramos de domesticarla para incluirla sin temores en el panteón. No es de extrañar que fuera haya tótems de la muerte. Esta dama es la Patrona de la Pestilencia, y sus sirvientes son los Cuervos de la Destrucción.

Yu Lan ya estaba de rodillas, haciendo reverencias y postraciones, y el maestro Li la imitó, y Yen Shih y yo pronto hicimos lo mismo. Nos levantamos en silencio, amedrentados por la imagen que nos miraba desde la pared. La diosa era bella, salvo que por su boca asomaban dientes de tigre, y sus manos terminaban en garras de tigre, y la parte inferior del cuerpo reflejaba el origen acuático de todas las diosas al terminar en algo semejante a una cola de dragón, enorme, escamosa, reluciente y sinuosa. Sus ojos desconocían el tiempo, la flaqueza y la piedad, y casi creí entender el famoso verso del gran poeta que el maestro Li había mencionado, Li Ho: «Si el Cielo tuviera sentimientos, también el Cielo envejecería».

El maestro Li rompió el hechizo al volverse hacia el caballero transformado.

—O bien todavía continúa sus andanzas al cabo de tres mil años, o bien Buey y yo hemos visto al mejor imitador del mundo —dijo—. Me pregunto qué habrá sido de sus encantadores retoños, y qué se trae entre manos.

A Yen Shih le ardían los ojos mientras miraba la pintura. ¿Ardían de amargura? No podía asegurarlo, pero es lo que yo habría sentido. Aquí estaba el que había sido un apuesto caballero con la cara de un mono pintado, y sin duda Yen Shih había sido guapo antes de que la viruela lo hiciera grotesco, y la Patrona de la Pestilencia los había mutilado a ambos. Mientras yo pensaba eso, el titiritero me recordó que era un aristócrata, y los aristócratas no pierden el tiempo en la autocompasión. Una sonrisa radiante embelleció un paisaje de cráteres.

—No sé qué pensarán los demás, pero a mí me resulta delicioso —dijo

jovialmente—. Cada vez que sienta lástima de mí, pensaré en este dichoso sujeto, y cuando se me acerquen mocosos insufribles como Malicia y Locura, rodearé con el brazo a Yu Lan. —Su sonrisa se desvaneció—. Por cierto, esto no debe ser fácil para ella. Como sacerdotisa de Wu, es servidora de la Reina del Oeste, y vive aterrada de ella como todas las servidoras de esa dama.

Yo no había notado que Yu Lan no se había levantado con los demás. Permanecía de hinojos ante la diosa, pálida y quieta, y el titiritero alzó suavemente a su hija, la rodeó con el brazo, y la condujo fuera de la caverna y hacia la luz del sol.

14

Ondas de calor retorcían y deformaban las cosas, y me costaba orientarme. Vi un lago junto a nuestra casa y supe que no podía ser real, y cerré los ojos con fuerza y los abrí de nuevo, y el lago había desaparecido, pero la casa parecía flotar en el aire, y su parte inferior titilaba y se disolvía.

—¿Qué haremos, Buey Número Diez? —preguntó mi madre.

Mi padre callaba como de costumbre, expresándose con su cuerpo fatigado. Traté de recordar: ¿qué haríamos sobre qué? Algo estaba mal, lo sabía, así como sabía que mis padres habían fallecido años atrás, ¿pero qué era?

Mi padre tenía una de las jaulas en la mano. Luego noté que no era una jaula antigua sino moderna, una sencilla jaula de bambú, y estaba llena de golondrinas, y él estaba a orillas del río que bordea mi aldea. Comprendí qué andaba mal. No había ninguna nube en el cielo. Me acerqué a mi padre y miré el río.

El río estaba seco. Tenía ante mí un suelo duro y cuarteado, malezas moribundas, algunos lagartos. ¿Cómo podía mi padre ofrecer golondrinas y rezar para pedir lluvia? Todos los años las golondrinas se transforman en ostras, y viceversa (la fecha exacta está consignada en el Almanaque Imperial), y las ostras son el alimento favorito de los dragones *lung*, pero los dragones que controlan el agua habían huido o se habían refugiado bajo tierra, y yo sabía, sin necesidad de preguntarlo, que los pozos se habían secado.

—¿Qué haremos, Buey Número Diez? —repitió mi madre.

Alguien lloriqueaba a mis espaldas, y al volverme vi a la tía Hua sosteniendo barcos de papel en los brazos. Supe que debía ser el quinto día de la quinta luna, el día de los barcos dragón, cuando se celebran regatas con barcos de verdad y barcos de papel llamados *chu* se llevan la pestilencia que llega con la canícula. ¿Cómo navegarían los barcos si no había agua? El tío Nung estaba junto a la anciana, retorciéndose las manos, el rostro tenso de temor, y creí oír las campanas del monasterio de la colina tocando la alarma, así que corrí hacia allá. Las ondas de calor me rodearon como una densa nube. El sonido estaba cambiando, tornándose más agudo y estridente, y no venía de la boca de las campanas sino de la boca de niños alborotados.

Las ondas de calor se disiparon y me hallé en un paraje que no se había secado, una extensión de hierba verde donde jugaban los chiquillos. Siete niños con las manos entrelazadas bailaban en un círculo alrededor de un octavo niño, y los ocho eran extraordinariamente feos: cuerpos rechonchos y tullidos que sostenían cabezas enormes y grotescas de rasgos desproporcionados. Alguien tocaba un laúd mientras cantaban una cancioncilla absurda, aguda y estridente.

Chivo, chivo, salta el muro,
coge hierba para tu madre;
si ella no está en el campo ni en el pesebre,
alimenta a tus hermanos hambrientos.
¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

A la cuenta de ocho el niño que estaba en el centro arrancó un puñado de hierba y acometió con saña, y comprendí que era una variación del Cerdo en el Cerro, que no es para los timoratos. Los niños que formaban el muro sólo podían patear, dar cabezazos y sofocarse entre los cuerpos amontonados, pero el chivo podía usar las manos y los dientes y todo lo que quisiera, y era un gran jaleo. Cuando el chivo empezó a perseguir a alguien, supuse que el niño atrapado sería el siguiente chivo, pero perdí interés en ellos cuando vi quién tocaba la canción.

Yu Lan sostenía una de las antiguas jaulas, rasgueando las rejas como si fueran cuerdas, y un fogonazo me hizo parpadear, y cuando se me despejó la vista la hermosa chamanka alzó la mano derecha y se tocó la ceja izquierda, la ceja derecha y la punta de la nariz en un ademán fluido, y luego asintió, y comprendí que yo debía imitarla. Hice el mismo gesto ritual. Yu Lan sonrió, alzó la mano y abrió los dedos como mostrándome un tesoro: un diminuto objeto de metal semejante a una horquilla, aunque sólo tenía dos púas.

Caminé hacia ella. Lentamente se llevó el objeto a los labios y sopló entre las púas y una brisa fresca llegó a mí. Una bruma adorable y suave nos envolvió, cayó una llovizna, se formó el arco iris, y el aroma de la hierba, la tierra y las flores húmedas era tan fuerte que se podía pisar. Las influencias generadoras yin eran tan potentes que no tuve más opción que extender los brazos hacia Yu Lan, estrecharla, susurrar su nombre; la hija del titiritero se quedó muy quieta y alzó sus labios hacia los míos.

—Esto es espantosamente humillante —dije.

—No exageres —dijo el maestro Li—. Tienes otro par de pantalones, y los sueños eróticos tienen muchas ventajas. La mayoría de los hombres conocen así a mujeres mucho mejores, y el ahorro de dinero es inmenso. Además, tienes magníficos sueños. ¿Estás seguro de que nunca habías oído esa canción infantil?

—Estoy seguro, maestro. Oí canciones similares toda mi vida, pero nunca ésa.

—Tienes buen oído. La mayoría de la gente que inventa canciones de lucha para los niños usa palabras sobre la lucha. Las canciones reales no mencionan el tema, y se limitan a hablar de chivos, hierba, madres y hermanos. ¿Notaste que esos niños se parecían asombrosamente a las estatuas de los dioses aborígenes que viste en la isla Hortensia, fuera del Yu?

No lo había notado, pero comprendí que él tenía razón, aunque no entendía por qué mi mente dormida transformaba estatuas horrendas en chicos que jugaban.

—Es evidente por qué tu sueño comenzaba con una sequía, pero me intriga algo que no logro determinar —dijo—. Dime si vuelves a ir de cortejo por la tierra de los sueños.

Mi sueño comenzaba con una sequía porque atravesábamos una sequía en nuestro viaje. Dondequiera mirábamos, veíamos campesinos que ahondaban los pozos y trataban de salvar cada gota de cada arroyo moribundo. Ni una nube surcaba el cielo, el calor era opresivo, y día y noche los bonzos y *tao-shihs* procuraban atraer la lluvia con sus rezos y ensalmos. Cuando llamaban a Yu Lan por la noche, casi siempre era para que participara en una ceremonia destinada a propiciar la lluvia. Los viajeros nos habían contado que la situación era similar en los sitios de donde venían, y la sequedad y el calor se intensificaban a medida que nos acercábamos a Pekín.

En el camino el maestro Li adquirió drogas y equipo alquímico y un fardo de té horrible y barato y comenzó a experimentar con técnicas que pudieran transformar un *ta-cha* despreciable en un *choo-cha* tan perfecto como para complacer a un emperador.

—¡Reuníos aquí, hijos míos —exclamó una noche, mientras acampábamos —, y os mostraré un milagro!

Yen Shih puso una parrilla sobre el fuego mientras el maestro Li daba instrucciones y Yu Lan sacaba una sartén enorme. Las hojas de té que el maestro Li apiló en una mesa eran realmente espantosas, grandes, toscas y andrajosas, y el olor era igualmente repulsivo. El maestro Li calentó la sartén, le echó unas hojas de té y añadió unas pizcas de polvo amarillo.

—Tamarindo —dijo—. Viene del fruto de un gran árbol con semillas astringentes, ricas en ácido tartárico y potasa, y cuesta una fortuna. No obstante, sólo se requieren dosis minúsculas. El nombre es árabe y significa «dátil indio», lo cual es raro porque el árbol no es arábigo ni indio y se trae desde Egipto.

Le pidió a Yu Lan que arrojara las hojas y el polvo de tamarindo en la sartén mientras él vertía el contenido de dos frascos en un mortero.

—Prusiato de hierro y sulfato de lima —dijo—. ¿Veis cómo el prusiato cambia de color?

El azul se tornaba más claro mientras él mezclaba los elementos con la mano del mortero, con sutiles matices verdes y morados. Entre tanto, las hojas de la sartén de Yu Lan se mezclaban con el tamarindo y su fea negrura se transformaba en un naranja amarillento y encantador. Cuando el color azul se puso muy claro, el maestro Li arrojó su mezcla en la sartén y continuó la tarea de Yu Lan, revolviendo y sacudiendo vigorosamente, y empezó a suceder algo muy llamativo.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Yen Shih.

Esas hojas astrosas estaban cobrando el color del auténtico té verde. Más aún, el olor que subía de la sartén empezaba a ser delicioso, y luego vi algo aún más sorprendente. Las hojas de té genuino anteriores a las lluvias, de principios de primavera, son muy delicadas y se deben enrollar y entrelazar a mano, y estas hojas lo hacían por sí mismas. Las toscas formas se tornaron gráciles mientras las hojas se enrollaban y se anudaban, los bordes deshilachados desaparecieron, y quedó un té perfecto de la mejor calidad. Adecuado para un emperador, pues de eso se trataba.

—En apariencia y olor es un perfecto Té del Tributo —dijo dichosamente el maestro Li—. En realidad, su único defecto es su excesiva perfección: un verde azulado uniforme, cuando el producto genuino tendría tenues imperfecciones amarillas. Para el transporte, hay que compactarlo en pequeñas tortas y estamparlo con el sello imperial, como la sustancia que los mandarines venden a los crédulos bárbaros, y se pueden producir a granel. Yo estimaría que el margen de ganancia es del diez mil por ciento. ¡Qué timo maravilloso!

El sabor era otra cuestión. Hervimos agua, lo probamos y pronto lo escupimos. Era espantoso, y el maestro Li dijo que los mandarines debían de añadir cierto porcentaje de té aceptable para que fuera bebible.

El vapor de mi platillo se elevó, distorsionando las imágenes, y pensé que Yen Shih me miraba airadamente, pero soplé el vapor hasta que su rostro picado se aclaró y vi que sólo hacía una mueca de desagrado por el té. Yu Lan empezó a guardar las cosas: silenciosa, grácil, distante como una nube en el cielo, sonriendo en secreto.

Las ondas de calor deformaban mi aldea como si estuviera hecha de cera blanda, y estallaban risas por doquier: risas roncas, risas estentóreas, risas forzadas. Miré a través de una brecha entre las casas y vi que el abad de nuestro monasterio observaba algo. Había piedad en sus ojos, y tristeza en su rostro. Corrí hasta que pude ver la calle central, y mi madre se reía y mi padre intentaba reír. Todos intentaban reír. A poca distancia había una procesión nupcial, y el corazón se me hundió hasta las sandalias. «Reírse de la Perra» es el último recurso en tiempos de sequía. Si nada se ha logrado ofrendando golondrinas a los dragones acuáticos y exponiendo las estatuas de nuestros dioses lares al sol, lo único que queda es organizar una procesión nupcial con un carro decorado con flores, gongs, campanas y tambores, salvo que la novia

es una perra. Una perra vestida con traje de novia, y todos la señalan y se ríen y hacen mucho alboroto, y quizá así el Chiquillo de las Nubes se digne mirar este espectáculo absurdo y se ría hasta llorar, y sus lágrimas son lluvia.

Caminé hacia mis padres, pero las ondas de calor regresaron, arremolinándose como nubes, y no podía ver nada con claridad. La risa era cada vez más estridente y estentórea. Vi algo que giraba en un círculo, y comprendí que no eran bailarines ante un carro nupcial, y lo que escuchaba no eran risas.

Chivo, chivo, salta el muro,
coge hierba para tu madre;
si ella no está en el campo ni en el pesebre,
alimenta a tus hermanos hambrientos.
¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

Atravesé las ondas de calor y vi que el chivo se liberaba y perseguía a los otros niños. Aún se oía la música del laúd. Me volví hacia el sonido y atravesé más ondas de calor. Un súbito fogonazo me cegó, y cuando se me despejó la vista vi a Yu Lan sentada con una jaula en la mano. Alzó la otra mano en el gesto ritual y yo la imité: ceja izquierda, ceja derecha, punta de la nariz. La chamanka abrió los dedos y vi otra pequeña horquilla de dos púas. Esta vez no se la llevó a los labios. Me miró adustamente, se giró y caminó hacia el brocal de un pozo, y luego señaló un enorme cubo sujeto a una cabria. Sus gestos indicaban que debíamos internarnos en el pozo.

El cubo tenía tamaño suficiente. Solté la soga y bajamos despacio hacia la oscuridad. La cabria chirriaba, pero la soga era gruesa y fuerte. Reparé en las tallas de las paredes: ranas que formaban círculos, la cabeza unida a la cola. Un tufo espantoso subía desde el fondo. Era un hedor de carne putrefacta, y abajo algo gruñía como un trueno sofocado. Traté de decirle a Yu Lan que debíamos regresar, pero ella señaló hacia abajo con firmeza.

Seguí bajando el cubo. Yu Lan miraba intensamente las paredes, procurando ver en la luz tenue que llegaba desde arriba. Un burbujeo llegaba desde abajo, y el aire estaba caliente como si estuviéramos en un horno, y de nuevo oí un gruñido amenazador. La fetidez era insoportable.

Yu Lan me tocó el hombro y señaló. Vi un gran círculo oscuro en la pared, pero no atinaba a tocarlo. Comencé a mecerme, balanceando el cubo, oscilando de un lado a otro con la soga. Nos balanceábamos en arcos cada vez más anchos. Yo tenía las manos empapadas de sudor y temía que la soga se me escabullera y cayéramos hacia lo que acechaba allá abajo. Pero logré aguantar, columpiándome cada vez más, y al fin mi mano izquierda pudo tocar el círculo. Era un agujero en la pared. En el tercer intento logré asir una roca que sobresalía, y pude acercarme al borde. Yu Lan se levantó ágilmente y se

introdujo en un túnel angosto, y la seguí después de amarrar el cubo a la roca.

La chamanka enfiló hacia un fulgor tenue. Era una cámara que tenía un suelo de musgo semejante a una alfombra gruesa y mullida, y unos agujeros del techo permitían pasar la luz del sol. La hija del titiritero sonrió y se llevó la mano a los labios. Sopló entre las dos púas de la diminuta horquilla y el poder curativo y generador del yin llenó la cámara, niebla y goterones y arco iris, y Yu Lan entró en el círculo de mis brazos.

—Notablemente libidinoso —dijo el maestro Li, regodeándose en la palabra «libidinoso»—. Reconocemos que la sexualidad es asunto de las mujeres al usar una metáfora yin para representarla, «nubes y lluvia», y eso explica la niebla y el arco iris. Pero una vez que te despiertas (y te limpias), ¿tienes que arrebolarte como un tomate maduro y enredarte la lengua en cáñamo de enfardar cada vez que pasa Yu Lan?

—No puedo evitarlo —gemí—. Sé que es ridículo, pero no puedo evitarlo.

—Sólo te falta saltar como un conejo asustado cada vez que el padre te dirija la mirada.

—¡Ponte en mi posición! —gemí.

—Imposible. No he jugado el juego de las nubes y la lluvia desde que tenía noventa años.

El sabio fue a buscar su vasija de vino, silbando «En la juventud las beldades buscaban mi lecho, pero un viejo es un lecho de huesos», y yo recogí juncos para usarlos como toallas y rodé sobre el jergón y me volví a dormir.

La terrible sequía no había cejado cuando llegamos a Pekín. La ciudad se sofocaba en el calor y se ahogaba en el acre polvo de ladrillo rojo por la que es famosa, y además el Viento Amarillo (nubes de fina arena procedente de los desiertos mongoles) cubría el cielo. Habitualmente las tormentas de arena han terminado en la cuarta luna, pero cuando el carromato de Yen Shih atravesó las puertas en la noche del segundo día de la quinta luna las ruedas abrieron surcos en una pátina dura, granulosa y amarilla, y el viento que abofeteaba la lona siseaba como un gato preparándose para una riña.

El maestro Li acordó encontrarse con Yen Shih a la mañana siguiente en la isla Hortensia, y luego el titiritero y su hija dirigieron el carromato a su casa. Alquilé un palanquín y seguí viaje con el sabio hasta la casa del Maestro Celestial, y llegamos justo cuando los tambores anunciaban el cierre de las puertas de la Ciudad Prohibida, que chispeaba como una corona enjoyada a la luz del poniente. Nos recibieron de inmediato, pero en la puerta del estudio del santo nos cerró el paso la anciana que había servido al Maestro Celestial durante años.

—Hoy no se encuentra bien —dijo, con rostro preocupado y fatigado—. Tiene gran energía, pero algo va mal, y debo rogaros que regreséis mañana.

Habitualmente mejora después de dormir.

La puerta del estudio estaba entornada y oí que el Maestro Celestial hablaba con alguien, usando un lenguaje arcaico y formal semejante a una salmodia sacerdotal, y por lo poco que yo sabía de él ése no era su estilo.

—Si la enfermedad persiste —salmodiaba el Maestro Celestial con voz pomposa y altisonante—, úngelo con grasa clarificada de la pata de un leopardo de la nieve. Hazle beber zumo de anona roja, con tres pizcas de cuerno de rinoceronte triturado, en cáscaras de huevo de tordo. Aplícale sanguijuelas moteadas, y si aun así sucumbe, recuerda que ninguna criatura es inmortal y también tú debes morir.

La puerta se abrió. Llegué a ver al santo de pie junto al escritorio, los ojos cerrados, las manos tendidas como en una bendición, y la puerta se cerró cuando salió una joven criada que llevaba un perro pequeño en un cojín de seda. El perro estaba enfermo y jadeaba débilmente, y la muchacha estaba tan preocupada que ni siquiera nos vio. Tenía un rostro sencillo y simple, y habría apostado cualquier cosa a que ella se había hecho las pantuflas, que mostraban ardillas rosadas brincando entre flores amarillas.

—¿Tu amo se pone así con frecuencia? —le preguntó el maestro Li a la anciana.

—No, venerable maestro. Sólo en ocasiones, pero si descansa se recobra.

—Volveremos mañana —dijo el maestro Li, y dio media vuelta y se dirigió a la salida.

El viaje en palanquín era como cruzar a nado un mar de colores fabulosos —las tormentas de arena son gloriosas en el poniente— y el rostro del maestro Li pasaba del oro al bermellón al púrpura al rosado, mientras profundas arrugas de preocupación abrían grietas negras y sinuosas en esa paleta.

—Siento preocupación por mi viejo y querido maestro —dijo—. No olvidemos que él engañó a un mandarín que tenía una de las jaulas, y usó ese objeto para regañar a los demás. Esos sujetos son peligrosos. Si sufrió una distracción cuando trataba con ellos, todos podríamos estar en apuros, y será mejor que pongamos a esos cabrones entre rejas cuanto antes.

—Maestro, ¿no tienes suficientes elementos? —pregunté—. Conocemos la existencia de la caverna, y ahora sabes que están falsificando Té del Tributo.

—También sabemos que el cabecilla es Li el Gato, y él tiene poder suficiente para lograr que desaparezca una caverna debajo de Cerro del Carbón —dijo adustamente el maestro Li—. Él puede demorar una investigación por seis meses, y durante ese tiempo enfermedades misteriosas matarán a todos los que puedan atestiguar contra él, nosotros incluidos. No, nuestro próximo paso debe consistir en identificar a todos los mandarines liados en este plan, encontrar el eslabón débil y obligarlo a testificar contra los demás.

Extendió las manos y miró hacia las estrellas.

—Pero, maldición, el plan de los mandarines no es importante —dijo con

voz frustrada—. Son esas jaulas, y esas criaturas asociadas con ellas, y un ladrón que quizá sea un caballero transformado en Envidia. ¡Ojalá el Maestro Celestial pudiera recobrar sus facultades! Nadie sabe más sobre los dioses y demonios de hace tres mil años, y sólo él podría llegar al meollo del asunto.

Ya estábamos en el Puente del Cielo, en la unión de la Calle de los Ojos con el Callejón de las Moscas, y el maestro Li pidió a los porteadores que nos dejaran en la vinería de Wong el Tuerto. Contrató a ciertos personajes furtivos para que averiguaran el paradero de Ho Chang-yu, el mandarín cuya imagen había aparecido en la jaula antes que la del Maestro Celestial, y en dos horas supimos que el mandarín había viajado al palacio imperial de Ch'ang-an y no regresaría en un par días. Después de cenar, regresamos a la chabola del callejón, y esta vez la abuela Ming no nos saludó dando gritos sobre grandes monos. Ambos nos quedamos fritos, pero yo habría preferido dormir intranquilo, soñando con Yu Lan.

15

Poco después del alba del tercer día de la quinta luna, cuando el Viento Amarillo había amainado provisionalmente y el cielo era celeste, dedos de sol cruzaron las aguas del lago Septentrional y rozaron la popa de nuestro bote mientras nos dirigíamos a la isla Hortensia, y me asombró ver que las primeras ondas de calor ya se rebullían como lagartos transparentes en la cima del peñasco donde estaba el Yu. Sería otro día agobiante, pero mi ánimo mejoró cuando amarré el bote al muelle. Yen Shih ya estaba allí, y había traído antorchas, tal como le había pedido el maestro Li.

—Tuve la impresión de haberte engañado —le dijo jovialmente el maestro Li—. Buey y yo presenciamos todo el jaleo en el palacio del gran alcaide mientras tú lidiabas con los títeres. Con suerte, hoy podrás tener un poco de acción.

—Delicioso —dijo Yen Shih, y al parecer lo decía en serio.

—Debí pensar antes en esto —se lamentó el viejo—. Necesitamos una lista de los mandarines y otros notables relacionados con el contrabando de té, y también necesito información sobre las jaulas que Buey y yo hemos descrito. La clave puede ser el hombre que aparentemente halló las jaulas, el difunto Ma Tuan Lin.

Recorríamos el sendero que conducía al sitio donde ese caballero había pasado a mejor vida, y el maestro Li señaló el pabellón.

—Buey y yo descubrimos todo lo que resultó de interés en este retiro isleño, y yo hice registrar su casa y su oficina, así como su finca campestre. Pensé que habíamos llegado a un callejón sin salida, pero ya no estoy tan seguro. ¿Alguna vez oíste hablar de Ma antes de este engorro?

—Nunca tuve el honor —dijo Yen Shih.

—Fuiste afortunado —dijo el maestro Li—. Ese hombre podía provocarte úlceras. Era uno de esos estudiosos bendecidos con una memoria maravillosa, un solo talento (en su caso, un don para las lenguas) y una falta absoluta de seso o criterio. Su talento lingüístico le permitió ingresar en el Ministerio del Interior como experto en nuestras poblaciones minoritarias, y no exagero al decir que Ma Tua Lin pronto se transformó en leyenda viviente.

El maestro Li parecía sentir una extraña admiración por el difunto mandarín, cuya carrera había sido asombrosamente coherente.

—En su primer puesto fue administrador de los hu peh. Llegó durante una epidemia de gripe, y en ese periodo esa tribu notablemente higiénica confeccionaba y usaba máscaras de gasa —dijo el maestro Li—. El informe oficial de Ma declaraba que sus súbditos eran como seres humanos, salvo que no tenían ningún rasgo entre la nariz y el mentón, y sospechaba que tenían la boca en la coronilla. Fue recompensado con un ascenso a la tierra de los kuang tung, y tuvieron la siniestra suerte de que él llegara cuando celebraban su mito de la creación. El informe oficial declaraba que no requerían campos arables ni derechos de pesca, pues se alimentaban de fango.

—Un sujeto encantador —dijo torvamente Yen Shih.

—Pero mejoró —dijo el maestro Li—. Ma Tuan Lin fue promovido a supervisor de los chiao, lo cual condujo a la masacre de un sinfín de desconcertadas abuelas cuando él aceptó como verdad literal una historia destinada a intimidar a los críos, e informó que de noche las ancianas de la tribu se transformaban en murciélagos y revoloteaban de un lado a otro devorando el cerebro de los niños chinos. Su nuevo ascenso lo llevó a Hainan, y llegó a la isla durante la luna llena, y cabe imaginar lo que el claro de luna le hizo a Ma Tuan Lin. Su informe oficial declaraba que las niñas eran sirenas que derramaban perlas en vez de lágrimas, así que legiones de caballeros inescrupulosos zarparon hacia Hainan para capturar niñas y hacerlas llorar, y prefiero no describir los repulsivos detalles.

El maestro Li había llegado a la vista del pabellón, y se detuvo y lo señaló con la mano.

—Sólo quiero enfatizar que los cómplices de Ma no confiarían documentos importantes a semejante hombre. Sospecho que aun así les era útil, así que en vez de cortarle la garganta procuraron que trabajara en cualquier cosa relacionada con el proyecto (y eso incluye las jaulas) en un lugar que ellos pudieran supervisar. Su pabellón estaba al lado del túnel, y le daba acceso directo a la caverna de Cerro del Carbón, y estoy dispuesto a apostar que allí le pusieron una oficina y hacían que alguien lo revisara cuando se marchaba, para que no saliera con documentos comprometedores.

—¿Así que regresaremos a la caverna para buscar la oficina de Ma Tuan Lin? —preguntó Yen Shih.

—Exacto.

El titiritero no dijo nada, pero en sus ojos bailaban esas lucecillas. Le ayudé a reabrir un agujero entre las malezas que cubrían la entrada del túnel, y nos detuvimos en el interior para encender las antorchas. Por lo que veía, nadie había usado el túnel desde que habíamos pasado nosotros, pues un polvo blanco aún cubría el terreno en la zona donde habían astillado la pared y no vimos nuevas huellas de sandalias. Descendimos al sendero que iba debajo del

lago. Lo único que se oía era el ominoso goteo del agua que caía del techo, y el rápido latido de mi corazón. El sendero empezó a ascender hacia Cerro del Carbón. Cuando nos aproximamos a la caverna oí sonidos que al fin identifiqué como risas, las carcajadas de hombres que han triunfado sobre los problemas humanos mediante una involución a la bestialidad. No puedo describirlas. Uno conoce ese sonido o no lo conoce. Apagamos las antorchas. Las risotadas eran cada vez más estentóreas, y cuando miramos dentro de la caverna vimos diez hombres a una mesa, desayunando carne asada. Huesos de perro cubrían el suelo, y grasa de perro les goteaba por las mandíbulas, y rugían de alegría mientras intercambiaban un trasnochado chiste obsceno tras otro. Yo conocía bien a los tres cabecillas, Cerdo, Hiena y Chacal, que habían asesinado brutalmente al escribiente, y observé que todos los hombres tenían dagas, y que había tres ballestas apoyadas en la mesa junto a los cabecillas.

Estaban demasiado ocupados con la grasienta carne de perro y sus grasientas bromas para fijarse en otras cosas. El maestro Li se deslizó en la caverna y empezó a reptar entre pilas de cajas de embalaje, y Yen Shih y yo lo seguimos hasta la pared del fondo. Cambió de posición varias veces, escudriñando el techo y los ángulos de las paredes para evaluar la acústica, y luego nos susurró que juntáramos guijarros y nos apostáramos en posiciones desde donde pudiéramos arrojarlos por las profundas sombras a través de la entrada del túnel. A su señal, el titiritero y yo arrojamos guijarros, y el repiqueteo hizo que los hombres alzaran la cabeza y volvieran los ojos hacia el túnel.

El maestro Li hacía bocina con las manos. Muchas veces ha intentado enseñármelo, pero no tengo talento para esas cosas, aunque me doy cuenta de que el noventa por ciento del truco consiste en lograr que el que escucha concentre su atención en el sitio de donde supuestamente viene el sonido. El efecto era notable. Una voz trémula y aguda parecía llegar desde la negrura del túnel, una voz que yo recordaba bien.

—Devolvedme… las… oreeeeejas —gimió la voz espectral del escribiente asesinado.

Los matones se quedaron petrificados, con patas de perro y ancas de perro apresadas entre los dientes. Hiena escupió carne a la mesa y se volvió hacia Cerdo.

—Ése era Grillo, sin duda alguna susurró.

Otro matón se levantó de un salto, volcando una jarra de vino y tirando una bandeja al suelo.

—¿Grillo? ¿Grillo? ¡Dijisteis que habíais matado a ese cabrón! —chilló.

—Devolvedme… la… nariiiiiz.

Chacal se levantó, blanco, empuñando la daga.

—Es el fantasma de Grillo —afirmó—. Ese insecto ha vuelto para rondarnos.

Los otros matones se levantaban, mirándose unos a otros en busca de apoyo. Sólo Cerdo permaneció sentado, en la cabecera de la mesa, royendo un hueso.

—¿Fantasma? Seguro que tu mamá no te enseñó esas gansadas —se burló—. ¿No sabes que un difunto debe permanecer en el Infierno tres años antes de que pueda regresar como fantasma?

—¿Entonces qué diablos fue eso? —gritó Chacal.

—Devolvedme… los… ojoooos.

—Es Grillo. Su alma hun se extravió —susurró Hiena—. ¿No oyes? Está buscando su cuerpo, pero nosotros le arrancamos esas partes.

—¿Por qué no estrangulasteis a ese cabrón? —gritó otro matón.

—Alma *hun*, alma *hun* —se burló Cerdo. Se levantó despacio, con ostentosa dignidad, y recogió su ballesta—. Escuchadme, boñigas ignorantes, el alma *hun* vive en el hígado, y no tocamos el hígado de Grillo. Yo arranqué los pulmones de ese cabrón, no el hígado, y en los pulmones vive el alma inferior, y si pensáis que me asusta el alma *po* de un insecto como Grillo…

—Devolvedme… los… pulmoooooones.

Hiena y Chacal retrocedían, pero Cerdo los detuvo y arengó a las tropas.

—¡Vivo o muerto, Grillo tiene menos agallas que un gorrión! —gritó—. Vamos, muchachos, démosle a ese excremento un auténtico motivo de queja.

Se dirigió a la entrada del túnel, cogiendo una antorcha de una ménsula, y al cabo de un titubeo Hiena, Chacal y los demás matones siguieron al cabecilla, dándose aliento con vítores y maldiciones, cortando el aire con las dagas. Desaparecieron en el túnel, gritando: «Muéstrate, cobarde», y «Perseguiré tu alma comida por los gusanos hasta el Tíbet». El chasquido de una ballesta sugería que la imaginación les proveía imágenes a las que disparar, y el maestro Li gruñó de satisfacción mientras salía al trote y cruzaba la caverna para dirigirse a la puerta de la pared del fondo.

—Me sorprendería que no sigan la marcha hasta llegar a la isla, y entonces pasarán un par de horas abriendo agujeros en la maleza —dijo muy orondo.

El laboratorio alquímico parecía intacto, pero el maestro Li no estaba interesado en él. Continuó hasta otra puerta, y cuando la abrió nos encontramos frente a un corredor largo con pequeños nichos a ambos lados, que se usaban como oficinas.

—Buey, Yen Shih, yo conocía a Ma Tuan Lin y su modo de trabajar, así que me encargaré de la búsqueda —dijo el maestro Li—. Id a la caverna principal y montad guardia… aunque no creo que nuestros amigos regresen antes de que yo haya concluido.

Tenía razón pero también se equivocaba. Diez o quince minutos después el titiritero y yo estábamos en el centro del recinto, mirando cajas de embalaje, tranquilos con la certeza de que las voces, las pisadas y las antorchas de los matones nos pondrían sobre aviso con bastante antelación, cuando un

chasquido agudo fue seguido por unos pasos, y antes de que tuviéramos tiempo de ocultamos una nueva partida de matones salió de una puerta que no habíamos visto, oculta en un rincón detrás de las cajas, y se paró en seco para mirarnos. Eran tan crueles como los otros, y el cabecilla se sonrojó de furia mezclada con sed de sangre y abrió la boca para gritar una orden, y luego gorgoteó y se aferró la garganta y cayó redondo.

Yen Shih había manoteado una ballesta que había quedado apoyada contra la mesa, y la había amartillado, apuntado y disparado con tal celeridad que ni atiné a moverme. Ya no quedaban más flechas para la ballesta, así que el titiritero se la arrojó a otro matón, y cogió su antorcha con una mano y su cuchillo con la otra. Yo había empuñado mi antorcha para usarla como garrote, y los matones se abalanzaron sobre nosotros.

Soy mejor con un garrote que con un arma que requiere destreza, y machacaba y trituraba efectivamente, pero ellos nos superaban en número y sin duda me habrían matado de no haber sido por Yen Shih. El titiritero era un grácil torbellino que abrió una senda de muerte en el centro de la partida, y luego volcó una pila de cajas para cerrarles el paso. Una caja se abrió con el golpe y mil pequeñas tortas de falso Té del Tributo se desparramaron en el suelo, y los matones resbalaban y patinaban mientras el titiritero giraba y volvía a atacarlos como el Cerdo Trascendente en una orgía de sangre, y los supervivientes que se apartaban de un salto aullando de miedo quedaban a mi alcance. Logré arrojar la antorcha y abatir a un hombre que iba a apuñalar a Yen Shih por la espalda, y el cuchillo surcó el aire y se clavó en la garganta del hombre que apuntaba su lanza a mi pecho, y todo terminó, y yo no podía creer que lo hubiéramos logrado, pero allí estaban los cuerpos y ninguno de ellos se movía.

El titiritero miró pensativamente ese estropicio.

—Quizá tengamos problemas cuando intentemos ocultar los cuerpos y ordenar esto —dijo.

—Olvídalo —replicó una voz, y al volverme vi que el maestro Li sacudía la cabeza con admiración mientras examinaba esa carnicería—. Lo importante es que he hallado los papeles de Ma. Si ocultamos los cuerpos, suscitaremos más preguntas de las que responderemos, así que los dejaremos así. O casi.

Rápidamente investigó los bolsillos, carteras y cinturones y juntó una pila de monedas de plata, que arrojó sobre la mesa, y un mazo de naipes baratos y marcados, que desparramó sobre las monedas y en el suelo. Puse mi garrote en la mano ensangrentada de un cadáver. La antorcha de Yen Shih estaba junto a otro, y metimos la ballesta bajo el cadáver de un tercero.

—Un investigador avezado encontraría diez cosas erróneas en este bonito cuadro en diez minutos, pero es improbable que llamen a investigadores avezados —dijo confiadamente el viejo—. Los guardias del relevo llegaron, encontraron una mesa con vino y carne de perro y decidieron aprovecharla,

empezaron a jugar, alguien se pasó de listo con los naipes, y por una vez en la vida estos imbéciles no erraron cuando empezaron a apuñalarse. No falta nada. ¿Por qué no aceptar la explicación más fácil?

Yo no quería discutir con él, pero aún teníamos que largarnos de allí. El túnel quedaba descartado. El maestro Li estaba ante la puerta que habían usado los guardias del relevo, y obviamente no le agradaba.

—Esto debe conducir al subsuelo de una mansión del Cerro del Carbón, perteneciente a uno de los mandarines, y se necesitaría magia para salir por el subsuelo y la mansión sin que nos detuvieran —dijo pensativamente.

—Por aquí —dijo Yen Shih.

El titiritero había visto algo que no habíamos visto nosotros. Junto a la pared oeste aún se veían los restos de un alud, y una mancha de luz que no era artificial se filtraba por una brecha que subía hacia el techo. Ensanchamos la brecha y vimos que el alud había abierto una chimenea que conducía a un resplandor azul, y con el maestro Li sobre mis espaldas pude trepar hasta lo que parecía un extraño guardarropa hecho de madera vieja y nudosa. La luz entraba por una brecha suficientemente ancha para el maestro Li, y luego fingí que yo tenía nueve años y logré pasar con mi corpachón, y Yen Shih subió y se reunió con nosotros. Estábamos en terreno familiar. Era el cementerio de la familia Lin, en la cima del Cerro del Carbón, a poca distancia de la tumba donde había residido el gul vampiro, y el «guardarropa» resultó ser el interior de un árbol hueco.

—¡Ahora entiendo! El *ch'i-mei* usaba este árbol como lugar de reposo durante sus merodeos nocturnos, y el alud lo arrojó a la caverna, y desde allí lo llevaron accidentalmente junto con la tierra a la isla Hortensia —dijo felizmente el maestro Li. Odia los cabos sueltos—. Sin duda los mandarines decidieron no rellenar el boquete porque podía ser útil como salida de emergencia.

Los jardineros nunca tocarían ese árbol, y temblé al mirarlo: nudoso, encorvado, potente, malévolo, tan enfermo y peligroso como los temibles árboles muertos de la Colina de las Cometas y los Cuervos, y permanecería intacto hasta que el viento lo tumbara.

16

Como lo habían designado investigador de todo lo concerniente a la muerte de Ma Tuan Lin, el maestro Li tenía pleno derecho a estar en el cementerio donde había vivido el monstruo. No se molestó en ocultarse mientras recorría la colina, y entre tanto hurgó en su túnica para sacar una pila de papeles. Eran calcos que había hecho en la oficina del difunto mandarín, en la caverna, y eran tan estupendos que el maestro Li estaba dispuesto a apostar que Ma había destruido el friso de la pared del túnel para que nadie más compartiera su tesoro. Ni siquiera Ma era tan estúpido como para no deducir cómo se usaban las jaulas para comunicarse.

Hasta yo podía entenderlo. Ante todo, vimos una vez más las figuras embozadas que habían tallado en las paredes del Yu, los Ocho Honorables Magos. Éstas eran impresiones muy nítidas, y era visible un detalle que antes no saltaba a la vista. Cada jaula contenía un objeto semejante a un pincel para escribir, y el mango sobresalía por un orificio en el centro de la confluencia de las rejas en la parte superior, y había una secuencia que parecía destinada a los lentos de entendederas: (1) un caballero sacaba el pincel de la jaula; (2) apoyaba el pincel en símbolos de los cinco elementos pintados sobre las rejas; (3) su imagen aparecía dentro de la jaula; (4) líneas ondulantes simbolizaban el cruce del agua y la distancia; (5) un segundo caballero veía un duplicado del primero en su jaula.

—¡Hasta Chou Cabeza de Habichuela podría entender esto en mi aldea! —exclamé.

—Presta atención —rezongó el maestro Li—. Al descubrir la comunicación por jaula, Ma llegó a la conclusión de que había hallado lo que realmente importaba, y quizá fuera así, pero sólo llegó hasta allí, y cualquier estudioso digno de ese nombre comprendería que tenía en sus manos el único registro conocido del acontecimiento que hoy día aún se honra de forma bastarda, la regata de barcos dragón del quinto día de la quinta luna. —Hizo una mueca brusca y sacudió la cabeza como si tratara de arrancar significados a la melaza. Es decir, pasado mañana. Presuntamente la regata honra al gran estadista y poeta Ch'u Yuan, que se ahogó como protesta contra un gobierno

corrupto, pero en realidad la regata se celebraba mil años antes del nacimiento de Ch'u, y quizá dos mil. El friso que Ma descubrió y destruyó era un relato pictórico de la celebración original que inspiró la regata, aunque se necesitaría al Maestro Celestial en sus mejores días para descubrir toda la verdad sobre el asunto.

Rara vez vi al viejo tan frustrado. Mientras su índice derecho bailaba sobre los calcos, interpretaba con certidumbre y celeridad símbolos antiguos y los ponía en el contexto de una historia, pero sus gestos cortantes y sus palabrotas daban testimonio de lecciones que quizá hubiera aprendido junto al Maestro Celestial un sinfín de años atrás, lecciones que quizá el santo ya no pudiera repetir. Pero no empezó por las pictografías. Un calco representaba una antigua escritura del comienzo del friso, y el viejo señaló la breve inscripción.

—Esta historia es claramente un mito del solsticio, basado hasta cierto punto en acontecimientos históricos, y este título escrito fue añadido por un erudito o sacerdote quizá mil años después del relieve. —Se volvió hacia Yen Shih con un guiño—. Un poco colorido, pero bastante descriptivo, ¿no crees?

El titiritero alzó la vista bruscamente. El conocimiento de las escrituras antiguas era propio de los privilegiados, y el maestro Li nunca había aludido directamente al origen aristocrático de Yen Shih. El titiritero se encogió de hombros y tradujo los símbolos para mí.

—*Regata de barcos fantasma en la lluvia con pájaros de muerte en las llamas del cielo*. —Y añadió, en una maravillosa imitación de la voz de un erudito pomposo dictando cátedra—: Y aparte del chino, el único idioma proclive a forjar líneas poéticas con un caudal de sustantivos es el bárbaro latín.

El maestro Li continuó con la explicación, y he aquí el boceto esquemático de la leyenda que él pudo descifrar a partir de antiguos símbolos e imágenes.

Tiempo atrás, antes de que la escritura hubiera evolucionado para consignar acontecimientos, bárbaros invasores que se transformarían en los chinos combatieron contra los colonos aborígenes del Reino Central por la supremacía terrenal, y al mismo tiempo se libraba una batalla en el Cielo entre los dioses del pueblo viejo y los dioses del nuevo. Los combatientes terrenales lograron enardecer a ambos bandos celestiales. En consecuencia, los dioses que normalmente controlaban la operación física de la tierra se marcharon para combatir en los campos de batalla del Cielo y dejaron que los hombres se las apañaran como podían, y en poco tiempo el mundo quedó sumido en el caos. Era evidente que los hombres debían llegar a un acuerdo armonioso con los poderes de la naturaleza si querían sobrevivir, y con esta finalidad los reyes beligerantes se unieron y humildemente solicitaron a los más grandes brujos y chamanes, *Pa Neng Chik Shih*, que acudieran desde los confines de la civilización para hacerse cargo.

—Los Ocho Honorables Magos comenzaron por ordenar a los reyes que construyeran algo —dijo el maestro Li—. ¿Ves el cuadrado grande? Eso

significa «tierra» o «de la tierra». Tiene un garabato tallado en su interior para indicar que es hueco (una caverna, por ejemplo) y estas pequeñas líneas que sobresalen en la parte superior…

—¡Tubos! —exclamé—. ¡Ordenaron a los reyes que construyeran el instrumento musical del Yu!

—Sinceramente espero que fuera así, pues es una idea encantadora —murmuró el maestro Li—. También encargaron dos barcos maravillosos, uno yang y otro yin, y para sellar un pacto (esto no me queda claro, pero parece haber sido un convenio para unir a los hombres y la naturaleza en un acorde armonioso), los Ocho Honorables Magos dirigieron la regata más espectacular de la historia.

Con apuestas mortíferas, al parecer. El Yu se usó para formar un sendero de agua mágica para navegar, y encima de los barcos el aire estaba en llamas, indicando que el cielo estaba tan caliente que se incendiaba, como en los días previos a que el arquero Yi abatiera nueve de los diez soles. Obviamente la influencia yang era desmesuradamente fuerte, y cuando la naturaleza está desequilibrada brota la enfermedad, y los terribles Cuervos de la Pestilencia sobrevolaban los barcos. El agua hervía debajo de los Ocho Honorables Magos, las olas amenazaban con volcarlos, espantosos monstruos acechaban en las orillas y serpientes marinas se agazapaban en las profundidades. El barco yang se adelantaba, y los mortíferos pájaros de la enfermedad descendían…

—Y justo cuando se pone interesante perdemos la ilación —dijo con enfado el maestro Li.

La piedra no había escapado a los estragos del tiempo en el sitio donde estaban los últimos paneles. Se había desgastado de tal modo que la tinta del calco se acumulaba en charcos diminutos, con borrones y distorsiones, y en algunos tramos sólo había una protuberancia aquí y una cavidad allá para sugerir lo que habían tallado. En el final, la zona suave y gastada cedía paso a una piedra más firme y el friso volvía a ser visible.

—El yin ha vencido, después de todo —dijo el maestro Li—. ¿Ves las líneas oblicuas? Arrecia la lluvia, fuerza generadora y símbolo de la renovación, y el barco ha llegado a una especie de muelle atestado de *kuti*, fantasmas. No está claro lo que sucede. Las llamas del cielo sehan extinguido y los pájaros mortíferos de la enfermedad huyen, así que debemos suponer que los fantasmas se han unido a los Ocho Honorables Magos y volcado la suerte a su favor. A fin de cuentas, el desconocido comentarista definía las naves como «barcos fantasma». ¡Ojalá el Maestro Celestial recobrara la lucidez por unas horas! —exclamó el viejo apasionadamente—. Él es capaz de relacionar esto con las deidades demoniacas asociadas con las jaulas, y quizá incluso con su hermano Envidia, y ante todo podría contarnos por qué ciertos tramos de una leyenda sobre el solsticio de hace tres mil años surgen hoy, y por qué ciertos

monstruos no son mitos y, en pocas palabras, qué demontre está pasando.

—Buena suerte —dijo el titiritero.

Yen Shih estaba encantado con esa «interesante mañana», como él la definió, y se puso al servicio del maestro Li día o noche, pero por el momento debía realizar un trabajo en su hogar. Actuaba con tacto. El próximo paso del maestro Li consistiría en presentar un informe completo al Maestro Celestial, y quizá hubiera detalles que no quisiera revelar al titiritero, así que Yen Shih se marchó para no abochornar a nadie. El maestro Li insistió en alquilar un palanquín para el titiritero, y nosotros abordamos otro, y poco después entramos en la Ciudad Prohibida y fuimos a la oficina del Maestro Celestial. No estaba allí, pero había dejado una nota para el maestro Li en un zurrón cerrado, y el maestro Li la llevó al palanquín y la abrió mientras nos dirigíamos a la Puerta Meridiana.

> Kao:
>
> Estoy cansado, estúpido y senil. Encaré a un mandarín que tenía que conocer la existencia de esa caverna en Cerro del Carbón. Logré que me mostrara su jaula y me explicara que se usan para comunicarse. Luego la usé para dar unos gritos, pero entonces mi mente dejó de funcionar. Sólo pensaba en golpear a ese cabrón en la cabeza con esa cosa. Tendré que delegarte las decisiones más constructivas. He averiguado que Yang Ch'i posee una jaula. La guarda en una caja en ese maldito invernadero, y nadie es más apto que tú para lidiar con los guardias. Me comunicaré contigo cuando mi cerebro esté dispuesto a digerir algo más sustancioso que papilla para bebés.
>
> Chang

—¿Cómo me veo?

—Maestro… maestro…

—¡Buey, no sobre mi túnica!

—Lo lamento —logré decir entre una arcada y otra.

Los lectores civilizados conocerán el famoso retrato del maestro Li realizado por Wang el Tinta, y yo estaba presente cuando Wang lo pintó. Después de examinar el rostro del sabio desde todos los ángulos, el artista arrojó sus pinceles a un rincón, se desató el pelo largo y lacio, lo sumergió en los tinteros y saltó de aquí para allá meciendo la cabeza frente a la seda, mientras rociaba tinta por todas partes; el resultado final fue un diseño de líneas entretejidas increíblemente complejo. Wang el Tinta bosquejó un perfil con forma de cabeza, ennegreció todo fuera del perímetro, pintó un par de ojos brillantes, y allí estaba el maestro Li, tan vivido que uno esperaba que se desprendiera de la superficie y pidiera vino. Wang el Tinta dijo que era el único modo de reproducir el paisaje de arrugas que constituye el rostro del

sabio, y lo menciono para sugerir cómo era el efecto cuando las arrugas estaban llenas de arcilla cantonesa verde y fosforescente. (Los neoconfucianos que se hayan rezagado pueden pensar así: hombre increíblemente viejo, huesudo, arrugas laberínticas rellenas con arcilla que reluce en la oscuridad). Yo conducía un aristocrático carro tirado por un asno, con toldo azul, bajo una luna brillante que en ocasiones era oscurecida por nubes de arena. El Viento Amarillo silbaba contra la lona, y los soportes de metal de las antorchas que bordeaban la elegante calle de Cerro del Carbón hilvanaban crujidos arenosos como una larga y vibrante cuerda de laúd. Nos detuvimos y los guardias de la puerta de la mansión del mandarín Yang Ch'i se agolparon pidiendo consignas o tarjetas de invitación, y las cortinas de seda se entreabrieron y la cabeza de un cadáver de seis meses asomó lentamente.

—Buenas noches —dijo el maestro Li.

Los guardias ya no estaban, aunque sus gritos agudos se prolongaron un rato, hendiendo el aire, y continuamos nuestra plácida marcha por la calzada. En el patio otra fila de guardias estaba alerta, ávida de un ascenso.

—Excusadme. Nos han llamado para que recojamos a un caballero. ¿Cuál de vosotros es…? —Hurgué en busca de la lista.

Unas manos empujaron la manija frontal de un ataúd entre las cortinas azules, seguidas por la cabeza y el rostro del maestro Li.

—Buenas noches.

Como no quedaba nadie en el patio, abandonamos el carro y nos dirigimos a la mansión, donde un mayordomo automáticamente aceptó la capa del maestro Li, se volvió para recibir la tarjeta de madera blanca, y se cayó como una tabla, botando tres veces con un ruido claro y vibrante. Criados, guardias y lacayos varios aparecieron en todas las puertas y escaleras.

—¡Ah de la casa! —grité desesperadamente. Mi amado tatarabuelo ha contraído una tonta dolencia que unos medicastros ignorantes insisten en considerar virulenta, y sólo buscamos…

—Buenas noches —dijo el maestro Li.

Como nadie acudía a recibirnos, atravesamos los patios interiores, llegamos a una torre central y entramos en una enorme habitación bajo una gran cúpula abovedada que consistía casi totalmente en ventanas. En el exterior el calor era aplastante; aquí era espantoso. Para colmo estaba húmedo como un bosque tropical, y el maestro Li explicó que Yang Ch'i era un fervoroso horticultor que se especializaba en flores tropicales exóticas. Debajo del suelo había una gran cuba de agua que unos fuegos de carbón hacían burbujear constantemente. Unos conductos soltaban el vapor por un millar de orificios diminutos, y la humedad se condensaba en gotas que caían del techo con gorgoteos. El recinto olía a estiércol y fermentación, pero sobre todo apestaba a los toscos y pulposos tallos de inmensas orquídeas: dulzura pegajosa, podredumbre por dentro.

—Yang también se enorgullece de su conocimiento de los artefactos primitivos, y en ese sentido su orgullo es justificado —dijo el maestro Li—. Es uno de los pocos que realmente respeta la artesanía de los aborígenes, y por eso el Maestro Celestial dijo que guardaba su jaula en una vitrina. Yang Ch'i no ocultaría semejante objeto; sería la gema de su colección.

Las avenidas que circulaban entre las plantas estaban bordeadas por escaparates que exhibían desde un costoso peine enjoyado hasta una muñeca tallada en teca barata, y quizá aprendí algo al notar que la luz de luna volvía irrelevantes los materiales. Si el criterio era la artesanía, la muñeca cobraba mayor valor. Las avenidas convergían en el centro de la cúpula, donde había una vitrina expuesta en un tramo de suelo circular. Aquí el vapor cobraba forma de ondas de calor; los perfiles se borroneaban, y todo lo que veía por el rabillo del ojo parecía subir y bajar flotando, como en ondas marinas. La luna estaba justo encima de la cúpula. Al avanzar, noté que cambiaba de color y de forma a través de diferentes paneles de vidrio: ora era redonda y dorada como un fabuloso melocotón de Samarcanda, ora era alargada y amarilla como una calabaza. Un cangrejo debe ver la luna de ese modo, pensé, atisbando por el agua mientras corretea sobre la arena y las algas.

Tan sólo el vidrio debía de costar una suma principesca. Nunca había visto tanto en un solo lugar, y nunca de tal calidad.

Llegamos a la exhibición del centro y miramos la vitrina, donde había una antigua jaula como las que habíamos visto antes. El maestro Li frunció el ceño.

—Maldición, no hay pincel —dijo, y en efecto no había ningún pincel como el que figuraba en el calco. Era como la que habíamos recogido frente al pabellón de Ma Tuan Lin, pero esta vez reparé en el orificio superior por el cual podía sobresalir un mango de pincel. Estiré el brazo, pero el maestro Li me detuvo.

—Cuidado.

Examinó el suelo, el pedestal, la jaula, el techo, y sólo cuando estuvo seguro de que no había ninguna trampa ni mecanismo de alarma estiró el brazo y alzó con cuidado la tapa de vidrio. El vapor ondeaba alrededor, siseando, enturbiándome la visión, y cuando se despejó vi que el maestro Li asentía. Tendí la mano, cogí la jaula y la levanté, y el maestro Li volvió a poner la tapa.

—Echémosle un vistazo —dijo.

En un rincón había un banco de trabajo donde relucían brillantes faroles, dando una iluminación más clara que la luz de la luna, y fuimos hacia allá. Sentí un cosquilleo en la garganta y tosí, y luego tosió el viejo. El sonido pareció demorarse dentro de la cúpula, desplazándose despacio por el aire húmedo. Bajo el farol, el maestro Li examinó la parte superior de la jaula y se fijó en los símbolos de los elementos en las rejas, los símbolos que el

Honorable Mago del calco tocaba con el pincel, y luego estudió el fondo de la jaula. Se quedó muy tieso.

—Buey —murmuró tras una larga pausa—, ¿ves esa cruz diminuta trazada sobre el borde?

—Sí, maestro.

—La puse yo.

—¿Cómo?

—La puse yo, Buey, por fuerza del hábito, como marca para identificar una prueba física. Ésta es la misma jaula que encontramos en la isla, y que el hombre simio robó de mi chabola.

Lo miré desconcertado. Nada de eso tenía sentido para mí, e iba a hacer preguntas estúpidas cuando empezó a sonar una flauta. El sonido era alarmante en la quietud húmeda y espesa del invernadero, y di un salto. En un instante el maestro Li empuñaba su cuchillo arrojadizo, y me volví hacia el sonido y empecé a seguirlo, agazapándome bajo grandes flores aromáticas. La música era extraña y discordante, obtusamente rítmica, como el redoble monótono con que un chamán pone en trance al público, y costaba localizarla. Parecía desplazarse a izquierda y derecha con lentitud irreal, y mientras me abría paso entre orquídeas pulposas bajo la luna cambiante comencé a tener la profunda impresión de que estaba bajo el agua, como el cangrejo que había imaginado, avanzando entre las algas y las extremidades flácidas de hombres ahogados.

Me detuve, sorprendido, y mi corazón quiso saltar del pecho. Había llegado a una brecha entre hojas enormes y me hallaba frente a un retazo brillante de luz de luna que alumbraba un taburete en el que estaba sentada una persona menuda. Era un niño. Un hermoso niño que tocaba una flauta, pero había algo raro, y oí en mi cabeza la voz débil del Maestro Celestial.

—La primera deidad demoniaca es Fang-liang —había dicho el santo—. Parece un niño de tres años con ojos rojos, orejas largas y hermoso cabello, y mata obligando a sus víctimas a estrangularse.

El cosquilleo de mi garganta se había intensificado, y traté de toser pero sólo logré sofocarme, y di media vuelta y miré hacia atrás. El maestro Li había soltado el cuchillo y se tambaleaba en círculos con las manos apretadas sobre la garganta, estrangulándose.

Traté de regresar a él, pero lo pensé mejor e intenté atacar al niño de la flauta. Sólo logré tropezarme y caer. No podía respirar. El picor de la garganta era intolerable y me estrujé el cuello con las manos para eliminarlo. Mi visión se nublaba y apenas podía ver que el maestro Li había enloquecido y trataba de trepar a lo que parecía un árbol diminuto que se elevaba sobre las orquídeas, gateando como un niño, y luego no pude ver más. Rodé sobre mi espalda, clavándome los dedos en la garganta.

La música de flauta había cesado. La luna estaba tapada. El niño se

arqueaba sobre mí, mirándome. Había una sonrisa feliz en la cara inocente, y los ojos eran rojos, en efecto, y los lóbulos de las orejas casi llegaban a los hombros. Un cabello hermoso relucía bajo el claro de luna, y una bonita lengua lamía bonitos labios. De pronto, una forma oscura chocó con el niño como un huracán y lo lanzó por los aires, y unas manos me aferraron la cabeza y me abrieron la boca, y un ácido ardiente se abrió paso por la obstrucción de mi garganta. El aire entró súbitamente en mis pulmones. Respiré y jadeé y me sofoqué y me incorporé, y en pocos segundos comprendí que lo que tenía en la boca no era ácido sino zumo de lima, y la forma oscura era el maestro Li.

—¡Atrápalo, Buey!

El extraño niño se había enredado en unas plantas, pero logró zafarse, manoteó la jaula y procuró llegar a la puerta. Yo no podía atraparlo —mis piernas intentaron moverse y desistieron—, pero tenía a mano un tiesto pequeño, pesado, lleno de tierra. Se lo arrojé con todas mis fuerzas, y luego lo lamenté.

—Quería pegarle en las piernas —resollé.

—Me alegra que le hayas pegado, no importa dónde —dijo el viejo para consolarme.

No necesitaba realizar una autopsia para determinar lo que había ocurrido cuando el tiesto se estrelló contra la nuca del niño. Oímos el crujido de los huesos desde donde estábamos, y antes de que el cuerpo cayera al suelo supimos que el maestro Li no podría interrogar a la criatura. Me levanté temblando, nos acercamos y lo miramos. La peluca de hermoso cabello había volado a cierta distancia, y uno de los lóbulos postizos se había desprendido. Los ojos rojos estaban vidriosos.

—Una especie de ungüento para surtir un efecto similar a la conjuntivitis —comentó el maestro Li sin inmutarse—. Lo reconozco. Uno de los enanos que entretienen a los eunucos en la Ciudad Prohibida, y juraría que lo he visto en compañía de Li el Gato.

Recogió la jaula caída y la hizo botar en su mano.

—Alguien se ha tomado una tremenda molestia —dijo—. Cuando sacamos la jaula de la vitrina, un resorte oculto soltó una nube de una sustancia que se parecía al vapor de la habitación. Pero era un polvo derivado del *yuan ha*. Los bárbaros lo llaman Dafne de las Lilas, y se relaciona con el laurel y las hierbas como la laureola. Contiene un irritante muy poderoso que pude inflamar la laringe al punto de cortar la circulación del aire, y como la víctima trata de llegar instintivamente a la obstrucción, parece que se estrangula a sí misma. Un antídoto es el ácido cítrico, y fue una suerte que hubiera un árbol de lima entre las orquídeas.

El sabio miró con el ceño fruncido el diminuto cadáver.

—¿Pero por qué un complot tan ridículamente complicado para asesinarnos? —preguntó retóricamente—. Había mil modos más seguros de

matarnos, y esto sólo nos revela que Li el Gato tiene un espía en la servidumbre del Maestro Celestial. Alguien logró leer esa nota y tendernos la trampa antes de que llegáramos, y será mejor que nos cercioremos de que el Maestro Celestial está ileso.

—Sí, maestro —dije, y automáticamente me agaché y él saltó sobre mi espalda y partí al galope.

17

Nos detuvimos sólo el tiempo suficiente para que el maestro Li se quitara la arcilla de la cara y se pusiera presentable. Luego entramos con el carro en la casa del Maestro Celestial, y se me fue el alma a los pies al ver que el patio externo estaba atestado de soldados de la Guardia Negra, los milicianos que custodian a los eunucos importantes de la Ciudad Prohibida. Obviamente algo andaba mal, y el maestro Li no perdió tiempo. Se bajó y marchó hacia la puerta ladrando órdenes a diestro y siniestro como si acabara de llegar para ponerse al mando, e ingresamos en el interior como generales vencedores.

Cuando llegamos al patio interno, sacaban un cuerpo en una camilla. Un pie asomaba bajo una capa. Fue suficiente para indicarme que no era el cuerpo del Maestro Celestial, sino de una mujer, y entonces comprendí quién era. El pie tenía una pantufla bordada con un dibujo de ardillas brincando entre flores, y recordé a la joven criada que llevaba un perrito enfermo en un cojín de seda. El maestro Li alzó una mano para detener la procesión.

—¿El Maestro Celestial?

—No está aquí, maestro. Ha estado ausente y aún no está enterado de esto.

Un servil eunuco había salido y había visto al maestro Li, y se acercó al trote mientras el viejo alzaba la capa para mirar el cuerpo. La espalda del maestro Li me tapaba la vista, pero vi que se ponía tieso y bajaba la capa con delicadeza. Volvió los ojos hacia el eunuco, que parecía ser el funcionario a cargo.

—La sangre no está fresca. ¿Cuándo sucedió esto? —preguntó el maestro Li con voz serena y glacial.

El eunuco se relamió los labios con nerviosismo. Una anciana se abrió paso entre los soldados, y recordé que ella nos había recibido la última vez. Tenía los ojos inflamados y la voz ronca.

—Fue asesinada ayer —dijo—. Pensábamos que había ido a ver a su familia, y sólo hallamos el cuerpo hace unas horas, pero los hombres que la mataron vinieron ayer. Lo sé. Yo misma los recibí. Tenían una nota del Maestro Celestial que les permitía entrar.

—Hija adoptiva, ¿sabes leer? —preguntó amablemente el maestro Li.

—No, venerable maestro, pero el Maestro Celestial siempre dibuja una avecilla en los mensajes que envía a la casa, y vi el avecilla —dijo la anciana—. Se llevaron a la pequeña Tontuela al jardín, pobrecilla, pero entonces yo estaba ocupada y me olvidé de ellos. Acabamos de encontrar el cuerpo de Tontuela en el cobertizo de los botes, junto al lago.

—¿Podrías identificar a esos hombres si los vieras de nuevo? —preguntó el maestro Li.

—¡Sí! —dijo la anciana con vehemencia—. ¿Cómo puedo olvidarlos? El cabecilla parecía un cerdo, y sus acompañantes eran como una hiena y un chacal.

Sentí un retortijón en el estómago al recordar a esas criaturas de la caverna, que habían asesinado al escribiente y se reían de sus chistes obscenos mientras la grasa de perro les untaba las mandíbulas. El maestro Li había comentado que tenía que haber un espía en la servidumbre del Maestro Celestial. ¿La criada llamada Tontuela había descubierto al espía, y ésta era su recompensa? El maestro Li miraba pensativamente al eunuco.

—La casa y la oficina del Maestro Celestial están bajo jurisdicción imperial. ¿Tienes la autoridad apropiada para investigar el homicidio?

El eunuco recobró el aplomo y rezumaba miel.

—Esta indigna criatura ha recibido ese honor —dijo, inclinándose hasta el suelo, y presentó un pergamino lleno de sellos imperiales.

El maestro Li miró el documento y lo devolvió. Los zorros investigarían la muerte de una gallina pero, ¿qué podía hacer él para impedirlo?

—Muy bien. Continúa —ordenó bruscamente. Se giró sobre sus talones y lo seguí hacia el carro.

—Maestro, ¿fue muy desagradable? —pregunté mientras azuzaba el asno.

—¿La muerte? La cortaron en pedazos —rezongó el sabio.

—¡Cabrones!

—Si te refieres a Cerdo, Hiena y Chacal, estoy de acuerdo, pero ellos no mataron a la niña —dijo el maestro Li.

—¿Qué?

—Quizá la hayan capturado, y quizá la hayan amarrado, pero no la mataron. Esos animales habrían troceado y trinchado como carniceros aficionados, y el hombre que mató a Tontuela era un maestro de esas artes.

—¿Quieres decir que para colmo de males tenemos que lidiar con un cirujano loco? —pregunté débilmente.

—En absoluto —dijo el sabio—. Tenemos que lidiar con un sujeto muy competente cuya artesanía en el asesinato es tan inequívoca como una fina caligrafía, pero primero visitaremos a cierto titiritero. Buey, no olvides que el espía de la casa del Maestro Celestial pudo haberse enterado de que Yen Shih y su hija nos han estado ayudando, y ayudarnos puede ser una ocupación

insalubre.

A Yen Shih le iba bien en su profesión y su casa era amplia y confortable, aunque estaba en el lado malo de los Estanques de Pececillos del sureste de Puente del Cielo. No había nadie en el patio, y me empezó a doler el corazón cuando nadie atendió la puerta, pero luego oí martillazos en la parte de atrás, y alegres silbidos. Encontramos a Yen Shih en su carromato, junto al establo, trabajando en el mecanismo de un nuevo títere a la luz de un farol.

—Yu Lan ha vuelto a salir en su labor de chamanka y yo no podía dormir —dijo después de saludarnos—. Estará ausente toda la noche. ¿Ha surgido algo interesante?

El maestro Li explicó claramente lo que había ocurrido, y Yen Shih parecía pendiente de cada palabra. He mencionado que su rostro desfigurado no podía expresar emociones normales, pero sus ojos y su cuerpo eran elocuentes. Se enfureció cuando el maestro Li le habló del complot para asesinarnos, y apenas pudo contener la furia cuando se enteró del destino de la pequeña Tontuela.

—Dices que esos tres animales no la mataron —dijo el titiritero con la mayor calma posible, aunque las manos le temblaban con el afán de estrangular a alguien—. ¿Quién fue?

—Iremos a hablarle ahora, si quieres venir —dijo el maestro Li—. Hay algo más que quiero hacer mientras estoy allá, así que quizá tarde un tiempo.

—Tengo toda la noche —rezongó Yen Shih, y se sentó junto a mí en el pescante.

Media hora después el maestro Li, Yen Shih y yo éramos recibidos en una sombría habitación de una sombría torre que se erguía en el extremo del Muro Gemebundo, detrás de la plaza de ejecuciones del Mercado de Verduras. Mano del Diablo estaba arrebolado, sudoroso y ebrio, y derramó vino en la gran mesa de madera a la que estaba sentado cuando empujó una jarra hacia el maestro Li.

—Vivimos en una época infernal, Kao —gruñó—. El mundo entero ha enloquecido. Un monstruo me arruina la estocada, y las espadas no perdonan mi error, y la gente me da órdenes horribles, y yo tengo… ¡Escucha! ¡Escúchalas! ¡Han estado así desde que ese gul vampiro estropeó el récord!

Quería decir que escucháramos las espadas, y se me heló la sangre cuando oí el tintineo burlón del acero. Al Gran Verdugo de Pekín se le confían las cuatro espadas más espléndidas que el mundo ha conocido: Señor Primero a Señor Cuarto, hijos de la unión incestuosa entre la espada macho Gan-jiang y su hermana Mo-ye, que fueron forjadas a partir del hígado y los riñones de la maravillosa liebre devoradora de metal de la montaña K'unlun. Cuando no se usan, las espadas penden de cordeles de terciopelo anudados a sus mangos en una pequeña sala de la torre que da sobre la plaza de ejecuciones, y en las noches ventosas la gente que pasa frente al Muro Gemebundo oye cómo las

cuatro brillantes espadas cantan sobre triunfos sanguinarios. Ahora cantaban burlonamente, y el verdugo sepultó la cabeza entre las manos.

—¡Hazlas callar, Kao, por favor! Diles que no fue culpa mía si erré. No me proponía abochornarlas —moqueó Mano del Diablo.

—Ciertamente —dijo el maestro Li—. Has olvidado que la realeza debe ser interpelada por escrito: sólo aquéllos de igual rango pueden hablar directamente con los príncipes. Buey, recuerda tus modales y pídeles permiso para leer esta solicitud, y estoy seguro de que las espadas perdonarán a nuestro amigo.

Garrapateó una nota y me la entregó, y yo subí a la minúscula habitación donde las grandes espadas colgaban de sus clavijas. Desplegué la nota: «Cierra la puñetera ventana».

Las relucientes espadas chirriaban al frotar la pared de piedra. Temblé al mirar la plaza de ejecuciones, y luego cerré la ventana, que estaba levemente entornada, y trabé el aldabón y las espadas dejaron de quejarse.

—Bien, ¿está perdonado Mano del Diablo? —preguntó el maestro Li cuando volví abajo.

—Sí, maestro. Dicen que las circunstancias de su error fueron extremas, así que no protestarán más —respondí.

—Gracias a Buda —susurró el verdugo. Dio un buen trago de alcohol y abrió otra jarra—. Pero no basta con haberme librado de ese demonio, Kao. Hay otros.

—Sí, como esa tonta criada. ¿Fue una sentencia de Corte Lento? —preguntó el maestro Li.

—Qué mundo, Kao, qué mundo —murmuró Mano del Diablo—. El Corte Lento no es broma, y para colmo tuve que soportar a esos tres animales como testigos. Los cabrones se burlaban y bromeaban como si estuvieran en una feria, pero los fastidié de todos modos. Después de los primeros segundos la pobre niña no sintió nada, y ellos ni se enteraron.

Yen Shih había permanecido callado e inmóvil, pero alzó la vista.

—¿Usaste la vejiga? —preguntó.

—Bien hecho —dijo el maestro Li—. Explícaselo a Buey, que tiene signos de interrogación en los ojos.

—Haré algo mejor. —Mano del Diablo se incorporó, hurgó en una gaveta y extrajo algo semejante a una vejiga de cerdo con nudos extravagantes. Se la puso bajo el brazo derecho. Movió la mano derecha, y como por arte de magia ahora empuñaba una espada larga y delgada. Con otro movimiento, la espada desapareció—. Un verdugo distrae a los testigos por medio segundo y los sufrimientos de la víctima han terminado —dijo con solemne pero aguardentosa voz de catedrático—. Los testigos no se dan cuenta, porque el verdugo tiene al Bebé Chillón bajo el brazo, y él hace otro corte largo y lento…

Hasta el maestro Li y el titiritero dieron un respingo, y ellos sabían de qué se trataba. Yo casi choqué contra el techo cuando un alarido espantoso se estrelló contra mis tímpanos, y luego otro.

—Apretones breves y rápidos para un hombre, largos y lentos para una mujer —dijo Mano del Diablo—. Os contaré un secreto. He usado el Bebé Chillón para cada Corte Lento de los últimos diez años, sin importar si la familia me sobornaba o no.

—Haces un hermoso trabajo, trátese de espadas, vejigas o ambas cosas —dijo el maestro Li—. Yo no tengo ninguna queja, pero me gustaría echar un vistazo a la orden de ejecución, si no te molesta.

—¿Molestarme? ¿Por qué habría de molestarme? Es como te decía, Kao, el mundo se ha vuelto loco. Todos están chalados, y esto lo demuestra.

Hurgó en otra gaveta y le arrojó al maestro Li un documento oficial, y el sabio lo sostuvo a la luz por un largo instante. Luego lo plegó y lo devolvió.

—Amigo mío, voy a contribuir a tu opinión sobre la cordura del mundo —dijo—. Quiero deliberar con un eminente caballero, y mientras venía hacia aquí me tomé la molestia de componer un documento, para que sea oficial. Puedes añadir esto a tu colección de chifladuras.

Sacó un papel y se lo entregó, y Mano del Diablo le clavó los ojos como una cobra.

—¡No hablas en serio!

—Claro que sí.

—¡Kao, es como si invitaras a la Peste Negra a tomar el té! ¡O te pusieras a nadar en aceite hirviendo! Yo mato, Kao. Es mi trabajo y lo hago bien, pero me pongo débil y pálido cuando esta criatura…

—Por favor —interrumpió el maestro Li, añadiendo una leve entonación oficial a su voz.

Mano del Diablo salió a trompicones por la puerta, y le oí mascullar que el mundo estaba loco de remate mientras se alejaba por un pasillo. El maestro Li se volvió hacia el titiritero.

—Yen Shih, creo que sería buena idea que averiguaras el paradero de tu hija y te quedaras con ella —murmuró. No sé cómo interpretar la situación, pero algo es seguro: este asunto está entrando en una fase bastante siniestra.

El titiritero enarcó una ceja.

—La orden de ejecución de la joven criada especificaba el Corte Lento —dijo el maestro Li—. Conozco bien la firma, y era auténtica. La orden fue emitida por el Maestro Celestial.

Lo miré boquiabierto, atónito y desconcertado. Yen Shih se quedó tieso. Luego inhaló profundamente y extendió las manos.

—El verdugo tenía razón. El mundo está loco de remate —dijo, y dio media vuelta y salió deprisa por la puerta, y oí la suave voz de barítono que se alejaba con sus pasos, cantando al cielo azotado por la arena.

Mapaches azules lloran sangre
mientras mueren zorros temblorosos.
Búhos milenarios
se ríen con desenfreno.
El perro blanco que le ladra a la luna
es el gallo de los cadáveres;
sobre su tumba un fantasma gris canta
la canción de un caballero.

Fui hasta la mesa, cogí una jarra y empiné un trago de ese alcohol puro que Mano del Diablo y el maestro Li llamaban vino, y cuando dejé de toser me sentí un poco mejor, aunque no demasiado. El verdugo regresaba, y por el sonido arrastraba a un prisionero encadenado.

—¡Estás diez veces más loco que el resto del mundo, Kao! —vociferó Mano del Diablo.

—¿Por qué? ¿Por buscar la compañía de un magnífico sujeto que es tierno como un corderito y dos veces más amable? —dijo dulcemente el maestro Li.

El verdugo y su prisionero traspusieron la puerta, y sentí un mareo. El cuerpo blando y rollizo, la postura de rana, la saliva que goteaba de labios gordos y fofos…

—Tres veces más amable —dijo Tu el Hostelero de Sexta Categoría.

18

Todo historiador afronta un capítulo en el que no puede ganar. Si incluye el material relevante, ahuyenta a sus ofuscados lectores, y si no lo incluye, no está escribiendo historia. Así, los estudiosos que lidian con las guerras de los Tres Reinos deben apretar los dientes e incluir doctos comentarios sobre los Siete Sacrilegios de Tsao Tsao, y yo debo encarar la tarea de transcribir las palabras de un espantoso hostelero. Para quienes lo oían por primera vez era difícil no llegar a la conclusión de que su discurso era simplemente otra arma de un arsenal bien provisto, pero no, sólo reflejaba su segunda obsesión. La primera era el asesinato.

—Buey —me dijo una vez el maestro Li—, nunca olvides que Tu el Hostelero de Sexta Categoría es medio aborigen. Nuestros antepasados robaron las tierras fértiles de su pueblo y lo expulsaron a montañas rocosas donde casi no había alimentos. Luego se descubrieron depósitos de minerales, así que perseguimos a los supervivientes hasta unos pantanos palúdicos donde había aún menos comida. El hambre se transformó en heredad de los aborígenes, en su derecho de nacimiento. En un sentido psicológico, Tu el Hostelero de Sexta Categoría nació muerto de hambre.

Hoy día, cuando el hostelero se acerca a la deificación, cada ínfima modificación de sus declaraciones se considera herética. Si omito un adjetivo, es posible que la turba aullante me haga picadillo, pero alego circunstancias especiales. Cuando vi su rostro siniestro en la oficina del verdugo, todo se borroneó, y por un tiempo sólo oí un zumbido machacón en mis oídos, y cuando el zumbido se extinguió la entrevista ya estaba iniciada.

—… sí, sí, claro, el Yu fue construido por los Ocho Honorables Magos para hacer música que se transformaba en agua. «Agua del Sol Poniente», la llamaba mi vieja abuela, aunque el nombre quizá sea tan equívoco como «Sopa de Cordero de Tres Pescados», que no contiene pescado. Tampoco contiene cordero. Los caracteres que representan «cordero» y «pescado» significan «delicioso» cuando se escriben juntos, así que el nombre en realidad significa «Sopa Tres Delicias», y se prepara con pechugas de pollo, abulón, jamón, brotes de bambú, guisantes, aceite de semilla de sésamo, caldo de gallina y

vino de arroz. A mí me gusta servirla seguida por carpa Su Tung-po, que es extremadamente sencilla, como cuadra a las creaciones geniales. Se lava la carpa con agua fría y se rellena con corazones de repollo y se frota con sal, y luego…

—Hostelero Tu —barbotó el maestro Li—, los Ocho Honorables Magos llevaban…

—Se fríe con cebollas, y cuando está medio cocida se añaden unas rodajas de jengibre, y al fin unos trozos de cáscara de naranja y un poco de salsa de nabos. Su Tung-po también inventó la Ensalada del Pobre, que va maravillosamente bien con la carpa: repollo *sung*, nabina, rábano japonés silvestre y bolsa de pastor. Añádase una pizca de…

—Hostelero Tu…

—… arroz y agua hirviendo y se puede transformar en sopa, pero hay que tener cuidado con el agua. El gran Chia Ming escribió en su *Conocimientos esenciales para comer y beber* que el agua de la Sopa del Pobre debe ser de nieve o de escarcha, y se debe introducir en el recipiente con una pluma de pollo. El uso de una pluma de pato o de ganso puede causar retortijones de vientre, los cuales también se pueden provocar si cocinamos puerco, anguilas o lochas del fango en un fuego de madera de moral, y Chia Ming estaba muy contrariado por el tema de la espinaca.

—¡Hostelero Tu! Los Ocho Honorables Magos llevaban jaulas que a veces usaban para comunicarse, pero creo que contenían algo más que era custodiado por ocho deidades demoniacas. ¿Tu pueblo dice algo al respecto? —preguntó el maestro Li.

—Sí, sí, claro, jaulas… Cielos, sí. Las jaulas contenían las llaves.

—¿Llaves de qué?

—Las llaves de la música que se transformaba en agua, por cierto, y se decía que los custodios eran muy extraños, casi tan peligrosos como la espinaca, que según Chia Ming es una sustancia foránea importada de Nepal, un país muy desagradable habitado por hombres pérfidos, y es fría y escurridiza y al comerla se debilitan los pies y se causan espasmos estomacales, y si los perros o gatos jóvenes comen espinaca se les arquean las patas y no pueden caminar. Al menos los perros se pueden usar para el *k'eng hsien*, ese guisado canino tan amado por Confucio que incluyó la receta en el Libro de los Ritos, pero no sé qué se puede hacer con gatos de patas zambas.

—Hostelero…

—A menos que sean gatas que han tenido cría. He leído que el niño emperador Ching Tsung era devoto del Arroz del Viento Claro, que se preparaba con arroz, sesos de dragón, polvo de ojos de dragón, y leche de gata, aunque sospecho que «gata» es una errata… además, podría ser un plato peligroso si la gata era blanca, pues los gatos blancos trepan a los tejados y comen rayos de luna, y la ingestión de rayos de luna puede provocar locura.

Desde luego, el gato se puede acompañar con cualquier cosa en el sur, donde incluso comen los búfalos de…

—¡Hostelero Tu! —gritó el maestro Li—. Las ocho deidades demoniacas que custodiaban las llaves de las jaulas tenían un hermano humano que llegó a ser un gran caballero. ¿Tu pueblo sabe algo sobre él?

—¿Hermano? No sabía que tenían un hermano humano. Eran muy extrañas, y un hermano probablemente sería como esos gigantescos insectos acuáticos que se comen en el sur. Dicen que saben a langosta pero en verdad saben a queso blando y rancio, y los sirven con lombrices secas y saladas que sólo saben a sal. En Hupei meridional comen la carne frita de ofidios venenosos, y marmotas guisadas, y en Lingnan el manjar son las crías de rata. Las llaman «chilladores melosos», porque las criaturillas primero se rellenan con miel y luego se sueltan en la mesa del banquete y se arrastran chillando, y los comensales las cogen por la cola y las engullen crudas. Los mejores establecimientos pintan a las criaturas con tinturas vegetales que armonizan con la vajilla; crías de rata color esmeralda chillando entre cuencos de porcelana morada, por ejemplo, lo cual provoca débiles hipos.

—Hostelero Tu…

—Los que sufren hipo son los cangrejos de caparazón blando que flotan en vino de arroz sazonado con sal de roca, granos de pimienta negra de Sichuan y anís, y los cangrejos están demasiado ebrios para molestarse cuando los comensales los sacan del cuenco y se los comen crudos. Como las ratas. En el lado opuesto de la escala están los elefantes, por cierto, y los pies de elefante del sur se cuentan entre los manjares más exquisitos del mundo, siempre que uno extraiga la bilis. Los elefantes acumulan la bilis en los pies, y se desplaza de un pie al otro con el cambio de las estaciones, y un pie sin bilis se rellena con dátiles y se cocina en una mezcla agridulce de vinagre con miel. Lo único que no comen en el sur es…

—¡Tu, Hostelero de Sexta Categoría! —rugió el maestro Li—. ¿Qué hay de una criatura que es mitad hombre y mitad simio, y tiene frente gris plata, mejillas azules, nariz carmesí, mentón amarillo y a veces es llamado Envidia?

—Envidia, sí, sí, claro. Envidia fue la causa. Logró que los dioses dieran la espalda a la tierra, y tenía el sol preparado para incendiar el cielo, y tenía los pájaros de la pestilencia preparados para atacar. A causa del solsticio. Si no hubiera solsticio y el sol se calentara cada vez más… pero entonces intervinieron los Ocho Honorables Magos, y cuando terminaron con Envidia era inofensivo como un cordero, algo que no se come en el sur. Creo que es un malentendido relacionado con el hígado de cordero, que puede ser venenoso si se ingiere con puerco. Asimismo, el jengibre puede ser venenoso si se ingiere con carne de liebre o de caballo, aunque la carne de caballo no necesita ayuda para ser venenosa. El emperador Ching juraba que los riñones de caballo eran mortíferos, y el emperador Wu-ti le dijo a Luán Ta, el nigromante de la corte,

que el predecesor de Ta había fallecido por ingerir hígado de caballo. En cambio, un corazón de caballo, cuando se ha secado, molido y añadido al vino, restaura la memoria, y dormir con un cráneo de caballo por almohada cura el insomnio…

—Hostelero…

—Otro uso de los caballos nos remite nuevamente al cordero. En la bárbara Roma los corderos crecen en la tierra como nabos, y cuando están por brotar los granjeros los rodean con una cerca para cerrar el paso a los depredadores. Los corderos pequeños aún están atados a la tierra por el cordón umbilical y cortarlo es peligroso, así que los granjeros buscan caballos y los hacen correr alrededor de la cerca.

—Hostelero…

—Los corderos se alarman y rompen el cordón umbilical por su cuenta y echan a andar en busca de pasto y agua, y cuando obtengo un cordero me gusta guardar trozos de carne de la pierna para una Cabeza de León de Ocho Manjares, que por cierto no contiene carne de león: cordero, lichis, almejas, puerco, salchicha, jamón, gambas y cohombros. El nombre es ridículo porque en lenguaje culinario «cabeza de león» significa simplemente una salchicha grande, y creo que el error fue culpa de un escriba achispado que oyó *shi-zi*, «león», cuando un chef en verdad dijo *Li-zi*, «lichi», como en el caso del guisado de pescado llamado…

—¡Hostelero Tu! —chilló el maestro Li.

Debo confesar que no entendí nada más. Veía la horrible boca del hostelero que se abría y se cerraba, pero sólo oía un crepitar de grillo dentro del cráneo, y creo que no era el único. El Gran Verdugo de Pekín estaba sentado al escritorio con una sonrisa boba en la cara y los ojos vidriosos, al parecer escuchando el gorjeo de pájaros en el bosque, y no quedó complacido cuando el maestro Li lo arrancó de su ensueño.

El maestro Li no había obtenido ningún dato valioso. Se reunió con Mano del Diablo y deliberó sobre algo que no alcancé a oír, provocando más exclamaciones del tipo «¡Estás tocado!» y «¡El mundo se ha vuelto loco!», y al fin nos dispusimos a marcharnos. Mano del Diablo se llevó al prisionero en medio de un rechinar de cadenas, y había algo extrañamente patético en las últimas palabras del hostelero al maestro Li.

—¡Aguarda! ¡Esto es muy importante! ¡Quería decirte que las mejores raíces de loto se encuentran en los estanques de Nanking! ¡Consigue las nueces cornúpetas rojas del Puente de Ta-pan! ¡Las jujubas tienen que ser de la puerta de Yao-fang y las cerezas del templo de Ling-ku! Debes probar los hipocampos de Kwantung servidos con vino de Lang-ling aderezado con azafrán, y puerco glaseado con miel y cocido con madera de cedro al estilo de…

La puerta de hierro se cerró, y recé para que ésa fuera la última vez que

viera u oyera a Tu el Hostelero de Sexta Categoría.

19

El cuarto día de la quinta luna comenzó con un estallido de petardos. Muchos estallidos, a decir verdad. Era la Fiesta de los Insectos Venenosos, que prepara los ánimos para la Gran Regata de Barcos Dragón de la doble quinta, y habitualmente es un festejo alegre, aunque no esta vez. La ola de calor continuaba y aún no había llovido, y todos saben que cuando no hay fluctuación del tiempo por un periodo prolongado se crea una atmósfera insalubre en que la enfermedad se propaga como una plaga de langostas, y las grandes pestes inician sus ciclos de incubación, y aparecen portentos ominosos: el cielo trae lluvias de ranas y carne humana, por ejemplo, o las gallinas se transforman en gallos.

Los niños se divertían, desde luego. Habían dedicado meses a bordar tigres en sus pantuflas, y sus madres los vestían con túnicas de tigre con rayas negras y amarillas, y chillaban de deleite mientras brincaban por las calles pisoteando escorpiones, ciempiés y arañas imaginarios, o luchaban contra payasos disfrazados de sapos, serpientes y lagartos con largas briznas de hierba *ch'ang-p'u*, que parecen hojas de espadas. Los padres cumplieron con el rito de encender petardos y pintaron las orejas y narices de todo el mundo con estrías de azufre, como precaución contra las picaduras venenosas, pero tenían ojos preocupados y cara larga mientras miraban las ondas de calor que volvían a cimbrear en las calles. Los templos estaban atestados de abuelos que le rezaban a Kuan-yin, Diosa de la Misericordia.

Los ánimos estaban caldeados. Una batalla sangrienta estalló en la Puerta Dinástica cuando un rebaño de ovejas con la cola pintada de rojo (señal de que las iban a sacrificar en el Altar del Cielo) se mezcló con camellos que se dirigían al caravasar del otro lado de la ciudad, y nadie pudo ir a ninguna parte por dos horas. La costumbre obligaba a los arrieros mongoles a usar gruesas túnicas de piel de oveja embadurnadas de grasa, y los camelleros turcos estaban arropados en sus gruesas túnicas mugrientas y sus enormes botas forradas de fieltro, y todos se estaban derritiendo, furiosos contra el mundo, y se morían por enzarzarse en una gresca. Menciono el episodio porque el maestro Li y yo quedamos atrapados en el medio cuando partimos esa mañana hacia la casa del

Maestro Celestial, y tuvimos que abandonar el palanquín y abrirnos paso entre las multitudes y alquilar otro, y cuando llegamos a la casa un soldado que custodiaba la puerta nos dijo que el santo había regresado a altas horas de la noche, pero ya se había ido a la Ciudad Prohibida.

Yo no sabía qué pensar, y el maestro Li se había sumido en sus cavilaciones desde que salimos de la oficina del verdugo la noche anterior, y aún seguía encerrado en su mutismo.

Entramos en la Ciudad Prohibida sin inconvenientes, y en vez de ir directamente a la oficina del Maestro Celestial, el sabio hizo una parada en la Oficina de Importaciones. Cuando salió un rato después, su expresión sugería que al menos una de sus reflexiones había dado fruto.

—Buey —dijo, trepando al palanquín—, tendría que haber hecho esto antes, pero seguían sucediendo cosas que me distraían. ¿Recuerdas las drogas que usé para transformar té negro barato en Té del Tributo?

Me puse rojo.

—No, maestro —respondí.

—Prusiato de hierro, sulfato de lima y polvo del fruto del tamarindo —dijo pacientemente—. Este último artículo es raro. Se importa muy poco, y se requiere una licencia para comprarlo. El difunto y nada llorado movimiento legalista nos legó el requerimiento de que las compañías que solicitan esas licencias deben enumerar los nombres de todos los jefes de la empresa. El secreto se puede mantener porque estas listas se archivan por el nombre de la compañía. Un investigador debe tener el nombre antes de pedir el archivo, y algunos nombres son muy ingeniosos. Supongamos que formaras parte de un grupo de mandarines liados en una operación de falsificación de té. Supongamos que pudieras comunicarte con los demás gracias a unas jaulas antiguas, y supongamos que el uso de las jaulas quedara explicado por el calco de un friso antiguo, y supongamos que no quieres que la gente pida tu archivo. ¿Cómo llamarías a tu compañía?

Él sabía muy bien que yo no tenía la respuesta. Me dejó cocer en mi confusión por un instante, y luego sacó un papel en que un amanuense había tenido la amabilidad de copiar una lista de jefes empresariales bajo el nombre de la compañía que el maestro Li había especificado: Compañía de Té Regata de Barcos Fantasma en la Lluvia con Pájaros de Muerte en las Llamas del Cielo.

—¿Ésta es la pandilla? —pregunté con admiración.

—Exacto. Todos los cabrones involucrados, entre ellos Li el Gato y otros dos eunucos de rango ministerial —dijo el maestro Li—. Ahora bien, si tan sólo…

Dejó que la frase muriese de muerte natural. Quería decir: «Si tan sólo el Maestro Celestial estuviera cuerdo y lúcido y pudiera ayudarnos», y volvió a enfrascarse en su muda preocupación hasta que llegamos al Salón de la

Profundidad Literaria. Allí nos dijeron que el Maestro Celestial acababa de irse, pues había salido para su caminata matinal, pero sin duda lo encontraríamos en el parque que conducía a los palacios de los Jóvenes Príncipes. El maestro Li despidió el palanquín y seguimos a pie, y ambos nos paramos en seco y soltamos un largo suspiro al llegar al parque. Delante de nosotros, andando penosamente con sus bastones hacia el Biombo de los Nueve Dragones, vimos la silueta inconfundible del Maestro Celestial, intacto desde la última vez que lo habíamos visto.

—Me temía que lo hubieran torturado —murmuró el maestro Li.

También yo, pues eso o la locura era la única explicación que se me ocurría para que el santo firmara esa terrible orden de ejecución. Ahora el maestro Li tenía que afrontar la probabilidad de haber cometido un excepcional error al juzgar la caligrafía, y de que la firma fuera falsa, pero esa perspectiva no parecía molestarle. Estaba casi alegre cuando cogió un atajo frente a la Arquería, pero cuando llegamos al Biombo de los Nueve Dragones no había ningún Maestro Celestial.

—¡Ja! Ésa fue una notable ilusión óptica —dijo el maestro Li—. Habría jurado que él estaba aquí, pero mira.

Señaló a lo lejos y a la izquierda, y con ojos desorbitados vi una silueta pequeña y distante encorvada sobre un par de bastones, cruzando como un caracol artrítico la Puerta del Otorgamiento de Premios para dirigirse a la Puerta de la Vejez Apacible.

—Mejor llévame. Alguien debe de haberle transportado, y hace demasiado calor para mis achacosas piernas.

Cargué al viejo en la espalda y reanudé la marcha, pero perdimos al santo de vista mientras recorríamos laberintos de altos setos. Los jardines de la Ciudad Prohibida son para aristócratas, no para campesinos, así que los paisajes están concebidos para ojos que viajan cómodamente en palanquín. Los peatones no ven casi nada hasta que llegan a los espacios abiertos, y al llegar a un espacio abierto me detuve tan súbitamente que el maestro Li casi salió despedido por encima de mi cabeza.

—Maestro —pregunté con un hilo de voz cuando él se reacomodó—, ¿es posible que haya más de un Maestro Celestial?

El viejo santo estaba tan lejos de la Puerta de la Vejez Apacible que había llegado al Gran Teatro, y a mí me habría costado mucho recorrer esa distancia en el tiempo transcurrido, aun al trote.

—Concentrémonos en éste —masculló el maestro Li con voz tensa—. Alcánzalo, Buey.

Partí a la carrera, calculando un ángulo para salir muy por delante de él, y seguí corriendo por veredas de adelfa y granado en ñor hasta que me detuve con un jadeo en el Pozo de la Concubina Perlada. Miré hacia el sitio donde debía estar el santo. No había ninguna silueta que avanzara penosamente, y no

vi nada a mi derecha. Delante estaba la muralla externa de la Ciudad Prohibida, así que la única dirección que quedaba era la izquierda, y giré y casi me caigo de espaldas. En la lontananza, entre el Salón de la Paz Imperial y el Pabellón de los Diez Mil Manantiales, una diminuta silueta encorvada arrastraba los pies procurando mover un par de bastones.

El maestro Li aún estaba tieso sobre mi espalda. Me estrujó los hombros con las manos.

—Intentemos algo —murmuró—. Gira y corta camino entre los Palacios de la Tierra Serena y la Armonía Compasiva, como si desistiéramos y nos dirigiéramos a la Puerta Florida del Oeste.

Hice lo que él decía, y pronto eché a correr nuevamente por laberintos de arbustos y árboles, y al cabo de cuatro minutos el maestro Li me dijo que me detuviera, desandará camino y cogiera la primera abertura a la izquierda. Escalé una loma, me tendí de bruces y repté entre arbustos, y el maestro Li extendió las manos y entreabrió el tupido follaje. Nos hallábamos ante el largo y aterciopelado parque que está frente al Palacio de la Ventura Establecida, y se me heló el hígado.

El Maestro Celestial corría por el parque como una pantera, agazapado, brincando grácilmente sobre los obstáculos. Su sencilla túnica de *tao-shih* ondeaba como una cometa, y corría con tal celeridad que las diez cintas de la túnica y el cinturón bordado con nubes chasqueaban en el aire como las borrosas alas de palomas en vuelo. Saltó sobre una enorme piedra que yo habría tenido que escalar, quedó suspendido en el aire, extendiendo las piernas como un bailarín, y al tocar el suelo se apoyó en los bastones para darse nuevo impulso. El santo siguió corriendo hasta llegar al Salón del Cultivo de la Mente. Si hubiéramos seguido en el camino que habíamos cogido, ahora estaríamos saliendo de los arbustos y nos toparíamos con el Salón, y con el Maestro Celestial, y de pronto él se detuvo, y extendió dubitativamente los bastones, y un caballero anciano, frágil y tullido avanzó penosamente por la hierba.

—Maestro… Maestro… Maestro…

—¿Por qué ese tono de sorpresa? No hemos presenciado un milagro desde que una cabeza de perro sin cuerpo masticó al gran alcaide, así que ya era hora —dijo el maestro Li con voz incisiva—. Buey, regresa al Salón de la Profundidad Literaria, y deprisa.

Una vez allí, me hizo rodear el costado y recorrer un laberinto de pequeños jardines, y luego forzó una ventana y entramos. Abrió una cerradura con su ganzúa, atravesó una oficina vacía, me pidió que lo sacara por la ventana lateral y cruzara un balcón, y luego subimos por otra ventana a la oficina del Maestro Celestial.

—¿Recuerdas el pequeño objeto semejante a un pincel que usaban los Ocho Honorables Magos para activar las jaulas? Sospecho que el Maestro

Celestial tenía uno cuando envió su mensaje a los mandarines. Encuéntralo —ordenó el maestro Li.

La habitación estaba abarrotada de recordatorios de más de un siglo de servicio y se habría necesitado un mes para examinarlos todos, pero en ocasiones la elección obvia rinde sus frutos. El maestro Li volcó el frasco de pinceles de escribir y los dispersó, y de pronto su mano se detuvo. Lentamente escogió un pincel y lo sostuvo a la luz. Era increíblemente viejo, con mango de piedra y una punta hecha con la cola de un ciervo almizclero.

—El mismo periodo, el mismo tipo de artesanía, la misma textura —murmuró el maestro Li.

Salimos, volviendo a los silenciosos y umbríos recovecos del jardín de la biblioteca. No había nadie. El maestro Li no quería correr riesgos con la jaula que casi nos había costado la vida en el invernadero del mandarín. Se la sujetó con firmeza al cinturón, bajo la túnica, y la extrajo y la examinó con ojos especulativos.

—Sabemos que se activa para enviar mensajes cuando tocas los símbolos de los cinco elementos con el pincel —dijo reflexivamente—. Sólo espero que también conserve los mensajes. En tal caso, la lógica indicaría que también se aplica la Doctrina de los Cinco, tales como los cinco colores, direcciones, estaciones, tallos celestiales, montañas, planetas, virtudes, animales, orificios, tejidos o sabores.

Mi conocimiento de los Cinco empieza y termina con el hecho de que el olor y el sonido asociados con el planeta Mercurio son «pútrido» y «gruñido», así que cerré la boca.

Llevó algún tiempo porque había un laberinto de símbolos tallados en las rejas, pero al fin decidió probar suerte con los animales asociados con las estaciones en orden inverso, y yo brinqué en el aire cuando el pincel tocó la cabeza de una tortuga. Un fulgor llenó la jaula, y me encontré frente al rostro de un mandarín que no conocía. Obviamente se debatía entre el temor y la furia mientras trataba de dominarse.

—¿Por qué no hemos matado a ese viejo mentecato? —preguntó. Un tic le hizo temblar la mejilla izquierda—. Debo saberlo, exijo saber por qué no lo hemos matado. ¿Acaso no comprendéis, necios, que desde que el Gato eliminó a ese escribiente hay muchos cadáveres que explicar? Si no degollamos a Li Kao, nos arrojará a los perros.

Al tocar el tigre nos comunicamos con otro mandarín que exigía la cabeza del maestro Li, y el búfalo de aguas y el fénix generaron mensajes aburridos sobre rutas comerciales y cifras de ventas. Entonces el maestro Li tocó el dragón, y el rostro del Maestro Celestial llenó la jaula. Desde las primeras y estremecedoras palabras comprendí que éste era el mensaje que buscaba el maestro Li, el mensaje a Li el Gato y el gran alcaide de Puerta del Ganso que no habíamos llegado a oír del todo.

—¡Meteos esos dedos mierdosos en los oídos y sacad los escarabajos estercoleros, porque voy a revelaros cuán errados son vuestros obtusos hábitos!

Qué manera de maltratarlos. Los insultaba sin piedad. Un ácido achicharraba el aire mientras describía la idiotez de liarse en una operación de contrabando que podía conducir a los Mil Cortes, la confiscación de las propiedades, la pérdida de rango y privilegio para toda la familia, y la certeza de que sus esposas, sus concubinas y su prole indigente terminarían en un remate donde los venderían como esclavos.

—Idiotas, si tenéis que robar, ¿por qué no robar algo que merezca la pena? —rugió el santo—. ¡De paso podríais hacer el bien a pesar de vosotros mismos, y contribuir a la restauración de la moralidad! Escuchadme, hijos desviados, y os conduciré hacia la luz.

Los condujo hacia la luz, y yo escuché con incredulidad, horror y una zozobra que rara vez he conocido. El Maestro Celestial proponía revivir el código fantasmal de Confucio.

Los bárbaros deben entender que en un país civilizado los muertos ejercen una gran influencia. Los vivos están demasiado ocupados con la tarea de sobrevivir para prestar atención a otra cosa. Los sentidos humanos son ciertamente «los Seis Males», porque la vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato y el pensamiento son barreras contra los mensajes del Cielo. Sólo los muertos están libres de esos grilletes, y la aparición del fantasma de un ancestro en el claro de luna o en sueños para transmitirnos un mensaje críptico es el acontecimiento más importante en la existencia de una familia. A veces se trata de una advertencia urgente: «El Dios Venado Negro está furioso y debes huir del valle antes de que llegue la gripe», y por cierto que la gripe mata a las diez personas que se quedan en el valle. A veces una bisabuela aparece en sueños para sugerir el perfecto nombre diminutivo protector para un recién nacido. Y hablando de bebés, ¿quién no oyó hablar del fantasma del niño que murió durante el parto y aparece de repente y detiene a un hermano mayor que iba a pisar una serpiente venenosa? El poder de los fantasmas es pasmoso, y sus declaraciones son irrefutables.

Confucio lo sabía, así que concibió un plan brillante. Aconsejó a sus clientes aristocráticos que hundieran a las clases bajas en el lodo de una vez por todas, mediante la imposición de estrictas leyes sobre los fantasmas. Sólo se reconocería la validez de los fantasmas que tuvieran el buen tino y la cortesía de aparecer en un altar debidamente consagrado en un respetable templo familiar, ¿y quiénes podían costearse altares consagrados en templos familiares? Los aristócratas, por cierto, y que ningún campesino osara solicitarlo. Toda reclamación de linaje «ancestral» por parte de quienes no poseyeran aceptables fincas familiares sería castigada con azotes, una

reincidencia significaría una mutilación, y un tercer intento merecería la muerte. Todo plebeyo que se aventurase a afirmar que había recibido un mensaje de un fantasma familiar —a pesar de no tener «familia» en el sentido feudal y confuciano— quedaría expuesto a ser vendido como esclavo.

La maravilla del código fantasmal era que no tenía límites. Un aristócrata que codiciara tierras fértiles pertenecientes a un plebeyo sólo tenía que revelar que se le había aparecido el fantasma de su tío tatatarabuelo para decirle que la tierra en cuestión pertenecía a la familia, y se encontrarían las escrituras correspondientes en la caja de bronce del sótano. (Si era preciso, el fantasma podía reaparecer para explicar que quizá la escritura estuviera redactada en papel, que no se había inventado en el tiempo de la presunta transacción, pero eso sólo se aplicaba a la tierra. El papel ya se había inventado en el Cielo, y los dioses habían tenido la amabilidad de obsequiar una muestra al tío tatarabuelo). Cualquier objeción legal era remitida a un tribunal feudal compuesto por otros terratenientes aristocráticos y, como lo expresó encantadoramente el propio Confucio, «el hombre superior es como el viento, y el hombre común es como hierba. Cuando sopla el viento, la hierba se inclina».

En los tiempos de Confucio no había imperio. China era un conglomerado de estados feudales beligerantes, y tras la formación del imperio el taoísmo impidió que el código fantasmal cobrara plena vigencia. Los *tao-shihs* lucharon a brazo partido para proteger los derechos del campesinado, pero ahora el Maestro Celestial, líder de los taoístas y mayor santo viviente del imperio, proponía que los mandarines invirtieran las ganancias de su operación ilegal en sobornos juiciosamente adjudicados, y con su inmensa influencia y su respaldo activo el código fantasmal podría aplicarse en toda China. En un santiamén sólo los aristócratas tendrían acceso al poder, la propiedad y la protección legal, con —como lo expresaba el Maestro Celestial — «inimaginables mejoras en la moralidad pública y la urbanidad».

Debo mencionar que durante ese increíble discurso el santo no reveló indicios de senilidad. Al contrario, yo nunca le había oído hablar con tanta energía y coherencia, y cuando redondeó su propuesta y la jaula se oscureció miré desesperado al maestro Li.

—Maestro, ¿es posible que haya sufrido una especie de embolia? —pregunté.

Rara vez he visto al viejo tan perturbado como entonces. Masticaba furiosamente la punta de su barba desaliñada mientras reflexionaba, y luego la escupió.

—Nunca he oído hablar de una embolia que permita que un centenario artrítico corra por los parques como un leopardo de las nieves tibetano. No, Buey, se trata de algo más drástico que un trastorno cerebral, y las consecuencias podrían ser inauditas.

Estaba sentado frente a la jaula con las piernas cruzadas. Se levantó de un brinco y escrutó el cielo broncíneo y abrasador. El Viento Amarillo era una mano enorme encima del horizonte; grandes dedos ávidos se estiraban hacia un sol rojo como sangre que palpitaba en la bruma mientras empezaba a ponerse (yo no había notado que hubiera pasado tanto tiempo) y finos granos azotaban las ramas y las hojas con susurros ásperos: un invisible gato gigante rascándose, desnudando juguetonamente las zarpas.

—¿Algo tan drástico como la cesación del solsticio? —murmuró el maestro Li—. Muchacho, pocas disciplinas son más tétricas que la teología, pero quizá sea importante tener en cuenta la Doctrina del Desastre, que es la principal aportación de la dinastía Han a este asunto. Tanto el *I-ching* como el *Huai-nan-tzu* afirman que el Cielo no causa los desastres naturales, sino que los permite. Si los hombres se obstinan en alterar el orden natural de las cosas, los dioses se niegan a intervenir mientras la naturaleza se purga de la toxina, en general violentamente, y si los inocentes sufren junto con los culpables… bien, el único modo en que los hombres aprenden algo es cuando se lo machacan en la cabeza con un hacha.

Recogió la jaula, se la sujetó al cinturón y la cubrió con la túnica.

—Según Tu el Hostelero de Sexta Categoría, los aborígenes creen que Envidia estuvo a punto de causar un desastre con el solsticio, pero los Ocho Honorables Magos se lo impidieron —dijo lentamente—. Sabemos muy bien que Envidia o un imitador consumado ha puesto manos a la obra y se trae algo entre manos, y el problema de los mitos chinos es que en China cuesta discernir dónde termina el mito y dónde empieza la realidad. El Augusto Personaje de Jade no se sentirá complacido cuando el líder de los taoístas solicite la aprobación del código fantasmal, pero eso no debería…

Se interrumpió, y me pidió que me agachara y lo cargara sobre mi espalda.

—Ahora lo único que podemos hacer es revisar esa lista de mandarines cómplices y encontrar el eslabón más débil. Quizá tengas que romperle unos huesos a ese cabrón, muchacho, pero de un modo u otro nos ayudará a meter a los demás en chirona —dijo adustamente el sabio—. De vuelta a la ciudad y a la vinería de Wong el Tuerto, y deprisa.

—Sí, maestro —dije, y eché a correr como un potro.

20

En la vinería de Wong el Tuerto, el maestro Li reclutó a varios gandules y los envió a averiguar el paradero de cada mandarín y eunuco de la lista, y luego salió por la puerta trasera para dirigirse a un laberinto de edificios amontonados que se inclinaban unos sobre otros para formar el Callejón de las Moscas. Hay pasajes intermedios en todas las direcciones, y cuando los alguaciles logran llegar a la vivienda de alguien es probable que el susodicho ya esté en el Tíbet.

—Comadreja es aborigen —dijo el maestro Li—. Dudo que pueda añadir demasiado a lo que hemos aprendido gracias a al hostelero Tu, pero me gustaría hacerle preguntas. ¿Sabes dónde vive?

Me sentí feliz de aportar algo.

—Sigamos virando a la izquierda —dije—. Créase o no, no terminaremos de vuelta donde empezamos.

Viramos a la izquierda, izquierda, izquierda, izquierda, y habríamos regresado al final del callejón si no hubiera existido un diminuto pasaje paralelo que conducía arriba y a la derecha. Comadreja vivía en el piso alto, pero nos paramos en seco cuando vimos plegarias pegadas a la puerta, olimos incienso y oímos gemidos de lamentación. Abrí la puerta, y fue evidente que el maestro Li no podría hacer preguntas. Comadreja estaba en pésimo estado, rebulléndose en el jergón en medio del delirio mientras su joven esposa intentaba hacer lo que podía. Se alegró de ver al maestro Li.

—Sálvalo, venerable maestro —suplicó—. Si alguien puede salvarlo, eres tú. Todos los demás temen el contagio y han huido, y no sé qué hacer.

El maestro Li me pidió que mantuviera quieto a Comadreja. Le examinó los ojos inflamados, y una lengua seca que estaba cubierta por una pátina amarilla semejante a pelusa, y palpó pequeños bultos hinchados como forúnculos en la entrepierna y las axilas del hombre.

—¿Se quejó de jaqueca y letargo?

—Sí, venerable maestro.

—¿Seguidas de fiebre, y una extraña reacción ante la luz?

—¡Sí, venerable maestro! ¡Gritaba que la luz lo quemaba!

El maestro Li se irguió y enderezó los hombros.

—Querida mía, no prometo nada —dijo amablemente—. Debemos tener esperanzas y rezar, y para ello necesitaré comida, vino, un poco de dinero, doce hebras rojas y un Trueno Asesino Tigre Blanco.

Supe que todo había terminado para Comadreja. El maestro Li recurre a la curación espiritual sólo cuando quiere mantener ocupados a los deudos, y ahora abrió el ventanuco que daba sobre el apiñamiento de tejados de Pekín.

—No alcanzaría ni con mil Truenos Asesinos Tigre Blanco —murmuró.

—¿Cómo, maestro?

—No alcanzaría, Buey, y menos si Envidia se sale con la suya. —Se sacudió como un perro mojado y añadió—: Demonios, quizá esté imaginando cosas. Hagamos lo que podemos.

Eso significaba recortar una silueta en un trozo de papel y escribir allí «¡El Unicornio está aquí!». Esto invoca al astro suspicaz que neutraliza las influencias perniciosas, y abrí un tajo en el brazo del paciente para extraer sangre para manchar el tigre de rojo. La esposa de Comadreja había traído las otras cosas, y los dos nos arrodillamos a rezar mientras el maestro Li extendía los brazos sobre el paciente.

—Comadreja, habiendo enfermado en un día *jen-hsu*, has chocado en el norte con el Matador Divino de Pelo Desmelenado que vuela en los cielos —entonó el viejo como un cántico sacerdotal—. En el sur te has topado con el Pájaro Bermellón, y en el este has encontrado los Cinco Espectros, pero el peligro está en el oeste, pues allí has encolerizado al Tigre que es el Fin del Otoño, el Borde del Metal, la Blancura del Luto y el Fin del Gran Misterio.

El maestro Li arrojó agua e incienso y alzó los ojos y las manos hacia el oeste.

—¡Oh Divino Tigre Blanco de los Demonios Saqueadores de las Cinco Direcciones, de los Talismanes de la Enfermedad y la Ruina del Año, de la Puerta del Luto y el Huésped Funerario y los Espíritus de los Muertos, de los Departamentos Celestiales y los Bosques Terrenales, de la Tierra y del Cielo, de los Setenta y Dos *Hou* y los Ocho Trigramas y los Nueve Palacios y el Trueno del Palacio Central, oh Gran Señor Tigre que entra en las casas y causa grandes masacres, oh Tigre que acecha junto al camino y detrás del pozo, oh Tigre que se agazapa detrás de la cocina y en la sala, oh Tigre que aguarda junto a la cama y detrás de la puerta de cada morada, oh Tigre que debe entrar en todos los destinos, oh Tigre Blanco, Gran Tigre Blanco, tu humilde servidor Comadreja te ha insultado groseramente, y te traemos su comida! ¡Te traemos su vino! ¡Te traemos su dinero! ¡Te traemos su sangre!

El maestro Li indicó a la esposa que se levantara e hiciera ofrendas de comida, vino y dinero después de tocar cada objeto con el tigre de papel manchado de sangre.

—¡Oh Tigre, come la comida de Comadreja, y con su comida llévate al

Divino Matador de Ascendientes y Descendientes y el Principio y Fin de todos los Caminos! ¡Oh Tigre, bebe el vino de Comadreja, y con su vino llévate al Gran Rey Muerto y al Pequeño Rey Muerto que arranca los intestinos y vacía el estómago! ¡Oh Tigre, llévate el dinero de Comadreja mientras te llevas al Divino Matador que uno encuentra al mover la cama y cambiar las esteras, y al Matador Clavador de Estacas y Constructor de Empalizadas! Oh Tigre, Gran Tigre Blanco, bebe la sangre que tiñe este talismán de tu imagen sagrada, pues es la sangre de tu siervo ofensor, y si tu ira aún exige su muerte, ofrecemos su cuerpo en sacrificio.

El maestro Li sacó paja de jergón del paciente y modeló un muñeco de forma humana. Tocó al muñeco por todas partes con el tigre de papel manchado de sangre.

—No eres más que un cuerpo de paja que ha sido tocado por Gran Trueno Matador Tigre Blanco, pero he aquí que te has transformado en el cuerpo de Comadreja —salmodió el maestro Li.

Hizo una señal, y la joven esposa de Comadreja cosió doce hebras rojas al muñeco de paja y unió las otras puntas al cuerpo del esposo, y el maestro Li hizo pases hieráticos mientras exhortaba a los últimos demonios de la enfermedad a cruzar los puentes de las hebras de Comadreja al muñeco. Luego el maestro Li quitó las hebras, cortando simbólicamente cada una. Pasó el muñeco tres veces sobre el estómago de Comadreja y cuatro veces sobre la espalda, y al fin alzó el muñeco y lo atravesó con el cuchillo.

—¡Oh tú, Principio de Todos los Fines y Fin de Todos los Principios, mira esto! ¡El ofensor ha muerto! ¡Gran Tigre Blanco, Señor del Universo, ahora tu triunfo es completo! —exclamó el sabio.

Comadreja había estado delirando mientras celebrábamos este ritual, pero la mente es una criatura extraña. De algún modo algo se comunicó, y él se había calmado y respiraba mucho mejor, y la fiebre se había aplacado bastante cuando nos fuimos. No obstante, el maestro Li fue de inmediato a ver a los vecinos para cerciorarse de que hubiera ayuda disponible cuando sucediera lo peor. Él tiene gran respeto por la curación espiritual, pero hay límites.

Cuando regresamos por el laberinto al Callejón de las Moscas el sabio se detuvo ante el montículo de residuos de Wong el Tuerto, que apestaba en el calor. Caía el sol. De nuevo el Viento Amarillo compensaba la falta de nubes para formar un cielo increíblemente gárrulo, y colores irisados jugaban en los surcos y arrugas de la mano del viejo mientras ahuyentaba moscas y cogía una rata muerta, meciéndola por la cola. Me la arrojó.

—¿Alguna causa visible de muerte? —preguntó.

La examiné.

—No, maestro —respondí.

Apartó una calabaza podrida y me arrojó una segunda rata muerta.

—¿Y ésta?

—No tiene ninguna marca —dije después de examinarla.

Apartó más basura y sacó otras tres ratas muertas, y ninguna tenía marcas visibles.

—Bien, ¿qué tenemos aquí? —preguntó—. ¿Cinco infartos consecutivos? ¿Cinco suicidios simultáneos? ¿Cinco reacciones adversas a picaduras de abeja al mismo tiempo en el mismo callejón?

Sacó otro fragmento de basura de la pila y lo miró adustamente.

—¿Qué hay de cinco víctimas iniciales de una enfermedad que tiene la capacidad de propagarse con gran rapidez? —dijo—. Buey, solemos burlarnos de la ignorancia de nuestros ancestros en cuestiones médicas. Brillantes en otros aspectos, quizá, pero pueriles en lo concerniente a la ciencia. Por ejemplo, cuando al fin lograron diseñar una palabra escrita para designar la «plaga», lo mejor que se les ocurrió fue añadir la raíz de «rata» al carácter de «enfermedad». Pueril, ¿verdad?

Aún miraba la basura que tenía en las manos. Eran los restos de una pantalla cilíndrica de pergamino sobre un borde giratorio que rodeaba una lámpara de aceite. Allí había dibujos de ocho vistas de un caballo en movimiento, y cada una tenía los cascos en diferente posición, y cuando el calor del pabilo hacía girar la pantalla, el efecto de movimiento era asombroso.

—Farol del Caballo Andante —murmuró el maestro Li—. Farol… caballo… andante… —Procuraba aprehender una idea que no lograba redondear, así que se encogió de hombros y arrojó la cosa al montículo—. Diablos. Ya que hablábamos de ratas, veamos qué han averiguado sobre nuestros mandarines.

Las averiguaciones no eran alentadoras. Todos los mandarines que los hombres de Wong habían logrado rastrear se habían escondido en el lugar más inaccesible de Pekín: el cuartel de la Guardia Negra. Está dentro de las murallas de la Ciudad Prohibida, separado de los confines sagrados por otra muralla interior, con una puerta que los soldados pueden trasponer para acudir en ayuda del emperador. O de los eunucos. Se llega al cuartel desde la Ciudad Imperial a través de un túnel en declive que pasa bajo el foso, y no hay lugar mejor custodiado.

—Li el Gato está reuniendo a sus mininos —murmuró el maestro Li—. ¡Maldición! Planea algo importante, y pronto, y no sé lo suficiente para hacer las preguntas atinadas. Aunque tuviera a quien preguntarle —gruñó—. Aun así, quedan dos mandarines de los que no sabemos nada, y los hombres de Wong siguen buscando. Será mejor descansar un poco, Buey. Será una larga noche.

Yen Shih estaba vestido de negro, con un aristocrático sombrero alado, y un cinturón escarlata en la cintura. Su capa negra ondeaba en el punzante Viento Amarillo mientras señalaba grácilmente un paisaje de tierra seca y cuarteada que se horneaba en las ondas de calor.

—Esta obra para títeres, Buey, requiere una ambientación apropiada —dijo Yen Shih con voz suave y melancólica—. Una ambientación para fénix vociferantes, liebres trémulas, tigres desdentados, grillos plañideros, caballos hambrientos, dragones babeantes, búhos ciegos, camellos llorones y tortugas viejas y achacosas que mueren sin cesar en pozos secos.

Yen Shih se internó en las ondas de calor. Traté de seguirle el paso pero él se derritió entre espejismos, y me detuve con un punzante dolor en el corazón cuando vi una vieja casa que se erguía abandonada en un terreno muerto y agrietado. Era mi casa, y esto era todo lo que quedaba de mi aldea, y me cegaron las lágrimas. Pero algo vivía. Oí un sonido y traté de correr hacia él, avanzando a tientas en medio del sudor y las ilusiones urdidas por el aire caliente y ascendente. Atravesé una miasma, y al salir vi una luz clara y una hierba verde y siluetas movedizas.

Chivo, chivo, salta el muro,
coge hierba para tu madre;
si ella no está en el campo ni en el pesebre,
alimenta a tus hermanos hambrientos.
¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

Los niños risueños corrían por una colina baja, y me volví ávidamente hacia Yu Lan. La encantadora chamanka rasgueó las rejas de una jaula, y un fogonazo me obligó a cerrar los ojos, y cuando los abrí ella hacía el gesto ritual. Me toqué las cejas y la nariz, y Yu Lan me mostró la diminuta horquilla de dos púas que sostenía en la mano.

Al acercarme vi que tenía la frente perlada de transpiración, y habría jurado que había desesperación en sus ojos. Yu Lan me asió la mano, giró y me arrastró rápidamente hacia el pozo. De nuevo bajamos en el cubo, y de nuevo algo gruñía abajo, y de nuevo olí un hedor de carne putrefacta. Mecí el cubo para llegar al orificio y entramos en el pequeño túnel, pero esta vez Yu Lan no se detuvo.

La chamanka volvió a cogerme la mano y echó a correr. Atravesamos pasajes sinuosos alumbrados por una fosforescencia verde, y al fin llegamos a una plataforma de piedra y al mirar abajo vi una gran caverna. Retrocedí con un jadeo de temor, porque estaba llena de inmensas serpientes enroscadas, pero Yu Lan me obligó a avanzar y bajó por unos peldaños de piedra, y vi que no eran serpientes sino tubos enroscados que se conectaban por empalmes a otros más pequeños, y luego a otros aún más pequeños, y al fin ocho tubos diminutos se insertaban en ocho cajas pequeñas en dos grupos, cuatro a la izquierda y cuatro a la derecha.

Yu Lan abrió la tapa de una caja. En el interior había un hendidura. Ella me miró a los ojos, y se llevó la horquilla de dos púas a los labios. Sopló

suavemente entre las púas e insertó la horquilla en la hendidura, donde encajaba perfectamente. Cerró la tapa.

Nos envolvió una niebla arremolinada. Cayeron gotas refrescantes, y nos rodeó un arco iris, y extendí las manos para abrazar a la chamanka. Ella me sonreía, con los labios entreabiertos y los ojos entornados. Luego abrió los ojos de par en par y jadeó. Yu Lan saltó hacia atrás en la niebla, y su voz estaba llena de dolor y temor.

—¡No! ¡Por favor, no!

Algo terrible atacaba a la chamanka. Su contorno era impreciso en la niebla, pero vi un centelleo de dientes semejantes a colmillos a la altura de la cabeza de Yu Lan, y zarpas en la cintura. Una criatura gruesa, espantosa y resbalosa estaba en sus piernas, y traté de llegar a ella pero no pude. Me internaba a ciegas en nubes de niebla semejantes a ondas de calor, y todo cimbreaba y se deformaba. La voz de Yu Lan me llegó desde muy lejos.

—¡Buey, los barcos! ¡Ambos barcos deben correr! ¡Ambos! ¡Ningún barco debe correr sin contrincante!

La voz desapareció, y la chamanka desapareció, y la niebla desapareció, y yo estaba tendido en un jergón de la vinería de Wong el Tuerto junto al maestro Li, y un brillante claro de luna entraba por la ventana, y el Viento Amarillo siseaba como un gran gato furioso contra los tejados de Pekín. Di la vuelta y sacudí el hombro del viejo. Se despertó al instante.

—Maestro, no puedo explicarlo, pero algo malo le pasa a Yu Lan —dije con urgencia—. No sé dónde se encuentra, pero está en graves problemas, y si no tienes mejor idea me gustaría ir a la casa de su padre cuanto antes.

Él me miró un momento. Luego se levantó de un brinco y se dispuso a saltar sobre mi espalda.

—¿Por qué no? —rezongó—. Aquí no vamos a ninguna parte.

La casa de Yen Shih estaba oscura y silenciosa cuando traspusimos las puertas. El maestro Li se bajó de mi espalda y se ocultó detrás de un poste con el cuchillo arrojadizo junto a la oreja derecha mientras yo me internaba en el claro de la luna y golpeaba la puerta. Sólo oí ecos.

—¡Yen Shih! —grité. Me respondieron más ecos—. ¡Yu Lan! ¡Ah de la casa!

Algo se movió, salté hacia atrás, alcé la vista y vi un gato curioso que me miraba desde una esquina del tejado, y de pronto hubo un estallido de sonidos, ruedas crujientes, cascos de caballos percutiendo como un bosquecillo de bambú que estalla en un incendio, y tuve que apartarme del camino para que no me arrollara un carruaje negro tirado por cuatro caballos que salió de los establos. Diez jinetes guiaban a los caballos, con capas negras, el sombrero calado sobre la frente, las espadas relucientes a la luz de la luna, y más hombres se aferraban a los flancos y la parte trasera del carruaje, asiéndose profesionalmente con una mano y empuñando una lanza corta con la otra.

Desaparecieron en un santiamén, atravesando la puerta para bajar por la calle, y el maestro Li extendió la pierna para hacerme tropezar cuando corrí hacia ellos.

—¡Buey! No puedes alcanzarlos, y sabes que no puedes seguirlos adonde van —me gritó, y me aferró el brazo con fuerza—. Sólo te harías matar, ¿y qué ganarías con eso? Sólo nos resta esperar hasta la mañana, cuando abran las puertas de la Ciudad Prohibida.

Tenía razón, sin duda. Yo había reconocido las insignias. Esos hombres pertenecían a la Guardia Negra, y el carruaje pronto se internaría en el túnel, pasaría bajo el foso y entraría en el cuartel donde se habían refugiado los mandarines, y tratar de meterse allí de noche sería suicida.

—Pero, maestro… maestro…

Me estrujó el hombro. Él había visto lo que yo había visto cuando el viento apartó las cortinas de la ventanilla y entró la luz de la luna. Cuatro personas ocupaban el carruaje. Tres, riendo mientras se alejaban con su presa, eran Cerdo, Hiena y Chacal. La cuarta era Yu Lan.

—Ven. Quizá su padre estuviera aquí, y en tal caso necesitará nuestra ayuda —dijo el maestro Li.

Así que buscamos al titiritero, o su cadáver, pero Yen Shih no estaba en la casa. En cambio encontramos una misiva sellada que habían dejado a plena vista en una mesa del vestíbulo y no estaba dirigida a Yen Shih sino al maestro Li. La abrió. Estaba escrita en elegante taquigrafía erudita, ininteligible para mí, y el maestro Li la leyó en voz alta.

> Estimadísimo Li-tzu, erudito excelso, sin parangón entre los que buscan la verdad, salve. Esta persona indigna suplica el honor de tu compañía con el objeto de deliberar sobre el futuro de la joven que ha procurado mejorar su posición al ingresar en nuestra humilde morada. Si tu joven asistente y el talentoso padre de la joven desean acompañarte, serán sumamente bienvenidos, y tanto deseo regodearme en tu gloriosa luz que cada hora de oscuridad será un tormento.

El viejo alzó la vista.

—Está firmada por Li el Gato —murmuró—. Buey, no te preocupes por «cada hora de oscuridad será un tormento». A los eunucos les gusta jugar con amenazas elegantes, y Yu Lan no sólo es una chamanka, sino una de las mejores que he conocido. No está indefensa. Ahora revisemos el establo. Si el padre no está allí, enviaremos a más hombres de Wong a buscarlo por la ciudad.

El establo estaba oscuro y desierto. La luna era tan brillante que comprendí que una ráfaga de arena debía haberla oscurecido antes, y el viento mecía una rama. La sombra de la rama cruzaba la lona brillante del carromato

del titiritero, y la imagen se parecía asombrosamente a una criada fregando el suelo. De aquí para allá, de aquí para allá.

—El Farol del Caballo Andante —dijo el maestro Li, que estaba muy tieso.

Echó a correr y entró en el carromato. Yo seguí buscando a Yen Shih, pero el maestro Li buscaba otra cosa. Se había encaramado a la pasarela que había encima del escenario y examinaba el laberinto de engranajes, alambres y ruedas. Debajo colgaban títeres, meciéndose despacio en el viento, y noté que el escenario de *Hong el Patán* aún estaba montado. El maestro Li hizo girar una rueda y puso un péndulo en movimiento, y una puerta del escenario se abrió. Salieron dos granujas que llevaban un cerdo, seguidos por Hong el Patán, seguidos por la esposa del magistrado, seguidos por los ocupantes de una alcoba, que no llevaban ropa encima y tenían los ojos desorbitados. El maestro Li movió otro péndulo y el títere del magistrado cobró vida, inclinándose ante el ojo de una cerradura, retrocediendo horrorizado, cubriéndose los ojos con el antebrazo mientras detrás de él la frenética procesión entraba y salía de otra alcoba. Era muy perturbador ver títeres que se movían al son del gemido del viento y no de las carcajadas del público. Siguieron moviéndose un tiempo cuando el sabio bajó, y entonces volvieron a colgar de los cables, meciéndose despacio.

El maestro Li aspiró.

—Bien, Buey, siempre supiste que tendrías un final terrible si seguís ayudándome —dijo.

—Sí, maestro —dije. Mi preocupación por Yu Lan me abrumaba tanto que no me importaba lo demás, pero le seguí la corriente—. ¿Qué final terrible tenías en mente?

—Eso dependerá de Li el Gato. Acabo de comprender que no tenemos más opción que zambullirnos en aceite hirviendo, así que aceptaremos su amable invitación. En cuanto se abran las puertas de la Ciudad Prohibida, iremos a visitarlo, y si puedes dormir durante las horas que faltan, serás inmortalizado por P'u Sung-ling, Registrador de Cosas Extrañas.

21

La mañana de la doble quinta es tradicionalmente uno de los momentos más ajetreados del año. Antes del alba de la quinta jornada de la quinta luna las calles de Pekín ya estaban llenas de gente, y yo conocía a algunas de esas personas.

La señora Wu de la panadería hacía fila en la tienda del alquimista persa para comprar un repelente contra insectos compuesto por arsénico, azufre y cinabrio, y su próxima parada sería el puesto de un escriba público, para comprar una matriz de papel de la palabra «rey». Luego volvería deprisa a casa y aplicaría la matriz y la loción a sus hijos dormidos para que cada uno llevara la marca en la frente. Semeja las arrugas de la frente de un tigre. Hasta la enfermedad y la mala suerte huyen de los tigres, y es sumamente efectiva para los niños en las primeras horas de la quinta jornada de la quinta luna.

La anciana P'i-pao-ku, «Saco de Huesos», era la madre de la señora Wu, y esperaba en la confitería para obtener adornos de azúcar que representaban los cinco insectos venenosos (ciempiés, escorpión, lagarto, sapo, serpiente) y que ella esparciría sobre su pastel *wu tu po po*, el cual prepararía de tal modo que fuera incomible sin ser realmente mortífero. Cada miembro de la familia come una tajada la quinta jornada de la quinta luna, y los demonios de la enfermedad miran boquiabiertos a la gente que ingiere esa bazofia y pasan de largo.

Feng Erh, «Fénix», era la concubina del velero, y aguardaba que el primer dedo de luz solar llegara a un retazo de hierba que había marcado en un parque. Arrancaría cien hojas, las pondría en un frasco y regresaría a casa sin mirar a la izquierda, a la derecha ni hacia atrás. Vertería agua hirviente en el frasco para preparar la Loción Cien Hierbas que toda la familia usaría como panacea hasta la próxima doble quinta.

Ko Sheng-erh nunca tuvo suerte. Su nombre significa «Residuos de Perro», y tres días atrás había cometido la idiotez de subirse al tejado para hacer reparaciones, y aguardaba la llegada de un chamán andrajoso que le cantara «¡Crece, crece, crece!» a su cabeza, aunque no serviría de nada, porque todos saben que trabajar en el tejado durante la quinta luna provoca calvicie.

Tien-chi, «Pollo de Campo», era un Joven Dios, es decir un prostituto, y la edad ya no lo favorecía y esperaba con su mejor amiga, Lan-chu, «Cerda perezosa», una cortesana de edad avanzada. Habían ahorrado durante años, y estaban disfrazados con harapos de mendigo mientras aferraban sacos de oro y aguardaban a la puerta de Szu Kui, «Fantasma Muerto», un misterioso mago que se había levantado tres veces de la tumba y les vendería troncos de madera de cedro bruñida, ahuecados y rellenados el quinto día de la quinta luna con veinticuatro ingredientes benéficos y ocho ingredientes venenosos, y si usaban los troncos como almohadas durante cien noches consecutivas las arrugas del rostro se alisarían, y al cabo de cuatro años recobrarían la juventud por completo. Los ingredientes son un secreto celosamente guardado, pero el maestro Li me ha contado que incluyen casia, ginseng, jengibre seco, magnolia, *orobanche*, angélica, cardo, campánula, pimiento chino, japónica, semillas y raíz de acónito, *spartina* y cresta de gallo.

En la Vía Imperial había un atasco desde las Torres del Fénix hasta el Altar de la Tierra del Grano, pues la muchedumbre esperaba que abrieran la Puerta Meridiana para entrar en la Ciudad Prohibida: aristócratas en literas, palanquines y carruajes pintados de azul; mercaderes y empresarios en carros tirados por asnos con toldos de lona blasonados con lemas en rojo que alababan el genio de los ocupantes; eruditos que ostentosamente escuchaban sólo a las aves canoras que llevaban en jaulas de bambú en el extremo de largas pértigas; solicitantes de toda clase que usaban harapos artísticamente rasgados para mostrar que habían viajado día y noche sin descanso; legiones de secretarios, batallones de burócratas, ejércitos de amanuenses. Los rumores eran tan densos como las bandadas de buitres que sobrevuelan una conferencia de paz, y la lista era encabezada por la noticia de que, por primera vez en mil años, quizá no hubiera Regata de Barcos Dragón. Había cuatro motivos principales:

Seis fiables integrantes del Gremio de Curtidores habían visto un pájaro blanco (el blanco es el color del luto) que sobrevolaba el lago Septentrional llevando un candelabro ardiente, en la misma ruta que seguiría la regata.

A esa misma hora un enorme lagarto apareció en el muelle del Gremio de los Panaderos y escupió llamas sobre su barco dragón, reduciéndolo a cenizas.

El fantasma del emperador Wen había entrado en el gran salón del Monopolio de la Sal y había atravesado el casco del barco dragón, gimiendo: «¡Cuidaos de la quinta jornada de la quinta luna!».

El Gremio de Galenos había emitido una proclama afirmando que todo lo anterior era mera superstición. Lo que no era superstición eran las diecisiete víctimas fatales, en las últimas noventa y seis horas, de una enfermedad que se parecía sospechosamente a una forma de la peste, y era aconsejable que las autoridades cancelaran toda actividad que reuniera grandes masas de gente en contacto estrecho, como las que se agolpaban en las orillas para presenciar la

Regata de Barcos Dragón.

Por último, en un considerable anticlímax, el maestro Li y yo esperábamos que abrieran las puertas para que pudiéramos entrar y Li el Gato pudiera matarnos de modo tremebundo.

No era un momento agradable. El dolor es tolerable porque tiene un límite. El cuerpo aguanta cierta dosis y luego sufre un colapso, pero yo tenía tiempo de sobra para pensar en eunucos ingeniosos y sus jueguitos y no creía que pudiera soportar que me encerraran en un saco con los restos mutilados de Yu Lan. El maestro Li, como de costumbre, estaba sumido en sus cavilaciones. Por su rostro era imposible saber si estaba angustiado o aburrido, y cuando la puerta se abrió y nuestro palanquín nos llevó hacia el Palacio de los Eunucos, decidió entretenerme como un ingenioso guía turístico, señalando cosas que ciertamente debían ser interesantes, pues era improbable que yo viera mucho más en este mundo. Confieso que memoricé pocos detalles, aunque recuerdo la «cárcel más bonita y patética del mundo», el Jardín de las Favoritas Desposeídas, donde las concubinas imperiales que carecían de medios para sobornar a los eunucos eran enviadas a vivir en celibato, una vez que las calumnias las habían hecho caer en desgracia. Las solitarias damas debían suspirar a la sombra de la Torre de la Lluvia de Flores, una estructura alta, blanca y cilíndrica coronada por una cúpula rosada, desde cuyo tope cae un río de blancos capullos de adelfa.

—La delicadeza de los castrados está un poco sobrevalorada —observó el maestro Li.

No recuerdo nada más hasta que tuvimos a la vista el Palacio de los Eunucos.

—Fíjate, muchacho, que los eunucos han dispuesto ingeniosamente que sus aposentos estén a mayor altura que el contiguo Palacio de la Fragancia Meridional, donde se exhiben retratos de los emperadores. Así, en China, los capones prevalecen sobre los caporales —dijo el sabio, pero yo no estaba de ánimo para reírme de su broma.

Dudo que una audiencia imperial pudiera ser más imponente. Numerosos trompetazos y un redoble de tambores anunciaron la apertura de grandes puertas doradas, y una esplendorosa criatura con un incensario de oro marchó frente a nosotros por una alfombra con forma de dragón entre filas de soldados que permanecían firmes, con uniforme de brocado rojo tachonado de perlas, con turbantes jaspeados de oro blasonados con el emblema del doble fénix. Las paredes de la cámara de audiencias tenían incrustaciones de turquesa, turmalina, amatista, topacio, malaquita y ópalo, y contra ellas se erguían más soldados: armadura roja y estandarte amarillo con un dragón verde en la pared oeste, armadura azul y estandarte blanco con un dragón amarillo en el este. Li el Gato ocupaba un trono que daba hacia el sur, como un emperador. Como en un trono imperial, el respaldo ostentaba el diseño de

las siete joyas y los brazos tenían cinco garras. El eunuco estaba vestido con sencillez, sin embargo, con un vestido rojo bordado con flores y estrellas, y un sombrero con un penacho recto que designaba a un Eunuco de la Presencia. Como convenía a alguien autorizado para asistir al emperador, su rostro relucía con Jabón Protocolar y su aliento estaba endulzado con Aromática Lengua de Pollo, es decir, clavo de olor. La única joya que vi fue la redoma de cristal colgada de una cadenilla de oro que le rodeaba el cuello, y que contenía sus partes pudendas en salmuera. (En China la castración es una emasculación total y se realiza con una herramienta especial semejante a una pequeña hoz, y el individuo asexuado conserva los órganos para que los sepulten con él y pueda recobrar su virilidad en el Infierno). Al aproximarse el maestro Li, los dignatarios menores se inclinaron en una oleada de reverencias, y Li el Gato descendió garbosamente del trono y ofreció un saludo cortés, como ante un igual. Era imposible ignorar el encanto de la sonrisa del eunuco, acentuada por hoyuelos perfectamente situados, pero noté que la sonrisa no le llegaba a los ojos. Eran totalmente inexpresivos, fríos como almejas de la primera luna.

—Bien, exaltadísimo… enhorabuena por tu reciente ascenso. Por cierto, ¿cómo anda tu indagación científica de la fuerza de los agujeros cuadrados? —preguntó el maestro Li, que parecía estar empleando la jerga cortesana.

«Agujeros cuadrados» significaba dinero, desde luego, y el eunuco tenía el pudor de no lucir anillos.

—Los menesterosos y los jactanciosos deben resignarse a vomitar nubes y escupir niebla, y como el oro todavía rehúye mis dedos, me las apaño con niebla.

—Y ningún hombre del imperio es más capaz de empañar un asunto —dijo cálidamente el maestro Li—. Obviamente yo estaba equivocado, pues me informaron de que te habías sumado a mí para invertir en el negocio del té.

—¿De veras? ¿Y cuánto habías invertido? —preguntó inexpresivamente el eunuco.

—Demasiado. De hecho, estaba pensando en cambiar mis acciones por títulos similares en el negocio de las flores, aunque alguien que invierta en flores debe cerciorarse de que no tengan pulgones ni escarabajos. Es un escándalo que se ofrezca en venta tanta mercancía en mal estado.

—Un escándalo y una necedad —dijo comprensivamente Li el Gato—. Uno oye continuamente esas cosas, pero es un pésimo criterio comercial. A fin de cuentas, siempre se puede conseguir un precio más alto por flores cuya belleza está intacta. ¿La operación que tenías en mente era sin condiciones?

—Siempre que la mercancía esté intacta, sí —dijo el maestro Li—. Incluso podría incluir una bonificación, por el simple motivo de que siento fascinación por ciertos tés exóticos y tengo algunas ideas para mejorarles el gusto.

—Cada vez mejor —dijo cálidamente el eunuco—. El gusto que hemos podido obtener está apenas por encima de lo horrendo.

Yo no sabía qué pensar. Obviamente la flor a la que se referían era Yu Lan («Magnolia»), y obviamente Li el Gato decía que ella estaba ilesa, y obviamente el maestro Li se ofrecía a comprarla a cambio de olvidar todo lo que supiera sobre el contrabando de té. ¿Pero el maestro Li realmente haría semejante cosa? ¿Se podía confiar en la palabra de Li el Gato? Era demasiado para mí, y mi cabeza perseguía pensamientos en círculos mientras el eunuco nos conducía a una puerta lateral y bajaba por una escalera. Él y el maestro Li parecían llevarse espléndidamente mientras hablaban sin tapujos sobre la dificultad de lograr que el falso Té del Tributo supiera mejor que la orina de burro.

—¿Tu margen de ganancias no justificaba el uso de suficiente té verde genuino para lograr una diferencia significativa? —preguntó el maestro Li.

—Un gasto exorbitante. Recuerda, Li Kao, que necesitamos obtener ganancias enormes y retirarnos rápidamente del negocio. Las probabilidades de terminar como *tsang shen yu* son demasiado altas —dijo el eunuco sin rodeos.

Eso significa «cuerpos sepultados en vientres de pez», y el maestro Li asintió comprensivamente.

—Yo no pensaba en algo tan costoso como el *choo-cha* puro. Específicamente, una mezcla de Yunnan liviano pero ácido como Wang Concubina Ebria con un té oscuro y semifermentado como Diosa de Hierro de la Misericordia.

—¡Costoso! —protestó Li el Gato.

—No si empleas cantidades ínfimas, y creo que conozco el modo de manejarlo. Pero tienes razón, he escogido sólo las mejores calidades que tenía en mente, y sin duda se requerirían experimentos con gradaciones levemente inferiores.

Siguieron hablando del té falso como socios, evaluando las ventajas de añadir Fondillos en vez de Cejas de Viejo, o Pelambre Morada y Cangrejo Peludo combinados para igualar la misma cantidad de Mono de Pelo Blanco, y yo quedé encantado por la sonrisa con hoyuelos cuando Li el Gato se detuvo y se giró hacia mí.

—Buey Número Diez, por favor —dijo con timidez—. Soy totalmente incapaz de mover esa cosa.

Se refería a una pesada puerta de hierro. Eché los bofes para abrirla, y luego bajamos por un empinado tramo de escalones de piedra.

—Me disculpo por el entorno, pero los constructores no aportaron otros aposentos para los huéspedes inesperados —dijo adustamente el eunuco.

Se refería a las mazmorras, y por un instante pensé que me estaba familiarizando en exceso con paredes de piedra húmedas cubiertas de liquen podrido, puertas de metal chirriante, guardias con gruesas botas tachonadas de clavos, los gemidos de los reos y toda la atmósfera que a menudo rodea a

quienes acompañan al maestro Li. El eunuco se tapó delicadamente la nariz. Yo quería preguntar por Lu Yan, ¿pero qué podía decir? Estuviera ilesa o no, se encontraría allí abajo, y llegamos al final del corredor, donde dos guardias flanqueaban una puerta de hierro, y a un gesto del eunuco tironearon y jadearon hasta abrir la puerta. Entramos en la oscuridad.

Una luz fluctuó, un pabilo se encendió, y vimos las puntas brillantes de un círculo de lanzas que apuntaban hacia nosotros.

—¿Qué significa esto? —preguntó el maestro Li.

—Li Kao, ¿cómo es posible que un hombre que ha visto tantas lunas hable con una boca que aún huele a leche materna? —dijo el eunuco con desdén—. ¿De veras pensabas que yo regatearía con un vejestorio? Francamente, me decepciona encontrar a un solicitante senil cuando esperaba disfrutar de un oponente temible, pero al menos honraré al hombre que fuiste otrora.

Sí, almejas de la primera luna, pensé mientras miraba los ojos del eunuco a la luz de la lámpara. No más emociones que una criatura marina hurgando en la cadena alimenticia. Pero luego decidí que me equivocaba.

—Me has fastidiado y estorbado —murmuró Li el Gato—. Pocas personas pueden hacerlo, así que te honraré con los últimos minutos más notables que haya conocido el hombre.

No hablaba con frialdad de almeja. Un tic contrajo los perfectos hoyuelos, y luego el eunuco dio media vuelta y salió. Los soldados cerraron el circulo y en segundos estábamos encadenados a dos gruesos postes de madera en el centro de una celda circular, y luego los soldados se marcharon y cerraron la puerta de hierro, llevándose la lámpara. Nos engulló la negrura. Escuché los latidos de mi corazón, y luego el lento goteo del agua en las paredes de piedra cubiertas de liquen pestilente.

—Que me zurzan —dijo el maestro Li, con voz levemente incrédula—. No me atrevía a soñar que seríamos tan afortunados. ¿Esto será un engaño?

¿Qué podía decirle? Yo trataba de sacar la lengua de la laringe, y eso podía tardar días.

—Creí que al menos nos colgaría del techo por los talones, aunque hay muy buenos motivos para que no arruinara el efecto final estrujándonos los testículos con los cordeles —dijo el maestro Li—. ¿Sabes qué, Buey? He subestimado a esa criatura. Pensé que se requería un artista para entender que la mejor tortura es la falta de tortura, pues el dolor crea un universo propio en el que no son posibles más consideraciones. El mayor suplicio se basa en el pensamiento, en la imaginación, en la expectativa que se desboca cada vez más con cada goteo de paredes húmedas, y luego la espantosa realidad se manifiesta y es mucho peor que todo lo que pueda concebir la imaginación. ¡He ahí el toque artístico! Sí, he subestimado mucho a Li el Gato, y espero no hacerlo de nuevo.

¿De nuevo? ¿Qué significaba de nuevo? Si se refería a un endeble concepto

budista sobre una existencia posterior como mosquito no me interesaba, pero sí me interesaba un destino mucho peor que colgar del techo por los testículos. ¿Qué demonios había planeado el eunuco? Tuve que admitir que el maestro Li tenía cierta razón en cuanto a la sutileza cuando noté que al desplazar un poco el pulgar izquierdo para tocar las cadenas que me sujetaban las muñecas tardaba seis minutos y medio, según la cuenta de mi pulso, y parecía medir el goteo del agua en términos de meses.

No especularé sobre el tiempo que pasó. Sólo sé que no tenía 306 años (aunque habría apostado todo lo contrario) en el momento en que el silencio de nuestra celda fue quebrado por un alarido increíble, y luego otro, y luego una siniestra secuencia de gritos, aullidos, chillidos viscosos, espantosos estruendos de succión, y una secuencia final de berridos tan horrendos que creí que mis huesos se partirían como porcelana vibrante, y luego silencio. Un silencio que llegó a ser tan horrendo como los gritos, y que fue finalmente roto por lentos gorgoteos, chasquidos y culebreos que avanzaban hacia la puerta de la celda.

La puerta se abrió con un chirrido. Un contorno bajo, rollizo y negro se perfiló contra la luz difusa del corredor, y luego la puerta se cerró con un gemido. La negrura era densa como una mortaja de terciopelo empapada de sangre. Ruidos reptantes se aproximaron despacio a los postes a los que estábamos encadenados, y oí un jadeo húmedo. Una tenue estría amarilla se convirtió en un par de ojos diminutos y luminosos. Una regurgitación babosa fue seguida por un resuello denso, un silbido de demente entusiasmo y una lluvia de saliva.

—¡… y hablarte de las ostras secas de Kwantung! ¡Las ranas de Kuei-yang! ¡El ajo estival de Shensi meridional y las limas del valle del Yangtsé! ¡Las almejas de la costa de Shantung y los cangrejos azucarados del Cantón meridional y el jengibre seco y la miel de espinos de Chekiang! —gritó Tu el Hostelero de Sexta Categoría.

22

Mi boca ardía como bilis y el ácido del estómago me calcinaba los dientes. Una bruma roja reemplazó la negrura, y un zumbido agudo me llenó los oídos. Tuve el feliz pensamiento de que ésta era una de esas pesadillas recurrentes en que yo era una víctima indefensa del hostelero, y el terror se desvaneció, y casi reí de alivio cuando la bruma roja se disipó y el zumbido se extinguió. Fui recompensado con ojos amarillos y luminosos que se aproximaban aún más, y dedos blandos como gusanos reptando sobre mi mejilla izquierda, y una saliva alborotada volando como espuma de mar.

—Las tortas *sago* del centro de Honan, y la miel de espinos del desierto con almendras de…

—Hostelero Tu…

—¡Es preciso que lo sepas! ¡Debe quedar documentado! ¡El mejor caviar se hace con las huevas del esturión del Yangtsé remojadas en una esencia de semillas de acacia!

—¡Hostelero Tu! —gritó el maestro Li—. Sabes muy bien que te hiperventilas y eres presa de orgasmos gustativos después de haber asesinado y mutilado a tu manera inimitable, y te he dicho cien veces que eso terminará por matarte. Domínate o sufrirás una embolia, y quítanos estas malditas cadenas.

Comprendí que me había vuelto loco. El terror me había desquiciado por completo. A tal punto que oía el chasquido de llaves y cerrojos, y el tintineo de las cadenas del maestro Li cayendo al suelo de piedra. Chatos dedos de rana se deslizaron sobre mis tobillos hasta los cerrojos de abajo, y dejé de respirar.

—Lo lamento, Buey —se disculpaba el maestro Li—. Pensé que sería mejor que no supieras nada sobre esta pequeña precaución. Verás, antes de salir de la casa del Maestro Celestial, cuando supimos que habían asesinado a la pobre criada, pregunté por el perro.

—¿Qué, maestro?

—El perro, Buey. ¿Recuerdas que la criada tenía un perro enfermo el primer día que la vimos? Bien, el perro murió.

—¿Murió?

El viejo suspiró con exasperación, pero procuró calmarse.

—Sí, muchacho —dijo con voz amable—. El… perro… murió… Los asesinos de la criada llevaban una nota presuntamente escrita por el Maestro Celestial, autorizando su ingreso, y eso me pesaba en la mente cuando fui a ver a Mano del Diablo para averiguar quién había ordenado semejante ejecución. Cuando la firma del Maestro Celestial volvió a aparecer, decidí que convenía prepararse para lo peor.

Pensé que esto empezaría a tener sentido al cabo de un par de meses, si sobrevivía tanto tiempo.

—Los eunucos —dijo el maestro Li— siempre presionan a Mano del Diablo para que les encuentre verdugos realmente monstruosos para sus propias mazmorras, así que dispuse la liberación de Tu el Hostelero de Sexta Categoría y su traslado a la prisión del Palacio de los Eunucos. Supuse que él no tendría dificultad en imponerse como rey de los carniceros, y parece que tuve razón.

Una serie de risitas húmedas sugerían que el hostelero Tu se divertía.

—Los otros me tenían cierta envidia, pero con el tiempo admitieron la eficacia de mis modestos métodos.

—Y sin duda la sintieron también —dijo el maestro Li—. Supongo que eran ellos los que hace un rato se desgañitaban a gritos.

—¡Bah, pudo salirme mejor! —protestó el hostelero, y oí el chasquido húmedo de su larga lengua de rana contra sus labios fofos y mojados—. Se necesita tiempo para estas cosas si uno desea honrar plenamente su arte.

—Hostelero, predicas entre los conversos —dijo secamente el maestro Li —. ¿No recuerdas que en un tiempo fuimos huéspedes de tu pintoresco sótano? Buey, será mejor que te cuente el resto. Tu el Hostelero de Sexta Categoría hará lo posible para ayudarnos a escapar de las mazmorras de los eunucos, y luego nosotros haremos lo posible para ayudarlo a escapar de las autoridades. Tiene tres meses para instalarse donde guste y volver a las andadas, y luego lo perseguiremos de nuevo.

—Oh, no —susurré débilmente—. De nuevo no.

—¡Pero Buey, fue tan emocionante! —jadeó el hostelero.

¿Emocionante? ¿Acaso pensaba que esa siniestra persecución había sido tan entretenida como una carrera hípica o un descenso en trineo por una cuesta helada? De pronto quedé libre de mis cadenas. Me sentía como un perro sin trailla y casi eché a correr para estrellarme contra la pared, pero entonces la imagen del perro se clavó en mi mente. Un perrito enfermo en un cojín de seda llevado por una criada con pantuflas tontas, y oí la voz del Maestro Celestial entonando palabras arcaicas como una salmodia sacerdotal: «Si la enfermedad persiste, úngelo con grasa clarificada de la pata de un leopardo de la nieve. Hazle beber zumo de anona roja, con tres pizcas de cuerno de rinoceronte triturado, en cáscaras de huevo de tordo. Aplícale

sanguijuelas moteadas, y si aun así sucumbe, recuerda que ninguna criatura es inmortal y también tú debes morir».

El maestro Li había averiguado que el perro había muerto. «Y también tú debes morir», había dicho el Maestro Celestial. «También tú debes morir… también tú debes morir…».

Desperté de mi ensueño cuando la puerta de la celda se abrió con un crujido. Tu el Hostelero de Sexta Categoría tiraba de ella, y la borrosa luz de una antorcha jugaba sobre sus rasgos desagradables y el rostro del maestro Li, y los seguí al trote hasta el corredor. El maestro Li cogió el gran llavero de un gancho de la pared y se puso a abrir las puertas de las celdas, pero los prisioneros no salieron en tropel. Todos estaban acurrucados en rincones en posición fetal, con las manos sobre las orejas, tratando de silenciar los gritos que habían lanzado los verdugos menores cuando el hostelero echó mano de ellos, y sospeché que ninguno se atrevería a moverse.

—Hostelero, anoche la Guardia Negra trajo a otro prisionero. Una muchacha llamada Yu Lan. ¿Sabes algo sobre ella? —preguntó el maestro Li.

—No oí hablar de ninguna muchacha.

—¿Algo fuera de lo habitual?

—Sí —dijo pensativamente el hostelero—. Han sacado varios condenados a muerte de sus celdas para llevarlos a otro lugar donde serán consagrados a una ceremonia durante el día de hoy.

—¿Consagrados? ¿Como animales para el sacrificio? —preguntó el sabio.

—Tengo esa impresión. Corre el rumor de que la ceremonia se realizará en el patio de los eunucos a la hora del solsticio —dijo el hostelero Tu.

El maestro Li calló un rato.

—Sí, eso podría provocar un jaleo —susurró luego—. El Augusto Personaje de Jade es temperamental, y si el Cielo le da la espalda… —Interrumpió sus cavilaciones—. Deprisa, tenemos que llegar al patio donde se realizará la ceremonia.

El hostelero Tu conocía parte del laberinto subterráneo, y si él no conocía algo de primera mano el maestro Li podía aportar datos teóricos, a partir de planos arquitectónicos que había visto cincuenta años atrás y nunca había olvidado. Como todo en la Ciudad Prohibida, el rio Dorado es artificial, y un sistema maravillosamente efectivo le permite derramarse vistosamente en una cascada y luego circular cuesta arriba para volcarse en otra. El agua espumosa atraviesa unas grietas para entrar en cavernas interconectadas donde grandes ruedas la elevan nivel por nivel hasta la altura deseada, y luego la devuelven a la superficie. Atravesamos pasajes laterales para ir de las mazmorras a las cavernas, que en cierto modo me recordaban al Sexto Infierno. Capataces rezongones azotaban a filas de esclavos que impulsaban grandes ruedas horizontales conectadas a ruedas verticales, y el agua burbujeaba sin cesar mientras inmensos cubos se elevaban y desaparecían en las grietas del techo.

El ruido era una ventaja, pues impediría que nos oyeran mientras avanzábamos por un sendero angosto cerca de los capataces. La brumosa espuma del agua también contribuía a ocultarnos, y yo estaba pensando que éramos muy afortunados cuando un capataz interpeló a otro.

—¿Oíste la última noticia? —gritó—. ¡Los gremios lo han proclamado oficialmente! ¡Han cancelado la Regata de Barcos Dragón, e incluso los banquetes!

Sentí ganas de estrangularlo.

—Trágico, aunque el banquete del Gremio de Mendigos es poco imaginativo —dijo Tu el Hostelero de Sexta Categoría—. Once platos para los mendigos de primera y segunda categoría; siete platos, dos vasijas de vino y una caja de carnes saladas para llevar a casa para los mendigos de tercera categoría; cinco platos, dos vasijas de vino y una caja de frutas en conserva para la cuarta categoría; y los mendigos de quinta a séptima categoría reciben tres platos y una vasija de vino, sin caja para llevar a casa.

Elevaba la voz a medida que se entusiasmaba, y traté de taparle la boca con la mano. El problema era que teníamos que caminar uno tras otro y él podía apartarme la mano fácilmente, a menos que yo me pusiera a forcejear y revelara nuestra presencia.

—El Gremio de los Mercaderes, por lo demás, hace honor a la civilización y la cancelación de su banquete es una tragedia nacional —clamó el hostelero —. Aun las categorías más bajas, séptima a quinta, reciben sopa de nido de pájaros, pies de cerdo, pato doméstico, pollo y tres clases de puerco. Los mercaderes de cuarta y tercera tienen derecho a lo mismo, además de aletas de tiburón, salmón y cordero frito. Estos platos también se ofrecen a los mercaderes de segunda y primera categoría, que también reciben zarpas de oso, colas de venado, ganso, cangrejos y mejillones. Los mercaderes del gremio mongol, sin embargo…

—¡Hostelero Tu! —advirtió el maestro Li.

—¡Es preciso que lo sepas! —aulló Tu el Hostelero de Sexta Categoría—. ¡Debe quedar documentado que los gremios están autorizados para usar manjares lugareños, y en Mongolia añaden, para todas las categorías, rebanadas de oveja sumergida en una mezcla de huevos crudos batidos con jengibre picado y luego asadas al carbón!

Eso colmó la medida. Los capataces giraron y pidieron soldados a gritos, y un oficial y diez hombres aparecieron de pronto y acometieron con lanzas, y después de eso la situación se volvió muy confusa. Habíamos retrocedido hacia una pared que estaba cerca de una de las grandes ruedas, y la espuma que nos rodeaba era cegadora, y el ruido de la rueda y del agua tapaba casi todo lo demás. Li el Gato no se había molestado en despojar al maestro Li de su cuchillo arrojadizo (a fin de cuentas, estábamos encadenados a postes) y él podía defenderse. Yo escogí a un soldado para usarlo como ariete contra los

demás, pero eso dejaba la mayor parte de la tarea al hostelero, y admito sin reservas que he conocido pocos luchadores comparables con Tu el Hostelero de Sexta Categoría. Dedos largos y palmeados, dientes puntiagudos en una boca que podía abrirse como para tragar un melón, pies que se deshicieron de las sandalias para revelar dedos prensiles destinados a estrangular, un cuerpo blando y flexible que absorbía los golpes más recios como una almohada de plumas, y luego caía en pliegues sobre la víctima y taponaba el paso del aire como una obscena mortaja de grasa fofa. Mientras tanto el hostelero se reía, lo juro, y su lengua de reptil fluctuaba feliz sobre sus labios lujuriosos. Aun así, ni siquiera el hostelero Tu podía pasar por alto el efecto de varias puñaladas.

Cuando me aparté de mi pila de cuerpos y miré en torno, vi que el maestro Li parecía ileso, pero el hostelero había luchado contra la mayoría de ellos y ahora sujetaba al último, el oficial, triturándolo en un apretón osuno. El oficial acuchillaba la espalda del hostelero con la daga, una y otra vez, y los dos cayeron al agua enzarzados en ese abrazo sangriento y final. Oí un bufido y un chasquido repugnante, y el oficial tembló y se quedó tieso. El maestro Li se arrodilló junto al hostelero y lo examinó.

—Que me cuelguen. Todavía está vivo.

El hostelero abrió los ojos.

—Hostelero Tu, quiero preguntarte algo muy importante —dijo el maestro Li, hablando con cuidadosa lentitud—. Tengo motivos para creer que Buey Número Diez ha recibido un mensaje, una y otra vez, pero el sentido está oculto porque comunicarlo es tabú.

¿Yo? ¿Un mensaje tabú?

—También tengo motivos para creer que el ocultamiento se efectúa con la jerga de la primera Regata de Barcos Dragón, una jerga que tu gente quizá conserve aún —dijo el maestro Li—. El primer término es «madre».

Los ojos del hostelero Tu estaban parcialmente fijos en este mundo y parcialmente en el próximo.

—¿Madre? ¿Regata? —susurró—. La madre es similar a *t'ou*, la cabeza, aludiendo al jefe del barco. La madre se yergue en la alta proa y envía órdenes con largas y fluidas bufandas, pero debes entender que el Gremio de Mercaderes de Cantón ofrece a todas las categorías un plato adicional de *fo siu u*, «pez puerco asado», que en efecto sabe a puerco pero es venenoso si se cocina con brécol.

—Hostelero Tu —urgió el maestro Li—, la otra palabra es «hierba».

—Hierba alude a *k'i*, las bufandas que usa la madre para enviar órdenes. Son verdes con punta blanca y parecen hierba alta ondeando en el viento, y en Shangai el gremio añade arenques llamados «hermanas mayores de papaíto», y…

—«Hermanos», hostelero Tu. La palabra siguiente es «hermanos» —dijo el maestro Li.

—Hermanos, sí, sí, claro. Ocho hermanos. Cuatro frente a la pared y cuatro detrás. Remeros que fijan el ritmo, y usan pañuelos rojos en la cabeza y envuelven los mangos de los remos con cintas rojas, y en Shangai también añaden un delicioso barbudo llamado «pez jinete amigo del caballo», que es…

—Hostelero Tu, acabas de mencionar la pared. ¿Qué es? —preguntó el maestro Li.

—La pared es la plataforma elevada del centro del barco dragón, donde el tambor recibe las órdenes de la madre y las transmite con sus redobles —susurró el hostelero.

Agonizaba deprisa. El maestro Li elevó la voz para gritar al oído del hostelero.

—Hostelero, entiendo que se utilizaba el antiguo sistema *wu hing* de paralelas, así que «campo» significa este y «pesebre» significa oeste, pero debo saber qué es el chivo —gritó el sabio—. ¿Qué… es… el… chivo?

Pensé que el hostelero Tu había muerto, pero abrió los ojos, y estaban totalmente despejados, y la voz era firme.

—El *shao*, el timonel del barco dragón, es llamado el chivo por dos motivos —dijo con voz de catedrático—. Primero, arremete de cabeza contra la popa mientras lucha con su remo, y segundo, es un intruso que debe cargar con la culpa si el barco pierde. El chivo es un profesional, un remero contratado. Ningún aficionado puede manipular un trozo de madera que tiene cuarenta pies de longitud y pesa más de una tonelada, y ningún aficionado puede cocinar para el gremio de Nam Viet, donde el plato adicional consiste en labios de *hsiang-hsiang*, es decir gibones, rehogados en cerveza hecha con zumo de nuez de betel.

Dilató los ojos, mirando algo que era invisible para los vivos. Un espasmo lo arqueó hacia atrás, y Tu el Hostelero de Sexta Categoría se deslizó por la orilla con el oficial muerto en los brazos, y cayeron en el agua y desaparecieron. Burbujas espumosas y rosadas subieron a la superficie, una mancha roja se expandió despacio y se deslizó hacia los enormes cubos de la rueda.

—Adiós, hostelero —murmuró el maestro Li.

La espuma respondió con un eructo.

23

No nos cruzamos con más soldados mientras el maestro Li me guiaba hacia una de las escaleras que conducían a los cobertizos de los jardineros. Cargué al viejo en mi espalda, subimos y salimos frente a una piscina arremolinada en la que caía el agua de una rueda, y ambos dimos un respingo, pues la naturaleza nos reservaba una sorpresa. Yo estaba seguro de que el día había pasado y debía de ser medianoche, pero sólo era por la tarde. ¡Y qué tarde! El Viento Amarillo barría Pekín con toda su intensidad, y los remolinos bailaban y correteaban por la ciudad y elevaban nubes de desechos que aleteaban sin ton ni son y descendían como copos de nieve sucios hechos de lona rasgada, esteras de juncos, bambú astillado, basura y ratas muertas. La arena nos fustigaba la cara. El viento aullaba como un lobo mientras las ráfagas soplaban entre hileras de elegantes palacios, y las hojas azotadas y las tejas raspadas producían un ruido inmenso y sibilante. El impacto de millones de granos diminutos y amarillos cubría las aguas del río Dorado con una bullente capa de espuma, y detrás de la bruma asomaba un sol tumefacto, rojo como sangre. Filas de mirlos permanecían inmóviles sobre torres y parapetos, perfilados contra un cielo ardiente.

—Llamas del cielo —me murmuró al oído el maestro Li—. Lo que sucede una vez puede pasar dos veces, incluida una regata de barcos fantasma en la lluvia con pájaros de muerte en las llamas del cielo. Buey, el camino más rápido hacia el patio de los eunucos es el río Dorado, así que encuentra una balsa y una pértiga y pongámonos en marcha.

Arranqué la hoja de podar del extremo de una larga pértiga de bambú destinada a recortar árboles, y desgajé la gran puerta de madera de un cobertizo y la arrojé al agua. Era una balsa bastante buena, con capacidad suficiente para ambos, y empujé con la pértiga y busqué la poca corriente que había. Hundía la pértiga rítmicamente, empujando con brazadas largas y continuas, y alcanzamos una velocidad respetable. Varias veces caímos por cascadas que eran demasiado decorativas para ser peligrosas, y pronto avisté nuestro destino, y se me vino el alma a los pies al comprender que la enorme basílica que tenía delante era el cuartel de la Guardia Negra, adonde Cerdo,

Hiena y Chacal habían llevado a Yu Lan. Frente a él había un muro bajo que también formaba la pared trasera del patio de los eunucos, entre su elegante palacio y el Palacio de la Fragancia Meridional. Todo esto estaba levemente cuesta abajo. El río Dorado nos llevaba hacia cascadas hirvientes que bajaban por un pequeño peñasco que era una de las pocas barreras naturales de la Ciudad Prohibida, y formaba la pared frontal del patio de los eunucos. Quiero describir con claridad la escena tal como se veía desde ese pequeño peñasco. Abajo había un gran patio circular con baldosas de mármol, en cuyo centro se erguía una plataforma de piedra alrededor de un antiguo pozo que antaño se había usado para sacrificios religiosos. Una segunda plataforma se erguía al pie del peñasco, de modo que la cascada ofreciera un trasfondo imponente, y allí se instalaban altivos dignatarios durante las grandes ocasiones. A la izquierda estaba el Palacio de la Fragancia Meridional; a la derecha, el Palacio de los Eunucos; detrás, la basílica de la Guardia Negra.

Cuanto más nos acercábamos, más se apreciaba que cada ventana y balcón estaba abarrotado de gente que miraba el patio, que a la vez estaba abarrotado de eunucos y soldados. Cuando estuvimos a distancia suficiente para ver que el río desaparecía por encima del peñasco, el maestro Li me pidió que navegara hacia la costa y alzara la balsa. Continuamos a pie, y cuando asomamos la cabeza entre unos juncos al lado de la cascada estábamos a un palmo de la plataforma de los dignatarios, donde había sillas dispuestas como tronos. En el centro estaba Li el Gato, flanqueado por los dos poderosos eunucos cuyos nombres figuraban en la lista de jefes empresariales. A cada lado estaban las sillas de los otros mandarines que participaban en la operación de falsificación de té, y el maestro Li me estrujó el hombro al reparar en las cinco antiguas jaulas que había junto a los tronos.

—Son las jaulas, Buey —dijo en voz baja—. Nuestra única esperanza es llegar a esas jaulas antes que Envidia. Si estoy en lo cierto, él sólo necesita una más, y no debemos permitir que la consiga.

Al parecer habíamos llegado durante una pausa en una especie de ritual. Yo no había reparado en el silencio anormal de la muchedumbre hasta que un vasto suspiro colectivo saludó a la figura principal de la ceremonia, que salió de detrás de un biombo adornado con símbolos sagrados. Era el Maestro Celestial. Su capa estaba decorada con calaveras, y lo seguía un sumo sacerdote que llevaba un antiguo garrote de piedra en un cojín recamado de oro. Lentamente subieron la escalinata de la plataforma que rodeaba el viejo pozo. Hubo una larga plegaria ritual que no pude oír y que quizá no hubiera entendido de todos modos, y luego las filas de soldados se entreabrieron para dar paso a dos sacerdotes menores que precedían a una hilera de prisioneros encadenados. El primer prisionero fue liberado de la cadena. Aún engrillado, lo obligaron a subir la escalinata y lo pusieron de rodillas a patadas ante el Maestro Celestial.

El sumo sacerdote elevó los brazos y la voz al cielo, salmodiando, y el Maestro Celestial alzó el garrote de piedra por encima de la cabeza. Incrédulo y boquiabierto, vi que el garrote bajaba bruscamente y trituraba el cráneo del prisionero, y con un puntapié vigoroso y despectivo el viejo santo empujó el cadáver hacia el pozo y lo arrojó a la oscuridad. La muchedumbre vitoreó y los mandarines aplaudieron. Miré inquisitivamente al sabio.

—Han estado rezando para llamar la atención del Cielo, y no creo que el emperador del Cielo esté complacido —dijo con voz tensa—. Si el Augusto Personaje de Jade tiene un defecto, es su temperamento acalorado, y será mejor que hagamos algo pronto, antes de que la Doctrina del Desastre nos lleve a un desenlace infortunado. —Me dio rápidos puñetazos en el brazo—. Las jaulas, Buey. Debemos conseguir esas jaulas y no podemos reparar en riesgos. En marcha.

—Sí, maestro —dije.

Arrastraban a una segunda víctima para arrojarla a los pies del Maestro Celestial, así que nadie miraba cuando bajé por el peñasco con el maestro Li. Volví a oír ovaciones cuando el garrote de piedra trituró otro cráneo humano, y empecé a rezar pidiendo ayuda. Con fervor, pero no a ciegas. Tenía una imagen muy clara en la mente. ¿Dónde estaba el titiritero? Ojalá Yen Shih apareciera con esa luz desafiante y bailarina en los ojos, haciendo centellear una espada en cada mano con más celeridad que alas de polilla halcón.

Llegamos a la piscina poco profunda que había detrás de la plataforma y empezamos a vadearla, y entonces el maestro Li soltó un grito y miré arriba y a la izquierda. Di un respingo al ver una silueta que bajaba la pared del Palacio de la Fragancia Meridional. No era el personaje por el que había rezado, pero era igualmente vigoroso, y se dirigía a la plataforma y las jaulas. Las mejillas azules, la nariz carmesí, el mentón amarillo y la frente plateada parecían apropiadas para la escena circundante: remolinos que arrojaban oscuras nubes de desechos al aire, un sibilante Viento Amarillo, un sol tumefacto y rojo como sangre, ráfagas aullantes alrededor de los palacios.

—¡Deprisa, Buey! ¡No debe conseguir otra jaula! —gritó el maestro Li.

Hice lo posible, brincando con el viejo sobre mi espalda, dirigiéndome a la plataforma. Aún estaba de rodillas en la linde de la plataforma, disponiéndome a incorporarme y brincar, cuando el gran hombre simio aterrizó entre los tronos con la levedad de una hoja. Desnucó a un mandarín de un manotazo y le arrebató la jaula, y por un instante clavó los ojos en mí y en el maestro Li, y creí ver diversión en ellos. Con dos brincos más, Envidia abandonó la plataforma y corrió hacia la pared. Un soldado alerta logró arrojar una lanza que cayó a varios pasos del blanco mientras el hombre simio empezaba a trepar. Yo no podía correr con la velocidad con que Envidia escalaba una pared, y en pocos segundos se marchó, llevándose la jaula.

Lamentablemente, nosotros aún estábamos allí. Los mandarines gritaban y

nos señalaban, y escuadrones de soldados se nos abalanzaban, y nos salvamos de que nos transformaran en alfileteros con sus andanadas de flechas porque también habrían perforado a mandarines y eunucos, pero fue sólo una leve tregua. Li el Gato reclamaba sangre, y la Guardia Negra nos cercaba, y en ese instante ocurrió algo que hizo que todos volvieran la cabeza. Creí que había oído los alaridos más horrendos posibles cuando el hostelero Tu practicaba sus artes en la mazmorra, pero me equivocaba. Estos alaridos eran peores, y venían de la basílica de la Guardia Negra, y miré hacia allá junto con todos los demás.

Encima del nivel de la pared medianera había un largo balcón, frente a los aposentos de uno de los pisos superiores, y Hiena y Chacal avanzaban tambaleándose por él. Estaban totalmente desnudos, y gritaban de inconcebible dolor mientras se arrancaban el cabello y se laceraban la carne. Los seguía Cerdo, también desnudo, con una muchacha desnuda montada en su espalda. Era Yu Lan. Cerdo aullaba tan horriblemente como los demás mientras trataba de arrancarse los ojos, y comprendí que los tres estaban locos. Irremediable y espantosamente trastornados, y las ondas de calor que los rodeaban causaban ilusiones semejantes a sueños, y como en un sueño creí ver colmillos relucientes en la zona borrosa de la adorable cabeza de Yu Lan, y terribles garras en su cintura, y una extremidad escamosa y anillada cerca de sus piernas. En ese espejismo, la bella chamanka parecía reír de deleite mientras cabalgaba a lomos de un chiflado. El maestro Li me golpeó, me tiró del brazo, y sentí que se montaba en mi espalda.

Quería adueñarse de las jaulas. Li el Gato y los soldados permanecieron hipnotizados, clavando los ojos en el balcón, mientras el maestro Li arrebataba una jaula de debajo de un trono y sacaba el pincel. Estudió los símbolos grabados en las rejas y apoyó la punta del pincel en la imagen de un hombre que empuñaba un remo, dos veces.

—Chivo, chivo, salta el muro —cantó, y el pincel tocó el símbolo de un tambor—. Coge hierba para tu madre. —El pincel tocó una bufanda y una cabeza—. Si no está en el campo ni en el pesebre… —El pincel se movió hacia el dragón azul del este y el tigre blanco del oeste—. Alimenta a tus hermanos hambrientos. —El pincel rozó rápidamente una fila de remeros—. ¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

Un fogonazo me deslumbró, y cuando mis ojos se despejaron estaba frente a Tuan hu, una gran criatura semejante a un sapo que se acuclillaba en el centro de la plataforma. Me miró de hito en hito con sus ojos terribles, abrió la inmensa boca.

—¡Buey!

El maestro Li se llevó la yema del índice derecho a la ceja izquierda, a la ceja derecha y a la punta de la nariz, y yo me apresuré a repetir la secuencia con que había soñado, y los horrendos ojos se desviaron. La boca se abrió,

salió una lengua enorme y chorros de ácido llovieron sobre los soldados y mandarines, abrasando carne y vestimenta.

—¡Buey, esto es lo que contienen las jaulas! ¡Esto es lo que necesitamos! —gritó el maestro Li.

Un pequeño compartimiento se había abierto en el fondo de la jaula, y el maestro Li metió los dedos entre las rejas y sacó algo más que yo conocía por mis sueños: un objeto diminuto con forma de horquilla, pero con sólo dos púas. Se apresuró a guardarlo en su cinturón y cogió otra jaula, y en ese punto fuimos arrollados por una rápida secuencia de hechos sorprendentes.

Los mandarines y los soldados chillaban, el ácido rociaba la plataforma, y un santo rugiente, aullante e iracundo brincaba entre cuerpos movedizos. El Maestro Celestial estaba loco de furia. Sin prestar atención a la deidad demoniaca, acometió contra el maestro Li con su garrote de piedra, haciendo pulpa la cabeza de un mandarín que se interpuso. Me lancé hacia las piernas del Maestro Celestial mientras él intentaba decapitar al maestro Li, y los tres rodamos sobre el borde trasero de la plataforma y caímos a la piscina que estaba al pie de la espumosa cascada.

Afortunadamente el agua amortiguó el impacto cuando mi cabeza chocó contra una piedra bajo la superficie. No llegué a desmayarme, pero no tuve control del cuerpo hasta que se me pasó el aturdimiento, y sólo pude mirar con impotencia mientras el Maestro Celestial atacaba al maestro Li. El santo había perdido el garrote en la caída, pero apretaba la garganta del sabio con sus vigorosas manos y yo sabía que el maestro Li no tenía la menor oportunidad. Ruedas que se elevaban sin cesar derramaban el contenido de grandes cubos en el río Dorado, y el agua seguía cayendo y gorgoteando en derredor, y algo chocó con mis piernas. Era el cuerpo de un oficial con la espalda rota. Un par de manos emergieron de la espuma, estirándose alrededor de mí para aferrar las manos del Maestro Celestial y desprenderlas lentamente del cuello del maestro Li.

—En Singapur el Gremio de Mercaderes ofrece «duques de la piedra nona», nombre exótico con que se designan las crías del mero —me dijo la voz ahogada de Tu el Hostelero de Sexta Categoría en el oído izquierdo—. Conste que los meros se cuecen al vapor en un guisado que incluye pez loro, corvina amarilla y pez bizcocho, aunque ciertas autoridades sostienen que la ingestión excesiva de duques de la piedra nona provoca pérdida del cabello, ceguera y deterioro de los huesos. Creo que es un malentendido originado en el hecho de que el carácter escrito de este pez es muy similar al de «albaricoque», y los albaricoques surten esos efectos si se consumen en demasía.

El maestro Li logró respirar, y al respirar logró empuñar el cuchillo, y lo hundió en el pecho del Maestro Celestial y abrió un gran tajo. Extrajo el cuchillo y asestó otra puñalada, abriendo un tajo diagonal sobre la primera

herida. No brotó sangre. Ni una sola gota. Vi horrorizado que dos zarpas pequeñas y verdosas salían de la cavidad y abrían las costillas, y una cabeza de mono asomó por el pecho del santo. Nos clavó una mirada de odio. Chachareaba y escupía al maestro Li, y luego salió del pellejo vacío que era el Maestro Celestial, fue chapoteando hasta el peñasco y en un instante desapareció, columpiándose y alejándose antes de que yo comprendiera cabalmente dónde lo había visto antes: un mico encantador que se inclinaba ante el Maestro Celestial y era conducido a la casa por una embelesada sirvienta.

El sabio se quedó arrodillado en la piscina, acunando el cuerpo de su viejo amigo y maestro, sollozando. Alcé la vista y vi que Li el Gato miraba desde la plataforma, y el eunuco se volvió para llamar a sus soldados. Le arrebaté la jaula al maestro Li y saqué el pincel del orificio de arriba.

—Chivo, chivo —jadeé—, salta el muro… coge hierba para tu madre… si no está en el campo ni en el pesebre… alimenta a tus hermanos hambrientos… ¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

El fogonazo me deslumbró y me apresuré a hacer el gesto propiciatorio, y Li el Gato y los soldados gritaron de terror y pusieron pies en polvorosa. Cuando se me despejó la vista, me encontraba ante la terrible pero conmovedora serpiente Wei, con sus dos cabezas humanas y sus tontos sombreros y su pequeña chaqueta morada. Pero era enorme, y sobresalían colmillos de las bocas de ambas cabezas, y sus grandes anillos ondulaban y brillaban. Un jadeo a mis espaldas fue seguido por el cuerpo de Tu el Hostelero de Sexta Categoría, que se arrastró penosamente hacia la deidad con los brazos tendidos. El hostelero tenia los ojos vidriosos de éxtasis, y su voz vibraba de veneración.

—¡Oh fabulosa Serpiente Sabrosa de Serendip, seréis bañada en vino con miel calentado por aliento de bebés! ¡Seréis escalfada en la leche trufada de nutrientes sierpes marinas! ¡Seréis guisada en caldo de perlas disueltas en lágrimas de unicornio! ¡Seréis adorada! ¡Seréis idolatrada!

Tu el Hostelero de Sexta Categoría estiró los brazos y los cerró sobre la serpiente en un apretón amoroso, y la serpiente Wei ciñó al hostelero con sus anillos, y por un momento los dos permanecieron callados y arrobados. Luego un fogonazo me deslumbró, y al despejarse mi visión una gran grulla blanca montaba una turbulencia volando sobre la abotargada superficie del sol rojo como sangre[1].

—¡Buey!

Dejé de mirar a la grulla y vi que el maestro Li intentaba coger otra jaula. Solté la jaula que aferraba, grazné como un ganso, me abalancé sobre ella, metí la mano en el interior y extraje la horquilla de dos púas. Luego fui en busca de otra jaula y me encontré luchando contra los dos últimos mandarines y Li el Gato. El problema era que ellos tenían tres o cuatro soldados, y yo estaba

apresado entre dos tronos volcados mientras trataba de mantenerlos a raya con la pica que le arrebaté a un soldado muerto.

El demonio sapo aún escupía ácido, pero procuraba no incinerar a los amigos, es decir, los que hacían el gesto adecuado, así que al menos yo no tenía problemas con eso. Mientras trataba de impedir que una lanza enemiga se transformara en mi segunda columna vertebral, oí «¡… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!». Esta vez cerré los ojos antes del fogonazo, y al abrirlos hice el gesto propiciatorio y vi a la única hermana mujer, Nu Pa, que parecía una nube de baja estatura. Le brotaron brazos de niebla, y más, y más, y más, y abrió inmensas manos de bruma arremolinada y los dedos tocaron a soldados aullantes y eunucos chillones, y horribles ampollas negras les cubrieron la cara y el cuerpo y echaron a correr aferrándose las manchas, y luego cayeron entre convulsiones y murieron.

Un eunuco con ampollas negras había rodado gritando entre los pies de los hombres que me rodeaban. Eso me permitió coger el pincel de la última jaula.

—Chivo, chivo, salta el muro, coge hierba para tu madre. Si no está en el campo ni en el pesebre, alimenta a tus hermanos hambrientos. ¡Uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho!

Ch'i es una de las más extrañas deidades demoniacas. Su olor es almizclado, su color es el blanco grisáceo del luto, su sonido es un gemido susurrante y tenue y su forma es de mortaja ondeante. La mortaja se deslizó sobre la plataforma como una serpiente y llegó a un par de piernas y se enroscó alrededor de ellas. Li el Gato dejó de gritarme y bajó la vista. Asestó un mandoble y sólo atinó a abrirse un tajo en el muslo izquierdo. Aulló, soltó la espada y aferró la mortaja con ambas manos. La mortaja no se resistía. Se desprendía si uno tiraba de ella, pero empezaba a enroscarse de nuevo en cuanto la soltaban. La otra punta subía por la espalda del eunuco, y un rizo de tela funeraria blanco grisácea, almizclada y gemebunda le envolvió el pecho, sujetándole los brazos a los costados. El eunuco lanzaba un alarido tras otro, y tenía los ojos desencajados de horror. Ahora las puntas lo envolvían con mayor rapidez, trepando por las rodillas, la cintura, el pecho, los hombros, y luego rodearon el cuello y la barbilla de Li el Gato. La redoma de cristal que contenía los órganos que él se había cortado para elevar su posición en la vida se elevó hasta a su cara, y la mortaja seguía enroscándose, y los alaridos cesaron y los ojos horrorizados desaparecieron. Sólo quedaban su frente, reluciente de Jabón Protocolar, y su coronilla, y pronto también desaparecieron bajo la tela funeraria. Un capullo blanco grisáceo se derrumbó y se agitó en la plataforma, y la última vez que vi al eunuco aún se agitaba, pero con más lentitud.

Cogí la última horquilla. El maestro Li echó a correr y aterrizó en mi espalda.

—¡El pozo! —me gritó al oído—. ¡Ve hacia el pozo!

Salté al patio y brinqué sobre cuerpos que se rebullían y regresé a la

plataforma de piedra que rodeaba el pozo, y el maestro Li se apeó. El ácido y la pestilencia palúdica aún buscaban víctimas, y los gritos eran tan fuertes que tuvo que acercarse para gritarme al oído.

—¡Buey, mira las paredes del pozo y dime qué ves!

Me tendí de bruces y me asomé sobre el borde, y mis ojos se dilataron aún más.

—¡Las ranas! —exclamé, levantándome—. ¡Hay ranas dibujadas en las paredes, igual que en mi sueño!

—¡Tenemos que bajar! ¡Pronto!

A diferencia de mi sueño, no había cabria ni cubo. Al volverme vi que los guardias habían huido, pero la cadena que unía a los prisioneros estaba amarrada a un poste y no podían moverse. El llavero estaba sobre las baldosas de mármol, así que liberé a los prisioneros, que huyeron para ponerse a salvo, y cargué las cadenas hasta el pozo, las eslaboné, y sujeté un extremo a un poste de hierro que quizá antaño hubiera sostenido una cabria.

Era mucho más difícil que bajar en un cubo, pero en cierto sentido era mucho mejor que en mis sueños. No había hedor a carne putrefacta (aunque lo habría cuando las víctimas del sacrificio empezaran a apestar) ni se oía ningún gruñido estremecedor.

—¡Allá!

La luz diurna permitía discernir una mancha circular en la pared. Empecé a balancear la cadena, cada vez más, pateando la pared, y al fin logré apoyar el pie dentro del agujero. Por allí entramos en un túnel pequeño y bajo, y encontré una soga para sujetar el extremo de la cadena, por si teníamos que regresar. Luego echamos a andar por un pasadizo angosto que estaba parcialmente iluminado por una fosforescencia verdosa.

Una vibración desprendía guijarros del techo de piedra. Las sacudidas eran cada vez más fuertes, y una ráfaga de aire nos embistió con la fuerza de un puñetazo. Un gran sonido se estaba formando, transformando mis huesos en gelatina, y al fin se condensó en una nota musical que me arrojó literalmente contra una pared. En medio de mis zamarreos, la reconocí. Era la melodía misteriosa que anunciaba el solsticio desde que los Ocho Honorables Magos habían construido un gran instrumento musical, y francamente yo me había olvidado de que el solsticio era ese día. Comprendí horrorizado que debíamos de estar dentro del Yu. El túnel era uno de los tubos, y hasta ahora el sonido sólo se estaba preparando, como en un carraspeo. ¿Qué sucedería si nos alcanzaba en toda su plenitud mientras estábamos atrapados en un túnel diminuto?

—¡Es Envidia! ¡Ha insertado la primera llave yang! —gritó el maestro Li—. ¡Apresúrate, Buey!

Me apresuré con el viejo sobre la espalda, aunque ignoraba qué me esperaba delante. Si se abría una fisura en mi camino, la palmaríamos. Lo

único que podía hacer era correr como una tromba, casi a ciegas, y pronto la segunda ráfaga de sonido me hizo girar como un trompo.

—¡Habrá dos más! ¡Deprisa, deprisa! —gritó el maestro Li.

Las dos siguientes notas musicales fueron peores porque estábamos más cerca de la fuente, pero mi temor de que me reventaran los tímpanos no tenía fundamento. Hasta ahora había corrido cuesta abajo, pero ahora el camino se allanaba. La fosforescencia era más brillante, y esto era una bendición porque yo podía ver y detenerme a tiempo, y me detuve con un jadeo en el borde de un peñasco que daba sobre una caverna, y había grandes formas anilladas que no eran serpientes sino tubos que se conectaban a otros tubos más pequeños y a otros aún más pequeños. Encontré una escalera y bajé, y llegamos a ocho tubos diminutos que estaban insertados en ocho cajas pequeñas en dos hileras, cuatro de cada lado.

El maestro Li se apeó.

—La izquierda es yang, y todas las cajas masculinas deben estar llenas —murmuró. Trató de abrir las tapas de la izquierda, pero estaban prácticamente soldadas—. Yin aguarda —dijo, y tendió la mano a la derecha y abrió fácilmente la primera tapa.

En el interior había una pequeña hendidura, como en mis sueños, y en el fondo vi un orificio que atravesaba la roca maciza, quizá hasta llegar al fuelle. El maestro Li había sacado sus dos horquillas, y yo le di las dos mías.

—Son como diapasones, pero están diseñados para hacer algo muy inusitado con las ondas sonoras —dijo—. Ojalá pudiera hablar con los Ocho Honorables Magos para hacerles unas preguntas.

Insertó el primer diapasón en la hendidura, donde encajó a la perfección, y bajó la tapa, que se cerró herméticamente. El viejo repitió este procedimiento con las tres horquillas y las tres cajas restantes, se volvió y se internó en las sombras. Lo alcancé al trote, y vi las puertas. Había dos pares de inmensas puertas de hierro lado a lado. Las de la izquierda estaban abiertas y las de la derecha estaban cerradas, y el maestro Li caminó hacia las puertas cerradas del lado femenino. Se iniciaba una gran vibración, y estallaron las primeras notas yin. Sostuve al maestro Li para impedir que la ráfaga se lo llevara, y al extinguirse el sonido las grandes puertas se abrieron lentamente.

Entramos, y me paré en seco, sorprendido. Recorríamos un sendero de piedra entre dos canales anchos. El canal de la izquierda estaba lleno de agua. ¡Pero qué agua! Parecía estar hecha de aire vibrante y traslúcido cuajado de colores irisados, y el maestro Li lanzó una exclamación de deleite.

—¿Recuerdas al hostelero Tu, Buey? El Yu fue construido por los Ocho Honorables Magos para hacer música que se transformaba en agua. Bien, ahí la tienes, y aquí viene algo más.

El canal de la derecha estaba seco, pero ahora las vibraciones del Yu parecían condensarse hasta alcanzar una forma visible, y apareció un irisado y

brillante sendero de agua.

—Apresúrate.

Corrimos hasta un segundo par de puertas, abiertas a la izquierda, cerradas a la derecha. («¿Esclusas?», me pregunté. «¿Como en un canal muy extraño?»). El sonido del segundo diapasón abrió grandes puertas, y se formó agua-música frente a nosotros, y la cuarta y última senda de agua brillante llegaba hasta un muelle que era similar al muelle de la izquierda, y allí aguardaban dos grandes barcos dragón, que sólo se diferenciaban porque el de la izquierda estaba marcado con el símbolo yang y el de la derecha con el símbolo yin.

Tenían por lo menos ciento cincuenta pies de longitud, pero eran tan delgados que sólo un pasadizo angosto separaba los bancos de los remeros de cada flanco. En las plataformas del centro aguardaban el tambor y las claquetas, y en las altas proas estaban las bufandas verdes y blancas que se usaban para enviar órdenes. El remo del timonel era inmenso, cuarenta pies de longitud, y noté que la proa de cada barco tenía la forma tradicional de cabeza de dragón, pero un cuerno largo y ahusado sobresalía en el centro de la frente.

Los tripulantes aguardaban en los muelles, en posición de firmes, ochenta y ocho remeros por barco, y distinguí el pañuelo rojo que ceñía la frente de los «hermanos», los remeros principales. Vi otras figuras que no pude identificar, y cuando nos acercamos un caballero de sencilla túnica blanca se adelantó con una reverencia. En este contexto, las mejillas azules, la nariz carmesí, la frente plateada y el mentón amarillo parecían totalmente apropiados, y su voz era clara y vibrante.

—Créase o no, Li Kao, recé para que lograras lo imposible y en el día de hoy vinieras a honrar el solsticio conmigo —dijo Envidia.

A pesar de las afirmaciones de mis críticos, no soy un idiota redomado. No me sorprendió (aunque sí me entristeció, e incluso me angustiaron ciertas implicaciones) que la voz de Envidia fuese la voz del titiritero.

24

El maestro Li miró a Yen Shih con ojos irónicos, y se inclinó con gracia casi similar a la del titiritero.

—Por mi parte, me siento honrado de saludar al más diestro de los caballeros, aunque también el más peligroso —dijo—. Fue inexcusable de mi parte no haber visto desde el principio la cara que se ocultaba detrás de la máscara.

Envidia se encogió de hombros.

—¿Inexcusable? La naturaleza humana es excusa suficiente. —Alzó una pieza del disfraz que había desechado y se la apretó contra el lado izquierdo de la cara, como arcilla maleable de color carne, y de nuevo vi los estragos de la viruela—. Nadie mira atentamente la deformidad.

—Fue valeroso que un caballero escogiera ese disfraz —dijo el maestro Li con franco respeto—. También fue valeroso recorrer el mundo como titiritero, cuyo estatus social formal sería tan bajo como el de una prostituta o un actor. Podrías haber optado por ser el mayor maestro de esgrima del imperio, o el más cumplido de los asesores imperiales. Pero los caballeros sienten una atracción natural por las artes en las que se requiere tirar de los cordeles, y hablo con la autoridad que me confiere el haber sido uno de los títeres —dijo el maestro Li con otra reverencia.

—Por un tiempo, Li Kao, sólo por un tiempo —dijo Envidia. Movió la muñeca en un displicente gesto de humildad que yo no podría imitar ni con mil años de práctica, y la sonrisa radiante que había iluminado un paisaje de marcas de viruela iluminó el rostro de colores grotescos que le había dado una diosa—. Habrías necesitado poderes sobrenaturales para deducir desde el principio quién era yo y qué buscaba, y cuando tengo en cuenta la plétora de prodigios y monstruos que te hostigaban desde todas partes, me asombra que hayas logrado desentrañarlo, y que para colmo hayas llegado aquí a tiempo. Un desempeño extraordinario, y me perdonarás si empiezo a preguntarme quién es el manipulador y quién la marioneta. Yen Shih se acercó al maestro Li, y sonrió cuando yo salté hacia el viejo para protegerlo.

—No temas, Buey. Si pensara en el asesinato, os habría matado a ambos

en cuanto el maestro Li encontró a los mandarines restantes, lo cual significaba que había encontrado las jaulas restantes que mis hermanos aún ocupaban como guardianes. El maestro Li se ha ganado el derecho a retarme, y yo sería un pésimo caballero si no aceptara el reto con vehemencia. Ambos competiremos. Los barcos aguardan, tal como aguardaban hace tres mil años, y también los tripulantes, y es hora de presentarlos.

Las siluetas hacia las que caminamos eran borrosas en la niebla que flotaba sobre los canales gemelos y en el humo de las hileras de antorchas. Al aproximarnos, comprendí que los contornos y los rasgos de los tripulantes no eran borrosos sólo por efecto de la bruma y el humo. Eran como muñecos de cera puestos al lado de un hornillo, parcialmente derretidos, retorcidos y desmigajados, como las antiguas estatuas de las deidades vivientes en la caverna superior del Yu. Aún irradiaban un aura de fortaleza asombrosa, pero olían a tumba abandonada, seca y polvorienta, descascarillada por el tiempo, y me pregunté cuánto tiempo más podrían mantener su vigilia junto a los antiguos barcos dragón.

Dieciséis se adelantaron y se inclinaron, ocho de cada barco, los que usaban el pañuelo rojo de los remeros principales.

—Permíteme presentar a los que fijarán el ritmo del barco yang —dijo Envidia—. Los ocho de mi izquierda son las cuatro Luces Errantes, *Yu-kuang*, y los cuatro Hermanos Jóvenes del Yermo, *Yeh-chung*, que en muchas crónicas antiguas son erróneamente acusados de propagar la pestilencia. No es así. Ellos se limitan a remar, y si la pestilencia viene a la zaga de sus victorias no es problema de ellos.

Los ocho remeros volvieron a inclinarse y regresaron a sus filas. Envidia señaló a los ocho de la derecha, que alzaron la cabeza uno tras otro.

—Tus remeros principales, *Pu-ling*, Ocho Potestades Fantasmales, son excelsos remeros yin —dijo Envidia, que hablaba con la modulación de un cántico—. De izquierda a derecha son Primer Hacedor, Pulmones y Estómago, Inteligencia Ancestral, Ascenso Raudo, Captor de Todo, Afilador y Mutilador, Membrudo Vigoroso y por último Extremo y Extraordinario, que ha recibido el honor de una breve descripción en *Clásico de los montes y los mares*: «En las montañas Shensi mora una criatura que tiene forma de toro y erizos de puercoespín y aúlla como un perro. Come gente».

Los remeros se inclinaron y regresaron a sus filas. Otras cuatro criaturas, dos de cada barco, se adelantaron.

—Los que manejan el tambor y la claqueta, que reciben las órdenes de las bufandas y las transmiten por medio de sus instrumentos a los demás tripulantes —dijo Envidia—. Instrumentistas yang: Anciano Varón a la izquierda y Anciano Extraordinario a la derecha. Instrumentistas yin: Saltarín Rampante a la izquierda y Patinador Deslizante a la derecha.

Los cuatro se inclinaron y retrocedieron. Una figura leve y delgada se

adelantó, y mi corazón hizo cosas extrañas. Por un instante creí que era Yu Lan, pero noté que la muchacha tenía un rostro borroso, como todos los demás, y sus ojos eran profundos, fríos y temibles, y por donde caminaba dejaba un charco. El imponente hombre simio que era Envidia, y que yo aún amaba como Yen Shih, se volvió hacia mí.

—Buey Número Diez, presta mucha atención —me dijo en voz baja—. En los antiguos Diagramas de la Marisma Blanca hay una nota encantadoramente inocente: «La esencia de los viejos pozos cobra la forma de una bella muchacha llamada Kuan, y le gusta sentarse en las rocas para tocar una flauta, y si la llamas por el nombre se va». Ésta es Kuan, Esencia de los Viejos Pozos, y debes saber dos cosas. La primera es que su fuerza nunca fue medida, y quizá no se pueda medir, porque los pozos extraen el poder de la tierra y del agua por igual. La segunda es que ha sido mi fiel compañera durante mi exilio en la tierra. Como tal, ella se valdrá de su gran fuerza en el timón del barco yang, y tú, como compañero del maestro Li, timonearás el barco yin, y el papel del que llaman chivo es difícil y peligroso. ¿Me entiendes?

—Sí, maestro —susurré.

El maestro Li y Envidia caminaron juntos hacia el barco yang de la izquierda, y mientras los ayudaba a encender el fuego purificador en el centro de la plataforma me llamaron la atención las palabras de ese antiguo cántico del solsticio: «¡Las chispas de los soles incendian el cielo! ¡El fuego de la tierra abrasa las Cinco Regiones! ¡Las llamas destruyen todo lo que no es auspicioso!». Luego subimos por una plancha al barco yin y repetimos el rito purificador. Hubo otras ceremonias y cánticos que no reconocí ni pude entender, y al fin Envidia regresó solo al barco yang. Retiraron la plancha. El maestro Li estaba totalmente relajado ahora que el asunto estaba bien definido, y miró a su rival con ojos pensativos.

—Por curiosidad académica, ¿tengo razón al suponer que la aparición de ese gul vampiro no fue más que una rara coincidencia? —preguntó.

—Espero que sí, pues prefiero no internarme en el berenjenal de la especulación metafísica —replicó Envidia con igual displicencia—. Supongo que la criatura cayó en un cargamento de tierra que llevaban a la isla Hortensia, y poco después Ma Tuan Lin accidentalmente movió el pincel de la jaula en la secuencia indicada y liberó al primero de mis hermanos. Los monstruos adoran a las deidades demoniacas. Cuando el *ch'ih-mei* salió del montículo, era demasiado tarde para saludar a mi hermano, pero al menos encontró comida.

—¿Y tu participación original? —preguntó el maestro Li.

—Yo era tan ignorante como el *ch'ih-mei* —dijo Envidia—. No sabía que las jaulas habían sobrevivido, hasta que oí el grito *Pi-fang* y vi a la grulla volando sobre la luna. Fue un momento maravilloso. Si un hermano había sobrevivido, y sin duda eso significaba que también existía su jaula, ¿por qué

no los demás? Hace mucho tiempo estuve a punto de lograr una hazaña extraordinaria, sólo para ser negado por chamanes increíblemente tercos, y si podía echar mano de esas jaulas podría usar sus propias herramientas para concluir mi labor. ¿Pero cómo adueñarme de las jaulas?

—Un títere entra en escena —dijo amargamente el maestro Li.

—Tu intervención fue providencial. ¡El gran maestro Li persiguiendo mandarines y jaulas para mí! —exclamó Envidia con deleite, sin el menor rastro de sarcasmo ni ironía—. Estaba seguro de que descubrirías los mecanismos que permitían la operación de los títeres con mínima ayuda de Yu Lan, mientras yo erraba libremente, pero también estaba seguro de que lo descubrirías demasiado tarde.

El maestro Li había caminado hacia el puesto del capitán en la alta proa y estaba ordenando sus bufandas, y vi que a la izquierda Envidia hacía lo mismo, y con un asfixiante nudo en la garganta me dirigí a la plataforma elevada de popa y el largo mango del remo del timonel. Estaba hermosamente equilibrado. Tanto que pude sacarlo fácilmente del agua con sólo presionar el cuerpo hacia abajo, pero bajarlo con suavidad fue mucho más difícil, y casi me tumba cuando desataron la soga y el barco se bamboleó. Los movimientos laterales del remo eran fatales, y mejor ni pensar en lo que pasaría con los movimientos ascendentes y descendentes si el barco afrontaba olas fuertes.

Los barcos gemelos se desplazaban, flotando lado a lado en los dos canales, tomando velocidad aunque ningún remero había tocado un remo, y ahora podía ver a bastante distancia en la bruma como para distinguir una estría de luz recta ante nosotros, cortando nuestro trayecto como el filo de un cuchillo.

«Como una línea de partida», pensé, y al pensarlo sentí una potente serie de vibraciones: *uno… dos… tres… cuatro… cinco… seis… siete… ocho…*

Los ocho diapasones, yin y yang, permitían que el Yu entonara una canción que no se había oído en tres mil años. Grandes notas reverberantes —suaves a pesar de su fuerza— hacían cimbrear el agua y el aire como si se fusionaran ambos elementos, y luego una nota larga, lenta, pareja y palpitante pareció evolucionar e imponerse. Era firme y serena, pero su poder era inimaginable. Era la canción completa del Yu, urdiendo agua con la música que se propagaba desde la línea horizontal, perpendicular a los barcos, y fusionaba ambos canales en un río adecuado para una regata, y el maestro Li se volvió hacia el titiritero con ojos intrigados.

—¿Es posible que esos hombres notables hayan dado a la regata un curso que también mide el solsticio que procuraban preservar? —preguntó.

—El curso está fijado como si fuera la sombra de un gnomon gigantesco, sí —dijo Envidia—. No sé cómo lo consiguieron, aunque he leído que un bárbaro llamado Enópides de Quío logró un fenómeno similar. Huelga decir que el gnomon es tan preciso que marca el segundo exacto del solsticio.

El maestro Li soltó un suspiro melancólico.

—Qué pena. El único hombre del imperio que en sus mejores días pudo habérnoslo explicado ya no está aquí —dijo—. Puedo perdonar muchas cosas, pero no el destino del Maestro Celestial.

—¡Li Kao, se estaba muriendo! Su mente estaba casi extinguida —protestó Envidia—. Yo tenía que encontrar un modo de lograr que el Cielo se enfureciera con la humanidad. Tu descubrimiento de una banda de contrabandistas y falsificadores me dio la idea de valerme de la codicia de los aristócratas para resucitar el código fantasmal, pero eso no habría bastado. Sin embargo, el Augusto Personaje de Jade es temperamental, como todos sabemos. Estaba seguro de que él quitaría su protección a la tierra antes de que el asunto se hubiera investigado exhaustivamente si el Maestro Celestial insultaba al Cielo con sacrificios humanos en nombre de la virtud y la religión, lo cual podía lograrse si Malicia se adueñaba del cuerpo del Maestro Celestial. Quiso la suerte que mi desdichado hijo casi arruinara todo.

Por primera vez Envidia reveló una emoción fuerte, y un arrebol de rabia exacerbó los colores gárrulos de su cara.

—¡Ese chico idiota y su patético plan para matarte en el invernadero! —dijo, con veneno en la voz—. ¿Matarte? ¡Aún no habías descubierto el paradero de los demás mandarines y sus jaulas! Y luego hizo ejecutar a una criada porque ella había dejado morir un perro, según dijo, pero lo cierto es que quería regodearse en el poder que acompañaba el nuevo cuerpo que ocupaba, y asesinar a alguien era el mejor uso de ese poder que se le ocurría. Para colmo, tuvo que divertirse jugando al corre que te pillo contigo por media Ciudad Prohibida. ¡Mi hijo Malicia es el argumento más persuasivo que conozco a favor del celibato!

—Pero eso te privaría de una hija —murmuró el maestro Li—. Sin duda ella es una compensación.

—Sí —dijo Envidia, muy suavemente—. Si, ningún hombre ha tenido una hija tan encantadora y obediente, aunque pocas hijas han nacido presa de semejante maldición.

La cara gárrula se volvió hacia mí, y no me avergüenzo de haberme sentido honrado por su respetuoso asentimiento.

—Yo diría que mi hija eligió un momento muy inoportuno para buscar el amor, si no supiera que esas cosas no dependen de nuestra elección —dijo—. Mi corazón se compadeció de ella, pobrecilla. Huyó a su pasión fragmentaria en el mundo de los sueños, el único medio en que Locura se mueve con mayor libertad que su madre, y uno no desobedece a esa madre, pero aun en sueños la metamorfosis tenía que imponerse. Ella lloró larga y amargamente, y aunque nunca me dijo lo que sucedió sé que ya no podía acercarse a Buey Número Diez en sueños, por temor a hundirle los colmillos en el cerebro y las garras en el corazón. Es imposible rechazar la divinidad —dijo Envidia, y su mueca y su voz torva sugerían que no hablaba de Yu Lan cuando añadió—: Aunque no es

preciso buscarla.

El maestro Li lo miró en silencio un largo instante.

—Has conocido la grandeza y la ruindad en grados que superan la comprensión humana, y me pregunto qué esperas ganar al inducir al Cielo a permitir la destrucción masiva en la tierra. Los dioses culparán al destino y luego se dedicarán alegremente a la reconstrucción —dijo—. En cuanto a la matanza terrenal, ¿te rebajarías al nivel de aquel rey legendario que convocó a todos los elefantes del mundo para que pisotearan una hormiga que había picado su mayestático pie?

Envidia lo miró con una vaga sonrisa. La línea recta y brillante ya estaba mucho más cerca, y los barcos navegaban con mayor rapidez, y los remeros principales se escupían en las manos y se acomodaban los pañuelos en la cabeza. El agua abofeteaba el barco, y el mango del timón me pegó en las costillas.

—Li Kao, ya sabes que actúo como actúo porque no puedo evitarlo —dijo Envidia.

Volvió los ojos hacia mí, y en ellos había una luz extraña que no pude descifrar, un poco parecidos a los ojos lunares de Kuan, que también empuñaba su timón, dejándose llevar por el movimiento del barco, sumida en lentos pensamientos, profundos como pozos.

—Buey Número Diez —dijo serenamente Envidia—. Érase una vez un gran rey que miraba desde una alta torre a un jardinero que cantaba al trabajar, y el rey exclamó: «¡Ah, tener una vida sin cuitas! Ojalá pudiera ser ese jardinero». Y la voz del Augusto Personaje de Jade llegó desde el cielo y dijo: «Así será». Y el rey fue el jardinero cantando al sol. Con el tiempo el sol se puso caliente y el jardinero dejó de cantar, y una nube oscura trajo frescura y luego se alejó, y de nuevo hacía calor y quedaba mucho trabajo por hacer, y el jardinero exclamó: «¡Ah, llevar frescura dondequiera que voy y no tener cuitas! Ojalá pudiera ser esa nube». Y la voz del Augusto Personaje de Jade llegó del cielo y dijo: «Así será». Y el jardinero fue una nube surcando el cielo. Y el viento soplaba y el cielo se enfrió, y la nube habría querido refugiarse detrás de una colina, pero sólo podía ir adonde la llevaba el viento, y por mucho que intentaba ir para un lado el viento la llevaba para el otro, y encima de la nube estaba el radiante sol. «¡Ah, atravesar el viento y sentir calor y no tener cuitas! Ojalá pudiera ser el sol», exclamó la nube, y la voz del Augusto Personaje de Jade llegó desde el Cielo y dijo: «Así será». Y la nube fue el sol. Era magnífico ser el sol, y se deleitó en la tarea de enviar rayos para calentar algunas cosas y quemar otras, pero era como usar un traje de fuego y empezó a hornearse como pan. Encima de él las escasas estrellas que eran dioses chispeaban en segura serenidad, y el sol exclamó: «¡Ah, ser divino y estar libre de cuitas! Ojalá pudiera ser un dios». Y la voz del Augusto Personaje de Jade llegó desde el cielo y dijo: «Así será». Y el sol fue un dios, y comenzaba su tercer siglo de

combate con el Mono de Piedra, que acababa de transformarse en un monstruo alto como una montaña y blandía un tridente hecho con el triple pico del monte Hua, y cuando no estaba esquivando golpes miraba la verde tierra y apacible, y el dios exclamó: «¡Ah, ojalá pudiera ser un hombre que estuviera a salvo y seguro y no tuviera cuitas!». Y la voz el Augusto Personaje de Jade bajó desde el cielo y dijo: «Así será». Y el dios fue un rey que miraba desde una torre alta a un jardinero que cantaba al trabajar.

Envidia encogió un hombro en un gesto leve de resignación y apartó la mirada, pero comprendí que no había diversión en esta parábola. La luz de sus ojos no tenía la límpida frialdad de las aguas profundas, como los ojos de Kuan, sino la cruel frialdad del odio, porque Envidia nunca podía descansar, ni relajarse, ni disfrutar, no podía obtener lo que deseaba ni dejar de desearlo, no podía saciar el hambre terrible que le roía la mente y el cuerpo. Era un gran noble condenado a envidiar no sólo a las nubes, el sol y los dioses, sino también a obtusos jardineros tan humildes como Buey Número Diez. Los consideraba un insulto, y por ese insulto los Bueyes Número Diez de este mundo iban a morir.

25

La línea de partida estaba muy cerca. El maestro Li alzó la mano izquierda y la punta blanca de la bufanda de seda verde crujió, y el encorvado y robusto Saltarín Rampante extendió sus palillos envueltos en tela sobre la superficie tensa del gran tambor del centro de la plataforma e inició un redoble uniforme. Más allá del agua irisada Varón Anciano hacía lo mismo en el barco yang. Ciento setenta y seis remos asomaban por los cuatro flancos de los dos barcos y aleteaban sobre la superficie. Una sombra recta y oscura tocó la punta de los cuernos que sobresalían de las proas con cabeza de dragón, y se deslizó hacia atrás hasta tocar los postes en que se apoyaban los capitanes, y Envidia y el maestro Li sacaron la bufanda derecha. Patinador Deslizante alzó la claqueta e hizo un ruido estrepitoso, al igual que Anciano Extraordinario en el otro barco, y cada conjunto de ochenta y ocho remos se sumergió en el agua con brazadas largas y parejas. El barco parecía saltar hacia delante bajo mis pies. Las claquetas y tambores trabajaban sin prisa pero sin pausa mientras fijaban el ritmo: *clac, tam-tam-tam, clac, tam-tam-tam, clac…*

El enorme timón de un barco de regatas produce una tremenda fricción al tocar el agua, como los frenos de las ruedas de las carretas, y el timonel pasa casi todo el tiempo volando por los aires con el cuerpo estirado sobre el mango, tratando de mantener la enorme pala con forma de llave por encima de la superficie del agua pero sin rozarla. Cuando las bufandas indican un viraje, o es preciso corregir el rumbo, el chivo se gana el sueldo. *¡Abajo, empujón, arriba!* Cada ínfima prolongación de esta maniobra implica más fricción. Las fracciones de segundo del principio pueden sumar una gran distancia al final, y la extraña muchacha sobrenatural que estaba en el otro barco controlaba su gran remo con el toque de un dedo. Yo ya luchaba con el mío, y sabía que era imposible igualar a un espíritu de los pozos que vivía en completa armonía con caballeros inmortales, semidioses antiguos y agua urdida con música. Sólo podía esmerarme y confiar en el maestro Li.

Saltarín Rampante seguía marcando el ritmo con el tambor, pero Patinador Deslizante daba un sonido distinto con la claqueta. Al principio no pude distinguirlo. Luego vi que el ondeante extremo de la bufanda izquierda

del maestro Li subía y bajaba, y casi al mismo tiempo el remo chocaba contra mí, y comprendí que a partir de ahora las claquetas transmitirían advertencias y órdenes. No navegábamos en una plácida piscina. Las claquetas describían olas, y nos elevábamos y bajábamos bruscamente, y al elevamos de nuevo los redobles se intensificaban en ambos barcos, y el movimiento de los remos se aceleraba.

Vi que la bufanda derecha se agitaba un instante antes de que la claqueta repitiera la orden. *Espera… espera… ¡Ahora!* Dejé caer la pala en el agua y me incliné a la izquierda: *uno… dos… tres… ¡arriba!* No era fácil levantarlo con soltura, pero logré hacerlo sin sufrir más consecuencias que una nariz ensangrentada cuando el mango me pateó la cara. *Espera… espera… ¡abajo! Inclinación a la derecha. Uno… dos… tres… ¡arriba!* No fue perfecto, pero habíamos doblado un recodo y seguíamos el curso. Miré la gran roca negra que ambos barcos habían rodeado, hendiendo olas irisadas. Tenía grabados símbolos del sol y la luna, yang y yin, y me pregunté si tendría alguna relación con nuestro curso con forma de gnomon, como una marca de medición.

El maestro Li hizo una señal y la claqueta repitió la orden y las potentes brazadas de los remeros principales se alargaron un poco: *clac, tam-tam-tam, clac, tam-tam-tam*. Envidia había dado la misma orden en el mismo momento, y los barcos iban parejos.

El capitán es el miembro más importante. El chivo está tan atrás que no puede ver los peligros que aguardan, y el mundo de los remeros empieza y termina en sus remos, y la tarea del tamborilero es inspirar, regular y transmitir, no originar. El capitán debe actuar como ojos y cerebro desde su puesto de proa, y un mensaje erróneo de una bufanda ondeante puede significar el fin de la carrera. Mi fe en el maestro Li es ilimitada, pero tenía que admitir que su situación era parecida a la mía. En el otro barco iba un titiritero que había osado amar y traicionar a la más poderosa y peligrosa de las diosas y que antaño había competido en esta misma carrera contra los Ocho Honorables Magos, y que incluso había conducido una yunta de briosos dragones en una senda entre los astros, o algo casi igualmente dramático, si tenemos en cuenta la exageración poética. El titiritero no parecía tener ningún problema en el mundo mientras movía airosamente el cuerpo con los movimientos del barco, y ni siquiera se molestaba en apoyarse en el poste.

Clac, tam-tam-tam, clac, tam-tam-tam. Los barcos combatían contra las olas, corcoveando, y aprendí el primer motivo del nombre del chivo. En un trayecto agitado el timonel debe balancear el remo para equilibrar la embarcación, usando el viento para corregir el rumbo sin recurrir al agua como en el timoneo convencional, pues el agua frena el barco. La mitad del tiempo yo volaba por los aires, chocándome contra todo mientras forcejeaba con esa cosa enorme y pesada, y cuando escruté por la espuma a la izquierda vi que Kuan controlaba su remo con sólo empujar y tirar. ¿Cómo lo conseguía? La

mera fuerza no bastaba. De algún modo ella preveía cada ola y agitación del agua, cada embestida y brinco del barco, y ya estaba en posición cuando llegaba el momento de la corrección. En derredor las vibraciones de la música Yu eran cada vez más fuertes. La caverna parecía haber desaparecido. El cielo (¿era realmente un cielo?) se había puesto muy oscuro, y cada arco iris entretejido con las olas titilaba como fuego. Vi orillas a ambos lados, con árboles y matas enmarañadas, y luego vi gente en la orilla derecha y unas criaturas grandes y terribles a la izquierda.

Las bufandas hicieron señales y los tambores se aceleraron y los ocho remeros principales de cada barco intensificaron el ritmo. Los barcos salieron disparados como flechas raudas, y la espuma volaba mientras las proas abofeteaban olas cortas y encrespadas. La claqueta llamaba con urgencia. *Espera… espera… abajo, empujón, arriba… espera… espera… abajo, empujón, arriba*. Viramos alrededor de una segunda piedra con la marca del solsticio, pero esta vez me demoré un instante al alzar el remo. Dudo que cualquier otro haya notado el diminuto salto que dio el barco yang cuando Kuan manejó el viraje a la perfección, pero yo lo noté. Ahora me llevaba varias pulgadas de ventaja, y si esas rocas erguidas eran las marcas de un gnomon tendría que haber cuatro más, medio año, y más valía ni pensar cuánta ventaja me llevaría cuando pasáramos la última. Las bufandas ondeaban y la claqueta apremiaba y los tambores intensificaban el ritmo, y los remos se movían con creciente velocidad: *clac, tam-tam-tam, clac, tam-tam-tam*, pero a mí me costaba mucho concentrarme en el timón. A mi izquierda veía una orilla donde criaturas enormes y horribles rugían y luchaban y mataban, y unos volcanes escupían llamas y lava, y fisuras terribles rajaban la tierra mientras el suelo jadeaba y temblaba. A mi derecha veía hombres y mujeres agazapados y temerosos, vestidos con pieles, y sacerdotes con pieles de oso con cuatro ojos de oro cosidos en ellas que alzaban los brazos al cielo y rezaban, y una muchacha fue tumbada y un hacha de piedra se alzó, tal como había ocurrido con el garrote del Maestro Celestial, y un alma fue ofrecida a los dioses.

Espera… espera… abajo, empujón, arriba… espera… espera… abajo, empujón, arriba.

El barco yang ya nos llevaba un pie de ventaja. Dejamos atrás la roca, y vi gente atemorizada que alzaba la vista hacia un sol pálido y diminuto como una vela que se apaga, y sacaron a los niños del refugio de las cavernas y los hicieron correr y jugar con gorras especiales en la cabeza, tal como hacíamos en mi aldea durante la primera luna: gorras de colores brillantes con forma de flores y saltamontes, vividas contra la nieve blanca para atraer la mirada de los dioses. Se apagaron las fogatas, para guardar todo el calor para el sol. Llevaron huevos duros pintados, brillantes y alegres como las flores de primavera, bajo el cielo frío y oscuro, partieron las cáscaras ceremoniosamente, les sacaron la yema redonda y amarilla y la alzaron.

Más rápido, indicaron las bufandas y las claquetas, y los remos se movieron más rápido, y los barcos brincaban sobre las olas con un impacto que hacía castañetear los dientes, y las popas se zamarreaban cuando los delgados cascos caían de flanco. Yo me contoneaba como un muñeco de trapo amarrado al mango del timón, tratando de arrastrarlo por el aire y no por el agua, pero aun así Kuan siempre me llevaba ventaja, siempre se adelantaba, siempre equilibrada, calma y segura. El barco yang ya nos llevaba más de tres pies de diferencia.

A través de láminas de espuma vi imágenes borrosas en las orillas. Había una aldea muy parecida a la mía, y con una punzada en el corazón vi bellas muchachas de ropa brillante empujadas en columpios por los jóvenes, cada vez más alto, adorables flores elevándose al cielo, y ancianas de ropa brillante sosteniendo cintas brillantes mientras bailaban como pétalos alrededor de un poste semejante a un tallo. Los padres urgían a los hijos a mantener los rehiletes en el aire cada vez más tiempo, y cada rehilete estaba pintado de amarillo brillante como el sol. Se partió ceremoniosamente el último hielo, y se barrieron las tumbas, y se invitó a los espíritus de los muertos a participar en el festival del primer baño en el arroyo, donde el vino iba de mano en mano en copas flotantes.

Había perdido la cuenta de las marcas del gnomon. Las vibraciones del Yu eran tremendas, y de pronto comprendí cómo hacía el espíritu de los viejos pozos para prever cada orden. Kuan no miraba el agua, sino que escuchaba los sonidos que la formaban, y descubrí que si dejaba de pensar y permitía que mi cuerpo respondiera a la música del Yu ya estaba en mi sitio cuando la bufanda y las claquetas emitían su orden. Pero era demasiado tarde. La diferencia ya llegaba a diez pies y crecería a menos que Envidia diera una orden errónea. Ahora sólo le veía la espalda, lejos, a través de la espuma, y aun a esa distancia irradiaba el aplomo de un gentilhombre remando en un estanque en un día festivo.

El maestro Li hacía lo único que podía, rezar. Lo veía en la alta proa, con la cabeza erguida hacia el cielo, y el viento me trajo palabras dispersas.

—Señora de los Misterios… Guía de las Almas Perdidas… Mezcladora de lo Frío y lo Caliente, lo Mojado y lo Seco, lo Hecho y lo Deshecho…

Alzó la mano derecha y la bufanda emitió una orden. Pero yo ya había oído algo en la música vibrante. Había algo delante, y estaba listo: *abajo, empujón, espera… espera… abajo, empujón, arriba*. Podría haber llorado de frustración. Esta vez Kuan no me sacó ventaja y rodeamos la roca al unísono, pero tarde, demasiado tarde. La diferencia de diez pies aún se mantenía.

—Señora de Excelso Origen… Guardiana del Máximo Sacrificio… Confortación de los Enfermos y Moribundos…

Habíamos dejado atrás una roca y la ardiente luz del sol daba la impresión de que el cielo estaba en llamas. Trombas de embudo negro se elevaron desde

olas espumosas e irisadas, y vi que emergía un dragón, un dragón terrible, un *kiao lung*, muy diferente de los benévolos dragones acuáticos. Criaturas horrendas habían dominado la orilla izquierda. En la orilla derecha un implacable Viento Amarillo destrozaba casas y la arena cubría todo, y todas las cosechas estaban quemadas y agostadas.

—Señora de la Lamentación… Señora de la Confortación… Custodio de las Cosas Vivientes… —salmodiaba el maestro Li.

Oí gritos en el cielo y al alzar los ojos vi criaturas aterradoras, los tres siervos alados de la Patrona de la Pestilencia, que una vez había permitido que un caballero la amara, la Diosa Madre Reina del Oeste. Los que conocen a la dama dirían que sus zarpas habían sido relativamente benignas con el caballero. Y desde la Montaña de los Tres Peligros llegaban el Gran Pelícano, llevando a cuestas a la Bruja Pestilente, Yu Hua-lung, y el Pequeño Pelícano, que llevaba a Tou-shen Niang Niang, Reina de la Peste, y el Pájaro Verde, que llevaba a Ma Shen, Patrona de las Pústulas y Marcas de Viruela. Los tres pájaros mortíferos descendieron chillando, y por un momento estremecedor creí ver una inmensa zarpa de tigre rasgando el cielo de un horizonte al otro, pero luego noté que era una zarpa de Viento Amarillo.

La bufanda emitía señales y las claqueta sonaban. *Abajo, empujón, arriba… espera… espera… abajo, empujón, arriba*, y ambas embarcaciones viraron grácilmente, con el barco yang aún con diez pies de ventaja, y se me heló el hígado. La última roca tenía símbolos yang de un extremo al otro. Era el último marcador del gnomon, medio año, y la fuerza del yang ahora debía ceder al yin para que la tierra no ardiera y no cundieran la plaga y la pestilencia. Como nuestro barco había efectuado un viraje amplio, pude mirar adelante. Una blanca estría de luz solar cortaba el sendero de agua-música, y el curso se angostaba al aproximarse a la línea de llegada, y en pleno centro, suspendido en el aire, pendía un anillo rutilante. Era *pi*, símbolo de la armonía del Cielo, un círculo continuo e ininterrumpido de yang y yin, y la luz rutilante empezaba a refulgir en la punta de los dos delgados cuernos de dragón de las proas. El maestro Li y Envidia agitaron ambas bufandas, y los tambores y claquetas repiquetearon como palpitaciones de un corazón gigante, y los remeros resollaban mientras trajinaban con todas sus fuerzas.

—Señora del Consuelo, Señora de la Purificación…

Más valía que la diosa que el maestro Li tenía en mente se diera prisa, pensé, porque los remeros del barco yang eran tan fuertes como los nuestros y la diferencia no se acortaba. Yo volaba de aquí para allá tratando de alcanzar un equilibrio perfecto con el timón mientras el barco corcoveaba, brincaba y patinaba sobre grandes olas, y entonces el agua hirvió entre nuestro barco y el de Envidia y algo emergió de las profundidades. Al principio estaba demasiado ocupado para mirarlo. Luego lo vi, y caí en la cuenta de que el maestro Li no le rezaba a una diosa. Desde el principio había invocado a una

sacerdotisa, una sanadora, una chamanka, y la cabeza de Yu Lan se elevaba en el agua irisada.

La hermosa hija del titiritero me miró un largo instante. Entreabrió los labios y vi un destello de colmillos, y alzó y bajó una zarpa en medio de la espuma. Dos de las gotas que se deslizaban lentamente por su rostro no eran de agua-música. Yu Lan se zambulló y desapareció bajo las olas, y yo nunca volvería a ver su rostro, pero vi algo más. Delante de nosotros y a la izquierda el agua bullía frente al barco yang, y una enorme y reluciente cola de pez se elevó en el aire. La cruda luz del sol se reflejó en las escamas cuando la cola osciló con fuerza y azotó la proa de lleno.

Por un instante el barco yang se detuvo, como atado a una trailla de la que alguien hubiera tirado, y cuando volvió a avanzar, la diferencia había desaparecido. Estábamos parejos, o quizá teníamos cierta ventaja, pues las brazadas de nuestros remeros no se habían interrumpido, y el maestro Li comenzó a rugir como un volcán.

—¡Adelante, Primer Hacedor! ¡Adelante, Inteligencia Ancestral! ¡Adelante, Pulmones y Estómago! *¡Hao, hao!* ¡Ascenso Raudo, Captor de Todo, Afilador y Mutilador! ¡Adelante, Membrudo Vigoroso! ¡Adelante, Extremo y Extraordinario! *¡Hao, hao, hao!*

Saltarín Rampante golpeaba el tambor con todas sus fuerzas, y Patinador Deslizante batía su claqueta, y los remeros se esforzaban para seguir el ritmo de los principales. El maestro Li extendió la mano derecha y esperé a que la bufanda se desplegara y flameara. La señal llegó. *Baja, empuja, aguarda, apunta, álzalo sobre la superficie y espera la bufanda… Abajo, izquierda, arriba, abajo, derecha, arriba…*

Teníamos una leve ventaja, nos habíamos interpuesto en el trayecto del barco yang, unos remos raspaban los otros, la madera rechinaba contra madera, el cuerno largo, delgado y brillante de nuestra proa se adelantó, y luego acometió, y el rutilante anillo *pi* rodeó la punta. En un instante la línea de llegada se había desvanecido, y las orillas se habían desvanecido, y los remeros se reclinaron y recogieron los remos, y los dos grandes barcos dragón flotaban lado a lado en una niebla suave.

El maestro Li se volvió lentamente hacia el titiritero. Envidia se volvió al mismo tiempo y ambos se miraron de hito en hito, y luego —a un coste que superaba mi comprensión— la gloriosa sonrisa radiante iluminó la gárrula cara de simio.

—La justicia poética es demasiado pulcra para mi gusto, pero debo admirar su efectividad —dijo Envidia. Noté que su barco se volvía transparente, y también sus tripulantes, disolviéndose en la niebla. Sólo el titiritero conservó su forma, y se agachó y exhibió la última jaula que había cogido—. Hay un modo de sacar la llave sin liberar a la criatura que está dentro. Es hora de que conozcas al último de mis hermanos, pero no temas.

Sería pésimo caballero si aceptara un reto y recurriera al asesinato cuando perdiera.

Movió la mano izquierda y estalló un fogonazo, y me encontré frente a la última deidad demoniaca. El Dios de los Sacos era sin duda la creación final de una raza moribunda, me dijo luego el maestro Li, sin duda la formulación más clara de lo que significa perder toda una civilización. Es una bolsa sin forma, nada más. Su padre es el Caos y su madre es la Nada, y no tiene motivo para existir, no tiene principio ni fin. El gran caballero que yo había conocido como Yen Shih extendió tiernamente los brazos y estrechó a su hermano, y la bolsa se abrió para él, y se elevaron en el aire y aletearon como una polilla ciega, de aquí para allá, Envidia y Anarquía, sin rumbo e inseparables, echando a volar para no encontrar nada en ninguna parte.

El barco y la tripulación yang habían desaparecido. Nuestro barco yin parecía estar poniéndose traslúcido, pero por algún motivo yo no tenía miedo de disolverme. Dejé el timón y caminé entre los remeros hasta el maestro Li.

—Mira, Buey —murmuró él.

La niebla se deshilachaba, y flotamos suavemente hasta chocar contra el muelle largo y gris donde nos esperaban los fantasmas.

Los muertos estaban de ánimo festivo cuando subieron a bordo. No parecían ocupar espacio, aunque fueron muchos los que cruzaron la plancha que habían puesto Patinador Deslizante y Saltarín Rampante, y comprendí que mi tarea estaba cumplida, y también la del maestro Li, y que de ahora en adelante la experimentada tripulación se haría cargo. El muelle se vació. Los remeros principales iniciaron la marcha y el barco se internó en la niebla. Yo iba con el maestro Li en la alta proa y podía mirar hacia la popa, más allá de mi timón, y ver fantasmas que se inclinaban sobre el agua, llamando con señales y voces. Me volví hacia el maestro Li con preguntas en los ojos.

—Los muertos tratan de convencer a los dragones *lung* de que sigan el barco y traigan lluvia —dijo él serenamente—. Verás, Buey, es un pacto que se celebró hace mucho tiempo. En el Festival de las Tumbas, llevamos ropa de verano, comida y vino a los difuntos, y limpiamos las tumbas y los ponemos cómodos. En el Festival de los Fantasmas Hambrientos alimentamos a espíritus infortunados que no tienen familiares que los cuiden, y rezamos por sus almas. En el Festival de Todas las Almas llevamos dinero a los muertos para que ellos puedan recobrar su ropa de invierno en las casas de empeño de la Tierra de las Sombras, y cuando es necesario les llevamos ropa nueva y los aprovisionamos para el invierno. A cambio, los fantasmas ayudan a traer la lluvia, y combaten pestes y enfermedades que ya no tienen poder sobre ellos.

Habíamos atravesado la niebla y surcábamos el lago Septentrional. El miedo había alejado a las multitudes de las orillas, salvo la anciana llamada

Niao-t'ung, «Bacinilla», y el anciano llamado Yeh-lai Hsiang, «Incienso Nocturno», en referencia al olor que dejaba al quitarse las sandalias. No renunciarían a un ritual que habían practicado desde que eran niños, y se acercaron tambaleándose a la orilla. El desconcierto era evidente en sus gestos cuando entornaron los ojos para mirarnos, y para mirar a través de nosotros. Las autoridades habían dicho que este año no habría regata, pero el instinto les decía a estos viejos achacosos que sí había una regata, y ellos se saludaron con un asentimiento de cabeza y pusieron sus pequeños barcos de papel *sung wen* en el agua. Los barcos se llevaban las enfermedades que sus familias podían afrontar en los próximos seis meses, e Incienso Nocturno también arrojó un puñado de perros de arcilla. Los perros morderían a las enfermedades que se escabulleran de los barcos de papel y les impedirían nadar hacia la costa.

Los barcos de papel son arrastrados por la estela de los barcos de la regata, y los fantasmas llamaban con gestos y con voces, y esos objetos oscilantes se alejaron de la costa y giraron obedientemente para seguir nuestra ondulante estela.

El barco vibraba como un diapasón. En la costa algunos edificios temblaban y las tejas flojas se desprendían. El gran Yu tocaba las notas finales para anunciar el segundo exacto del solsticio, y una tromba grácil y delicada ascendía a babor, extendiendo alas de dragón, formando una nube. Le siguió otro dragón, y otro, y se volvieron hacia los dedos sucios del Viento Amarillo y empezaron a perseguirlos hacia Mongolia. La mitad del cielo se cubrió de nubes que reflejaban la luz del poniente, y la lluvia empezó a caer, y una brisa fresca barrió la ciudad, y la gente comenzó a salir, corriendo hacia el agua y llevando los barcos de papel de sus familias.

—¡Buey!

Me volví y solté un grito cuando dos fantasmas avanzaron entre la muchedumbre de difuntos. Mi madre me abrazó, y mi padre sonrió y se frotó las manos torpemente.

Cientos de fantasmas saludaban al maestro Li. Una enorme flota de barcos de papel nos seguía ahora, cabeceando sobre olas delicadas, reluciendo en el poniente, y cuando aparté la vista de mis padres vi una barrera oscura como un banco de niebla, y un arco brillante se abrió en el centro, y el agua que conducía hacia él estaba tejida con los colores del cielo.

—Pero madre, Pekín no es tan diferente de la aldea —dije—. No deberías creer todas las cosas alarmantes que oyes…

Los fantasmas que rodeaban al maestro Li retrocedieron con una reverencia, y el sabio saludó con una gran sonrisa, y ocho caballeros embozados lo rodearon, y pude ver manos que se alzaban y gesticulaban en una animada conversación.

Me reí y señalé.

—Mirad, ése es el maestro Li —dije—. ¿Cómo podría meterme en problemas trabajando para un dulce anciano como él?

El barco atravesó en silencio el arco reluciente. Delante se erguía el imponente árbol Jo, donde la diosa Kan-shui atraparía el sol y lo bañaría y lo enviaría por la corriente subterránea al otro lado del mundo, para que pudiera trepar por las ramas del árbol Fu-sang y regresar al cielo. Las flores del árbol Jo comenzaban a abrirse para formar las primeras estrellas de la noche, y el agua que nos rodeaba estaba gloriosamente urdida con los fulgores del poniente.

—¡Buey! —exclamó el maestro Li—. ¡Trae a tus estimados padres y ven a saludar a unos amigos nuestros!

—Sí, maestro —dije.

Nota del autor

Cuando me fui de Andover en los años cincuenta sufría una depresión bastante fuerte, pero en aquellos tiempos la única variante de este término reconocida por la profesión médica era la palabra «maniaco» seguida por «depresivo», que era una afección catastrófica hasta que un genio la rebautizó «trastorno bipolar» y ya no pudo matar ni una mosca. Como yo no tenía la suerte de cumplir los requisitos para maniaco y la depresión clínica no existía, me diagnosticaron esquizofrenia y me fletaron a un hospital psiquiátrico. (Esto no era tan malo. ¡Qué va, la sala de psicóticos del Kings County tenía mucho ambiente!). Luego me promovieron a un sanatorio menos pestilente donde el doctor Oscar Diethelm disertaba sobre los deleites de hurgar en mis lóbulos frontales, y aunque llevaría largo tiempo explicarlo, me las apañé para escapar a la Universidad de Columbia. Allí me encontré andando a tientas en paisajes exóticos enturbiados por las nubes de marihuana que aureolaban a los profetas con barrillos de la generación beat. «Nuestra mente destruida por la locura, hambrienta, histérica, desnuda, arrastrándose por calles negras en la madrugada, buscando un pinchazo iracundo o algo por el estilo», clamaban. «Bariy», me dije, «has encontrado un hogar».

Cuando reaparecí en el mundo pocos años después, mi depresión no había menguado, pero se me permitió demostrar mi cordura reventando cosas para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. No, no en Vietnam. Me dedicaba a instalar minas ingeniosas y casi siempre ilegales en la eterna zona desmilitarizada de Corea. Pasó el tiempo, pero no pasó nada más. Me mudé al desierto de Sonora en Arizona, donde pude vivir apaciblemente, rodeado por tunas, lianas espinosas, cactos pinchudos e inmigrantes ilegales. En ocasiones aún soñaba con fogonazos brillantes seguidos por un estruendo. Era una pena porque también conservaba recuerdos gratos y cálidos del Lejano Oriente, y en 1977 (diez años antes del Prozac) decidí utilizar esos recuerdos y otros recursos para crear un mundo alternativo que en las noches oscuras y tormentosas me confortara como una manta. Leía y borrajeaba mucho y gradualmente el universo de Li Kao comenzó a cobrar forma. Pero el primer borrador de *Puente de pájaros* no funcionaba y yo no encontraba el fallo, así que

lo guardé en un cajón varios años. Un día leí *La importancia de comprender* de Lin Yutang y encontré esa plegaria para una niña que cito a pie de página en la versión definitiva. Me permitió entender que yo había inventado cosas interesantes como monstruos, prodigios y jaleos, pero el libro no trataba sobre nada específico. Abrí el cajón. «Bien», me dije, «este libro tratará sobre el amor». Y sobre eso trata, y también los dos siguientes.

¿Habrá otros? Lo dudo, y no por las malas ventas y peores editores. Es sólo que había llegado al límite. Claro que podría inventar tramas ocurrentes, personajes interesantes y demás, pero el formato Buey/Li se convertiría en eso, un formato, y por bien que escribiera sólo me repetiría a mí mismo. Muchos autores se contentan con escribir una serie interminable aunque previsible, pero yo me sentiría fatal, así que esto se parecía a la decisión de dejar de fumar: o cortas de golpe o nada. Opté por cortar de golpe. De todos modos, fue divertido mientras duró, y espero que Buey y Li Kao sigan divirtiendo a los lectores, y sobre todo espero que en las noches oscuras y tormentosas mi mundo alternativo conforte a algunos de esos lectores como una manta.

Hasta siempre.

BARRY HUGHART (Peoria, Illinois, Estados Unidos, 13 de marzo de 1934).

Hughart fue educado en una academia militar privada. Después de graduarse de la escuela secundaria, sufrió de depresión no diagnosticada, que posteriormente fue clasificada como esquizofrenia, por lo que fue internado en un centro psiquiátrico. Tras ser dado de alta, asistió a la Universidad de Columbia, donde obtuvo una licenciatura en 1956. Tras su graduación de la Universidad, Hughart se unió a la Fuerza Aérea de su país donde sirvió desde 1956 hasta 1960 en la zona desmilitarizada de Corea. Durante el servicio militar, Hughart comenzó a desarrollar su interés permanente por China, que le llevó a crear una serie ambientada en «una China antigua que nunca fue». Después de su servicio militar, permaneció en Asia hasta 1965.

De vuelta en Estado Unidos, Trabajó como gerente de la librería Lenox Hill de Nueva York hasta 1970. Su carrera de escritor comenzó con el libro Puente de pájaros, publicado en 1984, por el que fue galardonado con el Premio Mundial de Fantasía a la mejor novela en 1985 y también, el Mythopoeic Fantasy Award en 1986; A esta novela le siguió La leyenda de la piedra en 1988 y Ocho honorables magos en 1990. Su intención inicial era escribir siete novelas sobre las aventuras de Li Kao y Buey Número Diez, pero su carrera de escritor se vio interrumpida debido a problemas con sus editores. Desde entonces, Hughart no ha escrito más.

Notas

[1] Nunca se volvió a ver a Tu el Hostelero de Sexta Categoría. Tres meses después el magistrado que dirigía la exhumación de los cadáveres en el sótano del hostelero descubrió los 214 cuadernos de recetas, comentarios culinarios y ensayos sobre estética que constituirían el espinazo del segundo gran libro de gastronomía que el mundo ha conocido. Al cabo de un año se formó un poderoso grupo de presión para exigir el reconocimiento adecuado, y en tiempo récord todas las acusaciones contra un posadero loco desaparecieron de los libros oficiales. Tu el Hostelero de Sexta Categoría fue elevado al panteón, donde su forma divina es la de un astro prominente en el asterismo Hiades, y en muchas partes de China aún lo adoran como Tu K'ang, Patrono de los Chefs y Dueños de Restaurantes. <<